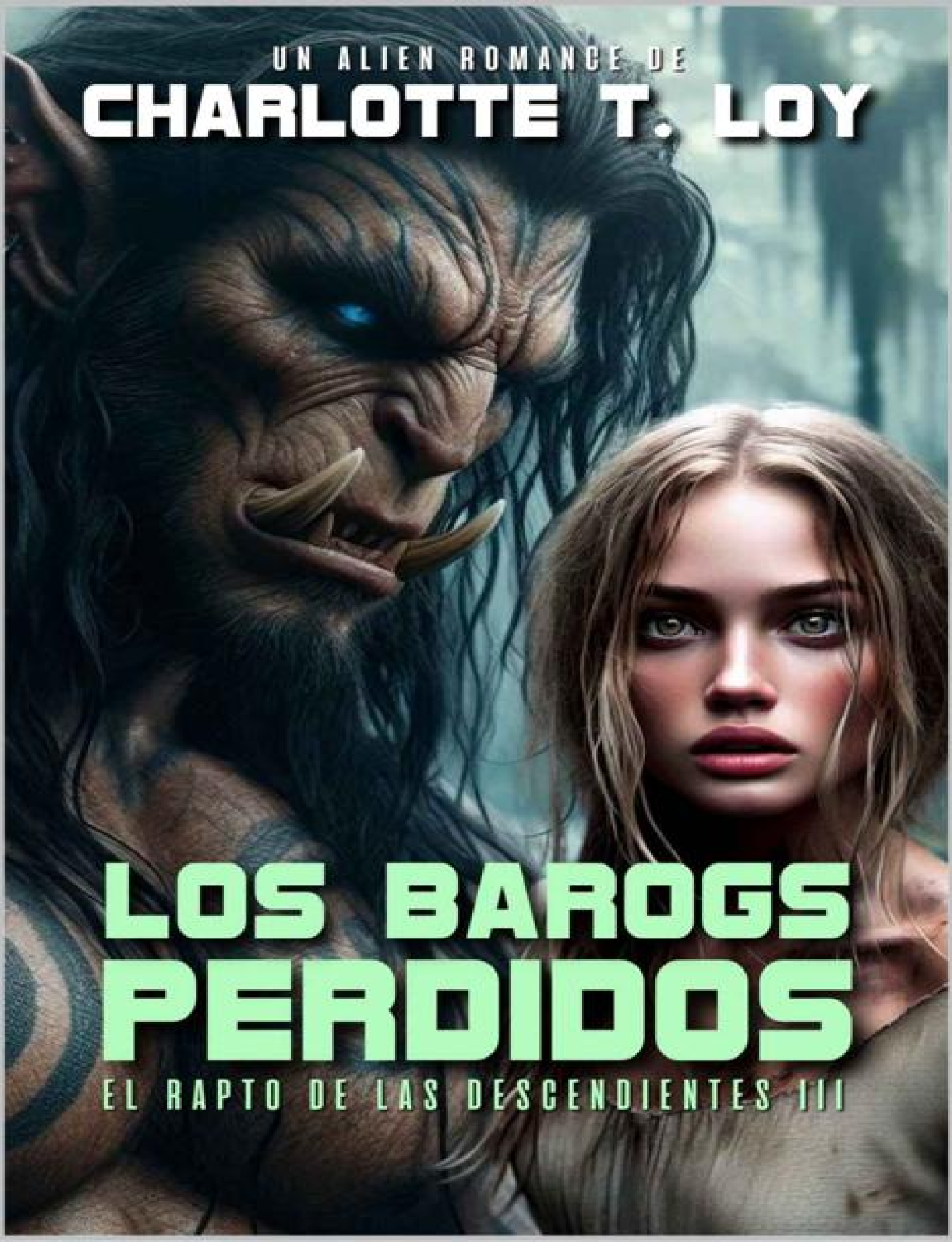

UN ALIEN ROMANCE DE
CHARLOTTE T. LOY
LOS BAROGS PERDIDOS
EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES III

Copyright © 2025 Charlotte T. Loy

Código de registro safecreative: 2506021968049

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imagen de portada: Charlotte T. Loy
Ilustraciones: Charlotte T. Loy

A todas las mujeres de este mundo que sufren o han sufrido a manos de las bestias. No puedo ni imaginarme el dolor y el sufrimiento que tenéis que soportar.
Ojalá existieran unos dioses poderosos y vengativos que fulminaran la maldad de este mundo para siempre.

LOS BAROGS PERDIDOS

EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES III



CHARLOTTE T. LOY

1 LOS HERMANOS PERDIDOS

Los pantanos, Nemea, en la actualidad

Uxuer contempló cómo uno de los suyos metía el último *llitop* en la bolsa y la cerraba con fuerza, anudando un cordón de cuero en el extremo de la red. No es que a él la carne de esos animalillos le pareciera especialmente sabrosa, puesto que era más bien seca. Pero los pulpos eran mucho más difíciles de capturar —y la caza siempre acababa con alguno de sus barogs lesionado— y los rinos escaseaban por esa zona.

Por un instante efímero, pero no por ello menos molesto, se le hizo la boca agua al recordar el olor del estofado de serpiente que solían preparar en la aldea. La boa azul era, sin duda, el manjar que más le gustaba. Por desgracia, esos reptiles habitaban más al norte, y las escurridizas serpientes negras de los pantanos no eran más que un triste sucedáneo de sus suculentas familiares.

Así pues, capturar unos cuantos *llitops* siempre les venía bien, sobre todo para alimentar a las *aninfs* con las que compartían el asentamiento, para las cuales esos animalillos eran sus favoritos. Seguía sin comprender por qué les gustaban tanto.

Habían tenido que desplazarse río arriba para capturarlos, ya que no solían acercarse a las ciénagas. Las *aninfs* los aterrorizaban.

Antes de emprender el camino de regreso, ordenó un alto. Los dos barogs y los dos inferiores que lo acompañaban se sentaron sobre la hierba del claro, dispuestos a beber y comer parte de sus provisiones. La lluvia les había dado una tregua, así que debían aprovecharla. Llevaban horas cazando, mientras esperaban noticias de los grupos de expedición que, días atrás, se habían adentrado en la selva.

Todos habían enviado un emisario para informarle de lo que habían averiguado. Todos, salvo uno. Sus restos habían sido

encontrados no muy lejos de la Gran Roca, aniquilados por barogs, no cabía duda. Sus cuerpos, atravesados por lanzas, mutilados por machetes o desgarrados por fauces, daban fe de la batalla en la que habían tomado parte.

Eran muy malas noticias.

No solo porque acababa de perder a una docena de los suyos, sino porque significaba que en la aldea ya se habían enterado de sus movimientos. Y a estas alturas, Cyrus ya estaría en alerta y fortificando las defensas.

Sin embargo, todavía disponía de una ventaja importante: según los últimos informes de Yolk, el topo que tenía infiltrado entre las filas del rey, este y el príncipe seguían enfrentados. Esa había sido una de las principales razones por las que había decidido que era buen momento para avanzar posiciones. Porque, si los hermanos eran enemigos entre sí, las fuerzas barogs estaban divididas y, por lo tanto, debilitadas.

Había enviado grupos de expedición por los alrededores de la aldea, con instrucciones expresas de no acercarse demasiado e intentar recabar información de la forma más discreta posible. Antes de atacar la aldea, necesitaba estudiar todas las vías de aproximación existentes y las probabilidades de vencer en caso de un enfrentamiento abierto, así como obtener el número exacto de guerreros con los que contaba el hijo de puta de Cyrus.

La última vez, pese a que habían causado estragos en la población, aplastado la aldea menor y aniquilado a casi toda la familia real, habían sido vencidos.

No podían volver a fracasar.

Necesitaban a todas esas humanas descendientes para procrear y dar a luz más barogs perdidos que engrosaran sus filas. Había quedado demostrado, como él había intuido casi desde el principio, que los inferiores, mitad barog y mitad *aninf*, no eran la solución. La sangre de su grupo se degradaba, y los últimos nacimientos habían traído al mundo seres apenas racionales, mucho más cerca de las bestias simples que de su especie. Aberraciones de la naturaleza, como él solía pensar; aunque esa opinión se la guardaba para sí mismo.

Su antecesor, aquel que desafió al anterior rey de Nemea y se separó de la aldea con un puñado de los suyos, no veía las cosas claras. Buscaba la fuerza bruta sin calibrar las consecuencias. No le quedó más remedio que asesinarlo y tomar el control. Si no lo hubiese hecho, los barogs perdidos estarían *perdidos* para siempre, esperando su propia extinción.

Además, su plan era incluso más ambicioso que en la Gran Guerra. Ahora, ya no deseaba únicamente atacar para raptar al mayor número posible de mujeres descendientes, sino que se había propuesto exterminar al rey y a su hermano, y sentarse en el trono. Tenía muchas razones de peso para ello, y el odio hacia ellos crecía en su interior día tras día.

Debería haber aniquilado a Cyrus y Daryos diez años atrás, pero de nada servía lamentarse. Esta vez, no los dejaría escapar.

Quería apropiarse de la aldea y de toda la especie, y gobernarlos para su propio beneficio. Estaba cansado de ser un paria oculto en los pantanos, malviviendo al sur de Nemea, cuando la exuberancia lo esperaba con los brazos abiertos.

Y tan pronto se hiciera con la aldea, tomaría el templo y sometería a los ancianos… o quizás los mataría, uno a uno. Aquellos indeseables eran la fuente de todos los males de su pueblo y siempre habían influido demasiado en sus gobernantes. Tenían excesivo poder.

Ux quería que el poder fuera solo suyo y hacer lo que le diera la gana. Y cuando así fuera, llevaría a los barogs a lo más grande, a la cima de su civilización.

Pero no mataría a los ancianos sin más, no. Antes, los torturaría hasta obtener lo que quería de ellos, la información más valiosa que poseían, o que Ux creía que poseían: cómo abrir el portal a voluntad.

Cuando lo consiguiera, primero, los sacrificaría sobre la Gran Roca como ofrenda de sangre a los dioses nemeos del manantial. Y después, mandaría traer de la Tierra a tantas mujeres como fuera posible para engrosar su pueblo. Los barogs crecerían y poblarían todos los rincones de Nemea. Su especie sería cada vez más fuerte y

numerosa, capaz de resistir cualquier invasión procedente de otros mundos.

Ux estaba convencido de que, si había un portal que los llevaba a ellos a la Tierra, podrían existir otros a la inversa que conectaran con otros lugares. El universo era inmenso, lleno de misterios y posibilidades. O eso pensaba él por las noches, tumbado en el suelo, observando el brillo de las estrellas sobre su cabeza, cuando en su choza hacía demasiado calor para dormir.

Por el momento, su máximo deseo era convertirse en rey de Nemea y tener su propio harén de humanas complacientes. Se relamió al pensar en ello.

Solo había un pequeño inconveniente: Yolk no daba señales de vida desde hacía semanas. Eso implicaba que la información de la que Ux disponía podía estar completamente obsoleta, y era algo a tener en cuenta.

Pensó en los guardianes del templo, que en la Gran Guerra habían inclinado la balanza hacia sus enemigos. Eran una fuerza aplastante, experimentados y feroces. Pero no más que él. Podrían vencerlos, estaba seguro, aunque también podría usar otras tácticas con ellos. Tratar de convencerlos ofreciéndoles una suculenta recompensa. Cierto que eran leales a los ancianos y al rey. Sin embargo, ningún barog rechazaría a un líder capaz de proporcionarles tantas humanas como quisieran. Y él estaba dispuesto a hacerlo. Quizá si pudiera contactar con uno de ellos y exponerle su propuesta, lograra convencerlos. El problema era acceder al templo. Ya pensaría en ello más adelante, cuando la guerra fuera inminente.

—Voy a llenar la cantimplora al río, Ux —dijo Lorish, su segundo al mando. Él se limitó a asentir.

Lorish era un buen guerrero, cruel, leal y servicial. Lo seguía a ciegas y jamás lo cuestionaba. Había tenido mucha suerte con él.

Mientras mordía un pedazo de carne de lagarto sazonada, desvió la mirada hacia los inferiores. Uno de ellos asaba una serpiente negra delgaducha en un fuego improvisado mientras el otro molestaba con un palo a los *llitops*, apretujados en la bolsa de red. Estos temblaban, muertos de miedo, mientras desnudaban sus

múltiples hileras de dientes afilados cada vez que ese idiota acercaba el palo.

Los inferiores eran buenos luchadores. Fieles y eficaces. Como fuerza bruta eran magníficos. Sin embargo, necesitaban seguir órdenes concisas y sencillas, y les costaba mucho improvisar o desarrollar cualquier estrategia compleja. Por lo tanto, cuando se les encomendaba alguna misión, siempre debían ir acompañados por un barog. Eran algo más avispados que sus madres *aninfs* y contaban con algunas emociones, sobre todo, los primeros que nacieron de ellas y de barogs puros, pero eso no era suficiente. Por no hablar de la descendencia de un inferior con una *aninf*. Estos no eran más que enormes cuerpos musculosos con capacidades intelectuales casi nulas.

Las hojas de los arbustos se agitaron cuando Lorish irrumpió de nuevo en el claro a la carrera.

—Jefe, tienes que venir a ver esto.

—Estoy comiendo, ¿no lo ves? —dijo masticando otro bocado de carne seca. De fondo se escuchaban los ruiditos de protesta de los *llitops*—. ¿Puede esperar?

Lorish meneó la cabeza y dijo:

—El río ha traído algo. —Una sonrisa siniestra se extendió por el rostro del barog.

Ux dejó la carne sobre una piedra, entornó los ojos y ensanchó las fosas nasales. Siempre había sido un gran rastreador, y los aromas eran uno de sus puntos fuertes.

Abrió los ojos de golpe cuando percibió aquella fragancia tan inconfundible y… atrayente.

—Apagad la hoguera, nos ponemos en marcha —dijo guardando la carne en su morral y levantándose de un salto.

El rugido del agua se escuchaba cada vez más cerca mientras Ux caminaba a la cabeza de su grupo en dirección al río. Se frotó la cicatriz que le recorría el rostro, de la ceja hasta el pómulo, mientras se relamía.

La corriente le había traído un regalo.

Una humana.

Y él se moría por conocerla.

2 SUSANNE

Nueva York, primavera de 1824

Susanne Bell tenía diecinueve años y vivía con sus padres en una casa sencilla pero bien cuidada, de madera blanca y contraventanas azules, a las afueras de Nueva York, más allá de Canal Street. En aquella zona todavía se extendían los pastos abiertos y las hermosas arboledas, aunque cada año se llenaba de más edificaciones y tranvías. La evolución no se detenía nunca.

Un hermoso jardín rodeaba su casa y, a un lado de este, se situaba un pequeño huerto, donde su madre cultivaba hiervas aromáticas. Ella la ayudaba de vez en cuando, aunque prefería pasar sus ratos libres cosiendo. Esa era su gran pasión. Susi soñaba a menudo que a lo mejor, algún día, diseñaría vestidos para las mujeres que visitaban la tienda de su padre. ¡Tenía tantas ideas en la cabeza!

En la parte trasera de la vivienda, una hilera doble de álamos marcaba el camino hacia un riachuelo de aguas cristalinas, que se disputaban pececillos de todos los colores y renacuajos. A lo lejos, se escuchaba el sonido de las ruedas de carro, mezclado con el lindo trinar de los pájaros.

Aquel domingo, como tantos otros, Susi había pasado la mañana junto a la ventana, con el sol bañando su regazo, bordando con delicadeza sobre lino blanco. Sus dedos se movían con gran habilidad, trazando dibujos de flores que ella misma había diseñado unos días atrás. Siempre creaba sus propios patrones, cada vez más originales y elaborados. Su madre acostumbraba a decirle a todo el mundo que su hija tenía un don para las agujas.

A mediodía, Susi se colocó su vestido amarillo merengue de muselina, con una cinta blanca que marcaba su cintura de avispa. Se ajustó los guantes de encaje y se cubrió la larga melena castaña,

recogida en un elegante moño, con un sombrero de ala ancha, adornado con una flor de tela celeste.

Salió de casa y se unió a su mejor amiga, Annalise Roberts, de camino a la iglesia, que quedaba apenas a tres calles. Durante el sermón, Susi mantenía la compostura, pero sus pensamientos volaban al pequeño taller de la tienda de su padre, a los rollos de seda y los broches de nácar que tanto le gustaba ordenar cuando su padre se lo permitía, que no era muy a menudo. Pero ella aprovechaba la menor oportunidad.

El Sr. Bell, dueño de una reputada tienda de complementos femeninos, era un buen hombre que amaba a su mujer y su hija, pero también severo y tradicional. Solo en los días en que estaba enfermo o de viaje para buscar nueva mercancía, le permitía a Susi quedarse al frente de la tienda.

Y a ella le encantaba.

Una tarde de mayo, el Sr. Bell tuvo que viajar a Albany para buscar encajes importados de Europa, así que Susi lo sustituyó en el mostrador. Era una tarde tranquila, y, entre cliente y cliente, se entretenía ordenando los guantes de piel, puliendo las hebillas de los sombreros y asegurándose de que todo estuviera impecable.

Fue entonces cuando él entró.

Medía más de un metro noventa, con hombros anchos y una manera pausada de moverse, como si estuviera acostumbrado a espacios abiertos. Pero lo que cautivó a Susi desde el primer instante fueron sus ojos: azules con destellos grises, como un cielo de tormenta. Había en ellos algo indómito y amable al mismo tiempo.

—Buenas tardes, señorita —dijo él, quitándose el sombrero. Su voz era grave y tenía un ligero acento que Susi no supo identificar—. Me llamo Ciench Barog y acabo de llegar a la ciudad en busca de trabajo. Me han dicho que aquí quizás necesiten manos fuertes.

Susi desvió un instante la mirada hacia esas manos. Ciertamente, eran fuertes, y también ásperas y plagadas de cicatrices; acostumbradas a trabajar.

Con las mejillas sonrosadas, le explicó educadamente que su padre no estaba en la tienda, pero que podía volver al día siguiente

para hablar con él y ofrecerle sus servicios.

Mientras charlaban, ella le sirvió un vaso de agua. El cruce de sus miradas fue fugaz y poderoso. El flechazo fue sutil pero indudable. Susi sintió que podría estar escuchando la voz profunda de ese hombre y jamás se cansaría.

Tras darle muchas vueltas, se atrevió al fin a preguntarle de dónde era, pues era incapaz de identificar la procedencia de su peculiar acento o de su nombre, que nunca había oído antes.

—Oh, vengo de muy lejos, señorita Susi. De una pequeña aldea en el norte —contestó con un brillo en la mirada.

Ella no quedó satisfecha del todo con la vaga respuesta y se prometió a sí misma que indagaría sobre ello en cuanto se presentara la ocasión. Lo habría hecho en ese mismo instante, pero la campanita de la puerta acababa de anunciar la entrada de la señora Mathews, y no quería dar pie a las habladurías.

Nadie en el pueblo vería con buenos ojos que ella se dedicara a charlar a solas en la tienda con un hombre mayor que ella, apuesto y enorme. Un forastero que parecía devorarla con su enigmática mirada grisácea.

A la mañana siguiente, Ciench regresó. El Sr. Bell, impresionado por sus modales respetuosos, lo contrató para construir unas estanterías en el almacén. El hombre sabía trabajar la madera como un carpintero experimentado, y sus manos eran hábiles.

Susi se las ingenió para quedarse en la tienda todo ese día, alegando que debía hacer inventario de los sombreros de verano y las cintas de seda que su padre acababa de traer. Este aceptó sin sospechar.

Durante los días siguientes, Ciench y Susi compartieron silencios, sonrisas mal disimuladas y alguna que otra breve conversación sobre telas y viajes cuando el señor Bell estaba ocupado con alguna clienta. Ciench decía venir de una familia de carpinteros del norte.

A veces, mientras trabajaba, tarareaba canciones extrañas, semejantes a ritmos tribales que Susi jamás había escuchado. Era todo un misterio, que ella se moría por desentrañar.

Mientras ordenaba las cintas o los botones, por tercera o cuarta vez consecutiva, desviaba la mirada hacia él. Le encantaba

observarlo mientras trabajaba, concentrado en cortar, lijar o pulir. Su cabello, castaño oscuro y alborotado en ondas alrededor del rostro, era espeso y tenía un lustre especial. Los músculos de los antebrazos asomaban bajo la camisa arremangada, poderosos y bien definidos. Su piel tostada por el sol daba fe de que solía trabajar al aire libre. Y sus ojos… Aquellos ojos la habían conquistado desde que les echó el primer vistazo. Podría perderse fácilmente en ellos.

Pero lo más inquietante de ese hombre, que había aparecido un buen día de la nada, era el dibujo de tinta que se dejaba entrever por el cuello abierto de su camisa. Tan solo se atisbaba un trazo oscuro semicircular. Y Susi se descubrió ansiando desnudar su torso y contemplar el tatuaje completo.

Una tarde, su padre tuvo que salir antes para cerrar una venta con una clienta muy anciana que no podía desplazarse hasta la tienda. Creyendo que Ciench ya se había marchado, dejó a Susi al cuidado de cerrar ella sola. El horario de apertura finalizaba en media hora, y después debía marcharse directamente a casa para ayudar a su madre con la cena.

En cuanto el señor Bell abandonó el local, Ciench se acercó al mostrador, donde Susi doblaba unos pañuelos. Lo hizo de un modo tan sigiloso que ella se sobresaltó.

—Usted no debería estar aquí sola —le dijo con una sonrisa tímida.

—Tampoco debería tener ideas propias sobre vestidos y negocios —respondió ella, con media sonrisa—, pero las tengo de todos modos.

Él rio. Y esa risa, tan sencilla, tan limpia, le electrificó la columna de arriba abajo.

«¿Es posible que este hombre tan amable y apuesto se interese realmente en mí?», se preguntó Susi, mientras un pañuelo se le escapaba de las manos y caía del mostrador. Él se agachó con gentileza y lo recogió del suelo. Cuando se lo entregó, sus dedos se rozaron por un instante.

Fue solo un segundo, un soplo efímero de tiempo, pero, para ambos, el mundo pareció contener el aliento.

Entonces, él le dedicó otro tipo de sonrisa. Una que ella no había contemplado aún. Una con un toque travieso que la encendió desde dentro.

—Ya es tarde. Debería cerrar, mi madre me espera —dijo apurada, retorciendo una cinta de seda entre las manos, hasta que se dio cuenta de que la estaba dejando hecha un desastre.

Él se fijó en el rubor de su rostro mientras su corazón se aceleraba en su inmenso pecho.

—¿Quiere que la acompañe hasta su casa?

—¡Oh, no se moleste! Está muy cerca —se apresuró ella a contestar.

—No sería ninguna molestia. Y, según tengo entendido, por aquí una dama no debe andar sola por la calle a estas horas. Además, disfruto mucho de su compañía.

Susi se estremeció.

—Está bien, si insiste… —aceptó ella dándose la vuelta con el pretexto de recoger sus cosas. Las manos le temblaban por la emoción.

Se moría de ganas de pasar más tiempo con él.

Recorrieron la calle uno al lado del otro, mientras Susi daba cada paso sobre los adoquines con cuidado de no tropezarse.

Transcurrieron las semanas, y el interés de Ciench por Susi ya no pasaba desapercibido. Sus padres, aunque al principio se mostraron reticentes, finalmente accedieron a permitir algunas citas entre ellos, siempre acompañados. Además, había una preocupación general en el país porque, recientemente, habían desaparecido algunas mujeres jóvenes sin dejar rastro. Nadie sabía lo que les había ocurrido. Así pues, vigilaban a su hija incluso más de lo habitual.

Celebraron una merienda en el jardín, acompañados por Annalise; un picnic familiar junto al East River; e incluso acudieron juntos a la iglesia, donde Ciench caminó a su lado con respeto y los anchos hombros tensos. Susi captó su mirada curiosa y un tanto abrumada mientras observaba todo a su alrededor como si fuese la primera vez que pisaba una iglesia.

A la salida, algunos amigos de su padre hablaban de extrañas tormentas que asolaban el estado de Maine. Ciench se mantuvo en

silencio durante la conversación.

A los ojos de los demás, era un hombre educado, trabajador y discreto. Pero Susi sentía en lo más hondo de su alma que, bajo esa fachada imponente, había mucho más.

Ciench tenía una manera de mirar las cosas como si fueran nuevas para él. A veces usaba las palabras de un modo extraño o con giros que no correspondían a su entorno. Incluso su forma de vestir, aunque correcta y acorde con la época, parecía... intencionada, como si copiara a los demás. Como si, en realidad, estuviera habituado a llevar una ropa muy distinta y esa le fuera completamente ajena.

Y luego estaba ese modo tan característico de caminar, balanceándose un poco a cada paso. Susi no podía evitar que sus andares le recordaran a los de los leones que había visto una vez en un circo ambulante que provenía de una casa de fieras austríaca, que había pasado por Nueva York.

Una tarde de mediados de junio, el sol resplandecía sobre los árboles del jardín trasero. Los padres de Susi habían salido con unos amigos a pasear al campo, y ella prefirió quedarse en casa a acabar sus últimos diseños de vestidos. Tenía la extraña sensación de que ese iba a ser un día especial.

Ciench apareció de pronto por el sendero de grava del jardín, como si lo hubiera hecho mil veces. Susi, sentada en el banco de madera bajo el almendro en flor, se giró a mirarlo. Ni siquiera se sobresaltó. De algún modo, presentía que aparecería.

—¿Puedo sentarme? —dijo él, de pie ante ella con el sombrero en la mano. Estaba más serio de lo habitual.

«Parece preocupado», pensó Susi.

El solo hecho de que pudiera ocurrirle algo le encogía el estómago. Sus sentimientos hacia él crecían con cada día que pasaba, y ya apenas lograba disimularlos.

«Lo que daría por saber si él siente lo mismo por mí…», se dijo, soltando un breve suspiro.

Él ladeó un poco la cabeza y la observó con esa mezcla de ternura y anhelo que hacía que ella se ruborizara.

Susi le hizo una señal para que se acomodara a su lado en el banco.

—Te esperaba. No me preguntes cómo, pero intuía que vendrías —dijo suavemente, saliendo del encantamiento.

Ciench se sentó junto a ella, dejando el espacio justo para no incumplir la moralidad de la época, pero lo bastante cerca para hablar en susurros, y para aspirar su aroma a cerezos en flor y jazmín. Un aroma que a él lo volvía completamente loco, aunque todavía no se lo hubiera confesado nunca.

Pero el día había llegado. Ya no podía retrasarlo más. El portal se cerraría apenas en unas semanas, y él no quería llevársela a la fuerza como hacían sus amigos con las otras mujeres descendientes. Él necesitaba que ella lo acompañara voluntariamente, que escogiera marcharse con él.

Quizás era un romántico… o un tonto por creer que ella accedería a algo tan descabellado sin ni siquiera conocer el lugar al que se dirigirían. Pero estaba esperanzado y quería comenzar las cosas bien. Si Susi iba a convertirse en su pareja de vida, debía respetarla y venerarla desde el primer instante. Toruch se mofaba de él y le echaba en cara lo rarito que era. Pero él no pensaba dar su brazo a torcer en eso.

Solo esperaba no haberse equivocado… y que Susi sintiera por él lo mismo que él por ella. Rezó en silencio a los dioses del manantial para que así fuera y, sin más rodeos, se decidió a hablar:

—Susi, estoy enamorado de ti desde que entré en tu tienda aquel día y vi tus hermosos ojos verdes. Me paso los días y las noches pensando en ti.

El corazón de Susi dio un vuelco.

—Yo… creo que siento lo mismo —tartamudeó ella, bajando un poco la mirada y sonrojándose—. Debería hablar con mis padres y pedir su aprobación para…

Pero él, acercándose un poco más, la interrumpió. Ensanchó un instante las aletas de la nariz y entornó los párpados mientras aspiraba con fuerza. Ella lo miraba fascinada. Cuando abrió de nuevo los ojos, había un destello de determinación en ellos.

—Yo no pertenezco a este lugar, Susi, apuesto a que lo intuyes. No soy… como tú. Hay algo en mí que no puedes explicar y que has percibido desde el principio, ¿me equivoco?

Ella lo miró. Su rostro, de líneas firmes y mirada profunda, parecía más serio que nunca. Varias arrugas de preocupación le surcaban la frente.

—Puede… Tienes algo distinto que no sabría describir, pero que… me gusta.

El corazón de él retumbó con fuerza en su pecho. Tuvo que contener el rugido de satisfacción que se formó en su garganta, pujando por salir, para no asustarla. Se pasó la mano por las ondas revueltas de su cabello oscuro, dándose un instante para recomponerse y recuperar el control. Pero ya no pudo disimular el brillo salvaje y hambriento de sus ojos grises, que se pasearon con algo de descaro por las formas de su amada. A ella nada de su comportamiento le pasó inadvertido.

—Dentro de unos pocos días tendré que marcharme… para siempre —continuó él. A ella se le encogió el estómago y la asaltaron unas repentinas ganas de echarse a llorar—. Y no puedo irme sin ti.

—¿Cómo que te vas? ¿Por qué? ¿Adónde? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Me voy muy lejos, hermosa Susi. Regreso a mi hogar. Ya no puedo demorarlo más. Y quiero que vengas conmigo.

Ella abrió mucho los ojos. Las manos le temblaban un poco.

—Todo esto es muy precipitado. Mi padre nunca me lo permitiría.

—Lo sé. Si decides venir, tendrás que desobedecer a tus padres. No hay otra opción.

—Yo… deseo estar contigo. Hay algo que me dice que es lo correcto.

Él sonrió.

—¡Por supuesto que es lo correcto, Susi! Aunque ahora no lo comprendas, tú y yo estamos predestinados a estar juntos.

—No lo entiendo, Cienc h. Si pretendes que lo deje todo atrás y me escape contigo, vas a tener que explicármelo un poco mejor.

Él suspiró. Sabía que era muy arriesgado contárselo, aunque fuese solo una pequeña parte. De hecho, lo tenían prohibido. Pero él no podía raptarla sin más. Puede que ella lo perdonara algún día, tal como las mujeres vinculadas solían hacer con sus barogs. Sin embargo, él no se lo perdonaría nunca a sí mismo.

—Si vienes conmigo, bella Susanne, jamás podrás regresar aquí. Nunca. —Ella dio un respingo en el banco—. El lugar al que voy es muy distinto a todo lo que conoces. Tu vida cambiará para siempre.

—¿Qué quieres decir con "distinto"?

—Diferente a tu casa, a esta ciudad, a los árboles que ondean frente a nosotros, a tus amigas, a la iglesia…, a todo tu mundo. Distinto... como yo.

Ella tragó saliva. No tenía miedo de él, pero el vértigo de semejante decisión había empezado a asfixiarla.

—Si decido ir contigo, ¿qué haré allí? ¿Qué será de mí?

—Te convertirás en mi pareja de vida.

Susi frunció el ceño.

—¿En tu esposa?

—Así es. Serás mi mujer durante toda nuestra existencia. Te amaré como nadie te ha amado nunca, como nadie podría amarte jamás. Y te cuidaré con todo lo que soy. Pero debes decidirlo tú. No puedo obligarte.

—Esto que me pides, Cienchi, es un acto de fe muy importante. Es… un salto al vacío.

—Lo sé. Y es injusto que te pida algo así cuando aquí tienes toda una vida de comodidades por delante, así como a tu familia y amigos.

—Pero allí, donde sea que se encuentre ese "allí", estaré contigo. ¿Para siempre?

—Sí, para siempre, Susi.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. No ansío otra cosa que llevarte a mi hogar y convertirlo en el nuestro.

Ella se quedó pensativa, meditando aquella locura. ¿Cómo podía siquiera planteárselo? ¿Traicionar así a sus padres y sus valores más arraigados? ¿Abandonarlos?

Aun así, y aunque no tuviera ningún sentido, lo que realmente le parecía una locura era no marcharse con Ciench. Cada célula de su delicado cuerpo le pedía a gritos que lo siguiera al fin del mundo. La sola presencia de ese hombre tiraba de ella hacia lo desconocido con una fuerza imposible de resistir.

Susi bajó la mirada a sus manos, blancas sobre el regazo azul zafiro de su vestido. Pensó en lo mucho que la impactaron los ojos azules con destellos grises de Ciench el primer día en que se cruzaron con los suyos; en su modo de caminar; en su peculiar manera de hablar y su amabilidad... Recordó también al joven que sus padres querían para ella, un buen muchacho, sin duda, pero que no le interesaba ni atraía lo más mínimo.

—Y en tu hogar… ¿seré feliz?

Él ensanchó una sonrisa franca y hermosa. Una sonrisa que le calentó el pecho y le dio de lleno en el corazón.

—Sí, Susi. Tú y yo, juntos, seremos muy felices. Dedicaré cada segundo de mi existencia, cada gota de mi energía, a hacerte muy feliz, para que jamás tengas que arrepentirte de la decisión que tomaste de seguirme.

—Eso que acabas de decir es precioso y, al mismo tiempo, aterrador.

Él cogió su mano por primera vez. Un gesto simple, pero que los sacudió a ambos.

—Lo sé, querida. Lo que te pido es muy difícil. Y debo ser sincero: el mundo al que vamos…

—¿Mundo? —preguntó ella, extrañada por la elección de palabras que él había hecho.

—Sí, Susi. Ese mundo que es mi hogar es un lugar salvaje y, a veces, peligroso. Pero también es el lugar más hermoso del universo. Un paraíso donde vivir en paz entre amigos y disfrutar de todo cuanto la naturaleza nos puede ofrecer.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta. ¿A qué mundo se refería? ¿Y si era un demente? Por un instante, dudó. En realidad, Ciench seguía siendo un extraño para ella en muchos aspectos. Sin embargo, ahí estaba otra vez esa sensación de certeza. Ese sentimiento de que su lugar estaba junto a él.

Así que tomó una decisión. Por muy descabellado que fuera, se marcharía con él. No obstante, quiso hacer una última pregunta:

—¿Y crees que, en tu mundo, podría abrir mi propia tienda y vender mis vestidos?

Él soltó una carcajada cargada de felicidad y amor. Presentía que su Susi ya había decidido.

—Es un lugar sencillo. No hay tiendas como tales, pero sí un mercado con puestos donde se venden cosas diversas. Comida, utensilios, ropa… Quizá tendrás que adaptar un poco tus diseños a la vida de allí, puesto que suele hacer mucho calor y la humedad es aplastante, pero estoy seguro de que sabrás hacerlo. Sí, Susi, podrás tener tu puesto en la plaza de la aldea.

Los ojos de ella resplandecieron.

—En tal caso, cuenta conmigo.

Esa semana fue como vivir entre dos mundos. Susi bordaba, sonreía, ayudaba a su madre, obedecía..., pero cada noche preparaba en secreto un pequeño equipaje. Un vestido de viaje, algo de lino, sus hilos, su cuaderno de dibujos...

La noche antes de partir, escribió una carta de despedida, emotiva y cargada de amor. Fue lo más difícil que había hecho en toda su vida y derramó varias lágrimas.

Por supuesto, desconocía por completo los retos y dificultades que tenía por delante. ¿Y cómo podría haberlo imaginado siquiera?

A la mañana siguiente, antes del alba, Susi se encontró con Ciench en la esquina donde el sendero del jardín se perdía entre los árboles. Llevaba un vestido verde y un sombrero sencillo. Él la esperaba con una sonrisa y destellos en la mirada. Tomó la pequeña maleta de Susi de su mano y la cargó.

Juntos, caminaron entre calles aún silenciosas, hasta que tomaron un carro tirado por dos magníficos caballos pardos que los llevó al muelle.

Al llegar, un barco pequeño los esperaba. Ella subió sin mirar atrás.

Las velas se desplegaron y el barco empezó a deslizarse hacia una bruma espesa que levitaba sobre la superficie del agua. Nubes oscuras se concentraban a lo lejos. Había escuchado a su padre

comentar que grandes tormentas asolaban las tierras más al norte del continente y que, al parecer, se desplazaban veloces hacia Nueva York.

A medida que avanzaban, tuvo la sensación de que navegaban directos hacia esas tormentas, cargadas de relámpagos que restallaban en un cielo cada vez más negro.

Susi supo que nunca regresaría. Pero también que, por primera vez, su vida no solo era un destino trazado, sino también una elección.



3 HACIA LOS PANTANOS
callie

Nemea, en la actualidad

Ese barog inmenso de la cicatriz, de pie a apenas un par de metros de mí, no había desviado la mirada de mi rostro ni un milímetro desde que habían aparecido. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo: olfatearme, aparte de taladrarme con esos ojos azules tan claros y congelados que daban grima. Tras recorrerme con ellos de arriba abajo, arrugó el ceño.

El muslo me ardía de un modo atroz. Todo mi cuerpo estaba hecho una mierda. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de levantarme de nuevo. Total, ¿para qué? Me encontraba a la absoluta merced de esos hermanos perdidos.

Podría haber gritado e intentado correr hacia la selva, pero, en ese estado, no me habría servido de nada. Y no nos engañemos: ni en el mejor de mis días habría avanzado dos pasos sin que me hubiesen atrapado. Cualquiera de ellos se me echaría encima con una sola zancada.

Me sentía muy cansada. Cansada y acojonada. No quería ni pensar en lo que esos monstruos estaban planeando hacerme.

Necesitaba que Daryos apareciera al rescate cual caballero andante de brillante armadura. No montaría un caballo, sino un león inmenso del color del ébano. No empuñaría una espada reluciente, sino sus garras afiladas o, a lo sumo, una rudimentaria lanza. No llevaría una cota de malla ajustada a su poderosa musculatura, sino que iría medio en pelotas. Pero todo eso daba igual.

«Amorcito, este es el momento crucial para que me demuestres lo mucho que me quieres. ¡Ven a salvarme AHORA MISMO!», grité en mi cabeza, como si eso sirviera para algo; como si mis palabras pudieran invocarlo cual genio de la lámpara.

Por lo que yo sabía, quizás él y los demás creían que había muerto en la caída, o todavía estaban intentando descender al río, o los había devorado uno de esos pulpos gigantes…

«Estás sola, Calista. Vete haciendo a la idea, joder», me dije, aunque, en el fondo, sabía bien que mi príncipe, tarde o temprano, aparecería. Más le valía ponerse las pilas y venir aquí cagando leches, o se ganaría una buena patada en el culo.

Cuando ese barog que no me quitaba ojo empezó a avanzar de nuevo hacia mí caminando por el río, me estremecí de puro terror. Había sufrido muchas cosas terribles desde mi llegada a Nemea, pero no me cabía la menor duda de que, en este preciso instante, comenzaba la peor de todas ellas.

Y no tenía ni idea de si sería capaz de soportarlo.

En cuanto se arrodilló frente a mí, empecé a temblar. En un acto reflejo, traté de arrastrarme hacia atrás. Apenas me desplacé unos centímetros sobre mi culo. Fue patético.

—No te muevas o te desangrarás —me dijo con voz cavernosa, agarrándome del tobillo con suavidad.

Un escalofrío me sacudió desde los dedos del pie hasta la cabeza, rechazando su contacto. No volví a moverme y rehuí su mirada.

Con la otra mano, me subió el vestido, empapado y desgarrado, hasta medio muslo, descubriendo toda la herida. El retazo de tela con el que la había cubierto estaba completamente manchado de rojo. Me mareé, pero apreté los dientes para mantener el tipo. De ningún modo podía desmayarme. Sujeté el borde del vestido con fuerza para que no siguiera subiendo. No quería que viera mi desnudez bajo la tela.

—Voy a quitarte esto. Necesito examinar el corte, ¿de acuerdo?

Asentí. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ahora sí que nuestros ojos se encontraron de nuevo, y lo que vi en ellos me asustó aún más.

Había determinación, fuerza y… oscuridad. Algo muy siniestro, que ni siquiera había encontrado en la mirada de Cyrus. Y, sin embargo, se estaba mostrando amable. Aunque a mí no me engañaba. Yo sabía bien cómo las gastaban algunos barogs, y los perdidos no gozaban de buena fama precisamente.

Sacó un cuchillo de mango de hueso y hoja oxidada, y lo acercó a mi piel. Tirité de puro miedo, pero me quedé muy quieta. Cortó la tela con cuidado y descubrió la herida. No tenía buena pinta, no había que ser médico para darse cuenta. Toda la zona de alrededor estaba inflamada y enrojecida, y la notaba hirviendo. Posó una mano en mi rodilla y, con la otra, me ladeó la pierna despacio a derecha e izquierda. Me mordí el labio para no gritar.

—Parece infectada, aunque no demasiado. Necesitas puntos de sutura y ungüento. ¿Te la has hecho en el río? —Volví a asentir—. Esta también, ¿verdad? —dijo señalando mi brazo—. No es tan profunda, pero habrá que coserla igualmente. Y te desinfectaremos todos esos rasguños. El río puede ser muy cabrón.

En vez de cubrir de nuevo la herida, me hizo un torniquete en el muslo justo por encima de la carne desgarrada para detener la hemorragia.

—Gra… cias —me obligué a decir. No conocía a ese barog, pero siempre era mejor ser precavida y mostrar educación.

Un brillo tenebroso oscureció el celeste de sus ojos. Sus iris estaban ribeteados de gris oscuro, casi negro. Como en todos los barogs que conocía, sus ojos eran muy impactantes.

—Soy Uxuer, pero puedes llamarme Ux. Soy el líder de los hermanos perdidos —dijo tendiéndome la mano.

Un gesto curioso para un barog. Me demostraba que el tío no tenía un pelo de tonto… y que algo sabía de las costumbres humanas, aunque, probablemente, jamás hubiese viajado a través del portal. Bien pensado, ¡¿qué cojones sabía yo?! Pero, a fin de cuentas, por su aspecto, ese debía de tener una madre humana.

«No te dejes amedrentar. Recuerda que son medio humanos y se puede razonar con ellos… a veces». Respecto a los nacidos de *aninf*, sin embargo, la cosa seguro que era muy distinta. Con solo mirarlos me producían escalofríos. Sus ojos, aunque hermosos, parecían vacíos. Como si no hubiera nada tras ellos, solo puro instinto animal.

Levanté la mano con esfuerzo y fui al encuentro de la suya. Desprendía ese calor seco tan típico de los barogs. Su apretón fue suave pero firme. Sus garras, ligeramente extendidas, me rozaron el dorso.

Supongo que esperaba que yo le diera mi nombre, tal como él acababa de hacer con el suyo. Pero una cosa era ser educada y la otra dedicarme a hacer amigos. Y ese tipo era el maldito líder de los hermanos perdidos. No uno cualquiera, no, sino ¡¡su puto jefe!!

«Si es que tengo una suerte…».

Parecía más civilizado e inteligente que la mayoría de los barogs a los que conocía, y eso aún me atemorizaba más. Porque no hay peor combinación que una bestia astuta. La suma de inteligencia y mal es muy peligrosa.

—¿Cómo te llamas, humana? —preguntó, todavía acuclillado frente a mí.

Los demás nos rodeaban, expectantes, alzándose como moles a mi alrededor.

«No los mires. Céntrate solo en su jefe».

Por un lado, sentí el impulso de mentirle. Tal vez alguien le había informado de quién era Callie, la humana con la marca de nacimiento. No tenía ni idea de la información que poseía ese monstruo. No debía de ser poca, dado que un grupo de los suyos nos había atacado en la Gran Roca.

Por el otro, si le mentía y él ya sabía quién era, me metería en problemas nada más empezar. Así que opté por decir la verdad. Total, eso tampoco podía empeorar mucho las cosas, ¿no?

Aun así, me hice el firme propósito de contarle lo mínimo posible. Sobre todo, en lo referente a nuestra visita al templo y los ancianos. Esa era una información que podría poner a Ux sobre aviso de que el rey estaba preparándose para la guerra.

Por supuesto, tampoco le hablaría de que llevaba la espiral de la profecía en mi piel, aunque dudaba que tardara mucho en descubrirlo…, teniendo en cuenta lo que, a buen seguro, pretendía hacer conmigo lo antes posible. Ni tampoco nada acerca de mi unión con Daryos. Era preferible que pensara que me había unido a un barog cualquiera, en lugar de al príncipe de la especie, que, junto a Cyrus, era uno de sus principales enemigos.

Cuando estalló la Gran Guerra, mi barog era todavía un adolescente y Cyrus tendría aproximadamente mi edad. Sea como

fuere, apuesto a que los perdidos sabían bien quiénes eran el rey y el príncipe de Nemea.

«Le diré lo justo y necesario, cuando no me quede más remedio», decidí con firmeza. A ver lo que duraba mi determinación cuando esa bestia quisiera algo más de mí que un simple apretón de manos.

Tragué saliva.

—¿Y bien? —insistió, pero sin perder la paciencia.

—Callie —solté sin más.

—Encantado de conocerte, Callie. ¿Eres una de las últimas descendientes que llegaron a Nemea?

—Sí. Atravesé el portal hace unas semanas.

Su mirada se afiló.

—¿Estás vinculada? —Su voz vibró en una nota más baja mientras volvía a olfatearme—. Yo creo que sí. —Sus ojos se oscurecieron de nuevo.

Temblé como una hoja y apuesto a que se me escapó alguna lágrima.

—Sí, en la cacería.

Seguro que ya lo sabía, pues debía de conocer bien las tradiciones de su pueblo, eso sin contar las expediciones que enviaba por la selva. No le estaba facilitando ningún dato nuevo.

Apretó la mandíbula. Entonces, se inclinó hacia mí y, sujetándome por el hombro, me obligó a girarme ligeramente. Gruñó cuando vio la espiral marcada a fuego, que le sirvió de confirmación. Por suerte, la de nacimiento quedaba mucho más abajo, cubierta por el vestido. Solo esperaba que no mirara demasiado, puesto que la tela estaba prácticamente hecha jirones en distintos puntos y apenas me cubría la piel.

—Bueno, ya lo solucionaremos —dijo soltándome el hombro. Me entraron arcadas, pero logré contenerlas. Las lágrimas, sin embargo, rodaron por su cuenta—. Dime, Callie, ¿queda alguna descendiente sin vincular?

Mi mente evocó a mis amigas Jenny y Emi. Sin duda, ellas habrían sido un premio aún más codiciado que yo, salvo por mi

marca de la profecía, que era mi jodida maldición. Pero, por suerte, eso Ux no lo sabía.

—No… que yo sepa. Todas se unieron a sus barogs en tierra sagrada —mentí sin dudarlo. Ni ese cabrón ni ninguno de los suyos le pondrían una mano encima jamás a mis amigas.

«¡Ni lo sueñes, monstruo!», grité en mi cabeza.

Él me miró con suspicacia y casi me meo encima.

«Aguanta, es imposible que lo sepa. Su sentido del olfato, por muy bueno que sea, no da para oler una mentirijilla, ¡joder!».

—¿Os llevaron al lago esmeralda?

Asentí.

«Por favor, que no me pregunte a quién mi uní. Por favor, por favor, por favor». Por supuesto, si los dioses nemeos habían permitido que Antara me lanzara por un acantilado hacia la muerte, estaba claro que no tenían ningún interés en mantenerme con vida, así que tampoco me ayudarían en eso.

—¿Quién es tu barog, Callie?

«Mierda».

Bueno, tarde o temprano me lo sonsacaría, pero intentaría retrasarlo al máximo. De algún modo absurdo, tenía la sensación de que debía ganar tiempo en eso.

Me quedé en silencio, mirándolo.

—¿Callie? ¿A quién te vinculaste?

—Lo siento. No… quiero… decírtelo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Una sonrisa siniestra tironeó de las comisuras de su boca.

—¿Por qué? ¿Acaso es alguien… importante?

«El tío no es tonto. Quizá esta no sea la mejor táctica. ¡Piensa, piensa!». No se lo diría. Todavía no.

—Para nada, solo un barog cualquiera. Solo que no me gustaría que lo mataras para quitarlo de en medio.

Su sonrisa se ensanchó.

—Chica lista. ¿Le amas?

—Es una pregunta difícil.

—¿Y eso por qué?

—Porque me raptó, me alejó de mi hogar para siempre, me violó en la selva y me obligó a unirme a él —dije sin pestañear.

Las cosas no habían sucedido exactamente así, pero algo me decía que era mejor que Ux creyera que los barogs de la aldea eran todos tan salvajes como ellos. Y, por supuesto, no iba a confesarle que amaba locamente a mi barog.

—Ya entiendo. Bueno, por lo que yo sé, a las descendientes siempre os cuesta acostumbraros a nosotros al principio. Pero después os acabáis adaptando. Sois fuertes.

Sus ojos se clavaron en los míos. Y tuve la certeza de que me estaba dejando claro que también tendría que acostumbrarme a él.

«¡Maldito cabrón de mierda! Lo llevas claro conmigo. Si logré escapar del todopoderoso rey de Nemea, tú eres pan comido», dije para tratar de animarme, aunque no me lo creyera ni yo.

—Eso me dijo él.

—Tu barog no ha cuidado bien de ti si ha dejado que acabaras arrastrada por el río y… sola.

Apreté los dientes.

—Fue culpa mía. Resbalé en el barro y me caí. Debe de estar buscándome como un loco. —Y esto último seguro que era verdad.

Solo pensar en lo mucho que debía de estar sufriendo mi pobre Daryos, se me encogía el estómago y me dolía el pecho.

—¿Y dónde resbalaste exactamente, Callie? Porque esto queda bastante lejos de la aldea.

«Mierda».

Rebusqué en mi mente desesperadamente. Traté de recordar el mapa de Xerx, que, por cierto, ahora mismo debía de estar empapado y navegando río abajo en mi zurrón. ¿En qué otro punto podría haber caído al río? De ningún modo podía decirle que era el acantilado que llevaba al templo. Tenía que inventar algo creíble.

Metería verdades entre mentiras. Así correría menos riesgo de contradecirme en mis respuestas.

—No lo sé. Tengo muy mala orientación y apenas he salido de la aldea. Mi barog me estaba mostrando uno de sus lugares especiales, creo que bastante más al norte de aquí, cerca del nacimiento del río. Ni siquiera recuerdo cómo ocurrió. Sucedió todo muy deprisa.

Moví un poco la pierna, pues la sentía adormecida. El gesto casi me hizo gritar de dolor. Luché conmigo misma para no perder el conocimiento.

—Basta de cháchara. Estás herida y empapada. Tenemos que llevarte a nuestro asentamiento de inmediato para curarte.

—¿En los… pantanos?

Sonrió de nuevo.

—Veo que te han hablado de nosotros. Sí, Callie, en los pantanos. —Se agachó un poco más para pasar los brazos por debajo de mí y levantarme. Pero antes de rozarme, se detuvo con la vista fija en mi costado. Justo en el lugar donde la *aninf* maligna había clavado las garras con saña—. ¿Qué es eso?

Miré hacia abajo, haciéndome la sorprendida.

—No lo sé… Alguna rama debió de desgarrarme mientras la corriente me arrastraba.

Separó un poco la tela rota, dejando el zarpazo a la vista.

—Esto no te lo ha hecho el río, Callie, sino las garras de un animal. Un lince o… una *aninf*, si es que eso fuera posible.

Centré todos mis esfuerzos en que mis siguientes palabras sonaran sinceras.

—Jamás he visto a ninguno de esos animales.

Inspeccionó mi rostro durante unos segundos. Lo que vio pareció convencerle, más o menos.

—Quizá algo te atacó cuando estabas inconsciente y nuestra llegada lo espantó. En cualquier caso, ya habrá tiempo para averiguarlo —dijo con voz calmada y helada—. Ahora, voy a levantarte, ¿de acuerdo? Yo te llevaré. Con esa pierna no puedes caminar y estás muy débil.

Aguardó a que asintiera.

Volvió a agacharse, pasó los brazos bajo mi cuerpo y me alzó en volandas. Su contacto me estremeció la piel y los huesos. No quería que me tocara, no quería tener cerca su cuerpo, no quería que su olor se metiera en mi nariz…, pero poco o nada podía hacer para evitarlo. Así que me resigné, por el momento.

Sus manos me sujetaban con firmeza. Sentía su piel contra la mía muy caliente. Yo estaba febril y destemplada debido a la

infección.

Unos ruiditos vagamente familiares me llamaron la atención. Paseé la mirada alrededor, hasta que mis ojos cansados se posaron en la red que uno de esos seres acarreaba colgada a la espalda.

Ahogué un grito cuando vi lo que había dentro de la bolsa: varios *llitops* apretujados. Y todos ellos me miraban con sus enormes ojos muy abiertos. ¡Como si yo pudiera ayudarlos! Mi situación, por desgracia, no era mucho mejor que la de ellos. Se me encogió el alma, y deseé con todas mis fuerzas poder hacer algo para liberarlos.

«Concéntrate, maldita sea. Bastantes problemas tienes ya como para preocuparte por esos animalillos de la selva». Sin embargo, de algún modo rocambolesco, me sentía unida a ellos en nuestra mala suerte.

—Agárrate a mi cuello, Callie. El camino no es fácil.

Sin rechistar, y con un esfuerzo sobrehumano, me aferré al robusto cuello de ese monstruo.

Y así, emprendimos el camino hacia los pantanos.

«Próxima parada: el infierno».

4 Búsqueda desesperada
tina

Desde que encontramos las huellas, aquello se había convertido en una auténtica pesadilla. Jenny y Emilia caminaban a mi lado, muy pegadas la una a la otra. La primera, sin pronunciar palabra, con los ojos clavados en la extensión pantanosa ante nosotros, y la segunda, sollozando y lamentando nuestra mala suerte.

Todos éramos conscientes de que los hermanos perdidos se habían llevado a Callie a su guarida, probablemente muy malherida, así que no había mucho más que hablar. Asumíamos que su situación ahora mismo debía de ser muy jodida. Lo único que podíamos hacer para ayudarla era seguir avanzando y localizar lo antes posible el asentamiento de aquellos bastardos.

Y ahí radicaba el problema principal: nadie tenía ni idea de dónde se encontraba.

¡Era exasperante! Hubiera esperado que los barogs conocieran al dedillo su querido planeta. De cabo a rabo, vaya. Esa era la impresión que me habían dado desde que llegué a Nemea y, sobre todo, desde que empezamos a pasearnos de aquí para allá, visitando lugares tan exóticos como las cuevas de los rebeldes, la Gran Roca o el templo de los ancianos. Los barogs se orientaban por la selva como en su propia casa, sin mapas, sin ni siquiera una miserable brújula. No como las personas en la Tierra, la mayoría de las cuales ya necesitaban Google Maps hasta para ir a dos calles de distancia a por el pan. Pero, al parecer, las ciénagas quedaban mucho más allá de los límites conocidos, e iban casi tan a ciegas como nosotras.

Los mapas de Xerx nos ayudaron durante la primera parte del recorrido, hasta que empezamos a adentrarnos en la zona pantanosa. A partir de ahí, los barogs apenas tenían información. Muy pocos se habían atrevido a explorar el territorio de los perdidos, y casi ninguno había salido vivo de allí. Pero no solo porque aquellos

parajes eran el hogar de sus enemigos, sino porque también eran uno de los lugares más letales de Nemea. Y eso, considerando todo cuanto había visto de la jungla hasta ahora, significaba que era la hostia de peligroso.

Según Xerx, toda aquella enorme zona embarrada y medio sumergida, salpicada de matojos, extraños sauces llorones de troncos color ceniza y otros árboles tristes, abarcaba casi una cuarta parte de la superficie de Nemea. Por lo que entendí, no era un planeta demasiado grande, comparado con la Tierra. Así pues, no solo casi todo lo que sabíamos acerca de los pantanos eran conjeturas, sino que entrañaban muchos peligros desconocidos a los que pronto nos enfrentaríamos.

Tras varias horas dando tumbos bajo una llovizna constante seguida de un chaparrón apocalíptico, al fin el cielo se despejó lo suficiente como para darnos un respiro. Pero, pese a que ya no llovía, el paisaje allí dentro era lúgubre y demasiado silencioso. Como si cientos de monstruos deformes y terribles, agazapados tras la maleza o sumergidos en el fango, se preparasen para saltar sobre nosotros a la menor oportunidad.

Jamás habría imaginado que añoraría tanto la selva frondosa y sofocante como lo hacía en este momento.

El aire olía a humedad cargada y putrefacta, y el agua estancada, a azufre y animalillos en descomposición. Cosas blandas y resbaladizas me rozaban las piernas mientras atravesaba cada pantano. Y, de vez en cuando, unas serpientes delgadas y negruzcas, similares a culebras, ondeaban en la superficie del agua.

Xioh había dicho que la mayoría no eran venenosas, pero no es que eso me sirviera de consuelo. ¡Me daban un asco que me moría! Emi pegaba un bote cada vez que las veía, así que, al quinto salto, Axeh se la cargó un rato a la espalda mientras cruzábamos el pantano más profundo. Después, ignorando sus protestas, toda digna ella, la subió a lomos de Enzo y pudimos continuar sin tantos sobresaltos.

Cyrus me había ofrecido a Bazzeila, pero, aunque ahora la pantera y yo parecíamos amigas de toda la vida, me negaba a que me vieran como una damisela aterrorizada por un simple reptil. En

realidad, hubiese aceptado con gusto. Estaba hasta las narices de tanta agua y barro malolientes.

Ni siquiera recordaba la última vez que me había duchado y lavado con jabón. ¡Y ya no hablemos de mi pelo! Se había convertido en un estropajo, así que lo llevaba recogido en dos gruesas trenzas. Una me la había hecho yo. La otra, Cyrus.

Había sido… raro. Hacía años que nadie me peinaba, aparte de cuando iba a la peluquería porque tenía un gran evento, por supuesto, que era bastante a menudo. Sentir las manazas del rey de Nemea entre los mechones de mi melena, trenzándolos con suavidad, era una experiencia única. Mientras lo hacía, nos habíamos mantenido en silencio. Tenía la sensación de que había sido un momento demasiado íntimo entre los dos…, que no tenía ni idea de si se repetiría. Ahora se giraba de vez en cuando para echarme un vistazo y asegurarse de que yo estaba bien. No volvía a mirar al frente hasta que nuestros ojos se encontraban.

Una de esas serpientes me rozó la pantorrilla y a punto estuve de gritar. Mi orgullo me impidió hacerlo. Me esforzaba por centrarme solo en seguir avanzando para encontrar a Callie. Rescatar a nuestra profesora y amiga era lo único que importaba. No podía ni imaginar los horrores a los que aquellas bestias debían de estar a punto de someterla.

«Para. Pensar en ello no va a ayudarte a ti ni a nadie. Ahora tienes que ser fuerte, porque, cuando algunos empiecen a desmoronarse y perder la esperanza, tú tendrás que avivarla por ellos».

Por algún motivo incomprensible, me vino a la memoria el momento exacto en que Ooris, uno de los ancianos del templo, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

«*Vas a ser una gran reina*».

Cyrus caminaba ante mí junto a su hermano. Los veía intercambiar alguna palabra de vez en cuando, pero estaban muy concentrados en avanzar y facilitarnos el trayecto. Escogían los puntos más sencillos por los que cruzar, evitando los pantanos más hondos o los barrizales más espesos. Miraban hacia todas partes, atentos a cualquier cosa viva que se moviera, a cualquier ruido,

aunque fuese casi imperceptible, y a todo detalle a nuestro alrededor, por insignificante que pareciese.

Entre las huellas de animales, buscaban las de los barogs perdidos y se fijaban en cada rama rota, cada depresión del terreno… Cualquier cosa podía ser crucial para encontrar la aldea de nuestros enemigos.

Los demás barogs caminaban tras nosotras o flanqueándonos a unos metros de distancia, avanzando tan vigilantes como el rey y el príncipe. Exploraban otras posibles vías; inspeccionaban cada rincón entre árboles y cada piedra; aguzaban el oído, intentando captar algo en el trinar de aves siniestras…

Axeh y Xerx se desplazaban a nuestra derecha, encaramándose a troncos desgajados y rocas resbaladizas para otear por encima de la vegetación. Se movían con gran agilidad, como grandes felinos, usando las garras de manos y pies para afianzarse sobre superficies llenas de musgo y lodo. De vez en cuando, intercambiaban información con Cyrus y Daryos.

Por el momento, lo que teníamos ante nosotros seguían siendo pantanos y más pantanos. ¡Aquello parecía no tener fin! Sin embargo, no por ello tiraban la toalla. Si una cosa me había quedado clara es que los barogs no se rendían nunca. Y eso los honraba. Sabía que, por muy difícil que se pusiera la búsqueda, nadie abandonaría a Callie a su espantoso destino.

A su vez, por la izquierda, Xioh y Lansh caminaban con la vista clavada en el terreno y murmurando entre sí. Iban muy concentrados, y sus expresiones estaban serias y sombrías, lo que, especialmente en Lansh, llamaba mucho la atención. El barog más divertido e irreverente del grupo parecía muy preocupado. No me cabía duda de que apreciaba a Callie de verdad y estaba sufriendo por ella.

Ciench y Toruch, que había regresado poco antes a lomos de su león inmenso, llamado Benju, cubrían la retaguardia junto a este y Bazzeila. Enzo, por su parte, avanzaba a mi lado con Emilia encima. Los tres animales parecían llevarse muy bien y se mantenían tan alertas como sus amos. Tenían las orejas tiesas y los rabos

ondeando en lo alto mientras olfateaban cualquier minúsculo cambio en el aire, y su pelaje se erizaba ante cualquier estímulo.

Daryos se llevaba de vez en cuando la mano al pecho, sobre el corazón, y hacía una mueca de dolor. Lo había visto repetir ese movimiento en varias ocasiones desde que nos habíamos adentrado en el cenagal. Sin embargo, no se había desmoronado en ningún momento. Avanzaba al lado de su hermano con paso firme y sus ojos de distinto color más brillantes que nunca. No había vuelto a derramar ni una lágrima, decidido a no malgastar ni una gota de energía en nada que no fuese buscar a su amada Callie.

A esas alturas, nadie dudaba de que ese barog estaba enamorado de nuestra querida profesora. Jamás había visto a un hombre tan loco por una mujer. Daba la sensación de que hasta respirar le costaba cuando no estaba a su lado. Como si le hubiesen arrancado de cuajo el corazón. Un dolor atroz emanaba de su enorme cuerpo, casi perceptible para todos los demás. Sus amigos le echaban miradas de preocupación constantemente, pero lo dejaban tranquilo. Sin duda, lo conocían bien y lo apoyaban, pero sin atosigarlo. Se notaba que todos sin excepción lo adoraban.

Cyrus no se apartaba de su lado en ningún momento. De vez en cuando, le ponía la mano en el hombro o le daba un apretón en el brazo. Cuando la mirada de Daryos se apagaba un poco, mi rey le decía algo para infundirle ánimos de inmediato, o lo entretenía con lo que veía en el agua o en lo alto de un árbol. Sin duda, se querían muchísimo.

Ver a Cyrus, el gran rey todopoderoso de Nemea, arrogante y prepotente, preocuparse tanto por su hermano estaba ablandándome. Ser testigo de cómo ejercía de rey centrado y sereno, a la vez que de hermano mayor protector, me estaba afectando mucho más de lo que podría haber imaginado.

A ver, a estas alturas, tenía muy claro lo que Cyrus y yo sentíamos el uno por el otro. Aun así, nuestro amor era… nuevo, por decirlo de algún modo. Nos habíamos dicho que nos amábamos, nos habíamos acostado juntos y disfrutado de cierta intimidad, pero todavía nos quedaba mucho camino por recorrer. En ese punto, creo que podría afirmar que confiábamos plenamente el uno en el otro y

que formábamos un buen equipo, aparte de habernos consolidado como pareja. Pero nunca habíamos convivido un día a día normal, y no tenía ni idea de cómo serían las cosas entre nosotros cuando eso ocurriera.

Ambos teníamos un carácter muy fuerte y difícilmente nos doblegábamos ante la voluntad del otro, aunque es cierto que él se dejaba aconsejar por mí y solía hacerme caso, aun a regañadientes. Seguramente, no siempre sería así.

Por suerte o por desgracia, aún faltaba mucho para que Cyrus y yo pudiéramos jugar a las casitas como un "matrimonio"… normal. Tampoco es que mi objetivo en la vida fuese convertirme en una mujer sumisa que veneraba a su hombre. Ni en este planeta ni en ningún otro.

A mí me habían educado para ser una mujer fuerte y autónoma que triunfase en la vida. Puede que tuviera que seguir otro camino para convertirme en una mujer de éxito. Uno que mi familia no podría haber previsto nunca para mí. Pero eso no significaba que no pudiera conseguirlo. A fin de cuentas, ya era reina, mucho más de lo que jamás lograrían mis padres.

Ni Yale, ni Harvard, ni Princeton me habrían llevado tan alto. No podía evitar reírme al pensar en la absurdidad de todo eso. Tanto dinero invertido en mi educación, tantas donaciones y sobornos, tantos vestidos carísimos y fiestas por todo lo alto, tantas galas benéficas…, para acabar enfangada por todas partes y vinculada a un alien medio humano, medio bestia.

Encontrar a Callie, rescatarla, regresar a través de la selva a la aldea, librar una gran guerra contra los perdidos, desafiar a los ancianos… ¡Buf! Nuestra agenda era apretada. Cyrus y yo teníamos tiempo de sobra para conocer mutuamente todas nuestras manías y defectos. Pero una cosa era segura: estábamos juntos y muy revueltos, además de unidos para toda nuestra existencia. Y después de estar con mi rey, jamás podría estar con otro hombre o barog.

Como si supiera que estaba pensando en él, Cyrus aminoró el paso y se situó a mi altura, aprovechando que Xerx charlaba ahora con Daryos.

En cuanto se me acercó, las mariposas empezaron a revolotear en mi estómago como si fuese una maldita principiante. Todavía no me había acostumbrado del todo a que teníamos una relación seria y yo era su *hoa uhane*. Su *reina*, como él insistía en llamarme, y reconozco que a mí me gustaba.

Siempre había intuido que me casaría con un hombre rico y poderoso, pero un rey quedaba fuera de mi alcance, incluso en mis sueños más atrevidos. Y ahí estaba yo, reina de un planeta en una galaxia desconocida, a saber a cuántos años luz de distancia de la Tierra. Pero una reina es una reina, ya sea en un palacio… o en una choza en mitad de la selva. Y reconozcámoslo: ese título me quedaba como anillo al dedo.

—¿Estás cansada, mi reina? —me preguntó con voz melosa, mientras deslizaba una garra por mi brazo lentamente.

La caricia me electrificó de la cabeza hasta los dedos de los pies, que en ese instante se sumergían en un fango asqueroso.

«Lo que daría por una visita al salón de belleza del Hilton…».

—Se me ocurren unos cuantos sitios mejores para estar ahora mismo, pero sobreviviré.

La carcajada que soltó, ronca y gutural, me calentó la sangre de inmediato. Le deseaba demasiado, y por mucho que a veces me esforzara en ocultarlo, no nos engañaba a ninguno de los dos.

Mis ojos se deslizaron con atrevimiento hasta sus pectorales y se pasearon por su abdomen, repasando cada músculo, cada espiral, con anhelo. Un anhelo exasperante que no lograba controlar de ninguna manera. Tampoco es que me esforzara mucho en ello. Cuando regresé a sus ojos, me di cuenta de que los suyos reflejaban tanta hambre como los míos.

Sus labios no pudieron contener media sonrisa triunfante. Me entraron ganas de abofetearle, empotrarlo contra cualquier tronco y follármelo allí mismo.

«Estás perdiendo el juicio por culpa de este barog engreído». Yo que siempre había alardeado de tener el control y jugar con la gente a mi antojo, y con Cyrus lo perdía y ni siquiera me importaba.

—Cuando todo esto acabe, me aseguraré de que disfrutes de una larga temporada en nuestra morada como si fuera uno de esos

hoteles resort que tanto te gustan, mi reina.

Ahora fui yo la que me reí. Con ganas. Como si no estuviéramos al borde del maldito infierno.

—Es un verdadero alivio constatar que me escuchas cuando hablo.

—Eso siempre, mi reina. Escucho cada palabra que sale de tus hermosos labios.

—Otra cosa muy distinta es que me hagas caso, ¿verdad, mi rey?

—Creo, amada mía, que a ninguno de los dos nos gusta seguir órdenes de los demás. Aun así, te he demostrado con creces cómo respeto tu criterio y lo sigo… la mayoría de las veces.

—Es cierto. Será por eso por lo que no te he enviado a la mierda… todavía —dije provocándole, enarcando una ceja.

—Sabes de sobra que ya no serías capaz de vivir sin mí. —Su voz adquirió un tono ronco y mucho más sensual. Tuve que apretar un poco los muslos para no gemir.

Esa voz acabaría conmigo. La voz, la mirada, los brazos como robles, el cuerpo escultural, la… Cyrus tenía demasiado poder sobre mí. Su mera presencia, imponente, me abrumaba. Era una sensación nueva para mí. Jamás le había permitido algo así a un hombre. Supongo que el hecho de que yo también tuviera poder sobre él equilibraba el juego. Siempre quedábamos en tablas. Y descubrí que tener un hombre fuerte a mi lado me gustaba mucho más que manipular a cualquier pelele postrado a mis pies.

Me aclaré la garganta.

—Tampoco te lo tengas tan creído. En este planeta hay muchos barogs macizos entre los que escoger.

Su mirada se oscureció

—Eso no lo insinúes ni en broma, a menos que desees que empiece a liarme a dentelladas con toda mi especie.

—No seas tan dramático, mi rey.

—Te aseguro que no exagero ni un ápice. Además, nadie puede hacer que te retuerzas de placer como yo lo hago.

Varias risillas retumbaron a nuestro alrededor. Ni me molesté en mirar de quién se trataba. Alcé la barbilla y me erguí un poco.

—Cuidado, mi rey. Tanta arrogancia masculina podría llegar a hartarme. No seas tan engreído. No vaya a cansarme de ti y te mantenga en sequía durante una temporada.

Resonaron más risillas, que se mezclaron con la risa oscura y *sexy* de Cyrus. El muy cabrón sabía bien el efecto que causaba en mí. Era innegable.

Me agarró del brazo con suavidad y se me acercó tanto que su aliento me acarició el cuello cuando me habló en susurros.

—Cuando rescatemos a Callie y salgamos de esta mierda de pantano, te llevaré a mi lugar especial y te haré el amor durante horas hasta que no recuerdes ni quién eres… —hizo una pausa deliberada—, sino solo quién soy yo, *tu* rey.

Sus labios me rozaron el lóbulo y la línea de la mandíbula para acabar en la comisura de mis labios.

Entonces, se apartó despacio, inspirando hondo y soltando el aire lentamente.

Estaba excitado. Yo también.

Podía oler su aroma oscuro y especiado, mezclado con frutas tropicales, dulces y jugosas.

Entornó los ojos y ensanchó las aletas de la nariz.

—Tu aroma me está matando, Tina. No creo que pueda aguantar mucho tiempo más sin poseerte. No sabes cómo necesito estar dentro de ti. —Su voz fue apenas un susurro ronco y ardiente.

Su cola me acarició el trasero por encima del vestido mientras él me plantaba un beso húmedo en la mejilla.

—Supongo que tanto como yo necesito arrancarte el taparrabos y mimar esa parte de ti que tanto me gusta.

Mi mano se acercó a su trasero, y le estrujé una nalga con fuerza. Después, rodeé la base de la cola con los dedos y los deslicé por la superficie, acariciando el suave pelaje que la recubría.

Juraría que el deseo intenso hizo que se mareara. Sus ojos se nublaron un instante mientras entornaba los párpados y rugía suavemente. La pequeña mota verde brilló con más fuerza en su iris, como un faro en medio de la tormenta.

—No hay duda de que estamos hechos el uno para el otro, mi amor.

Esa última palabra me hizo cosquillas en la base de la espalda y en el vientre.

—Eso creo yo también —dije, acariciándole una mejilla.

—Quizá algún día, incluso pueda complacerte en mi forma humana. Vi cómo me mirabas en el templo.

Algo en mi interior se agitó.

—Sabes que adoro tus dos formas.

Me cogió la mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Me estremecí un instante, justo antes de que mis pies resbalaran en algo gelatinoso. Cyrus me agarró de la cintura y evitó que me diera de bruces con el agua fangosa.

Me apretó contra su cuerpo un segundo antes de soltarme.

—Gracias, *amor* —le susurré.

Noté cómo se estremecía, músculo a músculo.

Xioh llamó su atención para mostrarle una marca en un árbol. Así que me guiñó un ojo y se alejó de mí a grandes zancadas, que removieron el fango y enturbiaron el agua a nuestro alrededor todavía más.

—Alguien está muy enamorada de un pedazo de rey —bromeó Emi con voz cantarina desde lo alto de Enzo, agarrada con fuerza a su melena para no caerse.

La observé un instante, consciente de pronto de la estampa tan surrealista que tenía ante mí. Mi mejor amiga de la universidad, mi dulce y leal Emi, estaba despatarrada encima de un león casi tan grande como un elefante. Y lo más increíble era que parecía que fuese lo más normal del mundo, como si llevase haciendo eso toda la vida.

—Alguien va a acabar dentro del pantano tragando bichos como no cierre la boca —le solté imitando el tono alegre y cantarín de su voz.

Mis amigas se rieron.

—No te enfades, Tina. ¡Estamos felices por ti! —dijo Emi entre risas.

—Ya me vengaré de las dos cuando caigáis de lleno en brazos de vuestros barogs y os pongáis en plan cursi.

—¡Eh, que yo no he dicho nada! —protestó Jenny alzando ambas manos. Sus ojos chispeaban con un poco de diversión.

Había estado muy cabizbaja durante todo el camino hasta ahí y ni siquiera Xerx había conseguido arrancarle más de dos palabras. Pero aquel pequeño respiro había logrado que se relajara un poco.

—Por si acaso. Estáis advertidas. —Las amenacé a ambas con el dedo. Se rieron.

Eché una ojeada a Cyrus, que volvía a caminar al lado de su hermano mientras le hablaba.

Daryos parecía cada vez más angustiado. Apretaba la mandíbula y, cada dos por tres, volvía a hacer eso de masajearse el pecho, como si el dolor de corazón fuera insoportable. Me daba pena, el pobre. No podía ni imaginar el calvario que estaba sufriendo.

Dejamos atrás el último pantano y empezamos a desplazarnos sobre una zona recubierta de un lodo más claro y arenoso, y sin apenas vegetación, salvo por los árboles de corteza oscura y los matojos que flanqueaban los pantanos.

De pronto, Bazzeila aceleró un poco el paso y se situó a mi lado, emitiendo un gruñido bajo pero constante. Enzo alzó la cabeza y se detuvo en seco. Suerte que Emi estaba bien agarrada, porque si no, habría salido volando hacia delante.

Algo había cambiado. La calma chicha se instaló sobre nosotros y un olor nauseabundo se me coló en la nariz.

Los barogs parecían inquietos, mirando a todas partes mientras seguían caminando. Enzo, sin embargo, no se movió, por mucho que Emi le hincó los talones para espolearlo.

De pronto, Bazzeila se cruzó en mi camino y rugió. Cyrus también soltó un rugido y alzó la mano.

—¡Deteneos! —Giró el cuerpo por la cintura y su mirada desesperada recorrió los rostros de todos nosotros… hasta clavarse en el mío—. ¡No deis un paso más!

La pantera me empujó con su cuerpo para que retrocediera. El príncipe y el rey intercambiaron una mirada de terror que jamás olvidaré. Emi gritó y Jenny se llevó la mano a la boca.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el lodo se estaba hundiendo bajo los pies de los barogs, engulléndolos.

—Arenas movedizas —dijo Xerx.
—Estamos jodidos —murmuró Lansh. Temblé.

5 estoy en el infierno
callie

Cuando la selva frondosa fue raleando, las cortezas oscureciéndose aún más y la hierba mullida dando paso al barro y los charcos, un mal presentimiento se me coló bien hondo. Y cuando, tras avanzar durante un buen rato, nos encontramos al fin al borde de los pantanos, se me cayó el alma a los pies.

Ante nosotros se abría una amplia zona cenagosa, que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. Era el paisaje más siniestro y desolador que había contemplado en toda mi vida.

—Aquí comienzan los pantanos, Callie.

Me estremecí.

Los pobres *llitops* debieron de sentir exactamente lo mismo que yo, pues sus gritos se convirtieron en lamentos angustiosos mientras se removían inquietos, tratando inútilmente de escapar.

Ux y los demás se adentraron en el lodazal como si nada, como si lo hubieran hecho miles de veces. No cabía duda de que estaban en casa. Me fijé en sus movimientos, que no parecían casuales ni mucho menos. Cada paso que avanzaban —por barro, hierbajos tristes y doblegados por la humedad, y lagos poco profundos de agua sucia y corrompida— era deliberado, estudiado.

Me dio la sensación de que evitaban según qué puntos del camino, que solían coincidir con los lugares donde el lodo era de un color más claro y arenoso. Daban pequeños rodeos, sorteaban este árbol o aquellas ramas… Sin duda, esas tierras eran peligrosas y, para sobrevivir, habían aprendido cómo y por dónde moverse. Los perdidos habían tenido que adaptarse a los territorios más hostiles de Nemea.

Observé disimuladamente todos sus movimientos por si en algún momento se me presentaba la improbable oportunidad de escapar de las garras de esos monstruos. Intenté fijarme en sus pautas y en

algunos lugares que me resultaban más llamativos. Aunque para qué engañarnos: casi todo me parecía igual.

De pronto, una angustia horrible me asaltó. Si Daryos y los demás no conocían bien estos parajes, si nunca se habían movido por los pantanos y ni siquiera sabían hasta dónde se extendían ni qué secretos escondían, ¿cómo llegarían hasta mí? ¿Cómo me encontrarían? ¿Cómo esquivarían los peligros y trampas mortales que, a buen seguro, ocultaban estas aguas embarradas?

Los propios hermanos perdidos permanecían alertas en todo momento y tenían mucho cuidado de no pisar o cruzar ciertas zonas. Entonces, ¿cómo lograrían mis amigos atravesar las ciénagas?

«Para. No puedes entrar en pánico. Encontrarán la manera. El rey y el príncipe son los mejores guerreros de todo Nemea. Conseguirán llegar hasta mí. Y Xerx tiene mapas, él los guiará». Solo que, según tenía entendido, nunca se había mapeado los pantanos. ¡Aquí no había Google Maps!

«Dioses del manantial, ayudadlos, os lo suplico».

Por un momento, pensé que era absurdo seguir rezando a unos dioses a los que ni siquiera conocía. Sin embargo, yo llevaba una marca de la espiral en la piel desde mi nacimiento. Así pues, mal que les pesara a ellos y a mí, eran también mis dioses. Yo pertenecía a Nemea desde siempre, estaba predestinada a acabar aquí.

Tras llegar a esa conclusión, respiré hondo y volví a rezar en silencio. Rezaría sin parar hasta que se dignaran a escucharme. Si me lo proponía, podía ser muy persistente.

Ux me miró de reojo.

—Ya no falta mucho, Callie. Siento que estemos tardando, pero por este terreno es preferible ir despacio y con tiento. Los pantanos esconden muchos secretos.

—¿Es cierto que aquí habitan los pulpos gigantes? —La pregunta se me escapó de los labios sin querer.

No sé por qué los malditos pulpos me interesaban tanto. Quizá todavía quedaba algo de la bióloga que una vez hubo en mí, y reconozco que las especies de Nemea me aterrorizaban y fascinaban por igual. ¡Todo el planeta era un maldito zoo interestelar!

—Así es. Siglos atrás eran muy abundantes y podíamos cazarlos a puñados cada vez que salíamos de expedición. Ahora, sin embargo, escasean. Las *aninfs* acabaron con la mayoría, al igual que con los linces de los peñascos.

—¿Están en peligro de extinción?

«¿¡Por qué le das conversación!? ¡¿Se te ha ido la olla?!».

—Yo no diría tanto, porque, cada vez que se reproducen, nacen cientos. Y últimamente los estamos dejando un poco en paz y los cazamos muy de vez en cuando.

—¿Tú… has cazado alguno?

«Eso, tú sigue dándole coba. Cojonudo».

—Unos cuantos, Callie. He participado en muchas cacerías de esas bestias. Es una de las experiencias más excitantes que ofrece esta tierra. Si quieres, para la próxima, dejaré que vengas conmigo, aunque tendrás que ocultarte en algún lugar elevado para que no puedan alcanzarte.

«*Dejaré que vengas conmigo*». Sus palabras se me clavaron como una daga venenosa directa en el corazón.

Ux daba por sentado que me quedaría para siempre con él. Me entraron arcadas, y tuve que cerrar la boca y respirar hondo por la nariz de nuevo para no vomitarle encima.

Sin embargo, había otra pregunta que me quemaba y que, por muy arriesgado que fuera mostrar tanta curiosidad, necesitaba hacerla.

—¿Cuántos… años tienes, Ux?

Nada más formularla, todo su cuerpo tembló. Entornó los ojos y aspiró despacio, como si quisiera captar mi olor. Como si escucharme pronunciar su nombre lo hubiera golpeado con fuerza. Y supe, porque lo supe, que se había excitado.

Ni siquiera puedo describir el miedo atroz y la repugnancia que me embargaron en ese momento. No porque fuera un barog y no porque su aspecto fuese monstruoso. Ya estaba bien acostumbrada a colmillos, garras y cola. Sino porque ese ser malvado, esa bestia de los pantanos, ese enemigo de mis amigos… había puesto todo su interés en mí. Y eso era tan aterrador que casi lograba paralizarme.

«Ya es puta mala suerte haber caído en sus manos».

—Varios cientos, hace tiempo que perdí la cuenta —contestó con una sonrisa que hubiera jurado que tenía un aire melancólico.

—¿Fuiste tú quien lideró a los hermanos perdidos desde el principio? —pregunté con un hilo de voz.

Estaba llevando la conversación demasiado lejos y lo sabía. No debía intimar con él, pero pensé que sonsacarle información sería de vital importancia para Cyrus y los demás. Y si empezaba por cosas que no lo comprometían demasiado, tal vez llegara a confiar lo suficiente en mí como para relajarse y contarme algún detalle de su plan de ataque.

Sí, ya sé que quizá fuese una completa ilusa por creer eso, pero por intentarlo no perdía nada. Y si algo de lo que me dijera podía ayudar algún día a mi barog y los suyos, pues de algo habría servido esta espantosa visita a los pantanos.

—¿Te refieres a si yo provoqué la escisión de los barogs? No, no fui yo, Callie. Yo era muy joven por entonces, un idealista. Yo solo seguí al cabrón que decidió separarse de la aldea y fundar una colonia aquí para unirse a las *aninfs*.

Continuó hablando mientras nos adentrábamos cada vez más en las ciénagas. Había puntos en los que el agua le rozaba la cintura.

—Drashir, el rey de Nemea por entonces, padre del actual rey, había relajado las tradiciones y nuestra especie se debilitaba bajo la influencia de las humanas, sobre todo de su hermosa pareja. —Su voz tembló ligeramente al pronunciar las últimas palabras—. Nosotros confundimos eso con la necesidad de engendrar descendencia más fuerte y adaptada a la jungla.

Me di cuenta de que, hasta entonces, desconocía los nombres de los padres de Daryos. Al menos, acababa de enterarme del de su padre, el anterior rey.

«Drashir, un hermoso nombre. ¿Cómo se llamaba su madre?».

—Y no funcionó —dije.

—Al principio sí. Nuestros hijos eran mucho más fuertes y veloces. Parecía que las cosas iban mejor y que no necesitaríamos el portal ni a las descendientes nunca más. Con lo que teníamos en Nemea nos bastaría. Sin embargo, aquello no fue más que una

ilusión. A medida que transcurrieron los años, y los inferiores fueron…

—¿"Inferiores"?

Aquella historia horrible, que completaba lo que Daryos me había explicado y lo que había oído sobre los perdidos hasta entonces, me tenía alucinada. De uno u otro modo, todo respondía a la lucha por la supervivencia de la especie barog, condenada a sobrevivir sin hembras y, por lo tanto, obligada a buscarse la vida para suplir esa carencia y engendrar descendencia a toda costa.

Por un instante, casi me olvidé de mi delicada situación mientras mi mente imaginaba todo lo que Ux me iba relatando.

—Así es como llamamos a los mestizos, los barogs nacidos de una madre *aninf*. Cuando los inferiores empezaron a unirse también a *aninfs* y a engendrar, la sangre se degradó y los recién nacidos cada vez resultaron menos inteligentes. Más cercanos a meros animales que a los barogs.

—Y entonces decidisteis cambiar de estrategia. Y para ello, necesitabais de nuevo humanas.

—Pero todas las descendientes se encontraban en la aldea y no teníamos acceso al portal. Y, aunque lo hubiésemos tenido, jamás podríamos habernos desenvuelto en tu mundo sin que nos detectaran. Solo unos pocos de nosotros habíamos atravesado el portal una vez, cuando éramos muy jóvenes.

—Entonces, ¿atravesaste el portal? ¿Te… vinculaste?

«Ahí te has pasado».

—¡Ah, Callie! Hace mucho de eso, y es un tema para otro día. Volviendo a lo que te decía, las cosas en la Tierra, a buen seguro, habían cambiado mucho. Además, no disponíamos de humanas que nos guiaran, y ya hacía demasiado de la última vez que tuvimos contacto con ellas.

—Creía que habíais raptado a varias a lo largo de los siglos.

Frunció el ceño.

—Alguna, pero la mayoría habían muerto. En cualquier caso, no habrían sido suficientes —dijo. Me estremecí—. Las pocas que están aquí nos las llevamos en la Gran Guerra y durante la última década. Así que solo nos quedó una opción.

—Atacar la aldea.

Permanecimos en silencio unos segundos mientras el agua turbia me rozaba el trasero. Aquel pantano era el de mayor profundidad de cuantos habíamos atravesado hasta entonces. Enormes insectos verdosos y pardos pululaban por la superficie, sobrevolando las aguas pútridas.

A no más de un metro de nosotros, había un par de serpientes negras agitándose con movimientos espasmódicos. Uno de los inferiores las atrapó con la mano y las metió en un saco. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo.

—Años antes de la guerra, maté a nuestro líder y ocupé su lugar. Continuar siguiendo sus desvaríos no habría hecho más que llevar a nuestro grupo a la extinción. Y, cuando nos creí preparados, atacamos. Estuvimos a punto de ganar la Gran Guerra. Los pillamos por sorpresa. El rey Drashir se había confiado demasiado y no preparó lo suficiente a sus sucesores, sus hijos mayores. Los dos menores fueron los únicos que escaparon. —Chasqueó la lengua con fastidio, hizo una pausa y me miró. Su cara estaba muy cerca de la mía—. ¿Sabías algo de esta historia?

—Poca cosa —mentí, con el estómago revuelto.

—Si no hubiese sido por los Guardianes del templo, habríamos tenido una oportunidad. Aunque quizás hubiésemos perdido de todos modos, quién sabe. Éramos fuertes y nos habíamos preparado a conciencia, pero ellos eran más y tenían a la mayoría de los mejores guerreros. No volverá a ocurrir. La próxima vez, venceremos.

—¿Piensas… atacar de nuevo?

«Te estás arriesgando demasiado, listilla».

Soltó un rugido suave y me miró con suspicacia.

—Quién sabe. Tal vez… algún día —dijo.

Pero el resplandor de sus ojos lo delataba: iba a atacar en breve. Los suyos ya nos habían abordado en la Gran Roca. Tal vez aquello había sido un accidente, algo imprevisto. O tal vez no.

—Tienes mucha curiosidad, para ser una simple humana unida a un barog *cualquiera*.

Tragué saliva. Igual había estirado la cuerda demasiado.

—Estoy preocupada, eso es todo. Tengo amigas en la aldea, mujeres que no tienen ninguna culpa de la enemistad que existe entre barogs y hermanos perdidos.

—A partir de ahora, tú no tienes de qué preocuparte, Callie. Ellos no te harán daño y, en cuanto a nosotros…, ahora gozas de mi protección, siempre que no me traiciones.

«Y ahí está su advertencia, alta y clara».

Me encontraba en el maldito infierno y no tenía ni idea de si algún día lograría escapar.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

«Soy idiota, lo sé».

A saber qué consecuencias me traería esa conversación. Seguramente, ninguna peor de las que ya me esperaban. Como para darme la razón, el graznido de una extraña ave enorme retumbó en los troncos escuálidos que flanqueaban nuestro avance. Alzó el vuelo sobre nuestras cabezas y se perdió en el cielo cargado de nubes. Estaba a punto de llover de nuevo.

—Las que quieras. Hacía tiempo que nadie mostraba tanto interés por *mí.*

Temblé, pero seguí adelante.

—Si llegaste a la conclusión de que separarse de la aldea y unirse con *aninfs* había sido un error y que necesitabais volver a vincularos a humanas, ¿por qué no hablasteis con el rey e intentasteis regresar a la aldea? Podríais haber recuperado vuestra antigua vida, uniros a descendientes…

—En el hipotético caso de que Drashir nos hubiese permitido volver, nos habría castigado duramente. Puede que la aldea se hubiera debilitado y él relajado en exceso, pero el rey no era tonto. Era un buen guerrero, fuerte y sabio, rodeado de hijos tan o más fuertes que él. A mí no me habría dejado con vida, eso seguro. Pero no lo hice por eso.

—¿Ah, no? —pregunté como una idiota. Me había enganchado a esa historia como si fuese una maldita serie de Amazon Prime.

Negó con la cabeza. Entonces, bajando un poco la voz y hablando en un tono aún más gutural e íntimo, dijo:

—Yo no deseo regresar a la aldea bajo las órdenes de Cyrus como un barog más. —Enmudeció durante unos segundos, sin dejar de mirarme, como si quisiera generar expectación. Lo consiguió—. Yo quiero aniquilar al rey y ocupar su trono. Entonces, traeré a tantas descendientes como nos venga en gana y llevaré a nuestra especie a la era de máximo esplendor que jamás haya existido. Nuestra descendencia, mitad barog mitad humana, poblará todos los rincones de este planeta, y seremos una especie próspera y abundante. Yo los gobernaré a todos a mi voluntad hasta el fin de los días.

—Ya veo…

«¡Menudos aires de grandeza, chaval! Está claro que no conoces al cabrón del rey».

—Casi lo conseguí una vez. Maté a Drashir y a casi toda su familia con mis propias manos. Cyrus correrá la misma suerte.

La sangre se me heló en las venas ante aquella revelación. La herida del muslo me quemaba y palpitaba cada vez más, y me estaba subiendo la fiebre. Todo aquello que acababa de contarme Ux era espantoso.

Tras unos segundos vadeando otro pantano, añadió con media sonrisa espeluznante:

—Y aparte del objetivo de procrear una especie robusta, sana e inteligente, no nos engañemos, Callie. Las *aninfs* están bien cuando no tienes alternativa. Pero las humanas… —ronroneó—. ¡Ah, las humanas! Vosotras sois nuestras verdaderas parejas de vida, los seres más deliciosos del universo.

Estaba en brazos del monstruo que había asesinado a los padres y los hermanos de Daryos. Un monstruo despiadado y sin escrúpulos, con unas ansias inmensas de poder. No solo quería robar mujeres para procrear y… disfrutar a lo grande, el muy hijo de puta. Quería convertirse en el rey de su especie. Y, a buen seguro, lideraría a los barogs a su antojo, de un modo cruel y sanguinario.

«Esto es horrible. ¡Cyrus tiene que saberlo de inmediato!».

—¿Y los ancianos?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Crees que te permitirán hacer eso?

La sonrisa que siguió me puso la piel de gallina.

—Si todo sale como tengo previsto, los ancianos no serán ningún problema.

Mi mente daba vueltas sin parar a todo lo que acababa de contarme Ux. Su ambición iba mucho más allá de lo que cualquiera podría imaginar. Y estaba segura de que tenía previsto atacar lo antes posible.

Si Cyrus, Daryos y los demás me estaban buscando, significaba que no se encontraban en la aldea preparándose para la guerra. Yo me acababa de convertir en una complicación que podía provocar serios problemas.

Tendrían que estar armándose hasta los dientes y fortificando la aldea. Sin embargo, apostaba a que estaban buscándome, directos hacia los pantanos. ¡Era una maldita pesadilla! Y ya no hablemos de la posibilidad de que, cuando vinieran a rescatarme, Ux y los suyos los apresaran. Entonces, los barogs y todas las mujeres estarían a merced del monstruo más grande que había conocido Nemea.

Por lo tanto, solo había una opción: debía escapar por mí misma. Pero ¿cómo? En el remoto caso de que consiguiera huir de Ux, ¿cómo demonios saldría del cenagal? ¿Cómo me orientaría lo suficiente para regresar al río e intentar reencontrarme con ellos? Si me escapaba, tampoco tenía manera de avisar a Daryos para contárselo e impedir que se acercaran a las ciénagas. No es que tuviéramos móviles, ni siquiera unos míseros *walkie talkies.* Como no hiciera señales de humo…

«Esto es un desastre. Mi caída al río nos puede costar muy cara. Dioses, ayudadnos, os lo ruego».

El suelo bajo los enormes pies de Ux se hizo más sólido y, poco a poco, dejamos el agua y el fango, y nos adentramos en un claro de tierra seca pisada, rodeado de árboles de troncos grisáceos y retorcidos, que se asomaban a los charcos lodosos circundantes.

Cuando las primeras casuchas de madera, barro y paja aparecieron ante nosotros, Ux sonrió.

—Bienvenida a la aldea de los pantanos, tu nuevo hogar, Callie.

Los *llitops* y yo temblamos de terror.



6 fuego y llanto

La aldea junto al lago esmeralda, Nemea, hace diez años

Susi estaba en su choza cosiendo los vestidos en base a los últimos diseños que había dibujado la tarde anterior. Las mujeres vinculadas harían cola para probárselos, como siempre que creaba algo nuevo. ¡Eran toda una sensación! Ligeros, holgados, ajustados solamente en la cintura por un sencillo cordón de cuero trenzado.

Con los materiales de los que disponía en Nemea, tampoco es que pudiera crear grandes obras de alta costura, pero les había añadido cuentas de madera de colores aquí y allá, además de un delicado bordado en las mangas y el bajo de la falda. ¡Cómo echaba de menos las sedas, los hilos y las perlas de la tienda de su padre! ¡Las maravillas que podría haber creado!

Sin embargo, había logrado expresar su pasión a través de esos modelos sencillos pero cómodos y útiles para las elevadas temperaturas de la selva.

Ciench había salido a cazar rinos con uno de los barogs de la aldea principal. No recordaba su nombre. Era ese rubio de grandes ojos verdes que tenía dos hijos jóvenes tan rubios como él. El mayor se llamaba Lansh y el menor Axeh. Eran un encanto. Tenían un puesto de rinos en la plaza que solía abastecer a ambas aldeas. Ella había ido a comprar allí algunas veces, aunque, habitualmente, Ciench era quien traía la comida a casa y cocinaba la carne en el fuego. Hacía unos guisos y asados para chuparse los dedos. Y no era lo único que hacía de manera excelente… Su barog era un hombre magnífico que la colmaba de amor y atenciones día tras día.

Jamás, en casi doscientos años, se había arrepentido de haberlo seguido hasta Nemea. Fue la mejor decisión que había tomado en su vida, aunque todavía echara de menos a sus padres y los recordase con nostalgia. Pero solo a veces. Porque esos doscientos años

habían borrado casi por completo sus rostros de su mente, y cualquier rastro que quedara de la antigua Susi se había extinguido hacía ya mucho tiempo.

Ciench lo era todo para ella, y estaba locamente enamorada de él. Ni un solo día, ni un solo segundo, había dejado de amarlo. Por muy dura que fuese la vida en Nemea al principio, jamás flaqueó. Tuvo claro que esa jungla sería su lugar en el mundo desde el mismo día en que la pisó por primera vez, cansada y asustada, hasta que llegara el día de su muerte al lado de su barog. Pero para eso, todavía faltaban miles de años…

Susi sonrió al dar las últimas puntadas a un vistoso vestido color verde menta y se felicitó a sí misma. El verde se había convertido en su favorito, aunque confeccionaba vestidos de todos los colores. Lavanda, melocotón, limón, beis… La naturaleza misma que la rodeaba la inspiraba con su colorido vibrante.

Como trabajaba rápido, solía confeccionar varios vestidos de repuesto, que eran guardados en la casa posada. A menudo se preguntaba cuántas descendientes llevarían sus prendas en el futuro, aunque no le gustaba mucho pensar en que muy pronto, en apenas una década, el portal se abriría de nuevo y muchas mujeres serían arrastradas hasta allí a la fuerza. Para la mayoría, no sería tan fácil como lo fue para ella, al menos al principio.

También remendaba taparrabos y telas para otros usos, como colchas y toallas. Cómo podría haber imaginado nunca, cuando ordenaba el material en la mercería de su padre, que algún día sería la costurera de una aldea primitiva y salvaje en medio de la selva de otro planeta. ¡Era surrealista! Y le encantaba.

Marla se acercaría más tarde y los llevarían juntas a la aldea grande. Los expondría en el puesto pequeñito al lado del que su amiga y su marido tenían de pirañas, serpientes azules, cangrejos y otros manjares por el estilo. Quizá Sylvia las ayudaría también.

Tras hacer el último nudo y cortar el hilo sobrante, se dispuso a doblar las prendas confeccionadas.

Fue entonces cuando olió el humo… segundos antes de escuchar los gritos.

Al ponerse en pie de golpe, el vestido resbaló de sus manos hasta el suelo. Dejó la aguja sobre el tronco que hacía de mesilla y aguzó el oído.

Más gritos. No de una sola persona, sino de muchas. Muy cercanos. Algo horrible estaba ocurriendo. El olor a humo se intensificó, colándose en su hogar por todas las rendijas entre las hojas de palma de la techumbre y los huecos de las ventanas. Y donde había humo, había fuego.

Sin pensárselo dos veces, salió corriendo de la choza, directa a averiguar lo que estaba sucediendo en la aldea. Siempre había sido valiente y ni siquiera cuando esa boa azul se le enroscó en un tobillo se dejó dominar por el pánico. Ni cuando una de esas grandes panteras de ébano con ojos dorados empezó a galopar hacia ella.

Tampoco iba a permitirlo ahora. Ni hablar.

La escena que contempló nada más salir de su hogar le encogió el corazón y le apretujó el estómago.

Las llamas devoraban ya algunas de las chozas, alzándose hacia un cielo conquistado por un humo espeso y negruzco. Las mujeres vinculadas gritaban mientras corrían de aquí para allá lanzando cubos de agua sobre el fuego. Pero de nada servía. La cogían del lago esmeralda, a pocos metros de las casas, pero no eran suficientes ni lo bastante rápidas. La mayoría de los barogs habían salido a cazar o de expedición, o se encontraban en la aldea grande llevando a cabo sus tareas, tal como solían hacer.

Entonces, unos gritos muy distintos la inundaron de pánico: rugidos espantosos procedentes de la selva circundante, aproximándose a toda velocidad.

De pronto, varios barogs inmensos emergieron entre los arbustos y las amplias hojas, disparados hacia ellas. Algunos eran como cualquier otro barog de la aldea. Otros, sin embargo, eran monstruos sacados de las peores pesadillas. Eran tan grandes como barogs y compartían muchas semejanzas con ellos, pero sus ojos… ¡Ay sus ojos! Eran de un solo color brillante, sin distinción entre pupila e iris. Sus expresiones eran vacías, y carentes de inteligencia y emociones.

Un solo vistazo a sus rostros bastó para que Susi supiera de quiénes se trataba: los hermanos perdidos.

Ciench le había hablado de ellos. Todos los barogs lo hacían con sus parejas de vida para alertarlas de que tuvieran cuidado y no se adentraran solas en la selva. No sabía mucho de ellos, pero lo poco que le habían contado bastaba para comprender el peligro que corrían ahora mismo todas las descendientes.

Aunque jamás había luchado, entró en la choza de nuevo y cogió un cuchillo grande y afilado de su barog y una lanza corta que descansaba en una esquina. No caería sin pelear.

Cuando volvió a salir, los chillidos desgarradores de sus amigas, mujeres vinculadas como ella a las que conocía desde hacía mucho tiempo, se le metieron en el cuerpo y le estrujaron el alma.

Por todas partes había hermanos perdidos arrastrándolas sin piedad hacia la espesura de la jungla, cargándolas como fardos sobre sus hombros o golpeándolas para que dejaran de resistirse. Sabía bien lo que aquellos monstruos querían de ellas. Se le revolvía el estómago con tan solo pensarlo.

Cierto que algunos barogs se habían comportado también de un modo salvaje y primitivo al principio con sus mujeres, pero jamás había visto a uno de ellos maltratarlas o golpearlas. Veneraban a sus parejas de vida y las amaban con locura.

El rey Drashir mismo adoraba a su hoa uhane, la bella Tatiana, y había dejado claro que cualquier barog que le hiciera daño a una hembra sería duramente castigado. Era un buen rey, implacable con cualquiera que le levantara la mano a una mujer.

Según decían algunas de las más antiguas, las que llevaban ahí muchos más siglos que ella, era el rey más compasivo que Nemea había tenido hasta la fecha. Sus hijos se parecían mucho a él. Y si no lo era más, era por los ancianos, que exigían el cumplimiento de ciertas costumbres y tradiciones ancestrales, algunas de las cuales eran terroríficas. Aunque al principio de subir al trono él las aplicaba a rajatabla, poco a poco las fue suavizando.

Susi corrió a través de llamas, gritos y rugidos espeluznantes, blandiendo la lanza a derecha e izquierda, consciente de que muy

poco podría hacer contra esos monstruos si se abalanzaban sobre ella.

De repente, varios barogs irrumpieron en la aldea y se desató una lucha feroz. Se unieron a los pocos que ya se encontraban allí, batiéndose como leones contra el enemigo que había osado irrumpir en sus dominios, perturbar la paz e intentar robarles a sus mujeres.

Cuando Susi vislumbró a Ciench a través del humo, cada vez más espeso, un profundo alivio la recorrió entera. Sus miradas se encontraron, y vio angustia y terror en la de su barog; no por él, que no le tenía miedo a nada, sino por ella, la aldea y el resto de las mujeres.

Pero, sobre todo, por ella.

Peleaba como una fiera salvaje, destripando vientres con sus garras, desgarrando carne con sus fauces y quebrando entre sus brazos, robustos como troncos, a cualquiera que se le pusiera por delante.

Susi jamás lo había visto así, y una mezcla de temor y orgullo le trepó desde las entrañas. Verlo luchar por su pueblo, por sus amigos, por ella… hizo que lo amara todavía con más intensidad, si es que eso era posible. Ser consciente de su cara amable y cariñosa y, al mismo tiempo, de esa versión animal y feroz de su barog le provocó unas sensaciones desconocidas hasta entonces.

Le amaba con ferocidad hasta el núcleo mismo de cada parte de su cuerpo. Ciench era suyo, y ella de él. Esa era la única verdad inquebrantable del universo para Susanne. Lo había seguido a Nemea sin dudarlo un instante y lo seguiría a cualquier otro planeta si fuese necesario. A cualquier abismo, a cualquier peligro. Haría cualquier cosa por estar con él.

Ciench se deshacía de un hermano perdido tras otro sin desfallecer ni titubear. Algunos caían, de uno u otro bando, o eran pasto de las llamas. Pero él no se detenía ante nada ni nadie, y seguía peleando con todo lo que tenía, como un león nemeo valiente y leal a su especie. Como un gran guerrero barog.

Sus manos eran tan hábiles para la lucha como lo habían sido en la Tierra para construir estanterías de madera en la tienda de su

padre. Unas manos capaces de las más suaves caricias… y de las estocadas más letales.

Las llamas habían devastado ya casi toda la aldea y los perdidos se estaban retirando, repelidos a zarpazo limpio por los barogs que aún seguían en pie y empujados sin piedad a huir hacia la selva. Varios leones de pelaje oscuro los perseguían más allá de la primera línea de palmeras, rematando a algunos de esos monstruos.

Entonces, un barog enorme y muy aguerrido del bando enemigo se plantó ante Ciench y lo atacó sin vacilar. Esgrimía un machete gigante como si fuese parte de su propio brazo. Su barog no portaba armas, así que le hizo frente con garras y colmillos. Se defendía bien, pero no bastaba.

Su expresión de horror al mirar a Susi le dejó claro que aquello, probablemente, iba a acabar mal. Gritó su nombre a pleno pulmón como una advertencia. Y aunque el viento y el crepitar del fuego se llevaron buena parte de lo que dijo, llegó claramente hasta los oídos de Susanne una palabra: «¡Cuidado!».

Un segundo después, unos brazos enormes le rodearon la cintura y la alzaron del suelo. Ella pataleó con todas sus fuerzas, que no fueron suficientes. Arañó y forcejeó mientras esa bestia la cargaba sobre su hombro y cabalgaba veloz hacia la jungla sin detenerse.

Sus ojos, nublados por las lágrimas de rabia y terror, se dirigieron hacia los de Ciench, más grises de lo habitual, una última vez.

Él estaba de rodillas, sujetando las manos de ese barog inmenso mientras este empuñaba el machete y lo empujaba para clavárselo.

Lo último que Susi vio fue la mirada angustiada de su barog, cayendo de rodillas sobre el suelo quemado, rugiendo desesperado por ella, mientras ese monstruo se soltaba de sus garras y alzaba el machete por encima de su cabeza para asestarle el golpe mortal.

La vegetación la engulló por completo y Ciench desapareció de su vista.

Su corazón se rompió en mil pedazos y le faltó el aire de golpe.

Y supo que su vida había terminado.

7 pesadilla
callie

En cuanto entramos en el claro, me embargó la desesperación mientras una mezcla de olores intensos y variados se me colaba en la nariz. Especias, carne asada, sudor, madera ardiendo, animales, barogs, humedad… Aquella amalgama de aromas y hedores era demasiado fuerte para el olfato de una humana del siglo XXI.

Sentía el estómago encogido a medida que avanzábamos entre más chozas de barro. En una esquina, una pequeña hoguera quemaba troncos negruzcos mientras una serpiente escuálida del mismo color se asaba a fuego lento, ensartada en un palo. Uno de esos inferiores estaba agachado junto al fuego, atizándolo con un instrumento rudimentario. Alzó la vista a nuestro paso y nos siguió un rato con la mirada, extraña y vacía, hasta que volvió a concentrarla en las llamas.

Esos seres estaban por todas partes, mezclados con barogs y con… *aninfs*. Nada más verlas, el recuerdo de Antara me traspasó de lado a lado. Tan solo había cuatro o cinco en ese momento, pero suficientes para que me estremeciera entre los brazos de Ux. Los ojos de esas hembras cubiertas de pelo eran completamente plateados y lucían largas melenas desgreñadas, a buen seguro, con prósperas colonias de piojos en su interior. Lo más terrorífico, por supuesto, eran sus garras, sobre todo ahora que las había probado en mis propias carnes. Una punzada de dolor en el costado me recordó el momento exacto en que esa *aninf* enloquecida se abalanzó sobre mí y las clavó con saña… un instante antes de lanzarme al vacío.

Traté de alejar esa imagen de mi cabeza. Mi situación actual era incluso peor.

El jefe me estrechaba con más fuerza desde el momento en que habíamos entrado en el asentamiento. Tuve la sensación de que

marcaba territorio ante las miradas de los machos que nos íbamos cruzando en nuestro camino, seguidos de los otros cuatro que nos acompañaban.

Los ruiditos de los *llitops* se mezclaban con gruñidos y rugidos de bestias diversas, provenientes de dentro y fuera del claro, así como con angustiosos lamentos, que no podían pertenecer más que a humanas.

Mientras continuábamos avanzando entre chozas miserables, hogueras y puestos con utensilios varios, mis ojos se desviaron a derecha e izquierda con nerviosismo. Necesitaba saber dónde se encontraban esas humanas y en qué condiciones las tenían. ¿Encerradas? ¿Maltratadas? ¿Esclavizadas?

Por supuesto, no esperaba nada bueno. Aun así, la realidad me golpeó con su crudeza. Tras una reja de maderas roñosas reforzadas con lianas, asomaban varios pares de ojos curiosos y devastados por el sufrimiento.

Humanas. Encerradas como animales. O, peor aún, esclavas a merced de esas bestias que lo único que querían era copular con ellas y conseguir vástagos astutos, hábiles y fuertes para engrosar sus filas.

Desconocía cuán grande era esa especie de celda y a cuántas mujeres cobijaba. Por lo que acababa de contarme Ux, no muchas. Solo habían logrado llevarse unas pocas, la mayoría durante la Gran Guerra. Y las condiciones en las que las tenían parecían deplorables.

«No es necesario que especules. En breve vas a ir directa a esa celda a hacerles compañía». Y, sinceramente, aunque sería un puto infierno, prefería eso a la otra opción: que Ux decidiera mantenerme a su lado.

Si bien ese asentamiento era bastante más pobre, mugriento y primitivo que la aldea barog, parecían bien organizados y abastecidos. Era mucho más pequeño, pero tenía también algunos puestos de comida y otros objetos, y, por muy extraño que pueda parecer, llevaban algo así como una vida social.

Aninfs e inferiores estaban sentados en diferentes lugares, juntos y muy revueltos en algunos casos. Vaya, que había varias de esas parejas antinaturales copulando frenéticamente sin pudor ninguno

delante de todo el que pasara por allí. Tuve que desviar la mirada en más de una ocasión.

Los barogs, por el contrario, parecían casi igual de civilizados, fuera mucho o poco, que aquellos a los que estaba acostumbrada. No obstante, se los veía castigados por una vida más dura y con menos medios que sus congéneres del norte de Nemea. Vi a uno tirando de una *aninf* hacia una de las chozas, así que tampoco es que hubiera mucha diferencia con los inferiores. Al menos, no se ponían a fornicar en medio de la plaza como esos seres de ojos espeluznantes.

El que cargaba con los *llitops* se detuvo junto a la hoguera central, un poco más grande que las otras, y metió a los pobres animalillos en una pequeña jaula de hierro en el suelo. Cuando se vieron allí encerrados, sus gritos aumentaron. ¡Cómo me gustaría poder liberarlos! Pero mi situación no era mucho mejor que la suya…

Los olores se intensificaron al cruzar el corazón del asentamiento. Arrugué la nariz varias veces, incapaz de soportar el aroma dulzón de las *aninfs* o el de la carne de serpiente requemada… o el de los machos excitados follándose a esos bichos.

Mis ojos buscaron de nuevo a las humanas y se encontraron con los ojos verdes de una de ellas. Apenas podía verle el rostro ni su vestido andrajoso. Parecía joven, como todas las descendientes, y su mirada aún conservaba algo de energía. Necesitaba hablar con ellas, saber quiénes eran, cómo y cuándo habían acabado ahí, en el peor infierno del universo. Y, sobre todo, si entre todas podríamos idear un plan para escapar. Como si las pobres no lo hubieran pensado ya durante todo el tiempo que llevaban ahí…

Tras atravesar la aldea, finalmente nos detuvimos ante la entrada de la choza más grande y en mejor estado. No es que fuera una mansión de lujo, ni mucho menos, pero parecía bastante más amplia que las demás y se veía en buen estado.

Un instante antes de entrar, fui consciente de que todos los ojos de la colonia de los hermanos perdidos estaban fijos en mí. Ojos hermosos de barogs, extraños de inferiores… y espeluznantes de *aninfs*.

Y cuando Ux cruzó el umbral de su vivienda conmigo en brazos, el miedo se apoderó de cada célula de mi maltrecho cuerpo.

—Aquí estarás bien, Callie. Primero, tengo que curarte esas heridas, y después, quiero que comas algo. No me sorprendería que te desmayaras de un momento a otro —dijo mientras me depositaba con suavidad en lo que debía de ser su cama, un jergón mullido, elevado del suelo sobre una plataforma de madera.

—No tengo hambre.

—Necesitas comer. Te quiero fuerte y llena de energías lo antes posible.

Me estremecí.

Allí sentada, observé a Ux mientras preparaba una mezcla con un ungüento verdoso y unas hierbas que sacó de un tarro de madera. Lo colocó todo sobre un tronco bajo cortado, que hacía las veces de mesilla, y se dio la vuelta para rebuscar entre una cesta llena de utensilios.

Cuando vi la aguja con la que pensaba suturarme, casi me desmayo. Era curva y ennegrecida. A saber la carne de cuántos barogs había cosido aquello. Traté de no pensar en las infecciones que podía pillar. Y hablando de infecciones… Observé mi muslo, que ya apenas podía mover. La herida supuraba y cada vez tenía peor aspecto. La del brazo, en cambio, no parecía gran cosa, aunque también necesitaría sutura, pues era un corte bastante profundo.

Nunca me habían cosido ninguna herida y, francamente, estaba acojonada. El mayor dolor físico que había sufrido jamás fue cuando me marcaron a fuego. A eso habría que sumarle, por supuesto, cuando me lancé por una pendiente durante la cacería y cuando me empujaron por el acantilado, choqué con el río y la corriente me vapuleó a su antojo.

«Pues sí que me he llevado hostias en este maldito planeta…». Apuesto a que me quedaban todavía unas cuantas por encajar. Sospechaba que serían las más difíciles.

«No pienses en ello. Aún no. Daryos llegará a tiempo. Tiene de su lado a Cyrus, que, aunque todavía le odie un poco, es un tipo muy duro y nos da ventaja. Ya afrontarás lo que sea… cuando ocurra, no antes». Pero no podía evitar estar acojonada.

—Túmbate, Callie —me dijo, acomodándose a mi lado en el jergón.

—Preferiría seguir sentada. Estoy mareada y, si me tumbo, se me irá más la cabeza.

Nuestros ojos se encontraron un segundo. Los suyos habían perdido toda la amabilidad de golpe, sustituida por un hielo cortante. Sentí cómo se esforzaba por recuperarla.

¡Ni loca iba a tumbarme en la cama de ese monstruo! Solo de pensarlo, me entraban ganas de gritar y llorar. Jamás había tenido que esforzarme tanto por mantenerme serena. En realidad, el terror estaba a punto de vencerme, y el pánico no tardaría en tomar las riendas. Debía retrasar ese momento al máximo.

—Esto va a escocer. Agárrate a mí si lo necesitas.

Y, tras inclinarse un poco sobre mi pierna, me alzó el vestido unos centímetros y apoyó una manaza, callosa y llena de cicatrices, en mi rodilla. Su roce duró más de lo necesario.

—Vamos allá. Puedes gritar cuanto quieras. Estamos acostumbrados a los gritos y lamentos.

Tragué a duras penas el nudo de mi garganta, que se me había secado de golpe.

Primero, me desinfectó la herida a conciencia con un chorro de alcohol, ese licor que debía de tener al menos 90 grados. La herida me quemó de tal modo que tuve que apretar los dientes para no chillar y sentí que iba a partírmelos todos. El dolor fue atroz.

Mi respiración se había agitado, y notaba las pulsaciones por las nubes y erráticas. Cuando mojó un paño limpio de nuevo en el licor y empezó a pasearlo por la herida y los bordes, estuve a punto de apartarlo de un manotazo. Pero de sobra sabía que eso era imprescindible, a menos que quisiera perder la pierna por gangrena o algo similar. Así que aguanté estoicamente, aunque se me escapó algún grito desgarrador. Fue inevitable. ¡No me desmayé de puro milagro! No estaba acostumbrada a tanto dolor físico.

—Bien, ahora te suturaré la herida. Lo más importante es que no te muevas. No quiero hacer un destrozo en este muslo tan bonito. ¿Te cuento un secreto? Eres la humana más hermosa que he visto jamás. Soy muy afortunado de haberte encontrado, ¿no crees?

Sus dedos se enroscaron un instante en mi pierna. Entonces, se deslizaron hasta la herida y, mientras sujetaban unidos ambos bordes, con la otra mano empezó a coserme.

Y entonces grité aún más fuerte.

Cuando acabó, repitió la misma operación en el brazo y desinfectó todos los rasguños a la vista. Finalmente, cubrió las dos heridas más graves con ungüento espeso y oleoso, y me las protegió con unas vendas suaves, menos finas que las de la aldea, pero igual de efectivas.

—¿Sabes? Si hubieras caído cerca del nacimiento del río, lo más probable es que la corriente te hubiese llevado directa hacia el este, arrastrada por el afluente más fuerte y caudaloso —soltó de forma despreocupada.

Estaba tan dolorida que tardé en procesar lo que acababa de decir… y lo que eso significaba. En resumen, en breve iba a estar muy jodida. Me había arriesgado mucho mintiéndole de ese modo, sobre todo, cuando no tenía mi idea de dónde demonios nacía el río, ni de nada de nada, ya puestos.

Ya podía pensar en algo, que si no…

—Bueno, me dirás la verdad cuando te hayas recuperado. En un par de días quizás. O tal vez mañana. Seguro que, por entonces, lo recuerdas todo con mayor claridad.

Rebusqué en la nebulosa de mi mente para encontrar algún argumento.

—No… lo sé. Ya te dije que tengo mala orientación. Y no conozco lo suficiente Nemea.

Ux, que estaba buscando más vendas, se detuvo.

—Entiendo que intentes proteger a tu barog y a quien sea, y que guardes silencio. Créeme, admiro tu valentía. Pero no me mientas, Callie. No soporto que me traten como si fuera estúpido.

—Yo no…

Se giró de nuevo hacia mí.

—No pasa nada. Ahora necesitas descansar. Ya habrá tiempo de que me digas en qué punto exacto caíste y me des el nombre de tu barog. Y por tu bien, espero que la próxima vez que te pregunte, seas sincera conmigo. Si no, tendremos que buscar alguna

motivación para hacerte hablar. Y créeme, puedo encontrar muchas… y muy efectivas.

Temblé.

—No te he mentido, Ux. Yo…

—Shhhh —dijo ensanchando las fosas nasales. Me removí inquieta—. Ahora, quítate el vestido.

—¡¿Qué?! —pregunté con un hilo de voz, entrando en pánico.

—Necesito que te quites el vestido para poder examinar la herida de tu costado. Esa que, inexplicablemente, te hizo una *aninf.* No recuerdo que jamás una de ellas haya atacado a una descendiente… No, espera. ¡Sí que hubo un caso! —Clavó sus ojos celestes en los míos—. Una se encaprichó de Drashir, el antiguo rey, e intentó atacar a su *hoa uhane*. Fue un asunto muy turbio. Creo que la *aninf* se volvió loca, aunque nadie sabe realmente lo que ocurrió.

Yo conocía esa historia y había protagonizado una muy similar. Tragué saliva.

El tipo era listo, de eso no cabía duda.

—No… quiero… desnudarme delante de ti. ¿Olvidas que estoy emparejada en tierra sagrada con otro barog?

—Lo sé, Callie. No pretendo intentar nada contigo. Al menos, no hoy, que estás malherida y agotada. Contrariamente a lo que puedan haberte dicho, no somos unos brutos. *Yo* no soy un bruto.

Me temblaba todo el cuerpo de la fiebre, el miedo o ambas cosas.

—Gracias.

—Sin embargo, debes saber que los pantanos tienen sus propias reglas y que ahora… eres mía.

—Ux, no puedo…

—Quítate el vestido, Callie. No hagas que tenga que arrancártelo yo mismo.

Estaba aterrada. Aparte del horror y la humillación que suponía tener que desnudarme delante de aquel monstruo, y que, de hecho, no soportaría hacerlo ante ningún hombre que no fuera Daryos, tenía un problema mucho más grave: mi marca de nacimiento.

Ux no podía verla. Si lo hacía, sabría lo valiosa que era y no me perdería de vista ni un instante. Además, probablemente, adivinaría

que estaba unida al rey o al príncipe de Nemea. Eso aumentaría sus ganas de poseerme y unirse a mí, que ya eran de por sí desmedidas. Podía percibir su excitación, que, además, era muy obvia bajo el taparrabos.

«Mierda».

Solo me quedaba una opción: suplicar.

—Por favor, Ux, te lo ruego, no me hagas desnudarme. Aún… no. Solo dame un poco de tiempo. Hoy he tenido un día horrible.

Resopló. Estaba perdiendo la paciencia.

—Esa herida es peor que cualquiera de las otras, y las garras de las *aninfs* están llenas de bacterias. Si no te curo, podrías morir. Y eso es algo que no puedo permitir que ocurra… ni quiero.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

—¿Puedo, al menos, bajarme solo la parte superior del vestido? Con eso será suficiente, ¿no?

El brillo retorcido en sus ojos me hizo dar un respingo.

—De acuerdo. Y no te preocupes, te daré un vestido limpio y en buen estado cuando acabemos.

Asentí.

Bajo su atenta mirada, fui deslizando la parte superior de la prenda, dejándola caer sobre la cintura. Como estaba sentada y la tela se arrugaba un poco en torno a mí, con suerte la marca quedaría oculta.

Ya era la segunda vez que me hacían desnudarme hoy. ¡Estaba hasta las narices! Primero, los ancianos "salidos" del templo. Y ahora, este monstruo de las ciénagas. La vida a veces era una mierda.

Cuando descubrí mis pechos, Ux clavó sus ojos ávidos en ellos. Entreabrió un poco la boca y gruñó suavemente. Crucé los brazos sobre mis tetas, intentando cubrirlas al máximo. Tenía una buena delantera, así que no lo conseguí del todo; pero, al menos, mantuve la parte inferior de mi cuerpo tapada.

—Qué preciosa eres, Callie. Lo vamos a pasar muy bien juntos.

Me mordí la lengua para no enviarlo a la mierda. No era una buena idea cabrearlo.

Me sentía tan expuesta y vulnerable que se me revolvió el estómago y las ganas de llorar empezaron a ganar terreno. Apreté los dientes para contenerlas.

Se inclinó sobre mí y me olió descaradamente.

—Lo que yo decía. Lo pasaremos genial.

Entonces, sus manos se posaron cerca de la herida, sobre las costillas, y empezó a examinarme.

Y yo quise desaparecer y que se me tragara la tierra.

«Ven a salvarme, Daryos».

8 NOS VEMOS FUERA
TINA

—No os mováis. No deis un paso —ordenó Cyrus mientras su cuerpo enorme se deslizaba lentamente hacia abajo y sus ojos se clavaban en los míos—. ¿Quiénes estáis atrapados?

Tras echarnos una ojeada a nosotras tres y comprobar que nos encontrábamos a salvo en tierra firme, el rey fue pasando la mirada de uno a otro de sus barogs y todos asintieron, menos Axeh. Él estaba encaramado a uno de esos árboles ennegrecidos en el instante en que Cyrus había dado el alto. Se encontraba justo por delante del rey y el príncipe. Nosotras, en cambio, estábamos a la cola.

Ciench y Toruch, que durante casi todo el camino habían permanecido detrás cerrando filas, se encontraban ahora a apenas un metro por delante, exactamente donde nosotras estaríamos si Bazzeila no me hubiera empujado hacia atrás, y Enzo no se hubiese detenido de golpe y reculado con Emi encima.

Jenny estaba a nuestro lado con los ojos fijos en la arena que engullía, poco a poco, a nuestros amigos. Benju también permanecía cerca.

—Maldita sea —dijo Xerx, completamente inmóvil, mirando a Jenny.

—Nos hemos confiado demasiado —dijo Xioh mientras la arena se lo iba tragando, como a todos los demás—. Sabíamos que este lugar podía estar plagado de arenas movedizas.

Sus ojos se encontraron con los de Lansh, justo a su lado. No parecía muy contento con ese contratiempo. Ninguno lo estaba.

El príncipe miraba a su alrededor, apuesto a que buscando algo que los sacara de este apuro antes de que el suelo se los zampara por completo. Pero no estábamos en la selva frondosa, y ahí no había nada a lo que agarrarse. No había lianas, ni troncos fuertes y robustos, ni grandes rocas, ni palmeras… Solo arena, lodo y árboles

endebles, demasiado lejos de cualquiera de ellos para que pudieran servirles de algo.

—Hemos ido con mil ojos, pero estas no son movedizas normales. No tienen el aspecto al que estamos acostumbrados. Ni siquiera los felinos las han detectado a tiempo —dijo Cyrus—. Al menos, uno de nosotros está fuera y nos ayudará a salir. Axeh, ¿puedes llegar hasta las mujeres?

—Enseguida. Solo dame unos segundos para que analice por dónde desplazarme. Estos árboles apenas aguantan mi peso.

Daryos giró el cuello para mirarlo.

—Evita esos dos —dijo señalando un par de árboles separados por algo más de un metro—. Los troncos están podridos por la humedad. Se quebrarán en cuanto pongas un pie encima.

Axeh asintió.

Al instante siguiente, el gran barog rubiales se columpió en una rama gruesa y saltó al árbol contiguo. La madera era tan enclenque que crujió bajo su peso, pero él no se quedó allí lo suficiente para comprobar si aguantaría.

Evitó uno de los árboles que Daryos había mencionado y saltó a otro con una agilidad que ya me habría gustado tener en mis clases de gimnasia rítmica. Era tan enorme como todos los demás, pero sus movimientos fluían con facilidad como si fuera un chiquillo en un parque de columpios, en lugar de una bestia musculosa de más de ciento veinte kilos. Contemplar cómo pasaba de árbol en árbol, saltando, balanceándose, y agarrándose aquí y allá, era todo un espectáculo. Emi lo miraba embelesada.

—Cierra la boca, Emi. Se te va a meter uno de esos bichos asquerosos.

Mi amiga me lanzó una miradita de odio, pero la cerró.

Antes de bajar de la última rama, Axeh tanteó el terreno. Los barogs pesaban más del doble que nosotras, así que puede que no nos hubiésemos hundido por eso. En cuestión de segundos, estaba junto Enzo.

Tomó a Emi en brazos y la depositó con suavidad en el suelo. Ella lo miró como si estuvieran los dos solos bajo una pérgola y rodeados de flores de colores, en lugar de en medio de un pantano

nauseabundo y con nuestros barogs a punto de ser devorados por las arenas movedizas.

Puse los ojos en blanco. Xerx también.

—Por si no te has dado cuenta, no tenemos todo el día, Axeh —soltó Cyrus en un tono seco.

—En serio, ¿podéis dejar los arrumacos para más tarde, hermanito? —dijo Lansh.

—Dejadlo tranquilo, ¿no veis que el chaval se nos ha enamorado hasta las trancas? —dijo el príncipe, esbozando media sonrisa.

Emi se sonrojó y se apartó un par de pasos de su barog.

Que Daryos mantuviera el sentido del humor y la calma incluso en medio de ese desastre, con su *hoa uhane* capturada por unos animales y todos sus amigos a punto de ahogarse, decía mucho de él. Lo había visto triste y desesperado, pero jamás había perdido los estribos con sus amigos ni había sido desagradable con nadie.

—Sois idiotas —soltó Axeh. Entonces, con una sonrisa maliciosa añadió—: Quizá deberíamos dejarlos un rato en remojo ahí dentro, ¿qué opináis chicas? A ver si así son un poco más amables.

—No jodas, Axeh —dijo Xerx—. ¡Date prisa, capullo!

El rubiales le ignoró.

—Quizá debamos esperar a que aparezcan las serpientes negras y empiecen a morderles las pelotas. He oído que esa es su parte favorita de nuestra anatomía.

—Eso no hace ni puta gracia. ¿Y qué narices te he hecho yo? ¡Si acabo de defenderte! —dijo Daryos, inspeccionando el entorno.

—Con nuestras pelotas no se bromea —añadió Lansh.

—A ver, barogs, ¿podéis concentraros en salir de ese lodazal? No sé si os dais cuenta, pero os estáis hundiendo muy rápido —solté sin más.

—Gracias, amor. Alguien que piensa con la cabeza —dijo Cyrus mirándome de ese modo que, incluso en esa situación de mierda, hacía que se me doblaran las rodillas.

—Tina tiene razón. Si no hacemos algo enseguida, en unos minutos habremos desaparecido bajo la superficie, y entonces sí que estaremos bien jodidos. Así que pensad, maldita sea —dijo Xioh.

—Contamos con Axeh, dos leones y una pantera. Tiene que haber alguna forma de que puedan sacarnos de aquí —dijo Daryos, clavando la vista en una rama retorcida. Salía de un sauce grisáceo, como una raíz enredada, avanzaba unos metros y se perdía en la arena.

Ciench y Toruch murmuraban entre sí, mirando en todas direcciones y buscando también una solución.

—Y con nosotras tres —dije.

—Por supuesto, mi reina, pero ninguna de vosotras puede tirar de un barog para sacarlo. Pesamos demasiado —dijo el rey.

—Pero podemos ayudaros a encontrar una solución —dijo Jenny, avanzando un par de pasos e inspeccionando el suelo. Se agachó a unos centímetros de la línea desigual que marcaba el cambio de color en la arena.

—¿Se te ocurre algo, Jenny? Porque eso nos vendría muy bien —dijo el príncipe.

—Lo primero de todo es marcar dónde empiezan las arenas movedizas. Así sabremos hasta dónde podemos acercarnos para sacaros. —Miró a derecha e izquierda—. Quizás haya algo con lo que delimitarlo.

Lo único que había eran árboles podridos, barro y bichos. Tal vez podríamos…

—¿Y si arrancamos un poco de corteza y la troceamos? ¿Eso serviría?

—Buena idea, Tina. ¿Podéis empezar a recogerla? —dijo Jenny, mirándonos a Emi y a mí.

Nosotras dos asentimos.

—Fijaos bien por dónde pisáis y el color de la arena. No quiero que acabéis metidas en otro charco como este —dijo Cyrus. Asentimos de nuevo.

Vi angustia en la mirada de mi rey en el instante en que empecé a alejarme hacia uno de los árboles en peor estado. Cuando arranqué parte de la corteza caída, casi vomito. Decenas de bichos como bolitas de color verde oscuro se retorcían en el reverso. Hice una mueca de asco y la dejé en el suelo, dispuesta a arrancar más.

Un gritito de Emi me informó de que acababa de descubrir exactamente lo mismo que yo. Ella tampoco se detuvo.

—Axeh, mira esa raíz de ahí. ¿Crees que aguantará mi peso? —dijo Daryos.

El rubiales se encaramó a un árbol y luego a otro para acercarse lo suficiente.

—No estoy seguro, D. La madera está muy podrida. Espera, deja que compruebe si la unión con el árbol es sólida.

Arrancó una rama y, colgándose bocabajo de la más gruesa, pasó el palo por debajo de la raíz y tiró un poco para comprobar si estaba bien sujeta.

—¿Qué opinas? —preguntó el príncipe, expectante.

—Está anclada. Forma parte de las raíces, pero no estoy seguro de que no se quiebre en cuanto te sujetes a ella y hagas fuerza para salir—dijo Axeh.

—Solo serían un par de metros, después tú podrías agarrarme del brazo y sacarme —dijo Daryos.

—Si no estamos seguros, pensemos en otras opciones —dijo Cyrus.

—No tenemos más opciones.

—Enzo, Bazzeila y Benju pueden derribar un par de árboles y extenderlos de punta a punta sobre las arenas. Treparemos sobre ellos y los usaremos a modo de puente —propuso el rey.

—No hay árboles tan largos, C. Y nos estamos hundiendo rápido. Si logro salir, entre Axeh y yo podemos sujetar un tronco y tirar de vosotros uno a uno —insistió Daryos.

—Con tu peso, difícilmente aguantará. Si llegas a la raíz y se rompe, te habrás alejado de nosotros y no habrá forma de alcanzarte. Además, como te habrás movido, te hundirás más deprisa. Es demasiado arriesgado, hermano —dijo Cyrus.

Mientras me acercaba con Emi hacia el borde de las arenas y delimitaba el peligro tal como Jenny nos había pedido, observaba a mi barog. Sus hombros estaban en tensión, y no me cabía duda de que lo que más detestaba era no poder sacarlos a todos de esa situación de inmediato.

—Lo sé, pero puedo lograrlo. Es la única manera, C.

—Ciench, Toruch, ¿qué opináis?

—No tenemos muchas más alternativas —dijo el primero. Su amigo asintió.

Ciench era muy grande, y parecía que el suelo lo engullía a mayor velocidad que a los otros. Quizás estaba en el epicentro de aquella cosa.

—¿Y los demás?

—Si Daryos dice que puede conseguirlo, es que puede —dijo Xerx.

Las arenas les llegaban ya a la cintura y seguían tragándoselos.

Lansh, Xioh y Axeh lo apoyaron.

—Bien. Si estamos todos de acuerdo, vamos a hacerlo. Pero antes, quiero que los felinos derriben los mejores árboles. En cuanto mi hermano empiece a moverse, todo irá muy deprisa. No podremos perder tiempo. Debemos tener los troncos preparados para que nos saquen a todos. En cuanto uno de nosotros salga, ayudará de inmediato a tirar de los demás —dijo el rey.

—Esperad —pidió Jenny, pensativa. Tenía los ojos brillantes, como cuando en clase resolvía una ecuación química muy compleja —. En el momento en que Daryos empiece a desplazarse, no solo él se hundirá más rápido, todos lo haréis. El barro entero se agitará y la masa se aposentará de nuevo. Debéis estar preparados.

—Vale, o sea, que disponemos de menos tiempo del que pensamos —resumió Xioh.

—¿Qué propones, Jenny? —preguntó el príncipe.

—Establezcamos ya un orden de salida para no perder tiempo dudando una vez tú estés fuera —dijo ella, convencida. Cuando se ponía en "modo listilla" era la mejor—. Ciench es el que se está hundiendo más rápido.

Todos se giraron a mirarlo. El barog estaba justo en el extremo opuesto a Daryos.

—De acuerdo, entonces… —empezó Cyrus, echando una ojeadita alrededor—. Primero, Ciench, luego, Toruch. Después, Lansh, Xioh y Xerx, en ese orden. Y, por último, yo.

Sabía que era la secuencia lógica, pero no por ello dejó de encogérseme el estómago. Él debió de darse cuenta porque me

dedicó una de sus sonrisillas arrogantes en plan "soy el más macho del grupo, mi reina". Pero yo estaba acojonada. Y creo que Daryos se sentía igual que yo, porque frunció el ceño y su rostro se contrajo de preocupación.

—Mejor primero Xioh y luego Lansh. Se está hundiendo más deprisa —propuso Jenny.

Todos asintieron.

Acabamos de marcar la zona para que, en el momento en que colocásemos los troncos, los barogs que se situaran en su extremo para tirar supieran hasta dónde podrían acercarse. Tendrían que agarrar el tronco, agacharse y arrastrar uno a uno a sus amigos hasta ponerlos a salvo.

—Jenny, Emi, Tina —dijo el rey—, observad bien los árboles de la zona y elegid los que consideréis más adecuados. Es mejor que sean algo más cortos pero robustos. Lo importante es que no se partan por la mitad cuando cualquiera de nosotros se agarre al otro extremo. Eso precipitaría las cosas, pues nos hundiríamos tan deprisa que tal vez sería ya imposible sacarnos.

—¿Sin presión, eh? Menuda responsabilidad —murmuró Jenny, temblando y palideciendo un poco. De pronto parecía consciente de que los barogs estaban siguiendo sus indicaciones, y puede que eso la abrumara bastante.

—No te preocupes. Lo decidiremos entre las tres —le dije para tranquilizarla.

—Nosotros os ayudaremos desde aquí en todo lo que podamos, pero sois vosotras las que podréis comprobar su resistencia. Empujad el tronco y golpeadlo con algo para ver su dureza —dijo Cyrus.

—Mirad bajo la corteza. Si hay bichos verdes, la madera estará carcomida y se partirá con facilidad. Esos no los cojáis —dijo Xerx.

—En cambio, si veis en la copa que hay algún nido, eso significa que el árbol es resistente. Las aves son listas y saben dónde aguantarán mejor sus nidos —añadió Daryos.

—Si hay bichos negros alargados en las cortezas o flores de color lila oscuro en la base del tronco, no los toquéis ni a unos ni a otros. Son venenosos y podrían provocaros alucinaciones —dijo Xioh.

—Vale, callaos ya, o nos damos media vuelta directas a la selva y os dejamos aquí tirados. ¿Siempre tiene que haber algo en cada rincón de este planeta dispuesto a matarnos? —dije hastiada.

—Puedo llegar hasta ellas otra vez y ayudarlas a escoger los troncos —sugirió Axeh, preparado para saltar.

—Yo de ti no me movería demasiado. Ha crujido cada rama por la que has pasado. Si se rompen, no tendremos camino de regreso cuando me saques de las arenas —dijo Daryos.

—Mi hermano tiene razón. Tú quédate quieto dónde estás, Axeh. Ciench y Toruch tienen buena panorámica de los árboles, sois los que estáis más cerca, ¿podéis ayudarlas? —dijo el rey.

Ambos asintieron y propusieron un par de ellos que habían detectado desde su posición.

Cogí a Emi de la mano mientras Jenny caminaba a nuestro lado, y empezamos a inspeccionar los troncos.

—Que no haya bichos verdes… —recitó Emi, mirando tras la corteza que acababa de arrancar.

—No tocar los bichos negros ni las flores violetas… —enumeró Jenny, con sus grandes ojos azules fijos en otra corteza oscura.

—Buscar nidos en las copas… —concluí.

Aquello estaba siendo más difícil de lo que pensábamos, aunque, con la ayuda de Ciench y Toruch, logramos escoger tres troncos gruesos y resistentes, al menos en apariencia. No eran demasiado largos, pero lo suficiente para llegar a cada uno de los barogs. El que estaba más lejos era Cyrus. Para sacarlo, tendrían que acercarse mucho al borde y él avanzar un poco hacia nosotros o, de otro modo, no alcanzaría el tronco.

Me esforzaba por mantener la calma, o fingir que la mantenía. Por dentro estaba de los nervios. ¡Podían salir mal tantas cosas!

El rey y el príncipe se miraron e intercambiaron unas palabras de ánimo.

—Nos vemos fuera, hermano —dijo mi rey.

—Que así sea, C. No te hundas en las arenas antes de que yo llegue, ¿de acuerdo? —bromeó el príncipe—. Podemos con esto. Hemos pasado por cosas peores.

—Por supuesto que sí, D. Recuerdo unas cuantas.

Pero sus bromas no ocultaban la preocupación que los carcomía a todos por dentro. Además, Daryos tenía el agravante de que Callie seguía desaparecida, secuestrada por los hermanos perdidos. Cada segundo que transcurría debía de ser una auténtica tortura para él. Sin embargo, mantenía la serenidad y concentración intactas.

Que él lograra llegar a la raíz, trepar por ella y alcanzar la mano de Axeh era el primer paso para que pudiéramos salvarlos a todos. Si algo salía mal…, estábamos bien jodidos.

Axeh podría intentar sacarlos uno a uno él solo, pero el esfuerzo sería inmenso, pues tendría que luchar contra la absorción de las arenas, que tiraban de los barogs de un modo implacable. Las posibilidades de éxito en ese caso serían mucho menores.

Necesitábamos que Daryos lo consiguiera.

Jenny, Emi y yo nos aproximamos las unas a las otras y nos cogimos de las manos. Aquello era angustioso. Enzo y Bazzeila nos flanquearon mientras el león Benju nos guardaba las espaldas. Los felinos eran, sin duda, los animales más fieles de todo Nemea. ¡Y pensar que tan solo unos días atrás odiaba y temía a Bazzeila!

—Tendrás que moverte deprisa, hermano —dijo el rey—. No puedes vacilar ni un segundo.

—Me moveré como si una piraña fuera a morderme el culo, C —bromeó, con la vista fija en la raíz gruesa y retorcida que sobresalía de las arenas a unos cuantos pasos de distancia de él, y ascendía por el árbol hasta donde esperaba Axeh, a un par de metros, con el brazo extendido.

Esos dos metros podrían convertirse en una distancia insalvable si las cosas no salían bien.

—No sería la primera vez que alguna te hinca el diente, D —dijo Xerx, meneando la cabeza y sonriendo.

—Agradecería que, por una vez en tu vida, te lo tomaras en serio, hermano —dijo Cyrus, pero no pudo evitar sonreír también.

Y entonces, Daryos empezó a moverse.



9 NO SÉ SI PODRÉ
CALLIE

«No si podré soportarlo», pensé mientras las manos de Ux seguían examinando el destrozo que las garras de Antara habían causado en mi costado.

Desde mi llegada a Nemea, me habían ocurrido muchas cosas horribles y, vale, también otras maravillosas. Pero, en general, mi estancia ahí había sido dura. Sin embargo, había conseguido superarlas todas y, pese al miedo que había experimentado, jamás me daba por vencida y, de algún modo, siempre buscaba una salida.

Ahora no la había.

Estaba sola en la aldea de los perdidos, y nadie allí dentro iba a ayudarme. Cuando Ux decidiera poseerme, no podría detenerlo. Era imposible que una humana como yo lograra oponerse a la fuerza y el poder de un barog, mucho menos de esa bestia que lideraba a los peores monstruos del planeta.

Reconozcámoslo: Ux podría hacer lo que quisiera conmigo en cualquier momento. Y eso… no creía que pudiera soportarlo. No solo por mí, sino también por Daryos. No dejaba de darle vueltas a cómo le afectaría a él y a nuestra relación. Se volvería completamente loco. Jamás superaríamos algo así. Por supuesto, la primera en sufrir sería yo. Solo pensar en que ese gigante se cerniese sobre mí me entraban ganas de vomitar. Y lo peor de todo es que no podría hacer nada para evitarlo.

Me mordí el labio para no llorar.

Pese a que parecía concentrado en lo que hacía, de vez en cuando desviaba la mirada hacia mis pechos, que yo me esforzaba por cubrir. El aroma de su excitación se había intensificado hasta dominar la atmósfera de la choza. Me estaba mareando.

Eché un vistazo a mis heridas y enseguida comprendí que había sido una mala idea. Mi piel era un amasijo ahí donde Antara se había

ensañado conmigo. Se me fue la cabeza y sentí que iba a desmayarme. Entorné los ojos y me tambaleé. Por suerte, estaba sentada. Olvidándome de mi desnudez, cometí el error de descubrirme para sujetarme al colchón con fuerza. Estaba a punto de desplomarme.

Ux se apresuró a sostenerme entre sus brazos, y aquello no hizo sino empeorar la situación. La piel desnuda de su pecho entró en contacto con la mía. Estaba caliente, de ese modo seco y envolvente, tan propio de los barogs. Pero él no se parecía en nada a mi Daryos. Su aroma, el latido de su corazón, el modo de mirarme, su voz… Traté de alejarme de él, pero me sujetó con fuerza contra su cuerpo. Mis pechos se aplastaron contra su torso.

Él gimió. Un gemido mezclado con un rugido grave.

—Te tengo, Callie. No te preocupes, voy a cuidar bien de ti. —Su voz fue apenas un murmullo ronco.

Los segundos que siguieron se me hicieron eternos. Las manos de ese monstruo me recorrieron la espalda mientras se deleitaba con nuestro contacto. Se inclinó un poco sobre mí y hundió la nariz en mi pelo. Noté cómo temblaba y todos sus músculos se tensaban contra mí. Mantuve los ojos cerrados, conteniendo las ganas de gritar, arañarlo hasta hacerlo sangrar y empujarlo para apartarlo. Pero las fuerzas me habían abandonado…, y de nada serviría pelear.

Pasados esos instantes angustiosos, me tendió con cuidado, lentamente, sobre su cama.

—Te dije que era mejor que te tumbaras. Eres valiente, no estoy ciego, pero es una herida fea. Cualquiera se marearía con algo así.

—Tú no —murmuré, evitando su mirada por todos los medios.

Su risa oscura y cargada de deseo flotó hasta mis oídos.

—Pero tú no eres un barog, eres una humana. Aunque es verdad que tenemos otra también muy valiente. Ya la conocerás en breve. Apuesto a que os haréis grandes amigas.

¿Cuántas mujeres habría en la aldea? Sabía que no eran muchas, pero fueran las que fueran, seguro que llevaban viviendo un infierno desde el día en que llegaron.

Ux se inclinó sobre mi cuerpo, apoyando una mano en el jergón al lado de mi cabeza y la otra en mi cintura desnuda, pues el vestido

apenas cubría ya mis caderas.

Volvió a olfatearme y sus dedos me recorrieron el costado sano y rozaron la piel bajo mi pecho. Se inclinó un poco más sobre mí y su erección me presionó el muslo, el que no estaba herido.

—Por favor… —murmuré como una súplica. Me sentía más débil y asustada que en todo mi vida.

Sus dedos se cerraron sobre mi pecho con posesividad y su manaza lo cubrió por completo. Un lamento se escapó de mis labios.

—Debes de gustarme mucho, Callie, porque quiero hacer las cosas bien contigo.

Se incorporó de nuevo, sentándose otra vez erguido en la cama, con el trasero pegado a mí. Suspiré aliviada, aunque fuera consciente de que eso solo me daba una pequeña tregua y que pronto atacaría de nuevo.

—Gra… cias —balbuceé, tiritando de la cabeza a los pies.

—Esperaremos a que estés recuperada, ¿de acuerdo? Y después, tú y yo empezaremos a conocernos mejor.

No tuve tiempo de llorar, solo de gritar, cuando me pasó el paño empapado en alcohol por toda la piel desgarrada. Ni siquiera fui consciente de que me agarraba a su brazo con fuerza para soportar el dolor. Aquello quemaba como las llamas del puto infierno.

—Lo sé, preciosa. Duele mucho, pero pronto estarás bien. —Me puso una mano en la frente y arrugó el entrecejo—. Estás ardiendo. Te daré algo para la fiebre. Como te he dicho, no somos unos brutos. Tenemos nuestros sanadores. Yo mismo soy uno de ellos. Lo era en la aldea, ¿no lo sabías? Aprendí de mi padre. Él y otro barog, el hermano del rey, eran los sanadores oficiales. Me han dicho que uno de los hijos de ese otro barog, Xioh, es ahora el sanador. Maté a su padre el mismo día que asesiné al rey Drashir. ¡Ah, qué recuerdos!

Me estremecí de puro terror. Menudo cabronazo.

—Para llevar tanto tiempo fuera de la aldea, estás bien informado —dije con un hilo de voz.

Me dedicó una sonrisa maliciosa.

—Tengo mis fuentes.

—Ya veo que te lo has montado muy bien —comenté sin pensarlo demasiado. El dolor anulaba mis filtros, lo cual era un verdadero problema.

Soltó una carcajada estridente que me heló la sangre. Volvió a aplicarme el paño, pero esta vez lo aguanté un poco mejor, aunque seguí aferrándome a su brazo en un acto reflejo. Eso parecía gustarle.

—Mataste a los tuyos…

—Lo hice, y algunos de ellos eran mis amigos. A veces hemos de tomar decisiones difíciles en la vida, Callie. Seguro que tú has tenido que tomar también algunas.

Negué con la cabeza mientras él cogía de nuevo la aguja de sutura. Abrí los ojos con horror.

—Yo nunca mataría a un amigo. De hecho, no mataría a nadie.

Se inclinó sobre mis heridas y sujetó los bordes de la que tenía peor pinta, allí donde las garras de la *aninf* psicópata se habían hundido a mayor profundidad. Francamente, era un maldito milagro que siguiera viva y que no me hubiera perforado ningún órgano vital…, que yo supiera.

—¿Tampoco matarías para sobrevivir? ¿O para salvarle la vida a tu barog?

Apreté la mandíbula mientras notaba cómo pasaban la aguja y el hilo a través de la carne, atravesándome. Volvía a estar mareada, pero aguantaría.

—Eso es distinto. —Me rechinaron los dientes.

—No veo por qué. Matar es matar. Pensar lo contrario es una hipocresía.

—No es lo mismo matar para salvarle la vida a una persona a la que amas o la tuya propia… que matar por mero placer.

Se detuvo en seco, la aguja a punto de clavarse de nuevo. Me miró a los ojos. Esta vez, no desvié la mirada. Puede que estuviera asustada, pero no era una cobarde. Nunca lo había sido y no iba a empezar ahora.

—¿Crees que lo hice por *mero placer*, Callie? —Su tono fue helado.

—No, lo hiciste por algo incluso mucho peor: poder y ambición.

Una sombra oscura planeó en sus ojos, y el círculo negro que ribeteaba el celeste de sus iris se intensificó. Negó con la cabeza y se concentró de nuevo en la tarea de suturar. No me pasó por alto la tensión en sus hombros y en su cuello, donde se abultaba una vena. Estaba cabreado.

«Bienvenido al club, capullo».

—Si eso es lo que crees, es que no has entendido nada de lo que te conté.

—¡Oh, sí que lo entendí! De hecho, lo entendí perfectamente. Primero, traicionaste a tus amigos y a todo tu pueblo para seguir a un tipo que creía que tenía la solución para que vuestra descendencia fuera más fuerte. A saber por qué, ya que sois los seres más fuertes que existen por aquí. Después, traicionaste y mataste a tu líder para acaparar todo el poder y a las mujeres. Y ahora, quieres arrebatarle el trono a Cyrus y reinar en su lugar a tu antojo. Si es muy sencillo, hombre. En mi mundo los hay a patadas como tú.

Esbozó media sonrisa.

«No le provoques. A estas bestias les encantan los desafíos. Y tú acabas de convertirte en el suyo favorito», me recriminé.

Debería haberme mordido la lengua, pero todos tenemos nuestros límites. Yo no podía pelear contra él mediante la fuerza, pero todavía podía decir lo que pensaba. Hasta el momento, no me había golpeado ni forzado a nada. Cuando eso empezara, y estaba segura de que sucedería, suponía que las ganas de hablar se me quitarían de golpe.

—Es una manera muy simple de verlo, Callie. Me decepcionas. Creía que nos entendíamos bien. Pero no pasa nada, tengo tiempo de sobra para explicártelo de nuevo tantas veces como sean necesarias hasta que lo comprendas. Ya verás, en unos días te habré convencido.

«Lo dudo mucho, cabrón», me dije. Por supuesto, mantuve la boca cerrada a partir de ese momento.

Siguió cosiéndome la herida en silencio, mientras una sensación asfixiante me aplastaba puntada a puntada. Sus manos eran expertas, sabía bien lo que se hacía. Aproveché para echar un

vistazo rápido a la espiral que tenía grabada en el pecho. ¿Se la habría hecho él mismo?

Cuando acabó, aplicó con cuidado sobre la herida el ungüento que había preparado. Lo esparció bien, con suavidad, como si yo realmente le importara.

Después, se levantó y fue a buscar un botecito de una pequeña estantería de madera. Mezcló su contenido en un cuenco con agua y volvió a sentarse junto a mí. Me ayudó a incorporarme y me ofreció la bebida.

—Ten, bébelo. Te ayudará a combatir la fiebre y la infección desde dentro.

Asentí y tomé el cuenco de sus manos. Cuando nuestros dedos se rozaron, sentí un escalofrío. Apuesto a que él lo sintió también, porque sus ojos se desviaron de nuevo hacia mis pechos y luego a mis labios.

Controlando el temblor de mis manos, me lo llevé a la boca y vacié todo el contenido. El líquido sabía un poco amargo, nada que no pudiera soportar. Cuando acabé, se lo devolví y crucé los brazos sobre el pecho.

Ni siquiera me planteé que lo que acababa de administrarme fuera veneno o algo parecido. No me cabía duda de que me quería bien sana.

Él dejó el cuenco sobre la mesilla y me miró a los ojos.

—No sé por qué te cubres, Callie. Eres muy hermosa.

—No estoy acostumbrada a ir desnuda ante desconocidos.

Torció el gesto y negó con la cabeza. Su larga melena, negra y espesa, se agitó con el movimiento.

—No somos desconocidos. Al menos, no por mucho tiempo. Y será mejor que te acostumbres a mí lo antes posible. Nos harás las cosas más sencillas a los dos.

—¿Crees que voy a ponértelo fácil? —dije sin pensar.

Él sonrió de un modo que me heló la sangre. El muy hijo de puta se estaba divirtiendo.

—Sabes bien cómo acabará esto. Así que haznos un favor a los dos y acéptalo cuanto antes.

—¿Y a ti qué más te da? Obtendrás lo que quieras de mí de todos modos.

Su mirada se aceró.

—Eso es cierto. Pero preferiría que disfrutásemos de esto los dos, no solo yo. Sería mucho más… placentero.

Contuve una arcada.

—Pues yo disfrutaría *mucho más* si me soltaras y dejaras que me fuera.

Ladeó la cabeza, de un modo que me recordó a un gran felino.

—Eso no va a suceder. Además, tú sola no durarías ni unos minutos en los pantanos.

—Mis amigos me ayudarían.

—Tus amigos, sean quienes sean, jamás lograrían atravesar el cenagal con vida y llegar hasta aquí. Nadie ha encontrado esto jamás, Callie. Así que olvídalo y asume de una vez por todas que este es tu hogar ahora. Y si te portas bien, puedo hacerte muy feliz.

—¿Como a las otras descendientes que tenéis ahí encerradas? —Hice un gesto con la barbilla señalando la salida de la choza—. Ya vi las condiciones en las que las tenéis. Seguro que son muy *felices.*

Apretó la mandíbula con sus ojos azules clavados en los míos. Me pregunté por un instante cómo sería su forma humana. Seguro que era un hombre apuesto y atractivo. Todos lo eran. Pero por dentro, ese barog perdido no tenía nada más que fealdad y podredumbre.

Se levantó sin pronunciar palabra y se dirigió al pequeño arcón de bambú del rincón. Lo abrió y sacó lo que parecía un vestido doblado. Caminó hasta mí y me lo ofreció.

—Aquí tienes ropa limpia, tal como te prometí. Cuando el ungüento que te he aplicado en las heridas haga efecto y hayan curado un poco, te llevaré al pantano de aguas claras para que puedas lavarte. Por ahora, tendrás que conformarte con esto.

—Gracias —le dije, mirándolo desde abajo y cogiendo el vestido marrón que me tendía. Era más sencillo que los de la aldea y la tela más áspera, pero, ahora mismo, me moría por cambiarme de ropa y, sobre todo, por taparme las tetas.

Me tendió una mano y me ayudó a levantarme. La pierna lastimada me falló y él me sujetó. Todo el cuerpo me dolía de un

modo atroz.

—Dame, te ayudaré.

—No es necesario, yo…

—No seas testaruda, mujer. Estás muy débil. Te prometo que no me aprovecharé.

Se agachó ante mí y tiró de mi vestido mugriento hacia abajo hasta desnudarme por completo. Me aferré a sus hombros enormes para no caerme cuando levanté un pie y luego el otro para que él pudiera apartar el vestido.

Durante unos segundos, el aire se espesó y un gruñido suave pero firme reverberó en su pecho. Tenía la boca un poco abierta y la mirada fija en mi intimidad. Sus dedos se enroscaban en mis caderas.

Los ojos se me anegaron de lágrimas y juro que recé a todos los dioses de la Tierra, de Nemea y del universo entero para que me ayudaran en ese momento. No poderme valer por mí misma en una situación así era horrible, más aún cuando el único que podía ayudarme era semejante monstruo, el asesino del padre de mi barog y el más grande de los enemigos del rey.

«Esto es una puta pesadilla».

Pensé en Daryos y en lo desesperado que debía de estar, buscándome como loco e incapaz de encontrarme. Y en ese instante, tomé una decisión: haría lo que fuese necesario para sobrevivir y volver a ver a mi barog algún día. No importaba lo que tuviera que sufrir, lo que tuviera que aceptar. Solo importaba vivir.

Tras esos segundos interminables, se incorporó, cogió el vestido limpio y me ayudó a ponérmelo, procurando no rozar las heridas. Tuve mucho cuidado en mantenerme de cara a él todo el tiempo para evitar que viera mi marca de nacimiento.

—Ya está, ¿ves? No ha sido tan terrible, ¿verdad?

Negué con la cabeza, con una desagradable mezcla de tristeza, vergüenza y rabia recorriéndome de arriba abajo.

—Te lo… agradezco —dije con un hilo de voz. Él asintió y me dedicó una sonrisa.

—Ahora, te llevaré con las demás mujeres para que pases allí la noche. Cuidarán bien de ti. Me encantaría que te quedaras aquí

conmigo, pero no creo que pudiera contenerme. La tentación es… —aspiró con fuerza y sus ojos se oscurecieron un poco más— demasiado grande.

Temblé… otra vez.

Hizo el ademán de cogerme en brazos, pero lo detuve.

—Puedo caminar.

—Casi te desmayas varias veces, deja que te lleve.

—Quiero caminar, Ux.

No soportaba tenerlo tan cerca ni un minuto más. Di varios pasos hacia la puerta y logré salir de la choza. Pero no pasé de ahí. La pierna me falló de nuevo y me habría caído de bruces si Ux no me hubiera cogido. Se agachó, deslizó los brazos bajo mi cuerpo y me alzó en volandas.

—Eres muy cabezota, ¿lo sabías? —dijo con media sonrisa. La cicatriz de su cara se arrugó.

—Más o menos —murmuré, concentrada en las punzadas que sentía en el muslo.

Que se lo preguntaran a Daryos. El pobre se había tenido que esforzar mucho conmigo para que le diera una segunda oportunidad.

Mientras me llevaba hacia la celda donde estaban las mujeres, que desde fuera parecía más bien una choza primitiva, aunque bastante grande, Ux iba dando instrucciones a unos y otros.

Aproveché para echar una ojeada alrededor y hacerme una idea de todo lo que había. Mi mirada se atascó en la jaula a la que habían arrojado a los pobres *llitops*, que seguían ahí, muy cerca de la hoguera donde, probablemente, acabarían asados y servidos como entrantes de un pulpo, un lince o varias serpientes negras de los pantanos. A saber.

Emitían gruñiditos, que me sonaron como lamentos y se me metieron en los oídos, dejándome muy mal cuerpo. Cuando pasamos junto a la jaula, todos me miraron con sus enormes ojos abiertos de par en par. Me fijé especialmente en uno un poco más grande y redondo que los otros, de color naranja suave. Pobrecillos, su situación era casi peor que la mía. A mí no iban a comerme, al menos literalmente.

Cuando nos aproximábamos a la celda de las mujeres, situada en un extremo de la aldea, un hermano perdido, de esos nacidos de *aninf*, abrió la reja de troncos para dejarnos pasar.

—Os traigo a una nueva amiga. Esta es Callie —dijo depositándome con cuidado sobre uno de los jergones que había en el suelo—. Esta malherida, así que cuidad bien de ella. —Entonces, clavó sus ojos en los míos y mientras me apartaba con suavidad un mechón de la frente, me dijo—: Descansa, Callie. Mañana volveremos a vernos.

Asentí, intentando controlar el temblor de mi cuerpo. Tenía la sensación de que me había subido la fiebre.

Se puso en pie y le habló a una mujer que se había acercado a nosotros.

—Dale el brebaje cada cambio de turno. Quiero que sobreviva.

La sangre se me heló. ¿Había la posibilidad de que yo muriera?

Antes de salir de la celda, Ux se dirigió a mí por última vez:

—Cuando estés mejor, hablaremos de nuevo. Y recuerda: quiero respuestas, así que olvídate de volver a mentirme.

Cerré los ojos y apreté los párpados con fuerza.

Escuché el crujido de la reja al cerrarse tras Ux. Solo entonces me permití respirar un poco tranquila.

Sentí una mano menuda sobre el hombro.

—Ya se ha ido —me susurró una mujer—. Puedes descansar, ahora estás entre amigas.

Cuando entreabrí los párpados, había ante mí una mujer joven y hermosa, con el cabello largo castaño y los ojos verdes. Su rostro era amable y todavía quedaba algo de fuerza en su mirada, a diferencia de en las de las otras descendientes que nos rodeaban. Todas llevaban vestidos marrones similares al mío.

—Toma, bebe un poco de agua.

—Gracias —murmuré con esfuerzo, llevándome el vaso de madera a los labios.

Estaba fresca y dulce. Me supo a gloria. No me había dado cuenta hasta ahora del regusto que me había dejado en la boca el brebaje de Ux.

—¿Te duelen mucho? —dijo señalando mis heridas.

—Bastante, pero Ux me ha curado bien.

Hubo un murmullo general.

—Ese cabrón sabe ser amable y cuidadoso cuando le conviene. No debes fiarte nunca de él, Callie. Es el peor de todos.

—Lo sé… —Una nueva punzada de dolor, esta vez en el costado, me hizo callarme en seco y retorcerme.

Sentí que la consciencia empezaba a abandonarme.

—Descansa —dijo acariciándome la frente con delicadeza—. Nosotras velaremos por ti.

La vista se me nubló y me desmayé en aquella aldea perdida en los pantanos… muy lejos de Daryos.

10 ¡NO LO SUELTES!
TINA

Daryos apenas había avanzado dos pasos cuando empezó a hundirse más rápido. Todos conteníamos el aliento mientras él se movía hacia la raíz, que cada vez quedaba más cerca de sus garras.

Tal y como habíamos imaginado, las arenas movedizas comenzaron a engullir al resto de los barogs más deprisa. No mucho más, pero lo suficiente para que el nudo de mi estómago se agrandara y los dedos de Jenny, por un lado, y los de Emi, por el otro, se enredaran con más fuerza con los míos.

Enzo emitía un rugido bajo y vibrante, y se agitaba inquieto en su sitio, pateando el suelo de vez en cuando. Se notaba que quería mucho a su jinete y lo estaba pasando realmente mal mientras el príncipe luchaba contra esa masa espesa y traicionera, que ya le llegaba al cuello. Por cómo avanzaba, daba la sensación de que estuviera rodeado de petróleo.

—¡Ya casi estás, D! ¡Un poco más rápido! —lo jaleó el rey desde su posición.

Daryos se ayudaba con los brazos para impulsarse, echándolos lo más lejos posible hacia delante para remar. El suelo seguramente no le proporcionaba nada firme en lo que apoyarse, y era mucho más efectivo hacer el mayor esfuerzo con los brazos. Estaba concentrado por completo, como si no existiera nada más en el mundo que él y esa maldita raíz a la que tenía que llegar como fuese.

—¡Ya te queda poco, D! ¡Un par de brazadas más de esas y te alcanzo! —gritó Axeh.

El barog rubiales permanecía agachado sobre el lugar donde la raíz se unía al árbol. No podía avanzar más porque podría partirse antes de que el príncipe lograra trepar hasta ahí.

El fango le llegaba ya a la barbilla cuando al fin Daryos dio la última brazada y sus garras extendidas se clavaron en la corteza. Un

suspiro de alivio generalizado invadió el pantano.

Afianzó el agarre mientras alzaba la otra mano y se sujetaba con fuerza a la raíz. Tras estabilizarse un instante, y con la boca cerrada, pues la arena le rozaba ya el labio inferior, empezó a avanzar aferrándose al tronco.

Consiguió sacar los anchos hombros de la arena y rodear la raíz con ambos brazos. Eran apenas dos metros hasta la mano extendida de Axeh, que se estiraba al máximo por si podía acortar la distancia, aunque solo fueran unos centímetros.

Incluso unos milímetros podrían ahorrar segundos y marcar la diferencia entre sacar a Daryos de ahí… o que todos los barogs acabaran en las profundidades de ese pantano glotón.

Recorrió un metro con mucho esfuerzo, como si el lodo tirara de él en dirección contraria y hacia abajo, a lo más hondo. Avanzó medio metro más entre rugidos y gruñidos. Si aquello le costaba tanto esfuerzo a una bestia fuerte y musculosa como Daryos, a mí me habría succionado hasta el fondo en cuestión de segundos.

Sus ojos brillaban de determinación mientras seguía moviéndose hacia su amigo. Nunca me había sentido tan nerviosa. La salvación de todos los demás dependía de que el príncipe lo consiguiera. Era un ser poderoso, un portento. Pero, al mismo tiempo, su peso no jugaba a su favor ni al de ninguno de los barogs.

Cuando ya casi había llegado, alzó la mano y estiró el brazo todo lo posible. Sus dedos acabados en garras rozaron las de Axeh. Una sonrisa se dibujó en el rostro de ambos.

Y entonces, la raíz se rompió.

El grito de Cyrus me detuvo el corazón.

Daryos se sumergió a toda velocidad y su cabeza desapareció en un instante. Axeh avanzó y metió el brazo en el fango hasta la articulación del hombro.

—¡No te muevas, C! —le gritó Xioh desde el otro lado.

—¡Debo ir a ayudarlo! ¡Tengo que sacarlo de ahí! —dijo el rey, levantando los brazos por encima de la superficie para dar la primera brazada.

—Si lo haces, te hundirás antes de llegar hasta él y provocarás que se sumerja más rápido. Y después, las arenas se nos tragarán a

todos. ¿Es eso lo que quieres? —insistió Xioh.

Axeh avanzó de nuevo por la raíz varios centímetros para sumergir el brazo un poco más. Se estaba arriesgando demasiado. Enroscó las fuertes piernas alrededor y afianzó la posición como si fuera un koala enorme.

—¡Estoy tocando sus garras! ¡Puedo alcanzarlo! —Se estiró y su mejilla se llenó de barro.

—Esa raíz no aguantará tu peso, Axeh. Ya has visto lo que ha pasado con D. Tienes que retroceder un poco —dijo Lansh con voz autoritaria. Sus extraños ojos color lima resplandecieron de preocupación.

Por supuesto, su hermano no le hizo ni caso. A medida que iba conociendo a esos seis barogs imponentes, que eran amigos desde la infancia, me daba cuenta de que los tres hermanos mayores, Cyrus, Xioh y Lansh, lo habían tenido siempre muy complicado para lidiar con los pequeños, Daryos, Xerx y Axeh. Ahora eran todos barogs adultos y poderosos, pero, de algún modo, continuaban cuidando de ellos. Y pese a todo lo que habían vivido, no cabía duda de que los seis amigos seguían queriéndose y preocupándose los unos por los otros.

Ciench y Toruch también se llevaban muy bien con ellos. Esos dos barogs más mayores eran más calmados y reflexivos, al menos en apariencia.

Aquello era una maldita pesadilla.

—Puedo hacerlo, Lansh. ¡Su mano está ahí mismo! Solo tengo que hundirme un palmo más y…

—Sabes que siempre te apoyo, Ax —dijo Xerx—, pero esa raíz no aguantará tu peso cuando te cuelgues hacia dentro, mucho menos si intentas tirar de D y subirlo contigo.

—No hay tiempo. En unos minutos, Daryos estará tan al fondo que será imposible sacarlo. Se quedará sin aire y morirá. ¿Es eso lo que queréis? —dijo Axeh.

—Voy a ayudarlo. Es la única solución. No puedo dejar que muera —dijo Cyrus. Su tono fue autoritario, sin lugar para la réplica —. ¡Es mi hermano, joder!

Axeh, sin embargo, no se dio por aludido y metió la cabeza dentro de las arenas.

—¡Mierda! ¡¿Existe un hermano más cabezota e idiota en todo Nemea?! —gritó Lansh. Era la primera vez que lo veía fuera de sí.

La situación era extrema.

—Creo que el mío se disputa el puesto —dijo Cyrus. Sus ojos estaban llenos de horror.

—Hay que ayudarlo de algún modo —dijo Cienchcon un brillo de miedo en sus hermosos ojos grises. Toruch asintió. El barro les llegaba ya al cuello.

Juraría que los vi rezar a ambos.

—Iré yo —dijo Xerx, dispuesto a moverse hacia sus amigos.

—El que nos faltaba. Tú te quedas exactamente donde estás. ¿Qué quieres? ¿Empeorar las cosas? —dijo Xioh.

—De acuerdo, no podemos avanzar. Ninguno de nosotros puede ayudarlos sin provocar la muerte de todos. ¿Qué nos queda?

De pronto, los siete barogs que tenían la cabeza fuera de las arenas se giraron a mirarnos. Y supe que, en ese instante decisivo, la solución dependía de nosotras.

Emi parecía en *shock*, y juraría que la cabeza de Jenny iba a mil revoluciones.

—Enzo, ¿podrías llegar hasta Axeh? —le preguntó Jenny directamente al león. Este asintió.

¿Desde cuándo mi amiga hablaba con los felinos… y estos la escuchaban?

—¿En qué estás pensando? —le dije.

—Una de nosotras tiene que llegar hasta allí y sujetar a Axeh para que pueda sumergirse más hondo y no lo perdamos si la raíz se rompe.

—Ninguna de nosotras tiene la fuerza suficiente para sujetar a un barog.

Entonces, Jenny miró hacia abajo, hacia su vestido, y luego al mío. Lo comprendí en el acto.

—Vale… Podemos hacerlo… —dije empezando a temblar—. ¿Cuántos necesitamos?

—Creo que con dos bastará.

—¿Se os ha ocurrido algo, chicas? Porque por aquí tenemos un poco de prisa —dijo Lansh tratando de bromear, aunque, llegados a este punto, todos parecían aterrorizados.

Supongo que confiar en que nosotras los sacáramos de ahí era el último recurso, el más desesperado.

Cyrus me miraba fijamente. Me estremecí cuando vi la esperanza en sus hermosos ojos oscuros.

«Tiene que salir bien», traté de convencerme.

—Emi, ve detrás de ese árbol, quítate el vestido y dámelo. ¡Rápido! —le pedí.

—¡¿Qué?! ¡¿Estás loca?! Por si no te acuerdas, vamos en pelotas debajo del vestido.

—¡No me digas! Hazlo detrás del árbol, nadie te verá.

—¿Por qué no lo hace Jenny?

—Porque te lo he pedido a ti y punto. Y porque Jenny nos dirigirá desde la orilla. ¡No va a pasearse desnuda!

Emi miró un instante a Axeh, cuya cabeza acababa de emerger del lodo. Tenía todo el pelo pegoteado y el rostro lleno de barro.

—¡Ya casi lo tenía! —dijo volviendo a meter la cabeza.

Hacía gala de una fuerza de voluntad de hierro. No iba a darse por vencido.

Cuando la raíz crujió un poco, Emi salió disparada hacia el árbol que teníamos más cerca. Se quitó el vestido y me lo lanzó.

—Vale, vamos allá —me dije, anudándome el vestido de Emi a la cintura para que no se me cayera por el camino.

—¿Estás segura de que con dos vestidos bastará?

Jenny asintió. Parecían suficientemente largos. El de Emi y el mío anudados bastarían.

—Tendrás que atarlos a ese árbol que está a los pies de Axeh, el más grueso —me indicó mi amiga.

Asentí.

—Llévate a Bazzeila, Tina. Pesa menos que Enzo y es más ágil en los saltos difíciles.

Volví a asentir.

Enzo rugió un poco a modo de protesta. Era Daryos el que estaba dentro de las arenas movedizas. Aun así, no puso problemas.

Miró a la pantera y, cuando sus ojos dorados se encontraron, esta se aproximó a él y le acarició el cuello peludo con el morro. Contuve el aliento. Aquello era… hermoso. Nadie diría que, apenas unos días atrás, eran enemigos acérrimos. En cuanto sus amos habían hecho las paces, ellos también.

—Ten cuidado, amor —me dijo mi rey.

Bazzeila se agachó para que pudiera subirme a su lomo. En cuanto me acomodé encima y me sujeté, se irguió de nuevo sobre sus cuatro patas y agitó la cola.

Cyrus me indicó que me inclinara hacia delante y me agarrara con fuerza a su cuello con ambos brazos. Lo hice y me aferré bien con las piernas, apretando los muslos para no caerme. Llegar hasta Axeh no iba a ser fácil. Solo rezaba para que no acabáramos nosotras también en el fondo del pantano.

Crucé una última mirada con Cyrus antes de que Bazzeila empezara a galopar.

Nunca había pasado tanto miedo y, al mismo tiempo, había sentido un subidón de adrenalina tan grande. Los músculos de la pantera se tensaban bajo mi cuerpo con cada salto que daba. Todos sus movimientos eran precisos y certeros. El poder de ese animal inmenso vibraba en mis huesos.

De pronto, fui consciente de que confiaba en ella plenamente. Lo cual era preocupante, puesto que en cualquier momento uno de esos troncos, por los que trepaba con una facilidad sorprendente, podía romperse, y entonces, las dos estaríamos bien jodidas.

Cerré los ojos y contuve un grito. Había montado a caballo muchas veces, pero aquello no tenía nada que ver. Para empezar, no había silla, ni estribos, ni riendas, y Bazzeila era más alta y mucho más corpulenta. ¡Era toda una experiencia! Y estaría muy feliz cabalgando a lomos de ella si no fuese porque la vida de Daryos dependía de que llegáramos hasta Axeh.

Mis largas trenzas rebotaban en mi espalda con cada movimiento de la pantera.

Con un salto más, Bazzeila se situó en el reducido espacio de tierra firme que quedaba justo detrás del tronco del que nacía la raíz en la que se encontraba el barog rubiales.

La pantera dobló las patas y me deslicé por su lomo hacia el suelo como si fuera un tobogán. Sin perder tiempo, empecé a caminar hacia Axeh, dando un paso cuidadoso tras otro, tanteando bien el terreno para cerciorarme de que no iba a hundirme.

Me detuve en el punto exacto donde esa raíz gruesa y retorcida salía del árbol y se adentraba en el pantano. Jenny me había dicho que debía anudar los vestidos no en ese tronco, sino en el que crecía justo al lado, que parecía mucho más sólido.

Me desplacé con sumo cuidado, con la espalda pegada a los árboles, pues aquella zona era una maraña de ramas podridas y raíces que daban vueltas sobre sí mismas. Si resbalaba o me tropezaba, acabaría en el pantano y se esfumarían todas nuestras esperanzas.

Una vez junto al tronco, inspiré hondo.

«Vale, solo tengo que desnudarme delante de todos ellos, tampoco es tan terrible. Callie lo hizo…, más o menos. Ahora me toca a mí».

—Girad la cabeza y cerrad los ojos. Al que mire, le corto los huevos, ¿entendido? —ordenó Cyrus. Se lo agradecí con la mirada. Él asintió para que procediera.

Me quité el vestido rápidamente sin dejar que mi mente me jugara una mala pasada. Estaba en pelotas delante de un grupo de barogs en medio de los pantanos.

«Ahora eso no importa. Lo único que importa es salvar a Daryos».

—Puedo hacerlo —murmuré, anudando los extremos de los vestidos y asegurándome de que la improvisada cuerda fuera resistente.

El material parecía bastante recio y fuerte, pero no tenía ni idea de si aguantaría.

—Tina va a asegurarte las piernas al árbol, Axeh, ¿de acuerdo? Así evitaremos que te hundas también. Pero no sabemos cuánto aguantará, ni la cuerda ni el tronco, así que arriesga lo mínimo posible —le dijo el rey cuando sacó la cabeza del lodo por enésima vez.

Tenía todo el rostro cubierto de fango, y el cabello parecía marrón en lugar de dorado. No había ni un centímetro de sus brazos y hombros que no estuviera rebozado de ese lodo letal.

El rubiales asintió, listo para zambullirse de nuevo. Emi observaba la escena asomada tras un árbol.

—¿Cuánto aguantáis los barogs sin respirar? —preguntó Jenny desde la orilla.

—Doce minutos. Máximo quince —contestó Xerx.

—Todavía no se ha agotado el tiempo, pero queda muy poco.

Antes de nada, arranqué un trocito de corteza y comprobé con alivio que no había bichos de bola verdes. Entonces, rodeé el tronco con la tela, hice un nudo lo más fuerte que pude y estiré el trozo que quedaba hasta los pies de Axeh, a apenas unos palmos del tronco.

Le rodeé un tobillo y luego el otro, anchos y robustos, e hice un nudo marinero resistente que mi padre me enseñó una de las veces en que salimos a navegar. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar un conocimiento que, de entrada, quizá parece absurdo. Lo aseguré bien y le di una palmadita en la pantorrilla a Axeh.

—¡Adelante! —le dije.

El barog avanzó todo lo que la cuerda le permitió y se sumergió de nuevo, esta vez hasta la cintura. Bazzeila logró acercarse hasta nosotros, manteniendo el equilibrio, se agachó y colocó ambas patas delanteras sobre las piernas de Axeh para ayudar a sujetarlo, mientras que el peso de todo su enorme cuerpo permanecía en la parte sólida.

Me alejé un poco para dejarles espacio, y juro que la tensión me hizo olvidar hasta que estaba desnuda. Cuando fui consciente otra vez, me cubrí con las manos como pude.

El enorme cuerpo de Axeh se hundió un poco más y todos contuvimos el aliento mientras seguía estirándose para alcanzar a Daryos. La tela de los vestidos se tensó y se rasgó en varios puntos, pero aguantó. Bazzeila también ayudaba a su manera. Clavó las garras en la madera, con los gemelos de Axeh bajo sus zarpas.

Los demás barogs se habían olvidado de la orden del rey y todos miraban hacia el lugar donde el rubiales seguía sumergido. Apuesto

a que, en esos momentos, a ninguno de ellos le importaba lo más mínimo que yo estuviera desnuda. Nadie iba a estar pendiente de mí.

Tras los segundos más agónicos de nuestras vidas, Axeh empezó a subir. Todos los músculos de su espalda se tensaron mientras emergía de las arenas. Después, aparecieron sus hombros, seguidos de su cabeza, llena de barro y con las pestañas apelmazadas alrededor de sus impactantes ojos verdes. Rugió como un león por el esfuerzo. Luego, sus bíceps, poco a poco, con los músculos abultados y rígidos, temblando bajo la piel.

Bazzeila hizo más presión y empezó a retroceder, tirando de sus piernas entre sus zarpas. La piel de Axeh sangraba allí donde la pantera lo agarraba. Pero el barog ni se inmutó, y siguió tirando y rugiendo como una bestia, luchando contra lo imposible.

Los rostros de todos reflejaban la angustia que estaban viviendo en esos segundos cruciales. El mío no debía de ser muy diferente. Jenny gritaba y gesticulaba indicaciones a Axeh a pleno pulmón, como si el rubiales no supiera lo que tenía que hacer. Pero ella seguía sin parar.

Emi continuaba asomada tras el tronco donde ocultaba su desnudez, y juraría que sus ojos estaban anegados en lágrimas. Su barog corría un gran riesgo por salvar a un amigo.

—¡¡No lo sueltes!! —le gritó Cyrus al rubiales. Había una súplica desgarradora en su voz.

Mientras continuaba tirando y veíamos ya sus antebrazos, pensé en Callie. Ella se encontraba cautiva, y su barog, a punto de morir. Su destino no era ese. Ambos tenían la marca de nacimiento de la espiral y eran la encarnación de la profecía, así que sus vidas no podían acabar así, ¡era imposible! Su historia no tendría este final horrible, sino uno heroico y lleno de amor. Salvaríamos a nuestra querida profesora, y el príncipe lucharía al lado del rey contra los hermanos perdidos, para aniquilar de una vez por todas la amenaza que suponían esas bestias.

La esperanza anidó en mi interior y supe que aquello saldría bien. Los sacaríamos a todos de las arenas movedizas, costara lo que costase. No podía ser de otra manera.

En cuanto los antebrazos de Axeh salieron por completo del lodo, ahogamos una exclamación.

La mano de Daryos se aferraba al brazo de su amigo. Un segundo después, emergió la otra y se agarró al otro brazo de Axeh. Este lo sujetaba con todas sus fuerzas y seguía tirando de él. Lo que quedaba de la raíz crujió de nuevo, el tronco también. Pero lo estaban logrando.

Músculos y gruesas venas abultadas se marcaban en los brazos de ambos. Cuando la cabeza del príncipe se abrió paso al fin a la superficie, una exclamación generalizada llenó el pantano.

Daryos tosía e inspiraba hondo, intentando llevarse oxígeno a los pulmones. Tenía la boca llena de esa arena fangosa, pero seguía rugiendo y trepando sobre la raíz, ayudado por Axeh. Su torso ya estaba arriba, y en cuestión de segundos, sus muslos salieron también. Estaba fuera de peligro.

Bazzeila se retiró y yo corrí a desatar las piernas de Axeh. En cuanto lo hice, este se incorporó de rodillas y tiró de Daryos con las últimas fuerzas para terminar de sacarlo. Los rugidos de ambos retumbaban en nuestros oídos.

Cuando los dos estuvieron al fin fuera de peligro en la zona de tierra sólida, Emi nos gritó que pusiéramos a Daryos de lado para que escupiera toda la arena y no se le fuera a los pulmones. Corrí junto a él mientras Axeh se recuperaba tumbado bocarriba, jadeando. Estaba agotado.

Me arrodillé junto a Daryos y, con un esfuerzo titánico, lo hice rodar sobre su costado. Tosía y le costaba mucho respirar.

—Abre la boca —le ordené.

En cuanto lo hizo, metí los dedos para sacarle los restos de arena y barro. Después, le masajeé la espalda mientras él permanecía tumbado de lado entre convulsiones y respiraciones erráticas.

En unos segundos, recuperó el ritmo normal y me miró agradecido.

Corrí hacia la tela anudada al árbol, desaté los vestidos y me puse el mío rápidamente. Estaba roto, sucio y arrugado, pero mejor eso que nada. Cogí el de Emi y me lo anudé a la cintura como había hecho antes.

—¡¡Hay que darse prisa!! —gritó Jenny.

La arena les llegaba ya por la boca a los demás barogs. Si uno de ellos se hundía por completo, no habría forma de sacarlo de allí. Todos se encontraban hacia el centro del pantano, sin árboles ni ramas cerca. Traté de serenarme y controlar mi pulso.

—¿Estás bien, hermano? —gritó Cyrus. Juraría que vi lágrimas en sus ojos.

—He estado mejor, pero estoy vivo, es lo único que importa. Eso sí, os habéis tomado vuestro tiempo, ¿eh, cabrones?

Solo Xerx y Cyrus pudieron reírse. Los demás tenían la boca cerrada y no se movían ni un milímetro.

Bazzeila y yo retrocedimos y monté de nuevo sobre ella para trotar de vuelta a la orilla. En unos pocos saltos, nos situamos junto a Jenny. Los troncos crujieron a nuestro paso, pero resistieron. Solo esperaba que aguantaran unos segundos más para que Daryos y Axeh pudieran salir de ahí.

El rubiales se levantó y le tendió la mano a Daryos, que, con la ayuda de su amigo, logró ponerse en pie.

—Gracias, Ax —le dijo—. Me has salvado la vida… otra vez.

—Lo apuntaré en la lista de todas las que me debes —dijo sonriendo y guiñándole un ojo.

Ahora, no había tiempo que perder.

Se pusieron en marcha, saltando de rama en rama, impulsándose con cuidado, pero veloces. Dejaron unos metros entre ellos para que la madera no se rompiera bajo el peso de ambos.

Hasta que, al fin, se plantaron en la orilla con nosotras. Emi acababa de ponerse su vestido, tan arrugado y roto como el mío, y salió de detrás del árbol. Corrió hacia Axeh y lo abrazó con fuerza. Sus ojos se encontraron, rebosantes de emoción. No dijeron nada, no era necesario. Los sentimientos entre ellos hacía tiempo que estaban claros, todos nos dábamos cuenta.

Enzo se acercó a Daryos, y juraría que se hablaron sin palabras, solo con sus impactantes miradas.

—Ahora los troncos. Rápido —dijo Jenny, señalándolos.

—Recordad el orden que hemos preestablecido. Empezad por Ciench y Toruch. Luego, los demás, y yo, el último. Daos prisa, esto

nos está tragando a toda velocidad. No sé cuánto resistiremos —ordenó Cyrus.

Todos asentimos.

Daryos y Axeh no perdieron el tiempo. Arrastraron los troncos hasta la orilla y los deslizaron sobre las arenas movedizas. Los tres felinos contribuyeron haciendo rodar uno de los troncos hasta allí.

Mientras los dos barogs sujetaban un extremo del tronco con todas sus fuerzas, Ciench se agarró por debajo con ambos brazos y empezó a impulsarse hacia delante. Entretanto, Axeh y el príncipe tiraban del tronco hacia ellos para contrarrestar la fuerza implacable de las arenas movedizas.

En cuanto Ciench estuvo a salvo, repitieron la maniobra con Toruch, esta vez más rápido porque eran un barog más tirando del tronco. Después, se dividieron en grupos de dos y, mientras Daryos y Axeh sacaban a Lansh, Ciench y Toruch salvaron a Xioh.

Xerx y Cyrus fueron los últimos, con el lodo ya cubriéndoles la boca y a punto de meterse por la nariz. Las arenas se resistían a soltarlos con más fiereza que en cualquier otro porque ellos dos eran los que se encontraban más cercanos al epicentro de aquel espantoso pantano.

Tiraron tres de un tronco y los otros tres del otro y, tras rugidos y maldiciones, finalmente Xerx y el rey se desplomaron sobre la orilla, exhaustos y cubiertos de barro, pero vivos.

Todos jadeaban entre risas y bromas. Habían sobrevivido a una situación que podría haberles costado la vida. Entre todos, habíamos logrado superarla. Apenas podía creerlo.

Me acerqué a Cyrus, que ahora estaba sentado al lado de su hermano recobrando el aliento. Me coloqué tras él y lo abracé, rodeándole los hombros. Pensar en que había estado a punto de perderlo me encogía el estómago. Él cogió mi mano y la besó.

—Gracias, Axeh —dijo el rey mirando al rubiales—. Y gracias a las tres —dijo, ahora mirando a Jenny y Emi, y luego girándose un poco para verme a mí—. Entre los cuatro habéis salvado a mi hermano y nos habéis sacado a todos.

—Yo creo que formamos un buen equipo, ¿eh? —dijo Lansh, guiñándome un ojo. Su larga melena dorada estaba sucia y

enmarañada, oscurecida por toda la capa de barro que tenía encima.

Jenny se acercó a Xerx y le puso la mano en el brazo. Él se levantó, la miró a los ojos y la abrazó, con una delicadeza que parecía casi imposible en un ser gigantesco y bestial como un barog. Ella se quedó petrificada, incapaz de moverse ante esa muestra de cariño. Entonces, reaccionó despacio y le devolvió el abrazo. Las palmas de sus pequeñas manos se posaron sobre la espalda musculosa y enorme de su barog, y juraría que él se estremeció bajo el contacto.

—Buscaremos un lugar sólido y lo más seco posible. Pronto caerá la noche, y todos necesitamos reponer fuerzas. Además, si avanzamos a oscuras, incluso si no hubiera tormenta y la pareja de lunas nos alumbrara, podríamos caer fácilmente de nuevo en arenas movedizas o en cualquier otra trampa. Mañana a primera hora seguiremos buscando a Callie. Creo que nos hemos ganado un buen descanso. ¿Te parece bien, hermano?

Los demás contuvimos el aliento. Percibí la lucha interna del príncipe, entre aceptar los deseos del rey… o pedirle que siguiéramos avanzando.

Entonces, asintió.

—Me parece bien, hermano. Todos merecemos un descanso.

Cyrus y yo nos levantamos mientras el príncipe se acercaba a nosotros.

—Gracias, Tina —me dijo, dándome un apretón afectuoso en el brazo—. Mi hermano no se equivocaba contigo. Tienes alma de reina —dijo, sonriéndome con esa calidez que desprendía y sus ojos dispares brillando.

Acto seguido, él y Cyrus se fundieron en un abrazo apretado y emotivo.

Habíamos sobrevivido a una trampa mortal y debíamos estar orgullosos de ello. Ahora descansaríamos un poco y, con el nuevo amanecer, seguiríamos adelante. A por Callie.

No teníamos ni idea de qué otros peligros nos aguardaban en ese lodazal.



11 está vivo
callie

Todavía no había abierto los ojos cuando alguien me puso una taza en los labios.

—Bebe. Es la medicina que te dio Ux. Es para la fiebre —dijo la misma mujer. Su voz provenía del fondo de la choza—. Está amaneciendo y pronto despertará la aldea entera.

Asentí y me incorporé un poco mientras otra mujer me sujetaba la cabeza y me ayudaba a beber. ¿Había dormido parte de la tarde y toda la noche? Apuré el contenido sin rechistar. Justo después, me dieron agua.

Cuando mis dedos le rozaron el brazo para indicarle que había acabado, sentí un pelaje áspero en las yemas. Un aroma dulzón se me coló en la nariz, avivando espantosos recuerdos.

Abrí los ojos de golpe y retrocedí en el jergón, asustada. Todas mis heridas se quejaron por el movimiento abrupto. Una *aninf* de larga cabellera castaña y ojos plateados me miraba inexpresiva.

—¿Tú más *a-cua*? —me dijo, rellenando el vaso con una especie de jarra rudimentaria.

—¡Apartad esa cosa de mí, por favor! —grité.

La mujer que me había hablado la primera vez se aproximó enseguida y se arrodilló al lado de la *aninf*.

—Es inofensiva, Callie.

—¿Inofensiva? También decían que Antara lo era, la *aninf* que me clavó sus garras y me tiró por un barranco.

Habría unas diez o doce mujeres ahí dentro. Todas emitieron murmullos de sorpresa.

—Eso es muy extraño. Ellas no suelen hacer daño ni a humanas ni a barogs.

—Ya, ya, ya. He oído eso antes muchas veces, pero parece que a mí me tocó la *aninf* chalada. Se encaprichó de mi barog y… Bueno,

aquí estoy, gracias a una de esas… cosas.

Ese bicho me observaba sin comprender. Miró a la mujer y luego otra vez a mí.

—Callie, esta es Artia. Es nuestra amiga, y te prometo que jamás te hará dañó. Puedes confiar en ella.

La tal Artia avanzó un poco hacia mí, lo cual no me hizo ni puta gracia, y se tocó el pecho.

—Artia *ami-ca* de mujeres —dijo.

Todas se acercaron como apoyándola, así que me relajé… un poco. Volví al jergón y me tumbé de nuevo. Las lesiones palpitaban en mi carne y, aunque la fiebre no era tan alta, todavía me sentía muy enferma.

—¿Por qué está encerrada en una celda con vosotras? Tenía entendido que las *aninfs* vivían libremente con los barogs perdidos.

—Y así es. Pero Artia cometió un error y la encerraron con nosotras.

—¿Qué error? ¿Intentar matar a alguna descendiente? —dije con amargura. El momento exacto en que Antara me empujó acantilado abajo cruzó mi mente. Hice una mueca de dolor.

—Intentó liberarnos a todas.

—¿En serio?

—Abrió la celda una noche y nos condujo a los pantanos. Por desgracia, uno de los inferiores estaba allí copulando con otra *aninf* y dio la voz de alarma. Pero casi lo conseguimos. Fue hace tres años. Después de eso, le dieron una paliza terrible y la metieron aquí con nosotras. Y se le quitaron las ganas de intentarlo de nuevo.

—¿Cuánto lleváis aquí? —Me moví ligeramente de lado, sobre el costado sano, para poder observarlas mejor.

—Yo llevo diez años, como la mayoría. Nos apresaron en la Gran Guerra. ¿Has oído hablar de ese suceso?

Asentí.

—Lo siento mucho. No puedo ni imaginar lo que tiene que ser para vosotras llevar aquí encerradas tanto tiempo.

—¿Y tú? No te conozco. ¿Llegaste en la última apertura del portal? —asentí—. Escuchamos que ahora el rey es Cyrus, el hijo de Drashir. ¿Es así?

—Sí, Cyrus ocupa el trono desde la Gran Guerra.

—¿Y Daryos, su hermano? Oímos rumores de que estaban enfrentados.

Algo crujió en mi corazón. Durante un instante, dudé si contárselo, pues acababa de conocerlas. Pero necesitaba aliadas. Solo esperaba que no se fueran de la lengua.

—Ya no. Han hecho las paces. El príncipe de Nemea es la mano derecha de su hermano.

Hubo un suspiro de alivio general.

—Esas son unas noticias estupendas. Eran buenos chicos, seguro que, juntos, sabrán sacar a los barogs adelante.

—¿Los conociste?

—Por supuesto. No los trataba mucho porque yo vivía con mi barog en la aldea pequeña y ellos en la grande con su padre, el rey, y el resto de su familia. Pero todos los conocíamos y apreciábamos.

—Por si acaso, no comentéis a ninguno de esos monstruos que el rey y el príncipe están unidos de nuevo. No tengo ni idea de lo que saben estas bestias, pero, en caso de una nueva guerra, prefiero que sepan lo menos posible.

Todas asintieron.

—No te preocupes —dijo la que parecía la portavoz—. Nadie dirá nada. Puedes confiar en nosotras. Aunque parece que Ux quiere sacarte información. Créeme, lo mejor es que le respondas con la verdad. Sabe más de lo que cuenta, y si te pilla en una mentira… —Dejó la frase en el aire. Se me encogió el estómago todavía más—. Por cierto, soy Susanne, pero todos me llaman Susi —dijo con su dulce voz, tendiéndome la mano.

Una luz se encendió en mi cerebro.

—¿Susi? —dije incorporándome un poco y abriendo mucho los ojos. Y por muy idiota que fuera reírse en medio de ese infierno, lo hice—. ¿La Susi de Ciench?

Asintió. Un silencio expectante se abrió en la celda. Susi se llevó una mano al pecho y sus hermosos ojos verdes empezaron a llenársele de lágrimas. Tenía una larga melena castaña y unos rasgos delicados. ¡Era guapísima!

—¿Cómo… lo sabes? —preguntó con voz temblorosa, a punto de desmoronarse.

—Porque le conozco. Ayer mismo me habló de ti.

Un sollozo profundo emergió de su garganta. Me habría levantado a abrazarla, pero no podía mover la pierna.

—Ciench está vivo —murmuró. Por un momento, pensé que se desmayaría.

—Sí, Susi. Está vivo y jamás ha dejado de amarte. Es un buen barog. Me habló de ti con un brillo inconfundible en los ojos. Te quiere con locura y te ha buscado todos estos años. Pero todas las expediciones fracasaron. Los pantanos son territorio desconocido para los barogs y no hubo manera de que os encontraran.

—Creí que había muerto en la guerra. Vi cómo aquel hermano perdido alzaba su machete sobre mi Ciench. Él estaba arrodillado en el suelo, y nuestras miradas se cruzaron una última vez. Pensé que… —Las lágrimas no le permitieron seguir hablando.

—Tu barog no te ha olvidado y viene hacia aquí.

Dio un respingo y me miró con los ojos como platos.

—¿Está en los pantanos?

—Eso creo. Los perdí de vista cuando Antara me lanzó al río. Pero sé que en estos momentos me estarán buscando. El rey y el príncipe van con ellos.

Otro murmullo generalizado, esta vez mezclado con expresiones de sorpresa más sonoras, se extendió por la celda.

—Shhh. No armemos tanto alboroto, los perdidos aún duermen. Que sigan así un buen rato —pidió otra chica. Tenía el cabello negro ondulado recogido en un moño alto y un cuello esbelto.

—¿Y cómo estás tan segura? Si te caíste al río, igual te dieron por muerta. O quizá siguieron el curso y llegaron hasta los pantanos, pero, si eran pocos, darían media vuelta para ir a buscar refuerzos.

—No, Susi. Mi barog jamás dejará de buscarme, es imposible, y el tuyo tampoco, estoy segura —dije esforzándome por sonreír.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Como bien has dicho, no conocen los pantanos y no tienen ni idea de cómo encontrarnos.

—Lo sé. Pero mi barog es el más cabezota, insistente y pesadito que existe en toda la faz de Nemea. Y no puede vivir sin mí —dije

poniendo los ojos en blanco, arrancando algunas risas inesperadas a esas pobres mujeres que llevaban el horror pintado en la cara.

—¿Quién es tu barog? —preguntó otra mujer joven y guapa.

—Si os lo digo, no puede salir de aquí. Haréis como si no lo supierais. Porque Ux está empeñado en saberlo, y voy a intentar demorar la respuesta lo máximo posible. No quiero que se entere de que os lo he dicho y os haga daño para sonsacaros.

—Tranquila, conocemos bien sus métodos. No diremos nada de nada. No sabrá que nos lo has dicho.

Lo medité un poco y decidí que, si les decía la verdad, tal vez eso les infundiera esperanzas. Si sabían que Daryos era mi pareja de vida y que yo era muy importante para toda la especie porque tenía la marca de la profecía, pensarían que los barogs harían cualquier cosa por encontrarme. Y eso les daría fuerzas para seguir resistiendo hasta que llegaran…, si es que llegaban.

Por supuesto, el hecho de que en diez años no las hubieran encontrado me aterrorizaba. Si hasta entonces no habían dado con el escondite de los perdidos, ¿por qué iban a hacerlo ahora?

Aparté los miedos y las dudas.

«Nos encontrarán. Y si no lo hacen, nosotras huiremos de aquí a la menor oportunidad. Lo lograremos».

—Me has traído la mejor noticia, Callie. Algo que creía imposible. Te juro por mi vida que puedes confiar en nosotras —dijo Susi con las lágrimas de emoción todavía resbalando por sus mejillas.

Esa mujer debía de tener unos doscientos veinte años, como poco, y parecía que tuviera mi edad. Lo estaba viendo con mis propios ojos y apenas podía creerlo.

Asentí.

—Mi barog es el príncipe Daryos —solté en voz baja. Hubo una exclamación generalizada—. Y soy la descendiente de la profecía. Llevo la marca de nacimiento de la espiral sagrada.

La celda entera enmudeció de golpe.

—Y, aun así, Cyrus sigue siendo rey, aunque sea Daryos quien lleve la marca también.

Asentí de nuevo.

—La pareja del rey es Tina, mi amiga. Y estoy segura de que cuando la conozcáis os va a encantar.

—Veo que tienes mucho que contarnos, Callie. Pero primero, veamos cómo están tus heridas. Deberías descansar un poco más.

Me tumbé de nuevo por completo. Susi, ayudada por la *aninf* y otra descendiente, me examinó una a una las lesiones y me aplicó un poco más de ungüento.

Mientras me hacía las curas, me habló de Ciench.

Me contó cómo se conocieron en la Tierra, en Nueva York también, hacía algo más de dos siglos, y cómo se enamoró de él nada más verlo. Me habló de la mercería que tenía su padre y que lo contrataron para hacer unos arreglos en el almacén. Luego, me dijo que él se lo había contado todo, bueno, casi todo, y ella había accedido voluntariamente a seguirle a Nemea. Desconocía que se dirigía a otro planeta, que viviría en medio de la selva y que su hombre era, en realidad, un barog de dos metros veinte con colmillos, garras y cola. Por supuesto, cuando se enteró de todos esos "extras" se quedó petrificada, pero en ningún momento dudó de que Ciench fuera su destino. Y lo amó desde el primer día, perdonándolo al instante.

Y todavía lo amaba con toda su alma.

Su historia de amor me pareció preciosa y me conmovió. Me juré a mí misma que haría todo lo posible para que Ciench y Susi se reunieran de nuevo y pasaran juntos el resto de su larga existencia.

Una historia de amor como esa no podía acabar así. ¡Me negaba a aceptar eso! Ella volvería a los brazos de Ciench y yo a los de Daryos. Porque la nuestra, aunque no había empezado con muy buen pie, también era una historia hermosa, y un amor épico e indestructible. Vaya, ¡de película!

Por lo que me había contado, había llegado a Nemea con la apertura del portal anterior a la mía.

Tras charlar un poco más, me dieron una especie de sopa grumosa para comer y, al acabar, me quedé dormida de nuevo.

Soñé que Daryos irrumpía en la aldea de los perdidos montado a lomos de Enzo y me rescataba.

12 UN SECRETO
tina

Las sombras dominaban ya los pantanos cuando al fin encontramos un lugar seco en el que acampar. Estábamos todos sucios y agotados. Por mucho que intentásemos disimular, los ánimos estaban por los suelos. Lo percibía en los movimientos, en las miradas, en los suspiros. Las arenas movedizas casi habían acabado con nosotros, y eso no se le pasaba por alto a nadie.

Sin embargo, los barogs se esforzaban por mantener el sentido del humor. Lansh bromeaba con su hermano, mientras Xioh y Xerx, sentados sobre un tronco que parecía haber sido alcanzado por un rayo tiempo atrás, hablaban de la ruta que tomaríamos al día siguiente.

En un extremo del campamento improvisado, Ciench y Toruch acomodaron a los grandes felinos, que ya tenían entre sus fauces una especie de lagartos asquerosos y los devoraban como si fuesen el manjar más exquisito.

A nosotros no nos esperaba nada mucho mejor.

Varias serpientes negras escurridizas y uno de esos lagartos se asaban a fuego lento en la hoguera que Daryos y Cyrus habían logrado encender, no sin esfuerzo, en medio del claro. Les había costado un buen rato encontrar madera más o menos seca, lo cual era un maldito milagro, teniendo en cuenta que estábamos rodeados de agua y lodo por todas partes.

Mientras los reptiles se cocinaban, Axeh encontró una pequeña poza de agua limpia. Sin duda, otro milagro. Así que fuimos a lavarnos por turnos. Primero, Emi, Jenny y yo. Después, los barogs de dos en dos. No quería ni pensar en cómo quedó el agua tras limpiarnos en ella los restos de ese día interminable.

Me habría encantado disponer de vestidos limpios para cambiarnos de ropa, pero no teníamos tanta suerte. No nos quedó

más remedio que raspar los restos de barro seco con una piedra y volver a ponérnoslos. Me deshice las trenzas y Emi el moño, y nos aclaramos bien el cabello. Xioh encontró un par de raíces jabonosas de esas con las que solíamos lavarnos y nos las entregó. Sentir la espuma resbalando por mi cabello y mi piel, llevándose toda aquella amalgama, fue la mejor sensación del mundo.

Una vez todos aseados, nos sentamos alrededor de la hoguera, dispuestos a comer y descansar. Ciench nos sirvió un trozo de reptil a cada uno, que agarramos con la mano y devoramos como si no existiera nada más suculento en el mundo.

Daryos consiguió unas bayas de aspecto extraño y color aún más sospechoso, pero resultaron dulces y jugosas. La situación no daba para andarse con remilgos, así que las tres comimos sin rechistar. Mientras nos las zampábamos, Toruch contó algunas anécdotas sobre toda clase de animales con los que se había topado en Nemea en el transcurso de su larga vida.

Ciench y él eran los mayores del grupo. Ambos contaban con unos doscientos treinta años a sus espaldas, lo cual me dejaba con la boca abierta. Habían vivido tanto que no me extrañaba que acumularan tantas experiencias. Lo más alucinante era que ellos no eran, ni mucho menos, los mayores de la aldea. Había barogs con miles de años, por no hablar de los ancianos, que se decía que podían tener millones. Ni siquiera sabían su edad exacta.

Ciench tenía el cabello castaño oscuro y unos hermosos ojos azules con destellos grisáceos. Era muy grande y lucía muchas cicatrices, lo cual era común entre los barogs. Y aunque su apariencia barog era tan impactante como la de cualquier otro, había una especie de dulzura en sus rasgos. Apenas lo conocía, pero parecía noble y amable. Y no solía perder los nervios por nada, y eso que había padecido mucho. Según me habían contado, su *hoa uhane*, Susi, desapareció en la Gran Guerra. Y jamás había perdido la esperanza de encontrarla, pese a que nadie tenía ni idea de si seguía viva… ni en qué condiciones. Los hermanos perdidos no eran famosos precisamente por tratar bien a las mujeres.

«Ojalá podamos rescatarla junto a Callie», pensé.

Sentía el estómago un poco revuelto, quizá por lo que todavía nos quedaba por delante, o tal vez por el trozo de lagarto que acababa de engullir. Puede que fuera un poco por una mezcla de ambas cosas.

Toruch era casi tan grande como su amigo y con unas facciones aún más duras y salvajes. Era escandaloso cuando hablaba, con la voz más áspera y fuerte que nunca había oído, y un poco bruto, pero leal a Cyrus hasta la muerte y muy respetuoso con todo el mundo. Tenía un humor sarcástico que a veces nadie comprendía, solo Lansh. Solía llevar su larga melena castaña recogida en un moño alto o en una trenza gruesa e interminable, y un mechón plateado decoraba la parte superior. Sus ojos eran de un marrón cálido y acogedor que escondía algunos destellos ambarinos.

Y sus versiones humanas eran tan bellas como las de todos los demás.

Cuando me acabé el último bocado de baya, me limpié en el vestido. Estaba dando un trago de agua a la cantimplora que Xerx me había pasado cuando mis ojos se cruzaron con los del rey. Había estado sentado junto a Daryos durante toda la cena, pero eso no le había impedido lanzarme miraditas cada dos por tres.

Le dio un apretón en el hombro a su hermano y se levantó despacio, sin dejar de mirarme. Conocía esa mirada… demasiado bien. Se me encendió el pecho de anticipación. Francamente, no entendía cómo podía sentirse atraído por mí en ese momento, con el cabello todavía húmedo hecho un enredo, el vestido sucio y harapiento, y el agotamiento marcado en cada línea de mi cara.

Sin embargo, ahí estaba, avanzando hacia mí a grandes zancadas como si estuviera deseando devorarme. Lo cual iba a ser imposible en medio de esa ciénaga, rodeados por todos nuestros amigos. Pero, sin duda, a él no parecía importarle eso tanto como a mí.

—Buenas noches, Tina —se despidió Emi mientras Axeh tiraba de ella para levantarla.

Le devolví la sonrisa y contemplé cómo sus rizos dorados, ahora sueltos y húmedos, se balanceaban sobre su espalda mientras seguía a Axeh hacia un rincón del claro, cercano a uno de los árboles que nos daban cierto cobijo.

Sin decir palabra, Xerx se levantó también, dejando a Lansh y Xioh donde segundos antes habían estado los tres, y se acomodó junto a Jenny. Se tumbó en el suelo y alargó la mano hacia ella en un gesto silencioso. Sus dedos, ahora con las garras retraídas, le acariciaron el brazo. Eso fue suficiente para que Jenny comprendiera. Y aunque parecía un poco reticente, se acercó a él y se acurrucó contra su pecho enorme, en el hueco de su brazo. No lo miró a los ojos, aunque él tenía los suyos fijos en ella. Se limitó a cerrarlos y posar con timidez una mano sobre su pectoral.

No vio la expresión que ese simple gesto provocó en el rostro de su barog, pero apuesto a que sintió el temblor que recorrió todo su cuerpo, pegado al de ella.

No tenía ni idea de cuánto tiempo podría esperarla Xerx, ni cuánto tardaría ella en abandonarse de verdad a sus brazos. Pero no me cabía duda de que estaban hechos el uno para el otro.

El cabello oscuro de Jenny, un poco más largo que la melena corta que solía llevar a la altura del mentón, se desparramó sobre la piel del barog, y sus mechones se mezclaron con los de Xerx, en los que destacaban sus hermosos reflejos rojizos.

Él soltó un suspiro y ella se estremeció, pero no se movió.

Emi y Axeh ya se abrazaban, tumbados en el suelo a unos metros de nosotros. Apenas se veía donde acababa la melena de uno y comenzaba la del otro. Juraría que se besaron varias veces antes de que ella le diera la espalda y él se acurrucara tras ella, rodeándole la cintura con el brazo enorme y musculoso para atraerla contra su cuerpo. Aquellos dos arderían como antorchas en cualquier momento si no follaban de una vez por todas.

Pero ¡quién era yo para meterme en sus asuntos! Yo me había enamorado del rey de todos ellos, el temible Cyrus.

Sonreí para mis adentros mientras él se plantaba ante mí y me tendía la mano. En cuanto atrapó mis dedos, tiró de mí con fuerza, me levantó y me pegó a él. Podía sentir cada línea de su cuerpo. Cada. Maldita. Línea.

Sin importarle que en esos momentos tuviéramos cero privacidad, subió las manos por mis brazos hasta mis hombros. Acariciaron mi cuello y se posaron en mis mejillas.

—No veía el momento de acercarme a ti, mi reina. —Juntó su frente con la mía, entornó los ojos e inspiró con fuerza.

Sus pulgares trazaron caricias circulares sobre mis pómulos. Me estremecí y un calor insoportable me tensó el vientre.

—Estabas con tu hermano. Ahora él te necesita.

—¿Y tú no? —El destello travieso de sus ojos me dejó muy claro lo que venía buscando.

—Ya sabes a lo que me refiero —dije con media sonrisa para enmascarar lo que estaba sintiendo. Fuego puro. Pero no iba a darle la satisfacción de escucharme decir que lo necesitaba… y mucho.

Su risa oscura me envolvió de la cabeza a los pies. Ese barog tenía demasiado poder sobre mí. Y él lo sabía.

Por suerte, yo tenía el mismo sobre él.

Sus dedos descendieron de nuevo por ambos lados de mi cuello, se enroscaron un momento en mis hombros y siguieron bajando por mis brazos hasta mis muñecas, electrificando cada centímetro de mi piel a su paso. Después, deslizó la palma de una mano sobre la mía y enredó nuestros dedos.

—Vamos, he encontrado un rincón un poco alejado de las miradas.

Elevé una ceja.

—¿Solo un poco?

Su risilla flotó hasta mis oídos y me hizo cosquillas en los pechos.

—Estamos en los pantanos, mi reina. He hecho lo que he podido. No es que vaya a encontrarnos una *suite* de lujo en este agujero de Nemea.

—¿Quién ha hablado de lujo? ¿Acaso crees que lo necesito?

—Mujer, me hablaste de la vida de la que disfrutabas antes de que te arrastrara hasta aquí. Y no sabes las ganas que tengo de podértelo dar todo de nuevo. Por desgracia, me temo que tendremos que esperar un poco para eso —dijo curvando un lado de la boca. Sus ojos, sin embargo, expresaron ternura.

—No necesito lujos, rey de la selva, solo a ti… y que no nos espere un peligro de muerte en cada esquina, si es posible.

Soltó una carcajada. Daryos nos miró desde el lugar donde estaba tumbado. Y, pese a todo su sufrimiento, sonrió. No me cabía

duda de que se alegraba por su hermano.

—Entonces, ¿qué me dices, Tina? ¿Te apetece revolcarte un poco conmigo en el barro?

Alcé una mano y le acaricié la mejilla.

—Llévame a ese lugar que has descubierto. Veremos si podemos apañarnos.

Su sonrisa se ensanchó y juraría que vi un breve destello de felicidad verdadera en sus ojos.

Lo seguí mientras nos alejábamos apenas unos metros de los demás y me llevaba tras el tronco ancho de un árbol inclinado. Ofrecía un poco de protección y nos ocultaba de la vista.

—Así que este va a ser nuestro nidito de amor para un rato.

—Para toda la noche si tú quieres, mi reina. Ya sabes que yo estoy más que dispuesto a darte placer durante horas.

—Ya, ya, machote. Pero yo necesito dormir un poco. Ya sabes, para afrontar todos esos peligros que, a buen seguro, nos acecharán mañana.

—Esperemos que sean menos que los de hoy…

—Eso no es muy realista, ¿no crees?

Me acorraló contra el tronco y me apartó un mechón de la frente. Mis manos se pasearon sobre los tatuajes de su torso. Sus músculos vibraron bajo mis palmas.

—De eso quería hablarte…

—Creía que solo me habías traído aquí para follarme como un salvaje.

Sonrió, pero había líneas de preocupación entre sus cejas. Las recorrí con los dedos. Luego, los deslicé por su melena hacia atrás, hasta acabar enredados en su nuca.

Él gimió y se apretó contra mi cuerpo. Estaba muy excitado. Su cola empezó a trepar desde mi tobillo hacia mi muslo. Ese barog era mi perdición.

—Eso también. Pero antes, quiero hablar de algo.

Me tomó de la mano y nos sentamos, con las espaldas contra el tronco. Por un momento, mi mente evocó a esos bichitos verdes que vivían dentro de la corteza.

«Olvídate de los insectos. Son el menor de tus problemas. Menos esos de color negro muy pequeños, que eran venenosos y…».

Llevó mi mano a sus labios y la besó en el dorso, la palma, la muñeca, los dedos, uno a uno, hasta que la bajó de nuevo a su regazo y ya no me soltó.

—¿Qué ocurre, Cyrus? —Empezaba a preocuparme.

—Debo pedirte algo, y no va a gustarte.

Las nubes se abrieron un instante y el resplandor verdoso de las lunas arrancó destellos a la mota de uno de sus ojos. Su mirada confirmaba lo que acababa de decirme.

—No es una buena forma de empezar una conversación.

—Esta conversación no tiene una buena manera de comenzar. —Suspiró—. Quiero que vuelvas a la aldea con tus amigas. Ciench, Toruch y Benju os acompañarán.

Se me desencajó la mandíbula.

—Ni hablar —dije tirando de mi mano para soltarme. Él me dejó hacerlo.

—Sé que no es lo que quieres, y yo tampoco, pero…

—Entonces, ¿por qué narices lo sugieres siquiera?

Me puse en pie. Él hizo lo mismo. Me arrinconó de nuevo contra el tronco y trató de acariciarme la mejilla, pero lo aparté de un manotazo y lo empujé por el pecho con fuerza. Retrocedió un paso.

—Porque es el único modo de que estéis a salvo.

—Claro, porque no existe ni la más remota posibilidad de que nos topemos con otro grupo de hermanos perdidos o cualquier otro monstruo. Ni tampoco que caigamos en otras arenas movedizas.

—Ahora ya sabemos el aspecto que tienen, Ciench y Toruch las evitarán. Son de los mejores guerreros rastreadores que tengo, te aseguro que podrán eludir cualquier peligro de camino a casa.

—He dicho que no.

—Tina, recapacita un momento, ¿quieres?

—No me da la gana. No pienso separarme de ti ni un segundo. Y quiero ayudaros a rescatar a Callie. Así que ya te puedes ir olvidando de esta mierda de idea.

Negó con la cabeza.

—A medida que nos adentremos más en el cenagal, aumentará el riesgo de que nos encontremos con los perdidos o con cualquier otra amenaza. No conocemos lo suficiente los pantanos, y puede que no lo… logremos.

—Pues razón de más para que nos quedemos y nos mantengamos todos unidos. ¿O tengo que recordarte quién os ha salvado el culo en las arenas? ¡Porque me paseé desnuda por ahí para sacaros de ese barrizal! ¡Os habríais ahogado todos sin nosotras!

—Lo sé, mi reina. Pero, más allá de los peligros propios de los pantanos, llegará un momento en que tendremos que enfrentarnos a nuestros enemigos. Será la única manera de rescatar a Callie. No quiero que estés aquí por entonces.

—Me importa una mierda lo que quieras. No voy a separarme de ti y acabar como Ciench y Susi. Ni hablar. Olvídalo, eso no va a ocurrir.

Empezaba a dolerme el estómago y no podía estarme quieta en el sitio.

—No seas cabezota, Tina. Si te quedas, no podré concentrarme en la lucha cuando sea el momento.

—No veo por qué no.

—¡Pues porque no podré pensar en otra cosa que no sea protegerte y ponerte a salvo!

—Eso está bien, barog. Pero a mí no me engañas: puedes hacer las dos cosas a la vez, te he visto hacerlo antes.

—Mi reina… —dijo suplicándome con la mirada.

—¿Quién es el cabezota ahora?

—Yo tampoco quiero separarme de ti, pero no soportaría que, por la necesidad de tenerte siempre cerca, te sucediera algo horrible. Los perdidos no son una broma, Tina.

—¿En serio? No me había dado cuenta… mientras los veía pelear contra vosotros en la Gran Roca.

Suspiró exasperado.

—No voy a conseguir que hagas lo que te pido, ¿verdad?

Ahora fui yo la que negué.

—Creo que sabías cómo iba a acabar esta conversación antes de iniciarla.

Resopló.

—Te conozco bien, mujer. Pero debía intentarlo.

—Pues ya lo has hecho. ¿Satisfecho?

—No mucho, amor. A ti puedo decirte la verdad: estoy muy preocupado.

Me apiadé de él. Solo un poco. Me aproximé, y mis dedos se enroscaron en su muñeca ancha y robusta, sin ser capaces de rodearla por completo.

—Oye, lo lograremos.

Su suspiro, esta vez largo y profundo, me encogió el corazón.

Sus manos buscaron las mías con ansia.

—¿Podrás guardarme un secreto? —me dijo con la expresión más triste que le había visto nunca. Sentí como si, por primera vez, se hubiera despojado por completo de su máscara de rey todopoderoso e invencible.

—¿En serio me lo estás preguntando? Sabes que puedes confiar en mí. Incluso podías hacerlo cuando todavía eras un cretino.

Enarcó una ceja y soltó una carcajada suave y oscura.

—Lo sé, mi reina. Siempre puedo contar contigo, y eso que no me lo he ganado. Supongo que me amas… un poco.

Le di un manotazo en el pectoral. Él se rio otra vez.

—Sea lo que sea, suéltalo.

Volvimos a sentarnos. Bajó la mirada, cogió una rama rota y empezó a dibujar en el lodo.

—Tras la Gran Guerra, organicé partidas de búsqueda. Quería encontrar a las mujeres raptadas a toda costa. La aldea junto al lago esmeralda había sido arrasada por el fuego, la grande estaba destrozada y casi todos habíamos perdido a alguien. Los ánimos estaban por los suelos y yo apenas empezaba a manejarme en el trono. Así que quería rescatar a Susi y a las demás. Eran muy pocas, y algunos de sus barogs habían muerto, pero traerlas de vuelta marcaría la diferencia. Y no podía soportar que siguieran en manos de esos monstruos.

Se detuvo durante unos instantes. Había un dolor crudo en su voz.

—Pero no lo conseguiste.

—Nadie, aparte de Ciench y Toruch, tiene ni idea de cuántas expediciones envié. Ni siquiera Daryos. Él sabe que mandé algunas y que intenté encontrarlas, pero no que he persistido tanto durante todos estos años. Creí que era mejor que pensaran que no me importaban demasiado esas mujeres, a que supieran que no conseguíamos dar con ellas. Perdí a varios de los míos en estos malditos pantanos. Y jamás abandoné la búsqueda, Tina. ¿Comprendes lo que significa?

Tenía un nudo en la garganta y las lágrimas se agolpaban en mis ojos. Apreté los dientes para mantener la tristeza a raya. No servía de nada dejarse arrastrar por ella.

—Que es muy difícil, casi imposible, que rescatemos a Callie.

Él asintió, cabizbajo.

—Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero no puedo.

—Y, aun así, aquí estás. Buscando sin descanso, arriesgando tu propia vida para encontrar a la mujer de tu hermano.

—¿Qué otra cosa podría hacer? Jamás abandonaré, Tina. Sé que tenemos muchas probabilidades de fracasar, incluso de morir. Pero nada me impediría seguir adelante. No pienso abandonar a Callie, ni a Susi ni a ninguna otra. Esto acaba aquí. O las encuentro, o pereceré intentándolo. No voy a condenar a mi hermano a una existencia de soledad y desesperación sin su *hoa uhane*.

Asentí. El orgullo que sentía por mi barog, mi rey, crecía segundo a segundo. Sabía que no era como todos creían ni como yo misma pensaba cuando le conocí. Sabía que había mucho más. Pero creo que nunca imaginé que, dentro de ese barog inmenso capaz de cosas horribles, hubiera tanta bondad. Se había sacrificado él mismo durante una década para ahorrarles sufrimiento a sus seres queridos, a su pueblo. Eso, por supuesto, no disculpaba las atrocidades que había llevado a cabo, pero sí lo explicaba todo.

No había mejor rey para los barogs que él. Y ya nada podría hacerme cambiar de opinión al respecto. Eso no significaba, sin embargo, que no me cabreara muchísimo el modo en que

gestionaba algunas cosas o que no fuéramos a discutir de vez en cuando…, o muchas veces.

—¿Y no crees que tu hermano y los demás deberían enterarse? Tienen derecho a saber que tenemos muy pocas probabilidades de rescatarlas y salir con vida de estos pantanos. Cada uno de ellos debería poder tomar sus propias decisiones.

—Sé que tienes razón, pero no voy a quitarles la esperanza y aumentar sus dudas, mucho menos ahora que estamos aquí, en este barrizal. Los necesito a todos centrados y dando lo mejor de sí mismos. Si les digo que es poco probable, por no decir imposible, que lo consigamos, perderán energías y disminuirán nuestras posibilidades de éxito. Además, conozco bien a mis barogs: por mucho que les dijera la verdad, ninguno de ellos abandonaría la búsqueda. Todos y cada uno de ellos elegiría seguir adelante.

Me estremecí mientras reflexionaba. Cyrus me miraba expectante, aguardando mi reacción.

—Si fuera imposible, apuesto a que no estaríamos aquí.

Sonrió con amargura.

—Cierto, nada es imposible para nosotros, pero es casi como… un acto de fe.

Apreté los puños con fuerza y alcé la barbilla.

—Donde otros fracasaron, nosotros lo lograremos.

—Tina…

—Te guardaré el secreto.

—Lo sé. Confío en ti plenamente.

—Salvaremos a Callie y a las demás. —Lo dije más para convencerme a mí misma que a él.

Después de lo que acababa de contarme, el miedo se me enroscaba en las entrañas. No dejaría que se apoderara de mí. Antes de que Cyrus me confesara todo eso, yo ya intuía que sería difícil.

«Esto no cambia nada. Esto no cambia nada…», me repetí varias veces.

Me cogió de la mano y sus dedos apretaron los míos. Juraría que escuché retumbar sus pulsaciones en su enorme pecho.

—Haré todo lo que pueda. No voy a rendirme, Tina. Pero eso me lleva a pedirte de nuevo…

—Ni se te ocurra. Ya lo hemos hablado. No voy a regresar sin ti. No voy a dejarte aquí y esperar en la aldea a que vuelves a mí, sabiendo que tal vez no lo hagas nunca. Eso no va a pasar. Preferiría mil veces morir contigo intentando rescatarlas que estar a salvo en la aldea sin ti.

—Y por la misma razón, yo necesito ponerte a salvo. Si algo te ocurriera, no me lo perdonaría jamás. Eres joven y hermosa. Si yo muriera, no te faltarían pretendientes. Podrías unirte a otro barog y…

Parecía que las palabras le lijaran por dentro la garganta al salir. Aun así, las pronunció.

Me levanté de un salto y me alejé de él.

—No se te ocurra decir eso nunca más, ¿me oyes?

Se puso en pie e intentó abrazarme. Pero yo no quería que me tocara. No en ese momento.

—Tina, ¿no lo entiendes? ¡Quiero mantenerte a salvo!

—Pues guíanos hasta los perdidos, y rescatemos a Callie y a las demás. Entonces, podrás ponerme a salvo a mí y a todo el mundo.

Tras decir eso, empecé a caminar de regreso al claro. Las llamas de la hoguera ya casi se habían extinguido, y todos parecían dormidos.

Me agarró de la mano y me obligó a darme la vuelta. Su cola, larga y suave, se me enroscó en la cintura y tiró de mí hacia él, hasta que me tuvo bien sujeta entre sus brazos, enormes y cálidos.

—¿A dónde vas, mi reina? No he terminado contigo.

Sonrió, pero la arrogancia se había esfumado de sus ojos y solo había angustia y… un amor demasiado grande.

—Yo sí. Al menos por esta noche.

Se apretó aún más, y su erección contra mi estómago estuvo a punto de hacerme sucumbir. Pero no lo hice.

—Sabes que debía pedírtelo.

—Y tú sabes que yo no voy a apartarme de ti. Te lo dije, donde tú vayas, allí iré yo. Ah, y no te atrevas a morirte ni nada parecido. Porque si eso sucede, me lanzaré por el primer acantilado que encuentre y me uniré contigo en el más allá de los barogs, o lo que sea que vuestros queridos dioses del manantial tengan preparado para vosotros cuando la palmáis.

—Y yo que pensaba que lo de tener una larga lista de pretendientes a tus pies iba a gustarte… Reconoce que era un argumento tentador. —Y ahora sí que volvió su sonrisa sensual y prepotente.

—Para que te quede muy claro: tú me arrancaste de mi vida de lujos en la Tierra y me trajiste a esta selva llena de horrores y bestias feroces. Ni se te ocurra dejarme aquí sola, ¿me oyes, barog?

—Alto y claro. No es mi intención, te lo aseguro. Solo intentaba ofrecerte una salida para sobrevivir en caso de que a mí me sucediera algo.

Sus brazos se ciñeron un poco más alrededor de mi cintura. La atracción que sentía por él me mareó, pero conseguí despejar la cabeza.

—No hay supervivencia sin ti, Cyrus, ¿no lo entiendes?

—Créeme, mi amor, lo entiendo. Yo siento exactamente lo mismo.

Su sonrisa se ensanchó y se inclinó un poco sobre mí. Sus labios rozaron los míos. Temblé, y el deseo me golpeó con fuerza. Pero si ese rey fuerte y dominante pensaba que las cosas iban a hacerse siempre a su manera y cuando él quisiese, estaba muy equivocado.

Dejé que probara mi boca. Sus labios se movieron con suavidad sobre los míos, sus colmillos me rozaron y su lengua se deslizó dentro, dispuesta a conquistarme.

Y entonces, mis manos empujaron su pecho con determinación. Él alzó la vista, sorprendido.

—Esto no va a pasar —dije, señalándolo a él y luego a mí.

—Vamos, mi reina. Hemos discutido y lo hemos aclarado. ¿Qué más quieres de mí? Lo hemos arreglado, ¿no?

—Sí, Cyrus. Lo hemos arreglado. Pero no voy a follar contigo después de esta conversación.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿No te apetece? Porque yo me estoy muriendo por estar dentro de ti.

—¡Oh, sí que me apetece! ¡Mucho! De hecho —dije mirando hacia arriba, dándome golpecitos en la barbilla con el dedo como si estuviera reflexionando—, tú siempre me apeteces.

Avanzó de nuevo hacia mí, cogió mi mano y la puso sobre su erección por encima del taparrabos. Aquello estaba enorme. Preparado para que yo lo tomara entero. Dudé un instante. Bueno, tres o cuatro.

—¿Entonces, amor? Porque ni te imaginas el dolor de huevos que tengo…

—Eso no te matará —dije retirando la mano de su entrepierna, aunque me muriera de ganas de arrancarle el taparrabos y comérsela entera.

—No seas cruel conmigo, mi reina.

—No es crueldad, créeme. Esto me va a costar tanto o más que a ti.

—Más, lo dudo mucho. ¿No ves cómo me tienes? —Bajó la vista hacia su polla y mi mirada siguió el mismo recorrido. Su cola ondeaba ansiosa tras él, como si estuviera esperando el momento adecuado para lanzarse sobre mí… y hacerme esas cosas deliciosas e innombrables.

Por un segundo, me apiadé de él. Bueno, de los dos.

—Vamos a dormir, Cyrus.

Reanudé la marcha.

—No lo entiendo. ¿En serio vas a dejarme así? ¿Estás enfadada conmigo? He sido sincero contigo, ¿qué más quieres que haga, mujer?

Me di la vuelta y lo miré a los ojos. Su desesperación casi me provocó una carcajada, pero me contuve. Tampoco pretendía regodearme

—Mira, me muero de ganas de llevarte de nuevo a ese rinconcito tan "romántico" que has encontrado y dejar que me montes como un salvaje toda la noche.

—Veo que estamos de acuerdo —dijo con mirada depredadora y voz ronca, a punto de abalanzarse sobre mí.

—Pero hemos discutido, y no quiero follar contigo después de pelearnos. No es así como deseo que funcione nuestra relación.

—Vale, lo comprendo. Yo tampoco. Pero lo hemos hecho otras veces.

—Ya, porque nuestros inicios no fueron un camino de rosas precisamente.

—Y yo que creía que te lo había puesto tan fácil —bromeó, con ese brillo descarado en sus ojos.

—Necesitamos descansar.

—Yo necesito otra cosa, pero está claro que tú no.

—No es eso, ya te lo he explicado.

—Me partes el corazón, mi reina.

—No seas melodramático.

—Entonces, para que yo lo entienda. ¿Si nos peleamos no follamos?

—Algo así.

—Pues estoy jodido.

—Acabamos de empezar una relación, las cosas no son tan fáciles —susurré, pues estábamos ya muy cerca de los demás.

—¿Empezando, dices? Creo que tú y yo a veces no vemos estas cosas del mismo modo —dijo en voz baja… más o menos.

Xerx y Jenny, los que estaban más cerca de nosotros, se removieron en sueños. Ahora él la rodeaba con sus brazos por completo y sus piernas estaban entrelazadas. Me hubiera gustado hacerles una foto y mortificar a Jenny con ella en cuanto se despertara por la mañana. Su cara habría sido un poema.

Lansh y Xioh dormían pegados el uno al otro, abrazados cerca de un árbol. Tenían las piernas y las colas enredadas. La melena dorada de Lansh, desparramada por todas partes, contrastaba con la oscura con destellos rojizos de su novio. La mano del sanador descansaba sobre los abdominales esculpidos en piedra del rubiales y su cadera se apretaba contra su trasero.

Llegué a un rincón vacío del claro y me senté en el suelo. Los tres grandes felinos no estaban lejos, casi amontonados entre ellos y durmiendo a pierna suelta. Eran todo un espectáculo.

Alcé la mirada y la clavé en los ojos de mi rey.

Resopló. Me reí por lo bajo, intentando que Cyrus no me escuchara. Nunca lo había visto tan desesperado.

—¿Me dejas dormir a tu lado, al menos?

Di unas palmaditas en el suelo para que se acomodara.

—Por supuesto, mi rey. Nos acurrucaremos y dormiremos plácidamente toda la noche.

—Habla por ti, Tina. Yo no creo que pueda pegar ojo.

—No seas exagerado.

—Te aseguro que no exagero ni un ápice.

—Túmbate y abrázame.

Me coloqué de lado y él se tumbó a mi espalda, en cuanto sus brazos me rodearon con fuerza y su erección presionó mi trasero, supe que quizás aquello no había sido buena idea, pero me lo guardé para mí.

Puse las manos sobre las suyas, me apreté contra su pecho y sus caderas, y cerré los ojos. Su polla se sacudió contra mis nalgas, pero él no se movió. Se limitó a acercar el rostro a mi cuello y plantarme un beso suave. Se quedó muy quieto detrás de mí, pegado a mi cuerpo. Sentía el suyo hirviendo y vibrando, con todos los músculos tensos.

—Lo que yo decía, mi reina: crueldad total.

Dejé escapar una risilla.

—Buenas noches, mi rey.

Me besó el hombro y el cuello de nuevo.

—Buenas noches, amor.

Me estremecí en sus brazos.

Y, pese a todas sus protestas, en cuestión de segundos ambos nos quedamos dormidos.



13 convaleciente
callie

Me pasé todo el día en un estado de semiinconsciencia, tirada en aquel jergón con fiebre muy alta y unos calambres y punzadas terribles por todo el cuerpo. Sin duda, mi organismo estaba combatiendo una infección muy grave. Y ni siquiera estaba segura de si sobreviviría.

En algún momento escuché la voz de un barog dentro de la celda dando órdenes, pero no fui capaz de abrir los ojos. Su olor y su inmensa presencia llenaron todo el espacio. Aquello provocó el movimiento de las mujeres a mi alrededor, como si se estuvieran preparando para sus quehaceres o algo así.

El colchón se hundió un poco a mi lado y sentí que alguien se agachaba junto a mi oído.

—Lorish, el capataz de Ux, está aquí. Tenemos que ir a trabajar. Descansa, no te levantes. Artia cuidará de ti —dijo la dulce voz de Susi.

Asentí, aunque tal vez solo lo hice en mi mente. Sus dedos me acariciaron la frente y el colchón volvió enseguida a su posición original. Se había marchado.

Después, solo hubo silencio durante mucho rato. Horas, tal vez. La luz entraba a raudales, podía sentirla a través de los párpados cerrados. Escuchaba voces, gritos, risas, rugidos horripilantes… provenientes del exterior de la celda. Olores de todo tipo llegaron hasta mi nariz mientras yo me revolvía, sudorosa y febril, bajo esa colcha rasposa. Aromas especiados a carne asada, el olor intenso y penetrante de machos enormes y el de animales de todo tipo. Incluso el de la cópula desenfrenada entre *aninfs* y perdidos. Aquello era una pesadilla para el olfato.

La herida del muslo me hervía, y la del costado apenas me dejaba llenar los pulmones para respirar sin estar a punto de chillar

a cada inspiración. Cada movimiento, por pequeño que fuera, era un calvario.

Pero si dolía, era que seguía viva. Y ahora lo único que importaba era eso: sobrevivir a toda costa.

Unas manos recubiertas de pelo áspero me dieron de beber el mismo brebaje de antes y también agua fresca. Incluso logró que me tomara varias cucharadas de esa sopa de textura horrible pero sabrosa. Comer me costaba un gran esfuerzo, pero no me quedaba otro remedio. Mi cuerpo luchaba por salir adelante, y yo tenía que poner todo de mi parte para recobrar las fuerzas.

En el interior de mi mente embotada, supuse que era Artia la que cuidaba de mí. Me habían asegurado que era buena y no iba a asesinarme a la primera de cambio. Aunque se estaba portando bien conmigo, a mí me iba a costar mucho confiar en ella. Se parecía demasiado a la monstruosa *aninf* asesina de mis pesadillas. La que se había cargado mi vida de un plumazo.

Tras engullir la sopa, me sumí de nuevo en un sueño profundo mientras la luz que entraba en la celda se suavizaba y el sol iba descendiendo en el horizonte. Pesadillas horribles se sucedieron en mi mente mientras intentaba descansar. Antara me empujaba de nuevo por el acantilado, una y otra vez. Ux me esperaba abajo, en el río, con los brazos abiertos y esa sonrisa maliciosa en los labios.

Ni siquiera sabía lo que había sido de ella, pero si alguna vez nos encontrábamos de nuevo, no dudaría en matarla antes siquiera de que pudiera pestañear con esos ojos suyos hermosos pero ausentes. Aunque no tan ausentes, considerando lo que la muy zorra me hizo.

Después, soñé con la cacería en la selva, pero en lugar de Cyrus, era Ux quien me perseguía como un depredador terrible que quería alcanzarme para someterme y hacerme suya. En una mano llevaba una cuerda a modo de lazada; en la otra, una de aquellas hondas que lanzaban pedradas para noquear a las pobres descendientes.

En un momento del sueño, Lorna corría a mi lado. Estaba despeinada y sus pies descalzos llenos de heridas sanguinolentas. Llevaba un vestido marrón similar al mío hecho jirones. Mi amiga gritaba y pedía que la ayudara, pero yo no lograba llegar hasta ella.

La desesperación se apoderaba de mí cada vez que la vegetación se interponía entre ambas y me impedía verla.

La pesadilla era tan real que juraría que la oía gritar de verdad. Los gritos se convirtieron en palabras y su voz nítida llegó hasta mis oídos, lanzando maldiciones a diestro y siniestro mientras continuaba corriendo por la jungla como alma que lleva el diablo.

Un hermano perdido, uno de esos inferiores con extraños ojos de un solo color brillante, la perseguía. Estaba a punto de alcanzarla. Entonces, con un esfuerzo titánico, yo aceleraba, me impulsaba en una roca como si fuera un trampolín y volaba hacia ella con los brazos extendidos. Era una maniobra arriesgada de narices, pero en el sueño no parecía importarme el riesgo. Antes de llegar hasta ella, la manaza de Ux me agarraba del vestido y tiraba de mí sin contemplaciones hacia él. Sus brazos se cerraban en torno a mi cintura como un enorme cepo de hierro y escuchaba su risa oscura y terrorífica, retumbando tras de mí.

Me desperté de golpe, sudando y tiritando, todo al mismo tiempo. Ya era de noche y todas las mujeres habían regresado a la celda y se repartían entre los distintos jergones. Parecían agotadas. Las brasas a medio apagar y una cacerola de metal sobre ella con un cucharón me dieron a entender que ya habían cenado. Algunas cuchicheaban entre sí, otras se peinaban y trenzaban el cabello, y unas pocas sollozaban. Susi intentaba calmar a una de ellas mediante susurros mientras le acariciaba la melena oscura, completamente enmarañada.

Ayudándome con los codos y después con las manos, al fin logré incorporarme y sentarme en el catre. Me arrastré hasta la pared y apoyé la espalda. Aquel simple movimiento acababa de dejarme agotada. Aun así, me sentía bastante mejor que por la mañana.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ella… está bien? —dije señalando con la barbilla a la chica que sollozaba más fuerte.

Susi alzó el rostro. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, comprendí que no había sido un buen día para ninguna de ellas. Su mirada estaba apagada, con una pátina de vergüenza y tristeza profundas.

«No sé si quiero saberlo».

—Lo estará, Callie. —Entonces, añadió algo que me heló la sangre—: El día de apareamiento es siempre duro para todas.

Se me revolvió el estómago al instante.

—¿Aparea… miento? —pregunté con un hilo de voz. Fue una pregunta estúpida.

«¿A qué demonios te crees que juegan aquí?».

Los ojos de Susi y de algunas de las otras se clavaron en los míos. Ella se levantó y caminó hacia mí, arrastrando los pies. Cuando estuvo lo bastante cerca, me fijé en los moretones de sus brazos. Alguien la había agarrado con fuerza y le había clavado los dedos en la delicada piel. Quise gritar y maldecir, pero no serviría de nada.

—Este lugar es tan horrible como parece, Callie —dijo sentándose en el jergón a mi lado—. Y lo único que podemos hacer es tratar de sobrevivir.

Apreté la mandíbula.

—¿Os emparejáis con uno de ellos?

Susi negó con la cabeza. Otras la imitaron.

—Nos usan todos.

Me tapé la boca con las manos para ahogar un grito. Cuando logré recuperar la compostura, seguí preguntando:

—¡Eso es horrible! ¿Los barogs o también los inferiores?

—Solo los barogs. Quieren descendencia barog, así que a los inferiores les dejan las *aninfs*. Si uno de ellos se atreve a tocarnos, lo matan de la manera más cruenta que se les ocurre para disuadir a los demás. En realidad, a los inferiores les da igual. Mientras tengan hembras que follarse, tanto les da si son ellas o nosotras. La mayoría son meros animales y los tratan como tales. Hay algunas excepciones, por supuesto, del mismo modo en que Artia lo es entre las de su especie.

—¿Por qué no se empareja cada barog con una de vosotras? ¿No sería más efectivo así?

—Cada una de nosotras ya se emparejó con su barog de la aldea hace mucho tiempo. Y según sus propias leyes sagradas, ese vínculo es irrompible. Por lo tanto, de acuerdo con eso, no podemos vincularnos como pareja de vida a ningún otro barog. Por supuesto, si nuestro barog muere, podemos unirnos a otro macho, pero el

vínculo nunca será tan fuerte como el primero. —Hizo una breve pausa y prosiguió—. Aun así, al principio Ux nos asignó solo a uno de ellos. Tenía la teoría de que habría más probabilidades de que se quedaran embarazadas aquellas cuyo barog había muerto. Sin embargo, los años pasaban y no ocurría nada. No había abandonado del todo sus ideas, pero como éramos muy pocas, no había suficientes mujeres para todos y empezaron las disputas.

—¿Y creyó que así sería mejor? —pregunté asqueada.

«Raptadas de su hogar en la Tierra. Vinculadas a la fuerza a un barog de la aldea. Raptadas de nuevo, esta vez por monstruos mucho peores, y violadas por todos ellos. ¿Podría haber un destino peor para estas pobres mujeres… y para mí?».

—Uxuer pensó que aumentarían las probabilidades de dejarnos encinta. Quizá donde uno de ellos no lo había logrado, otro sería más compatible con esa descendiente y lo conseguiría.

—¿Y han tenido éxito? ¿Habéis tenido hijos?

Negó con la cabeza.

—No… hasta ahora.

Su mirada se desvió hacia el fondo de la celda, el rincón más oscuro. Dos descendientes se apartaron un poco y dejaron a la vista a una mujer de larga melena de color rubio oscuro. Estaba sentada en su jergón y su vestido, en lugar de marrón como el de todas nosotras, era de un tono más rojizo. La ayudaron a levantarse y caminó con pasos inseguros hasta el centro de la celda. Era muy hermosa, con grandes ojos marrón claro. Pero no fueron su belleza ni su mirada desesperada las que me llamaron la atención, sino su barriga abultada.

Me quedé petrificada. Con un esfuerzo sobrehumano, intenté ponerme en pie. Susi me ayudó y me sujetó por la cintura mientras avanzaba penosamente hacia la mujer embarazada.

Cada vez que apoyaba la pierna herida veía las estrellas, pero al menos ya podía caminar.

—¿Cómo te llamas?

—Sylvia —me dijo, con la voz más triste que jamás había oído en toda mi vida. Me entraron ganas de llorar.

Era la primera vez que la veía. Debía de haber estado tumbada en su jergón desde que me trajeron. Y en mi delirio febril, apenas había distinguido entre realidad y pesadilla. Ahora mismo la tenía delante, tan real como yo misma, y apenas podía procesarlo.

Mi mano se estiró por instinto hacia su abultado vientre. Antes de tocarla, le pedí permiso con la mirada. Cuando ella asintió, posé la palma de la mano con cuidado sobre su barriga.

—¿De cuánto estás? —pregunté con voz temblorosa.

—Sobre los ocho meses y medio.

—¿La duración de los embarazos de barogs es la misma que en los humanos? —Las mujeres asintieron—. Entonces, ya falta poco.

Apreté los dientes. Aquello empeoraba por momentos. Las condiciones en que nacería esa criatura eran espeluznantes. Una pobre humana forzada por un barog perdido de los pantanos.

—¿Sabéis quién es el padre?

Negó con la cabeza y todo su cuerpo empezó a sacudirse con temblores.

—Ayudadla a tumbarse de nuevo —ordenó Susi.

Me acerqué a ella y le susurré:

—Me dijeron que una mujer vinculada solo podía engendrar con su barog, y que requería mucho tiempo y esfuerzo. Y según has dicho, el vínculo en vida es irrompible. Así pues, ¿el barog de Sylvia…?

—Murió en la Gran Guerra. Quizás por eso haya sido posible que engendrara. Ocurrió en la aldea alguna vez, cuando la descendiente se emparejó con otro barog. Tal vez Ux tenía razón al fin y al cabo. Sin embargo, otras se encuentran en la misma situación que Sylvia y en diez años no han conseguido preñarlas, así que no lo sé. Pero incluso con tu pareja de vida, es muy difícil procrear, y la mayoría tardan siglos en quedarse embarazadas.

Me estremecí. Todavía me quedaban muchas cosas por aprender de esa civilización.

—Creía que las descendientes vivíamos tanto como lo hacía nuestro barog. Que si él moría, nosotras también, pues nuestras vidas quedaban entrelazadas.

—Si es por vejez, sí. Pero cuando hay una muerte abrupta, por accidente, batalla o algo similar, la mujer no muere. Si eso sucede, puede emparejarse de nuevo si así lo desea, pero es lo que te decía: esa unión nunca será tan fuerte como la primera.

En lo poco que llevaba allí, me había dado cuenta de que Susi era la líder de aquel pequeño grupo de mujeres aterrorizadas. Aunque su miedo era indudable, una chispa de fuerza seguía ardiendo en el fondo de sus bonitos ojos verdes. Me atrevería a decir que también una pizca de esperanza, aunque no lo demostrara. Quizá aumentase, ahora que sabía que Ciench estaba vivo y que venía hacia aquí con el rey, el príncipe y toda la caballería.

«Pero lleva aquí diez años… ¿Tendrías tú esperanza después de una década en este agujero?». Yo no me quedaría diez años. Daryos iba a sacarme de allí... si lograba encontrarme.

El pánico anidó en la boca de mi estómago. No dejé que me dominara, pero faltó muy poco.

—Ven, Callie. Tú también deberías tumbarte.

Susi me ayudó a llegar hasta mi jergón y acomodarme. Pero no me tumbé, me quedé sentada un rato. Sentía un nudo en la garganta y me faltaba el aire. Hice algunas inspiraciones profundas para serenarme. Todo aquello era demasiado espantoso.

—Hemos yacido con todos ellos, así que es imposible saber quién es el padre, aunque fue Ux quien se apareó con ella la última vez. Desconocemos si ya estaba embarazada por entonces o si fue él.

«Ese monstruo…». Me entraron ganas de vomitar. Solo imaginarme a ese barog inmenso, astuto y despiadado encima de la pobre Sylvia se me retorcían las entrañas.

—Malditos cabrones.

—Tal cual. Unos cabrones muy peligrosos —dijo ella. Percibí como contenía un escalofrío.

—¿Sylvia fue la pareja de Ux al principio?

Ella negó con la cabeza y un rictus de dolor cruzó su rostro. Supe lo que diría antes de que volviera a hablar.

—Él me escogió a mí. Yo fui su pareja durante los primeros cinco años.

—Joder, Susi.

Esbozó una sonrisa amarga.

—Al menos, solo tenía que soportarlo a él. Ahora… es mucho peor. —Apretó la mandíbula.

Moví la mano y la coloqué sobre la suya.

—Lo siento muchísimo. No puedo ni imaginar el horror que habéis tenido que aguantar durante todo este tiempo y que todavía soportáis.

—Jamás pensé que podría con algo así, Callie. Ninguna de nosotras. Cuando nos trajeron aquí, fue una pesadilla. Nuestra llegada a Nemea nos pareció un camino de rosas comparado con esto. Pero no nos quedó más remedio que luchar para sobrevivir. Y lo logramos… casi todas. —El dolor volvió a nublar su mirada—. Para algunas fue demasiado. Se quitaron la vida o simplemente murieron. Ni siquiera sé cómo he conseguido mantenerme viva y más o menos cuerda hasta ahora.

—No solo has hecho eso, sino que has cuidado de todas las demás. Eres muy valiente, Susi. Te admiro.

—En todos estos años, jamás dejé de pensar en Ciench. Su voz, su cuerpo enorme y salvaje en contraste con su carácter dulce y respetuoso. Nuestro amor… tan hermoso. Creía que había muerto y, aun así, era incapaz de olvidarle. Su rostro, sus ojos, han ocupado mi mente cada segundo de mi vida. Cuando me dijiste que estaba vivo, yo… —Una lágrima solitaria cruzó su mejilla. Ella se la secó enseguida—. Vuelvo a tener esperanzas, Callie, y eso por aquí es muy peligroso.

—Pronto vendrán a rescatarnos, estoy segura. Nos sacarán a todas de aquí y ya no tendréis que aguantar a esos malnacidos nunca más, Susi. Te reunirás de nuevo con Ciench, te lo prometo. Solo hay que aguantar unos días más y…

Me miró con ternura, como una madre mira a su hija pequeña que todavía tiene todo el mundo por descubrir y desconoce por completo la maldad.

—Callie, sé que estás convencida de que tu barog y el mío nos salvarán, pero no es tan fácil. En los diez años que llevo aquí, nadie nos ha encontrado. Y ahora que sé que Ciench está vivo, todavía parece más improbable que lo hagan.

Abrí mucho los ojos.

—Pensé que era al revés, que eso te daría esperanzas.

—¡Por supuesto que sí! Pero también sé que Ciench habrá movido cielo y tierra para dar conmigo. Y no lo ha conseguido. Por lo tanto…

—¡Ni se te ocurra perder la esperanza, Susi! Vendrán a por nosotras, te lo prometo. Confía en mí.

—Escúchame bien, Callie. Yo también me aferré a la esperanza durante mucho tiempo. Demasiado. Y sufrí tanto que, me rescaten o no, jamás volveré a ser la misma persona que era antes de llegar aquí.

El nudo en mi garganta se hizo más grande. El resto de las mujeres ocuparon sus jergones sin dejar de mirarnos.

—Puede que no. Pero ¿sabes? Yo tampoco. Ninguna de las descendientes que fuimos secuestradas y traídas a Nemea a la fuerza seremos las mismas jamás. Incluso Daryos, el barog más bondadoso que existe, me engañó y me trajo aquí. Nada más llegar, me marcaron a fuego con la espiral y, poco después, en la cacería, el re… un barog me persiguió para hacerme suya. Por suerte, Daryos me encontró antes. ¿Y qué ocurrió? Pues que me poseyó en una choza en medio de la selva mientras, a mi alrededor, maltrataban y violaban a otras mujeres. Así que no me digas que aquello es el paraíso, porque, al principio, fue también un puto infierno. Todas hemos pasado por mucho. Esto solo es… otro horror más que vamos a superar. Juntas. Y es cierto que lleváis aquí diez malditos años y que no tengo ningún derecho a siquiera intentar hacerme una idea de lo que ha supuesto. Pero no quiero que perdáis la esperanza, joder. ¡Eso no!

Todas intercambiaron miradas. No parecían enfadadas, solo cansadas.

Susi tomó una de mis manos entre las suyas.

—Tienes razón en casi todo lo que dices, Callie, y comprendo que aún te sientas así. Pero es mejor que te prepares para lo que ocurrirá mañana.

—¿Mañana?

—Ux ya ha esperado más que con cualquiera de nosotras. No creo que se demore. Siempre es el primero.

Empecé a marearme y a hiperventilar. Un sudor frío me recorría la frente.

—¿Va a… violarme?

—¿Qué esperabas? —dijo enarcando una ceja.

—Solo un poco más de tiempo, joder. ¡Estoy hecha una mierda! Apenas puedo caminar. —Traté de calmarme—. No soy idiota, sé bien lo que me aguarda. Lo supe desde el instante en que sus ojos y los míos se cruzaron. ¿Es tan malo como parece?

—Peor. Es cruel y sádico, y muy inteligente. No puedes fiarte de él bajo ningún concepto. Probablemente, te mantendrá un tiempo solo para él. Es lo que hizo con algunas. Conmigo, con Sylvia… Intentará hacerte creer que, si te portas bien y lo complaces, si haces todo lo que él quiere, te tratará bien y no dejará que los otros te pongan la mano encima.

—Tengo ganas de vomitar.

Susi prosiguió como si no me hubiera oído:

—Pero acabará cansándose de ti cuando vea que no te quedas embarazada y te entregará a los otros. Y ahí es donde empiezas a descender a un abismo del que difícilmente sales.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Qué haga lo que haga estoy jodida? —dije soltando una risilla nerviosa.

Moví un poco la pierna herida agarrándola con ambas manos para desplazarla. Se me estaba adormeciendo.

Susi suspiró.

—Tienes que hacer todo lo que te pida. No te opongas a él o será mucho peor. Dale lo que quiere y el resto del tiempo te dejará en paz.

—¿Y si no lo hago?

Apretó la mandíbula.

—Te golpeará y acabarás haciendo lo que él quiere de todos modos, solo que dolorida. Malgastarás unas energías que necesitas para sobrevivir día a día en este agujero.

Las otras mujeres parecían haber perdido el interés en nuestra conversación y se dispusieron a dormir. Mis ojos se desviaron un

momento hacia Sylvia. Estaba tumbada de lado, con una mano sobre su vientre, y daba la sensación de que susurraba. ¿Le estaría hablando al pequeño barog que llevaba en su vientre? Me estremecí.

Pronto ese bebé nacería aquí, en esta celda, con nosotras. ¿Qué vida le esperaba? ¿Ux lo educaría él mismo para que fuera un barog perdido más? ¿Un monstruo de la peor calaña?

—No puedo hacer lo que él me pida, Susi. No puedo dejar que me posea sin más, no lo soportaré. Sería como traicionar a Daryos. Tengo que resistirme y luchar.

Ella suspiró.

—Entonces, yo he traicionado a Cienchmuchas veces —su voz transmitía tanto dolor como reflejaba su rostro.

—Perdona. No quería decir eso. No tengo ningún derecho a juzgarte. Jamás insinuaría que algo así es engañar a tu pareja. Es solo que… no puedo acostarme con otro barog.

—¿Crees que yo no sentí lo mismo? ¿Qué no intenté luchar? Ni te imaginas la de golpes que me he llevado de ese cabrón. Pero, al fin, me doblegó. Y no me quedó más remedio que aceptar que ahora estaba a su merced y debía cumplir sus órdenes. Era… el único modo de sobrevivir.

—Pelearé. Se lo pondré tan difícil que se le quitarán las ganas de follarme. Seré un incordio. Créeme, soy muy capaz de hacerlo.

—No lo dudo. Pero solo conseguirás excitarlo aún más. Ux espera que pelees y te revuelvas, eso es lo que más le gusta. Demostrarte que él tiene un poder absoluto sobre ti y que, por mucho que luches, no puedes escapar de él. Te quebrará día tras día hasta que, por puro agotamiento e instinto de supervivencia, te someterás.

—Aun así, lucharé. Si gano tiempo, puede que nuestros amigos lleguen a rescatarnos.

Su mirada se endureció.

—¿Crees que quieres a Daryos más que yo a Cienchy? ¿Crees que no me odio a mí misma cada vez que Ux o cualquiera de los otros me posee? Cada una de nosotras ha tenido que pasar por ello. Pero voy a decirte una cosa, y espero que, aunque eres fuerte y cabezota, no se te olvide cuando mañana estés en la choza de ese animal. —Hizo una pausa y a mí se me aceleró el corazón—. Si

quieres seguir viva, si quieres volver a ver a Daryos algún día, solo hay una manera: hacer lo que Ux te diga.

Tragué saliva.

—Tengo mucho miedo, Susi. ¿Y si no puedo? ¿Y si el pánico me domina?

Sonrió con ternura y mucha tristeza. Aquella sonrisa me partió el alma.

—Eso solo significará que eres humana, como todas las descendientes. Somos humanas entre bestias monstruosas. —Se levantó y se acercó a la cacerola de metal. Llenó un cuenco de madera, volvió a mi lado y me lo tendió junto con una cuchara también de madera—. Come. Lo necesitarás.

No discutí. Cucharada a cucharada, me acabé la sopa, que tenía pedazos de lo que parecía serpiente. Empezaba a identificar los sabores de los manjares preferidos de los barogs. Aunque la consistencia de esta era un poco más dura que la boa azul, y su sabor algo más insípido, eran proteínas, con eso bastaba.

Cuando acabé, Susi me dio el brebaje de nuevo y aplicó más ungüento sobre las heridas. Ambos estaban obrando milagros en mi cuerpo. La del costado había mejorado de una manera asombrosa.

—Gracias por todo, Susi. Por cuidar de mí, por los consejos…

—Ojalá pudiera ofrecerte más, Callie. Ojalá pudiera sacarte de aquí y no tuvieras que pasar por lo mismo que pasé yo. Además, ¡eres tan joven! No es justo que tengas que vivir algo así.

—No es justo para ninguna, tengamos la edad que tengamos.

—Lo sé. Pero yo disfruté de casi dos siglos con Ciench antes de que la desgracia se cerniera sobre nosotros. Tú apenas llevas unas semanas en Nemea y poco más de dos décadas en el mundo. Esto es…

Apretó los puños.

—Sobreviviré.

—Eso espero, porque me caes muy bien, Callie. Y pareces inteligente. Necesito a alguien con quien hablar y desahogarme de vez en cuando. Estoy muy cansada de hacerme la fuerte para todas —dijo bajando la voz hasta convertirla en un murmullo.

—Pues conmigo no hace falta. Podemos consolarnos mutuamente.

Sonreímos.

—¿Qué pasará cuando Sylvia se ponga de parto? —pregunté, deslizándome en el jergón para tumbarme. Ya no aguantaba más tiempo sentada.

—Que entre todas la ayudaremos. Yo era modista, así que no tengo ni idea de asistir en un parto. Pero aprendí algunas cosas útiles en la aldea. Haré lo que sea necesario.

—¿Ninguna de las mujeres es médico?

Negó con la cabeza.

—Una ayudó un par de veces a la comadrona de su pueblo, pero de eso hace mucho. Y otra, en el nacimiento de un barog o dos. Nos tendremos que apañar con eso.

—Ux me dijo que era sanador en la aldea. Me suturó bien las heridas.

—Cierto. Llegado el momento, si las cosas se ponen feas, supongo que nos ayudará. Él es el primer interesado en que esto salga bien. Es lo que lleva mucho tiempo buscando, descendencia barog aquí en los pantanos. Y, además, sabe que este niño puede que sea suyo.

Asentí.

—Yo soy… era bióloga en la Tierra. Era profesora. Algunas de mis alumnas están en Nemea.

—¿Bióloga? —sonrió—. Eso seguro que nos servirá de ayuda.

—No soy médico, Susi. Una vez vi un parto por la televisión y casi me desmayo. No estoy hecha para esto.

—¿Qué es la "televisión"?

Abrí los ojos de par en par.

«¿Cuándo narices se inventó el televisor?».

—Otro día te lo cuento.

Sonrió de nuevo.

—Supongo que nuestro mundo ha cambiado mucho desde que me vine aquí, ¿verdad? Dime al menos que todavía existe Nueva York.

Asentí.

—Ahí vivía yo.

—¡Ah! A veces echo de menos algunas cosas, pequeños detalles. Un olor, un paisaje, una caricia de mi madre, la voz grave de mi padre, las mañanas soleadas en la tienda, la nieve silenciosa en invierno… ¿Qué echas tú de menos, Callie?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—La tarta de chocolate de mi cafetería favorita; las clases en la universidad; las charlas con mis primas; las locuras de mi mejor amiga; el color de las hojas en otoño; mi independencia; y muchas otras cosas que no existían en tu tiempo.

Nos cogimos de la mano.

—Echo de menos todo eso, Callie. Pero lo que más echo de menos es a Ciench. Él es mi hogar, aquí, en Nemea. Sé que jamás regresaré a la Tierra, pero no me importa. Mi sitio está en este planeta… con mi barog. Supongo que me comprendes.

Asentí. Yo sentía exactamente lo mismo.

Me besó en la frente, como una madre amorosa, y me dio las buenas noches.

Me acomodé en el jergón para que la pierna me doliera lo menos posible. Cerré los ojos y pensé en Daryos, mi príncipe barog. ¿Dónde estaría ahora? ¿Se habría adentrado ya en los pantanos? ¿Pensaría que sigo viva? Las lágrimas resbalaron por mis mejillas y mojaron la colcha.

«Pase lo que pase mañana, sobreviviré».

Y pese al miedo que sentía, enseguida me dormí.

14 es un buen tipo
TINA

Cuando abrí los ojos, sentí el calor seco de mi barog bajo mi mejilla. Estaba tumbada completamente sobre él, con sus brazos a mi alrededor. Podría haberme quedado allí eternamente, escuchando los latidos de ese corazón enorme retumbando dentro de su pecho. Había dormido de maravilla, ahora comprendía por qué. En algún momento de la noche, mi rey debía de haberme colocado sobre él.

Levanté un poco la cabeza, apoyándome con las palmas en sus pectorales de acero. Él ya estaba despierto, y mis ojos se encontraron de inmediato con los suyos. No pude evitar sonreír como una idiota.

—¿Has dormido bien, mi reina?

Esa mirada pecaminosa acabaría conmigo.

—De maravilla. ¿En qué momento he acabado encima de ti?

—Pensé que estarías más cómoda. El suelo está duro y lleno de bichos. Y ya sabes que no soporto que nadie más toque este trasero que tanto me gusta.

Sus dedos me acariciaron por encima del vestido y se aferraron a mis nalgas. Sacudió un poco la cadera hacia arriba, presionando su erección matutina contra mí.

—Ya veo que sigues igual que anoche.

—Peor, mi reina. Mucho peor —ronroneó.

Sonreímos.

—Bueno, si te portas bien, puede que esta noche alivie esa… inflamación.

Volvió a alzar las caderas. No me aparté. Gimió.

—Eso sería muy considerado por tu parte.

Unos tímidos rayos de sol se aventuraban entre los nubarrones que encapotaban el cielo.

Me levanté de encima y él también se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las piernas. Le ayudé con la parte del taparrabos que le cubría el trasero. Quizá me entretuve un poco más de la cuenta en esos glúteos poderosos. Él me dejó hacer, entre miradas suplicantes y algún que otro gemido.

Se inclinó un poco sobre mí, me rodeó la cintura y me besó con suavidad. Aunque fue un beso bastante casto, se demoró un poco más de la cuenta. Se me fue la cabeza y apreté los labios contra los suyos, con ansia, pero él se apartó enseguida.

—Anoche me rechazaste, mi reina.

—No fue exactamente así.

—Fue *exactamente* así. No creas que hoy te lo voy a poner tan fácil.

Los demás ya se habían despertado también. Por el rabillo del ojo capté cómo Jenny se levantaba deprisa, apartándose del cálido cuerpo de su barog como si quemara. Tenía las mejillas sonrojadas.

—¿Te vas a hacer de rogar, mi rey? —dije, dejándole una caricia a lo largo del bíceps.

—Yo tampoco diría tanto. Ya sabes que, en lo que se refiere a ti, mi resistencia es muy débil, por no decir nula.

Solté una risilla y él me pellizcó el culo.

No es que me enorgulleciera de haberlo dejado en ascuas la noche anterior, pero si quería hacerme respetar por él, no me quedaba más remedio que dar un golpe de efecto de vez en cuando.

Si creía que podía hacer conmigo todo cuanto quisiera cuando quisiera, ya no habría vuelta atrás. A un ser como ese, un rey barog, enorme, primitivo y salvaje, acostumbrado a que todo el mundo cumpliera sus órdenes y se arrodillaran ante él, no podía darle pleno dominio sobre mí. Tenía que aprender que había reglas y, ante todo, debía respetarme.

Así que, pese a que probablemente él tenía todavía un dolor de huevos de órdago y yo llevaba un calentón de mucho cuidado, no me quedaba la menor duda de que había hecho lo correcto.

Eso sí: tenía previsto dejarlo seco esa misma noche.

Cuando Cyrus se alejó para hablar con el príncipe, me acerqué a Jenny. Xerx estaba buscando más bayas de esas de la noche anterior

junto a Axeh, así que era un buen momento para hablar con mi amiga.

—¿Estás bien, Jenny?

—Sí, ¿y tú? —dijo sin mirarme.

Emi venía directa hacia nosotras con una sonrisa de oreja a oreja. Al parecer, ella había pasado una noche estupenda.

—Anoche Cyrus quería follar y me negué. Así que el pobre está un poco… dolorido.

—¿Y por qué hiciste eso? ¡Si se os ve enamoradísimos a los dos! —preguntó Emilia nada más unirse a nosotras.

—Y lo estamos, pero discutimos, y me enfadé con él. Así que le di una lección.

—¿Y vas a perdonarlo pronto? Porque no sé si es muy buena idea alterar al rey en medio de esta misión tan arriesgada, Tina —dijo Jenny.

—Ya lo he perdonado. Esta noche le compensaré con creces.

Emi se rio. Jenny seguía seria. Esa chica era un hueso duro de roer. La adoraba, y sabía que era una de las personas en las que más podía confiar. Pero, a veces, era un poco difícil tratar con ella.

—Pues Axeh y yo nos besamos un buen rato antes de dormirnos —soltó Emi, ensanchando aún más la sonrisa.

Su barog y Xerx acababan de regresar con las manos a rebosar de bayas. La mirada de Emi se escapó hacia allí. Axeh, como si la hubiera percibido, clavó los ojos en el rostro de mi amiga y sonrió embobado.

—Lo veo muy contento. Me da a mí que eso no fue lo único que hicisteis.

—Bueno…, nos tocamos un poco. Eso es todo —dijo alzando la barbilla muy digna, mientras se atusaba los rizos rubios y se los recogía en un moño en lo alto de la cabeza.

—¡Qué desvergonzada!

—No empieces, Tina, que nos conocemos. No tengo ganas de comentar contigo cualquier avance que haga con él, así que date por satisfecha con lo que acabo de contarte.

—Ten piedad, Emi. No tenemos móviles, ni televisión, ni siquiera un libro. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esto sin nuestros

cotilleos?

—Pues te aguantas, como todas.

—Claro, porque a ti no te interesa nada que te cuente lo que hago con Cyrus, ¿verdad?

—Bueno, de vez en cuando… —dijo sonriendo y aleteando las pestañas.

—Eres la más chismosa de las tres, no lo niegues. ¡Antes me lo contabas todo!

—Antes no estaba enamorada de un barog enorme que me hace sentir la mujer más maravillosa del universo —dijo Emi.

—¿¡Estás enamorada!?

—Shhhh. Baja la voz, Tina, que ya empiezas a recordarme a Callie. Con que ella sea poco discreta tenemos más que suficiente —me reprendió.

—Ella no está aquí.

—Cuando la rescatemos, tengo un par de preguntitas que hacerle, a ver si puede echarme una mano —dijo mi amiga. ¡Y se quedó tan pancha!

Se me desencajó la mandíbula.

—¿Perdona? Creía que *yo* era tu mejor amiga. —Me hice la ofendida.

—Y lo eres, Tina, pero Axeh es más… como Daryos.

—¿Eh? ¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que tus consejos no me valen aquí. Tu rey es mucho más siniestro, y apuesto a que hacéis cosas retorcidas y extremas. Y yo necesito empezar por cosas más… básicas.

—Ahora sí que me has ofendido. Pero ¿tú me has tomado por una sadomaso?

—No es eso, Tina. Es que… me da vergüenza. Ya está, ya lo he dicho. —Emi se sonrojó.

—¿Te da vergüenza preguntarme a mí, tu mejor amiga, con la que has hablado de hombres y sexo durante años, y no con Callie? Me dejas de piedra. —Me llevé una mano al pecho teatralmente.

—No te ofendas. Es que… ella es profesora.

—De biología, Emi. ¡No de sexología!

—Da igual. Es mayor que nosotras y seguro que sabe más que las tres juntas.

—Habla por ti —dije, empezando a cabrearme.

—Vale, no te enfades. Cuando llegue el momento, te lo contaré todo, ¿vale?

—Me dejas mucho más tranquila —dije con sarcasmo.

Axeh se acercó y nos callamos en seco mientras nos daba dos bayas a cada una. Se lo agradecimos y se alejó hacia sus amigos, no sin antes babear un poco por Emi mientras ella le hacía ojitos. Aquel romance iba a ser inaguantable.

—El caso es que él quiere acostarse conmigo y vincularse.

—¿En serio? Qué raro… —bromeé.

—Si sigues así, me callo y te quedas sin saberlo.

—Eso, Tina, deja que la pobre lo cuente —dijo Jenny, ocultando también una risilla.

—Yo le contesté que me parecía bien, pero que prefiero esperar un poco a que hayamos salvado a Callie y regresemos a la aldea. Le dije que no quiero hacerlo en los pantanos, sino en algún sitio que nos dé un poco de intimidad y cuando esté totalmente preparada.

Nos sentamos en el suelo y empezamos a saborear la fruta. Las bayas explotaban en la boca y se nos llenaban los dedos de jugo. Estaban deliciosas, sobre todo, teniendo en cuenta que crecían en los arbustos raquíticos de esa zona infernal.

—¿Y qué le pareció?

—Me dijo que esperaría lo que hiciera falta. Me dijo que me ama y que unos días o semanas más no son nada comparados con los miles de años que pasaremos juntos —soltó con una sonrisa de pura satisfacción en el rostro.

«No si morimos en este lodazal», pensé, pero me abstuve de mencionarlo.

—Hay que reconocer que el tipo tiene labia. Sabe decir exactamente lo que quieres oír. Apuesto a que te derretiste en cuanto te dijo eso.

—¡Y quién no! Y encima me miraba de ese modo, con esos ojazos verdes que me tienen loca…

Puse los ojos en blanco.

—Sabe jugar bien sus cartas.

—No digas eso, Tina. Me ama de verdad.

—No lo dudo, Emi. Se le ve a la legua. Y por eso va a hacer todo lo posible para que cedas cuanto antes.

—Él no es así.

—No, claro que no. Él va a esperarte lo que haga falta mientras se pajea como un desesperado hasta que te decidas. Porque, veamos, ¿os tocasteis antes o después de esas palabras?

—Pues… justo después, pero no veo qué importancia tiene eso.

—Él habla, y tú le metes mano. ¿No ves la correlación?

—Solo nos acariciamos un poco, eso es todo. ¿Y por qué me juzgas? Tú puedes enamorarte a la velocidad del rayo de ese rey que nos hizo la vida imposible y tirártelo a la primera de cambio. ¿Y yo no puedo hacer nada con ese barog bueno y amable que cuida de mí todo el tiempo?

Todos los barogs nos miraron durante un par de segundos y luego siguieron a lo suyo. Me fijé un instante en Lansh y Xioh, que estaban uno al lado del otro, charlando y bromeando. Lansh le rodeaba los hombros al sanador mientras hablaba y este se reía sin parar. Sin duda, eran la pareja más sólida del grupo. Me pregunté si el rey y yo llegaríamos algún día a algo tan perfecto.

Me acerqué a mi amiga y la cogí por los hombros.

—¡Por supuesto que puedes! Por mí como si lo llevas ahora mismo tras ese árbol y te lo tiras. Jamás te juzgaría, y tienes mi apoyo incondicional.

—Entonces, no te entiendo.

Suspiré.

—Eres mi mejor amiga, Emi, y una mujer dulce, buena y muy especial. Solo quiero que veas que Axeh quiere lo mismo de ti que todos los demás. Y que antes de entregarte a él, te asegures de que te merece y que es el mejor hombre… barog para ti.

Emi cambió la expresión de cabreo por una de felicidad.

—Te preocupas por mí porque me quieres mucho, Tina, ya lo sé. —Sonreía de oreja a oreja.

—¡Pues claro que te quiero mucho, boba! Os quiero a las dos. No lo dudéis nunca.

—No debes preocuparte. Axeh me gusta muchísimo y sé que es el mejor barog para mí.

—Es un buen tipo —dijo Jenny con firmeza.

—Xerx también lo es —le solté, aprovechando el momento.

—Lo sé. Mucho más de lo que todos piensan.

—¿Tú y él…?

—Si quisiera vincularme con alguien, sin duda, sería con él —contestó Jenny, cortante.

—¿*Si* quisieras?

Suspiró.

—Me gusta mucho y estamos muy bien juntos. Podríamos charlar durante horas y jamás me cansaría.

—¿Y cuál es el problema?

—Que soy muy joven, Tina.

—Como todas nosotras, pero no es que hayamos tenido muchas opciones desde que llegamos aquí.

—Bueno, pues yo quiero pensarlo bien. En cuanto me una a él, ya no habrá vuelta atrás. Me convertiré en su *hoa uhane* o lo que sea, y adiós a mi independencia.

La miré estupefacta y luego miré hacia los barogs, que bromeaban mientras se preparaban para reemprender la marcha.

—Por si no te has dado cuenta, Jenny, no creo que exista la alternativa de quedarse soltera en este planeta. Si no te unes a Xerx, corres el riesgo de que acabe tomándote cualquier otro.

—Pero Cyrus y Daryos han hecho las paces y…

—Sí, las cosas están cambiando, y más que cambiarán a partir de ahora. Pero seamos realistas: los barogs no tienen hembras de su propia especie y necesitan humanas para procrear. ¿Crees que van a dejar que sigas soltera por mucho tiempo? Cualquiera de ellos, aun sin la bendición de su rey y su príncipe, puede acorralarte un día y obligarte a vincularte a él.

—Ya lo sé, no soy idiota, Tina. Llevo aquí bastante tiempo ya como para haberme enterado. Pero ¿por ello tengo que lanzarme a los brazos de Xerx corriendo? ¿No puedo esperar un poco? ¿No puedo decidir cuándo estoy preparada para algo así?

De pronto, sentí mucha pena por ella. Tenía toda la razón, pero eso no significaba que no fuera a causarle problemas.

—Sé que esto no entraba en tus planes, tampoco en los míos.

—¡Exacto! Yo quería acabar los estudios, viajar por el mundo y cursar una especialidad en otro país. Quería trabajar y ahorrar para comprarme un apartamento. Quería ser una mujer libre e independiente, hasta que encontrara a la persona adecuada y decidiera compartir mi vida con él, sin perder mi libertad. Y, por supuesto, nada de hijos hasta, por lo menos, los treinta y cinco.

—Lo sé, Jenny. Todas deseábamos algo así. Con algunas variaciones, pero ninguna esperaba vincularse a un hombre primitivo y ser suya durante siglos de existencia. Pero las cosas son así, y no tiene por qué ser horrible. Lucharemos por ser independientes y libres, aunque estemos vinculadas. A medida que llevemos más tiempo aquí, aprenderemos todo lo necesario para sobrevivir y tendremos nuestro espacio. ¿En serio crees que yo puedo vivir toda la vida a la sombra de un hombre? ¿*Yo*? ¿Acaso no me conoces?

Sonrió un poco.

—No quiero convertirme en algo que no soy, Tina. No quiero que llegue el día en que no me reconozca a mí misma, en que sea una sombra de lo que fui.

Me acerqué un poco más a ella y la cogí de las manos.

—Eso no ocurrirá, no lo permitiré. Y estoy segura de que Xerx, si te quiere tanto como parece, tampoco dejará que eso suceda. Es un tipo inteligente y habéis congeniado desde el primer momento.

—Eso es cierto.

—Estoy segura de que, si hablas con él sobre esto, si le cuentas tus temores, él lo entenderá y te respetará.

—Eso pienso yo también… a veces. Otras, tengo miedo.

—Solo digo que unirte a él no va a robarte lo que eres, Jenny. Eres una mujer inteligente que sabrá encontrar su sitio en este mundo al lado de su barog, no sometida a él.

—Gracias, Tina.

—No hay de qué. Esos barogs harían cualquier cosa por vosotras, no lo dudo. Y sé que esperarán lo que haga falta… —cambié el tono de voz y bromeé—, aunque no los torturéis demasiado, no sea que

les dé por saciarse con una de esas *aninfs* que corretean por ahí —dije guiñándoles un ojo.

—¡Eso no tiene gracia, Tina! —dijo Emi enfurecida.

—Lo sé, lo sé. Pero ha valido la pena solo por la cara que has puesto.

—Muy graciosa.

Me abalancé hacia ellas y las abracé a ambas, estrujándolas. No era algo habitual en mí, pero pensé que era lo que necesitaban… necesitábamos en ese momento. En ausencia de Callie, tenía que velar yo solita por mis mejores amigas.

—Además, olvidáis una cosa muy importante —dije soltándolas y apartándome un poco de ellas. Me miraron expectantes—. Ahora, soy la reina de este planeta. Y si mi rey no toma las decisiones adecuadas, os aseguro que tengo muchas maneras de motivarlo lo suficiente para que lo haga.

Me miraron perplejas durante unos segundos y se echaron a reír.

Un relámpago restalló en el cielo, seguido de un trueno que casi parte Nemea en dos. Por fortuna, la tormenta aún se mantenía alejada de nosotros. Pero tarde o temprano, llegaría a los pantanos. O eso había oído comentar a Toruch y Ciench. ¡No es que yo fuera una meteoróloga experta!

—Hora de ponernos en marcha —dijo Cyrus—. ¿Estáis listas? —La mirada que me dedicó hizo que me temblaran las piernas.

Era una mirada llena de promesas. Y cuando anocheciera, lo obligaría a cumplirlas todas, una tras otra.

Recogimos nuestras pocas pertenencias y nos pusimos en marcha, completamente ajenos al movimiento sinuoso bajo el agua de uno de los pantanos.

15 MUJERES
callie

Esa noche volví a soñar con Lorna. Me gritaba palabras ininteligibles mientras ambas corríamos por la selva en plena cacería, intentando escapar de Ux y de los inferiores. Sus facciones estaban retorcidas por el terror y tenía heridas por todas partes, igual que yo. Cuando me desperté, habría jurado que todavía podía escucharla despotricando y quejándose.

En cuanto logré abrir del todo los ojos, Susi entró en mi campo de visión. Estaba de pie junto a mi cama y sostenía unas telas dobladas en una mano. Tenía la mandíbula apretada.

Me restregué los ojos y me senté con esfuerzo. La frente ya no me ardía y, aunque todavía estaba dolorida, la inflamación de la pierna parecía hacer remitido y la del costado apenas me molestaba.

La puerta de la celda estaba abierta, y las mujeres, en movimiento. La débil luminosidad propia de los pantanos se colaba por el hueco. La brisa traía aires de tormenta, aunque no parecía que lloviera aún.

—Buenos días, Callie, ¿te encuentras mejor? —Su voz sonó tensa.

—Eso creo. ¿Qué está ocurriendo? —dije señalando la puerta con un gesto.

—Nos llevan al lago. A lavarnos.

—¡Aleluya! Creo que jamás había apestado tanto.

—Me alegra que te ilusione el plan. Ux ha dado órdenes expresas de que nos acompañes. —No pudo disimular una mueca de asco.

—Ya veo. ¿Algo de lo que deba preocuparme?

Susi alzó una ceja.

—¿Aparte de un barog enorme y cruel que está deseando intimar contigo?

Ahora entendía por qué esa mujer me había caído bien al instante. Nada había podido con su sarcasmo. Ni siquiera una maldita década con esa chusma.

—Mujer, me refería a ahora mismo.

—Bueno, Lorish se quedará vigilando mientras nos bañamos. Le gusta mirar —dijo bajando la voz.

—Otro pedazo de cabrón —dije imitando su tono.

Me impulsé con las manos para intentar levantarme.

—¿Podrás caminar?

—Vamos a comprobarlo.

Me ayudó a ponerme en pie y, en cuanto apoyé la pierna herida, vi las estrellas. Pero no estaba dispuesta a que ninguno de esos bárbaros me pusiera las manos encima y me cargara como un saco. Así que me tragaría el dolor.

Di algunos pasos inseguros en dirección a la puerta. El esfuerzo hizo que mi muslo temblara y la pierna me fallara un poco, pero lo conseguiría… con algo de ayuda.

Susi me sujetó por un lado, y otra de las mujeres por el otro. Y así salimos de la celda.

—¿Puedes caminar, humana? —me preguntó una voz tan grave que di un respingo.

Tuve que alzar la vista para mirar cara a cara al monstruoso Lorish, que estaba plantado a un lado de la salida.

—Creo que sí.

—Eso está bien. A Ux le alegrará saberlo —soltó con una seriedad que ponía los pelos de punta—. Si en algún momento no puedes seguir, dímelo y te llevaré en brazos.

«Y una mierda, imbécil».

Asentí.

—Nos vamos —les dijo a un par de inferiores que esperaban sentados en el suelo al lado de una *aninf* con cara de lela.

Un poco más allá, lo que intuí como una *aninf* macho inclinó el rostro a un lado y me miró con curiosidad con sus ojos completamente plateados. Al igual que las hembras, era hermoso a su manera. Y escalofriante. Era algo más corpulento que ellas y carecía de la larga melena hasta los pies que solían lucir. Por lo

demás, eran bastante similares. Mis ojos se posaron en sus garras, largas y afiladas. Me estremecí recordando el momento en que Antara hundía las suyas en mi carne.

«Tienes que dejar de pensar en ella. Eso solo te debilita», me recriminé. Pero no podía evitar darle vueltas a dónde estaría en esos momentos y si volvería a encontrármela alguna vez. Si eso ocurriese, no dudaría ni un segundo en matarla.

Todas las mujeres empezamos a avanzar siguiendo a Lorish, que iba a la cabeza. Los dos inferiores caminaban flanqueándonos. Aunque su aspecto era terrorífico, no parecían especialmente hostiles… si no fuera porque cada uno de ellos empuñaba una lanza de madera corta. Uno jugaba a balancearla, lanzarla al aire y volverla a recoger.

Lo más sobrecogedor eran esos ojos brillantes, carentes de expresividad. ¡Era imposible adivinar en qué estaban pensando! Y eso era un gran problema, porque no tenías ni idea de sus intenciones.

El pelo apretado y corto como terciopelo que les recubría el enorme cuerpo musculoso recordaba al de sus madres *aninfs*, así como las colas, más gruesas y cortas. Por lo demás —colmillos, garras, aunque más largas y delgadas, y melenas leonadas— eran muy similares a los barogs.

Cruzamos la aldea, que despertaba a los quehaceres del nuevo día, mientras los aromas propios de ese asentamiento de salvajes se me colaban en la nariz.

Alguien estaba asando unas serpientes en una cazuela oxidada, uno cortaba madera negra con un hacha inmensa y otro, un poco más allá, arrastraba de uno de sus delgados brazos a una *aninf*, que no se oponía, más bien lo contrario. Su melena, tan larga y amplia como una manta, barría el suelo mientras él la llevaba tras una de las chozas hechas de barro y paja.

Cuando rebasamos la pequeña jaula de los *llitops*, se me encogió el corazón. Seguían allí apiñados, supongo que esperando a convertirse en la próxima cena de esos animales. Hubiera jurado que me miraban, con sus enormes ojos claros, suplicantes. Si pudiera, los soltaría de inmediato para que corrieran a morderles el culo a

esos abusones que se creían con el derecho de ir secuestrándonos a todos y hacer con nosotros lo que les daba la gana. El de color naranja me miraba con atención.

Me concentré de nuevo solo en poner un pie delante del otro con cuidado, apoyando parte del peso en las dos mujeres que me sujetaban. Susi mantenía la mirada fija al frente. Ni siquiera echó un vistazo al grupo de inferiores y *aninfs* que estaban follando como conejos, tal como había visto el primer día. Aquello debía de ser lo más normal del mundo para ellos. Y nadie parecía sorprenderse ni dedicarles más que una miradita rápida.

—Es más sencillo si los ignoras —dijo Susi.

—Ya. Supongo que todavía llevo poco tiempo en Nemea. —Sonreí con amargura.

—Esto no tiene nada que ver con el resto de Nemea. Los barogs son una especie hermosa, compasiva y fascinante. Esto de aquí es… una aberración. —Apretó la mandíbula mientras seguíamos caminando.

—En eso discrepo un poco.

—Son una civilización mucho más primitiva que la nuestra, Callie. No podemos culparlos por estar menos evolucionados que nosotros.

—Lo sé. El caso es que mis recuerdos de cuando me trajeron a este planeta no son especialmente felices. Me metieron en las mazmorras, me marcaron a fuego, me lanzaron a una cacería horrible… Pasé mucho miedo.

—Por lo que dices, veo que Cyrus no ha seguido exactamente los pasos de su padre, el rey Drashir —dijo con pesar.

Las otras mujeres murmuraron a nuestro alrededor. Lorish nos miró un instante, pero enseguida se giró de nuevo hacia delante y empezó a hablar con otro barog enorme que se había unido al grupo.

No quería hablar mal de Cyrus. Las cosas entre él y Daryos se habían arreglado, y era la pareja de vida de Tina. Además, los acontecimientos de los últimos días me habían demostrado que, pese a todo lo que había hecho, era un barog bastante decente. Y aunque no creía que fuera a perdonarlo por completo, estaba dispuesta a hacer un esfuerzo. Pero tampoco podía mentir del todo.

—Cuando me secuestraron y me llevaron a la aldea, mi primera impresión sobre este mundo no fue muy distinta a la que estoy teniendo ahora mismo aquí —dije con sinceridad. Otro murmullo de las mujeres, esta vez más alto—. Pero Cyrus no lo tuvo precisamente fácil cuando subió al trono. Era joven, acababa de perder a la mayor parte de su familia de un modo atroz en la guerra y no contaba con muchos apoyos. Supongo que hizo lo que pudo para mantener a su gente a salvo.

—Apuesto a que los ancianos tampoco se lo pusieron fácil.

Negué con la cabeza.

—Lo importante es que, ahora, las cosas van por buen camino. Creo que él ha aprendido de sus errores y está intentando redimirse y enderezar la situación a la que ha llegado su especie. Además, Daryos y él están más unidos que nunca y cuentan con la ayuda de todos sus amigos, barogs valientes y honorables, entre ellos Ciench.

Le brillaron los ojos.

—Eso está bien.

—¡Ah! Y se ha vinculado con la mujer más fuerte, valiente e inteligente que conozco. Bueno, y también un poco arrogante y muy de armas tomar. Ella no va a dejar que se desvíe ni un milímetro.

—No recuerdo cómo dijiste que se llamaba.

—Tina. Era mi alumna en la Tierra.

—Ya tengo ganas de conocerla.

Seguimos cuchicheando un poco más, hasta que Lorish se acercó demasiado a nosotras cuando dejamos atrás los límites de la aldea. Entonces, nos callamos en seco y seguimos avanzando en silencio.

En el último tramo, Susi tuvo que agarrarme con más fuerza porque la pierna me falló un par de veces. Tenía ganas de quitarme la venda y ver el aspecto de la herida.

Unos cincuenta metros tras la última choza, nos detuvimos junto a un pantano de aguas claras, rodeado de esos árboles tristes que estaban por todas partes. Una serpiente negra oscilaba en la superficie. Me encogí.

—No son venenosas.

—Aun así, son repugnantes.

—Es lo que hay, Callie. Te acostumbrarás —dijo con una mezcla de dureza y pesar. Me dio un ligero apretón en el hombro justo antes de detenernos en la orilla.

Se me hizo un nudo en el estómago.

«No tendré tiempo de acostumbrarme a este lugar de mierda porque no pienso pasar mucho tiempo aquí», pensé. Pero me lo guardé para mí.

La imagen de Daryos tras Wailele, la cascada que era su lugar especial en el mundo, me provocó una punzada en el corazón. Necesitaba verlo, abrazarlo. Y no quería ni pensar lo que supondría para nosotros todo lo que me hiciera Ux. Cosas como esas podrían rompernos para siempre, alejarnos y marcarnos de dolor.

Entonces, miré a Susi, que estaba dejando las telas limpias sobre una roca plana. Ella llevaba diez años allí, y apostaba a que sus sentimientos por Ciench y los de él por ella estaban intactos, y nada podría acabar con ellos ni estropear lo que tenían.

Pero ella había vivido dos siglos en Nemea con su barog. Daryos y yo apenas habíamos tenido unas semanas, y las primeras, llenas de discusiones, rencor y altibajos.

«Que los dioses del manantial nos ayuden».

—Al agua, mujeres. No tenemos todo el día —ordenó Lorish, aposentando su culo enorme en una roca. El otro barog hizo lo mismo.

Lorish les indicó a los inferiores de malas maneras que se alejaran un poco. Ellos obedecieron y se tumbaron en el suelo junto a unos matorrales.

—Tienes que desnudarte, Callie. Te ayudaremos a entrar en el agua —me dijo Susi, quitándose el vestido y lanzándolo en un montón junto a los de las demás.

Tragué saliva y el pánico se apoderó de mí.

—¿Y tenemos que hacerlo delante de ellos?

—Las cosas son así. No lo pienses, solo hazlo.

—No quiero desnudarme. Ya me he despelotado demasiadas veces desde que llegué aquí. Estoy harta. Y además, no puedo permitir que vean… Ya sabes.

—¿Tu marca? —susurró. Yo asentí—. No les des la espalda, y yo te cubriré con mi cuerpo en todo momento.

—Gracias. Aun así… —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Piensa en otra cosa. Piensa que estás solo con nosotras, entre amigas. El agua está fresca y limpia. Es muy agradable.

—Salvo por esos dos que nos devoran con la mirada.

—No van a tocarnos.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque Ux los mataría si lo hicieran.

—No entiendo nada —dije mientras Susi me ayudaba a desnudarme.

Lorish clavó la mirada en mí en el acto.

«Claro, capullo, porque soy la novedad, ¿no? Quieres examinar la carne fresca. ¡Cabrones de mierda!», grité en mi mente.

—Cuando Ux decidió que se acabó la exclusividad y que tendrían más posibilidades de preñarnos si todos yacían con todas, estableció unos días y unos turnos.

—Encima el capullo es organizado.

—No te imaginas cuánto.

—¿Y cómo funciona?

—Tres días a la semana. Vamos rotando.

—Eso es… vomitivo.

Desvió la mirada, rehuyendo mis ojos.

—Algunas han enloquecido. Unas pocas se quitaron la vida.

—No me extraña. Esto es un infierno en vida, Susi. No sé cómo has podido mantenerte tan cuerda.

Ella rio amargamente.

—¿Cuerda? Cada vez que uno de esos me monta, cierro los ojos y vuelo muy lejos de aquí. Imagino que es mi barog quien me sostiene entre sus brazos. Su aroma especiado el que huelo, sus ojos grises los que me contemplan, las ondas oscuras de su cabello las que me hacen cosquillas en la piel. Solo así puedo hacer todo lo que ellos me piden —dijo mirando de reojo a Lorish, que nos sonrió.

—Así que tú y él…

Se envaró.

—Es el peor de todos…, después de Ux.

Todo mi cuerpo, ahora desnudo, tembló. Susi se dio cuenta y me rodeó la cintura con el brazo.

—Olvida que están aquí, Callie. —Me acarició el cabello y se esforzó por sonreírme—. Solo piensa en Daryos, tu barog bueno y valiente. Fija la imagen de su rostro en tu mente y no la apartes jamás. Eso te salvará de la locura y la desesperación. Es lo que yo llevo haciendo todo este tiempo.

Varias lágrimas asomaron en mis ojos sin mi permiso. Me las enjugué enseguida mientras ella me quitaba la venda del brazo. Después, se agachó para desatar la del muslo.

—Veamos cómo está esto.

Me daba miedo mirar. ¿Y si se me había infectado y tenían que acabar amputándome una pierna? La fiebre había remitido, pero nadie me aseguraba que la gangrena no estuviera haciendo de las suyas.

—¿Qué pinta tiene? —pregunté, todavía sin bajar la vista.

—Puedes mirar, Callie. Está curando muy bien y la del costado también. Ese ungüento obra milagros.

Eché un vistazo. Susi tenía razón. Era un corte largo y profundo que iba desde encima de la rodilla hasta casi la ingle. Los puntos de sutura que Ux me había dado la recorrían limpiamente de arriba abajo. No había inflamación, apenas una leve rojez en los bordes. Y las otras dos heridas incluso tenían mejor pinta. Aun así, eran terribles y tardarían en curarse por completo. Me dejarían unas buenas cicatrices de las que presumir ante mi barog.

Suspiré aliviada mientras ella me sonreía. Su alegría por mí parecía genuina.

—Tienen buen aspecto, ¿verdad? —pregunté.

—Mucho mejor de lo que esperaba. En unos días podrás saltar y correr con normalidad. —Me guiñó un ojo.

—Como si tuviera motivos para ello… —murmuré.

—Incluso en las peores situaciones, Callie, las mujeres encontramos pequeños momentos de paz y felicidad. Solo hay que aprender a conformarse con muy poco.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Supongo que tienes razón.

—Ven. Agárrate a mí, te ayudaré a entrar. No te preocupes, desde este ángulo no pueden ver tu marca de nacimiento.

Otra mujer me ayudó también, mientras otras dos hacían lo mismo con Sylvia. Contemplé boquiabierta su vientre abultado. ¡Enorme! Era hermosa, como cualquier mujer embarazada. Incluso en esa mierda de sitio, ese milagro de la naturaleza siempre llevaba una pizca de esperanza. Reconozco que sentía curiosidad por contemplar a un bebé barog. Estaba convencida de que sería una monada.

Me sorprendí a mí misma pensando en el aspecto que tendría un bebé de Daryos y mío. Seguro que sería rechoncho y precioso. Con los ojos dispares de su padre, y seguramente también tan pesadito como él. Y por extraño que pueda parecer, por un breve instante, pensar en ello me llenó de alegría. Tenía que sobrevivir para poder sostener entre mis brazos, algún día, el fruto de nuestro amor.

«Fíjate, solo has necesitado tres días para perder la cordura», pensé riendo.

Sacudí la cabeza para alejar esas tonterías de mi mente. No quería ser madre, al menos no en muchos años. Y ahí estaba yo, pensando en esas cosas por primera vez en mi vida.

Nos adentramos en el pantano despacio para no resbalar en el lodo de la orilla. En cuanto sentí la caricia del agua en mi piel, me recorrió una sensación tan agradable que a punto estuve de gemir. Me solté de Susi y seguí andando hasta sumergirme por completo. Permanecí unos segundos con la cabeza dentro del agua, meciéndome levemente, mientras mi melena oscilaba con mis movimientos. Cuando emergí al fin, Susi y otras mujeres me miraban sonrientes.

Aquel simple hecho de meterme en el agua limpia revitalizó cada célula de mi maltrecho cuerpo. Me pasé un instante las manos por el rostro y por el pelo, y me sumergí de nuevo, esta vez hasta el cuello. Ni siquiera me acordé de las dichosas serpientes negras ni de cualquier otro bicho que pudiera habitar en esas aguas. Me importaban una mierda.

—Te sientes como nueva, ¿verdad?

Asentí.

—¡Cuánta razón tenías, Susi! Esto es un remanso de paz, si no fuera por esos dos idiotas que no nos quitan la vista de encima.

—Olvídalos. Este momento es nuestro.

—Y ya sería la leche si tuviéramos alguna de esas raíces jabonosas.

Susi sonrió y llamó a una de las mujeres, Penny, que enseguida repartió mitades de raíces a todas.

En cuanto me dio un trozo, lo hundí en el agua y empezó a producir espuma de inmediato.

—El mejor invento de este sitio. ¿Cómo puede ser tan suave y oler tan bien? —comenté.

—Ni idea, pero es verdad que es maravilloso —dijo Susi, empezando a enjabonarse.

—Ni siquiera echo de menos la mascarilla de pelo.

Me miraron todas de un modo extraño. Y por absurdo que parezca, me reí con ganas.

—¡Claro, no sabéis lo que es eso! A veces olvido que tenéis más de doscientos años.

—Tienes que ponernos al día de muchas cosas.

Les expliqué lo que era la mascarilla y, asombrosamente, ellas me contaron que era parecida a unas hierbas y esencias naturales que se echaban en el cabello para darle más brillo y volumen. Cuando regresara a la aldea, tendría que agenciarme unas cuantas de esas.

—Tu barog es muy afortunado, Callie —dijo Susi de repente.

—¿Y eso por qué? A ver, que sí, que al chaval le ha tocado la lotería conmigo —bromeé haciendo rodar los ojos.

Se rio como si le divirtiera mi modo de hablar.

—Eres guapa, valiente, inteligente y buena persona, no hay duda.

—Pues gracias, Susi. Te digo lo mismo. Entiendo por qué Cienchte adora y no te ha olvidado. Su amor por ti es de película.

Sonrió.

—Cuando entró por primera vez en la tienda de mi padre, casi me desmayo. ¡Era tan guapo! Las manos grandes, esa voz grave, su cabello rebelde… ¡Y su mirada! Me encandiló al instante.

—¿Sabes que lo he visto en su forma humana? —dije bajando la voz, mirándola a los ojos—. Ya te lo contaré cuando estemos a solas.

Se tapó la boca con ambas manos, ahogando la sorpresa.

—Entonces, me crees, ¿verdad?

Asentí despacio.

—Tu barog es espectacular, ¡guapísimo! Como mi Daryos, que está para chuparlo por todas partes.

Abrió mucho los ojos y soltó una carcajada.

—Volveremos junto a ellos, Susi. No me cabe la menor duda.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Sus ojos rebosaban emoción. No hacían falta más palabras. Una cosa tenía clara: acababa de encontrar una nueva amiga. Lástima que fuera en medio de esas circunstancias tan miserables.

Nos unimos a las otras y acabamos de lavarnos entre charlas. Algunas me hablaron de sus barogs, vivos o muertos, y de las historias de sus vidas antes y después de llegar a Nemea. Se me puso la piel de gallina muchas veces. Me maravilló la capacidad que tenían esas mujeres, que habían sufrido tanto, de abstraerse de su desgracia y de todo cuanto las rodeaba, y refugiarse en los recuerdos felices del pasado. No tenían otra cosa.

Al acabar, Susi y Penny, que era también un encanto, me ayudaron a salir del pantano y me dieron una de las telas. Me sequé a conciencia, procurando no darles la espalda en ningún momento a los barogs.

Después, Penny y otra de las mujeres, envueltas en las toallas improvisadas a la altura del pecho, se acercaron a un cobertizo de bambú junto a los árboles y nos trajeron vestidos limpios, que, según acababa de ver, se guardaban allí.

Penny, una belleza de cabello moreno ondulado y ojazos color miel, me entregó uno y me lo puse enseguida. Me pasé las manos por el pelo, intentando desenredarlo, y anudé el cordón marrón alrededor de la cintura para entallar un poco el vestido y que se mantuviera en su sitio.

—No te preocupes por el pelo, Callie. Cuando lleguemos, te peinaré. Y volveré a vendarte la pierna.

Asentí. Me importaba una mierda si mi melena tenía un aspecto horrible. Lo que menos quería era estar guapa para ese capullo de Ux. Pero mi pelo era muy rebelde y, con la humedad, se encrespaba y me molestaba. En cuanto se me hubiera secado, me lo trenzaría, y fuera problemas.

Regresamos a la aldea con esa sensación maravillosa de estar limpias. Sin embargo, en cuanto aparecieron las chozas en nuestro campo de visión, los estados de ánimo cambiaron y se apagaron. El mío también. Porque sabía que, en breve, Ux me reclamaría.

Mientras atravesábamos la aldea de vuelta, ahora más vacía, me pareció escuchar gritos de mujer.

—¿Hay más descendientes en la aldea?

Susi negó con la cabeza.

—Solo nosotras. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque…

Una *aninf* macho se nos cruzó por delante y Lorish le dio un pequeño empujón para que se apresurara. Susi me explicó que la mayoría de los inferiores y las *aninfs* habían salido de caza, como cada día.

Cambiamos de tema y pensé que esos gritos que escuchaba a veces solo eran producto de mi imaginación, desbordada por todo lo que había sufrido, por las heridas y por el miedo.

Entramos en la celda un poco cabizbajas y, sin mediar palabra, Susi me indicó que me sentara en una silla y comenzó a desenredarme el pelo. Cuando acabó, me hizo una trenza, tal como le pedí, y me la anudó con una tira de cuero.

Después, se dedicó a aplicarme el ungüento en el muslo y, acto seguido, me lo vendó. Hizo lo mismo con mis otras dos heridas, que tenían muy buen aspecto.

Acababa de cortar la tela sobrante cuando la puerta se abrió y Lorish apareció de nuevo en el umbral.

—Ux quiere verte —soltó sin más, clavando sus ojos marrones oscuros en los míos.

La sangre se me heló en las venas.

Susi me ayudó a levantarme y me dio un apretoncillo de ánimo en el brazo.

Y empecé a caminar hacia el exterior, con el estómago encogido y conteniendo las ganas de ponerme a gritar, pero no el temblor de mis manos.



16 ¡CUIDADO!
tina

Mientras avanzábamos entre pantanos, lodo y árboles cada vez más escuálidos y grises, nos manteníamos extrañamente en silencio. Era como si, de algún modo, el entorno hiciera mella en nosotros y nos imbuyera de su atmósfera deprimente.

Daryos caminaba en cabeza, con el rey a su lado. Apenas habían cruzado un par de frases desde que habíamos salido, hacía ya algunas horas. El príncipe y Ciench eran los que estaban más preocupados, por razones obvias.

Ciench me había estado hablando de Susi, su *hoa uhane,* durante parte del trayecto. Mientras lo hacía, sus impactantes ojos grisáceos brillaban más que nunca. Me habló de cómo se conocieron en la Tierra y de que se enamoró de ella nada más verla. También de su vida en común en Nemea durante casi dos siglos. Me contó que era la costurera de la aldea y que confeccionaba los vestidos para todas las mujeres. La amaba con locura y a su lado había sido muy feliz.

Recé a los dioses para que permitieran que se reunieran de nuevo para seguir disfrutando juntos de su existencia. Era un buen barog, amable y leal, que transmitía algo así como paz. Me caía muy bien. Se merecía recuperar la felicidad.

Solo habíamos parado dos veces para beber agua y descansar unos minutos. No había tiempo que perder.

Xerx había descubierto unas huellas de barogs, o sea, de hermanos perdidos, y estábamos siguiéndolas. Nada más verlas, Axeh se había encaramado al árbol más alto y, aparentemente, resistente, y nos había indicado hacia dónde llevaban. Así que ahora, o bien teníamos una pista para encontrar la aldea de esos monstruos…, o bien estábamos siguiendo a otro de sus grupos de expedición, que no teníamos ni idea de adónde nos llevaría.

Según Xerx, avanzábamos en dirección al corazón mismo de la ciénaga, así que íbamos bien. Además, cada vez nos costaba más encontrar senderos por los que transitar y esquivar el agua. Eran caminos embarrados, donde nos hundíamos hasta los tobillos, a veces incluso más. Pronto no nos quedaría más remedio que cruzar por en medio de los pantanos. Y eso era algo que no nos hacía ninguna gracia, sobre todo a nosotras tres.

Mientras caminábamos, los insectos gigantescos revoloteaban sobre la superficie, las serpientes delgaduchas culebreaban deprisa, y sospechosas ondas y burbujas se formaban en el agua. No tenía ningunas ganas de descubrir qué demonios eran.

De repente, tuve la sensación de que el aire se espesaba y la escasa vegetación se agitaba a nuestro alrededor. Varios relámpagos, seguidos de sus truenos respectivos, cada vez más ruidosos y cercanos, iluminaron el cielo con un resplandor cegador. Nunca había contemplado semejantes luces. Era abrumador.

Algo se movió a mi derecha. Ni siquiera lo vi. Solo… lo sentí. Nos giramos todos hacia allí. No había sido la única en percibirlo.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los barogs sin excepción empuñaron sus machetes mientras cerraban filas en torno a nosotras tres. Los felinos adoptaron posiciones defensivas mientras rugían a modo de advertencia. Tenían el pelaje erizado y las fauces abiertas.

Cyrus dio algunas indicaciones que no entendí. Daryos asintió, hizo una señal a los demás y todos se movieron despacio, flexionando un poco las rodillas y agachando sus enormes cuerpos. Sus miradas alertas, su musculatura en tensión.

El aire frente a nosotros fluctuó de un modo extraño, como si fuera un holograma o un espejismo. No se veía nada y, sin embargo, había algo allí mismo.

Ciench y Toruch se abrieron hacia nuestra derecha, Cyrus y Daryos, a la izquierda, desplegándose y ampliando el círculo como si pretendieran rodear algo que estaba justo ante nuestras narices…, aunque no pudiéramos verlo.

Xerx y Axeh se movieron deprisa hacia delante, situándose frente a nosotras. Xioh y Lansh avanzaron hacia esa fluctuación del aire,

alzando los machetes, sin apartar la mirada ni un segundo.

Jenny y Emi se apretujaron contra mí.

—¿Qué está pasando? —me susurró Emi al oído.

Negué con la cabeza y me llevé un dedo a los labios para que se mantuviera en silencio.

Y entonces, algo parpadeó, y cuatro pares de ojos redondos y negros se clavaron en nosotras mientras el contorno de una figura enorme de piel verdosa empezaba a adivinarse. Los barogs se lanzaron hacia esa cosa, fuese lo que fuese, profiriendo gritos de guerra y rugidos espeluznantes.

Instintivamente, retrocedimos unos pasos, horrorizadas y sin comprender lo que estábamos viendo.

Emi resbaló en el fango y la sujeté para evitar que se cayera. Cuando se giró a mirarme para agradecérmelo, su rostro se convirtió de pronto en una máscara de terror y chilló.

—¡¡Cuidado!! —gritó Ciench a pleno pulmón.

No tuve tiempo de preguntarle qué ocurría, porque algo se me enroscó en la cintura con fuerza y tiró de mí hacia atrás de golpe. Lo último que vi fueron los ojos desorbitados de mis amigas cuando aquella cosa me sumergió en uno de los pantanos.

Mis manos se dirigieron hacia lo que fuera que se aferraba a mí, tratando en vano de soltarme. Clavé las uñas con rabia y tiré con todas mis fuerzas, pero aquel brazo estaba hecho de carne dura y apretada. Algo se me enganchó en las piernas. Parecían… ¿ventosas?

A la falta de oxígeno y que no veía nada, se le sumó el pánico repentino cuando comprendí la clase de ser que me tenía atrapada. Sinceramente, no pensaba que acabaría muriendo ahogada en un pantano pestilente, en brazos de un pulpo gigante. Pero, por lo visto, la vida nos sorprende constantemente.

Los pulmones me ardían, a punto de estallar, y allí donde las ventosas enormes se pegaban a mi piel, sentía un terrible escozor como si la espantosa criatura me estuviera clavando algo.

«¡Lucha, joder! No vas a dejar que esta mierda de pulpo acabe contigo», me recriminé.

Pero me estaba quedando sin aire y allí dentro no veía nada en absoluto. El lodo enturbiaba el agua y era incapaz de saber siquiera si estaba bocarriba o bocabajo.

El tentáculo me sacudió de un lado a otro, golpeándome contra el agua. Aunque me mareé todavía más, logré dar una buena bocanada de aire cuando mi cabeza emergió a la superficie. Me pareció ver a Cyrus y varios barogs lanzándose al agua con sus armas en lo alto y a Bazzeila con las fauces preparadas justo antes de que el pulpo volviera a hundirme por completo.

«Piensa, joder. ¿Cómo puedes defenderte? Tienes que golpear donde más le duela».

Empecé a darle vueltas a todo lo que la profesora Dawson nos había enseñado sobre los cefalópodos. ¡La de cosas que recuerdas en momentos de vida o muerte! Eran animales muy inteligentes, rápidos y agresivos cuando se lo proponían, así que tenía pocas posibilidades contra aquella cosa, sobre todo, porque era gigante.

Pero no estaba sola. Podía sentir a los barogs cerca, luchando con la criatura. Así que debía hacer algo para ganar tiempo y que me soltara. Solo de ese modo Cyrus y los demás podrían descargar el filo de sus cuchillos contra la carne de esa bestia.

Tras rozar dos veces el suelo, estiré el brazo y mis dedos se prepararon para rebuscar en el fondo lo que fuera que pudiera usar como arma.

«¿En serio crees que tienes alguna posibilidad?». Pero rendirme nunca había sido mi estilo.

Cuando pensaba que me ahogaba, me sacudió de nuevo con fuerza. El tentáculo, acabado en una pezuña dura y letal, se elevó varios metros por encima del agua y, al fin, contemplé con horror al pulpo en todo su esplendor. Sus ocho ojos estaban clavados en los barogs que embestían contra él. Enzo y Bazzeila se aferraban a sus tentáculos, dispuestos a no soltarlos.

«¡Los ojos!», se me ocurrió de pronto.

Cuando el tentáculo descendió a toda velocidad, choqué con el agua y a punto estuve de perder el conocimiento. Vislumbré el rostro desencajado de mi rey, rugiendo y asestando golpes a diestro y siniestro.

Logré mantenerme despierta y aguardé hasta que me sumergió de nuevo hasta el fondo. Mis dedos rebuscaron desesperadamente, arañando el lodo en busca de algo, cualquier cosa que pudiera servirme. Estaba a punto de tirar la toalla, cuando sentí entre los dedos una piedra. Tendría que bastar.

Al alzarme de nuevo, cometió el error de soltarme un instante. Bueno, más bien fue un acto reflejo en respuesta al machetazo que Daryos acababa de asestarle al tentáculo que me sostenía.

Mientras caía, solo podía pensar en esos ojos negros horripilantes que miraban a todas partes.

Levanté el brazo y, ya a la altura de su cabeza, asesté un golpe con todas mis fuerzas, aprovechando el impulso de la caída.

«Por favor, dioses, ayudadme». Mi mano trazó un pequeño arco y la piedra se estrelló contra uno de sus ojos, reventándolo.

El chillido que siguió casi me perforó el tímpano. Me precipité al pantano, en medio de un revoltijo de tentáculos agitando el agua y el barro.

Un brazo musculoso tiró de mí y me sacó a la superficie. Me arrastró hasta la orilla rápidamente, alejándome del pulpo. Mientras luchaba por recuperar una respiración normal, vi quién me había salvado de morir ahogada o pisoteada por esa cosa. Los ojos dispares de Daryos brillaron cuando se encontraron con los míos. En cuanto me dejó a salvo, se unió de nuevo a su hermano y sus amigos para acabar con ese monstruo.

Emi y Jenny me ayudaron a salir del pantano. Tiraron de mí, arrastrándome orilla arriba por el lodo, hasta que mi cuerpo entero estuvo fuera. Entonces, nos apartamos del agua todo lo que pudimos y nos colocamos espalda contra espalda, conteniendo el aliento.

Las ventosas me habían dejado marcas sanguinolentas en la piel. Pero nada de eso importaba cuando todos nuestros barogs luchaban a vida o muerte contra no uno, sino dos pulpos nemeos.

Por un lado, Cyrus, Daryos, Xerx y Axeh acuchillaban una y otra vez al que me había atrapado poco antes, mientras Enzo y Bazzeila destripaban la carne dura del monstruo con sus fauces y garras, rugiendo enloquecidos.

Por el otro, Ciench, Toruch, Xioh y Lansh batallaban sin descanso contra el primero que había aparecido, al que Benju mordía salvajemente, tratando de arrancarle un tentáculo a bocados. Lo que minutos antes podía confundirse con un espejismo, había tomado plena forma.

Los pulpos eran aterradores y, por lo visto, se camuflaban a la perfección con el entorno, como si fueran camaleones. Además, las pezuñas duras y puntiagudas que coronaban cada tentáculo eran mortíferas. Las movían a diestro y siniestro, intentando alcanzar a sus atacantes.

Apreté la mandíbula mientras el rey cortaba de cuajo uno de los tentáculos verdosos de aquella bestia y el príncipe otro. Axeh se impulsó en la orilla y se abalanzó sobre su cabeza, hundiendo un cuchillo más corto en uno de sus ojos y luego en otro y otro y otro… hasta dejarlo completamente ciego. Entonces, Cyrus se le acercó de frente, mientras los otros tres barogs se apartaban para dejarle espacio, y Bazzeila y Enzo lo inmovilizaban por completo.

De un movimiento veloz, el rey cortó el cuello de la enorme criatura, desgajando del cuerpo la monstruosa cabeza abombada, que se desplomó sin vida y se hundió en el pantano.

Pero no había tiempo que perder. Sus amigos seguían batallando en tierra contra el otro pulpo, que estaba herido, pero no se rendía. Sin embargo, en cuanto este vio a los otros cuatro barogs y los felinos acercándose, retrocedió, empezó a camuflarse de nuevo y se lanzó al pantano. Supongo que vio que estaba en inferioridad de condiciones y tenía todas las de perder.

Y ya no volvimos a verlo.

Aquello había sido incluso peor que las arenas movedizas. Ni siquiera estaba segura de ser capaz de moverme. Había sentido un pánico atroz mientras aquella criatura me mantenía sujeta bajo el agua. Creí que moriría…, pero había sobrevivido. ¡Era un maldito milagro! Quizá sí que los dioses del manantial estaban de nuestra parte, al menos algunos de ellos.

Mientras los barogs recuperaban el aliento y se felicitaban unos a otros por la increíble hazaña que acababan de protagonizar, Cyrus corrió hacia mí.

Sujetó mi cara entre sus manazas y me besó la boca con tanto amor que casi me derrito. Después, se agachó, me agarró y me alzó en brazos. Caminamos en silencio por el sendero entre charcos de lodo durante unos metros, hasta que se detuvo y me depositó con cuidado en el suelo más o menos seco y se arrodilló frente a mí. Los demás se nos aproximaron.

—¿Estás herida? —me preguntó.

Sus ojos recorrían mi cuerpo y sus dedos mi piel, en busca de cortes o huesos rotos. No había nada, a excepción de los moratones que habían dejado las ventosas al succionar mi piel. Algunas ronchas tenían marcas sanguinolentas de picotazos, pero no parecía nada grave, a menos que el dichoso pulpo fuera venenoso. En tal caso…

—Estoy bien, aunque pensé que iba a morir —dije con esfuerzo. Hasta hablar me costaba.

—No muchos han sobrevivido al ataque de un pulpo para contarlo. Te diría que no conozco a más de tres, tú incluida. Así que puedes considerarte afortunada, mi reina.

Sus palabras sonaban calmadas y templadas, pero su mirada me decía todo cuanto necesitaba saber: había sufrido como un condenado. Y no era para menos, porque había estado a punto de perderme.

Xioh se acercó hasta nosotros y se acuclilló a mi lado.

—Toma. Bebe esto, Tina —dijo acercándome un trozo de corteza a modo de cuenco, con un líquido negro en la zona cóncava.

—¿Qué es?

—No quieras saberlo. Acabo de extraerlo del pulpo que te atrapó.

—¿Y se puede saber por qué me lo das? —pregunté horrorizada.

Señaló con el dedo las marcas de las ventosas y los pinchazos.

—Los pulpos inyectan un veneno letal, y el único antídoto es su propia sangre. Y tiene que ser del que te ha atacado, no sirve la de ningún otro pulpo.

—¡Joder! ¿Y es… necesario? —Beber sangre de pulpo gigante no era exactamente una de mis ilusiones en la vida.

—Has oído la parte en que Xioh decía "veneno letal", ¿verdad? —dijo el rey. Empezaba a perder el control.

El sanador me acercó la corteza a los labios.

—Supongo que le habrás quitado los bichos a la corteza.

—Bebe, maldita sea —me ordenó Cyrus, tomando el cuenco de las manos de su amigo y dándomelo a beber.

Lo hice, y no se lo vomité en la cara de puro milagro. Xioh me echó la cabeza hacia atrás y me obligó a tragar.

—Es lo más asqueroso que he probado nunca. —Todavía no sé cómo logré contener las arcadas.

Toruch me pasó una cantimplora y bebí varios sorbos largos. Axeh me puso una baya en la mano y me la comí en dos bocados para quitarme ese sabor metálico y ácido, que ni siquiera sería capaz de describir. Me ardía el estómago.

—Gracias —murmuré, dirigiéndome a todos ellos.

Pero alcé la vista y clavé los ojos en los del príncipe. El asintió y me sonrió.

Los barogs me habían salvado. Daryos me había rescatado del fondo del pantano, segundos antes de que me ahogara.

Cyrus siguió nuestras miradas. Se levantó, se plantó ante su hermano y lo abrazó con fuerza. No hicieron falta palabras entre ellos.

—Avanzaremos un poco más y buscaremos un sitio en el que descansar. ¿Te parece bien, hermano? —dijo Cyrus.

—Tu *hoa uhane* necesita reposar, y nosotros reponer fuerzas y prepararnos para otro posible encuentro con los pulpos. Nos han atacado dos a la vez, y eso significa que esta zona está plagada de ellos. Nos encontramos en el centro de su hábitat natural —explicó el príncipe.

—Normalmente, atacan en solitario, no sé qué les debe de haber llevado a este ataque combinado —dijo Ciench.

—Tal vez escasea la comida, o la presencia de los hermanos perdidos por esta zona puede que haya alterado sus hábitos. Si es esto, es que ya no andamos muy lejos de su asentamiento —dijo Xerx.

—Sea como sea, la próxima vez estaremos mejor preparados. —Cyrus buscó mi mirada con la suya. Se agachó frente a mí de nuevo y sus dedos me alzaron el mentón—. Esto no puede volver a ocurrir.

—Tensó la mandíbula con rabia, que contrastaba con la suavidad con la que me acarició el pómulo.

Posé una mano sobre su antebrazo musculoso y le di un ligero apretón para transmitirle que estaba bien.

Tras pasarme la mano por el cabello, se puso en pie de nuevo y, con un silbido largo y profundo, llamó a Bazzeila. La pantera se plantó a mis pies enseguida, tumbada como una alfombra, y entre el rey y el príncipe me ayudaron a montar en su lomo. Cyrus me sujetó de la mano para que no me resbalara mientras ella se erguía sobre sus cuatro patas.

Me sentía débil, como si me hubieran licuado todos los huesos. No era de extrañar, después de la paliza que me había dado el pulpo.

Emi montó sobre Enzo y Jenny sobre Benju. Y así reemprendimos la marcha, en busca de un lugar que nos permitiera recobrar el aliento y pasar la noche. Aún quedaban unas horas para el ocaso, pero la oscuridad no debía sorprendernos en ese paraje atestado de pulpos.

Mientras avanzaba a lomos de Bazzeila con Cyrus a un lado y el príncipe al otro, no pude evitar estremecerme al pensar en Callie.

Ella estaba sola, rodeada de hermanos perdidos y a saber qué otras criaturas salvajes. En el fondo de mi alma, creía firmemente que la encontraríamos. Lo que no sabía era en qué condiciones… ni cuánto habría sufrido.

Me agarré con fuerza al robusto cuello de la pantera mientras el rey y el príncipe nos guiaban por aquel paraje lúgubre y plagado de peligros.



17 ¡NO ME MIENTAS!
callie

—¿Puedes andar, humana? —me preguntó Lorish, girándose hacia mí.

Asentí en silencio y se dio la vuelta de nuevo mientras saludaba a un par de barogs que estaban despellejando a un animal enorme. Me pregunté qué clase de bicho sería. No había visto uno igual en la vida.

Al pasar junto a la jaula de los *llitops*, no pude evitar echarles otra miradita. Me observaban con los ojos muy abiertos, como siempre hacían, la lengua colgando fuera y mostrando esos dientes afilados como agujas. A buen seguro, podrían arrancarme una mano de un bocado, pero, por algún motivo, sentía que a mí no me harían daño.

«No son peluches achuchables ni mascotas. Son alienígenas peligrosos», me dije para autoconvencerme. Pero nada, para mí seguían siendo adorables. El anaranjado, un poco más grande que los demás, estaba pegado a los barrotes, con el piquito asomando y los ojos clavados en mí.

Suspiré.

«Te están llevando ante Ux, y tú sigues preocupada por esos pollos despeinados».

Me concentré en cada paso, mientras el muslo lesionado se me tensaba, con la sensación de que me estaban llevando al matadero…, o a algo incluso peor.

Lorish se detuvo ante la choza de Ux y le avisó de que estábamos ahí. Abrió la puerta y se apartó para dejarme pasar. Alcé la vista al cielo e inspiré hondo un par de veces, tratando de mantener las lágrimas y el pánico a raya.

«Puedes hacerlo. Solo tienes que entretenerlo hablando y demorarlo lo máximo posible. Y pase lo que pase…, no es culpa

tuya». Aun así, sentí una gran presión en el pecho y, por un momento, no fui capaz de dar un solo paso más.

Estaba aterrorizada.

—¿Vas a entrar, Callie? —preguntó Uxuer desde el interior.

Las náuseas me subieron desde la boca del estómago a la garganta. Y entré.

Ux me esperaba de pie en el centro de la choza, bastante más grande que las demás. Había que reconocer que era un barog imponente. No quería ni pensar en él como medio humano, porque todavía lo hacía más difícil.

—¿Cómo va esa pierna, Callie? —dijo, tendiéndome la mano para ayudarme. No tuve más opción que cogerla—. ¿Te duele mucho?

Me guio hacia su jergón, su… cama, y nos sentamos uno al lado del otro. Tuve que esforzarme para controlar mis pulsaciones y mi respiración.

—Estoy mucho mejor, gracias. Las demás han cuidado muy bien de mí.

—Me alegra escuchar eso. ¿Y el costado?

—Ya casi no me duele.

—Eso está bien. ¿Has hecho alguna amistad? Tengo entendido que esas cosas son importantes para vosotras.

Se me revolvió el estómago. El muy cabrón quería saber si alguna de ellas era importante para mí. No me extrañaría que en algún momento utilizara esa información. Pero tampoco podía negarme a contestar sus preguntas desde el principio. Sin duda, vendrían preguntas mucho más difíciles de responder.

—Todas se han portado muy bien conmigo, aunque quizá con la que más he hablado es con Susi.

—¡Ah, Susi! Una mujer hermosa e inteligente. Estuve a punto de vincularme exclusivamente con ella, ¿lo sabías? Pero su vínculo con Ciench era demasiado fuerte. Así que tuve que… cambiar de estrategia. Y está dando sus frutos.

Si no le vomité en la cara fue un puñetero milagro. Ese cabrón estaba a punto de sacar lo peor de mí.

—Entiendo —me limité a decir.

—¿Conoces a Ciench?

«Respira y responde dando la mínima información posible». Podría decirle que había muerto en la Gran Guerra, pero Ux parecía estar muy bien informado de todo, así que no quería que me pillara en una mentira. Todavía no. Solo cuando no me quedara más remedio.

—Apenas. Sé quién es, pero nunca he tratado con él.

—Un buen barog. Lástima que tenga tantos principios.

Soltó una siniestra carcajada.

Lo peor de todo era que, teniendo en cuenta sus comentarios, estaba segura de que Ux sabía que Cienchseguía vivo, y en diez años no había tenido la decencia de decírselo a Susi. Era el cabrón más grande del universo.

Sus ojos azules chispearon. Sin pretenderlo, me lo quedé mirando.

El cabello era tan negro como el de Daryos. Su piel, en cambio, un poco más clara. Esa cicatriz que le cruzaba el ojo parecía de un machete, pero a saber. Sus espirales eran intrincadas, sobre todo la que estaba grabada en el pectoral en lugar de tatuada.

Llevaba un taparrabos de cuero marrón oscuro muy desgastado, más tosco que el de los barogs de la aldea, y varios collares de extrañas cuentas blancas y negras. Y, por supuesto, estaban los colmillos y garras horripilantes. Y la cola… No hablaré de la cola, que en esos momentos me acariciaba el pie. Contuve el impulso de retirarlo y apartarme de ese apéndice largo y grueso, recubierto de suave pelaje oscuro.

«Queridos dioses del manantial, si me salváis de esta, juro que os veneraré por el resto de mis días. Seré vuestra fiel más devota».

—Vamos a ver cómo está este bonito muslo —dijo de pronto, agachándose frente a mí—. ¿Puedo? —preguntó antes de tocarme.

Asentí. ¡Como si fuera a detenerse si me negaba! Con cuidado, deshizo el vendaje y lo dejó a un lado. Me rodeó la pierna con una mano, sujetándola por la rodilla, y con los dedos de la otra palpó toda la zona alrededor de la herida. Tuve que apretar los dientes para no gritar. Me repugnaba su roce. No porque su tacto fuera desagradable, sino porque era el monstruo que había forzado a todas esas mujeres a las que empezaba a considerar mis amigas.

—Tiene mucho mejor aspecto. No está infectado —dijo deslizando la mano hacia detrás de mi rodilla y acariciando mi muslo con las garras, semiextendidas.

Me quedé muy quieta, conteniendo el aliento. Sus dedos me acariciaron un poco más, hasta que al fin me vendó la herida de nuevo, se puso en pie y regresó a mi lado.

Inspiró hondo, y los pectorales subieron mientras su pecho se hinchaba. Soltó un suspiro sonoro.

Era… enorme.

—¿Qué voy a hacer contigo, Callie? —dijo pensativo, colocándome detrás de la oreja un mechón que se había escapado de mi trenza.

No me pasó por alto su excitación.

«¡Esto es una puta pesadilla!».

—Podrías… dejarme ir.

Su expresión se endureció.

—Eso no va a pasar.

—Lo suponía.

—¿No te gusta mi compañía, Callie? —Sus dedos buscaron los míos. Dejé que los enredara, sintiéndome morir.

—No es… eso. Es que estoy vinculada a otro barog.

—Lo sé, lo sé. Los barogs y nuestras ridículas normas —dijo sonriendo de un modo oscuro y escalofriante.

—No es solo eso. Yo… le quiero.

Me miró con suspicacia.

—¿Amas a un barog que te secuestró hace apenas unas semanas, te trajo a la selva y te marcó? Interesante.

—Le he perdonado.

Amplió la sonrisa, y supe que había caído en su primera trampa.

—Entonces, no pierdo la esperanza. No soy peor que él.

Me mordí la lengua. No iba a contestar a eso. Sus dedos apretaron los míos y se me aproximó un poco más. Ahora su muslo musculoso estaba junto al mío, y su cola había subido por mi pierna sana y se enroscaba desde el tobillo hasta casi la ingle.

—Verás, el tema es que no quiero compartirte con nadie —dijo con voz enronquecida—. Desde que te encontré en el río, te quiero

para mí solo, ya ves. De una forma que hacía mucho tiempo que no sentía. Es un sentimiento viejo y nuevo a la vez.

Me agarré a eso como pude.

—Entonces, ¿estuviste… vinculado?

—No exactamente. Te lo contaré algún día. Ahora prefiero hablar de ti. Me inquieta esta sensación. Pero algo así no puede ignorarse, ¿verdad?

Me acarició el hombro y descendió por el brazo. Luego, apartó la mano. Su erección era evidente bajo el taparrabos.

«Joder, joder, joder».

—Las otras mujeres me contaron que tenéis un sistema de… turnos. Supongo que entraré también en la rotación —dije, intentando sonar tan indiferente como si se tratara de los turnos de trabajo en un supermercado.

Por dentro, estaba hecha trizas. Todo mi cuerpo temblaba de terror, aunque intentaba disimularlo.

—Ese es mi dilema, Callie. Por el momento, no vas a entrar en la rueda. Serás solo mía. ¿No te alegras?

Ladeó el rostro como un depredador. Sus dedos se cerraron sobre mi cintura y su pierna se pegó todavía más a la mía.

Hice una mueca de dolor y me agarré el muslo.

—¿Estás bien?

—A veces me da punzadas, ya se me pasarán. Hoy hemos ido al lago, e imagino que he forzado la pierna demasiado.

Me acarició una mejilla con el dorso de la mano.

—Es cierto. Aún tienes el pelo húmedo —observó, tirando un poco del extremo de mi trenza—. Tienes un cabello precioso. Me trae muchos recuerdos.

—¿De la mujer a la que amaste? —La pregunta se me escapó de los labios.

«Ya podrías estarte calladita».

—¿Quién ha hablado de amor? Aunque a quién quiero engañar, puede que la amara realmente. O tal vez solo fuera esta atracción tan intensa que nos ciega a veces. Como esto que siento por ti en este instante.

Tragué saliva. No me moví. Él se inclinó un poco hacia mí e inspiró con fuerza.

—¡Ah, este aroma! Delicioso. Definitivamente, no voy a dejar que los demás te toquen. Acabo de decidirlo. Creo que hasta podríamos llegar a vincularnos, ¿no te parece?

—Ya estoy vinculada, Ux, ya lo sabes —solté con voz suave, pero firme. No quería cabrearlo, pero no iba a moverme de ahí.

—Por supuesto, pero los vínculos, aunque las tradiciones digan lo contrario, pueden romperse.

Sabía lo que estaba pensando, así que no hacía falta andarse con rodeos.

—Eso me han dicho…, siempre que el barog en cuestión haya muerto. Y el mío estaba vivito y coleando la última vez que lo vi.

Curvó hacia arriba un lado de la boca. Previsible.

—Eso no es problema, mujer. En cuanto me digas quién es, le pondremos remedio.

Vale, ahí vamos.

—Como te dije, es un barog cualquiera.

—Quiero su nombre, Callie —Le temblaba un músculo de la mandíbula.

—Lo sé, pero acabas de amenazarlo de muerte. Como comprenderás, no voy a dártelo así como así.

Aunque estaba temblando, le sostuve la mirada. Gruñó con suavidad a modo de advertencia.

—Nadie va a matar a nadie… todavía. Por si no te has dado cuenta, para ello tendría que iniciar la segunda Gran Guerra. —Sonrió de nuevo.

—¿Y no es eso lo que estás a punto de hacer?

Me miró con suspicacia y tiró de mi mano para acercarme a él. Choqué con su torso enorme. No quería alzar el rostro, no quería que viera el cabreo y el desafío en mi mirada. Me estaba arriesgando demasiado.

Pero como soy idiota, lo hice. Nuestros ojos se encontraron. Había destellos de ónice en los suyos, en medio de sus iris azules, claros y luminosos, rodeados de un círculo negro.

—Creo que sabes demasiadas cosas para ser la *hoa uhane* de un barog cualquiera, Callie. Y ya te dije que no me gusta que me mientan.

Traté de soltarme, pero él me mantuvo bien sujeta. Su cola se apretó en torno a mi pierna y sus brazos enormes me ciñeron contra su cuerpo. Olía a cuero y tormenta y especias intensas. Y a temporal en el mar, lo cual era curioso porque por ahí, que yo supiera, no había ningún mar.

—Solo sé lo poco que he visto y oído durante mi estancia en la aldea.

—¿Sabes? Tenía un informador en la aldea, por eso estoy al corriente de todo lo que sucede ahí, pese a llevar tanto tiempo fuera.

Se me paró el corazón. ¿Un traidor? ¿Un topo? ¿Quién demonios sería y qué le habría dicho de mí?

Empecé a sentir náuseas de nuevo.

—Lo imaginaba. No me pareces la clase de barog que deja las cosas al azar.

Sus brazos me soltaron y se apartó un poco de mí, aunque su cola siguió alrededor de mi pierna. Enseguida, posó la mano en mi muslo y jugó con los bajos de mi vestido. Me evaluó con la mirada como si valorara la opinión que acababa de darle.

A partir de ahora, debía ser mucho más cuidadosa. Desconocía lo que le habían contado sobre mí. Puede que supiera que era la pareja de Daryos, que tenía la marca de la profecía, que… Según de quién se tratase, podía estar al corriente de todo.

«Mierda».

—Así es, no lo hago. Por eso convencí a Yolk de que fuera mis ojos y mis oídos ahí dentro. No se me ha escapado nada de la última década, Callie.

Contuve un suspiro de alivio. Yolk estaba muerto. Daryos lo mató el día que llegué a las mazmorras y me marcaron a fuego. Antes de eso, Yolk no me conocía. Yo ni siquiera estaba en Nemea. Así que Ux no podía saber nada de mí.

Por supuesto, podía estarme mintiendo, pero algo me decía que no era así. Quizá solo quería medir mi reacción…, y tal vez no tenía

ni idea de que aquel cabrón ya estaba en el infierno Nemeo para los barogs hijos de puta y abusones.

«Voy a disfrutar mucho los próximos segundos», pensé.

—Pues siento decirte que Yolk está muerto —solté a bocajarro.

Percibí el momento exacto en que la furia azotó su enorme cuerpo y todos sus músculos se tensaron. Su cola me liberó y golpeó el suelo con rabia. Dejó de tocarme y se puso en pie.

—Con razón hacía unas semanas que no sabía nada de él. El muy capullo permitió que lo descubrieran.

—Desconozco lo que pasó. Solo sé que otro barog lo mató en las mazmorras el día que nos marcaron.

La mirada que me lanzó me heló la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo estaba delante. Todas las nuevas descendientes nos encontrábamos en las celdas. Nos estaban marcando.

—¿Fue una disputa por una humana?

—No tengo ni idea. Pasó muy rápido. Yo acababa de llegar y estaba aturdida. No entendía nada de lo que estaba pasando. Vi a un barog enorme destriparlo con sus garras. Yolk era nuestro carcelero junto a otro del que no recuerdo el nombre.

Sus ojos fríos y astutos volvieron a evaluarme.

—¿Me estás diciendo la verdad, Callie? ¿Yolk está muerto?

—Te juro por lo más sagrado que Yolk fue asesinado ante mis ojos —dije, aguantándole la mirada.

Eso era lo único que podía afirmar sin mentirle. Volvió a inclinar la cabeza a un lado y tuve la sensación de que me creía.

Al momento, sus músculos se relajaron y su mirada se suavizó ligeramente. Por desgracia, regresó a mi lado a sentarse.

—Gracias por decirme la verdad, Callie. Es muy importante para mí.

—De nada. Siempre que no ponga a ninguno de mis amigos ni a mi barog en peligro, te diré la verdad.

—Ya veo. Y puesto que estás siendo sincera, compartiré algo más contigo. Hace unos días, envié varios grupos de mi gente a inspeccionar el territorio. Digamos que… quería ver si podían obtener información sobre la aldea y sus alrededores.

—¿Preparándote para la guerra?

—Algo así. Todos los grupos han regresado, salvo uno. —Sus ojos brillaron—. ¿Sabes algo de ello?

«¡Pues claro, cabrón! ¡Los míos se los cargaron a todos en la Gran Roca!». De ningún modo iba a contestarle la verdad.

—No sé nada de eso.

—No me mientas, mujer. Puedo ver la mentira en tus ojos. Recuerda que llevo muchos siglos en este mundo. No soy fácil de engañar.

No podía explicarle la verdad. Si lo hacía, sabría que la aldea estaba sobre aviso y que no tardarían en prepararse para un posible ataque enemigo.

—¿Crees que si hubieran visto a tu grupo me lo contarían a mí, una humana descendiente?

—Puede que no. O puede que sí, en el caso de que tu barog sea más importante de lo que dices.

—Te repito que…

—He dicho que no me mientas. Estoy siendo muy paciente y compasivo. He cuidado de ti y te estoy dando unos días para que te repongas de tus heridas y asimiles tu nueva situación. Pero se te acaba el tiempo, Callie. Quiero respuestas, lo quiero todo de ti. ¿Lo comprendes?

Asentí.

Su siguiente movimiento me pilló por sorpresa. Me agarró la mano y la llevó a su entrepierna por encima del taparrabos. Cuando presionó mis dedos contra su erección, gimió.

Aquello había dejado de ser un juego.

—Esto es lo que provocas en mí, Callie. Suelo ser un tipo muy centrado, poco dado a descontrolarse. Por supuesto, tengo mis momentos, pero no me gusta esperar demasiado, sobre todo, cuando deseo algo de un modo tan atroz.

Mantuvo mi mano sobre su polla unos segundos más. No me moví ni un milímetro mientras el terror corría por mis venas como ácido puro. Luego me soltó.

—Podría follarte ahora mismo, estoy en todo mi derecho. Tú entraste en mis tierras y ahora eres mía. Te salvé la vida. ¿Acaso no

me lo agradeces?

Temblaba tanto que temí que me castañetearan los dientes al hablar. Conseguí controlar la tiritona… más o menos.

—Lo sé y te lo agradezco. Si no me hubieras encontrado, probablemente habría muerto. Solo te pido… unos días más.

Rugió. Un rugido que ensanchó su pecho y mostró sus colmillos en todo su esplendor. Aunque me estremecí, ya no era nueva en esto y no tenía ganas de acobardarme ante él ni ante nadie. Pero su amenaza era muy real. Si Daryos y los demás no llegaban pronto, tal vez ya no quedaría nada que salvar cuando al fin me encontraran.

Su respiración se había agitado y podía sentir su corazón retumbando con rabia en su caja torácica. Cuando al fin recuperó la calma, alzó la mano y me acarició el pómulo, trazando un círculo con el pulgar. Era un gesto demasiado tierno… viniendo de un monstruo como él. Pero a mí no iba a engañarme, pues no había ni una pizca de ternura en su mirada. Solo fuego y deseo y furia.

—Te daré un día más. Solo porque has respondido a casi todas mis preguntas y porque quiero que estés en plena forma cuando te tumbe en esta cama y te posea.

Tragué saliva.

—No creo que me lleve solo un día.

—¡Oh!, será suficiente para nuestra primera vez. No seré demasiado exigente. Tenemos todo el tiempo del mundo, ¿verdad?

Apreté los dientes para no escupirle o gritar, o al revés, o todo a la vez.

—Necesito más tiempo.

—Dime quién es tu barog y te daré un día extra.

«Cabrón, malnacido».

—Eso no voy a decírtelo. No lo pondré en peligro.

—¿Es esa tu respuesta definitiva?

—Lo siento, Ux, de veras. Pero… no puedo.

Deslizó los dedos hacia mi nuca y me agarró con fuerza para inmovilizarme. Su otra mano se coló bajo mi vestido, recorriendo mi muslo desde la rodilla hasta la cadera. Contuve la respiración. Con las yemas de los dedos siguió la línea de mi ingle, rozando mi

intimidad fugazmente. Le vibró el pecho y sus ronroneos flotaron en el aire.

—En cuanto me lo proponga, puedo sacarte ese nombre —afirmó sin más—. Tengo muchas formas de hacerlo.

Dio una última caricia perezosa a mi muslo y, al fin, apartó la mano. Tardó un par de segundos en soltarme la nuca. Sus ojos se clavaron en mis labios y luego regresaron a mis ojos.

—Apuesto a que sí —murmuré.

—Reconozco que eres valiente, aunque no vaya a servirte de mucho conmigo. Es algo que me gusta en una mujer. Disfrutaré muchísimo doblegándote.

—O podrías dejar que regresara junto a mi barog y hacer algo bueno y honorable para variar.

El aire se congeló alrededor de nosotros, intensificando el aroma a tormenta.

—Por el bien de nuestra relación, obviaré tus últimas palabras. Deberías sentirte honrada y alegrarte de que te haya escogido, en lugar de compartirte con todos mis hermanos barogs.

Se extendió entre nosotros otro silencio tenso.

Se puso en pie y, para mi asombro, me tendió la mano y me ayudó a levantarme despacio, con delicadeza, y a llegar hasta la puerta, donde Lorish ya me esperaba.

—Piensa bien cómo quieres que sean las cosas entre nosotros.

—No tengo intención de faltarte al respeto, Ux.

—Eso espero. Y ve pensando qué me dirás mañana cuando vuelva a preguntarte por tu barog. Ya no habrá más oportunidades. Me lo dirás, o tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Haré… lo que pueda.

—Creo, hermosa Callie, que vas a tener que empezar a hacer no lo que puedas, sino lo que más te convenga. Aquí mando yo, por si no te has dado cuenta. Y si quieres sobrevivir, más te vale que empieces a hacerte a la idea.

Sus dedos me rozaron el brazo. Apartó la mirada y se adentró de nuevo en su choza, mientras yo caminaba hacia el exterior.

En cuanto estuve fuera, aspiré una buena bocanada de oxígeno.

Había sido horrible. La experiencia más aterradora de toda mi vida, y eso que ya llevaba unas cuantas.

Y lo peor es que no había hecho más que empezar.



18 charlas entre amigos
tina

Tras el ataque de los pulpos, avanzamos un par de horas y encontramos un pequeño claro protegido por árboles en el que al fin pudimos descansar. Aunque la sangre del pulpo contrarrestó de inmediato el efecto del veneno de sus púas, me sentía más cansada de lo normal. Las marcas redondas y profundas de las ventosas y las picadas me escocían, pero eso no impidió que me quedara dormida enseguida junto a Cyrus.

Apenas hablamos. Se limitó a tumbarse a mi lado y acurrucarme contra su pecho mientras una de sus manos me acariciaba el cabello y la otra descansaba sobre mi cintura.

Esa noche tuve horribles pesadillas. Veía a ese monstruo enorme de los pantanos sumergirme en la ciénaga una y otra vez, como una maldita reproducción en bucle de lo que había ocurrido. Aun así, me levanté descansada.

Las marcas de mis brazos y piernas se habían suavizado, y apenas me molestaban ya. Sentía el estómago un poco revuelto, probablemente por la asquerosa sangre viscosa que Xioh me había hecho tragar. Unas suculentas bayas y un pedazo de ese reptil gordo y extraño me lo arreglaron enseguida.

La mañana había transcurrido sin sobresaltos, más allá de algunos movimientos sospechosos entre la maleza y pequeñas ondas en la superficie del agua lodosa. Ningún monstruo nos atacó ni el cenagal intentó engullirnos de nuevo.

Cuando nos detuvimos para comer cerca de una pequeña fuente de agua limpia, los ánimos estaban algo mejor. No obstante, cada uno de nosotros era consciente de que, en cualquier momento y desde cualquier esquina, un nuevo peligro nos acecharía. No debíamos relajarnos en exceso, pero agradecimos esos instantes de calma.

Tras ese breve descanso para reponer fuerzas, reemprendimos la marcha.

Daryos se esforzaba por mantenerse optimista y bromear con sus amigos, que no lo dejaban ni a sol ni a sombra. Una pátina de profunda desesperación cubría sus hermosos ojos de distinto color. Y si yo lo percibía, Cyrus también. Por eso no se separaba de él más de lo imprescindible y le daba conversación sobre cualquier cosa absurda que se le ocurriera. Anécdotas de cuando eran jóvenes, lugares increíbles de la jungla a los que volverían a ir juntos…

Sus amigos se turnaban para caminar junto a ellos y amenizar el avance, que parecía no tener fin. Lo único que veíamos ante nosotros y a nuestro alrededor era esa ciénaga lúgubre e interminable, recubierta de bichos revoloteadores, bajo un cielo encapotado de nubes a punto de descargar otro diluvio sobre nuestras cabezas.

Habíamos seguido las huellas de barogs perdidos hasta que, de pronto, desaparecieron en el lodo, borradas seguramente por algún aguacero esporádico.

Tras un largo tramo vagando sin rumbo y con los nervios a flor de piel, reaparecieron las huellas. Primero, los barogs pensaron que debían de corresponder a un grupo distinto. Pero, una vez examinadas, llegaron a la conclusión de que el número de huellas, el modo en que se hundían, el patrón que seguían… indicaban que pertenecían a los mismos. Así que fuimos tras ellas, adentrándonos todavía más en el corazón del cenagal.

Aunque durante buena parte de la tarde había viajado a lomos de Bazzeila, ahora caminaba junto a Daryos, Cyrus y Lansh, que se les había unido para intentar levantar los ánimos. El barog rubio, el más desenfadado y divertido de todos ellos, parecía a punto de tirar la toalla con aquel par.

El príncipe volvía a moverse como alma en pena, y el rey apretaba la mandíbula con la vista clavada en las malditas huellas.

—¡Xerx! —gritó Cyrus de pronto de malas maneras—. ¿Estás seguro de que son las mismas?

—Te lo he dicho, C. Este de aquí hunde más el talón derecho que el izquierdo, igual por una leve cojera. Tal vez lo hayan herido. Y

este lleva algún cargamento. ¿Ves que sus pasos en el lodo son más profundos? Y este…

—Vale, vale. Queda claro. ¡¡Axeh!! —gritó de nuevo. Este se descolgó de una gruesa rama frente a nosotros y se dejó caer al suelo con total agilidad. Esperó a que el rey lo alcanzara—. Quiero que te adelantes unos metros más y nos digas lo que ves, ¿de acuerdo?

—A mandar, *mi rey* —dijo muy serio, aunque el brillo verde de sus ojos lo delató. Lansh soltó una risilla.

—Cómo os gusta cachondearos. Y no veo yo que la situación esté para bromas —soltó Cyrus con media sonrisa.

Todavía no se había acostumbrado a que sus mejores amigos se dirigieran a él por su título. Para ellos siempre había sido simplemente C. Las cosas habían cambiado mucho en los últimos años, pero él se estaba esforzando para que volvieran a ser lo que eran y acortar las distancias con sus amigos.

—No te cabrees, C —le dijo Lansh rodeándole los hombros—. Con lo bien que volvemos a llevarnos.

—Tenéis un problema serio con la autoridad. Aunque no sé por qué me sorprende, siempre lo habéis tenido.

—Somos incorregibles, hermano —dijo Daryos—, pero nos quieres igual.

Príncipe y rey sonrieron mientras Axeh trepaba con un par de saltos a otro árbol y se perdía más adelante.

—Voy con él —comentó Xerx.

Esperó a que Cyrus asintiera y empezó a avanzar por el sendero enfangado, mientras Axeh se desplazaba por las ramas.

—Siempre teníamos que salvaros el culo, D —soltó Cyrus, riendo más abiertamente—. ¿Estás de acuerdo, Xioh?

El sanador, que hasta ahora caminaba casi a la cola, aceleró para unirse al grupo. Yo ralenticé mis pasos para dejarlos con sus cosas y me coloqué a la altura de mis dos amigas, que, al igual que yo, escuchaban fascinadas a sus barogs. Ciench y Toruch se reían junto a los tres felinos, cerrando la retaguardia de nuestro pequeño y variopinto grupo.

—Los renacuajos eran una maldita tortura. No recuerdo una sola expedición en la que alguno no resultara herido, o tuviéramos que salir huyendo de algún animal al que habían cabreado —respondió Xioh.

—No sé por qué protestáis tanto. ¡Si éramos unos angelitos! —dijo el príncipe. Sus ojos parecían haber recobrado parte de su alegría mientras bromeaba con sus mejores amigos.

—Unos angelitos *tocahuevos* —intervino Lansh, soltando una risotada—. Aún recuerdo el día en que casi pierdes un dedo por culpa de una piraña…

—Bueno, en realidad, estuve muchas veces a punto de perderlo. Lo raro es que todavía los conserve todos.

—Me traías de cabeza, D —comentó Cyrus con nostalgia—. No podía entender cómo, pasando todos por el mismo sitio, tú siempre pisabas donde no debías, molestabas al animal incorrecto o lo que fuese. Te juro que pensé que, si conseguía que sobrevivieras hasta convertirte en adulto, sería un puto milagro de los dioses.

Las carcajadas de Ciench y Toruch estallaron tras nosotras mientras escuchábamos atentamente. Aquellas charlas entre barogs eran todo un descubrimiento para pasar el rato, a falta de cualquier otro entretenimiento.

—Y todo eso, sin mencionar la carrera por la pendiente de las rocas, donde le jodiste la victoria a tu hermano y acabaste arrastrando a Xerx y Axeh por la "rompehuesos". No os matasteis los tres de milagro. Y la verdad, D: no sé cómo no te cortó las pelotas después de eso —dijo Lansh, sujetándose el enorme abdomen mientras se reía.

—Si no te maté, es que debo de quererte mucho, D —dijo Cyrus.

Daryos esbozó una de sus espléndidas sonrisas mientras miraba al rey.

—Fue una putada, lo reconozco. Recuerdo que ese día estaba cegado por las ganas que tenía de correr a tu lado. ¡Siempre habíamos fantaseado con competir juntos en la carrera de la pendiente! Quería que te sintieras orgulloso de mí y…

—Claro, lo hiciste por mí —dijo el rey poniendo los ojos en blanco y riendo.

—Lo hice para correr contigo, idiota. Si tú podías hacerlo, yo también. Y creía que lo lograría…, hasta que tropecé con esa roca y me despeñé. Pero, por un segundo, todavía pensé que lo conseguiría.

—Tú y tus ideas luminosas. ¡Casi pierdes un ojo! —soltó Cyrus.

—Tú lo has dicho: *casi.* ¡Y mira qué cicatriz tan bonita me llevé! A mi *hoa uhane* le encanta. —Por su expresión, supe que lo había soltado sin pensar. En cuanto las palabras salieron de su boca, una punzada de dolor decoró su rostro y se llevó una mano al corazón, pero se repuso enseguida.

—Claro, claro. Y eso lo sabes por… —dijo Xioh.

—Me preguntó por ella. Estaba muy interesada.

—Me parece a mí que Callie está mucho más interesada en otras cosas de ti que en esa cicatriz, que solo demuestra lo imprudente y "atontao" que puedes llegar a ser —dijo Lansh riendo.

—Todavía es un misterio que esa mujer hermosa, inteligente, responsable… se haya enamorado de un cabra loca como tú —bromeó el sanador.

—¡Eh, que ninguno de vosotros es tampoco un ejemplo a seguir!

Axeh y Xerx acababan de regresar y habían escuchado la última parte de la conversación.

—No lo dirás por nosotros dos, ¿verdad? —dijeron los recién llegados.

—Lo digo por todos. ¡Aquí no se salva nadie! ¿O tengo que recordaros quién se atrevió a entrar en las cuevas de las panteras porque se le metió entre ceja y ceja que teníamos que capturar y entrenar a algunas de ojos rojos? —dijo el príncipe mirando a Cyrus.

—¡Y mira qué leales y fuertes son las panteras del poblado! —dijo el rey orgulloso.

—¡Esas las reclutamos y domamos ya de adultos! Ese día no la palmamos todos de puro milagro. Suerte que Bazzeila intercedió y evitó el desastre. Francamente, no sé qué vio en ti ni cómo te aguanta.

Bazzeila emitió un rugido largo, que bien podía ser de protesta o para darle la razón.

—Hasta los más sabios y prudentes cometen errores —dijo Cyrus alzando el mentón mientras contenía una carcajada. Mi corazón dio un saltito. ¡Cómo amaba a ese barog!

—O quizá deba recordaros cuando Xioh nos arrastró hasta el acantilado de los arbustos de pinchos. Nos tuvo buscando aquella flor que nadie había visto en su vida para confeccionar un antídoto contra el veneno de un animal que ni siquiera existía —continuó Daryos.

—¡Por supuesto que existía! Solo que… se extinguió poco después. Y lo de las águilas que nos atacaron no fue culpa mía. ¿Quién podría saber que ponían sus huevos allí, entre las púas? —protestó Xioh.

—¿Todos, menos tú, hermanito? ¡Aquello estaba lleno de nidos! Pero ni siquiera nos escuchaste —soltó Xerx riendo.

—Pues si tan claro lo teníais, no haberme seguido. —El sanador reía a carcajadas.

—Tú ya sabías que lo haríamos. Todos seguíamos a los demás por muy rocambolesca que fuera la idea que se nos ocurriera.

—¿Te refieres a cuando decidiste trepar los peñascos de los linces para comprobar si todavía quedaba alguno, Xerx? —soltó Daryos de nuevo.

—¡Esa fue muy buena! Cuando regresasteis a la aldea, estabais cubiertos de arañazos. Eso sí, proclamasteis a los cuatro vientos que los linces no se habían extinguido —dijo Ciench desde atrás—. Erais los jóvenes más aventureros, intrépidos e imprudentes que Nemea había visto nunca. Vuestros padres estaban desesperados. Pero todo el mundo os adoraba por vuestros corazones enormes.

—Eran un grano en el culo, Ciench —soltó Toruch con una carcajada gutural—. Todavía lo son. ¡Siempre metiéndose en problemas!

—¡Como si vosotros fuerais unos angelitos, vejestorios! He oído un rumor por ahí que… —empezó Lansh.

—No sigas, rubiales, o estos dos *vejestorios* te meten en el pantano hasta que llegue otro de esos pulpos.

—Lo dicho, unos angelitos dulces y muy responsables —dijo Lansh.

Todos se rieron de nuevo.

—Y para acabar… —empezó Daryos con una mirada traviesa.

—¿Vas a seguir sacando trapos sucios, D? —dijo Axeh, acercándose al rey.

—¡Oh, sí! Porque sé de un par de hermanos rubios que la liaron bien gorda en la casa posada una vez.

—¿Eh? Yo no me enteré de eso. ¡Cuenta ahora mismo! —pidió Ciench.

—¡Ni se te ocurra, D! —gritó Axeh. Lansh lo secundó.

—Soltaron a cierto animalillo pestilente allí dentro en el día de celebración del cambio lunar. Todas las mujeres vinculadas salieron despavoridas y se armó una buena.

—En la aldea pequeña no nos enteramos de eso. Esa era la única celebración que hacíamos por separado, ¿lo recordáis?

Todos asintieron.

Siguieron bromeando hasta que Axeh informó al rey de todo lo que había visto. Al parecer, las huellas de los perdidos seguían durante un buen trecho, hasta donde su vista podía alcanzar. Pero esa no era la mejor noticia… Poco después de una arboleda más espesa de troncos grisáceos, se abría un trozo sin ciénagas y comenzaba un claro.

—¿Estás seguro?

—A un par de jornadas de camino, más o menos, alcanzaremos ese punto. Puede que no sea nada, pero hay un cambio en el terreno. No me extrañaría que a partir de ahí hubiera una zona apta para asentarse.

—Entonces, puede que estemos llegando a su aldea, ¿no? —preguntó Ciench. La esperanza brillaba con fuerza en sus ojos.

—Es una posibilidad. Hasta que no nos acerquemos más, no lo sabremos.

—Nos hemos adentrado mucho en los pantanos y, aunque no conocíamos casi nada de este lugar hasta ahora, sí que sabíamos que su extensión es de aproximadamente un cuarto de la superficie de Nemea. Por lo que llevamos recorrido, apuesto a que no nos queda mucho para llegar a la mitad del cenagal, más o menos —

explicó Xerx, mirando primero hacia el cielo y después uno de sus mapas—. Yo diría que debemos de encontrarnos por aquí.

—Tendría sentido que los perdidos estuvieran acampados cerca del centro, el punto más distante de un ataque que pudiera producirse desde cualquier dirección —dijo Daryos.

Todos asintieron.

—¿Dos jornadas, Axeh? —preguntó Cyrus.

—Más o menos. Dependerá del terreno que nos encontremos… y de los imprevistos que nos aguarden en el camino.

—Esperemos que sean pocos.

—No quiero ni pensar en que Callie estará a merced de esas bestias dos días más —dijo el príncipe apesadumbrado. Se masajeó el pecho con los dedos.

—Ya queda poco, hermano. Callie es fuerte e inteligente, aguantará —dijo dándole un apretón en el hombro.

—Eso espero, C.

Me acerqué a Daryos y lo cogí del brazo. Cuando se giró a mirarme, alcé la barbilla y lo miré a los ojos.

—La encontraremos a tiempo, Daryos. Callie ha superado muchas cosas con valentía desde que llegamos aquí. Encontrará el modo de mantenerse a salvo hasta que demos con ella.

—Gracias, Tina. —Me dedicó una sonrisa triste, pero sentí que mis palabras le sentaban bien—. La salvaremos a ella y a todas las demás. ¿Me oyes, Ciench? —gritó, para que su amigo lo escuchara —. Traeremos a Susi a casa.

Ciench se dio un golpecito en el pecho, sobre el corazón, y asintió en dirección al príncipe. Ambos estaban viviendo un calvario.

—Avanzaremos un poco más y buscaremos un sitio para pasar la noche —dijo el rey—. Al amanecer, marcharemos hacia el punto que Axeh ha señalado. Los próximos días nos detendremos lo menos posible, así que aprovechad hoy para reponer fuerzas y dormir a pierna suelta. Si caminamos un par de horas, calculo que…

—¡Ayyyyyy! —gritó Emi de pronto.

Todos nos giramos al unísono. La pobre estaba sentada en el suelo, con el culo en el barro, agarrándose un tobillo con las manos.

Me acerqué enseguida y me agaché ante ella. Parecía que lo tenía muy hinchado.

—Déjame ver, Emi —dije, acercando los dedos.

No me dio tiempo de nada más. Axeh voló hacia ella con el rostro desencajado, como si en vez de torcerse un tobillo estuviera a punto de devorarla un animal enorme. Me apartó un poco y monopolizó todo el espacio.

—¿Te ha picado algo, Emi? ¿Te lo has torcido? ¿Te duele mucho? —dijo mientras lo palpaba con cuidado, con las rodillas hundidas en el barro—. Parece una torcedura.

Mi amiga tenía lágrimas en los ojos mientras contemplaba embelesada a su barog.

Puse los ojos en blanco. Aquel par de tortolitos era insoportable.

—Creo que he pisado una piedra y me lo he torcido. Me duele mucho.

Xioh se acercó y tuvo que empujar a Axeh para que le dejara examinarla y hacer su trabajo. Mientras tanto, Toruch escarbó en el fango y encontró la causa de la torcedura: una especie de molusco del tamaño de un puño y con el caparazón muy duro. Emi se puso pálida.

—Te pondrás bien, Emi. No está roto. Lo mejor es un plaste de lodo. Cuando se seque, actuará como una especie de escayola para que no lo muevas demasiado. Te daré algo para la inflamación.

El sanador sacó de su zurrón una botellita de madera y se la dio a beber a Emi, que no protestó. Después, le recubrió el tobillo con una buena capa de barro, y entre él y Axeh la subieron a lomos de Enzo.

—¿Estás bien, Emi? —dijo Jenny, que caminaba al lado del león. En el otro lado iba Axeh, que no parecía en absoluto dispuesto a separarse de ella ni un instante y la miraba como si fuese una herida de guerra.

—Sí, no ha sido nada. Solo me duele un poco.

Seguimos avanzando mientras las nubes, que en ese lugar eran mucho más oscuras que en la selva, se arremolinaban sobre nosotros repletas de rayos.

—Se avecina tormenta —dijo Lansh alzando la vista al cielo.

—Esperemos que aguante hasta mañana y podamos dormir secos —dijo Xerx.

Me acerqué al rey y caminé a su lado, charlando con él y su hermano, hasta que, al fin, nos detuvimos para pasar la noche.

Si los pronósticos de Axeh eran acertados, en un par de días encontraríamos la aldea de nuestros enemigos y, en ella, a Callie.

Lo que nadie había mencionado aún era cómo demonios nos enfrentaríamos a las hordas de hermanos perdidos para sacarla de allí.

19 LA JAULA
callie

Caminaba cojeando, pues, tras el mal rato que acababa de pasar, pocas fuerzas me quedaban para preocuparme por la pierna. Me dolía, pero eso no era nada comparado con la presión que sentía en el pecho y las ganas de vomitar.

Un día.

Daryos tenía un maldito día para encontrarme. Y no parecía que estuviera cerca.

Estaba muy asustada… y cabreada. Una combinación peligrosa. Necesitaba calmarme, despejar la mente y pensar. Lo que era muy difícil de decir e increíblemente difícil de hacer.

Tenía claro que no importaba si le decía a Ux quién era mi barog o no. Si no se lo decía, me haría daño y me forzaría. Si se lo decía, me violaría igualmente, y encima tendría como objetivo matar a Daryos. Además, en este último caso, en cuanto se enterara de que estaba vinculada al príncipe de Nemea, sabría de inmediato que yo disponía de información útil para él. Ya no podría fingir que era una humana cualquiera que no se enteraba de los temas importantes de la especie.

Ese monstruo me preguntaría si pensábamos atacarlos, si nos estábamos armando, si sabía algo de la profecía y la marca de nacimiento… En definitiva, estaría bien jodida. No es que cerrar la boca fuera a darme muchas alternativas, pero solo tendría consecuencias para mí.

Así pues, tomé una decisión: no le diría que Daryos era mi pareja de vida. No le daría ningún nombre. Podría haberme inventado algo, pero él conocía demasiado bien la aldea y a sus gentes. Dudaba que pudiera engañarlo.

Pese a estar acojonada, me sentí un poco aliviada. Había tomado una decisión y, ocurriera lo que ocurriese, no me movería de allí.

Y que los dioses del manantial se apiadasen de mí.

Los ruiditos lastimeros de los pobres *llitops* atrajeron de nuevo mi atención, como cada maldita vez que cruzaba el centro de la aldea perdida. ¡Solo me faltaba ver sus caritas desesperadas! Me partían el alma. ¡No podía soportar verlos enjaulados! Tenía una rara debilidad por esos pollitos cabezones con dientes de tiburón.

Cuando un trueno apocalíptico sacudió los pantanos, se me ocurrió una idea. Era una idea absurda, que probablemente fracasaría estrepitosamente. Pero no perdía nada por intentarlo. Y, si lo conseguía, al menos me sentiría un poquito feliz. Porque, ya puestos, si iba a desafiar al gran Ux y a soportar su furia, bien podía intentar antes salvar a esos pobres polluelos gordos y coloridos que, por algún extraño motivo, me habían robado el corazón.

«Es una pésima idea, una locura, una completa gilipollez. ¡¿Estás loca?!».

De pronto, como si los dioses me estuvieran ayudando, se oyeron gritos y maldiciones de una mujer. Daba la impresión de que provenían de la parte más alejada de la aldea.

«Esa voz…».

Lorish, muy cabreado, le ordenó a otro barog que fuera a hacerla callar, quienquiera que fuese.

Pero no había tiempo que perder.

Debía aprovechar mientras continuaban esos gritos, Lorish se ponía de los nervios dando órdenes y la plaza central no estaba demasiado concurrida. Solo había un par de *aninfs* macho y una hembra, y dos barogs, troceando el animal que antes habían despellejado.

En el fuego, donde suponía que acabarían asando la carne, había una olla enorme como un caldero y, muy cerca, varios troncos cortados a modo de mesillas, donde hierbas aromáticas y algunas serpientes negras esperaban a ser lanzadas al caldo. Una de esas, aun sin cabeza, todavía culebreaba sobre la mesa. ¡Qué repelús!

La jaula estaba justo al lado del fuego, a tan solo medio metro de distancia. Con todo el pelo que tenían recubriendo sus rechonchos cuerpecillos, apuesto a que los pobres *llitops* sudaban a mares.

No dispondría de mucho tiempo, así que no debía perder ni un segundo. A punto ya de llegar a la altura de los pobres animalillos, modifiqué ligeramente mi trayectoria, solo unos pasos, para cruzar la plaza lo más cerca posible de la jaula. Como Lorish iba delante de mí despotricando, ni siquiera se dio cuenta.

«Que empiece la función», me dije para animarme. Los nervios me estrujaron el estómago.

Cuando apenas me faltaban un par de metros para llegar a los *llitops*, empecé a forzar mi cojera. Los barogs que despellejaban al animal me echaron un vistazo y siguieron a lo suyo. Si después Lorish les preguntaba qué había pasado, podrían decírselo sin traerme problemas.

Cuando ya me encontraba a la altura de la jaula, eché un rápido vistazo al mecanismo de cierre. No había cerradura para una llave, sino solo un grueso pasador de metal en lo alto de todo. La cuestión era si yo sería lo bastante rápida y hábil.

Tendría que serlo.

«¡Vamos allá! ¡Tú puedes!», me dije para darme ánimos.

Acentué aún más la cojera, me agarré la pierna y, simulando que me fallaba, me dejé caer al suelo justo cuando tronaba de nuevo como si el maldito cielo acabara de partirse en dos. Tenía solo unos segundos.

Mis dedos volaron hacia el pasador y, pese a que estaba oxidado y costaba desplazarlo, lo logré. Los *llitops* también lo hubieran conseguido si no estuviera en lo alto del exterior de la jaula. Sus picos eran cortos y ellos muy bajitos, y no podían alcanzarlo desde dentro, ni siquiera saltando.

En cuanto lo abrí, les lancé una mirada y susurré:

—Esperad a que anochezca.

El más redondo, Naranjito, clavó sus enormes ojos en los míos sin pestañear.

Supuse que no habrían entendido una mierda, pero quizás sí habían pillado mi tono y mi expresión de advertencia. No tenía ni idea de cuál era su nivel de inteligencia, aunque, por todo lo que había visto de ellos hasta ahora, me daba a mí que tontos del todo

no eran. Lansh solía meterse con ellos… Quizá eran un poco inocentes, eso sí.

Mientras me rascaba con discreción la marca de nacimiento, que acababa de hormiguearme, recé a todos los dioses para que no se les ocurriera salir de la jaula en ese momento, a pleno día. Se quedaron muy quietos, pasando la mirada de mi cara a lo alto de la jaula y otra vez a mi cara, mientras yo escuchaba la voz de Lorish acercándose.

Puse las palmas de las manos en el suelo para impulsarme e incorporarme, cuando una manaza me rodeó el brazo y tiró de mí hasta ponerme en pie.

—¿Qué ha ocurrido, mujer? —me rugió.

—Me ha fallado la pierna y me he caído. Lo siento.

Eché un vistazo a mi muslo, manchado de barro. Por suerte, la venda había evitado que entrara en la herida y se me volviera a infectar. Ahora me dolía como un demonio. Esperaba que no se me hubieran soltado los puntos. Mientras estaba en el suelo abriendo la jaula, ni siquiera sentí el dolor. Pero al volver a apoyar el pie, las punzadas eran lacerantes.

—Deberías tener más cuidado o Ux se cabreará con los dos.

—¿Y qué culpa tienes tú de que me haya caído?

Me miró extrañado, como si le hubiera hecho la pregunta más rara del mundo. Y eso que este se suponía que era de los listos… No quería ni pensar en lo que sería intentar razonar con los inferiores.

Sin mediar palabra, se agachó, me pasó los brazos bajo la espalda y las rodillas, y me alzó del suelo.

—No es necesario…

—¡Oh, sí que lo es! No quiero acabar despellejado y lanzado a los pantanos para que me coman las alimañas.

—¿Eso es lo que te pasaría solo por no impedir que yo me cayera?

—Con el jefe, nunca se sabe. Cualquier cosa es posible. Se le ocurren los castigos más imaginativos. ¿Verdad, amigos? —dijo dirigiéndose a esos dos barogs, que ya estaban salpicados de sangre de animal y vísceras por todas partes.

No quería que me llevara en brazos. De hecho, no soportaba que ninguno de esos cabronazos me pusiera las manos encima, pero yo me lo había buscado con ese numerito de prestidigitador. Así que no protesté más.

Había abierto la jaula de los *llitops* y, con un poco de suerte, serían lo bastante listos como para quedarse dentro hasta que oscureciera y todo el mundo se fuera a dormir. Eso… si no tenían previsto asarlos hoy mismo.

«Por favor, por favor, ¡que se salven! Si veo un día más esas caritas tristes, voy a entrar en depresión profunda».

Nos acercábamos ya a la choza grande que hacía las veces de celda y vivienda de las pobres mujeres, yo incluida, cuando escuché de nuevo las maldiciones.

—¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Alguien está gritando y lamentándose.

—¡Ah, eso! Es la loca.

—¿Quién?

—Una mujer humana que está enloquecida. Solloza y se queja todo el día, y habla de cosas que nadie entiende. Ux ha intentado conversar con ella varias veces, pero está desesperada. La metimos con las otras mujeres unos días, pero es una agitadora y alteraba la paz de la aldea. Dice que cruzó el portal hace unas semanas siguiendo a alguien, pero no tiene ningún sentido.

Agucé el oído de nuevo. Aquella voz… Aquellos lamentos…

—¿Y eso por qué?

Miró a derecha e izquierda, como si quisiera asegurarse de que nadie lo escuchaba. Sabía que ese Lorish era un maldito cabrón, pero parecía más manejable que su jefe. Su inteligencia no le llegaba ni a la suela del zapato.

—Porque no es una descendiente.

Sentí cómo los puntos se conectaban dentro de mi cabeza. Pero aquello era una locura… ¡No tenía ningún sentido!

«Imposible».

—Llévame hasta esa mujer. Ahora.

Frunció el ceño.

—No puedo hacer eso. Ux me mataría si te llevara precisamente *a ti* ahí.

—Como si yo no estuviera ya agitada por mí misma…

—¿A qué te refieres?

«Este tío es tonto y no lo sabe».

—Lorish, llévame a ver a esa mujer loca AHORA MISMO.

Gruñó de nuevo.

—No puedo hacerlo.

—¡Por supuesto que puedes! Eres el segundo al mando, ¿no? ¡Pues demuéstramelo!

—Eres una lianta manipuladora como todas las demás mujeres. Cierra la boca o tendré que cerrártela a golpes.

—Claro, seguro que a tu jefe le encantaría que tocaras lo que es suyo.

—¡He dicho que te calles! Si te llevo ahí, me meteré en problemas. Y es lo último que quiero.

—Si no lo haces, le diré a Ux que me dejaste caer en la plaza. Que te pedí ayuda para caminar y no me la diste.

—Había testigos.

—¿Estás seguro de que te apoyarán?

Al muy imbécil se le desencajó la mandíbula.

—Si te llevo a su choza, no quiero numeritos. La ves y nos largamos. Ux ha dicho que necesitas descansar.

—Me portaré bien, lo prometo.

Volvió a gruñir, esta vez con más mala uva.

Me acarreó en brazos más allá de la última línea de chozas y tomó un pequeño sendero embarrado entre la maleza. Cuando nos acercábamos, le pedí que me soltara. Lo hizo a regañadientes y recorrí los pocos metros que me separaban de la puerta, hecha de barrotes de madera negra.

Me aproximé y miré al interior. Había una figura al fondo hecha un ovillo, enfundada en un vestido marrón similar al de todas nosotras.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté, aguzando la vista.

La mujer, de larga melena castaña desgreñada cubriéndole los hombros, alzó el rostro y me miró.

El corazón me dio un vuelco y una emoción tan grande que no me cabía en el pecho me subió de golpe a la garganta. Abrí los ojos como platos y me agarré a los barrotes, incapaz de procesar lo que estaba viendo.

—Callie, ¿eres tú? —preguntó Lorna con voz afónica y ojos tan desorbitados como los míos.



20 esta noche sí
tina

Daryos y Xerx encendieron la hoguera con algunas ramas secas que encontraron milagrosamente. Mientras, Axeh y Lansh cazaban serpientes escurridizas, Xioh recogía bayas y los demás comprobaban que no acechaba ningún peligro inminente tras las hileras de árboles.

Cuando mi rey regresó de inspeccionar, me recorrió con la mirada de arriba abajo mientras sus ojos despedían un brillo que yo conocía muy bien, lo cual no tenía ningún sentido. Ahí no había privacidad alguna, y yo estaba sucia y andrajosa. Pero ¡quién podía entender la mente calenturienta de un barog!

Se acomodó a mi lado, muy pegadito a mi cuerpo, y esperamos a que todos se sentaran para empezar a comer. Devoramos las bayas que había conseguido el sanador mientras aguardábamos a que los reptiles se cocinaran en el fuego. Los rostros de cada uno de los barogs y de mis amigas daban fe de dos cosas: que estábamos agotados… y que no nos rendiríamos hasta encontrar la maldita aldea.

—¿Cuál es el plan? —solté sin más, poniendo de manifiesto lo que muchos de nosotros nos preguntábamos.

Todas las miradas se clavaron en el rostro del rey, después en el de Daryos, y regresaron al de Cyrus.

—Encontrar la aldea, buscar a Callie, Susi y las demás, liberarlas y salir de ahí cagando leches —dijo el príncipe sin más, rebañando el pedazo de serpiente que sujetaba entre las manazas—. ¿No es así, hermano?

Durante unos segundos, permanecimos en silencio. Los ojos de Daryos tenían un resplandor más oscuro y profundo del habitual. Le vibró un músculo de la barbilla.

Cyrus tragó el trozo que tenía en la boca, bebió un sorbo de agua de la cantimplora y alzó la vista.

—Exactamente eso, sí.

—Ya, pero ¿no se supone que en esa aldea están todos los barogs perdidos? Dudo mucho que el plan sea enfrentaros a todos ellos. Solo sois ocho, Cyrus —insistí.

—No creo que debas preocuparte por la estrategia, Tina. Puedes dejármela a mí —dijo esbozando media sonrisa, que no me hizo ni puta gracia. Me entraron ganas de borrársela de una bofetada.

—Mira, puede que todos seáis unos tipos muy duros y valientes, pero, no fastidies, ¡os harán picadillo!

—Te aseguro que no debes preocuparte por nosotros, mi reina. Hemos hecho cosas peores.

Los barogs soltaron carcajadas, pero a mí no me engañaban. No eran idiotas, y sabían de sobra que aquello rayaba el rescate suicida.

—No lo dudo, pero ya que Emi, Jenny y yo formamos parte también de esto, creo que tenemos derecho a saber cómo demonios pensáis entrar ahí dentro y llevaros a las mujeres sin que estalle una guerra y os hagan picadillo.

Resopló.

—No somos estúpidos, Tina. Entraremos en silencio al anochecer, las buscaremos y las sacaremos de ahí.

—¿Y si nos descubren?

—¿*Nos*, amor? Vosotras tres no entraréis.

—Oh, ¡sí que entraremos! No vamos a quedarnos solas en pleno pantano rezando por que volváis sanos y salvos.

—Tina, hemos llevado a cabo hazañas así miles de veces. Hace poco, sin ir más lejos, entramos en nuestra aldea y rescatamos a Daryos y a Xerx de las mazmorras. Y perdona, C, pero me ha parecido un buen ejemplo —dijo Axeh.

Cyrus agitó la mano para restarle importancia.

—¿Lo ves, mi reina? No tienes de qué preocuparte. Axeh puede trepar a cualquier parte, y darnos apoyo y visibilidad desde arriba mientras los demás nos movemos por abajo.

Jenny y Emi no abrieron la boca, pero sabía que estaban de acuerdo conmigo. Sus expresiones las delataban.

—No conocéis esa aldea, como tampoco los pantanos, y mirad la de incidentes que hemos tenido —continué.

—¿Incidentes? Y yo que creía que era una aventura inolvidable, amor.

Ahora fui yo la que resoplé. Estaba a un comentario arrogante más de enviarlo a la mierda.

—Si os detectan y estalla una batalla, no tendréis ninguna posibilidad.

—Eso es cierto, C —soltó Xioh—. Tu *hoa uhane* tiene razón y lo sabes.

«¡Aleluya! Alguien que piensa».

—Todos lo sabemos —intervino Daryos, su voz más grave y cortante que de costumbre—. Pero ¿qué alternativa tenemos? Ciench y yo vamos a entrar ahí aunque nos cueste la vida. Podéis seguirnos o no, pero yo no pienso irme sin mi Callie. Antes prefiero morir en estos pantanos.

—Lo mismo digo —soltó Ciench apretando los puños.

—Yo voy donde tú vayas, D, ya lo sabes —dijo Xerx.

Jenny bajó un poco la vista. Estaba tan preocupada como yo, o incluso más.

—A ver, no nos pongamos melodramáticos. Todos vamos a entrar en esa aldea, eso no es discutible. El caso es que la reina ha dado en el clavo —dijo Lansh sin perder su buen humor.

«¿*La reina*?».

—¡Por supuesto que ha dado en el clavo! Tina es más lista que todos nosotros juntos. —Cyrus me miró fijamente y prosiguió, esta vez en un tono desprovisto de toda ligereza—: Todos sabemos que vamos directos al matadero y que es muy posible que no salgamos vivos de allí. No conocemos la aldea, no sabemos realmente cuántos son, ni tenemos la más remota idea de dónde las tienen encerradas. Pero ¿acaso hay alternativa? Daryos es mi hermano, y nada en el mundo, ni siquiera una horda de perdidos o pulpos gigantes asesinos, podría impedirme que siguiera adelante para rescatar a su pareja de vida.

El príncipe soltó un suspiro.

—Sabemos exactamente a lo que nos enfrentamos, C, y todos vamos con vosotros —dijo Toruch, mirando a su amigo Ciench y palmeándole el hombro.

—Además, ¿qué puede ser más divertido que cargarse a unos cuantos monstruitos perdidos de esos? —soltó Axeh con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y desde cuándo hemos rechazado nosotros una buena aventura con riesgo de muerte? —dijo Xerx, esbozando la primera sonrisa realmente amplia que le había visto hasta ahora.

Cuando desvió la mirada y se encontró con la de Jenny, muy angustiada, la sonrisa se esfumó de sus labios.

—Así me gusta, que sigamos siendo una panda de barogs descerebrados —dijo Cyrus riendo.

—Es imprescindible para sobrevivir en Nemea —dijo Xioh apoyándolo.

El sanador y el rey intercambiaron una mirada que lo decía todo. Volvían a ser los grandes amigos que siempre habían sido.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo, barogs? —preguntó Cyrus. Todos asintieron con un sonido gutural—. Pues está todo dicho. Entraremos en esa aldea con un buen plan y haremos lo que se nos da mejor: ser unos barogs valientes que jamás abandonan a los suyos. Porque Callie y Susi son de los nuestros.

Todos asintieron y sus melenas se agitaron. Las colas, largas y gruesas, se mecieron tras ellos.

Cyrus se inclinó un poco hacia mí y me susurró al oído:

—Entiendo tu preocupación, mi reina. Créeme, soy consciente del peligro al que nos enfrentamos. Te lo dije, si quieres regresar a la aldea solo tienes que pedírmelo.

—Si vuelves a mencionarlo, te envío a la mierda.

Su mejor sonrisa, oscura y arrogante, curvó sus labios.

—Algo bueno debe de quedar dentro de mí para que los dioses me hayan recompensado con la mejor hembra del universo.

—O algo muy malo, vete tú a saber.

Soltó una carcajada, limpia y sonora, que lo hizo más joven a mis ojos. Por un instante, se despojó de la máscara de rey todopoderoso y prepotente. El corazón se me aceleró.

—¿No crees que seas buena para mí, mi reina? Porque hasta los ancianos se dieron cuenta de que eres una joya muy valiosa.

—Lo único que sé es que si piensas que esta relación nuestra va a ser un camino de rosas, es que el pulpo debió de darte fuerte en la cabeza.

Otra carcajada, esta vez acompañada de un sonido ronco, me hizo cosquillas en la piel. Nos miramos un instante a los ojos, los suyos chispeaban. Ensanchó las fosas nasales y su cola me acarició la espalda con un movimiento lento y sinuoso. Me estremecí, incapaz ya de atender a las conversaciones de los demás.

Emi discutía con Axeh y Jenny seguía sin mirar a Xerx. Ambas parecían muy preocupadas.

Pero yo estaba plena y totalmente concentrada en mi barog.

Cyrus se levantó de un salto y me tendió la mano.

—¿Vienes, mi reina?

—Ah, pero ¿hay algún sitio a donde ir en esta ciénaga? —pregunté, desafiante, mientras tomaba la mano que me ofrecía y él enredaba sus dedos con los míos enseguida.

—Quién sabe, tal vez haya encontrado un rinconcito para nosotros mientras recorría los alrededores. A ver si este te gusta más que el de la otra noche y decides… quedarte. —Su voz sonó provocadora y sensual.

—Ahora lo comprendo.

—¿El qué, mi reina?

—El brillo que tenían tus ojos cuando te has sentado junto a mí. Sabía que te traías algo entre manos.

—Me conoces bien, Tina. Está claro que no puedo tener secretos para mi reina.

—Pobre de ti que me ocultes algo.

Me rodeó la cintura y me pegó contra su cuerpo, un enorme muro de piedra.

—¡Largaos ya! —dijo Axeh, lanzándonos una baya. Cyrus la cogió al vuelo y me la acercó a la boca.

Ignorando las protestas y risas de nuestros amigos, mordí la baya y la saboreé ante la mirada de mi barog, clavada en mi boca. Él devoró el resto de un solo bocado.

—¡Id a sobaros a otra parte! —dijo Xerx riendo.

—¡Tened piedad de los demás! —soltó Toruch.

Todos se rieron. Capté la miradita que Axeh le lanzó a Emi de reojo. Ella se la devolvió, con una risilla. Esos dos no aguantarían ni una semana sin revolcarse juntos por el barro o donde fuera. En cuanto a Jenny y Xerx…, bueno, ambos eran muy complicados. Seguramente, tardarían un poco más en abrirse por completo el uno al otro. Pero quién era yo para hacer especulaciones.

Cyrus tiró de mí mientras esquivaba dos bayas más que alguien había apuntado directamente a su cabeza.



—Tus amigos son idiotas.

—Estoy de acuerdo. Mientras no pienses lo mismo de mí… —Me apretó un poco más los dedos.

No le veía la cara, puesto que caminaba delante de mí, guiándome, pero no me pasó por alto la ligera vibración de sus hombros. Se estaba riendo.

—A vosotros los barogs todo os hace mucha gracia. Pero estar en medio de un peligro de muerte, corrijo, ¡de muchos!, no creo que sea para tomárselo a broma.

—Para nada, mi reina. Pero prefiero que mi hermano y los demás estén de buen humor y crean que vamos a lograrlo, que no deprimirlos con la pura verdad.

—¿Y cuál es esa? Porque, al contrario de esa panda de zumbados, a mí sí que me gustaría saberla.

Se dio la vuelta y me miró sin soltarme la mano. Alcé la vista e incliné el cuello hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. Él se me acercó un paso.

—¿Sin tapujos?

—Tal cual.

Suspiró.

—La verdad es que estamos bien jodidos, Tina. En unos dos días, alcanzaremos la aldea de nuestros enemigos para salvar a la mujer de mi hermano y a las otras. Y no tengo ni idea de si lo lograremos. Además, te pondré en peligro a ti y a tus amigas, y si nos descubren, estamos perdidos.

Lo miré perpleja.

—Entonces, digo yo que habría que pensar bien lo que estamos a punto de hacer… antes de hacerlo, ¿no?

—Como te puedes imaginar, tenemos un plan. Y somos los ocho mejores guerreros de toda la aldea. No, ¡de toda Nemea! Así que si alguien tiene alguna posibilidad, somos nosotros.

—Si te crees que eso me tranquiliza…

—No tenemos otra opción. No hay tiempo de regresar a la aldea y traer a todas mis fuerzas, ni tampoco puedo hacer eso. Tienen que estar preparados allí para la guerra que vendrá después. No voy a poner en peligro a toda la especie, atravesando los pantanos y enfrentándose a lo desconocido. Tenemos que rescatarlas nosotros. Es la única opción.

Nos miramos en silencio unos segundos.

—Lo lograremos, Cyrus.

—Eso espero, mi reina. Porque mi hermano no soportaría vivir sin Callie el resto de su existencia. No voy a permitir que eso ocurra. Y si nos demoramos mucho, quizá la salvemos, pero ¿en qué condiciones?

No hacía falta mencionarlo. Los dos sabíamos bien la clase de horrores que podía estar sufriendo Callie en esos momentos.

—Te preocupas mucho por tu hermano. Lo quieres de verdad.

—Hasta que tú apareciste en mi vida, mi reina, era la persona a la que más amaba en el mundo.

—Pese a que estabais enfrentados.

—Pese a eso, sí.

—No tienes que quererme más que a él. No es una competición.

—Lo sé.

—Nunca te pediría algo así.

—Y por eso te amo con locura.

—Mmmm… ¿Con locura?

Me empujó con suavidad hasta el hueco que creaban varios árboles.

—¿Acaso lo dudas? —dijo pegándose a mí. Sus dedos me recorrieron la curva de la cadera, desde la cintura hasta el muslo.

—Nunca se sabe, con un rey tan salvaje y arrogante.

—Veo que me conoces bien.

Le dediqué una sonrisa provocadora.

—Así que este es el rinconcito que has encontrado. Muy acogedor.

—Cualquier lugar se convierte en un palacio cuando estoy contigo, mi reina.

—¿Sabes? Tu voz y tus palabras fueron lo primero que me conquistaron. Esa labia prepotente que tienes…

Soltó una carcajada.

—¿Y ahora? ¿Hay algo más que te haya conquistado?

Me di unos golpecitos con el índice en la barbilla mientras él enredaba los dedos en mi cabello y me aferraba la nuca.

—No estoy segura… Puede que tus ojos, con esa extraña mota verde danzarina que refleja tu estado de ánimo, y tu frecuente malhumor.

Contuvo la risa en su enorme pecho.

—Te fijas en todo, mujer.

—Aunque puede que sea este cuerpo grande y lleno de músculos que no sabía ni que existían hasta que te conocí.

Paseé un dedo por los surcos que se formaban entre los pectorales y por los abdominales, uno a uno, hasta detenerme en la franja musculosa que se perdía bajo el taparrabos.

Todo su cuerpo temblaba.

—Si quieres provocarme un calentón, vas por buen camino.

Sus caderas se sacudieron hacia las mías y la cola me presionó el trasero para apretarme contra él.

—Creo que el calentón ya lo tienes desde hace rato, mi rey.

—No vas muy desencaminada —dijo inclinando ligeramente la cabeza, doblando el cuerpo sobre mí.

—Y por supuesto, está también esta deliciosa parte de tu anatomía. —Mi mano lo acarició por encima del taparrabos. Una

caricia suave, pero cargada de intenciones—. Sí, definitivamente, esta es la parte de ti que me ha conquistado y...

Su boca chocó contra la mía antes de que pudiera añadir algo más. El pequeño claro circular, de no más de seis o siete metros cuadrados, se agitó con su movimiento. Los árboles que lo rodeaban nos otorgaban la suficiente privacidad para dejarnos llevar.

Pero no iba a ponérselo tan fácil. A un rey como ese, una no podía entregarse sin más cada vez que él ronroneaba… por muchas ganas que tuviera de comérmelo entero sin aguardar ni un solo segundo.

Así que, cuando su lengua rozó la mía, me escabullí de sus brazos y retrocedí, serpenteando entre los árboles, sin apartar la mirada de sus ojos.

Un pensamiento fugaz cruzó mi mente. ¿Y si solo nos quedaban dos días? ¿Y si moríamos en esa aldea? ¿Y si esta era la última vez que hacíamos el amor? Tenía que ser memorable, ¡épica!

Cada vez que habíamos estado juntos, lo había sido. Pero quería darle más, quería dárselo todo. Deseaba que notara en cada centímetro de mi piel el anhelo que sentía por él, la atracción desgarradora, el deseo atroz que me consumía por completo.

La bruma de los pantanos flotaba baja entre nuestros pies, envolviendo el claro en una penumbra húmeda. Caminé descalza sobre el fango, con el corazón latiéndome como un tambor ancestral.

El suave crujir de ramas marcaba los pasos de Cyrus, avanzando hacia mí con la gracia salvaje de un depredador, sin detenerse, con la mirada fija en mí, la boca ligeramente abierta, las aletas ensanchadas… El miembro excitado, presionando la tela del taparrabos.

Su piel brillaba por la humedad del pantano, y la luz de las lunas, que se filtraba débilmente y se derramaba sobre él, le dibujaba sombras en los músculos tensos. Su larga cola se balanceaba con lentitud, como si midiera la distancia entre nosotros. Como si pudiera alcanzarme con ella en cuanto lo deseara.

—Estás temblando —murmuró él con su voz grave, más como una vibración que como un sonido.

Entré en otro claro, un poco más pequeño, y me agarré a una rama, tanteando con el pie el terreno. Quería provocarlo, no acabar dentro del pantano. El aire entre nosotros se espesó, haciéndose casi irrespirable. El aroma a frutas tropicales que él despedía se me coló en la nariz y en la boca, haciéndome cosquillas en el paladar. Me tambaleé.

—No es miedo, te lo aseguro, mi rey —susurré. Entonces, me detuve y empecé a deslizar uno de los tirantes de mi vestido por el hombro—. Es deseo crudo.

Los ojos felinos de Cyrus se entrecerraron con intensidad cuando liberé uno de mis pechos. En un solo paso, me tuvo entre su cuerpo enorme y el tronco de un árbol de corteza rugosa. Su mano, cálida y firme, me rodeó la cintura, la otra me acarició la mejilla con una ternura desconcertante para una criatura tan temible.

Se inclinó sobre mí y sus labios me rozaron la clavícula. Descendió un poco más hasta que su boca estuvo a la altura de mi pecho desnudo. Sentí su aliento cálido y húmedo sobre el pezón. Sacó la lengua y lo lamió suavemente con la punta. Me arqueé hacia él al instante, enredando los dedos en su melena leonada. Lo chupó de nuevo, despacio, esta vez con más intensidad, cruzándolo de arriba abajo. Entonces, se lo metió en la boca y, tras succionarlo con fuerza, lo sostuvo con delicadeza entre los dientes un instante.

Todo mi cuerpo se estremecía, ansiando que siguiera. Sin embargo, se detuvo y se irguió de nuevo frente a mí. Adelantó la cadera y presionó contra la mía. Sentí su miembro caliente y duro a través de la ropa. Anhelaba su cuerpo contra el mío, piel con piel. La necesidad era tan fuerte que empecé a marearme. Ni siquiera me había dado cuenta de que yo también me presionaba contra él.

Me miró desde arriba, sin moverse. Los colmillos eran amenazantes, pero yo sabía bien que no me haría ningún daño. Alcé la mano y recorrí la textura de su pecho, trazando el dibujo de una de las espirales mientras él se desprendía del taparrabos y lo dejaba colgado en una rama. Ahogué una exclamación en la garganta cuando contemplé su polla, completamente lista para complacerme.

Lo había visto desnudo muchas veces, desde cualquier ángulo posible, y había disfrutado de sus atributos de muchas maneras

distintas, pero no podía evitar que me impresionara.

Aunque sabía que nuestra unión era perfecta y que nuestros cuerpos encajaban como si hubieran sido moldeados el uno para el otro, en ese momento previo siempre me preguntaba cómo era posible que eso cupiera dentro de mí. Sin duda, era una visión perturbadora. Me encantaba ser testigo de cómo crecía y se hinchaba un poco más en cuanto lo miraba de ese modo hambriento, poniendo toda mi atención en esa parte de su cuerpo.

Mi mano se movió sola, descendiendo hacia su erección mientras lo empujaba con suavidad para intercambiar posiciones con él. La sentí dura y palpitante bajo la palma de mi mano. Cuando presioné, él adelantó de nuevo las caderas y se restregó contra mis dedos, arqueándose y buscándome como loco. La rodeé con fuerza y empecé a subir y bajar por su largura, desde la base hasta la punta, sintiendo su suavidad sedosa. Ese tacto era enloquecedor.

Gruñó, un sonido gutural que le vibró en el pecho, y bajó el rostro hasta rozar con los labios la curva de mi cuello. La bruma seguía caracoleando en nuestros tobillos, y el aire mismo se había encendido entre nosotros.

Nuestras bocas se buscaron instintivamente, como si la naturaleza misma conspirara para fundirnos, mientras mi mano seguía masturbándolo con un ritmo lento pero constante, que sabía que lo llevaría al límite. Su lengua me lamió el paladar y exploró todos los recovecos de mi boca. Chupó mi lengua una y otra vez, y me devoró los labios. Yo le mordí los suyos.

Aunque hacía apenas unas semanas que estábamos juntos, cada uno empezaba a conocer el cuerpo del otro y sus reacciones mejor que el suyo propio. Y yo me moría por darle tanto placer que olvidara, aunque fuera solo por un rato, el motivo por el que estábamos en ese cenagal de pesadilla y el peligroso rescate que llevaríamos a cabo en unos días.

—No sé, quizá no lo estoy haciendo bien… Puede que tenga que hacerlo más fuerte, más rápido —susurré, perdida en el roce de sus labios, que ahora volvían a bajar a mi pecho.

Mis dedos apretaron el glande un poco más y se deslizaron hacia abajo y luego hacia arriba, deprisa.

Gimió y contrajo los glúteos para imprimirle más fuerza a su polla entre mis dedos. Cuando aceleré todavía más los movimientos, se recostó por completo contra el tronco y jadeó. Su cuerpo entero se arqueó bajo mi contacto, y yo creí deshacerme allí mismo.

Recuperó un poco la compostura y me bajó el otro tirante. Se quedó embobado, mirándome las tetas.

—Tina…, lo estás haciendo tan bien que, como sigas así, me correré entre tus dedos en cuestión de segundos —ronroneó, con los ojos entornados y un brillo feroz en ellos. Su cola se enroscó alrededor de mi muslo con una delicadeza inesperada.

Me agarró por los hombros e intercambió nuestras posiciones de nuevo, mi espalda contra el tronco.

La niebla se cerró alrededor del claro, ocultándonos del mundo mientras el deseo crecía como la marea y su cola me rodeaba ahora justo bajo los pechos y me ataba al árbol. El roce me hizo estremecer.

Me sujetó la cara con una sola mano, mientras la otra se enroscaba en mi cadera, y me besó de nuevo, explorando lentamente, apretándose contra mí. Yo le devolví el beso con una intensidad que dolía, aferrándome a su cuerpo imponente. Un beso profundo, tortuoso. De esos que abren las compuertas del ansia más cruda.

Cada ángulo de nuestros cuerpos, cada curva, cada línea, encajaba en el otro como si fuésemos dos mitades de un único ser. Sentía cada latido, cada respiración de Cyrus recorriéndome la espina dorsal. Me tenía acorralada con el peso de su presencia: una montaña de músculo, piel bronceada y hambre voraz. Por mí.

Sus labios descendieron, acariciando la línea de mi mandíbula, bajando lentamente hasta el hueco en la base de mi cuello. El calor de su lengua rivalizaba con el fuego de la hoguera que habíamos dejado atrás. Jadeé cuando la punta de su cola se deslizó con precisión felina desde mi torso a mi pierna desnuda, envolviéndola sin apretar, pero marcando territorio.

—No sé qué me has hecho, humana. Qué encantamiento los dioses te han permitido lanzar sobre mí. Me vuelves loco, mi reina —murmuró junto a mi oído, su voz ronca y gruesa—. Tu esencia me

reclama, y yo no puedo más que acudir y postrarme de rodillas ante ti.

Como si quisiera dar un golpe de efecto, se dejó caer de rodillas sobre el barro frente a mí.

No respondí con palabras. No hubiese sido capaz aunque me lo hubiera propuesto. Enredé los dedos en la base de su nuca, y lo atraje hacia mis pechos. Quería sentir de nuevo su lengua sobre ellos. Sus lametones calientes y húmedos sobre mi piel sensible.

No se hizo de rogar. Los cubrió de besos, primero uno, luego el otro, mientras sus dedos se clavaban en mi trasero y la otra mano me presionaba la espalda para aplastarme contra su boca voraz.

Su cola se tensó a la altura de mi muslo y tiró con suavidad para que abriera un poco más las piernas. En cuanto lo hice, Cyrus se detuvo y alzó la vista hacia la mía. Una sonrisa traviesa me dio la pista exacta de lo que estaba a punto de hacer.

Se agachó un poco más, me alzó la pierna y la pasó por encima de su hombro. En el instante en que su boca se posó sobre mi intimidad, tuve que ahogar un grito. Me lamió de arriba abajo, despacio, mientras me estremecía de la cabeza a los pies. Mis dedos se hundieron en su cabello y lo atraje hacia mí, pidiéndole más. ¡Y vaya si me lo dio! Me comió entera, y cuando acabó de lamerme y jugar con mi carne sensible entre los dientes, embistió con la lengua en mi interior.

—Tan jodidamente suave… —murmuró sobre mis pliegues, sus palabras apenas inteligibles.

Chispas de colores revolotearon ante mis ojos mientras seguía poseyéndome con la lengua, a un ritmo experto y enloquecedor. Apenas podía respirar. Mis pechos se agitaban cada vez que empujaba de nuevo. Sus dedos se clavaban en mis nalgas para sujetarme con firmeza. ¡Como si a mí se me ocurriera escapar de semejante paraíso!

Al borde del orgasmo del siglo, separó mis pliegues con el dedo y lo metió hasta el fondo, firme pero lento, sin dejar de lamerme.

—Joder… —murmuré.

Lo sacó hasta la punta y añadió un segundo dedo, mientras presionaba la palma de la otra mano contra mi abdomen. Tras

repetirlo tres veces, la tensión se arremolinó en mi centro de placer de un modo insoportable. La necesidad de liberarla era imposible de contener. Estallé en miles de partículas, lanzadas directamente al cielo nocturno. Me aferré a su cabello con más fuerza y grité, mientras él seguía enterrado entre mis muslos alargando la oleada de placer devastadora que acababa de arrasarme.

Cuando empecé a calmarme, me bajó la pierna con cuidado y se levantó, tan grande y musculoso que bloqueó el mundo para mí. Solo existíamos él y yo en medio de aquel pantano.

Me alzó por el trasero y me apoyó en el tronco. Mis piernas se enroscaron en su cintura y me sujeté con los talones, dándole vía directa para penetrarme. Me sentía débil y desmadejada, como si mi cuerpo se hubiera convertido en gelatina. Pero me esforcé por agarrarme a su hombro con fuerza, mientras le echaba el otro brazo alrededor del cuello.

Me miró a los ojos y colocó el glande a las puertas de mi cuerpo. Y empujó sin apartar la vista, hasta el fondo, apretando los glúteos, impulsando la cadera hacia delante al encuentro de la mía.

Nos fundimos el uno en el otro con un jadeo profundo y animal que no tenía nada de humano.

Arqueé el cuerpo contra él, buscando más, necesitándolo entero. Mis senos rozaron su pecho desnudo, y la sensación de fricción húmeda, piel contra piel, nos hizo gemir de nuevo. Entonces, incrementó el ritmo de las embestidas y echó la cabeza hacia atrás, inclinando el cuello, grueso y poderoso. Con cada penetración, un rugido escapaba de su garganta, haciendo temblar la ciénaga entera.

Me sujeté con más fuerza, mientras él seguía empujando en mi interior, conquistando mi cuerpo, incendiando mi alma, y arrasando mi corazón.

El roce de su polla dejaba un reguero de fuego ardiente a su paso. Rugía como un león mientras me llenaba una y otra vez, y yo le clavaba las uñas en el trasero. Su cola subía por mi esternón, entre mis pechos, y se enroscaba en mi cuello con suavidad.

Todo aquello era… demasiado. Las sensaciones me desbordaban.

El sudor le corría por los surcos del pecho y tenía el cabello alborotado y enmarañado, dándole un aspecto incluso más salvaje y primitivo de lo habitual. A mí me parecía el ser más hermoso y *sexy* que había contemplado nunca.

Nuestros ojos se encontraron un instante antes de la rendición mutua, salvaje, devastadora.

Se derramó como un torrente dentro de mí mientras me abrazaba, anclado en mi interior de ese modo tan extraño y placentero. Su polla enganchada dentro de mí, liberando su semilla, sacudida tras sacudida, con los músculos rígidos y el temblor recorriéndole cada fibra de ese cuerpo glorioso y temible.

Su respiración entrecortada, sus rugidos y su pulso desbocado retumbaban en mis costillas, extendiéndose por cada célula de mi cuerpo como si fueran míos.

Nos quedamos abrazados hasta que se vació por completo y empezó a calmarse. Solo entonces, el anclaje se suavizó y pudo salir de mí, húmedo y todavía hinchado. Complacido. Yo también lo estaba.

Me bajó con cuidado y, cuando mis pies inestables se posaron en el suelo, me abrazó con tanta ternura que me emocioné, aunque logré disimular apretando la mandíbula. Todavía me daba un poco de miedo mostrarme vulnerable con él. Por lo que Cyrus estaba haciendo, no parecía que a él le importara lo más mínimo mostrarse así conmigo.

Me mantuvo entre sus brazos, besándome con suavidad las mejillas, los labios, la nariz, la frente… Sentía su piel desnuda, caliente y sudorosa, contra la mía, que estaba más o menos igual.

Estaba medio desnuda, con los pies hundidos en el fango, abrazada a una bestia alienígena de dos metros veinte en medio de unos pantanos letales, a punto de avanzar hacia una posible muerte, y me sentía la mujer más afortunada del universo.

«Es definitivo: has perdido el juicio». Sí, lo había perdido, pero eso no iba a impedirme ser feliz con ese barog que declaraba a los cuatro vientos su amor por mí. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde mi llegada a Nemea! No pude evitar sonreír para mis adentros.

—Será mejor que volvamos y descansemos un poco, ¿no crees, mi reina? —dijo soltándome. Cubrió de nuevo mis pechos con el vestido y estiró el bajo.

Asentí, incapaz todavía de hablar.

Se agachó, me cogió en volandas y me llevó de regreso al claro.

Todos nuestros amigos ya dormían, menos Lansh y Xioh, que follaban sin ningún pudor entre rugidos y gemidos. Aparté la vista para darles un poco de intimidad, aunque no pareció importarles nuestra presencia lo más mínimo, más bien nos ignoraron. Así que les eché otra ojeadita.

Xioh estaba tumbado sobre su novio, embistiéndole el trasero con las caderas, con un ritmo pausado pero constante. Empujaba con fuerza, contrayendo los glúteos para profundizar la penetración. Con una mano sujetaba la de Lansh contra el suelo, enlazando sus dedos, mientras la otra se perdía bajo su cuerpo, a buen seguro, acariciándolo. Aquello era todo un espectáculo. De pronto, aceleraron el ritmo. Xioh enredó los dedos en la larga melena rubia de Lansh y tiró un poco, sin detener el vaivén de sus caderas.

Dejé de mirar cuando los sonidos inconfundibles nos indicaron que se estaban corriendo.

Entre risillas, el rey y yo nos acostamos en el suelo acurrucados, con los ojos brillantes y una sonrisa de felicidad en el rostro.

Fuese cual fuese nuestro destino, di gracias a los dioses por haberme traído a Nemea junto a Cyrus, el rey que no dudaba en postrarse a mis pies, el barog más excitante del planeta…, mi *hoa uhane*.

21 UNA VIEJA AMIGA
callie

Lorna caminó lentamente hacia mí como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Yo tampoco. Cuando se acercó lo suficiente para contemplarme con absoluta claridad, abrió la boca y se la tapó con las manos. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Los míos también.

Se abalanzó hacia la reja y sus manos cubrieron las mías.

—Callie, ¿eres tú de verdad? —Su voz sonaba afónica, supongo que de tanto gritar.

Llevaba la larga melena castaña suelta y desgreñada. ¡Ella que solía recogerse el cabello siempre en un moño perfecto, con tan solo algunos mechones asomando por delante! Iba enfundada en un vestido muy similar al mío, algo sucio, y descalza. Curiosamente, su rostro parecía más joven que la última vez que la vi… al otro lado del portal. A salvo. ¿Qué demonios había ocurrido?

—En carne y hueso —solté, enjugándome las lágrimas que se precipitaban ya sobre mi vestido, sin dejar de mirarla con los ojos como platos.

Aquello era… Ni siquiera sabía cómo calificarlo.

—¡No conseguía encontrarte! Ya había perdido la esperanza. ¿Dónde estabas?

—¿Cómo que dónde estaba? ¡¿Qué coño ha pasado, Lorna?! ¡Tú no deberías estar aquí! No eres una descendiente. ¡Te vi con Terry justo antes de que se cerrara el portal!

—Te seguí, ¿vale?

Sorbió los mocos sonoramente. Sus manos continuaban aferradas a las mías.

—¿Por qué? ¡¡Maldita sea!!

—¿Cómo que por qué? ¡Porque eres mi mejor amiga!

—¿Y por eso te metiste en un portal a otro mundo lleno de bestias espantosas? No te creía tan intrépida, McPhee.

—Me asomé un poco. Vi cómo se te llevaban y… no pude dejarte ahí sola.

—Estabas al otro lado antes de que se cerrara el portal. ¿Cómo narices lo hiciste?

—Apenas quedaba un hueco, a punto de cerrarse. Dudé, no te lo negaré. Pero seguí un impulso.

—Pues la cagaste bien. ¡A quién se le ocurre! ¿Por qué, McPhee? No me basta solo con lo de que somos amigas, ¡no me jodas!

—Porque… todo fue culpa mía, Callie.

Enarqué una ceja.

—¿En qué momento fue culpa tuya que aparecieran aliens monstruosos montados en leones a través de un vórtice a otro planeta y me secuestraran?

Miró un momento por encima de mi hombro hacia Lorish y se acercó un poco más a mí.

—Porque yo te empujé a que te liaras con Daryos. Tú no lo veías claro, sabías que algo fallaba. Y yo… te lancé a sus brazos. Fue una imprudencia —dijo en voz baja, mientras las lágrimas se amontonaban de nuevo en sus ojos.

—Escúchame bien, McPhee. Que te quede clara una cosa: nada podría haber impedido que ese capullo me raptara, ¿me oyes? Estábamos algo así como predestinados. Ya te lo contaré todo cuando… cuando ese idiota venga a por mí y nos liberen. —Ahora fui yo la que hablé muy bajito. No quería que Lorish nos escuchara y le fuera con el cuento a su jefe.

Volvió a mirarme de esa manera como si me escaneara el cerebro desde la frente hasta la parte trasera del cráneo, tal como siempre hacía en la universidad. ¡Cuánto la había echado de menos!

«¡Dioses! Estoy hablando con Lorna. ¡¡Está aquí!! Esto es una puta locura». Se me puso la piel de gallina. Una mezcla de alegría, preocupación y desconcierto estuvo a punto de tomar el control. Pero no podía… no debía descontrolarme. La situación continuaba siendo una mierda.

—¿Daryos y tú… seguís juntos?

Pese al miedo y la desesperación de sus facciones, me lanzó una miradita de suspicacia.

Resoplé.

—Juntos y muy revueltos. Lo amo con locura, es mi alma gemela y muchas otras estupideces que negaré haber dicho.

Se le ensanchó una sonrisa.

—Joder, Lorna, la situación es muy jodida, así que dejémonos de chismes por ahora, ¿vale?

—Pero me lo contarás todo. Necesito entender cómo ha conseguido que lo perdones y que te enamores de él… con ese aspecto de bestia salvaje.—No fue una pregunta. Simplemente, lo afirmó.

—Que sí, pesada. Te lo contaré con todos los detalles, como a ti te gusta. Y ahora, necesito que me digas una cosa muy importante. Así que céntrate, McPhee. ¿Le hablaste a alguien de esta chusma de mí o de Daryos?

Si lo había hecho, quizá Ux ya sabía quién era en cuanto le dije mi nombre. Y si Lorna había mencionado a Daryos…

«Joder, relájate o acabarás hiperventilando».

—¿A los monstruos? —Empezó a negar con la cabeza—. No dije nada de vosotros. No quería que supieran que había más mujeres y se lanzaran a buscarte. Intenté seguiros el ritmo y no perderos de vista a Jenny y a ti, pero desaparecisteis pronto en la jungla. Estaba aterrada. Me perdí, y uno de esos espantosos seres con los ojos plateados me agarró.

—Ya me lo contarás todo. ¿Y qué pasa con Terry?

—¡Ay, sí! ¡Pobrecito mi Terry! No sé qué estará haciendo sin mí. A veces le echo un poco de menos…, pero no tanto como imaginaba. —Se encogió de hombros.

—Yo flipo contigo.

—Tú eres mi persona, Calista Dawson. Mi mejor amiga.

—Ya, como si eso lo explicara todo. —Suspiré—. No deberías estar aquí. Esto no es para ti y…

—¿Y para ti sí?

—Yo soy una descendiente. Es complicado de explicar.

—¡Eh! ¡Ya basta de cháchara! —gritó Lorish a mis espaldas.

Pasé de él.

—Algo me han contado las otras mujeres que están aquí. Esto es un infierno, Callie. No sabes de lo que son capaces estos animales.

—Me hago una idea, créeme.

—¡He dicho que se acabó! ¡Vámonos, mujer! ¿O quieres que te lleve de vuelta a la celda a rastras?

—Mierda. No hay tiempo, así que escucha con atención. Estos son los malos malísimos, pero no estamos solas. Tenemos amigos que nos sacarán de aquí.

—¿Daryos?

—Y su hermano, y todos sus amigos, y nuestras estudiantes —dije de carrerilla. Ella abrió los ojos un poco más, con emoción—. Y aunque estas semanas con ellos tampoco han sido un camino de rosas, son los buenos, ¿vale?

—No te veo muy convencida.

—Ya lo viste, Lorna, nos raptaron. Son unos salvajes, pero la mayoría, buena gente. Así que necesito que aguantes calladita y sin montar numeritos hasta que vengan a rescatarnos, ¿de acuerdo?

Lorish despotricaba a mi espalda. Sus pasos se aproximaban.

—Cuenta con ello, Calista.

Le lancé una mirada de advertencia y ella sonrió un poco.

—Vendré a por ti.

El barog me agarró por la cintura y empezó a tirar para arrancarme de los barrotes.

—Estás hecha un desastre, por cierto —dijo ella observando de pronto mi muslo—. ¿Qué te han hecho, Callie?

—Estos todavía nada. Me caí por un acantilado.

Me miró con horror, sin despegarse de la reja.

Lorish tiró de mí con más fuerza y me obligó a soltarme.

—¡Eh, tú, mastodonte! Ten un poco de cuidado —le dijo mi amiga. Parecía aterrada… y bastante desquiciada. Aun así, salió en mi defensa.

Lorish ni se molestó en contestar. Me cargó sobre el hombro y enfiló el sendero de regreso a la celda mientras yo pataleaba para que me bajara de una vez.

Ahora que me había reencontrado con Lorna, separarme de ella me parecía un suplicio. Mi amiga llevaba en Nemea el mismo tiempo

que yo. ¡Y rodeada de los hermanos perdidos! ¡Qué mala suerte había tenido la pobre!

Verla me inundó de felicidad, pero también, de algún modo, me trasladó a mi vida anterior, a lo que habíamos compartido juntas, a lo que teníamos antes de acabar en Nemea. Por un instante, mi firmeza se vino abajo. Mi estado de ánimo se debilitó y las lágrimas empezaron a rodar de nuevo por mis mejillas.

«¿Cómo demonios hemos llegado a esto?».

De repente, me sentí como era antes, una simple profesora joven de biología, en lugar de una superviviente en la jungla. Por un instante, estuve a punto de venirme abajo. Y eso era algo que no podía consentir de ningún modo. Lo que me esperaba al día siguiente, y a saber durante cuántos días más, sería horrible y requeriría de toda mi entereza y astucia para superarlo. No podía derrumbarme.

Así que, en cuanto Lorish me bajó al fin y mis pies tocaron el suelo, inspiré hondo varias veces para calmarme mientras él abría la celda.

Encerré a Lorna en uno de los compartimentos que había levantado en mi cerebro para soportar el horror. No podía permitirme llorar por las esquinas por todo lo que había perdido. Hasta que vinieran a salvarnos, hasta que pudiera sacarla de esa celda, Lorna era solo una debilidad para mí.

Por fortuna, no les había hablado de mí ni de Daryos a los perdidos. Si no, a estas alturas, Ux sabría de sobra que estaba unida al príncipe de Nemea, y las cosas se hubieran puesto más feas incluso de lo que ya estaban.

Lorish me sujetó del codo y me empujó para que entrara en la celda con las demás. En cuanto llegué, Susi y Penny corrieron hacia mí y me ayudaron a acostarme en el jergón. No me había dado cuenta de que la venda del muslo estaba un poco manchada de sangre fresca. Me la quitaron y me examinaron la herida de nuevo. No se había soltado ningún punto de sutura, lo cual fue un alivio.

—Has tardado mucho en volver. ¿Estás bien? —me preguntó Susi mientras Artia me embadurnaba de nuevo la herida con ungüento.

—Ux quiere tenerme en exclusiva para él y vincularse conmigo. Quiere saber quién es mi barog. Me ha dado un ultimátum hasta mañana.

Susi me miró en silencio.

—Entonces, descansa bien esta noche, Callie. Y mañana, en cuanto te lo vuelva a preguntar, se lo dices.

—No pienso hacer eso —dije, acomodándome en el catre lo mejor posible.

La *aninf* estaba ahora rodeándome el muslo con una venda limpia. Cuando acabó, empezó con el brazo.

—De un modo u otro, te sacará la información que desea obtener. Lo mejor es que no te resistas. Porque una vez empiece, las consecuencias son impredecibles.

Alcé una ceja.

—Es un cabrón hijo de puta, frío y calculador.

—Normalmente, sí. Pero cuando cruzas el límite, se descontrola por completo. Créeme, lo he visto, Callie. Por desgracia, lo conozco bien. No quiero que explote contigo. Te aseguro que no tienes ni idea de lo que es capaz de hacer.

—¡Me importa una mierda cabrearlo!

—No dirías eso después de diez años aquí.

Nuestros ojos se encontraron, y en los suyos leí el miedo y la humillación que ese monstruo le hacía sentir.

—Es cierto que no sé nada de él comparado con lo que sabes tú. Pero ese tarado tiene muy claro lo que quiere de mí, y que le dé el nombre de mi barog no va a cambiar eso.

—Pero te evitará sufrimiento. Si haces lo que te pide, no será cruel contigo. A Ux le divierte y le excita que al principio seamos peleonas y nos resistamos. Sin embargo, pronto pierde la paciencia y lo que realmente quiere es obediencia ciega. Se porta bien con quién se la da, y con los que no…

Dejó la frase en el aire.

—No voy a ponérselo fácil, Susi. No voy a entregarme a él por las buenas para evitar que me golpee. Lo he pensado mucho y no puedo.

Suspiró.

—Yo también pensaba así. Si me oponía, si luchaba, al menos no estaba traicionando a Ciench. Aunque el resultado fuese el mismo, al menos, me había defendido con uñas y dientes.

—Exacto. Eso pienso yo.

Mientras me acariciaba el pelo, me lanzó una mirada cargada de ternura que no me gustó en absoluto.

—Lo entiendo, Callie. Todas las que estamos aquí lo comprendemos. He estado en tu lugar, créeme. Lo que intentas hacer, no sirve de nada. Te maltratará hasta quebrarte por completo y acabarás obedeciéndole de todos modos. Solo que estarás más débil, y te sentirás todavía más avergonzada y humillada.

—Pero si lucho…

—No puedes luchar contra Ux. Cuanto antes te lo quites de la cabeza, menos veces tendremos que remendarte cuando llegues aquí después de estar con él.

Se me encogió el estómago.

—No esperarás que deje que me posea sin más. Eso no va a pasar. No voy a rendirme así como así.

Artia anudó la venda en mi brazo y lo recogió todo. Tras darle las gracias, se alejó a hacer compañía a Sylvia, que yacía en su jergón con las manos sobre el vientre. Al parecer estaba sintiendo las patadas del bebé.

—Aunque no pelees, no estarás traicionando a Daryos. Será solo un mecanismo de supervivencia. Lo que importa no es lo que le permitas hacerle a tu cuerpo. Lo que verdaderamente importa es que no le dejes entrar en tu alma ni en tu corazón. Que jamás te quiebre por dentro. De ese modo, podrás volver a mirar a tu barog a los ojos, y tu amor por él se mantendrá intacto, tan puro como el primer día que te diste cuenta de que lo amabas.

Podría haberle dicho que yo no lo veía así, que yo necesitaba oponerme a Ux con todas mis fuerzas para poder sentir que no estaba engañando a Daryos de ningún modo posible. Que no importaba que me hiciera daño, siempre que yo me hubiera resistido hasta las últimas consecuencias. Pero comprendía por qué ella necesitaba creer en lo que acababa de decirme.

Susi llevaba mucho tiempo con los hermanos perdidos y, a buen seguro, había tenido que hacer un montón de cosas odiosas y humillantes. Pero si las había hecho solo para sobrevivir, para que no la mataran a golpes, tal vez, de ese modo, podría volver a mirar a los ojos a Ciench cuando se reencontraran sin sentirse como una mierda.

Pero yo no estaba aún en ese punto. Yo acababa de llegar ahí, y no iba a doblegarme a la primera de cambio. Todavía tenía esperanza en que mi barog y mis amigos llegaran antes de que tuviera que tomar esa difícil decisión.

—Entiendo lo que dices, Susi, y agradezco tu consejo. Sé que tienes razón, pero, al margen de si quiero pelear o no, no puedo darle su nombre a Ux. Daryos no es un barog cualquiera, es el príncipe. En cuanto el líder sepa que estoy vinculada a él, sabrá que conozco al rey y que tengo mucha más información de lo que parecía. Intentará sonsacarme todo lo que sé acerca de si la aldea está alertada, de si fueron los míos los que mataron a su grupo de expedición, de si el rey y el príncipe ya han ido a ver a los ancianos… —expliqué en una voz tan baja que casi parecía un susurro.

Prefería que todo aquello lo escuchara solo Susi. Nunca podía estar segura del todo de que alguna de esas mujeres no acabara diciendo algo a un hermano perdido, por supuesto, bajo coacción. Bastante les había contado ya. De todos modos, hasta ahora me habían demostrado que podía confiar en ellas sin reservas. Y eso había hecho.

—Aun así, te ruego que lo reconsideres. Tu barog es fuerte. Sabrá combatir a Ux cuando llegue el momento. Tú, en cambio, estás indefensa. Tu única arma para reunirte con Daryos algún día es sobrevivir. Y no lo harás si desafías a Ux.

—No voy a desafiarle. Solo…voy a negarme a contestar. No es lo mismo.

—Para él sí. Reflexiona bien lo que hemos hablado. Tendrás mi apoyo decidas lo que decidas. Si alguien puede ponerse en tu lugar, soy yo. —Hizo una pausa y sus ojos relampaguearon—. Pero hagas lo que hagas, no le mientas.

Asentí.

—Gracias, Susi. Eres una buena amiga. Me alegro mucho de haberte conocido, aunque sea en estas circunstancias de mierda —solté, y lo pensaba de verdad. Ella sonrió—. Y hablando de amigas… ¿Por qué no me dijiste que había otra mujer?

Abrió mucho los ojos.

—¿La mujer loca? Te dije que no había más descendientes. Esa mujer no lo es. Se coló a través del portal, todavía no entiendo por qué.

—Lo sé, hablé con ella.

—¿La has visto? ¿Cómo?

—Le pedí a Lorish que me llevara hasta allí.

—¿Y lo hizo? —preguntó elevando una ceja.

—Digamos que… lo amenacé con una cosilla.

Susi sonrió.

—Ya veo que eres una mujer de recursos.

Le devolví la sonrisa.

—Hago lo que puedo, como todas, supongo. Llevaba días escuchando sus gritos y lamentos, pero creía que eran fruto de mis delirios por la fiebre.

—La pobrecita ha enloquecido. Estuvo con nosotras un tiempo, pero cuando vieron que alteraba a algunas con sus ideas de escaparse y otras cosas, se la llevaron. No había vuelto a saber de ella.

—La conozco. Era mi mejor amiga en la Tierra.

—¿En serio? —La sorpresa titilaba en su voz.

—No se le ocurrió otra cosa que seguirme —dije meneando la cabeza. La había visto con mis propios ojos y todavía me costaba creerlo.

Le hablé un poco de Lorna y de la universidad, y ella me hizo algunas preguntas. Hasta que el agotamiento mental y físico empezó a vencerme.

—Descansa un rato, Callie —me dijo acariciándome de nuevo el pelo y dedicándome una sonrisa.

Parecíamos de la misma edad. Sin embargo, obviando el aspecto físico, tenía esa sabiduría y experiencia propias de una madre o una

abuela. Y yo me sentía muy bien con ella. No en vano llevaba viva más de dos siglos, y una parte de ellos no había sido nada fácil.

Recé a los dioses del manantial para que pronto saliéramos de allí y Susi pudiera recobrar su vida junto a Ciench. La vida que Ux y los demás perdidos le habían arrebatado sin piedad. Se merecía ser feliz. Todas lo merecíamos. Ya habíamos sufrido más que suficiente.

Se levantó de mi lado para dejarme descansar y se dirigió a un grupo de mujeres que estaban cosiendo vestidos muy similares a los que llevábamos. Otras estaban amasando para hacer panecillos. Había un pequeño fuego en el centro y un horno de piedra rudimentario junto a una de las paredes de la choza.

Pasé el resto del día medio adormilada, tratando de reponer fuerzas, y charlando de vez en cuando con las mujeres de cosas triviales. Requirieron a unas cuantas para preparar un asado en la plaza de la aldea y se marcharon. Cuando volvieron, trajeron también raciones para nosotras. Al atardecer, se escucharon cánticos guturales, risas y las voces de los perdidos, graves y ásperas, sonando por toda la aldea.

Hasta que, tras la cena, cayó la noche. Y yo me sumí de nuevo en las pesadillas, consciente de que, al día siguiente, iba a vivir la peor de todas ellas.



Un ruido extraño y constante me despertó de madrugada. Las lunas brillaban en el cielo al otro lado de los barrotes de la celda y no se oía un alma, salvo por ese sonido. Eran gruñidos suaves y se escuchaban muy cerca. Tal vez había algún animal rondando por los alrededores, o una de las chicas roncaba de lo lindo. Traté de ignorarlo, pero no me sirvió de nada. Era imposible dormirse con ese zumbido.

Abrí un ojo. Todo estaba tranquilo a mi alrededor, como si nadie lo hubiese escuchado, excepto yo. Pero no iba a caer de nuevo en el

error de pensar que eran alucinaciones. Así que me desperecé y me obligué a incorporarme en la cama.

Cuando lo logré, vi a Artia sentada delante de la puerta de la celda con las piernas cruzadas mirando hacia el exterior. No se movía y, por la posición de su cuerpo, parecía muy concentrada.

Ayudándome de las manos, logré ponerme en pie. Todos mis huesos crujieron cuando lo hice. Al dar el primer paso, los músculos del muslo se me tensaron y tuve que ahogar un chillido de dolor. Miré hacia abajo. La venda estaba en su sitio y no había sangrado. Quizá me había apoyado sobre la pierna herida mientras dormía y ahora estaba viendo las estrellas.

Al llegar junto a Artia, ella se giró, me miró y se hizo un poco a un lado para permitirme ver.

—¡La leche! —exclamé bajito.

Los *llitops* de la jaula se amontonaban frente a la reja de la celda, haciendo ruiditos y dando algún saltito de vez en cuando. En cuanto entré en su campo de visión, clavaron sus ojos castaños enormes en mí y ya no los apartaron de mi cara.

«¿Me están agradecidos o quieren comerme?». ¡Cualquiera lo adivinaba!

—*Lli-tups* no irse —dijo Artia señalándolos, cuidándose mucho de no sacar un dedo.

—Ya veo…

Vistos de tan cerca, eran igual de encantadores, pero sus dientes daban un poco de grima, la verdad. Tenían muchísimos, ¡cientos!, como agujas afiladas, distribuidas en varias hileras. Aunque, a decir verdad, en ese momento no parecían hostiles para nada. Además, si hablábamos de "atrezo" amenazador, tampoco es que las garras largas y afiladas de Artia fueran muy tranquilizadoras.

Los había de distintos colores: naranja, amarillo, rosado, melocotón… ¡Eran monísimos! Y estaban empezando a hacer demasiado alboroto.

Eché un vistacillo para comprobar que los dos guardias que solían vigilar apostados a la entrada de la celda siguieran dormidos. Por el momento, así era. Suspiré de puro alivio. Me había arriesgado

abriéndoles la jaula, y si ahora los pillaban, no habría servido para nada.

—¿*Ami-cos* de Callie? —me preguntó Artia.

Solté un bufido.

—Más o menos. Estoy haciendo amigos muy raros últimamente. —La miré de reojo. Sus ojos plateados parpadearon impasibles.

Me agaché un poco como pude, obviando los latigazos de dolor en el muslo, para ponerme a su altura.

—Tenéis que marcharos ya mismo —dije señalando con el dedo hacia los pantanos, más allá de la aldea.

«¡Como si pudieran entenderte!», pensé, meneando la cabeza mientras me rascaba la marca de nacimiento, que había empezado a picarme.

A ver, de tontos no tenían un pelo. Se habían esperado a que oscureciera para salir de la jaula, así que sabían ir solos por el mundo. Y sabían que yo los había liberado. ¿Por qué si no estarían ahora ahí mirándome con adoración?

«No es adoración, no te pases. No tienes ni idea de cuáles son sus intenciones». Pero con esos ojillos y ese aspecto de peluches despeinados, no podían ser malvados, ¿verdad?

«Imposible». Por mucho que Lansh y los otros me hubieran advertido de que eran peligrosos, no me lo tragaba.

—Marchaos, ahora —dije clavando la mirada en Naranjito y volviendo a señalar a lo lejos.

«Nada, ni caso».

El vigilante de la derecha se removió un poco en sueños.

—Mierda. Si se despierta, estáis jodidos. ¡Fuera de aquí! —insistí. Pero seguíamos igual.

—¿Qué ocurre? —murmuró Susi a mis espaldas, acercándose a nosotras.

—Shhh. Los *llitops* esos, que porque les abrí la jaula antes, se piensan que soy su salvadora o algo así.

—¿Y se puede saber cómo hiciste eso? —susurró Susi, asomándose por encima de mi cabeza para verlos.

Los animalillos ni siquiera la miraron. Siguieron con la vista fija en mi rostro. Susi y Artia intercambiaron una mirada. Esta se

encogió de hombros.

—Me da a mí que las *aninfs* os hacéis mucho las tontas, y sois bastante más listas de lo que parecéis —le dije mirándola a esos pozos plateados *aparentemente* vacíos.

—Si se quedan aquí haciendo esos ruiditos, acabarán por descubrirlos e irán directos a la olla. A los inferiores les encanta comérselos —dijo Susi.

—No me digas… Y yo que pensaba que los atrapaban para convertirlos en sus adorables mascotas.

—¿Eso ha sido sarcasmo? Lo echaba de menos por aquí —dijo sonriendo.

—Veamos, Artia, las *aninfs* también zampáis pollos de esos, ¿verdad? —solté, ideando un miniplan en mi cabeza. Ella me observó sin comprender—. Que si comes *llitops.*

Artia me miró horrorizada.

—*Aninfs* comen *lli-tups.* Artia, no.

«¡Ay, la hostia! ¡Una *aninf* vegana! A mí tenía que tocarme».

—Artia es diferente —aclaró Susi.

—Ya veo. Pero ellos no lo saben, ¿verdad? —dije. Artia me miró con curiosidad—. Asústalos.

—Artia no…

—Ya sé que no te los comes, pero pon cara como si fueras a atacarlos. Tienes que asustarlos para que se vayan. Si se quedan, los meterán en la jaula otra vez y se los zamparán.

«Ay, Dios, ¿habrá entendido algo de lo que acabo de decirle?».

—¿Tú crees que se ha enterado de lo que le estoy pidiendo? —pregunté a Susi, mirándola.

—No todas son tan tontas como los barogs dicen. Lo que pasa es que ellos son unos brutos, y apreciar las sutilezas no es su punto fuerte. Follan con ellas, no entablan grandes conversaciones. Y lo cierto es que algunas son diferentes, aunque pocas.

—Pues me da a mí que he conocido a las listas de su especie.

—Dale unos segundos para que procese lo que le has dicho.

El vigilante volvió a removerse.

—No tenemos mucho tiempo.

Estaba empezando a ponerme nerviosa. Naranjito seguía mirándome con los ojos como platos y la lengua fuera. Parecía un cachorrillo alienígena. ¡Era tan mono!

—Callie quiere que Artia asuste *lli-tups* para… salvar.

«Joder, pues sí, esta también es lista».

—Así es, Artia. Pero sin hacer ruido y…

Se agarró a los barrotes de madera de la puerta, acercó la cara a uno de los huecos y la distorsionó en una mueca terrorífica que me dio miedo hasta a mí, mostrando sus pequeños colmillos de marfil.

A los *llitops* se les pusieron los pelos de punta, y se largaron a toda velocidad entre saltitos. Para cuando el vigilante se despertó, habían puesto pies en polvorosa y desaparecido de nuestra vista.

El hermano perdido nos echó un vistazo y nosotras tres nos retiramos enseguida a nuestros jergones. Antes de separarnos, miré a Artia y le susurré:

—Muchas gracias, Artia. Lo has hecho muy bien. Los has salvado.

Ella no sonrió. Las *aninfs* no lo hacían, pero vi un destello en su mirada. Alargó los dedos y me rozó el antebrazo con suavidad. Después, desapareció en el rincón más oscuro de la celda, y Susi y yo nos fuimos a dormir.

Concilié el sueño enseguida. Al menos, había logrado salvar a los *llitops*…, aunque no pudiera salvarme a mí misma.

22 ANINFS A LA VISTA
tina

Abrí los ojos con los primeros rayos de un sol débil y filtrado por las espesas nubes grisáceas. El aire se había cargado de humedad todavía más y el calor era tan sofocante que cada bocanada era un suplicio.

Cyrus aún dormía a mi lado, con el cabello revuelto y las facciones relajadas. La tensión que siempre se le acumulaba en la mandíbula y los hombros había desaparecido. Cuando lo contemplaba así, una sensación extraña se me arremolinaba en la boca del estómago. Podría definirla de muchas maneras distintas, pero lo cierto es que bastaba una sola palabra: amor.

Jamás habría imaginado que pudiera enamorarme de un hombre tan deprisa, mucho menos de alguien como él. Pero ahí estábamos, tumbados uno al lado del otro, su brazo inmenso sobre mi cintura, su cola enredada en mi pierna, mi mano en su mejilla rasposa.

Toruch, que había hecho la última guardia de la noche, se desperezaba con la espalda pegada a un tronco, rascándose contra la corteza como si fuera un oso enorme. Su único mechón plateado contrastaba con el castaño del resto de su cabellera, recogida en una gruesa trenza. Sus ojos marrones, cálidos y vivarachos, se cruzaron un instante con los míos mientras me sonreía.

—Buenos días, mi reina —me dijo Cyrus nada más despertarse.

No pude evitar sonreír como una tonta. Enredó los dedos en mi nuca y me acercó para besarme. Cuando los demás empezaron a carraspear y soltar comentarios burlones, nos levantamos.

Desayunamos unas bayas en apenas unos minutos y retomamos la marcha. Me dolía todo el cuerpo, ya fuera de las caminatas que llevábamos en pocos días, dormir en el suelo… o la sesión de sexo impresionante que habíamos compartido. Tal vez una mezcla de todo

eso. Emi y Jenny parecían arrastrarse tanto como yo, y eso que ellas, que yo supiera, no habían estado follando como locas.

Tras recorrer unos pocos metros por aquel sendero infernal en medio del lodazal, comenzó a llover. En cuestión de segundos, tenía el vestido empapado pegado al cuerpo y las trenzas chorreando. Maldije para mis adentros. ¡Solo nos faltaba otra tormenta apocalíptica! Sin embargo, la incomodidad de avanzar por los pantanos en esas deplorables condiciones no era lo peor…

—Mierda, hemos perdido el rastro —dijo Xerx, agachado en mitad del camino. Sus mechones rojizos brillaban bajo las gotas de agua—. No queda ni una sola huella.

—Con este aguacero era previsible —comentó Daryos, cabizbajo. Enzo avanzaba ahora a su lado, muy pegado a él.

Sus hombros se rozaban, y el león parecía casi tan triste como el barog. Eran un espectáculo curioso, pues sus movimientos al caminar eran similares.

—Buscad otras pistas. Mirad si hay restos de hogueras o de animales devorados, marcas en las cortezas, ramas rotas… Lo que sea —pidió el rey.

Xerx y Xioh asintieron. Axeh se encaramó a un árbol y luego a otro. Cuando regresó de un salto al suelo frente a nosotros, meneó la cabeza y la cola a la vez. Lansh le dio un apretón en el hombro.

—¿Nada? —preguntó Daryos. Su rostro, al igual que el de Ciench, estaba compungido.

—Nada. Deberíamos seguir el sendero en la dirección que llevábamos, hacia ese claro del que os hablé —propuso Axeh.

—De acuerdo. De todos modos, en un par de jornadas descubriremos si nos hemos equivocado —dijo Cyrus. Dos líneas de preocupación surcaban el espacio entre sus cejas—. Toruch, Ciench, cubrid la retaguardia y estad alertas. Si todo va bien, nos estamos acercando a su asentamiento, y no podemos permitirnos sorpresas.

Ambos barogs, los más veteranos, asintieron.

—Si nos atacan, estaremos preparados, hermano. —Crepitaba fuego puro en la mirada de Daryos.

—¿Ves alguna columna de humo, hermanito? —preguntó Lansh, el otro rubiales del grupo.

Axeh y Xerx se adelantaron de nuevo unos metros y treparon a los árboles más altos que encontraron.

—No veo nada, la tormenta tampoco ayuda —dijo Axeh—. Tendremos que esperar a acercarnos un poco más al calvero y a que el temporal amaine. Ahora es imposible vislumbrar algo.

Cyrus asintió.

—El claro está ahí. Como dice Axeh, es lo bastante grande para albergar una aldea. No como la nuestra, pero ya sabemos que los perdidos son menos numerosos que nosotros —añadió Xerx, confirmando la información que había proporcionado su amigo.

Seguimos avanzando, cada paso más difícil que el anterior. Nuestros pies se hundían en el lodo, a veces hasta más allá de los tobillos, y los insectos nos acribillaban a picadas, sobre todo a nosotras tres. La piel de los barogs era mucho más dura y resistente que la nuestra. Xioh nos dio un tarro con una sustancia aceitosa que, según él, actuaba de repelente para los más molestos. Aunque no los espantaba por completo, al menos se lo pensaban dos veces antes de aguijonearnos.

Los rizos de Emi se iban escapando de su moño con cada manotazo que soltaba aquí y allá para apartarlos. Bazzeila caminaba entre nosotras y nos ayudaba con la cola, haciéndola oscilar con fuerza para ahuyentarlos.

—Buena chica —le dije, acariciándole el lomo en cuanto le dio un coletazo a un abejorro del tamaño de un pomelo. ¡Por todos los dioses!

El silbido suave de Ciench llamó la atención de sus amigos. Con un gesto casi imperceptible, señaló una zona a nuestra derecha, recubierta de altos helechos marchitos. Cyrus levantó la mano y dio el alto.

Daryos se acercó sigiloso hacia el lugar que su amigo había señalado y se asomó entre la vegetación. Cuando regresó junto a nosotros, clavó la mirada en su hermano.

—Hay dos *aninfs*. Huelen a barogs, y los únicos que puede haber por aquí somos nosotros… y los perdidos.

Emi y Jenny se acercaron a mí. A ninguna de las tres nos hacía ilusión encontrarnos de nuevo con esas criaturas. Los barogs

insistían en que la mayoría eran inofensivas, pero no era eso lo que nosotras habíamos visto.

—Si se encuentran aquí, es que la aldea no anda lejos. Quizás están cazando o han acompañado a algún grupo que se mueve por la zona —dijo Daryos.

—¿No has visto a ningún barog? —preguntó el rey.

El príncipe meneó la cabeza.

—Solo a ellas dos. Están sentadas, no hay rastro de perdidos por ninguna parte. Hay una bolsa de piel en el suelo, de esas que suelen usar. Puede que estén atrapando serpientes en los pantanos.

—Vale, necesito que dos de vosotros hagáis vuestra magia con ellas para que os den información. Apuesto a que saben dónde está la aldea. —Cyrus miró a su hermano y este negó.

—Ni de puta coña, C. Ni lo insinúes siquiera.

—Lo entiendo, hermano. Jamás te forzaría en esta situación —dijo dándole un apretón en el brazo—. ¿Algún voluntario?

Las tres los observábamos sin comprender del todo lo que pretendían, aunque empezaba a intuirlo.

—A mí no me mires —dijo Ciench—. Ya conoces mi postura respecto a las *aninfs*.

Me hubiera gustado que la explicara, pero todos asintieron sin rechistar. Por el momento, me quedaría con las ganas.

—Yo no tengo problema, pero supongo que tienes candidatos mejores, ¿eh, C? —se rio Toruch.

—Amigo mío, pretendo que colaboren y nos den información, no que salgan despavoridas. O peor aún: que te las tires durante horas y regreses sin una puñetera pista.

Los barogs contuvieron las carcajadas para que no los escucharan.

Lansh y Xioh permanecían a un lado como si la cosa no fuera con ellos. Supongo que ninguno de los dos las había frecuentado.

—Vosotros dos ya estáis desfilando hacia allí —dijo el rey con una expresión que no daba lugar a réplica, mientras señalaba a Axeh y Xerx

—¿En serio, C? —protestó Axeh, mirando de reojo a Emi.

El rey puso los ojos en blanco.

—Que yo sepa, nunca habéis tenido muchos remilgos —soltó, esbozando una sonrisa traviesa que no le había visto hasta ahora.

—¡No jodas, capullo! ¿Quieres buscarnos problemas? —volvió a quejarse Axeh.

Xerx se mantuvo en silencio mientras cruzaba una mirada rápida con Jenny.

—¡Eh! Solo os estoy pidiendo que vayáis allí, despleguéis todo vuestro encanto y les sonsaquéis información, no que os las folléis. Así que marchando.

Emi tenía los ojos como platos y un cabreo monumental. Y lo sabía, porque la conocía casi tan bien como a mí misma. Jenny era más discreta mostrando sus emociones.

—Vale, C, acabas de arreglarlo —dijo Lansh riéndose un poco—. Los estás poniendo en un buen aprieto.

—Decir las cosas con tacto nunca ha sido su fuerte —se rio Ciench.

Axeh se había ruborizado y se lo veía incómodo. Xerx tenía la cabeza gacha y pateaba el barro con los pies.

—A ver, dejaos ya de chorradas, ¿de acuerdo? Ya somos mayorcitos. Preferiría usar el don de gentes de mi hermano, pero imagino que entendéis que, después de que Antara lanzara a Callie por el barranco, no se lo voy a pedir. Vosotros sois los siguientes, así que marchando. Os esperaremos aquí. No volváis hasta que hayáis averiguado algo.

—Sin presión, ¿eh, C? —murmuró Axeh. Pese a que no perdía su buen humor, aquello no le hacía ni pizca de gracia.

¡Y no me extrañaba! Porque Emilia era la mujer más dulce del mundo, pero cuando se cabreaba…

—De acuerdo, C, cuenta con nosotros —dijo Xerx—. Vámonos. —Le hizo una indicación con la cabeza a su amigo.

En cuanto se alejaron al encuentro de aquellas dos *aninfs* solitarias, Daryos nos condujo a una zona semioculta entre árboles y matorrales, y nos acomodamos ahí, dispuestos a esperar a que aquel par hiciesen… lo que fuese que habían ido a hacer.

Mientras los barogs charlaban con expresiones preocupadas, Emi me susurró al oído:

—¿Qué se supone que van a hacer?

—Camelarse a esas dos para que les digan dónde están los hermanos perdidos, ya lo has oído.

Se agarró a mi brazo.

—Pero ¿qué tienen que hacer exactamente?

—Pues hablar con ellas y recabar información.

Se quedó pensativa, mordiéndose el labio inferior.

—Tina, ¿tú no crees que vayan a…? Ya sabes…

—A ver, si estás sufriendo por si tu barog se acuesta con una de ellas, la respuesta es "no tengo ni idea, pero no lo creo".

Dio un respingo.

—¿Por qué dices eso tan horrible?

—Mujer, tú me has preguntado.

—¡Para que me tranquilizaras, no para que me pusieras más nerviosa! ¿Tú qué opinas, Jenny?

—Lo mismo que Tina. No tengo ni idea de lo que puede ocurrir con esas *aninfs*.

A Emi se le desencajó la mandíbula.

—¿Y lo dices así, tan tranquila, como si no te importara? A veces no te entiendo, Jenny.

—Yo no he dicho que no me importe, pero no puedo hacer nada al respecto. Lo que haga Xerx con ellas no es de mi incumbencia.

—¡Pero si es tu barog! —Emi estaba perdiendo los estribos.

—Él y yo todavía no estamos juntos. —Quizá lo afirmara, pero el temblor de su voz y el brillo apagado de sus ojos la delataban. Le jodía tanto como a Emi—. ¿Cuántas veces os lo tengo que repetir? Puede hacer lo que quiera. No tiene por qué darme explicaciones.

—¿Has hablado con él como comentamos, Jenny? ¿Le has contado ya cómo te sientes? —pregunté.

—Todavía no. Tengo que encontrar el momento adecuado.

—¡¿Y a qué esperas, Jenny?! —exclamó Emi—. Xerx está muy pendiente de ti y se nota que lo tienes coladito. ¡Si hasta os tumbáis juntitos por las noches! Así que no me vengas con esas.

—Xerx es un buen barog y me gusta, lo sabéis bien. Pero eso no quiere decir que vaya a lanzarme a sus brazos a la primera de cambio y a vincularme con él para toda mi existencia. Es algo que

hay que pensarse muy bien, ¿no crees? ¡Ya hablamos de esto! No sé cuántas veces más os lo tengo que repetir.

Emi empezó a morderse una uña mientras la miraba atentamente con sus grandes ojos aguamarina.

—Pues yo ya me lo he pensado. Axeh me gusta mucho. ¡Muchísimo! Si no fuera porque estamos en esta mierda de pantano…

—Pues me alegro por ti. Pero recuerda que, en la Tierra, cuando nos gustaba alguien, podíamos salir al cine, a pasear o a cenar por ahí durante un tiempo y tomárnoslo con calma. Aquí, en cuanto accedas a "salir" con él, se acabaron las medias tintas. Serás suya para siempre y no habrá marcha atrás. Lo tendrás encima de ti cada dos por tres. Y si no, recuerda cómo estaban Callie y Daryos…, o cómo están Tina y Cyrus.

Por mucho que me jodiera, Jenny tenía razón en parte. Puede que yo fuera una mujer fuerte que no me dejaba doblegar por nadie, pero era indudable que algo de independencia había perdido. Aunque no pararía hasta que las mujeres de Nemea la recuperaran por completo.

Nos quedamos en silencio las tres unos segundos, mientras escuchábamos a los barogs conversando en voz baja, absortos en lo que fuera sobre lo que estuvieran hablando.

—Solo han pasado unos minutos desde que se han marchado y ya estoy de los nervios —dijo Emi dramáticamente.

—A ver, las dos, escuchadme. No creo que debáis preocuparos, ¿de acuerdo? Axeh y Xerx son buenos tipos y están locos por vosotras.

Emi esgrimió una sonrisa enorme y Jenny sonrió con timidez. Por mucho que se hiciera la dura, estaba sufriendo tanto como Emilia.

—Sin embargo, esos hombretones, aunque estén dispuestos a esperar y amaros eternamente, no significa que se vayan a mantener castos y puros hasta que vosotras os decidáis a tirároslos.

—No seas bruta, Tina —soltó Emi, que me conocía muy bien.

—Soy realista, que no es lo mismo. No son chicos de tercero o cuarto de universidad explorando el mundo por primera vez. ¡Son barogs, por Dios! Son bestias alienígenas que viajan a la Tierra cada

dos siglos, raptan humanas y las traen aquí con la única finalidad de tener descendencia y evitar la extinción de la especie. ¿Lo pilláis de una vez por todas?

—Visto así…

—No quiero meteros presión, sois mis mejores amigas y os quiero, así que es lo último que desearía. Ya os lo he dicho antes y os lo repito ahora: tenéis todo el derecho del mundo a no sentiros preparadas para vincularos y a esperar todo el tiempo que necesitéis.

—Eso pienso yo —dijo Jenny.

—Eso sí, lo que no podéis es obligarlos a que, mientras aguardan por vosotras, no se acuesten con nadie. Hasta que no accedáis a emparejaros con ellos, son libres de hacer lo que les dé la gana y no por ello serán unos cabrones. A ver, preferiría que demostraran que os aman de verdad y se aguantaran un poco los impulsos. ¡Tampoco se morirían! Pero pensar eso no sería realista.

Nos quedamos de nuevo en silencio.

—Yo no quiero esperar más, Tina. En cuanto Axeh regrese, le volveré a decir que quiero acostarme con él y vincularme para siempre. No sea que se le olvide.

—Como si eso fuera posible… —murmuré—. ¿Lo tienes claro?

—A ver, me da un poco de miedo, no os lo negaré. Pero es un sol y me trata muy bien. Sé que en eso también lo hará. Y no es solo que me guste, ya os lo dije… ¡Estoy enamorada de él! ¡Es tan guapo y atento! Es como si lo hubieran fabricado para mí.

—Claro, Emi. Excepto por el hecho de que es un monstruo alienígena inmenso, con colmillos, garras y cola. Simples detalles sin importancia, ¿verdad? —dijo Jenny con media sonrisa.

Que sonriera era buena señal. Mejor eso que ver en sus ojos esa tristeza perenne que me ponía los pelos de punta.

—Deja el sarcasmo a un lado, ¿quieres? Mantendré mi decisión: me entregaré a Axeh después de rescatar a Callie. No quiero que nuestra primera vez sea en el suelo embarrado, rodeada por todos vosotros. Sin ofender, Tina.

Solté una risilla.

«Así que la muy pillina me ha estado espiando, ¿eh?».

—Es una buena idea. Créeme, lo de hacerlo en el fango o contra uno de estos árboles es muy incómodo, te lo digo por experiencia.

—¡Tina! —dijo dándome un manotazo.

Nos reímos y seguimos cotilleando sobre los barogs, aguardando a que regresaran Xerx y Axeh. Jenny no dijo lo que pensaba hacer, ni nosotras tampoco la presionamos. Ella sola se daría cuenta de que, tarde o temprano, tendría que tomar una decisión.

Si se demoraba demasiado, puede que su barog decidiera entretenerse con las *aninfs* hasta que llegara el momento de vincularse a ella. Solo esperaba que, para cuando se abriera el portal otra vez, ya estuvieran juntos y revueltos. Una nueva llegada de descendientes podría poner en peligro lo que sea que existiera entre ellos, además de que, según tenía entendido, nuestra longevidad dependía del vínculo con nuestro barog.

La lluvia, que había amainado hasta casi desaparecer, volvió a repiquetear con fuerza sobre nuestras cabezas. Intentamos resguardarnos bajo las ramas desnudas de un árbol retorcido, que apenas amortiguaba un poco el aguacero. Pero no nos quedaba más remedio que esperar.

Daryos y Ciench estaban sentados en un extremo de nuestro grupo y charlaban entre sí. Desconecté un rato de la conversación entre Emi y Jenny, que seguían dándole vueltas al tema de las *aninfs*, y agucé el oído para captar lo que decían esos dos barogs imponentes y de buen corazón.

—¿Crees realmente que las encontraremos, D? —preguntó Ciench con su voz profunda y bonita.

—Eso espero, amigo mío. Si no recupero a Callie, no creo que pueda seguir viviendo.

—Es lo que llevo pensando yo cada día de mi vida desde que Susi desapareció hace diez años.

—Ni siquiera sé cómo has podido aguantar esta tortura durante tanto tiempo. Saber que está sufriendo en manos de esos indeseables y no poder hacer nada para impedirlo. ¿Cómo demonios lo haces para no volverte loco? —preguntó el príncipe.

—¿Y quién dice que no me he vuelto loco? —Ciench sonrió con tristeza.

—Sigues aquí, luchando por recuperarla.

—Hubo días, muchos, en que estuve a punto de tirar la toalla. Iba a lanzarme por el Acantilado de la Muerte Abismal para acabar con mi sufrimiento.

—Eso mismo quería hacer yo.

—Sin embargo, cuando la desesperación me arrasaba, me obligaba a esperar un día más. Me decía que, si al amanecer seguía pensando lo mismo, me suicidaría.

—¿Y qué ocurría al amanecer? ¿Qué te hacía cambiar de opinión?

—El hermoso rostro de Susi, sus luminosos ojos verdes, su preciosa melena, su piel suave, su voz dulce y cantarina, sus risas, nuestras charlas… Todo ello me obligaba a seguir, día tras día. Por ella. Porque si existía la remota posibilidad de que siguiera viva en alguna parte, de que algún día nos reencontrásemos, yo no podía abandonar. Y sabía que ella tampoco abandonaría.

—Yo pienso en Callie a cada segundo. Me duele tanto el corazón que cada dos por tres creo que me va a dar un infarto. Que no podré soportarlo. Es el dolor más grande que he sentido nunca.

—Te comprendo, D. Pero aguantarás lo que haga falta, igual que lo he hecho yo. Ellas se merecen que lo demos todo de nosotros mismos para encontrarlas. No podemos tirar la toalla. Jamás.

—Iría al mismísimo infierno por Callie.

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —dijo Ciench, esbozando esa sonrisa suya hermosa, pero triste.

—Las encontraremos. En unos días, Susi estará de nuevo entre tus brazos.

Los ojos de Ciench se llenaron de lágrimas.

—Que los dioses del manantial te oigan, amigo mío.

Después de eso, se abrazaron durante unos segundos y, al separarse, se unieron a la conversación de los demás, mucho más ligera.

Aguardamos y aguardamos durante horas a que Xerx y Axeh regresaran.

Y, de algún modo, presentí que se aproximaba otra clase de tormenta, de aquellas que pueden dejar más de un corazón herido.

23 NO LE HAGAS DAñO
CALLIE

La tormenta me despertó temprano. Las lunas ya no estaban en el cielo, pero no por ello habían dado paso al sol, que no se veía por ninguna parte. Los truenos y los relámpagos parecían perseguirse hasta el infinito, mientras algunas de las mujeres disfrutaban del aroma a lluvia pegadas a la puerta.

La choza tenía alguna gotera, pero nada importante. Seguía haciendo calor, incluso más bochornoso que el día anterior. Aquí la lluvia no servía para refrescar, pero al menos limpiaba la atmósfera.

No quería ni pensar en lo que debía de ser ese aguacero en los pantanos, resbalando en el lodo por todas partes.

«Daryos», suspiré. No podía evitar imaginármelo enfangado hasta la cintura, avanzando por esas ciénagas plagadas de monstruos ancestrales y peligros por todas partes.

«Respira hondo. Aquí, por el momento, la que está en peligro eres tú».

Lo malo era que, en esa zona de Nemea, llena de charcos y fango, la tormenta no hacía más que empeorar las condiciones de vida. Eso sí: el aire olía a limpio y mis nuevas amigas estaban más tranquilas que de costumbre.

—¿Por qué parecen todas más contentas de lo habitual? —le pregunté a Susi mientras ambas nos lavábamos un poco y nos peinábamos.

—Hoy es día de apareamiento.

La miré sin comprender.

—Y eso es bueno porque…

—Porque los días de tormenta nos dejan tranquilas. Puede que uno o dos reclamen atención, pero normalmente tienen muchas tareas para evitar desprendimientos, o que las vallas de los corrales se desplacen, entre otras cosas, y se contentan con alguna *aninf.*

—Pues me alegro por vosotras.

—Puede que Ux te deje tranquila a ti también.

—No creo que tenga tanta suerte —murmuré.

La mañana transcurrió sin sobresaltos, entre charlas, preparar la comida y otras tareas sencillas. Escuchar la lluvia repiquetear por todas partes, en cierto modo, me tranquilizaba. Aunque yo no podía relajarme por completo, porque algo me decía que ese cabrón cumplía siempre sus promesas. Y si me había dado un día, eso es lo que tendría.

Lorish vino a buscar a cuatro mujeres para que ayudaran con la comida de los barogs. En un par de horas ya estaban de vuelta.

Comimos estofado de lagarto de los pantanos, que no era tan asqueroso como su nombre pudiera dar a entender, aunque un poco soso, y la mayoría se echaron a descansar. Un par de las mujeres se instalaron junto a Sylvia y Artia, y entonaron unas canciones que, por supuesto, no supe identificar.

No tenía ni idea de si eran ritmos de Nemea o de sus hogares de origen en la Tierra. Todas las mujeres allí dentro tenían al menos más de dos siglos, algunas muchos más. Creía que los hermanos perdidos se habían llevado también a alguna de las que llegaron a través del portal con mi oleada, pero, si las había habido, no estaban allí. Quizá estaba confundida, o quizás habían muerto, como otras. Ese día no tenía ganas de averiguarlo. Estaba nerviosa y muy asustada.

Me senté en un extremo del jergón más cercano a la puerta, abrazándome las rodillas y meciéndome un poco al son de esas canciones antiguas y del vaivén de la lluvia, vapuleada por el viento.

Sylvia parecía a punto de explotar. Según los cálculos que las otras habían hecho, todavía le faltaban dos semanas para dar a luz, pero yo la veía hoy… distinta. Tenía ese tipo de redondez en el rostro que mostraba una de mis primas poco antes de parir.

Artia no se había separado de ella ni un instante durante todo el día, lo cual me tenía un poco mosqueada, porque los animales son mucho más instintivos que los humanos.

Me sorprendía que el tiempo de gestación de los barogs fuese el mismo que el de los humanos. Una similitud que ponía de manifiesto

lo cerca que estábamos una especie de la otra, aunque, por lo general, no lo pareciera en absoluto. Salvo cuando se transformaban en hombres, eran seres completamente distintos a nosotros, más cercanos a las fieras, por mucho que su forma fuera humanoide.

«Que no se ponga todavía de parto, por favor, hoy no. Espera a que nos rescaten mis amigos», recé. Pero, bien pensado, tampoco tenía ni idea de cómo narices íbamos a escapar a través de los pantanos con una embarazada. ¿Montándola encima de Enzo?

«Lo que daría por ver aparecer ahora el cabezón de Enzo tras los barrotes». Pero no fue la cabeza del león precisamente la que asomó al otro lado, sino la de Lorish.

Temblé violentamente.

Susi corrió hacia la puerta en cuanto esta se abrió y se plantó ante el segundo al mando del jefe con los puños apretados a ambos lados del cuerpo.

—Vengo a llevarme a Callie —dijo con esa voz cavernosa que me hacía estremecer.

—Está diluviando, Lor. ¿Por qué no esperas a mañana, tal como solemos hacer en los días de tormenta?

—¿Te crees que me gusta cruzar la aldea bajo esta mierda de aguacero, mujer? Apártate. —Empujó a un lado de malas maneras a Susi y me buscó con la mirada—. En pie. Ux te reclama. Y no le gusta que lo hagan esperar.

Tragué saliva en cuanto escuché esas palabras. Alcé la mirada y la clavé en sus ojos. Parecía realmente molesto por tener que hacerle ese recado a su jefe. Tenía las trenzas en las que recogía su largo cabello castaño empapadas y pegadas a la espalda y los hombros.

Me levanté con dificultad mientras el estómago comenzaba a dolerme. El muslo me dio un tirón alrededor de la herida, que ya empezaba a formar costra, pero apenas lo sentí. En unos minutos, ese sería el menor de mis problemas.

—Déjala en paz, Lor. Todavía no se ha recuperado del todo. Pídele a Ux que le dé un día más. A ti te escuchará —dijo Susi, colocándose entre el temible barog y yo.

De pronto, todas las mujeres se levantaron y se acercaron, interponiéndose también entre nosotros.

Lorish rugió.

—Susanne, sabes de sobra que Ux no escucha a nadie. ¿Quieres decírselo tú misma? ¿Quieres que te castigue como la última vez?

Ella negó con la cabeza.

—Ayúdanos, Lorish. Sabes que siempre te tratamos bien.

—Porque os conviene, así que no intentes manipularme. Eso se acabó. Ya no va a funcionar conmigo.

Así que Susi había peleado mucho más de lo que me había dado a entender…

«Ya me parecía a mí que esta mujer era una luchadora».

—Te lo estoy suplicando —dijo juntando las manos—. Haré todo lo que quieras el próximo día que me toque contigo en el turno.

Esas palabras me destrozaron el alma. ¡Esa mujer estaba dispuesta a sacrificarse por mí!

Lorish dejó escapar una risa burlona, pero vi que se relamía los labios y un destello de duda cruzaba sus ojos.

—Lo harás igualmente, Susi. Ya sabes que siempre has sido mi favorita.

—Por favor…

—He dicho que te apartes. Apartaos todas ahora mismo o llamaré a los inferiores. Ya sabéis que ellos no tienen tantos miramientos como yo.

—Ux dio órdenes a los inferiores de que se mantuvieran alejados de nosotras —dijo Susi.

Las demás no abrieron la boca, pero seguían ahí, a su lado, sin moverse.

—Como bien sabéis, se han hecho algunas excepciones. Ahora, apartaos. Ya.

—Déjalo, Susi, no quiero que ninguna sufra por mi culpa. Le acompañaré —dije para poner fin a la discusión. Temía por mi amiga. Temía por todas.

Como no se movían, Lorish empujó de malas maneras a Susi, que cayó al suelo y se golpeó la cadera. Aun así, eso no impidió que

siguiera insistiendo. Cuando aparecieron dos barogs más en la puerta, todas empezaron a dispersarse.

Lorish se abalanzó sobre mí, me agarró del brazo y me arrastró hacia la salida mientras las mujeres me contemplaban con lástima en los ojos. Odiaba que me miraran así, cuando ellas habían pasado por mucho más que yo.

—Estaré bien —le dije a Susi, que acababa de levantarse.

Supongo que el terror en mis ojos me delataba.

—Recuerda todo lo que te dije, Callie.

Asentí.

Apreté los dientes y me esforcé por no llorar, al menos hasta que saliera por la puerta y las dejara atrás.

—Aprovechad para descansar. Y dad gracias de que hoy no ha habido apareamiento. Los ánimos están muy alterados y no os habría gustado —soltó el segundo al mando, barriendo con la mirada los rostros de todas las mujeres, menos el de Sylvia, la única que no se había levantado.

Incluso Artia se había unido a las otras mujeres para defenderme. Me emocioné, porque quizá no pudiesen evitar lo que estaba a punto de sucederme, pero habían demostrado que ni siquiera tantos años de abusos, separadas de sus seres queridos, habían logrado quitarles la fuerza y la esperanza. Y eso era de admirar.

En cuanto salimos, la lluvia cayó sobre mí, llevándose las lágrimas que ya no podía contener.

—No tengo nada contra ti, Callie. Solo cumplo órdenes —me dijo Lorish, ralentizando el ritmo de sus pisadas para que pudiera seguirlo.

«Puede que no seas tan malvado como tu jefe, pero eres un cobarde de mierda». Me gustaría haberle escupido esas palabras, pero lo que menos me convenía era tenerlo como enemigo.

Todavía cojeaba ligeramente. Poco importaba. Iba directa hacia un monstruo terrible y no tenía manera alguna de evitar lo que iba a suceder. Ni siquiera cuando corría por mi vida en la cacería había sentido tanto miedo. Ni siquiera cuando Cyrus rugía mientras me perseguía como un depredador de la jungla.

Porque Ux era la bestia más temible que existía en Nemea, y yo estaba a punto de enfrentarme a él.



Cuando entré en la choza, Ux estaba sentado en una rudimentaria silla de madera en la esquina más alejada, con las piernas ligeramente abiertas y la espalda contra el respaldo. La débil luz de ese día de tormenta hacía que las sombras danzaran en su rostro, acentuando sus temibles facciones de barog.

Tenía los codos en los reposabrazos, las manos formando un puño y la mandíbula cuadrada apoyada en ellas. Parecía muy lejos de allí, perdido en sus propios pensamientos, con los párpados entornados.

Lorish me dejó en el centro mismo de la choza, de pie sobre una alfombra de coco deshilachada, y se quedó en la puerta.

Esperé pacientemente a que se percatara de mi presencia o se dignara siquiera a mirarme. Las piernas me temblaban y los ojos me escocían mientras el agua me chorreaba desde las puntas del cabello sobre el vestido, ya empapado, y la alfombra. Viéndolo ahí sentado, inmenso y aterrador, perdí todo el valor que había reunido con anterioridad.

Cuando al fin abrió los ojos y me miró, la sangre se me heló en las venas. El azul destelló con brillos de obsidiana, mostrando la oscuridad que realmente habitaba en él.

Tuve la horrible certeza de que aquello iba a ir muy mal. Toda la amabilidad y la calma que había mostrado hasta ahora hacia mí se habían esfumado por completo. No había ni rastro de civismo en ese barog, solo un halo salvaje que me alcanzaba y envolvía. Una fuerza primitiva latente, a punto de actuar contra mí si yo no le daba lo que quería.

Se levantó despacio, desplegando ante mí sus más de dos metros de altura. Una montaña de músculo de acero dispuesta a arrancarme respuestas a cualquier precio.

Me tambaleé un poco. El rostro fiero pero amable de Daryos inundó mi mente.

«No quiero morir», fue mi único pensamiento.

Y haría cualquier cosa por pelear y sobrevivir.

Sin dejar de mirarme, avanzó varios pasos en mi dirección hasta situarse a tan solo un palmo. Durante unos segundos, observé la cicatriz de su rostro y la marca en forma de espiral en su pectoral. Debía de haber sido grabada con un cuchillo o un punzón. Y la única explicación para ello era que conociera a fondo la profecía y fuera importante para él.

Quizá era otro de sus modos de desafiar el poder barog establecido, reivindicando que su espiral competía con la de aquel que llevaba la marca de nacimiento. Apostaba a que sabía que Daryos era el portador de la marca, igual que sabía tantas cosas de la aldea. El traidor de Yolk, sin duda, había hecho un buen trabajo.

«Pase lo que pase, no le diré nada».

Me estremecí de la cabeza a los pies mientras alzaba la vista e inclinaba el cuello hacia atrás un poco para poder mirarlo directamente a los ojos. Unos ojos gélidos.

Inspiró con fuerza.

—Estás empapada.

—Está diluviando ahí fuera —logré articular.

—Podrías haberla cubierto, ¿no, Lorish?

—Lo siento, jefe.

Ux lo miró como si estuviera a punto de arrancarle la cabeza.

Cuando volvió a centrar su atención en mí, sentí en lo más profundo de mi alma, en mis huesos, que estaba ante un ser que podría quebrarme en cuanto se lo propusiera.

—¿Y bien, Callie? ¿Vienes dispuesta a hablar?

—Podemos hablar cuanto quieras, pero hay cosas que no puedo decirte.

Le tembló un músculo en la barbilla.

—Solo te lo preguntaré una vez más. No me obligues a hacer cosas que, si te soy sincero, no me apetecen.

Tragué saliva mientras todos los consejos de Susi se paseaban por mi mente.

—Ux…

—Dame el nombre de tu barog.

Tras los segundos más tensos de toda mi maldita existencia, negué con la cabeza.

La reacción no se hizo esperar, y el bofetón me alcanzó de lleno en la mejilla derecha y me tumbó al suelo. Me lo dio con el dorso de la mano, sin emplear ni mucho menos toda la fuerza de la que era capaz. Si lo hubiese hecho, me habría matado de un solo golpe. Cualquiera de los barogs podría hacerlo.

Apoyé las manos en el suelo, luchando por incorporarme. El pómulo me ardía y sentía un zumbido en los oídos.

Él chasqueó la lengua.

—¿Ves lo que me has obligado a hacer? Yo no soy así, Callie. No me gusta golpear a las descendientes.

—Seguro que no, cabrón —murmuré alzando la vista.

Me oyó, porque abrió los ojos un poco más de lo normal. Si él había acabado con las formalidades y el teatro, yo también.

Esperó a que me pusiera en pie. El muy hijo de puta hasta me tendió la mano para ayudarme, que rechacé de un manotazo, por supuesto.

—¿Has cambiado de opinión, Callie? —me preguntó en cuanto me erguí ante él, tambaleándome y con un dolor de cabeza de tres pares de cojones, pero en pie, al fin y al cabo.

—Siento decirte que, después de tu demostración de fuerza, se me han quitado todavía más las ganas de… colaborar.

Él soltó una carcajada, de todo menos divertida.

—Hay que reconocer que eres valiente, humana. Algunas lo sois… al principio.

—Ahora es cuando muestras tu verdadera esencia, ¿no, Ux?

—Creía que habíamos empezado con buen pie y que podríamos ahorrarnos la parte desagradable. Ya veo que no.

Nos quedamos mirándonos, y juro que estuve a punto de flaquear. ¿Tan malo habría sido? No quería que volviera a golpearme. Tenía mucho miedo. Seguramente, resistirme era una completa idiotez y acabaría muy mal para mí, pero al menos podría sentirme orgullosa de mí misma. Podría decir que lo había intentado.

En realidad, tanto él como yo sabíamos cómo iba a acabar aquello o… casi. Porque los monstruos cabrones siempre se guardan un as en la manga aún peor.

Planté los pies con firmeza en el suelo y me encogí un poco, esperando que en cualquier momento me cayera la siguiente hostia. Sin embargo, él se limitó a sonreír.

«Esto es muy mala señal».

—No voy a volver a golpearte, Callie. Quiero disfrutar de tu cuerpo hasta que me canse, no destrozarlo. Así que tendremos que recurrir a otros métodos más eficaces.

Miró a Lorish y le hizo un gesto con la barbilla.

—Tráela —le ordenó.

«Mierda».

—¿Traer… a quién? —pregunté con un hilo de voz.

Ux me agarró del brazo y me arrastró hacia el exterior, hacia el centro de la plaza, ahora convertida en un barrizal. La lluvia seguía cayendo como una cascada, amortiguando cualquier otro sonido. Varios barogs e inferiores habían salido de sus chozas y aguardaban bajo el diluvio, observando la escena.

Desvié la vista un instante hacia la jaula, ahora vacía, que habían ocupado los *llitops*. Al menos ellos ya corrían libres hacia la selva, y su liberación no había tenido consecuencias. Quizás los perdidos pensaban que se habían escapado sin más.

La mejilla seguía doliéndome y la pierna empezaba a fallarme. A buen seguro, la bofetada y la caída no habían ayudado.

De pronto, Lorish reapareció, esta vez arrastrando a alguien por el barro, que se resistía y defendía con uñas y dientes.

Susi.

Cuando llegaron ante nosotros, Lorish la lanzó al suelo. Sus dedos se hundieron en el barro. Tenía el cabello suelto pegado al rostro y sus ojos verdes brillaban con furia cruda. Con odio. Su vestido estaba mojado y enfangado.

—No, por favor —dije con un hilo de voz.

—¿No? ¿Qué creías que iba a pasar, Callie? ¿Qué podrías seguir negándote a cumplir mis órdenes sin más? ¿Sin consecuencias?

Mi amiga se puso en pie lentamente, sus ojos clavados en los míos.

—Ux, ¿qué vas a hacer? Puedes seguir golpeándome a mí. ¡Yo soy la que te ha desobedecido!

—No es lo que quiero hacer contigo, Callie. Se me ocurren muchas otras cosas bastante más placenteras. Así que no me has dejado otra opción.

—Ella no tiene nada que ver con esto. No tiene la culpa. Es más, ¡ella me aconsejó que te dijera la verdad! ¡Que contestara a tus preguntas!

—Susi es una buena chica y sabe cuál es su lugar. Tuvo que aprenderlo por las malas, igual que tú lo harás ahora.

Le hizo otra señal a Lorish y este le arrancó el vestido a Susi de un par tirones, rasgando la tela de arriba abajo. La dejó desnuda delante de toda la aldea, de todos esos monstruos.

Ella se abrazó el torso, temblando. Y a mí se me quebró el alma por todas partes.

Cuando Ux dio un paso hacia ella, me colgué de su brazo, intentando retenerlo.

—Espera, por favor. No es a ella a quien debes castigar. Yo soy la única que lo merezco. Te lo suplico, no le hagas daño.

—Si quieres que me detenga, ya sabes lo que tienes que hacer. Hoy solo necesito un nombre, nada más que eso. ¿Es tan importante como para dejar que Susi sufra? ¿Así es como proteges a tus amigas, lo que ellas valen para ti?

Se soltó de mi brazo con brusquedad mientras me lanzaba una mirada helada. Luego siguió aproximándose a Susi.

Lo peor, lo que agujereó mi corazón, fue que ella no me pidió que hablara. No suplicó. Se quedó allí en silencio, temblando, pero alzando la barbilla. Por un instante, me recordó a Tina. ¿Y si fuera ella en vez de Susi? ¿O Jenny o Emi? ¿Dejaría que les hicieran daño? ¡O Lorna!, que muy bien podía ser la siguiente a la que trajeran. Por el momento, parecía que Lorish no se había ido de la lengua, pero no tenía ni idea de cuánto tardaría en hacerlo.

En cualquier caso, no importaba si la mujer a la que iban a hacer daño era una amiga como Susi o cualquiera de las demás, o una

mujer completamente desconocida. Ninguna merecía sufrir.

Ux se colocó ante Susi, que tiritaba y apretaba los dientes, alzó una mano y le sujetó la barbilla entre el índice y el pulgar con delicadeza.

—Deberías buscarte mejores amistades, Susi.

Ella no se inmutó, ni siquiera cuando ese cabronazo hizo un gesto con la mano y dos barogs tan grandes como él se aproximaron. Entre ellos y Lorish la rodearon. ¡Se la veía tan pequeña y desvalida entre esos animales!

—¿Aquí mismo, jefe? —dijo su segundo al mando.

—Quiero que Callie lo vea y comprenda la situación —dijo asintiendo.

—¡Basta! ¿Qué estáis haciendo? —Me giré hacia Ux y le grité—: ¡No le hagas daño!

—Solo tú puedes detener esto.

«No será capaz…», me dije, con la piel de gallina, empapada hasta los huesos y sintiendo una oleada de náuseas.

—Susi, yo… —balbuceé.

¿Qué se suponía que podía decirle? ¿Que no era tan importante como proteger a mi barog y toda la información que poseía?

Si Ux se enteraba de quién era, sospecharía que no me había caído en el nacimiento del río, sino mucho más cerca. Podría adivinar que veníamos del templo, que habíamos aniquilado a su grupo de expedición, que estábamos preparándonos para la guerra. Aun así…

Uno de esos monstruos se acercó a Susi, le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí, como si lo hubiera hecho cientos de veces, mientras el otro se pegaba a su espalda y empezaba a husmearle el cuello.

En un abrir y cerrar de ojos, mi amiga estaba tumbada en el barro con una de esas bestias encima a punto de embestirla, mientras el otro le sujetaba los brazos por encima de la cabeza. Susi no gritaba, no se resistía, pero era fácil ver la humillación y el odio en sus ojos llameantes.

Solo yo podía impedirlo.

Daryos lo entendería.

No era traición.

No podía permitir que ocurriera esa atrocidad.

Yo…

—¡Daryos! —grité, en medio de la tormenta. Ux se giró a mirarme. Sus ojos echaban chispas—. ¡El príncipe de Nemea es mi barog!

Un murmullo gutural se extendió por toda la plaza, ahogado por el diluvio. Dejé caer la cabeza sobre el pecho, mientras mis brazos se balanceaban hacia delante. Me sentía derrotada.

Cuando alcé la cabeza de nuevo, Susi ya estaba en pie y Lorish le entregaba su vestido destrozado. Ella se lo arrebató de las manos de un tirón y se lo puso como pudo. Nuestras miradas se encontraron un instante antes de que se la llevaran. La suya, cargada de pena, era una mezcla de "gracias" y "te lo dije".

Ux me observaba de un modo indescifrable, bajo aquella lluvia infernal.



24 A POR TODAS
emi

—Ya es casi de noche y todavía no han llegado —dije mordiéndome las uñas. ¡A este paso, iba a quedarme sin ninguna!

Los nervios me retorcían el estómago.

«¡Qué bien me vendría ahora una manzanilla de mi abuela!», pensé. La echaba muchísimo de menos. También a mis padres, pero, a fin de cuentas, ella me había criado durante casi toda mi vida.

Mis padres eran médicos, y trabajaban muchas horas y muy duro, y mi abuelita siempre había estado ahí. Y Tina, por supuesto. Yo no tenía hermanas, y ella era como una para mí.

Pensar que mi barog había ido al encuentro de dos de esas pelandruscas salvajes me aterraba. ¿Y si eran *aninfs* malvadas como Antara? ¿Y si les había ocurrido algo a Axeh y Xerx? ¿Y si…?

—Daryos acaba de decir que ya están volviendo. Pronto verás a tu amorcito de nuevo, así que relájate, Emi —dijo Tina.

—Para ti es fácil decirlo, porque tu rey ha estado pegadito a ti todo el día. ¡Así cualquiera se relaja!

—Tampoco exageres, rubita.

—Apuesto a que no te haría ni pizca de gracia que se pasara horas perdido por ahí con esas… cosas.

—No la pagues conmigo. Si quieres dejar de sufrir y que tu barog no tenga tentaciones por ahí, ya sabes lo que tienes que hacer, Emi —dijo Tina alzando dos veces las cejas.

Ignoré su comentario. En ocasiones, mi amiga podía ser insoportable. Me entraban ganas de estrangularla.

—¿Estás insinuando que Axeh…? —dije empezando a enfadarme mucho. ¡Y a mí no me gustaba sentirme así!

En realidad… ¡A quién quería engañar! Estaba enfadada con mi barog, no con Tina, y me fastidiaba que ella tuviera razón. Me habría gustado que se guardara su sarcasmo y sus opiniones mordaces para ella solita.

—No insinúo nada, Emi, lo afirmo. Ese pobre hombre anda loco detrás de ti. Entre tus meneos de culo, tus bamboleos de tetas y todas esas cosas que haces mordiéndote el labio y enroscándote un mechón en el dedo, al pobre vas a provocarle un infarto. Sinceramente, no tengo ni idea de cómo puedes coordinar todos esos movimientos.

—¡Yo no hago nada de eso! ¡Eres imposible, Tina Martins! —Empecé a hiperventilar. Ella se rio.

La quería mucho, pero, a veces, demasiadas, me sacaba de quicio. Sobre todo, cuando yo estaba tan sensible como ahora.

—Quizás, pero sabes que siempre te digo la verdad. Estás coladita por él.

—Que sí, pesada. Pero no voy a acostarme con él hasta que estemos en un lugar en condiciones. ¡No soy un animal como esas *aninfs*!

—Vale, lo entiendo y respeto tu decisión. Pero ya sabes que yo follé ayer con Cyrus contra un árbol y no se me cayeron los anillos. Es más, disfruté como ni te imaginas.

—¡¡Tina!! —dije, llevándome las manos a las mejillas, que ya notaba encendidas.

Lo de ser tan clarita de piel era una de mis cruces. Cuando enrojecía, cosa que me ocurría continuamente, no había manera de disimularlo. ¡Era mortificante!

—Voy a decir una cosa más y me callo.

Me estaba empezando a encontrar mal. A mí los malos rollos y las discusiones me revolvían las tripas. Mis emociones siempre estaban a flor de piel, y los enfados solían afectarme más que a la mayoría de la gente. Algunos pensaban que era demasiado dramática, pero ¡no era eso! Simplemente, esas cosas me sentaban mal.

—Déjala en paz, Tina —intervino Jenny, sin apartar la vista del dibujo que estaba haciendo en el fango con un palito que había encontrado por ahí. Casi no había hablado en todo el día.

«Estoy segura de que la pobre está tan preocupada como yo», me dije. Al menos, no estaba sola en esto, si bien no me sirviera de consuelo.

Con Jenny nunca sabía a qué atenerme. Era tan profunda que a veces no entendía ni de qué me estaba hablando. Teníamos gustos e intereses muy distintos, pero eso no impedía que la quisiera. Era una buena persona, y para mí, eso era lo más valioso en el mundo.

—¿Ahora decides abrir la boca, Jenny?

—No te metas con ella, Tina. Deberías ser un poco comprensiva con nosotras —protesté.

Ella resopló.

—Vale, ¡lo siento! Sé que estáis preocupadas y que esta situación es una mierda. Pero centrémonos, ¿de acuerdo? Callie está herida y rodeada de bestias, y ni siquiera sabemos si lograremos rescatarla. Nosotros nos encontramos en mitad de una ciénaga minada de trampas letales, que parece que no se acaba nunca. Así que dejémonos de tonterías.

—Visto así, pues tienes razón —murmuré—. Ahora has hecho que me sienta mal, Tina.

Yo me estaba quejando por cualquier cosilla, cuando la profesora Dawson se encontraba en graves apuros.

—Tampoco era mi intención, mujer. Te aseguro que entiendo cómo te sientes. ¿Te crees que con Cyrus ha sido todo coser y cantar? ¿Tú lo has visto?

Echamos un vistacillo al rey, que aguardaba junto a su hermano a que regresaran sus dos amigos. Meneé la cabeza.

—¡Buf, Tina!, ni siquiera sé cómo puedes con ese barog tan arrogante, mandón, malhumorado, cruel…

Tina alzó una ceja y esbozó una sonrisa.

—¿Y a quién te recuerda? —preguntó sonriendo.

Me reí. Era perfecto para ella. Ni siquiera un rey como ese podría doblegar a mi amiga. Tina era la persona más resistente y dura que conocía. Pero yo sabía que, en el fondo, tenía su corazoncito.

—Supongo que estáis hechos el uno para el otro. ¡Y sabes que te adoro! Pero a veces eres un incordio.

—Lo sé, Emi, y siento si suelo ser demasiado directa hablando. Me preocupo por vosotras, eso es todo. Sois mis mejores amigas, y veros en esta situación de mierda…

—Vale, te perdono. —Le rodeé los hombros y le di un apretoncito. Atrapé a Jenny y la incluí en el abrazo a tres. Sonreímos —. Y ahora, suelta ya lo que ibas a decir sobre Axeh.

—¿Estás segura? No quiero que vuelvas a cabrearte conmigo, Emi.

—¡Dilo ya!

—Si quieres dejar de sufrir, pero todavía no quieres acostarte con él, lo agarras de la mano, te lo llevas por ahí detrás de un árbol y le haces una buena mamada. Lo dejarás como nuevo.

—¡Tina Martins, eres incorregible! —Cerré los ojos y me los tapé con la mano.

«Me muero de vergüenza. ¿Por qué siempre acaba consiguiendo que me sienta incómoda? Ya soy mayorcita y puedo hacer lo que quiera, lo sé. Aun así…».

—No te hagas la mojigata, que ya me enteré de lo que hiciste con mi primo.

—¡Como si fuera un secreto! De verdad, a veces, no sé ni para qué te escucho siquiera.

—Querías mi opinión, ¿no?

—Pues no, la verdad.

—Si le haces eso al rubiales, le darás un buen adelanto de lo que le espera y lo tendrás tan ocupado pensando en ello que no tendrá tiempo de enredar con *aninfs*. De hecho, no creo que sea capaz de ni de pensar con claridad.

Le di un manotazo en el brazo a mi amiga para que cerrara el pico de una vez. Ella se rio, la muy bruja.

Giré la cara en dirección al rey y al príncipe. Casi se me paró el corazón cuando vi asomarse a Axeh entre ellos. Al fin había llegado…, y el muy idiota traía una sonrisa de oreja a oreja.

Sentí una presión muy desagradable en el pecho. Tras él apareció Xerx, con su habitual expresión seria. Para ser justa, no siempre estaba así. Cuando hablaba con Jenny o bromeaba con sus amigos, mostraba otra cara, alegre y cercana, aunque no ocurría muy a menudo.

De pronto, la lluvia, que se había calmado un rato, comenzó a arreciar de nuevo.

En cuanto salieron de entre los árboles para unirse a sus amigos, me di cuenta de que ambos estaban manchados de barro por todas partes. Aquello no me hizo ninguna gracia. Por un instante, me los imaginé retozando en el suelo con las *aninfs*.

«Si eso es lo que ha estado haciendo, ¡yo lo mato!».

—Sabemos dónde está la aldea —soltó Xerx sin más, aproximándose al rey y al príncipe, imagino que para darles todos los detalles.

Mientras las gotas de lluvia arrastraban los restos de suciedad de sus cuerpos gigantescos, yo me bloqueé. No podía moverme, y aunque sabía que mis amigas me estaban hablando, no las oía. Era como una especie de mecanismo de defensa que solía activarse cuando me encontraba ante una situación desagradable que no sabía cómo afrontar. Simplemente, me desconectaba.

Tras hablar con Cyrus y Daryos, vinieron hacia nosotras. El primero en acercarse fue Xerx. Su mirada se encontró a través de la cascada de tormenta con la de Jenny. Los círculos naranjas que rodeaban los iris del barog resplandecieron como nunca. Los reflejos rojizos de su cabello brillaban con el agua.

—¿Ha ido bien? —le preguntó ella, desviando la vista y empezando a levantarse.

—Hemos conseguido la información sobre la aldea. Está a unos dos días de camino, tal como preveíamos.

Jenny asintió.

—Bien, me alegro. Así podremos encontrar a Callie —dijo Tina, poniéndose también en pie y alejándose para reunirse con Cyrus. Antes de desaparecer, me echó una miradita para infundirme ánimos.

Jenny la siguió sin esperar a Xerx. Una expresión de decepción cruzó el rostro del barog. El pobrecillo ya no sabía qué hacer. Se notaba que estaban muy a gusto juntos y siempre iban a su bola, charlando, como si el resto del mundo no existiera. Nunca había visto a Jenny hablar tanto como cuando estaba con él. Pero de eso a que intimaran de verdad, parecía que todavía quedaba un buen trecho, y no por culpa de él precisamente.

En cuanto me puse en pie, me topé de frente con Axeh. Su sonrisa era tan luminosa como siempre, y sus preciosos ojos verdes, resplandecientes y amables, me miraban de ese modo tan especial que hacía que me temblaran las rodillas. Era guapo, incluso en su versión barog, rebozado de barro y con el pelo enredado. Se me cortaba el aliento.

Mis ojos recorrieron su torso, cada bonita línea de esa musculatura esculpida por los dioses del manantial. Las espirales le daban un toque salvaje y malote que me ponía a cien. Y ya no hablemos de su versión humana, que solo había contemplado una vez, porque, entonces, me daría un infarto allí mismo.

De pronto, sentí un nudo en la garganta y me entraron ganas de llorar. ¿Y si se había tirado a uno de esos bichos? ¡No lo soportaría! No me importaba lo que hubiese hecho en el pasado, pero ahora, él y yo… éramos… éramos…

—¿Estás bien, Emi? —dijo torciendo el gesto. Sus manos me sujetaron con suavidad por los brazos—. ¿Por qué lloras? Todo ha ido bien, te lo prometo. No hemos sufrido ningún daño, y ya sabemos dónde está la aldea.

«¿Estoy llorando? ¡Mierda! Solo me falta ahora montar un numerito y hacer el ridículo». Necesitaba hablar con él, pero no me salían las palabras. No podía sincerarme allí, delante de todos.

Cuando Cyrus anunció que ya pronto anochecería y que pasaríamos la noche allí, se me presentó la oportunidad. Agarré a Axeh de la manaza, tal como Tina me había sugerido, y lo arrastré conmigo.

—¿Adónde me llevas, mujer? —dijo con una risilla.

—Necesito hablar contigo, ¿te parece bien?

—Claro, Emi, lo que tú quieras cuando quieras, ya lo sabes. Me tienes a tus pies.

Me sequé las lágrimas con la mano, inspiré hondo y lo llevé tras un manojo de árboles, más o menos espeso. No era un sitio perfecto, pero serviría.

En cuanto llegamos, me detuve, me di la vuelta y lo miré a la cara, inclinando un poco la cabeza hacia atrás. Y nada más encontrarme con sus hermosos ojos, tuve claro lo que iba a hacer.

Se acabaron los miedos. Iría a por todas.



Empecé a caminar en el sitio mientras me retorcía una mano con otra.

«Sí, sí, muy valiente, pero ahora no sé ni por dónde empezar. Y encima me está mirando de ese modo… Como no le diga algo rápido, va a pensar que soy idiota. ¡Qué enorme es, madre mía! Estoy hiperventilando otra vez. ¿Y si me da un ataque? ¿Es posible? Tengo que acordarme de respirar, eso es todo».

—¿Qué ocurre, Emi? Me estás asustando. ¿Te encuentras bien? —me dijo inclinándose un poco, buscando de nuevo mi mirada con la suya.

—Sí, sí. Estoy bien. Es solo que… —Las palabras se me atascaron en la garganta.

Él se llevó la mano al pecho, sobre el corazón, mientras se le agitaba la melena rubia. ¡Madre mía, cómo me gustaba ese pelo!

—Por favor, dime lo que sea. ¿He hecho algo que te ha molestado?

«Vaya, no es tan tonto como parece, ¿eh? Por mucho que ponga esos ojitos de cachorro abandonado, está claro que intuye de qué va esto».

Me erguí y estiré los brazos a ambos lados del cuerpo, alzando la barbilla, como solía hacer Tina. Eso no iba conmigo, así que me desinflé enseguida, pero no por ello iba a dejar de decirle lo que pensaba. Tenía que hacerme respetar desde el principio, o esta relación no llegaría a ninguna parte.

—Pues no sé, ¿has hecho algo?

Su desconcierto estuvo a punto de hacerme soltar una carcajada. Sabía que era un buen hombre… barog, pero, por muy bueno que fuera, el pobre tenía sus necesidades. Y conmigo no había pasado de los besos y algún toqueteo inocente esporádico. Ahora se iba a enterar.

—¿Te refieres a…? No te sigo, Emi. —No se estaba enterando.

«¿Es posible que este hombre no tenga ni una pizca de maldad? ¿Que, realmente, pueda fiarme de él por completo?».

Suspiré.

—¡Que si te has acostado con una de esas *aninfs*! —solté fuera de mí, acusadoramente. Me arrepentí en cuanto las palabras salieron de mi boca.

Él dio un respingo y retrocedió un paso. No tardó ni dos segundos en avanzar de nuevo, esta vez hasta que no quedó espacio entre nuestros cuerpos. Se me erizó la piel, pero no me moví. Su respiración se había agitado y parecía ofendido. Se me empezó a revolver el estómago.

«¡Ay, pobrecito! ¿Y si me he precipitado? ¿Y si me estoy equivocando con él? ¡¿Y si se enfada?! No debería haberle dicho eso. No se lo merece. Es un trozo de pan y…».

—¿En serio piensas eso? ¿Crees que me he follado a una *aninf*?

Me dolió su manera tan cruda de decirlo y me entraron de nuevo ganas de llorar.

«No quiero pelearme con él. Yo no estoy hecha para discutir».

—No lo sé, Axeh. Habéis pasado horas con ellas y teníais que sonsacarles información como fuese. Cyrus fue muy claro al respecto —dije en un tono más suave.

Se separó de mí unos centímetros y se llevó la mano de nuevo al pecho.

—Estoy locamente enamorado de ti, Emi. ¿Acaso no te lo he demostrado lo suficiente? —me dijo, desolado—. No, se ve que no —murmuró más para sí mismo que para mí.

—Claro que me lo has demostrado. ¡Eres un amor de hombre, Axeh! Tan maravilloso que a veces incluso dudo de que seas real. Pero, a ver, tú eres un pedazo de barog. Y yo… no es que te haya complacido, que digamos. Y por mucho que sientas algo por mí…

—¿Algo, Emi? ¡Lo siento *todo* por ti! ¡Estoy loco por ti desde el momento en que te vi por primera vez! Fuiste una aparición, lo más hermoso que había visto en mi vida. Y supe que estábamos destinados a estar juntos. ¡Eres mi *hoa uhane*! ¡Mi pareja de vida! Te

lo dije, cuando estés preparada, quiero vincularme a ti y compartir contigo mi existencia.

Estaba confundido y muy alterado.

—Lo sé, Axeh, es solo que tú y los demás solíais aparearos con ellas. No sería tan raro, y por mucho que me doliese, tampoco podría recriminarte nada porque yo aún no te he dado lo que necesitas.

Torció el gesto.

—¿Crees que lo único que quiero de ti es sexo? ¿Que las otras cosas maravillosas que me das no me importan? ¿Piensas de verdad que, porque no hemos follado, tengo derecho a hacerlo con otras hembras? ¡Esto no funciona así, Emi! Muy mal debo de haberlo hecho contigo si piensas eso de mí.

—Eso no es cierto. ¡Eres perfecto! ¡No tengo ninguna queja! —dije, desesperada por hacérselo entender.

Las cosas no estaban yendo como yo esperaba. De hecho, ¿qué demonios esperaba? Le había lanzado acusaciones sin ton ni son, cuando, en realidad, siempre había confiado en él. ¡La culpa era de Tina, seguro! Ella me metía todas esas ideas absurdas en la cabeza.

«No te engañes, tonta. Es culpa tuya, que te dejas manipular. Y en el fondo, sabes que Tina tiene razón… casi siempre. Solo que su manera de afrontar las cosas es muy distinta a la tuya».

—Escúchame bien, Emi. Puede que acostumbrara a tener sexo con *aninfs* en el pasado, antes de conocerte. Es lo que hacemos todos los barogs cuando se nos despierta el deseo y hasta que nos emparejamos con una humana de por vida.

Empecé a disgustarme. Lo había acusado de algo horrible sin pensar en cómo le afectaría. Puede que fuera un barog con aspecto de bestia, pero él también tenía su corazoncito, y era noble, puro y bueno. No solo era un ser enorme y fiero, sino también sensible, igual que yo.

—Lo entiendo, de veras. Perdona, no debería haber hecho esas suposiciones. Solo pensé que, si yo no te estaba dando lo que querías, tal vez fueras a buscarlo a otra parte, y yo no podría culparte por ello.

—Puede que tenga el aspecto de un animal salvaje, Emi, y que, en buena parte, lo sea. Pero no soy solo eso, te lo aseguro.

—Yo nunca he dicho que fuera así.

—Por si acaso, y para que te quede claro, que sepas que, en cuanto supe que había encontrado a mi *hoa uhane*, ni se me pasó por la cabeza en ningún momento acostarme con una *aninf*. Para mí sería imposible estar con alguien que no fueras tú. ¡Y por supuesto que me muero de ganas por estar contigo de todas las formas imaginables! ¡Por todos los rinos, no pienso en otra cosa! Pero no soy una bestia sin control, Emi. Esperaré a que estés preparada y me desees tanto como yo a ti.

Tragué saliva y nos quedamos en silencio unos segundos.

—Lo siento, Axeh. Lo siento muchísimo. ¿Estás enfadado?

Abrió mucho los ojos.

—¿Contigo? ¡Jamás! Sería incapaz. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te adoro con toda mi alma. —Tomó mi mano entre las suyas y se la llevó a los labios. El roce me estremeció de la cabeza a los pies, provocándome cosquillas en el estómago—. Esperaré todo el tiempo que sea necesario, Emilia. Aunque tenga que aliviarme solo hasta que llegue ese día. Porque, eso sí, vivo permanentemente cachondo, amor —dijo, dejando aflorar su hermosa sonrisa.

Me estremecí.

«Venga, Emi, ¡díselo! Es el momento. Este hombre es bueno de verdad. No se merece estar sufriendo».

—Te deseo, Axeh. Mucho.

Todo su cuerpo vibró. Se pegó a mí con suavidad y me rodeó la cintura. Sentirlo tan cerca empeoró mi calentón.

—No sabes lo que me gusta oír eso —ronroneó.

Estaba decidido: iba a ir a por todas.

—Puede que hoy no tengas que aliviarte… tú solo.

Se le desencajó la mandíbula y se apretó aún más contra mi cuerpo. Podía sentirlo todo. TODO.

Varios destellos esmeraldas cruzaron sus ojos mientras su aroma a menta fresca y cítricos se intensificaba a mi alrededor, engulléndome entera.

«¡Ay, Dios! ¡¿Dónde me he metido?!».

25 HACE MUCHO TIEMPO
CALLIE

Ux me indicó que lo siguiera al interior de su choza. Una vez dentro, cerró la puerta y empezó a pasearse por la estancia. Me quedé muy quieta, apenas respirando.

—Así que el príncipe. Sabía que no era un barog cualquiera —me dijo, su voz varios tonos más grave.

—Lo que iban a hacerle a Susi… Eres un monstruo. —Las palabras salieron de mi boca con tanta rabia que yo misma me sorprendí.

Se acabaron las medias tintas.

Me clavó una mirada incendiada y soltó un rugido ronco.

—No seas hipócrita, Callie. Tu príncipe te raptó y te trajo aquí. Te marcó con un hierro candente y te metió en la cacería. ¿Y yo soy el monstruo?

—No fue exactamente así como ocurrió —dije tratando de no acobardarme—. Y él jamás me ha golpeado. Tú sí.

La rabia se plasmó en cada línea de su rostro.

—Haznos un favor a los dos y deja de mentirme a mí y a ti misma. Yo no soy muy distinto de tu príncipe ni de ninguno de los barogs de la aldea. Así que deja ya de intentar pintarme como el villano de la función. Aquí todos somos igual de hijos de puta.

—Estás muy equivocado.

«¿Lo está?». ¡Por supuesto que sí! Porque Daryos jamás me había golpeado ni forzado. Ni siquiera Cyrus había hecho algo así, ni ninguno de nuestros amigos. Los barogs de la aldea y los perdidos eran muy diferentes, al menos la mayoría de ellos.

—Estoy cabreado, que no es lo mismo. Me has hecho perder un tiempo precioso, cuando te tenía a ti aquí desde hace días, seguramente con respuestas a muchas de las preguntas que tengo.

—Ya te he dado el nombre de mi barog. Eso es todo lo que me pediste. Todo cuanto te diré.

—Me dirás todo lo que quiera saber, Callie. Ahora sé cuál es tu punto débil. No permitirás que mis barogs le hagan daño a ninguna de las descendientes si está en tu mano evitarlo.

—Solo soy su pareja, yo no sé nada de enemistades ni guerras. ¿Te crees que me cuenta algo de eso? ¿Acaso no conoces a los de tu propia especie?

—No intentes manipularme. Puede que con el bueno de Daryos te funcione, conmigo no. Y yo que estaba preocupado por la muerte de Yolk, que me dejaba a ciegas…, y fíjate tú por dónde, los dioses del manantial me han recompensado con una de las descendientes clave de la aldea. Tal vez, incluso, de toda la especie.

Di un paso atrás.

¿Se estaba refiriendo a la profecía?

—Estoy al corriente de lo de la marca de la espiral, Callie. Y por si te lo estás preguntando, sé que tu barog la lleva en la espalda desde su nacimiento. La cuestión es… ¿la llevas tú también? La profecía habla de que las dos mitades están destinadas a unirse y traer la victoria y la paz a nuestro pueblo.

Me estremecí y retrocedí otro paso.

—No te atrevas a tocarme.

—No creo que estés en posición de darme órdenes. —En sus ojos restallaban relámpagos de obsidiana.

Se dirigió hacia un arcón y extrajo una de esas telas grandes que usaban a modo de toalla. Caminó hasta mí y acercó la toalla a mi cuerpo. Me encogí.

—Solo voy a secarte. Estás empapada.

—Puedo hacerlo yo —dije tendiendo la mano para que me la diera.

—No lo dudo. Pero aún no te has recuperado del todo… y quiero hacerlo yo. ¿Vas a ponérmelo difícil? No voy a hacerte ningún daño, te lo prometo.

—Como si tu palabra significara algo para mí.

Rugió.

—Me ofendes, Callie.

Sin esperar a que le diera permiso, empezó a secarme, restregando la tela con cuidado por mi piel. Me quedé petrificada. Me secó un brazo, después el otro. Luego, se agachó frente a mí, despacio, y me secó las piernas suavemente. Me pidió que pusiera un pie embarrado sobre su rodilla, y lo hice. Tras limpiarlo, repetimos la operación con el otro, mientras yo me sujetaba a sus hombros para no caerme.

Tuvo mucho cuidado cuando llegó al muslo lesionado. Me quitó la venda y enjugó la herida. Cuando me secó el otro, subió un poco más, hasta rozar mi ingle, pero descendió de nuevo enseguida sin sobrepasarse. No me moví.

Aquello era demasiado íntimo, demasiado incómodo, demasiado… vergonzoso. Todo mi cuerpo temblaba mientras me esforzaba por contener las lágrimas. Algo así solo podía ocurrir entre una pareja de vida. Pero yo estaba ahí, en una aldea en medio de los pantanos, permitiendo que ese monstruo aterrador que permanecía arrodillado ante mí mimara mi cuerpo de ese modo. Un monstruo que unos minutos antes había ordenado que varios de los suyos violaran a Susi en el suelo de la plaza.

Contuve las ganas de vomitar.

Cuando acabó con las piernas, se puso en pie y me secó los hombros y el cuello. Sus ojos eran dos brasas encendidas y en su enorme pecho reverberaba un rugido suave y ronco.

Cuando empezó a rodearme hasta situarse a mi espalda, supe lo que iba a pasar. Y no tenía manera de detenerlo. No podía arriesgarme a que volviera a descargar su ira sobre alguna de las mujeres. Aquello me había revuelto el estómago.

Me secó el cabello, apretando las puntas para que dejaran de gotear, y luego me apartó la melena a un lado, dejándomela sobre el hombro. Entonces, empezó a secarme la espalda. Y cuando ya había recorrido toda la piel a la vista, me bajó con cuidado un tirante, y luego el otro.

—Por favor… —supliqué penosamente.

—Solo quiero verla, Callie. Solo eso.

La marca. Quería ver mi marca de nacimiento. Justo lo que yo sabía qué pasaría en cuanto supiera que me había vinculado con

Daryos. Ese hijo de puta jamás me dejaría escapar.

Me sujeté la parte delantera del vestido y contuve la respiración mientras él recorría con los dedos la media espiral sagrada y ronroneaba. Me sentí expuesta y mancillada. Él sonaba complacido. Había capturado a la descendiente de la profecía.

—Es preciosa —dijo con voz ronca—. Toda tú lo eres.

Sus dedos descendieron un poco más y los sentí acariciando la curva que unía mi espalda con mi trasero. Se pasearon un breve instante por una de mis nalgas, y los retiró. Entonces, pegó su cuerpo al mío y lo sentí vibrar contra mi espalda. Me subió los tirantes de nuevo, uno a uno, y volvió a dejar caer mi melena. Casi me llegaba ya a la cintura.

Caminó hasta el arcón, dejó en el suelo, a un lado, la toalla mojada y cogió otra limpia. Cuando regresó hasta mí y me la tendió sin mediar palabra, tuve que ahogar un grito.

Pero de nada serviría gritar, ni llorar, ni resistirme. Estaba a solas con él, y a menos que Daryos y Cyrus llegarán en este mismo instante y entraran por la puerta, nadie podía salvarme.

Así que lo imité y empecé a secar su enorme cuerpo. Era tan grande que apenas lo abarcaba en cada pasada. No protesté, me limité a hacerlo lo mejor que pude, tratando de que mi mente se evadiera de la realidad y entreteniéndola con otras cosas. Como enumerar todos los animales extraños que había visto hasta ahora en Nemea, o recitar los nombres de todas las mujeres descendientes a las que conocía o de los barogs de la aldea. Me funcionó… a medias.

Por supuesto, evité las zonas comprometidas, hasta que él me pidió que le secara la cola. Lo hice sin rechistar, procurando no tocarla con los dedos, sino solo con la toalla, con suavidad, mientras se sacudía y enroscaba, o vibraba ligeramente. Gimió varias veces mientras lo hacía.

Para acabar, sequé su torso, músculo a músculo, primero los abdominales, duros y marcados, y después los pectorales. Y como soy gilipollas, no pude mantener la boca cerrada.

—¿Cómo te la hicieron?

Cogió mi mano y la puso directamente sobre la piel, encima de la espiral grabada en la carne. Mis dedos se movieron solos, recorriendo las rugosidades del dibujo. Cuando lo escuché gemir de nuevo, aparté la mano enseguida y le entregué la toalla, que él lanzó al suelo sobre la otra.

—Le pedí a Lorish que me la hiciera cuando maté a nuestro antiguo líder y ocupé su lugar.

—Esperaba una respuesta así… —murmuré, desviando mi mirada de la suya. Estaba aterrorizada.

—¿Te gusta?

Tragué saliva.

—Es un símbolo hermoso —contesté, eludiendo la pregunta directa.

Él curvó los labios hacia arriba, y sus ojos refulgieron de deseo y algo más.

—Es un honor llevarla en la piel.

—Entiendo lo de la espiral. Pero ¿por qué te la marcaste en lugar de tatuarla, como todas las otras que llevas?

Arqueó la ceja de un modo desafiante.

«Mierda».

—Por tu expresión, intuyo que lo has deducido tú solita. Aun así, te lo diré. Puede que no naciera con la marca como tu príncipe, pero me la merezco tanto como él o cualquier otro. Y mira tú qué casualidad que la descendiente de la profecía haya caído en mis manos.

—Eso no importa. Tu marca no es la verdadera y lo sabes.

Ignoró mi comentario, agitando una mano mientras se dirigía a su cama y se sentaba en el borde.

—Pues yo creo que es una clara señal de los dioses. De todos modos, cuando me enteré, me sorprendió que el príncipe fuera el portador, y no el rey. No conozco a ninguno de los dos, pero, por lo que Yolk me contó, no creo que a Cyrus le hiciera mucha gracia.

Me mantuve en silencio. No pensaba darle más información… hasta que no me quedara alternativa.

Su mirada celeste, salpicada de ónice, me repasó de arriba abajo.

—Siéntate conmigo, Callie —dijo palmeando el jergón en el espacio a su lado.

—No quiero.

—Por hoy te prometo que no te haré más preguntas. De hecho, te contaré una historia que creo que te gustará.

No tenía más remedio que obedecerle, así que arrastré los pies hacia allí, cojeando, y me senté. Él se levantó un instante, nos sirvió un poco de zumo de frutas en dos vasos de madera y me ofreció uno. Lo cogí y me lo bebí de un trago. Lo dejó sobre una mesilla y volvió a acomodarse a mi lado, pegado a mí, consumiendo los centímetros que yo había dejado antes entre los dos.

—Me preguntaste por la mujer a la que amaba —dijo con algo de nostalgia en la voz.

Su mano buscó la mía y entrelazó nuestros dedos. Contuve el impulso de tratar de liberarme. No es que su tacto fuese desagradable, es que todo él me repugnaba por lo que era y hacía. Era más monstruoso por dentro que por fuera.

—¿Vas a hablarme de ella?

—Voy a contarte una historia. Tal vez ambos aprendamos algo de ella.

»La única ocasión en que crucé el portal, tu planeta me fascinó y desagradó a partes iguales. Yo todavía era muy joven y tenía muy arraigados los valores y las tradiciones de nuestros ancestros, y tu mundo me pareció oscuro, retorcido y atroz. Hace siglos de aquello, así que imagino que ha evolucionado mucho desde entonces. Y si ya me parecía en ese momento demasiado moderno, pese a estar sumido en la oscuridad espiritual bajo líderes ridículos, apostaría a que ahora todavía me gustaría menos.

»No comprendía vuestras leyes, ni vuestros ritos y celebraciones, ni mucho menos a vuestros dioses. Así que me llevé una gran decepción. Salvo por una cosa: las mujeres. Por supuesto, en Nemea ya hacía mucho que había descendientes humanas, pero la variedad y la belleza que encontré en vuestro planeta me dejó

completamente embelesado. Quería llevármelas a todas, probarlas todas, poseerlas… todas.

»Sabía que eso era imposible y, además, solo las descendientes de los barogs primigenios podían convertirse en nuestras parejas de vida, puesto que ninguna otra podría vincularse a nuestra forma barog. Me pregunté muchas veces por qué no podíamos llevarnos las que nos diera la gana y, a las que no fueran descendientes, montarlas en nuestra forma humana, con la que probablemente serían capaces de encajar. Pero mi pueblo siempre ha estado dominado por los ancianos y sus ridículas leyes, según las cuales, solo en nuestra forma barog se creaba el vínculo sagrado de la pareja de vida, enlazando la existencia de la humana descendiente con la del barog.

»Así que, en los pocos días que permanecí allí, me dediqué a buscar entre todas aquellas mujeres con cuál estaba dispuesto a enlazarme para toda mi existencia; cuál de todas ellas reunía las cualidades que tanto anhelaba. Tenía que ser hermosa, pero también fuerte y valiente. Astuta y entregada. Obediente y apasionada. Y la encontré.

»La mujer perfecta se cruzó en mi camino un día soleado en medio de un campo cercano a una sencilla vivienda. Faltaban tres semanas para su boda, una boda de conveniencia con un mequetrefe que jamás podría hacerla feliz. La encontré llorando, sentada cerca del arroyo, con los pies en el agua y las lágrimas mojándole el sencillo vestido. Era tan hermosa que el corazón se me detuvo. Y lo supe al instante: sería mía o de nadie más.

»Su larga melena oscura, espesa y ondulada, caía hasta más allá de su espalda. Sus ojos eran verdes y enigmáticos como el bosque que comenzaba al otro lado del riachuelo. Sus labios eran una tortura para mi cuerpo joven y mis instintos de apareamiento. Me senté con ella, guardando cierta distancia para no asustarla. Por entonces, las mujeres no hablaban con desconocidos ni se quedaban con un hombre a solas, salvo que fuese su marido. La mayoría eran castas y

puras hasta el matrimonio. Tras un rato esforzándome por hacerla sonreír, al fin lo conseguí.

»Al día siguiente, volvimos a vernos, y al otro, y al otro… Y así hasta la noche antes de la celebración. Y tras cada charla, cada mirada, cada roce de nuestras manos, la complicidad y los sentimientos crecían entre nosotros. Estábamos hechos el uno para el otro, no me cabía duda. Me enamoré como un bobo y la deseaba de un modo atroz. Ella sería mi *hoa uhane*, mi pareja de vida. Al fin la había encontrado.

»Le dije que podía darle una salida, que tenía un lugar al que escapar juntos si así lo deseaba, pero que debíamos partir al amanecer. Así no tendría que unirse en matrimonio a ese hombre al que ella detestaba. Era muy infeliz. Le conté que era un lugar muy lejano y que tal vez, al principio, le costaría adaptarse, pero que yo estaría allí para ella y la ayudaría. Que nos uniríamos para siempre y dedicaría cada día de nuestras vidas a hacerla muy feliz. Ella me miraba, tan embelesada como yo a ella, y se reía.

»Esa última noche bebimos hidromiel, y una cosa llevó a la otra. Ella no bebía nunca ni había estado con ningún hombre. Yo estaba desesperado por poseerla, y ella por olvidarse de todo y reunir el valor suficiente para irse conmigo hacia lo desconocido. Así que, aunque al principio se mostró un poco reticente, dejó que la hiciera mía.

»Disfrutamos. Ambos. Durante casi toda la noche. Me esforcé por darle placer y mostrarle la vida tan maravillosa que podría tener a mi lado. Apenas despuntaban los rayos del amanecer cuando le di un último beso y me la llevé a cruzar el portal. Y cuando llegamos a Nemea, el cuento de hadas se convirtió en una pesadilla.

»Me acusó de haberla engatusado para traerla a ese mundo del que nada sabía. Me echó en cara que no le había contado la verdad, que nunca le había hablado de que viviríamos para siempre en otro

planeta. Pero, sobre todo, se sintió traicionada cuando me transformé en mi forma barog y me mostré ante ella tal como era, con toda mi verdad. Y me repudió.

»Me esforcé por hacerla cambiar de opinión, por recordarle lo que teníamos, pero ella insistía en que la había emborrachado para poseerla; que, de estar sobria, jamás habría accedido a yacer conmigo sin estar casada. Me dijo que se sentía traicionada por mí, que pensaba que éramos amigos y yo me había aprovechado de su situación desgraciada. Me partió el corazón. No podía comprenderlo.

»Aun así, creí que, con el tiempo, lograría convencerla y que me amaría de nuevo. Teníamos miles de años juntos por delante. Así ocurría con la mayoría de las descendientes. Sin embargo, los ancianos se metieron de por medio y arruinaron cualquier posibilidad que tuviéramos de estar juntos. Se negaron a reconocer nuestro vínculo, ya que se había consumado en mi forma humana y en la Tierra, en lugar de en Nemea. El vínculo no era sagrado, no estaba bendecido por los dioses nemeos. Les dije que solo tenía que consumarlo en mi forma barog y llevarla al lago esmeralda, pero se negaron.

»Ooris, el mayor de los ancianos, me comunicó su decisión: ella sería incluida en la cacería y entregada a aquel barog que se vinculara con ella en tierra sagrada. Y mi transgresión sería castigada. No podría emparejarme con ninguna descendiente hasta la siguiente apertura del portal. Y aquello, en ese momento, fue la muerte en vida para mí.

»Antes de la cacería, se la vio en compañía de un barog que se había quedado prendado de ella nada más verla cuando la traje a Nemea. Un barog con mucho poder que, tal vez, había influido de algún modo en la decisión de los ancianos o, por lo menos, que se había quedado callado cuando habría podido interceder para ayudarme. Un barog al que consideraba mi amigo.

»Así que la mujer a la que amaba y uno de mis mejores amigos me traicionaron y me condenaron a otros doscientos años de soledad. Algunas décadas después, se rebelaron los hermanos perdidos y se separaron de la aldea. Vi una oportunidad para tomar las riendas de mi propia vida, así como vengarme de la humillación y la traición. Y en parte, conseguí mi venganza en la Gran Guerra… y la terminaré cuando acabe con el último de sus descendientes.



Cuando acabó de hablar, nos quedamos en silencio. Me entristecía lo que le había ocurrido, pero sus argumentos tenían bastantes lagunas. Conociéndolo ahora, no pondría la mano en el fuego por que no se hubiera aprovechado realmente de esa mujer.

Tampoco tenía ni idea de por qué me lo había contado. Aquello no tenía nada que ver conmigo, formaba parte de su pasado. No éramos precisamente amigos, y si pretendía que aquel relato romántico y lacrimógeno me ablandara, iba a llevarse una gran desilusión.

—Siento mucho todo lo que te ocurrió, Ux —dije por decir algo, intentando ser respetuosa. Él había abierto su corazón y, básicamente, no quería cabrearlo—. ¿Cómo se llamaba esa descendiente?

El brillo repentino en sus ojos me sobresaltó. Por un momento había olvidado la situación terrorífica en la que me encontraba.

—Tatiana —dijo con vehemencia.

—¿Y sigue en la aldea? No recuerdo haber conocido a ninguna mujer con ese nombre.

—Murió hace algunos años.

Me estremecí y no pude evitar que se me encogiera el corazón. Qué historia tan funesta.

—Lo siento mucho, Ux. Tenía un hermoso nombre. Siento lo que te hizo y que… muriera.

—Veo que no te suena.

—¿Debería?

Me apretó un poco más los dedos con los suyos. Su larga cola, suave y oscura, me acarició la espalda y se enroscó en mi cintura. Contuve el aliento.

—Esperaba que sí. —Hizo una pausa y el silencio que siguió se me agarró al estómago y ya no me soltó—. Era la madre de tu barog.

La sangre se me heló en las venas.

26 UN ADELANTO
emi

—Emi, no tienes que hacer nada que no quieras hacer. Esperaré cuanto haga falta. No hay nada que desee más que estar contigo y que nuestra primera vez sea perfecta. Te lo dije, entiendo que quieras esperar hasta que estés preparada.

Sonreí y coloqué una mano sobre su pecho, sintiendo su pulso en las yemas de los dedos. Él se estremeció y ciñó su brazo alrededor de mi cintura.

—Lo sé, Axeh. Por eso quiero que sepas que he tomado una decisión.

Subí la mano hasta su mejilla y la dejé allí. Él entornó los ojos para saborear el contacto. Cuando los abrió de nuevo, brillaban como dos antorchas verdes.

—Sea cual sea, la aceptaré de buena gana.

—No te negaré que siento cierto temor. Como sabes, nunca me he acostado con nadie, así que no tengo experiencia, mucho menos con un barog, enorme e impetuoso.

Ambos reímos.

—Nunca me tengas miedo, Emi. Puede que sea grande y amenazante en cualquiera de mis dos versiones, pero jamás te haría daño. Y aunque parezca mentira, te aseguro que nuestros cuerpos encajarán a la perfección. No podría ser de otra manera, pues nuestro amor está escrito desde los inicios de los tiempos.

El corazón se me aceleró, como si acabaran de darle el pistoletazo de salida en una carrera a vida o muerte.

—Cuando dices esas cosas, haces que me sienta la mujer más afortunada del planeta.

Sé que ambos éramos un poco… ¿cursis? ¿Románticos? Me daba igual. Había encontrado a mi media naranja y me traía sin cuidado lo que los demás pudieran pensar de nosotros. No iba a avergonzarme por ello.

—Te aseguro que el afortunado soy yo. ¡Por todos los dioses! ¿Acaso no te has visto? Eres tan hermosa que me pasaría cada segundo del día mirándote y… tocándote. Y eso es lo que pienso hacer en cuanto me des permiso.

Me ruboricé, pero poco me importó. Sentía que con él podía ser yo misma, con mis virtudes y mis defectos. Él me quería exactamente como era, igual que yo a él.

—El caso es que… quiero hacerlo.

—¿Quieres…?

—Tener sexo contigo —solté. Todo su cuerpo tembló y algo en su mirada me dijo que ya no habría vuelta atrás. Tampoco lo pretendía —. Cuando regresemos a la aldea, quiero estar contigo, Axeh. Me gustaría poder hacerlo ahora mismo, pero no en estas condiciones. Quiero que todo sea…

—… perfecto.

Asentí.

Su aroma a cítricos y menta se hizo más denso, oscuro. Sus dedos se clavaron en mi cadera con posesividad.

—En cuanto salvemos a Callie y regresemos, deseo hacerlo. No quiero demorarlo más, no cuando te deseo con toda mi alma. No hay nada que ansíe tanto como vincularme a ti y convertirme en tu pareja de vida para siempre.

Se emocionó tanto que creí que se pondría a llorar. En lugar de eso, esbozó una sonrisa preciosa y radiante que me aflojó las piernas y me arremolinó la tensión en el bajo vientre.

Se abalanzó sobre mí, envolviéndome entre sus brazos musculosos, igual que hacía mientras nos tumbábamos juntos todas las noches en el suelo para dormir. Sentir su piel sobre la mía era la mejor sensación del mundo. Era embriagador, y no podía esperar a sentirlo desnudo por completo encima de mí. ¡Dentro de mí! Experimentar su roce en cada parte de mi cuerpo.

El fuego se extendió por mis entrañas como un incendio sin control. Por un instante, pensé en saltarme todo lo que acababa de decir y tumbarlo en el suelo, sobre el barro, para montarlo. ¡Dios, lo deseaba tanto que dolía!

—¡Estoy tan contento, Emi! No te haces una idea de lo que siento ahora mismo —dijo separándose un poco, sin soltarme y sonriéndome. Este hombre era el sol más luminoso de todas las galaxias—. Si pudiera, preferiría que nuestra primera vez fuera como humano, pero…

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Eso no me importa, Axeh. Sea cual sea la forma que muestres, lo que importa es lo que hay aquí dentro —dije, colocando los dedos sobre su corazón y acariciando la piel con suavidad. Gimió, y yo me deshice—. Siempre eres tú.

—Aun así, quiero explicártelo. Llevo mucho tiempo dándole vueltas, e incluso lo hablé con Daryos, porque él se encontró en una situación similar. —Me soltó y trató de relajar sus hombros, que estaban en tensión—. Sé que para ti sería mucho más fácil que nuestra primera vez fuera con mi versión humana. En esa forma, sigo siendo grande, pero no tanto, e intimido mucho menos. —Sonreímos—. El problema es que, según lo que cuentan nuestras tradiciones, solo podemos vincularnos de verdad a una humana cuando la primera vez lo hacemos en nuestra forma barog y en Nemea. Solo entonces nuestras existencias quedan ligadas para siempre, y la descendiente vivirá tanto como su barog, bueno, o más, si él perece por accidente o algo así.

Lo escuché con atención. Había oído eso varias veces desde mi llegada a Nemea. Fuera verdad o no, Axeh creía que lo era, y jamás me arriesgaría a que el vínculo no se creara de la manera adecuada. Porque yo quería vivir con mi barog durante toda su larga existencia.

Me habían raptado de mi planeta, marcado a fuego y lanzado a una cacería de pesadilla. Me habían arrancado de mi hogar para siempre, al que jamás podría volver. Ahora, la única manera que tenía de ser feliz y hacer de Nemea mi verdadero hogar era al lado de Axeh, un ser de apariencia monstruosa y feroz, pero, al mismo tiempo, bueno, valiente y atento.

—Estoy enamorada de ti, Axeh. Me vincularé a ti en tu forma barog y compartiremos esta existencia para siempre. Me parece un buen plan.

—El mejor plan del mundo.

Se inclinó sobre mí y deslizó los dedos por mi cuello hasta aferrarse a mi nuca.

Y entonces me besó.

No era nuestro primer beso, pero sí el más intenso que nos habíamos dado hasta el momento. Se pegó a mí con un ansia voraz y profundizó ese beso, deslizando la lengua sobre la mía, en un baile de movimientos lentos y poderosos que me estaba enloqueciendo.

Me colgué de sus hombros y abrí más la boca para él. Quería que me devorara, que no se contuviera. Soltó un rugido ronco, y sus manos descendieron hasta mi trasero. Me presionó las nalgas con suavidad para acercarme aún más a él, hasta que lo sentí duro contra mi estómago.

«¡Madre mía, qué calor!».

Sentir sus manos, su erección caliente y palpitante, su boca en la mía, su lengua explorando, succionando, lamiendo… La cabeza se me fue y gemí, a punto de dejarme llevar por completo.

—Joder, Emi —susurró sobre mis labios—, ese sonido es lo más *sexy* que he escuchado en mi vida —dijo en un tono tan gutural que tuve que esforzarme por entenderlo.

—Esto es… —murmuré entrecortadamente, entre jadeos.

—… lo mejor del mundo.

Se frotó contra mí y me mordisqueó el labio inferior. Entonces, tomó mis mejillas entre sus manos y me separó un poco de su cuerpo, mientras respiraba con dificultad.

—¿Está todo bien? —pregunté confundida. Me ardían las mejillas y también ese lugar entre los muslos que necesitaba que él tocara con urgencia. Pero no se lo iba a pedir, hoy no.

—Más que bien, pero, si no paramos ahora, no estoy seguro de que pueda detenerme más adelante. Ese beso ha sido increíble. Me muero por descubrir lo que será estar dentro de ti. ¡Joder, sueño con ello cada puta noche! No creo que puedas hacerte una idea de cómo me siento cuando estoy contigo y de lo que siento por ti.

Se alejó unos pasos, con todo el cuerpo en tensión y tembloroso. Trató de tranquilizarse, inspirando con fuerza mientras se pasaba la mano por el pelo varias veces, esa melena dorada que tanto me gustaba.

—La verdad es que yo… estaba pensando en darte un adelanto —dije colocándome un rizo rebelde detrás de la oreja y mordiéndome el labio—. Ya sabes, para que la espera sea más llevadera.

Quizá sí que Tina tenía razón al fin y al cabo. Si disponía de todo ese repertorio de movimientos provocadores, ¿por qué no utilizarlo?

Se le salieron los ojos de las órbitas y su taparrabos se levantó un poco más.

—Joder, Emi, no puedes decirme eso. Ahora ya no puedo pensar en otra cosa.

—Quiero que te apoyes en ese árbol de ahí y que te relajes, ¿te parece bien?

Le planté el dedo índice sobre el centro del pecho y empujé un poco. No hizo falta más. Empezó a retroceder hasta que su inmensa espalda musculosa chocó con el tronco y agitó las ramas. Solo esperaba que fuera lo suficiente resistente para que no se partiera con su peso.

—Me parece perfecto —dijo obedientemente, con la voz enronquecida.

Me aproximé a él despacio y lo miré a los ojos.

—Voy a…, ya sabes —dije, acercando las manos al nudo del taparrabos y echando una miradita hacia la erección que se adivinaba debajo. Confiaba en que me entendiera sin necesidad de palabras—. ¿Puedo?

Él tragó con dificultad y asintió. Sus ojos siguieron el movimiento de mis dedos cuando desabrocharon la cuerda, cuando abrí el taparrabos y cuando tiré de él para sacárselo. Adelantó un poco las caderas para facilitarme la maniobra.

En cuanto vi aquello tan cerca, tan grande, tan empalmado, casi doy media vuelta y echo a correr. Pero, en el fondo, me moría por hacer eso y, además, yo no era una cobarde. Me asustaba con facilidad, cierto, pero no iba a retroceder en eso.

Ambos contuvimos el aliento cuando estiré la mano y le acaricié la punta con cuidado. Gimió tan fuerte que por un momento pensé que iba a darle un ataque. Jamás había estado tan cachonda como en ese momento.

—Tendrás que enseñarme cómo te gusta, porque no tengo ni idea de cómo hacerlo bien.

Se la rodeé con los dedos y los deslicé de arriba abajo, maravillándome con su suavidad. Era enorme. Ni siquiera sabía por dónde empezar. Desde luego, no me cabría ni la mitad en la boca. Cuando la volví a recorrer, esta vez con más fuerza, se estremeció y sacudió las caderas.

—¡Oh, Emi! Haz conmigo lo que quieras. —Sus palabras no fueron más que un susurro ronco.

Me relamí.

Sus ojos, ahora de un verde más brillante y claro que nunca, me miraban con anhelo a través de la rendija de sus párpados entornados.

—Vale, vamos allá… —me dije para darme ánimos.

Me agaché hasta que mi cara estuvo a la altura de su pene y lo contemplé con curiosidad. El glande era una visión turbadora para mí. Lo apreté un poco entre los dedos, y él volvió a adelantar las caderas. Sonreí. Me gustaba tener tanto poder sobre mi barog. Era muy excitante.

Sin más espera, lo agarré con las dos manos con suavidad y me lo llevé a la boca. Axeh rugió, haciendo temblar el árbol, el suelo y a mí. Y entonces, empecé a mover las manos, la boca y la lengua.

La verdad es que no tenía ni idea de cómo hacerlo, y con aquel tamaño era difícil de manejar. Pero le puse empeño, como en todo lo que había hecho en mi vida. Dicen que, con esfuerzo y fuerza de voluntad, puede conseguirse casi cualquier cosa, ¿no? Pues ahí estaba yo, chupándosela a mi barog, lamiendo, succionando, apretando, acariciando…

A buen seguro, necesitaría practicar muchas veces para llegar a perfeccionar la técnica, pero a él parecía gustarle, así que no debía de estar haciéndolo del todo mal.

Me acarició el pelo un par de veces mientras sus caderas se movían hacia mí y seguía rugiendo y gimiendo como un animal, con todos los músculos del cuerpo en tensión. Me aventuré a rozarle los testículos, solo un momento, para probar su tacto, y luego deslicé una mano hacia su trasero y se lo apreté.

Seguí dándole placer hasta que echó la cabeza hacia atrás, tensó la garganta y su rugido hizo crujir el suelo bajo nuestros pies.

Aparté la boca en el momento en que explosionaba como un volcán en erupción, entre aparatosas convulsiones y sacudidas, mientras yo seguía moviendo los dedos arriba y abajo, contemplando atónita como se derramaba durante un buen rato, regando mis manos y el lodo entre nosotros, hasta que al fin se calmó.

Aparté los dedos mientras él se apoyaba desmadejado en el tronco, que estaba a punto de partirse en dos. Al lado de mi barog, no parecía más que una cañita endeble.

—Emi, eso ha sido… ha sido… —Ni siquiera pudo acabar la frase.

Estiró el brazo y me acercó a su cuerpo. Me besó la coronilla y luego se agachó y me dio un beso largo y dulce en los labios.

—¿Te ha gustado? —pregunté.

—Joder, me ha encantado. Me he derretido en tu boca, amor. Literalmente.

Me sonrojé. Tenía su sabor a menta picante y cítricos en los labios y en la lengua, mezclado con otros sabores más oscuros e intensos. Calientes.

—Me ha gustado.

Él soltó una carcajada.

—Pues si eso te ha gustado, espera a que te lo haga yo a ti.

—¿Qué? No, no… Yo no sé si quiero que…

Me calló con un beso mucho más intenso que el anterior y bastante menos casto.

—Cuando llegue el momento, voy a dártelo todo, hermosa Emi. Nos espera tanto placer que me mareo con solo imaginarlo.

Me abrazó con más fuerza y me cubrió la cara de besos, por todas partes. Las mejillas, los párpados, la frente, la barbilla, la nariz… No dejó un solo centímetro sin besuquear. Para acabar, me mordisqueó la mandíbula y me besó los labios de nuevo. ¡Me sentía en una nube!

—Vale, pero, por ahora, no estoy preparada para que tú… me hagas eso, ya sabes.

—Como has dicho antes, será cuando hayamos rescatado a Callie y estemos de vuelta en la aldea, o donde sea que pueda follarte como los dioses mandan.

—Me parece un plan maravilloso.

Soltamos unas risillas.

—Te he puesto perdida, Emi. Ven, aquí hay algunos charcos limpios de la tormenta.

Nos lavamos como buenamente pudimos y regresamos con los demás, cogidos de la mano, yo feliz y él con la cara de bobo que se le había quedado después de lo que le había hecho.

Tina se metió un poco conmigo y algunos de los barogs bromearon, pero ni Axeh ni yo le dimos la más mínima importancia. Nos acurrucamos juntos, sentados al lado de la hoguera que Toruch había encendido. Solo faltaban Jenny y Xerx. Según me dijo Tina, habían ido a charlar a unos metros del improvisado campamento.

Mientras aguardábamos a que volvieran para cenar algunos lagartos y bayas, Daryos y Ciench nos relataron varias historias ancestrales de Nemea, con las intervenciones estelares de Lansh. El hermano de mi barog era muy divertido, aunque a veces hacía cada comentario que se me subían los colores. Xioh no paraba de reír mientras su novio rubiales hacía el idiota. Esos dos formaban una bonita pareja.

En cuanto llegaron Xerx y Jenny, empezamos a comer. Se sentaron juntos, muy pegaditos, aunque no intercambiaron palabra alguna durante la cena. Él le acarició el brazo fugazmente y ella no se apartó. Ese fue el único gesto de complicidad entre ellos. Miré a Tina, que estaba sentada delante del rey entre sus piernas, pero ella negó con la cabeza. Ya le preguntaríamos a Jenny al día siguiente.

Estaba tan hambrienta que, con solo oler el lagarto asado, se me hizo la boca agua. Quizás el "aperitivo" me había abierto el apetito…

Gracias a los dioses del manantial, ya no llovía y pudimos cenar y dormir secos. Axeh y yo nos acostamos en un rincón, de frente, mirándonos a los ojos. Después, me acurrucó contra su pecho y, mientras yo le acariciaba el abdomen y él a mí el cabello, nos quedamos profundamente dormidos como si estuviéramos en la cama más cómoda del mundo en lugar de en el suelo embarrado.



27 BÉSAME
callie

Pese a que la choza era cálida, yo me había quedado helada. Ux seguía sosteniendo una de mis manos, y ahora sus dedos acariciaban los míos. No podía moverme. Mi cabeza le estaba dando vueltas sin parar a todo lo que acababa de contarme, y cada vez veía con mayor claridad que me había convertido en una pieza clave en los planes de ese monstruo.

—Todo esto es por venganza —solté sin más.

Su cola se desenroscó de mi cintura y me acarició la curva de la cadera y del muslo.

—Eso sería simplificarlo mucho, pero supongo que la venganza es la guinda del pastel —dijo con una sonrisa siniestra—. Ni planeándolo todo hubiera salido tan bien.

—En la Gran Guerra, tú mataste al rey Drashir y a Tatiana. —Temblé de miedo y pena al pronunciar sus nombres.

—No te creas que fue fácil para mí. Cuando la vi allí, supe que todavía albergaba sentimientos hacia ella.

—Y, aun así, la asesinaste. A la mujer a la que habías amado. Solo un monstruo puede hacer algo así.

Apretó la mandíbula y me soltó la mano. Su pierna, sin embargo, seguía pegada a la mía. Mis ganas de vomitar iban en aumento. Todo eso era… terrible. Estaba sentada junto al asesino de los padres de Daryos y Cyrus, el barog que había destrozado sus vidas y las de tantos otros, así como alterado la existencia de toda su especie para siempre.

Aquella guerra había destruido familias enteras, separado parejas de vida, incendiado y aniquilado… Había dejado profundas heridas en el alma del rey y el príncipe, convirtiéndolos en enemigos durante una década.

Y yo acababa de reunir toda esa información que ninguno de ellos conocía. Se me hizo un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Drashir era uno de mis mejores amigos y me traicionó. Como inminente heredero al trono por entonces y futuro rey, podría haber intercedido por mí, pero no lo hizo. En cuanto la vio, supe que la quería para él. Y respecto a Tatiana… Su traición fue todavía más vil.

—Ella no quería unirse a ti.

—¿Has escuchado el relato que acabo de contarte, Callie? ¡Ella *ya* se había unido a mí!

—No bajo vuestras leyes. Daryos me lo contó. Él mismo esperó a acostarse conmigo hasta que estuvimos en Nemea.

—Leyes absurdas para tenernos controlados y que no disfrutemos de las humanas mientras estamos en la Tierra. Todo es un juego de poder, Callie, ¿acaso no te das cuenta? Los ancianos nos tienen bien cogidos por los huevos, y los barogs son tan estúpidos que no se atreven a desafiarlos por miedo a ofender a los dioses.

—Conozco cómo funcionan las religiones, Ux. Te aseguro que en mi antiguo planeta no eran muy diferentes. Pero también es cierto que algunas tradiciones son muy importantes para tu pueblo. Y por lo que sentí cuando me sumergí en el lago esmeralda, tal vez haya algo sagrado realmente en el vínculo entre humana y barog. Algo… mágico.

—Por favor, no me digas que tú también has caído en todo eso y te crees esas patrañas.

—Yo soy científica, Ux, analizo las cosas. Y puede que todo eso suene a puro teatro, pero ¿cómo se explica que, después del vínculo, la descendiente ligue su existencia a la de su barog y viva tanto como él? Los humanos solemos vivir menos de cien años, y aquí las mujeres tienen siglos de edad, incluso más. Hay demasiadas preguntas sin respuestas.

Se puso en pie de un salto y se alejó de mí. Empezó a pasearse por la choza. Sus pasos retumbaban en el suelo.

—Las descendientes están para disfrute de mi especie. Esa es la única ley que necesito, la única que impondré a mis barogs.

—Ya veo. O sea, que todo esto no es más que una pataleta porque tu amor te dejó y se largó con otro. La historia más vieja del mundo —dije poniendo los ojos en blanco.

No debería provocarle, lo sé. Pero la rabia bullía en mi interior. Ese capullo iba a acabar con su pueblo como no le pararan pronto los pies.

—He compartido contigo una historia que muy pocos conocen, Callie. Creía que tú lo entenderías y me tratarías con un poco más de respeto.

—Lo entiendo, créeme, y siento mucho lo que te ocurrió, te lo aseguro. —No había ni una pizca de burla en mi tono. No iba a mofarme de su dolor, pero seguía siendo un monstruo—. Sin embargo, no tengo claro si ella realmente te amó alguna vez, o si solo encontró en ti al amigo que necesitaba en un momento difícil de su vida y tú lo malinterpretaste.

—Yació conmigo, Callie. Nos vinculamos, dijeran lo que dijeran los ancianos.

—Estabais bebiendo. ¿Te has parado a pensar alguna vez que quizá se acostó contigo porque estaba borracha? Eso pasa mucho en la Tierra, te lo garantizo. Y no veas cómo se arrepiente después la gente cuando se despierta al día siguiente con una resaca descomunal.

—¡No sabes de lo que hablas! ¡Yo la traje a Nemea! ¡Ella y yo estábamos predestinados el uno al otro, lo sentí nada más verla! —rugió.

Me estremecí.

—Oye, sea lo que sea, siento que Tatiana te rechazara, lo digo en serio. Tuvo que ser muy duro para ti.

Me miró con suspicacia.

—Gracias, Callie. Pero no quiero tu lástima ni tu compasión.

—No, si tampoco…

—Solo te lo he contado para que comprendas por qué asesiné sin piedad a Drashir, a Tatiana y a sus hijos mayores en la Gran Guerra. Por qué destrocé y mutilé sus cuerpos para que quedaran así a la vista de todo su pueblo. Me traicionaron y lo pagaron caro.

—Esa traición, si es que sucedió tal como lo cuentas, no justifica de ningún modo las atrocidades que cometiste. Y no solo murieron ellos, sino muchos otros barogs. Por lo que tengo entendido, algunas familias enteras. Por no mencionar que raptaste a mujeres vinculadas y las trajiste aquí para violarlas una y otra vez, abusando de ellas a placer sin su consentimiento. Traicionaste y destrozaste a tu propio pueblo, y estuviste a punto de aniquilarlo por completo.

—Y lo quemaré hasta los cimientos si es necesario. Arrasaré con todo y no descansaré hasta que haya masacrado a toda la descendencia de Drashir; hasta que su linaje no sea más que un vago recuerdo en los corazones de los más antiguos. Te lo conté para que, cuando mate a Daryos y Cyrus, entiendas por qué lo hago. Por supuesto, esa no es toda la historia, hay mucho más. Pero considerando tu reacción, no te mereces que te lo cuente, al menos por ahora —dijo de un modo misterioso. Sentí un escalofrío—. Y cuando al fin haya vengado la afrenta que su padre me hizo, ocuparé su trono y gobernaré a mi especie como me plazca. Nadie volverá a darme órdenes ni a imponerme leyes absurdas nunca más.

—Ya veo que lo tienes todo pensado.

Sus ojos azules resplandecieron de ira y se clavaron en los míos. El círculo negro alrededor de sus iris se intensificó, oscureciendo su mirada.

—Pensaba atacar en unos meses, tal vez un año. No quería precipitarme, pues esta vez no quiero fallar. Pero, entonces, te encontré en el río y supe que era una señal. ¿Por qué si no los dioses te habrían enviado hasta mí?

—Ya veo que usas a los dioses según te convenga.

Soltó una carcajada que hizo que me encogiera. El músculo del muslo herido tiró un poco y me dolió. Me masajeé la piel de alrededor para calmar la desagradable sensación.

—Como hacen los ancianos y los religiosos de tu mundo, tal como dijiste hace un rato. El caso es que no solo aniquilaré al rey y al príncipe y a todo aquel que ose desafiarme, sino que, antes, me vengaré de un modo muy especial. —Regresó hasta mí y volvió a acomodarse en el jergón, tan pegado a mi cuerpo que me entraron náuseas.

—No te saldrás con la tuya.

—¡Oh, sí que lo haré! Acabo de robarle al príncipe de Nemea, hijo de Drashir el traidor, a su *hoa uhane*, tal como él me robó a Tatiana. Creo que podríamos llamarlo… "justicia divina".

—Daryos no te ha hecho nada.

—Tu barog intentaría matarme a la primera oportunidad, aunque no hubiera sucedido esto. Soy el enemigo, un barog perdido. Imagina lo que estará dispuesto a hacer cuando sepa que me he vinculado contigo, con su pareja de vida.

Me levanté como si la cama quemara, pero él me sujetó por el brazo con fuerza y volvió a sentarme. Su cola me ciñó los tobillos.

—Y llegados a este punto, pueden pasar varias cosas. Tal vez tu barog y los demás estén ya en los pantanos buscándote como locos. Puede que den con nosotros o que no. No es fácil llegar hasta aquí, y los barogs de la aldea no conocen bien los pantanos ni sus peligros. Tanto si, finalmente, aparecen como si se pierden, tarde o temprano nos enfrentaremos a ellos y los aniquilaremos. En las ciénagas no tienen ninguna posibilidad contra nosotros, y mucho menos cuando dudo que el rey haya movilizado a todos sus guerreros barogs hasta aquí. Habrá venido con un pequeño grupo, y entrar así en mi territorio es una sentencia de muerte asegurada.

Apreté los dientes para contener el miedo y la rabia.

—No los conoces. Yo que tú no los subestimaría tan a la ligera. Y para que te enteres, ellos no saben siquiera que he acabado aquí. Quizás incluso piensen que estoy muerta.

—Algunos de ellos son muy astutos, es lo que tiene estar bien informado —dijo sonriendo con malicia—. Si no llegan, en unas semanas pondré en marcha mis tropas y atacaré la aldea mientras aún no les ha dado tiempo a prepararse ni saber a qué se enfrentan. Dispongo de muchos más inferiores que en la Gran Guerra, y he tenido tiempo suficiente de entrenarlos bien. Además, Daryos estará abatido y descentrado, llorando la pérdida de su hermosa *hoa uhane*.

—Lo tienes todo previsto, pero olvidas una cosa: ellos son más y mejores. No conoces al rey de Nemea, es un hijo de puta de mucho

cuidado. ¿Te crees que va a dejar que le quites el trono así como así? No tienes ni idea de lo que te espera.

Durante un breve instante, vi duda en sus ojos.

—Para eso te tengo a ti. Tú me contarás todo sobre todo el mundo. Y entre esa información y la que ya poseo, estaré preparado para vencer. Los arrasaremos, ya sea en mis dominios o en los suyos. Tendré mi venganza y el trono de un solo golpe, jamás había imaginado que dispondría de tanta ventaja. Y siempre puedo chantajear al príncipe…

Su mirada me dejó claro que, en caso de necesidad, podría utilizarme como moneda de cambio. Aquello era incluso peor de lo que pensaba.

—No te saldrás con la tuya.

—Yo creo que sí. Ah, y además de todo eso, tendré a mi lado a la descendiente de la profecía. La humana portadora de la marca sagrada de la espiral. Ni siquiera los ancianos podrán oponerse a que reclame el trono. Eso, si no decido aniquilarlos a ellos también, tan pronto se me presente la ocasión. Antes, les daré la oportunidad de que apoyen mi reinado, bajo amenaza de muerte. Y, en cuanto me den la bendición de los dioses, me los quitaré de en medio.

«Si este cree que va a poder con el rey, el príncipe, sus amigos, todos los barogs de la aldea, los leones, las panteras y los guardianes del templo, me da a mí que es demasiado optimista», me dije, intentando tranquilizarme.

Pero ¿qué sabía yo de las armas secretas con las que contaba Ux? Quizá podrían lanzar sobre nosotros una horda de *aninfs*, aunque tenía entendido que ellas eran imparciales, o de cualesquiera otros monstruos desconocidos para mí.

—¿No dices nada, Callie? Te has quedado muy callada, y eso que siempre pareces tener las palabras listas para salir de tu boca. Me gustaría saber lo que piensas ahora mismo.

«Créeme, capullo, no te gustaría nada».

—Veo que lo tienes todo previsto, y yo no soy quién para decirte lo contrario. A fin de cuentas, no sé nada de estrategias de guerra, y mucho menos en un planeta al que acabo de llegar.

—No seas tan modesta —dijo acercando la mano a mi cabello. Me apartó de la frente un mechón todavía húmedo—. Llevas semanas junto a tu príncipe y eres muy lista. Estoy seguro de que tendrás información útil para mí.

Los próximos interrogatorios iban a ser la mar de divertidos. Empezaba a estar muy harta de este tío, pero no tenía escapatoria.

«Vamos, amorcito, a ver si apareces de una maldita vez. ¡Te lo estás tomando con calma, joder!».

—Pero por hoy tengo más que suficiente. Me has dado el nombre de tu barog, te dejaré tranquila un par de días. Ya habrá tiempo de que me lo cuentes todo.

«Este tío es un puto maníaco».

—Te lo agradezco —dije empezando a levantarme, cruzando los dedos para que me dejara marcharme—. Estoy muy cansada y me duele bastante el muslo. Me gustaría reunirme con las otras mujeres y…

—No tan deprisa, mujer. —Sus dedos volvieron a enlazarse con los míos y me retuvo a su lado—. He dicho que hoy no te haré más preguntas, no que no desee nada más de ti.

Se me cayó el alma a los pies.

Tiró de mí y, con un movimiento rápido, me sentó en su regazo. Ahogué un grito mientras se me erizaba la piel de todo el cuerpo y se me revolvía el estómago.

Deslizó una mano sobre mi rodilla hasta mitad del muslo y la dejó allí. Subió la otra hasta mi nuca y sus dedos en garras se enredaron en mi pelo mientras presionaba con suavidad para acercarme a su rostro.

Lo sentía duro y palpitante bajo mi trasero, como un animal salvaje dispuesto a montarme. Estaba petrificada y temblorosa. Apenas me atrevía a respirar. Su mirada penetrante y cargada de lujuria se desvió hacia mis pechos y después subió hasta mis labios, para acabar de nuevo anclada en mis ojos.

—Ahora, hermosa Callie, bésame.

Tuve la sensación de que el pecho se me hundía y todas las costillas, una a una, me atravesaban el corazón de un extremo al otro.

—No… puedo hacer eso, Ux. Te lo ruego, déjame ir.

Gruñó, apretándome el muslo con los dedos en un gesto duro y posesivo.

—Solo quiero un beso, no es tanto pedir, ¿no? Te he ofrecido mi hospitalidad desde que llegaste aquí. Te recogí medio muerta en el río, donde cualquier alimaña habría acabado contigo en un santiamén. Te he vestido y alimentado, y he sido todo un caballero contigo.

—Obviando que me golpeaste, claro.

Volvió a gruñir.

—Te dije que no quería hacerlo, pero no puedo tolerar que mi gente me desobedezca, debes comprenderlo.

—Yo no formo parte de tu gente.

Desnudó los dientes en una sonrisa fiera.

—Ahora sí. Ahora serás todo lo que yo quiera, así que ve haciéndote a la idea.

Nuestras miradas se midieron en un pulso silencioso. Se removió debajo de mí y su erección se acomodó entre mis nalgas a través de la ropa. Presionó con las caderas para que lo sintiera. Gimió.

—Ux, por favor… —supliqué inútilmente, pues de sobra sabía que de nada servía suplicar a ese monstruo sin escrúpulos.

Me tenía atemorizada y a su merced. Y lo peor de todo es que no podría impedir nada de lo que sucediera a continuación.

—Quiero que me beses como besas a Daryos. Y quiero sentir en ese beso tu entrega total.

—Sabes que eso es imposible. Puedes besarme. De hecho, puedes hacerme cualquier cosa que desees, lo sabes bien. Pero no puedes pedirme que me entregue a ti voluntariamente.

—¿Te crees que soy estúpido? Solo tienes que fingir. Estoy seguro de que eres muy capaz de hacerlo… y que llegará el día en que descubrirás que soy la mejor opción para ti y ya no tendrás que seguir fingiendo.

Aproximó un poco más su rostro al mío y sus dedos treparon por la cara interna de mi muslo. Traté de apartarme, pero no podía moverme ni un milímetro. Me tenía inmovilizada contra él. Se inclinó un poco, pero yo giré el rostro.

Entonces, me soltó, me colocó de nuevo sobre el colchón y se apartó un palmo de mí.

—Como es la primera vez, te lo pondré más fácil. Pero no te acostumbres.

—¿A qué te refieres con…?

No pude continuar. Su enorme cuerpo empezó a temblar, las manos se le cerraron en puños y apretó con fuerza la mandíbula sin apartar los ojos de mí. Su tamaño se redujo ligeramente y la piel tatuada se reacomodó sobre los músculos.

Hasta que su versión humana afloró junto a mí, tan hermoso y devastador que contuve el aliento.

—¿Mejor así, Callie?

El cabello negro como el ónice le rozaba los hombros, anchos y perfectamente cincelados. Sus facciones, fuertes y angulosas, eran atractivas y estaban en completa harmonía con esos ojos de un azul tan claro que casi me podía reflejar en ellos. Un círculo negro brillante rodeaba los iris, acentuando la oscuridad y el toque enigmático de su mirada. Los labios carnosos y bien dibujados se elevaban levemente en una de las comisuras, dándole ese aire maléfico que estaba presente en ambas formas.

Sus manos seguían siendo grandes y fuertes, surcadas por múltiples cicatrices, pero sin garras en las puntas de los dedos. Sus muslos musculosos volvían a estar demasiado cerca de los míos.

Me agarró por la cintura de nuevo y me colocó sobre él con cuidado. Me apartó el cabello y me sostuvo el rostro entre sus manos, acariciando en círculos mis pómulos con los pulgares.

—¿Te gusta más esta forma, Callie?

—Eres muy apuesto. Todos los barogs lo sois.

—Entonces, ¿crees que ahora podrás cumplir con lo que te he pedido?

—No importa lo hermoso que seas por fuera. Yo sé cómo es realmente lo que hay aquí dentro —dije, tocando su pecho con el índice justo encima del corazón.

A él no parecía importarle demasiado mi comentario.

—Veamos si opinas lo mismo después de que te folle de mil maneras diferentes. Apuesto a que llegará un día en que anhelarás

mis atenciones.

—Sigue soñando, barog —solté con toda la rabia de que fui capaz.

Ignoró mis palabras. Me estrechó entre sus fornidos brazos y me presionó la espalda para aplastar mis pechos contra su torso.

«Y tú que pensabas que tu vida ya no podía empeorar…».

Su risa vibró contra mi piel.

—Quiero ese beso, Callie. Y recuerda: hazlo como lo besas a él.

Inclinó el rostro y lo acercó hasta que nuestros labios se rozaron. Y entonces, me besó.

Contuve las lágrimas mientras su lengua se abría paso en mi boca y se deslizaba sobre la mía. Traté de corresponderle lo mejor que pude. No quería represalias contra Susi o cualquiera de las otras.

Su beso era exigente, demoledor. Sus dedos se aferraron a mi nuca y me acercó todavía más para profundizarlo. Su otra mano se había perdido ya bajo mi vestido e intentaba alcanzar mi intimidad entre mis muslos. Yo los apretaba con fuerza para impedirle avanzar, pero solo era cuestión de segundos que tomara de mí cuanto quisiera. Cuando me empujó hasta tumbarme en la cama, el pánico empezó a dominarme.

Mi espalda estaba ya sobre el jergón mientras el pulso se me aceleraba de puro terror, y él seguía besándome y acariciando mis pechos por encima de la ropa. Me cogió la mano y la llevó a su entrepierna por debajo del taparrabos. Presionó para que sintiera su miembro caliente entre mis dedos mientras sacudía las caderas y gemía.

—¡Oh, Callie! Ya verás lo bien que lo pasaremos juntos —murmuró sobre mi boca.

«Lo dudo mucho, hijo de puta. Será un milagro si no te vomito encima».

Quería patalear, clavarle las uñas y empujarlo con todas mis fuerzas. Pero sabía que para lo único que serviría sería para que me hiciera daño. Y ya había comprobado lo que se sentía al ser golpeada por él. Podría matarme sin siquiera utilizar una décima parte de su fuerza.

Deseaba sobrevivir, tal como me había dicho Susi que ocurriría. Al final, estaba siguiendo casi al pie de la letra lo que me había aconsejado. Y me odiaba profundamente por eso. Sentía asco de mí misma. Sabía que no era culpa mía, pero saberlo no aliviaba la repugnancia que me carcomía. Y más allá de sobrevivir, jamás me perdonaría que, por mi obstinación, la maltratasen a ella o a cualquiera de las otras.

Nuestras miradas se cruzaron un instante. La de Ux, brillando de excitación. La mía…, aterrorizada y desesperada.

Se irguió, arrodillado entre mis piernas, y se desató la única prenda que llevaba. La lanzó al suelo y me miró desde arriba con ese destello oscuro en los ojos y esa media sonrisa que yo tanto odiaba.

Su cuerpo era glorioso. Era, sin duda, uno de los hombres más impresionantes que había visto jamás. Sin embargo, me repugnaba cada centímetro de él.

Aparté la mirada de su miembro, grande y completamente empalmado, y pegué la mejilla dolorida al colchón. Él se rio y, acto seguido, se abalanzó de nuevo sobre mí, encajándose entre mis muslos. Sus dedos se clavaron en mi mandíbula y me obligó a que lo mirara de nuevo. Atacó mi boca con la suya, hambrienta y feroz, y comenzó a subirme el vestido.

La voz de Lorish retumbó desde el exterior.

—¡Jefe! ¡Permiso para entrar!

Ux rugió y toda la choza tembló.

—¡Habla desde ahí, Lor! Te dije que no nos molestaras. ¡¿Acaso no fui lo suficiente claro, idiota?! —gritó con la voz ronca.

—Lo sé, jefe, pero tenemos un problema.

—Habla. —Aguantaba su peso con los antebrazos musculosos para no aplastarme.

Su rostro estaba a apenas unos centímetros del mío. Su pene, pegado a mi muslo.

Contuve el aliento y recé a los dioses del manantial una y otra vez. Durante esos segundos, recé más que sumando todas las veces que lo había hecho a lo largo de toda mi vida.

—Sylvia ha roto aguas. Necesitan la ayuda de Callie.

—Ahí hay una docena de mujeres.

—Pero la única científica es ella, y también la única que ha vivido en la Tierra en la época más reciente. Si hay complicaciones, puede que solo ella sepa cómo solucionarlas.

Ux salió de encima de mí resoplando. Se colocó el taparrabos de nuevo mientras su cuerpo descomunal vibraba y los músculos se abultaban todavía más. Tras un rugido bestial, se completó su transformación en la forma barog.

Yo todavía no había osado moverme.

El bebé se había adelantado dos semanas y acababa de salvarme de las garras de Ux, al menos por el momento. Si eso no era una señal de los dioses…

—Ve con Lorish. Continuaremos mañana.

Asentí y me levanté de la cama. Me apresuré cojeando hacia la salida. Ux me llamó en el último segundo:

—Ni una palabra de todo lo que hemos hablado —me dijo en tono de advertencia. Asentí—. Y, por el bien de todos, haz lo que puedas para que ese bebé nazca sano y salvo.

—No deseo otra cosa. —Y eso fue lo más sincero que había dicho desde que entré en esa choza.

Él me miró y asintió.

—Si se complica, hazme llamar.

—De acuerdo.

—Y Callie…, ese beso ha sido impresionante. Estoy deseando repetirlo. —Su mirada me recorrió de arriba abajo con lujuria.

No contesté.

El aire me golpeó con fuerza al salir. Sentí como si acabara de despertarme de la más angustiosa de las pesadillas. Una ligera llovizna substituía a la rabiosa tormenta anterior y los nubarrones parecían haberse aligerado.

Avancé tras Lorish hacia la choza de las mujeres, rezando por que tanto Sylvia como el recién nacido sobrevivieran.

Pese a todo el horror y la incertidumbre, una chispa de emoción anidó en mi corazón: por primera vez en mi vida, iba a ser testigo del nacimiento de un ser de otro planeta.

Y entré en nuestra celda.



28 NO TE APARTES DE MÍ
jenny

—Jenny, ¿podemos hablar? —me pidió Xerx, con su hermosa voz grave.

Yo no quería hablar con él en ese momento. No me apetecía una de esas conversaciones serias y dolorosas a las que me arrastraba a veces.

—Claro, dime.

—Aquí no. Sígueme.

Empezó a alejarse en dirección a la hilera de árboles que delimitaban el calvero. Mientras andaba tras él, no pude evitar fijarme en cada una de las líneas de su espalda musculosa, y de sus piernas fuertes y poderosas. Por mucho que me negara a aceptarlo, por más que tratara de resistirme con todas mis fuerzas, me estaba enamorando perdidamente de él.

Nunca habría imaginado que los celos dolieran tanto, como si me clavaran un puñal en el pecho y me lo retorcieran dentro. Era absurdo estar celosa cuando él y yo ni siquiera estábamos juntos; cuando no podía exigirle nada. Pasábamos el rato charlando y, vale, estábamos siempre pegados. ¡Si hasta dormíamos tumbados uno al lado del otro! No comprendía cómo habíamos llegado a eso tan deprisa.

Sabía lo que Xerx quería de mí. Sus continuas insinuaciones, sus miradas, el roce esporádico de sus dedos sobre los míos… eran más que suficientes para darme cuenta. Pero yo no estaba preparada para darle todo lo que la vinculación con un barog requería.

Podíamos charlar, pasar el rato juntos, bromear… Lo que no concebía todavía era aquello de entregarme por completo a él y convertirme en su mujer vinculada, su pareja de vida o lo que fuera que ocurriese. No quería perder mi independencia ni mi identidad en aras a ser, simplemente, *suya*.

Tanto Callie con Daryos como Tina con Cyrus habían encontrado el amor y parecían convencidas de pasar el resto de su existencia con ellos. De ser… suyas. Porque no nos engañemos: en esa civilización primitiva, la vinculación de barog y humana implicaba que la descendiente era del barog.

Y yo no quería pertenecer a nadie.

Me gustaba Xerx, era inútil negarlo, y me apetecía acercarme a él cada vez más. Estar con él era muy agradable y sentía cosas que jamás había sentido por nadie. No obstante, el precio a pagar era demasiado alto. Ya me habían raptado y traído a Nemea en contra de mi voluntad. No tenía ningunas ganas de que, además, unirme a un barog acabara con la poca libertad de la que ahora gozaba.

Aun así, cada vez que me miraba, con ese extraño y adictivo brillo naranja en los ojos, con esa intensidad que me consumía, estaba a punto de flaquear y sentía deseos de rendirme en sus brazos.

Tras atravesar la línea de árboles, se sentó sobre una enorme piedra plana, semejante a la pizarra, a no más de un par de metros de la orilla del pantano, y me pidió que me acomodara a su lado. Antes de hacerlo, eché un vistazo al agua, por si había pulpos u otras bestias a la vista. Todavía temblaba cuando pensaba en lo ocurrido.

No me cabía duda de que, si algo aparecía, él me protegería.

Carraspeó.

—Axeh y yo estuvimos hablando un buen rato con las *aninfs*. Mejor dicho, nosotros hablábamos y ellas escuchaban mientras machacaban unas semillas que suelen comer —empezó, mirando hacia el pantano, como si de pronto temiera también que pudiera surgir alguna amenaza.

—Ajá. ¿Y de qué se habla con una *aninf*? —pregunté simulando curiosidad, para ocultar la presión que se estaba formando en mi pecho.

—Les encantan las historias de barogs. Las anécdotas de aventuras peligrosas o sobre animales extraños que ellas no hayan visto. En general, les fascina casi cualquier cosa.

—Ya veo que pasasteis un rato agradable. —Mi voz sonó más recriminatoria de lo que pretendía.

No quería que, de ningún modo, percibiera que algo de eso me había molestado.

—Para nada. A mí nunca me han gustado demasiado, aunque a veces las frecuentara. Pero ya sabes que no teníamos otra alternativa antes de que vosotras, las descendientes, llegarais a Nemea.

Se giró a mirarme, pero yo mantuve la vista fija en el agua. Él siempre buscaba contacto visual, y yo a veces no podía soportarlo. Había demasiada sinceridad y profundidad en sus ojos. El día que me asomara por completo a ellos, me perdería para siempre.

—Oye, no tienes que darme explicaciones, así que puedes dejar lo que sea que estás intentando —dije para zanjar el tema. Él no se merecía que fuera tan borde, pero yo no podía seguir con eso.

Ahora sí que lo miré a la cara. Tenía la mandíbula apretada y le vibraba un músculo del mentón.

—Ninguno de los dos se acostó con ellas —dijo secamente.

Di un respingo, pero mantuve el tipo lo mejor que pude.

—No te lo he preguntado.

—Ya. Pero yo quería que lo supieras.

—Bueno, pues ya me lo has dicho. ¿Podemos volver con los demás? Tengo hambre.

Me moví para ponerme en pie, pero él me agarró del brazo y me retuvo.

—¿Tan terrible sería ser mi pareja?

Y ahí estaba, la maldita cuestión que realmente quería abordar. Directo y sin contemplaciones. Así era él.

—No sé a qué viene esto y no tengo ganas de entablar esta clase de conversación ahora, Xerx, en serio. Estamos cansados y…

—Esto viene a que cada vez que me acerco demasiado, tú te alejas de mí. Viene a que, pese a que estamos muy a gusto juntos, tú me tienes pavor. Viene a que avanzo un paso y me haces retroceder tres.

Sentí una punzada en el corazón.

—Eso no es cierto. No te tengo miedo. Me gusta estar contigo. Eres inteligente, amable, curioso… Conectamos y podemos charlar de cosas que la mayoría ni siquiera saben que existen. Eres… mi persona favorita. —Y era cierto. Aunque adoraba a mis amigas, Xerx era especial.

—Pero eso no es suficiente para ti, ¿verdad?

—Eres un barog magnífico, Xerx. Todo lo que veo en ti… me encanta.

—¿Entonces? —dijo alzando una ceja. Las manos le temblaban.

—Ya lo hemos hablado.

—Pues repítemelo otra vez porque no lo entiendo.

—No quiero pertenecer a nadie.

—¡Y dale con eso! Serías mía tanto como yo sería tuyo. ¿Es eso tan terrible?

—Eres un barog, Xerx. Buscas vincularte para toda tu existencia. Y yo, hasta hace unas semanas, solo era una estudiante de biología con muchos planes y sueños. ¡Ni siquiera había decidido lo que quería hacer con mi vida! Todavía soy una adolescente. ¿Puedes comprender eso?

—Siento haberte jodido tus sueños. Tu vida entera, vaya. —Estaba muy dolido, lo veía en sus ojos y en las arrugas de la frente. Empezaba a conocerlo demasiado bien.

—No te estoy recriminando nada. Sabes que he pasado página de lo del rapto y todo lo demás. Pero no creo que esté todavía preparada para unirme a ti para siempre. Necesito un poco más de tiempo.

—¿Acaso en algún momento te he presionado? ¿Te estoy metiendo prisa?

Se me encogió el estómago. Tenía razón.

—No, Xerx, nunca lo has hecho. Pero lo que ha pasado hoy…

—¿Qué es lo que ha pasado hoy, Jenny? Dime, porque, como yo lo veo, no ha ocurrido nada de nada.

—Ya sabes, lo de las *aninfs*.

Esbozó una sonrisa sarcástica que me cortó como un cuchillo.

—Por supuesto, las *aninfs*. ¿Estabas celosa?

Me sentía muy avergonzada.

—Quizá…, no lo sé. Lo cual es absurdo, porque tú y yo no somos… —Su mirada glacial me previno de continuar.

—Dilo, vamos. ¿Por qué tú y yo no somos *nada*? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Me refiero a que, si no estamos juntos, no tengo ningún derecho a enfadarme contigo porque desaparezcas durante horas con esos seres.

—Ya veo. ¿Es eso, seguro? Yo creo que, en realidad, estás decepcionada.

Abrí mucho los ojos, sin comprender. Ahora era a mí a quien le temblaban las manos sin parar.

—¿Por qué iba a estarlo? Acabas de decirme que no hiciste nada.

—Porque quizás hubieras preferido que me follara a una de esas *aninfs*. Así tendrías la excusa perfecta para apartarte definitivamente de mí y enviarme a la mierda —escupió con la voz cargada de dolor.

Se me hizo un nudo en la garganta. Aquello iba de mal en peor.

—Eso no es cierto. Yo no quiero apartarme de ti.

—¿Seguro? Porque me demuestras todo lo contrario… casi siempre.

Se deslizó sobre la piedra unos centímetros para aproximarse y yo retrocedí. Su sonrisa fue amarga.

—Ya veo.

—Estás muy equivocado, Xerx. Yo… quiero estar contigo. Me gusta pasar tiempo juntos e ir conociéndote.

—Ya me conoces, Jenny. La cuestión es si lo que ves te gusta lo suficiente o no. A veces pienso que sí, que los dos sentimos lo mismo. Y me hago ilusiones, idiota de mí.

—No eres idiota. Siento muchas cosas por ti. Pero… necesito conocerte un poco mejor. Han pasado tan solo unas semanas. Si voy a vincularme a ti para toda la vida…

—Necesitas estar segura por completo.

Asentí. Él se puso en pie de golpe.

Me dolía tanto el pecho que apenas podía respirar. No quería que se marchara así, dolido y enfadado. No quería que pensara que no sentía nada por él; que él no era suficiente para mí. No quería perderlo.

Así que me levanté y lo seguí. Lo agarré de la mano y lo retuve.

—Olvida lo que acabo de decirte, Xerx. Yo… no tengo ninguna duda sobre ti. Eres un barog maravilloso, y sé que, si me vinculo a alguien, será a ti.

—¿*Si* te vinculas?

«Mierda».

—*Cuando* me vincule. Lo único que necesito es un poco más de tiempo para hacerme a la idea de que voy a emparejarme a los diecinueve años. Que esta va a ser mi vida para siempre. Que se acabaron los estudios y mi independencia, cuando apenas había empezado. Que esto es… todo lo que hay. Y no me refiero a ti, pues tú eres el mejor hombre al que he conocido nunca. Me refiero a renunciar a todo lo demás. Ya sé que no tengo elección, pues no puedo regresar a la Tierra y recuperar mi vida ni lo que esta habría sido. Pero me costará un poco asimilar que todo eso se esfumó.

Apretó los puños a ambos lados del cuerpo y sus ojos soltaron chispas.

«Está claro que no he elegido las palabras correctas… otra vez». Sentía un nudo apretado en el estómago.

—Siento mucho que te sientas así. Para mí es muy distinto. Desde el momento en que te vi en la universidad, supe que me habías cautivado. Y enseguida me enamoré perdidamente de ti. Jamás había sentido nada igual. Y no imagino mayor éxito, logro y honor en mi vida que el de ser tu *hoa uhane*, tu pareja de vida. No necesito ni un minuto más para meditarlo. Estás hecha para mí y yo para ti. Y espero que algún día te des cuenta. Para mí no habría nada mejor que vincularme a ti.

Aquello era demasiado intenso. Halagador pero… demasiado… en todos los sentidos. Me sentía abrumada. ¡Era más que eso! Me asfixiaba.

—Tengo miedo, Xerx. ¿Puedes entenderlo? ¿Puedes intentar ponerte en mi lugar? —dije desesperada, tirando de su mano. Él aprovechó para atrapar mis dedos entre los suyos.

Un escalofrío me recorrió la columna.

—Si lo entiendo perfectamente, mujer. No hay que ser demasiado listo para captarlo. No soy suficiente para ti, eso es todo. Y tienes

que asimilar que esta mierda de vida es la que vas a tener en Nemea, lo mejor a lo que puedes aspirar. No tiene nada que ver con lo que deseabas obtener en la vida, y es decepcionante para ti.

Me puse lívida. Estaba sincerándome del todo con él y no servía para nada, solo empeoraba las cosas.

—Tergiversas todo lo que digo.

—¡Porque partes de premisas erróneas! ¿Crees que quiero vincularme a ti para encerrarte en mi choza y hacer contigo lo que me dé la gana como un ser primitivo e inculto? ¿Que a mi lado no serías libre? ¡Te equivocas! Quiero una pareja de vida, una verdadera compañera de aventuras, no una mujer sumisa. No tienes ni idea de las cosas increíbles que pueden hacerse en este planeta, Jenny. ¡Que podríamos hacer juntos! Puede que aquí no haya universidades, pero podríamos estudiar las viejas tradiciones y leyendas, las inscripciones de la Gran Roca y de las esculturas del templo, o la fauna diversa del planeta. Investigaríamos acerca de las especies que habitaban Nemea antes de que llegáramos los barogs, como las *aninfs* originarias y esos extraños seres alados. ¡Hay tantas cosas por descubrir! Y junto a ti, sería fascinante.

Todo aquel enfoque era nuevo para mí.

—Eso suena muy bien —dije, esbozando una sonrisa tímida.

—¡Claro que sí! Y cuando la guerra acabara, tú y yo podríamos recorrer todo el planeta para trazar un mapa completo. ¡Cientos de mapas! —Su entusiasmo era contagioso y se me había colado ya en las venas—. Nos llevaríamos a Itzaar para que me ayudara contra los depredadores que pudiéramos encontrarnos por el camino.

Itzaar, el león nemeo de Xerx, se había quedado en la aldea como el resto de los felinos, salvo Enzo, Bazzeila y Benju, para proteger a todos frente a un posible ataque de los perdidos. Ese león era tan reservado como su amo, y yo apenas lo conocía. Pero suponía que, tarde o temprano, eso iba a cambiar.

Sonreí más ampliamente. ¡Eso era lo que yo necesitaba! Retos, propósitos, ilusiones, proyectos… Tal vez podría tener todo eso aquí, en Nemea, junto a él. Vincularme a él sin renunciar por completo a mí misma. ¡A lo que esperaba de mí misma!

—¿Nos dejarían entrar en el templo para estudiar todas esas esculturas e inscripciones?

—Desde luego, podríamos intentarlo. Quizá Sulveh, el guardián del templo que habló con Cyrus, accedería a colarnos. Es un buen tipo. —Le brillaban los ojos. Apuesto a que a mí también.

—Todo eso es… Bueno, me encantaría.

Acortó la distancia entre nosotros. Su mano se movió hacia mi rostro y me acarició con el dorso de los dedos. Su roce era tan cálido, agradable…, excitante.

—Tal vez es verdad que todavía no me conoces lo suficiente —dijo sonriéndome con ternura—. Presupones que tu vida junto a mí sería monótona y aburrida. Que lo único que quiero es vincularme a ti para amarrarte a mi cama y tener sexo. Que seré un barog posesivo, que te cortaré las alas…

—No es eso.

—… cuando, en realidad, lo que quiero es que volemos juntos. Quiero que seas no solo mi pareja, sino también mi amiga y mi compañera de pesquisas. ¿Crees que eso te gustaría? ¡A mí me encantaría! ¡Es todo lo que siempre he deseado! Poder compartir mis inquietudes y mis pasiones con mi *hoa uhane*. ¿Puede haber algo más perfecto? Ni siquiera sabía que podría encontrar a alguien así. Pero aquí estás. —Había tanta esperanza en sus ojos que me estremecí.

—Sí, me gustaría muchísimo —dije sonriendo—. Únicamente te pido un poco más de tiempo. No mucho, de veras. Solo para hacerme a la idea de todo lo que conlleva vincularme contigo.

Me miró de arriba abajo.

—Tómate el tiempo que necesites, pero no me apartes de ti. No voy a ir a ningún lado. Quiero dormir pegado a ti, caminar junto a ti en estas excursiones interminables, sentarme a tu lado frente a la hoguera cuando comemos, o en las noches de contar historias y leyendas. Prometo no presionarte jamás, pero no me apartes, por favor. Es todo cuanto te pido en este momento.

Temblé. ¡Sus palabras eran tan hermosas y profundas!

—De acuerdo, me parece bien. Me gusta cómo suena todo eso.

Sonreímos. Habíamos capeado el temporal bastante mejor de lo que esperaba. Vendrían otros, por supuesto, pero ya los afrontaríamos cuando se presentasen. Por ahora, estábamos bien y habíamos aclarado las cosas entre nosotros.

—Ah, y no tienes que preocuparte por las *aninfs* ni por ninguna otra hembra del universo. A mí solo me importa una, la que me ha robado el corazón.

Su mirada me quemó como fuego líquido derramado sobre mi piel.

Obedeciendo a un extraño impulso, me acerqué a él hasta que mis pechos rozaron su torso. Él empezó a temblar de nuevo. Entonces, me alcé de puntillas, sujetándome a sus anchos hombros, y lo miré directamente a los ojos.

—Y ahora, ¿puedes besarme?

El aire se espesó a nuestro alrededor, extendiendo un aroma oscuro y delicioso. El aroma de mi barog. Olía a bayas intensas, tal vez moras maduras, y a canela.

Inclinó la cabeza hacia mí, me rodeó la cintura y su boca cubrió la mía.

El mundo entero se sacudió bajo nuestros pies mientras él movía los labios sobre los míos con suavidad, aguardando a que abriera la boca y le permitiera entrar. Y cuando lo hice, su lengua se deslizó dentro y se enredó con la mía en un baile exquisito que a punto estuvo de hacerme levitar.

Sus dedos se enroscaron en mi cintura y los míos se enlazaron en su nuca. Sentir su respiración sobre mi piel, su cuerpo pegado al mío, me excitó de un modo desconocido para mí.

Él no se aprovechó del momento. Siguió besándome hasta que el calor fue insoportable y el deseo se arremolinó entre nosotros, avivado por ese beso. En lugar de presionarme para ir más lejos, separó sus labios de los míos. Acunó mi rostro entre sus manos enormes y me besó la punta de la nariz mientras una bonita sonrisa iluminaba sus ojos de destellos anaranjados.

Me cogió de la mano y regresamos junto a nuestros amigos, con los corazones tranquilos y felices. En cuanto entramos en el claro,

escondimos la alegría, que era solo nuestra, y nos limitamos a sentarnos juntos para la cena, como solíamos hacer.

Y mientras todos nos lanzaban miraditas de compasión, nosotros compartimos miradas cómplices, recordando el beso que acabábamos de darnos… y que no podíamos esperar para repetir.

29 EL SANADOR
CALLIE

En cuanto entré en la choza de las mujeres, supe que las cosas no iban bien. Se había desatado el caos en torno a la pobre Sylvia, que yacía en un jergón en el suelo en medio de la estancia. La descendiente que había ayudado como comadrona un par de veces hacía tiempo, Penny, se había colocado entre sus piernas abiertas, con Susi a su lado. Se me retorcieron las tripas al ver sus expresiones de preocupación.

No tenía ni idea de lo que esperaban de mí. Yo no era médico ni enfermera. Jamás había presenciado un parto en directo, solo en la pantalla. ¡Ni siquiera era madre! Así que poco podría ayudar, más allá de aportar conocimientos puramente teóricos.

Pero ese parto acababa de salvarme en muchos sentidos.

—¡Menos mal que ya estás aquí, Callie! Te necesitamos —dijo Penny, recogiendo su hermosa melena negra ondulada en su habitual moño. Sus ojos color miel chispearon de alivio.

Me acerqué despacio, observando el rostro de Sylvia. Estaba muy pálida y el sudor le pegaba los mechones rubios a la frente. La redondez sana de sus facciones se había esfumado, y ahora se le marcaban demasiado los pómulos.

Cuando me arrodillé al otro lado de Penny, mi mirada se cruzó con la de Susi. Sus ojos se clavaron un instante en mi pómulo. No me había visto en un espejo, pero apostaba a que estaba amoratado. Sus labios formaron un "¿estás bien?", a lo que respondí con un simple cabeceo y aparté la mirada enseguida. Lo último que quería era pensar en lo que acababa de suceder con Ux.

Había sido un día de mierda, terrorífico y humillante para ambas. Lo único que podía aligerar un poco la sensación asfixiante que me oprimía el esternón sería que ese niño barog naciera sano y salvo, y su madre sobreviviera al parto.

«No es momento de lamerse las heridas. Estas mujeres te necesitan».

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—Explícanos lo que consideres importante. El bebé parece que está bien colocado, pero no sale. Sylvia lleva empujando un buen rato y aun así no hay manera —me resumió Susi.

—Veamos…, si está en la posición correcta, algo está impidiendo que descienda. ¿Habéis comprobado si el cordón está enrollado en el cuello?

—No lo está. No hay nada que impida que salga. Y Sylvia está exhausta —dijo Penny.

—Lo imagino, pero si no sigue empujando, tendremos que hacerle una cesárea. Y en estas condiciones… —dije echando un vistazo alrededor.

No dije lo que todas sabíamos. Si teníamos que abrirla, no sobreviviría. Allí no había anestesia, ni antibióticos, ni suero, ni nada de nada. Y aquí los ungüentos no servirían para una mierda.

—¿Se te ocurre que pueda tratarse de algo más? —me preguntó Susi.

Me devané los sesos.

—Lleváis más de dos siglos aquí. ¿Alguna de vosotras tiene hijos? —Todas negaron con la cabeza—. Pero habréis presenciado algún parto de una mujer vinculada, ¿no?

—Unos cuantos, pero solo Penny asistió en un par de ellos —dijo Susi.

Todavía me dolía un poco la cabeza por el bofetón de Ux. De pronto, una luz brilló en mi cerebro embotado.

—¿Nacen en su forma humana o barog?

Se me quedaron mirando como si fuera idiota.

—Humana. Si no, nos partirían en dos, Callie.

—¿Y alguien está comprobando la forma que tiene este bebé en concreto? ¿Podría ser que estuviera ahora mismo en su forma barog y por eso se haya encallado?

Abrieron mucho los ojos.

—Los bebés se transforman en barogs nada más nacer. No tienen todavía los colmillos, pero sí unas garras incipientes, lo vi una vez, y

cola —explicó una de las mujeres.

—Vale. Necesitamos saber si tiene garras y… —murmuré, mareada—. ¿Puedes averiguarlo, Penny?

Ella asintió.

No fui capaz de mirar mientras ella lo comprobaba y los gritos desgarradores de Sylvia se elevaban hasta más allá del techo de la choza.

—Tiene garras y cola —dijo con expresión funesta—. No podrá salir, la cabeza es demasiado grande, y las garras deben de estar causando estragos.

Como si hubiera esperado el momento oportuno para darnos una señal, el cuerpo de Sylvia empezó a sangrar. Todas nos encogimos, intercambiando miradas.

Palidecimos.

—Sacadlo —dijo Sylvia con un hilo de voz. Estaba muy débil.

—La única manera es hacerte una cesárea —le dijo Susi.

—Pues hacedla. Haced… lo que sea necesario para salvarlo.

—Si hacemos eso, puede que mueras —le explicó Penny.

—Mi barog murió. Este bebé es lo único que me queda, aunque ni siquiera sepa cuál de esos monstruos es el padre. Salvadlo.

En toda mi vida había oído unas palabras más tristes. Se me partió el corazón en muchos trozos ante la crueldad extrema de ese mundo. ¡De todos los malditos mundos!

«Dioses del manantial, si realmente estáis aquí, ayudad a esta pobre humana. Ya ha sufrido bastante, ¿no os parece?». La rabia se mezclaba con la pena y me trepaba por la garganta.

—No tenemos las condiciones adecuadas para practicar una operación así, Sylvia —dije sin más.

—Ni tampoco los conocimientos necesarios. No somos médicos, ni siquiera sanadoras —explicó Susi, acercándose a la cabecera y acariciándole el pelo.

Algo me presionó el pecho. Solo había alguien capaz de ayudarnos a salvarles la vida a ambos.

—Nosotras no, pero hay un sanador en esta aldea. Uno muy bueno.

—Callie, si estás pensando lo que creo, olvídate. No nos ayudará.

—En esto sí. Le interesa demasiado que salga bien y ese bebé nazca.

No esperé a que estuvieran de acuerdo. No iba a permitir que Sylvia muriera sin intentarlo. Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta. Para mi asombro, era Lorish el que estaba apostado al otro lado bajo la tenue llovizna.

Me agarré a los barrotes y acerqué la cara a uno de los huecos.

—Avisa a tu jefe. Necesitamos que venga. Ahora.

Mis ojos debieron de decirle todo lo que necesitaba saber, porque se puso en pie y empezó a correr.

Ux entró poco después, ocupando todo el espacio, y se arrodilló junto a mí. Cada célula de mi cuerpo me gritaba que me apartara de él, pero ahora yo no importaba en absoluto. Solo importaba salvar a Sylvia y a su bebé barog. Un bebé que, si no nos rescataban, se acabaría convirtiendo en un hermano perdido, un monstruo como todos los demás. Pero, por ahora, solo era un ser diminuto, bueno e indefenso que teníamos que salvar a toda costa.

—Contadme —dijo él secamente, mirándome de reojo. Sin embargo, había un brillo de preocupación en sus ojos celestes.

Sus muslos como columnas estaban tensos y sus manos, con las garras retraídas por completo, examinaban el vientre abultado de Sylvia con sumo cuidado mientras ella apretaba los párpados y los dientes.

Todas permanecieron en silencio, así que hablé:

—Está en su forma barog.

—Eso es imposible, siempre nacen en su forma humana. —Ux parecía muy sorprendido.

—Tiene cola y garras.

Se giró a mirarme.

—Salvad al niño —soltó sin más.

La ira empezó a hervirme en la sangre.

—No te hemos llamado para esto. Podemos salvar a niño si le abrimos el vientre, pero Sylvia no sobrevivirá —le dije.

Le sostuve la mirada sin amilanarme.

—No puedo salvarla. El bebé es demasiado grande para su cuerpo. No puede abrirse paso del modo natural.

—Piensa en algo, Ux.

—Aunque la cortemos para agrandar el conducto, los huesos no se abrirán lo suficiente. La cabeza no pasará y el niño morirá, y ella también. No podemos salvarlos a los dos, solo él tiene una posibilidad.

Me temblaba todo el cuerpo.

—Si le abrimos el vientre, ¿puedes coserla?

—No es tan sencillo, Callie.

—Sí lo es. En la Tierra se hace cada día, y apuesto a que aquí lo habéis hecho alguna vez.

—Sí, para salvar al bebé. La madre siempre muere en esos casos.

Sentí un escalofrío.

—Pues esta madre de aquí no va a morir. Eres sanador, me suturaste heridas horribles y lograste que no se infectaran.

—No es lo mismo.

—Eres sanador —insistí—. Puedes hacerlo.

—Puedo, pero no hay ninguna garantía de que sobreviva.

—Inténtalo.

La furia se escapaba de mis ojos a borbotones. Pero entonces, Ux asintió vehementemente. Suspiró.

Susi nos observaba en silencio, achicando los ojos como si nos analizara con detenimiento. Hubiera apostado a que contenía el aliento, esperando a que lograra convencerlo.

—No te prometo nada, Callie.

—Mientras haya una mínima posibilidad de salvarla, hay que intentarlo.

Se inclinó un poco hacia mí y me susurró con esa voz gutural que me ponía los pelos de punta:

—Las mujeres humanas sois de admirar. —Su aliento caliente me acarició la piel—. Me deberás una.

—Yo creo que más bien me la deberás tú a mí por haberme dado cuenta de cuál era el problema y haberte avisado. ¿O acaso tu prioridad no es tener en tu harén cuantas más mujeres descendientes mejor?

El muy cabrón se permitió curvar los labios en una leve sonrisa. Sentí un impulso casi irrefrenable de coger el cuchillo que sostenía

Penny en la mano y clavárselo en el corazón. O cortarle la garganta de oreja a oreja y verlo desangrarse como el cerdo que era.

Lástima que un barog apuesto, fuerte e inteligente como él hubiera decidido decantarse por la crueldad y el mal más rastrero.

Lo que pasó a continuación fue una de las escenas más impactantes que he presenciado jamás.

—Trae, Penny. Yo lo haré —dijo Ux extendiendo la mano.

Cuando ella le entregó el cuchillo, sus miradas se cruzaron un instante.

Ux empapó el cuchillo en alcohol mientras Susi le daba de beber a Sylvia más sustancia medicinal, algo para calmar un poco el dolor. Después, le puso en la boca una tira de cuero para que la mordiera. Había una mujer a cada lado cogiéndola de la mano.

Ux esperó a que terminaran y se colocó junto al cuerpo desmadejado de Sylvia. Le palpó el vientre y, acto seguido, le practicó un corte en la parte baja de punta a punta, con total precisión. Tras varios gritos espeluznantes, Sylvia perdió el conocimiento.

No quise pensar en que ahí no había monitores en los que ver la profundidad a la que se había hundido el cuchillo ni en el riesgo de que pudiera herir al pequeño barog. Cuando acabó, metió las manazas en la incisión y sacó al bebé, sucio y ensangrentado, y se lo entregó enseguida a Susi, que estaba preparada con una tela gruesa y limpia entre las manos. Lo envolvió rápidamente.

En cuanto Penny cortó el cordón umbilical como correspondía y sacó la placenta, Ux empezó a coser. Todas las mujeres rodearon a Susi y al bebé, entre risas de emoción y lágrimas. Lo arroparon, limpiaron y acunaron.

Todas menos Penny y yo.

Permanecimos al lado de Sylvia, junto a Ux y las dos mujeres que aún le sostenían las manos. El ritmo de sus latidos había descendido y el color la había abandonado.

Yo miraba cada puntada precisa que Ux daba sobre la herida, completamente concentrado.

—Dile a Lorish que me traiga la botellita verde y la amarilla que hay en el arcón pequeño. Él sabrá a qué me refiero. Y también el

ungüento azul.

Asentí e hice lo que me pedía.

En cuanto Lorish me entregó las dos botellitas y el tarro con el ungüento, me arrodillé junto a él de nuevo. Cuando acabó de coser, con una pericia propia de las manos del cirujano más hábil del siglo XXI, vertió el líquido de la botella amarilla en la herida. Parecía una especie de aceite, que se secó enseguida, formando como una capa de silicona sobre el corte sanguinolento y taponándolo.

—Álzale la cabeza —dijo sin mirarme.

Coloqué la cabeza de Sylvia sobre mi regazo y él le vació el contenido de la botella verde en la boca. Después, le embadurnó la herida con el ungüento azul, con tanta delicadeza que me estremecí.

Al acabar, se levantó despacio y se inclinó para mirarme a los ojos.

—Ahora, esperemos que se recupere.

Entonces, se acercó a Penny.

—Véndale el vientre con un poco de fuerza —le dijo. Su manaza rodeó el brazo de Penny con suavidad un instante. Ella asintió sin apartarse—. La venda tiene que sujetar bien, o los músculos no contendrán el interior.

Contuve una arcada.

—¿Vivirá? —pregunté.

—No lo sé. He hecho todo lo que estaba en mi mano. Es la primera vez que hago algo así. Sylvia es una mujer fuerte, confío en que viva.

Asentí. Antes de marcharse, se acercó a las mujeres y tomó un instante al recién nacido de los brazos de Susi. Todas nos estremecimos cuando lo sostuvo pegado a su enorme pecho. Lo que más me impresionó fue el breve destello de felicidad en su expresión. Y pensar que quizás él era el padre…

Tras dejarlo en brazos de Susi de nuevo, caminó hacia la puerta. Sus manos estaban manchadas de sangre.

—Gracias —le dije en un impulso, avanzando dos pasos hacia él.

Se detuvo justo en el umbral y me miró.

—Si vive, será gracias a ti, no a mí. Tú me mandaste llamar e insististe en que podía hacer algo que no había hecho nunca.

Su mirada profunda me erizó la nuca.

—Sabes, es una pena que hayas decidido ser un monstruo y malgastar todas tus habilidades. Serías un gran sanador en la aldea y servirías de mucha ayuda.

—Lo tomaré como un cumplido —dijo muy serio.

—Las cosas no tendrían por qué ser así, Ux. Acabas de salvarle la vida a Sylvia y su bebé. Todavía estás a tiempo de cambiar.

Sé que me arriesgaba demasiado diciéndole todo a eso a un tipo que pocas horas antes me había abofeteado y había ordenado una violación en masa. Pero dicen que la esperanza es lo último que se pierde…, y, tal vez, yo fuera tan testaruda como Daryos, o incluso más.

—¿Y quién te dice que quiero cambiar, mujer?

—Eres sanador. Deberías curar a la gente, en lugar de asesinarla.

—Pierdes el tiempo conmigo, Callie. Soy exactamente lo que quiero ser —me dijo en un tono helado que no dejaba lugar a dudas —. Descansa. Nos veremos por la mañana.

El alma se me cayó a los pies. Pese a todo lo que Ux acababa de hacer para salvar a Sylvia, no había ni una pizca de bondad en el inmenso cuerpo de esa bestia.

Y pronto me llamaría de nuevo… para acabar lo que había empezado.

30 preparaos
TINA

—Cinco días, C. Lleva cinco días con esas bestias. No puedo soportarlo —dijo Daryos masajeándose el pecho con una mueca de dolor.

—Lo sé, hermano. Ni siquiera puedo imaginar el calvario que debes de estar pasando, pero ya estamos cerca. Sacaremos a tu *hoa uhane* de allí.

—Tantos días con esos monstruos, C… Sabes tan bien como yo lo que debe de estar sufriendo.

El príncipe se tambaleó un poco y el rey lo sostuvo mientras seguían caminando.

—La rescataremos, te lo prometo. Muy pronto la tendrás de nuevo entre tus brazos.

Daryos asintió. Estaba destrozado, y no era para menos. Aquello era una maldita pesadilla.

Callie había caído por un acantilado hasta un río lleno de rocas y rápidos. Sabíamos que estaba herida, pero no la gravedad de sus lesiones. Me preguntaba si esas bestias la habrían curado antes de…

«No pienses en ello. La profesora Dawson estará bien. Seguro que se las ha apañado para mantenerse a salvo», traté de convencerme a mí misma.

—¡Allí! —gritó Axeh desde lo alto de un árbol.

Tenía una habilidad para encaramarse a los sitios que sería la envidia de cualquier orangután. Miré la rama de la que colgaba. Era un maldito milagro que no se hubiera partido ya bajo su enorme cuerpo. Pero él sabía dónde apoyar un pie, cómo distribuir su peso, en qué punto agarrarse… Si no, ya se habría descalabrado unas cuantas veces.

Daryos y Cyrus corrieron hacia él.

—¿Qué has visto?

—Hay una columna de humo, allí, ¿la veis?

De un salto de guepardo, el príncipe se encaramó a otro árbol, un poco más adelante, y enfocó la vista hacia donde señalaba su amigo. En cuanto la localizó, asintió y bajó al suelo.

—No cabe duda, es una hoguera. Está a poco más de una jornada —dijo con algo de alivio en la mirada.

Axeh se dejó caer a su lado, y todos los barogs se reunieron en medio del sendero lodoso, mientras nosotras tres y los felinos aguardábamos a unos metros de ellos.

—Estamos cerca. A partir de ahora, nos detendremos solo lo justo para comer y beber. Las mujeres avanzarán montadas en los leones y Bazzeila, así no nos retrasaremos.

Estuve a punto de quejarme. Yo podía seguirle el ritmo perfectamente… o casi, aunque era cierto que, sin nosotras, irían mucho más rápido. Callie estaba en peligro y no quería que, por nuestra culpa, se demoraran. Cada minuto que transcurría era crucial. Así que me mordí la lengua. Cumpliríamos las órdenes del rey sin rechistar. La situación no era para menos.

Como si Cyrus hubiera intuido mi debate interno, clavó de pronto sus ojos oscuros en los míos, esperando algo por mi parte. Cuando asentí, sus facciones se relajaron y continuó hablando. Empezaba a conocerme bien.

—Tenemos que extremar las precauciones. En cualquier momento, podríamos toparnos con hermanos perdidos. Nos estamos adentrando en su territorio, y seguro que cazan a menudo por aquí.

—¿Formación defensiva, C? —propuso Daryos. El rey asintió—. Tampoco debemos perder de vista lo que pueda salir de los pantanos. Esperemos no encontrarnos con más pulpos.

—Nunca pensé que viviría un ataque de esos bichos. Todavía me dan escalofríos —soltó Lansh—. ¡Y nosotros que creíamos que eran tipos solitarios! —añadió desternillándose.

—Otra anécdota cojonuda para contar en la aldea, hermanito —le dijo Axeh, dándole una palmadita en el hombro.

—No sé yo… Creo que te cagaste de miedo —bromeó Lansh.

—¡Serás cabrón! —dijo Axeh, abalanzándose sobre su hermano —. ¡Todos nos cagamos de miedo, no me jodas!

Daryos sonrió un poco, lo cual fue un alivio. Se notaba que a todos les afectaba ver tan hundido a su amigo. Además, antes de que Callie cayera por aquel acantilado, el príncipe parecía el tipo más alegre y sereno sobre la faz de Nemea, aquel que animaba a los demás y ayudaba a mantener el equilibrio en el grupo. Sin duda, necesitaban recuperarlo para elevar los ánimos de nuevo. Había conservado su buen humor durante casi todo el trayecto, con algunos altibajos, pero ya habían transcurrido muchos días, y eso le estaba pasando factura.

—¡Eh, niños, portaos bien! —soltó Toruch con una carcajada.

—Estos no han cambiado lo más mínimo. Siguen siendo una panda de descerebrados —dijo Ciench, uniéndose a las risas de su amigo.

En un momento, Xioh y Xerx también se enzarzaron en aquella escaramuza improvisada, que, afortunadamente, ayudó a destensar el ambiente.

Emi, Jenny y yo, ahora al lado de Toruch y Ciench, los contemplábamos alucinadas. Parecían adolescentes peleando en el patio del instituto…, eso sí, con el aspecto de monstruos gigantescos con colmillos, garras y colas. Estas se enredaban unas con otras, u oscilaban deprisa como látigos para impactar contra sus amigos.

—¿Qué parte de "extremar las precauciones" no habéis entendido? —soltó Cyrus sonriendo, pasándose la mano por la melena enmarañada—. Venga, en marcha.

—No hay tiempo que perder. Mi *hoa uhane* nos espera, no podemos defraudarla —dijo Daryos con los ojos brillantes—. Susi y Callie merecen que nos esforcemos al máximo. Vamos a sacarlas de ahí. —Intercambió una mirada de comprensión con Ciench.

Sus amigos se detuvieron de golpe y asintieron. Axeh ayudó a Emi a subir a lomos de Enzo, mientras Xerx hacía lo mismo con Jenny, que se acomodó sobre Benju, el león de Toruch.

Bazzeila se tumbó en el suelo y permitió que montara en su lomo. Cyrus me ofreció su ayuda, pero yo quería apañármelas sola. Debía aprender a montar por si se daba alguna situación de emergencia que lo requiriera. Se levantó despacio, hasta que quedó completamente erguida sobre sus cuatro patas conmigo encima.

Los barogs avanzaron en formación, con Toruch y Ciench en la retaguardia, y Daryos y Cyrus liderando, codo con codo, el grupo. Nosotras tres, montadas en los felinos, íbamos en el centro, flanqueadas por Lansh y Xioh, a la izquierda, Axeh y Xerx, a la derecha.

De vez en cuando, los barogs trepaban a rocas y árboles para informar al rey del terreno que teníamos por delante, si seguían viendo humo en la lejanía o si había alguna amenaza a la vista.

Y así avanzamos, hasta que nos detuvimos a dormir unas horas, a menos de una jornada de la aldea de los perdidos y, por lo tanto, de Callie.

La noche cayó sobre nosotros plagada de extraños gorjeos y chapoteos, mientras intentábamos conciliar el sueño en aquel lugar inhóspito. Los barogs se turnaron las guardias, y, en esta ocasión, Jenny, Emi y yo nos tumbamos en el centro del campamento, bien juntas, rodeadas por todos los barogs. Cyrus no quería dejar ningún flanco desprotegido.

Y aunque estaba aterrada, empapada y con un nudo permanente en el estómago, finalmente el agotamiento me venció y me quedé dormida.



Me desperté cuando una manaza enorme me tapó la boca. El corazón se detuvo en mi pecho hasta que el rostro de Cyrus apareció en mi campo de visión. Se llevó un dedo a los labios en señal de silencio mientras apartaba la mano, callosa y plagada de cicatrices, que tan bien conocía ya.

—Están cerca —me dijo.

—¿Hermanos perdidos? —pregunté. El miedo se instaló de golpe en mi cuerpo.

Asintió.

—Es un grupo pequeño. Daryos los ha detectado durante su guardia.

Miré alrededor. Todos los barogs estaban en pie.

—Despierta a tus amigas. Hay que ponerse en marcha enseguida.

En el cielo, la pareja de lunas todavía se encontraba en lo alto, aunque la débil luz del amanecer empezaba a despuntar entre los nubarrones. Comenzaba un nuevo día, que ya prometía ser movidito. Si los dioses lo permitían, sería el día en que rescataríamos a Callie. Eso si no moríamos todos en las próximas horas a manos de los hermanos perdidos.

Tal como Cyrus me había pedido, desperté a Emi y Jenny con cuidado, indicándoles que guardaran silencio.

En cuanto levantamos el campamento, nos pusimos en marcha de nuevo, incluso con más cautela que en los días anteriores. Nos desviamos ligeramente por otro sendero para evitar toparnos con nuestros enemigos, aunque en esa ciénaga no había muchas opciones ni lugares donde ocultarse.

Nosotras tres caminábamos entre ellos, y, en esta ocasión, los felinos eran los que nos guardaban las espaldas a todos. Era preferible que tuvieran libertad de movimientos por si, pese a todas las precauciones, finalmente estallaba alguna reyerta. Por eso ya no íbamos montadas a sus lomos.

Emi y Jenny iban cogidas de la mano, con expresiones de puro terror en sus rostros. Tuve que apretar la mandíbula y concentrarme solo en poner un pie delante del otro. Si me dejaba llevar por los pensamientos que inundaban mi mente, me hubiera puesto a llorar.

Imágenes de mis amigas caminando por los pasillos de la universidad, o sentadas en clase, o charlando en la cafetería, o saliendo por ahí me golpearon con fuerza. Sus vidas se habían ido a la mierda, y yo no podía hacer nada para devolvérselas. No se merecían esto, ni los peligros, ni los pantanos, ni el barro, ni el miedo…

Esa no era la vida que se suponía que tendríamos.

Agité la cabeza con energía para alejar la tristeza. Cyrus se giró a mirarme un instante y esperó a que le dedicara una sonrisa y modulara las palabras “estoy bien” para mirar al frente de nuevo. A veces tenía la sensación de que estábamos conectados ya no solo

por el amor, sino por alguna clase de vínculo extraño y primitivo que nos hacía percibir el estado del ánimo del otro. Fuese como fuese, nuestra conexión era profunda e intensa. Me asustaba, pero también me fascinaba.

Axeh, encaramado a un árbol a unos pocos metros de nosotros, silbó con sonidos cortos y graves.

—Todos quietos —dijo Cyrus, desenvainando el machete. Daryos ya lo tenía en la mano—. Preparaos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emi con los ojos muy abiertos y el terror pintado en su cara.

Las agarré fuerte a las dos.

—No os mováis —dije.

Bazzeila adelantó a Toruch y Ciench, y se colocó junto a nosotras, con el lomo erizado y las patas en tensión. Sus ojos dorados resplandecían encolerizados y alertas. Me estremecí.

Axeh saltó al suelo, flexionando las rodillas para amortiguar la caída. Su melena rubia se agitó un instante. Entonces, se la recogió apresuradamente en un moño alto y agarró la lanza corta que llevaba a la espalda.

—Son siete —dijo, mientras todos empezaban a estrechar el círculo en torno a nosotras, de espaldas a las tres y mirando cada uno hacia delante.

—¿Perdidos?

—Dos barogs. Los demás, mestizos nacidos de *aninfs*.

El rey y el príncipe asintieron.

—¿Habéis visto algún lugar donde las mujeres puedan esconderse? —preguntó Cyrus.

Todos negaron.

—Solo pantanos y árboles podridos, hermano. Estarán más seguras en el centro de la formación —dijo Daryos.

Los ojos de todos ellos llameaban con ferocidad. Las musculaturas en tensión, las colas oscilando en lo alto, alertas. Las garras extendidas al máximo, preparadas para cualquier amenaza, los machetes y lanzas empuñados por sus manazas.

—Agachaos, Tina. No os mováis por nada del mundo —me dijo el rey. Asentí, arrastrando al suelo conmigo a mis amigas. Nos

sentamos las tres, encogidas.

El príncipe se giró a mirarme un instante.

—No dejaremos que os hagan daño —nos dijo, esbozando esa sonrisa cálida y reconfortante que, a buen seguro, Callie adoraba.

—Por suerte no son pulpos —bromeó Lansh en un susurro—. No me apetece que se me enganchen esas ventosas en el culo nunca más. Todavía tengo algunas marcas.

Los demás se rieron.

—Al menos no se nos pegaron en las pelotas —soltó Toruch.

Las risas ahogadas aumentaron.

—Shhh. Calladitos —dijo Xioh, concentrado en el espacio que tenía ante él.

Cómo eran capaces de bromear en una situación así era todo un misterio. Pero ahí estaban, preparados para una pelea sangrienta contra sus enemigos en medio de aquella ciénaga, y ni siquiera eso les hacía perder el sentido del humor.

—Se acercan —dijo Daryos.

—Mierda. ¿No podemos tener ni un puto día tranquilo? —murmuró Ciench con hastío.

Ese barog era de admirar. Llevaba diez años sin ver a su mujer y, aun así, nunca se alteraba. Quizás había perdido toda esperanza de recuperarla con vida. Una década era… demasiado. O tal vez era todo lo contrario, y por primera vez en mucho tiempo, era consciente de que pronto se reuniría con ella.

—En el fondo, te encanta cargarte a esos cabrones, amigo mío, no disimules —dijo Toruch.

Ciench sonrió y sus ojos grisáceos se iluminaron un poco.

—Todos tenemos muchas ganas de cargarnos a esos hijos de puta. Pero esta no es la mejor situación para nosotros. Habría preferido elegir otro campo de batalla. Así que no os confiéis —dijo Cyrus.

—A la orden, *mi rey* —soltó Lansh.

Tras unas risillas más, el silencio más angustioso se extendió entre nosotros.

—Que los dioses del manantial guíen nuestras garras y nos concedan la victoria —murmuró Daryos.

Un rumor de voces y gruñidos llegó hasta nosotros, mezclado con el chapoteo de pies en el barro. No teníamos escapatoria, las ciénagas nos rodeaban. Si pasaban por allí, ese era el único sendero transitable en aquel punto, y nosotros estábamos justo en medio.

No había donde esconderse.

Solo cabía luchar.

Las pulsaciones aceleradas de mis amigas retumbaron al mismo son que las mías. La brisa de los pantanos agitó el agua turbia y algunas de las ramas más endebles, trayéndonos un olor dulzón y almizclado.

Los pantanos se removieron y ondearon, con pequeñas burbujas de aire en la superficie.

Y entonces, cayeron sobre nosotros desde todas partes.

31 ACABEMOS CON ESTO
callie

La noche transcurrió entre emociones muy intensas de todo tipo. Velamos por Sylvia, que logró superar las horas más críticas y empezaba, poco a poco, a recuperarse. Pidió ver a su hijo, un precioso barog pequeñito, aunque por lo menos de seis kilos, y lloró a mares cuando se lo acercaron al pecho.

Mientras le daba de mamar, le hablaba entre dulces susurros y le acariciaba la carita. Las mujeres se turnaban para sostenerlo y evitar que el peso pudiera abrir la herida, todavía tierna.

Lorish nos trajo más botellitas verdes por indicación de Ux, y le administramos una cada tres horas.

Cuando sostuve al recién nacido entre mis brazos, apenas pude contener las lágrimas. Aquel era el milagro más grande del universo, fuera el planeta que fuera. Era hermoso e impactante. Un niño que, en unos años, se convertiría en una bestia de la jungla, capaz de plantarle cara a cualquier animal de un zarpazo y derribar palmeras de una patada.

No hace falta decir que ninguna pegó ojo en toda la noche. Con los primeros rayos del amanecer, Lorish entró a echar un vistazo. Permaneció en la choza unos minutos y se marchó por donde había venido. Antes de irse, me repasó el rostro, deteniéndose en mis pronunciadas ojeras. No nos molestó más en todo el día.

Apenas podía creer que llevara cinco días alejada de Daryos. Parecía que hubieran transcurrido tan solo unas horas y, al mismo tiempo, la vida entera.

Para mi asombro, Ux no me reclamó. Suspiré aliviada cuando, tras todo el día con las mujeres cuidando de Sylvia y el bebé, el atardecer se adueñó de los pantanos y la luz dio paso a la noche de nuevo.

Con Sylvia fuera de peligro y el niño bien alimentado, dormimos todas plácidamente, estableciendo turnos para asistirlos, pues ella todavía no podía moverse. Esa noche ni siquiera soñé. Caí como una piedra hasta que la mujer del turno anterior al mío me despertó. Y volví a caer cuando mi turno terminó y me desplomé sobre el jergón.

Con el nuevo amanecer, nos llevaron al lago a lavarnos, lo cual agradecimos un montón, teniendo en cuenta la mugre y la sangre que cubría a alguna de nosotras. Como Sylvia no podía desplazarse tan lejos, Susi y Penny la asearon en la choza.

Tras lavarme y ponerme un vestido limpio, me sentía revitalizada. Aunque el cielo seguía parcialmente encapotado, ya no llovía. Nos quedamos un rato en la orilla del lago, mientras el cabello se nos secaba.

De camino ya hacia la aldea, comimos algo en la plaza, junto a la hoguera, en lugar de encerradas en la choza. Fue solo un ratito, pero, pese a las desagradables miradas de los barogs y los inferiores, nos sirvió para despejarnos un poco. Después, regresamos a la celda.

Por la tarde, todas estábamos nerviosas. Yo, porque me temía que la tregua que me había dado Ux se alargaba demasiado y en cualquier momento vendría a reclamarme. Ellas, porque al día siguiente tocaba apareamiento.

Además, había otra cosa que me preocupaba: no había vuelto a escuchar los gritos ni lamentos de Lorna desde el día que nos reencontramos. Nada. ¿Y si le habían hecho algo?

A media tarde, el rostro de Lorish apareció al otro lado de los barrotes, y supe que estaba ahí para conducirme de nuevo al infierno. Se me cayó el alma a los pies. Me lanzó una mirada sin necesidad de palabras, y me puse en pie. Susi se levantó también y me acompañó a la puerta.

—Lo siento mucho, Callie. —Me abrazó con fuerza—. Ojalá no tuvieras que pasar por esto.

—Salvamos a Sylvia y al bebé —dije devolviéndole el abrazo, aferrándome a ella como si así pudiera evitar que me arrastraran hacia Ux—. Eso es lo único que importa ahora.

—Sobrevive a toda costa —me susurró al oído—. Cuando nos rescaten, nada de lo que haya ocurrido aquí importará ya. Permanecerá encerrado en esta aldea y nosotras seguiremos adelante.

Asentí mientras nos separábamos.

—Lo que suceda aquí, se queda aquí. Ninguna de nosotras explicará nunca nada a nuestros barogs. Les ahorraremos a ellos el dolor y a nosotras…, la humillación. ¿Estás de acuerdo?

Asentí de nuevo. Me parecía un pacto estupendo. Nadie tenía por qué saber las miserias que habíamos sufrido allí dentro. Tal vez así, y solo así, lográsemos que los recuerdos traumáticos no nos destrozaran para siempre. Eso… si salíamos de allí algún día.

Recé en silencio a los dioses de Daryos, ahora también los míos, para que me dieran fuerzas y no me abandonaran.

En cuanto salí, Lorish empezó a avanzar en una dirección distinta a la de la choza de Ux. Lo miré sin comprender.

—¿A dónde vamos?

—Sígueme —me ordenó sin más, tan simpático y parco en palabras como era habitual en él.

Ascendimos por un sendero que no quedaba demasiado lejos de la celda de Lorna, pero no llegué a verla. Piedras negras y pulidas, tal vez obsidiana o cuarzo, delineaban el camino a medida que subíamos esa pequeña ladera. Aunque más allá estaba todo enfangado, el camino permanecía seco. Quizá lo habían limpiado, apartando el barro.

—¿Por qué no ponéis a la mujer loca de nuevo con las descendientes? Es también una científica, como yo. Podría ayudarlas.

—No me marees, mujer. Bastante hice ocultándole a Ux tu secreto. No me pongas a prueba.

Di un respingo y cerré la boca. Por algún motivo, Lor no le había dicho a su jefe que Lorna era una vieja amiga mía. Si lo hubiera hecho, quizá la habría usado también a ella, como hizo con Susi, para coaccionarme.

Susi y las demás odiaban a Lorish. Me habían contado que era agresivo cuando se apareaban y muy vicioso. Así que no era ningún

angelito. Entonces, ¿por qué?

«Porque se puede ser un cabrón hijo de puta, sin necesidad de ser un asesino».

En esa aldea, como en la Tierra, existían distintos niveles de maldad. El más alto, sin lugar a duda, lo ocupaba Ux. Todos los demás estaban a uno u otro nivel, pero ninguno se escapaba de la condena. Los barogs perdidos eran unos malditos monstruos, todos sin excepción.

En cuanto a los inferiores… Ni siquiera sabía cómo calificarlos. Eran similares a animales, bestias brutas y feroces con muy poco intelecto que seguían sus instintos primitivos. Al menos, los barogs no los dejaban tocar a las descendientes y se contentaban con las *aninfs* que merodeaban por la aldea y los pantanos.

Cuando alcanzamos la suave cima de la colina, el sendero se acabó a las puertas de una choza bien construida con madera, bambú y hojas de palma, mucho más grande y cuidada que todas las demás. Y ahí, en medio del umbral, me esperaba Uxuer, líder de los hermanos perdidos.

Me estremecí.



El interior era cálido, pero no tan sofocante como las demás chozas. Grandes aberturas permitían que la poca brisa que soplaba en los pantanos hiciera circular el aire de la única estancia, amplia y de techos altos. Los intensos y variopintos olores de la aldea ahí quedaban atenuados, y un aroma a flores y frutas desconocidas se me coló en las fosas nasales, junto con el oscuro aroma especiado de Ux.

Dejó que echase un vistazo alrededor e inspeccionara el lugar a mi antojo sin pronunciar palabra. Se mantuvo en silencio, quieto, mientras yo me paseaba con curiosidad… hasta que mis ojos se clavaron en el único mobiliario de la estancia, una cama enorme a ras de suelo, cubierta con una bonita colcha de colores.

Empecé a ponerme nerviosa.

La sensación que me transmitía el lugar me recordaba a lo que sentí en la choza junto al lago esmeralda cuando entré por primera vez. Por entonces, también tenía mucho miedo, pero nada comparado con el terror cerval que me dominaba en ese instante.

Me giré en redondo para encararme con él. Sabía que lo más sensato era callarme y hacer lo que me ordenara; que, tal como me había recomendado Susi, el único modo de sobrevivir era sometiéndome. Pero no podía hacerle eso a Daryos, no sin al menos luchar como una jabata, con todas mis fuerzas. Y, por encima de todo, no podía hacérmelo a mí misma.

Quizá me mataría o quizá no. Había captado tan solo un atisbo de la barbarie de la que ese barog perdido era capaz. Pero yo no iba a ceder tan fácilmente.

—No quiero hacer esto, Ux. Estoy vinculada a Daryos, el jodido príncipe de Nemea. ¡Tu príncipe!

Él abrió los ojos de golpe.

—¿Todavía no lo has entendido? ¡Yo no respondo ni ante él ni ante el rey!

—¡Eres tú el que no lo comprendes! Puede que aquí seas el jefe todopoderoso, pero nunca podrás derrotarlos. En cuanto os enfrentéis, te matarán. Admítelo de una vez, tus hordas de inferiores jamás vencerán a los barogs más poderosos de Nemea. Y si crees otra cosa, eres un necio. Desiste ahora que todavía estás a tiempo.

Empezó a caminar hacia mí y yo a retroceder. No tenía escapatoria, lo sabía. Sin embargo, tal vez pudiera ganar un poco tiempo. A veces, un solo segundo puede cambiar el curso de la historia. ¿Por qué no el destino de una persona?

«Esto es absurdo, va a matarme de un solo manotazo».

Sus ojos se oscurecieron y el ónice eclipsó al azul.

—He sido muy paciente contigo, Callie, pero eso se acabó. Voy a poseerte aquí y ahora. Mataré a tu barog a la primera oportunidad. Y lo haré ante tus ojos, para que te convenzas de que ese barog joven e impetuoso no tiene absolutamente ninguna posibilidad contra mí. Descuartizaré su cuerpo y el de Cyrus, tal como hice con los de sus hermanos mayores y sus padres, y los apilaré a tus pies.

Tal vez así comprendas de una vez por todas que yo soy el único rey que tendrá Nemea a partir de ese instante. Ocuparé el trono y tú me obedecerás sin rechistar. No, será mucho más que eso: tú aprenderás a amarme. Y te darás cuenta de que tu enamoramiento juvenil por ese príncipe agraciado era insignificante comparado con el amor devastador que sentirás por mí.

Seguía aproximándose cuando mis talones chocaron con la cama. Ya no tenía a dónde huir.

—¡Ja! ¿En serio te crees lo que dices? ¡Nunca vencerás a Cyrus! Tú no le conoces. Yo sé de qué pasta está hecho. Es un cabrón de cuidado y no se detendrá ante nada. Y cuando sepa lo que le hiciste a su familia, que fuiste tú el monstruo que se lo arrebató todo y lo condenó a una vida de dolor perpetuo, te arrancará el corazón con sus propias garras y se lo dará de comer a su pantera, mientras Daryos te corta las manos por haberte atrevido a tocarme.

Sus labios se curvaron en una sonrisa que me heló la sangre. Contenía la promesa de un sufrimiento eterno.

—Tienes agallas, mujer, eso te lo concedo. No sabes cómo voy a disfrutar echando abajo todos tus sueños e ilusiones infantiles. Nos vincularemos, quieras o no, y me darás descendencia. Tu vida estará atada a mí para el resto de tu existencia. Pero, mira, dejaré a tu elección si prefieres amarme u odiarme. Poco me importa, la verdad, siempre que pueda follarte cuándo desee y cómo desee.

—¿Disfrutas abusando de las mujeres? —pregunté con rabia.

—Disfruto follándomelas. Que sea abuso o no, depende de cómo quieras afrontarlo. Puedes dejarte llevar conmigo y gozar como nunca te ha hecho gozar ese principito tuyo. O puedes pelear como la leona que sin duda eres. El resultado acabará siendo el mismo, salvo por las magulladuras que tendrás si te resistes. Por las buenas, puedo ser encantador y muy complaciente. Por las malas… Créeme, Callie, no quieras comprobarlo.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos mientras él recorría los escasos pasos que nos separaban. Bajé el rostro entre sollozos. Lo tenía ya casi encima, y de pronto fui consciente de nuevo de lo enorme y poderoso que era. Sus garras medio extendidas, los

colmillos amenazantes, la cola, la musculatura de hierro cincelando su cuerpo…

Sus dedos se deslizaron bajo mi barbilla y me levantó el rostro para mirarme a los ojos.

—¿Qué va a ser, Callie? Tú decides cómo quieres que ocurran las cosas entre nosotros a partir de este instante. Pero no podrás impedirlas.

Tiré y me liberé de sus dedos. Solté de golpe el aire que estaban reteniendo mis pulmones. Mis ojos se desviaron a sus manos enormes, llenas de cicatrices y de callos. Unas manos con las que podría estrangularme sin dificultad, o golpearme una y otra vez y causarme una conmoción cerebral.

Y eso no era todo.

Si me oponía y esa bestia me violaba, ni siquiera sería capaz de predecir los estragos que causaría en mi cuerpo. Puede que estuviera resuelta a pelear, pero, por encima de todo, quería sobrevivir. Por mucho que me repugnara, por más que lo detestara con todas mis fuerzas, era preferible que me poseyera a que me matara.

Porque yo quería volver a ver a Daryos. Verme reflejada en sus hermosos ojos de distinto color, sentir sus brazos a mi alrededor y su calidez embriagándome. Quería escuchar su voz y que su risa me hiciera cosquillas en la piel. Quería llamarle todas esas cosas tremendas que siempre le soltaba, y que él me mirara rebosante de amor y con esa sonrisa por la que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa. Necesitaba volver junto a mi barog algún día.

Y si este era el precio que debía pagar, lo aguantaría. Era el precio más alto, pero no me quedaba otra opción. Había soportado muchas cosas y salido adelante. Esta vez, también lo lograría.

Así que asentí. Alcé el rostro y lo miré a los ojos.

—De acuerdo, monstruo. Tú ganas, por ahora. Acabemos con esto.

Él enarcó la ceja partida por la cicatriz que le llegaba hasta el pómulo.

—¿Acabar? Esto no ha hecho más que empezar.

Y se abalanzó sobre mí.

32 ¡sin piedad!
tina

Según Axeh, había solo siete, uno menos que nuestros barogs. Pero a mí me daba la sensación de que estaban por todas partes. Emergieron de los pantanos y se abalanzaron sobre nosotros en cuestión de segundos. Ese era su medio natural y lo dominaban a la perfección.

Los barogs perdidos eran tan terroríficos como nuestros amigos, pero los otros, esos de ojos brillantes y vacíos, transmitían algo espantoso que me encogía el corazón. Eran bestias que no tenían nada de humanas.

—¡¡A tu espalda, D!! —gritó Axeh, asestando un golpe con la empuñadura del machete en la cabeza de uno de esos desgraciados para que lo soltara.

Daryos se giró en redondo y encaró al barog que avanzaba hacia él con muy malas pulgas. Sus machetes chocaron con estruendo a la altura del pecho. En cuanto se separaron, el príncipe alzó el brazo izquierdo y le asestó un golpe de garras en un lado del cuello, abriéndole la carne. El barog se llevó la mano a la herida, que manaba sangre copiosamente entre sus dedos, y se tambaleó, pero volvió al ataque.

—¡Cuidado, Lansh! —La voz de Xioh se elevó por encima del barullo.

—¡Mío! ¡Yo me encargo de ese! —gritó Ciench detrás de él.

Atravesó al hermano perdido de una estocada en el abdomen y lo remató con un zarpazo en el pecho, tan profundo que, cuando el monstruo se desplomó, tuvo que presionar con el pie para poder extraer las garras de su cuerpo.

—¡Eso ha estado bien, Ciench! ¡Te debo una! —dijo Lansh sonriendo, justo antes de lanzarse a la carrera como un león y abalanzarse contra dos de esos mestizos que acorralaban a Xerx.

—¡Ha sido un placer rubiales! —respondió Ciench—. ¡Eh, Toruch! ¡Hay uno arriba!

—¿Dónde? —Toruch alzó la vista con el tiempo justo para ver a un barog saltar desde un árbol hacia él—. ¡Mierda!

Levantó la lanza con un movimiento rápido y lo ensartó como un pincho de ternera. Cuando cayeron juntos al barro, a escasos centímetros de nosotras, nos salpicaron desde el pelo hasta los pies. El suelo tembló con el impacto.

—¡Hay otro en las ramas! —gritó Xerx, desgarrándole la garganta a su oponente, que había sido duro de pelar. De un golpe de cola, lo devolvió al pantano.

—¿De dónde demonios ha salido ese? —dijo Daryos, mirando al que colgaba del árbol, que parecía estar valorando sobre quién abalanzarse.

—¡Yo me encargo, D! —se ofreció Axeh, encaramándose de un par de zancadas al tronco contiguo e iniciando una lucha terrible allá arriba.

Las ramas se doblaban a su paso y los árboles crujían bajo sus enormes pies.

Alcé la vista en el momento en que el tronco se resquebrajaba, incapaz de soportar el peso de los dos barogs que combatían sobre él. Axeh y el otro cayeron al pantano, lanzando lodo a diestro y siniestro, y sumergiéndose enseguida como si fuesen pesos muertos.

—¡No! —gritó Emi a mi lado, que había sido testigo de lo mismo que yo. Trató de levantarse, pero la agarré de la cintura para impedírselo.

—No te muevas, Emi. Están por todas partes —la advertí.

—¡Axeh ha caído al agua! —gritó de nuevo, con el rostro demudado.

—No puedes ayudarlo. Lo mejor es que te quedes aquí quieta y no le añadas preocupaciones. Tu barog sabe cuidarse solito.

Contuvimos el aliento durante uno, dos, tres, cuatro… segundos, hasta que al fin la melena del rubiales asomó a la superficie, pegoteada de barro. El lodo lo cubría por completo, desdibujando sus facciones, entre las que destacaban sus ojos verde menta, brillantes y feroces.

Mientras las peleas salvajes continuaban alrededor de nosotras, busqué a Cyrus con la mirada. Él y su hermano luchaban contra uno de esos mestizos, que empuñaba una lanza larga y llena de pinchos mortíferos. La balanceaba con destreza, una y otra vez, lanzándola en horizontal hacia la cabeza de uno u otro.

El rey se agachó para esquivar la última acometida, lo rodeó hábilmente y, acto seguido, le propinó un golpe de sus afiladas garras en el gemelo y otro en el talón. Aquella bestia cayó de rodillas sobre un charco de agua estancada y el príncipe le asestó el golpe de gracia, hundiéndole el machete en el cráneo sin piedad.

Tuve que desviar la mirada para no vomitar. Por suerte, Emi no lo vio. Se encogía a mi lado, chillando cada vez que Axeh desaparecía de nuevo bajo el agua.

La sangre teñía el barro por todas partes y formaba riachuelos que las ciénagas engullían rápidamente. Los barogs estaban manchados de sangre propia y del enemigo. Ni siquiera éramos capaces de distinguir sus heridas bajo aquella capa de restos y suciedad.

Enzo, Bazzeila y Benju se mantenían cerca de nosotras en todo momento para protegernos, repartiendo zarpazos y dentelladas a diestro y siniestro, y apoyando a los barogs como refuerzo cuando así lo requerían.

Los nuestros se habían cargado ya a la mitad de los hermanos perdidos y tenían la situación bastante controlada cuando, de pronto, irrumpieron tres más. Surgieron de uno de los pantanos entre rugidos de guerra y con las lanzas en lo alto.

Uno de ellos cargó contra Cyrus y se enzarzaron en un enfrentamiento demoledor. Las garras volaban por todas partes, cortando, clavando, desgarrando. No podía apartar la mirada mientras mi rey peleaba con ferocidad contra una bestia tan grande como él, que le infligía una herida tras otra.

Cyrus redobló el ataque, lanzando estocadas furibundas y ganando terreno. Logró arrinconar a ese monstruo en la orilla del pantano para asestarle el golpe definitivo.

Entonces, el barog enemigo lo agarró de la cintura con fuerza y saltó al agua, arrastrando al rey consigo. Sus cuerpos chocaron con

la superficie de la ciénaga como si fuera cemento endurecido.

Me puse en pie por la conmoción, gritando como loca. Jenny y Emi tiraban de mis brazos para que volviera a sentarme, pero, al igual que mi amiga poco antes, yo necesitaba ver lo que estaba ocurriendo.

Busqué con la mirada entre todos nuestros barogs. Alguno de ellos tendría que acudir en su ayuda.

—¡Daryos! —grité, en cuanto vi que acababa de arrancarle la cabeza a su contrincante y se giraba buscando al siguiente al que destripar—. ¡Tu hermano! —Señalé el pantano en el que había caído.

Como si me hubieran oído, Cyrus y el barog enemigo asomaron la cabeza. Forcejeaban e intentaban ahogarse el uno al otro como dos titanes encolerizados. El agua y el lodo se sacudían a su alrededor, formando un oleaje nauseabundo.

El príncipe asintió. De un veloz latigazo de cola, tumbó a uno de los mestizos que acababa de cruzarse en su camino mientras Xerx se abalanzaba sobre otro y lo quitaba de en medio.

Entonces, Daryos agarró del suelo una lanza y se la clavó en el vientre a ese monstruo. Con un movimiento rápido, lo destripó de arriba abajo. Emi, que miraba en la misma dirección que yo, empezó a vomitar.

Sangre, vómito, fango… Aquello era una maldita pesadilla. Me mareé un poco, y eso que mi estómago era fuerte. Pero esa mezcla, aderezada con miedo, nervios e incertidumbre, superaba a cualquiera.

Cyrus seguía en ese cuerpo a cuerpo infernal, metido en el pantano; su hermano corría hacia él con las garras extendidas, lanza en mano; y los demás cortaban y masacraban mientras recibían golpes por todas partes.

—¿Saldremos de esta, Tina? —preguntó Jenny con un hilo de voz y pánico en los ojos, mientras le sujetaba el pelo a la pobre Emi, que no dejaba de vomitar.

Por primera vez en mi vida, me quedé sin palabras. Quería decirles que todo saldría bien, que nuestros barogs eran mucho más fuertes que sus enemigos y los aniquilarían, que encontraríamos a

Callie y la rescataríamos, que, milagrosamente, ella estaría bien… Sin embargo, no logré articular ni un mísero sonido.

Así que me limité a asentir.

Sin vacilar un instante, Daryos se lanzó al pantano a ayudar a su hermano. En cuanto los vi a ambos destrozando a esa bestia inmunda, respiré tranquila.

Axeh y Lansh estaban atacando a otro, uno por cada lado, hasta que, entre los dos, lograron reducirlo y dejarlo fuera de combate. Las garras de Axeh atravesaron la espalda y salieron por el pecho, mientras que las de su hermano lo hacían en sentido contrario.

Xioh, con ayuda de Enzo, acababa de abrir en canal a otro perdido, que boqueó sangre hasta morir. El espectáculo era terrorífico.

El rostro de Lansh, habitualmente risueño y apacible, se torció en una mueca salvaje tras arrancarle el corazón a un mestizo. La sangre le chorreaba por las garras y descendía por el antebrazo hasta el codo.

Ciench y Toruch giraban, saltaban, lanzaban las zarpas y golpeaban sin detenerse un segundo, con la piel salpicada de barro y sangre. Sus rostros eran apenas reconocibles, desfigurados por su ferocidad y los restos de sus enemigos.

Xerx tenía un corte profundo en el muslo que goteaba sangre hasta el tobillo y, de ahí, dejaba huellas sanguinolentas en el lodo. Pero eso no lo detuvo lo más mínimo. Se agarró a una rama, se balanceó para coger impulso y pateó la espalda del hermano perdido que tenía más cerca. En cuanto lo lanzó de bruces contra el barro, saltó sobre su espalda, agarró el cuchillo de hierro y mango de hueso, y se lo hundió en los riñones varias veces, muy deprisa.

El grito de Jenny me hizo girar la cabeza. Uno de esos monstruos, aprovechando que dos de los felinos habían ido a apoyar a Ciench y Toruch, había agarrado a mi amiga del pie. Antes de que pudiéramos reaccionar, ya la estaba arrastrando por el barro en dirección al pantano. Emi, Bazzeila y yo galopamos hacia allí. ¡Teníamos que liberarla!

Jenny estaba medio sumergida en la ciénaga. Intentaba agarrarse a la orilla, pero sus dedos resbalaban en el fango y se le

hundían las uñas. No había nada a lo que pudiera aferrarse. Si no llegábamos pronto hasta ella, en cuestión de segundos desaparecería bajo la superficie… o algo mucho peor.

Sacó una pierna del agua y logró asestarle una patada en la cara al perdido que seguía tirando de ella. Este no tardó ni un segundo en agarrársela e inmovilizarla.

De un salto, Bazzeila se plantó en la orilla y su rugido hizo temblar los cimientos de Nemea. Uno de sus zarpazos alcanzó al monstruo de lleno en el hombro, abriéndoselo de punta a punta. Este soltó un alarido que me perforó los tímpanos y dejó ir a su presa. A buen seguro, acababa de segarle el tendón. El brazo le colgaba casi inservible a un lado del cuerpo.

Aprovechando la única oportunidad que tendríamos de liberar a Jenny, me agaché en el borde, la cogí de las manos y tiré con todas mis fuerzas. El monstruo se lanzó a por nosotras, agitando el agua y el lodo como un maremoto, a punto de embestirnos. Bazzeila levantó la pata y le asestó otro zarpazo, esta vez acertando en el torso.

Pero no fue suficiente para detener su avance.

Yo seguía ayudando a Jenny a salir del agua, pero el barro nos lo estaba poniendo muy difícil. Nuestras manos se resbalaban una y otra vez. La agarraba con fuerza y ella ponía todo su empeño en arrastrarse para trepar por la orilla, pero era inútil: no lo conseguía.

La manaza del perdido le rozó el hombro, dispuesto a capturarla de nuevo. Estuvo a punto, pero, en el último momento, tuvo que esquivar las fauces de Bazzeila, que se cerraron a un centímetro de su cara.

Entonces, un barog enorme cayó sobre él desde el cielo y le abrió el cráneo por la mitad con su machete.

Axeh.

Emi apareció a mi lado, blanca como el papel, y me ayudó a sacar a Jenny del pantano. La cogimos cada una por un brazo y, al fin, lo logramos. Una vez fuera, Bazzeila nos empujó con el morro para que retrocediéramos hasta un árbol de tronco negro y retorcido. Al menos, nos brindaba un poco de cobijo.

Enzo se nos unió enseguida mientras Benju ayudaba a Xioh, embistiendo contra el perdido que estaba encima del sanador, intentando atravesarlo con su machete. En cuanto Benju lo apartó, Ciench y Toruch se abalanzaron sobre él y lo destriparon entre los dos, alternando los golpes de sus garras.

Daryos y Cyrus masacraron a otros dos con los que llevaban un buen rato peleando. Xerx decapitó a uno más y Lansh a otro. El salvajismo de la escena no tenía límites. Ni siquiera sabían cuántos hermanos perdidos habían acabado apareciendo, pero sí que los habían aniquilado a todos.

Y así, finalmente, la ciénaga se quedó en silencio.

Nuestros amigos se mantuvieron inmóviles y alertas en el sitio, escudriñando con sus hermosas miradas cualquier rincón, árbol, sombra o pantano al alcance de la vista.

Tuve la sensación de que todos conteníamos el aliento. Incluso la brisa del cenagal se había detenido. No soplaba ni una brizna de viento. El único sonido era el chapoteo lejano de algún animal, las respiraciones entrecortadas de los barogs, exhaustos por la batalla que acababan de librar, y los últimos estertores de los perdidos moribundos.

El olor a sangre y vísceras, todo ello aderezado con el barro y el sudor, me revolvió el estómago. Era nauseabundo. Emi no había vuelto a vomitar, aunque su expresión daba fe de que seguía mareada.

Jenny estaba tumbada con la cabeza en mi regazo, con los ojos muy abiertos y asustados, observándolo todo con detenimiento. Lo que le había ocurrido podría haber tenido un desenlace fatal. Por suerte, había acabado bien.

—Ya ha terminado. Hemos vencido —proclamó Cyrus tras unos segundos, relajando los hombros y la mandíbula.

Mi rey tenía un corte en la mejilla y tajos profundos por todo el cuerpo. Cuando empezó a caminar hacia nosotras, suspiré aliviada. No parecían lesiones graves.

Todos y cada uno de los barogs habían sufrido heridas. En la cara, en el muslo, en los brazos, en el torso… Algunos de ellos

cojeaban o se frotaban una zona de su inmenso cuerpo, calibrando el alcance de los daños.

—¿Estás bien, mi reina? —dijo Cyrus a unos pocos pasos de mí. Acariciaba con una manaza el lomo de su pantera, ahora en calma. Entonces, añadió—: ¿Estáis todas bien?

Las tres asentimos.

—Buena chica —le susurró a Bazzeila—. Te has portado bien, como siempre. Nunca me fallas.

La gata enorme ronroneó.

Axeh se agachó junto a Emi, y Xerx ocupó mi lugar con Jenny. Empezó a acariciarle el brazo y el cabello con sumo cuidado para tranquilizarla.

Cuando fuimos realmente conscientes de que la amenaza había pasado, Xioh ordenó a todo el mundo que se lavara. Encontraron una charca de agua más o menos limpia, y uno a uno pasamos todos por ahí.

Sin las manchas de sangre y lodo, las heridas en los formidables cuerpos de los ocho barogs se distinguían con total claridad. Algunas eran bastante feas, así que arrastré a mis amigas a unos cuantos metros para alejarnos y que no las vieran.

El aspecto de Emi era deplorable y no quería que volviera a vomitar. Tenía miedo de que acabara deshidratándose. Les ordené que se sentaran de espaldas a los Barogs, y les acerqué la cantimplora y un par de bayas. Comieron y bebieron sin rechistar. Jenny aún estaba temblando.

Sin embargo, pasados unos minutos, Emi, ya casi restablecida, se levantó y le ofreció a Xioh su ayuda, tal como había hecho en otra ocasión. Este aceptó de buen grado. Pese a que nuestra amiga seguía estando un poco pálida y le pedimos que volviera con nosotras, hizo caso omiso y se puso bajo las órdenes del sanador. Este echó mano de su zurrón y sacó lo necesario para desinfectar los cortes y suturarlos.

Nadie quería demorarse demasiado, pero no iríamos muy lejos si se les infectaba la carne. A algunos les habían hecho verdaderos desastres.

—Xioh desinfectará y coserá las heridas, con la ayuda de Emi. Y os lo advierto, no quiero protestas.

—De acuerdo, C —dijo Lansh. Todos asintieron.

—Según nuestros cálculos, esta noche deberíamos llegar al asentamiento de los perdidos, ¿no es así, chicos? —dijo mirando a Axeh y Xerx. Este se encontraba en estos momentos en manos de su hermano, que intentaba juntar los bordes de una herida larga y profunda.

Los que estaban más inquietos eran Daryos y Ciench. Hablaban en voz baja y se dieron un fuerte abrazo, imagino que para infundirse ánimos mutuamente. Esas últimas horas hasta que alcanzáramos nuestro destino serían agónicas para ellos.

—Ya estamos cerca, C. Puede que en unas cuatro horas nos apostemos a sus puertas —dijo Axeh, masajeándose el abdomen amoratado. Lo habían golpeado con saña.

El príncipe se acercó al sanador. Tenía el pómulo abierto y tajos en el brazo y la pantorrilla, con un trozo de carne casi colgando. Por un momento, pensé que yo también acabaría vomitando.

—Recordad que de aquí a que lleguemos, podemos toparnos con más partidas de caza de hermanos perdidos. No debemos bajar la guardia —dijo Daryos.

Aunque su expresión era seria, agradeció a Xioh sus cuidados. Pese a todo lo que estaba sufriendo, nunca dejaba de ser amable con los demás. Era un buen barog, uno de los mejores. No me cabía la menor duda.

—Y no solo a la ida… —murmuró Xerx, revisando el cosido que su hermano le había hecho en la piel. Donde minutos antes había un amasijo sanguinolento, ahora se dibujaba una línea que zigzagueaba un poco, pero limpia y cerrada.

El sanador, sin duda, era un maestro.

—Así es. Suponiendo que el rescate vaya a la perfección —dijo el rey mirando a su hermano de reojo—, tendremos que salir de allí cagando leches. No debemos olvidar que quizás nos detecten y nos sigan a través de los pantanos. Eso nos obligaría a huir mientras ellos nos pisan los talones.

—Y no solo eso, C. No sabemos… —Daryos se interrumpió un instante, como si de pronto se le hubiera cerrado la garganta. Entonces, prosiguió—: No sabemos cuántas mujeres hay ahí con Callie y Susi, a cuántas rescataremos y nos llevaremos con nosotros. Estarán asustadas y puede que también heridas. No tenemos ni idea de las condiciones en las que se encuentran. Atravesar los pantanos de regreso con ellas no será sencillo.

Se calló de nuevo y se masajeó el pecho por encima del corazón, un gesto que solía hacer a menudo últimamente.

—Las sacaremos a todas de ahí, hermano. Los leones y Bazzeila cargarán a las que estén peor. Y cada uno de nosotros puede también llevar a una descendiente. Lo conseguiremos —dijo el rey con ese brillo de determinación feroz que tanto me gustaba.

—Entraremos ahí de noche, sigilosos, y ni se enterarán —propuso Axeh con una sonrisa. A ese barog le encantaban los retos, incluso los más complicados y peligrosos.

—Para cuando se den cuenta de que nos las hemos llevado, ya estaremos bien lejos de aquí —comentó Xerx. El naranja resplandeció en sus impactantes iris. Los ojos de su hermano, el sanador, brillaban de un modo similar.

Todos asintieron entre murmullos de aprobación.

—Entonces, en marcha, amigos míos. Comeremos por el camino y ya no nos detendremos hasta llegar, salvo que sea imprescindible. Emi, Jenny y Tina, vosotras iréis a lomos de los felinos durante el trayecto que nos queda por recorrer. —Asentimos. Ninguna de nosotras iba a poner problemas ni a intentar rebatírselo—. Y ahora, mientras caminamos, vamos a idear un plan infalible. D, cuéntales a los demás lo que tienes en mente.

Daryos esbozó una sonrisa cansada.

—Pues veréis, Axeh y yo hemos pensado que…

El príncipe empezó a hablar mientras yo montaba a lomos de la pantera y mis amigas, de los leones, como si fuésemos ya unas expertas amazonas… o casi.

Y así, con las heridas ya remendadas, reemprendimos la marcha mientras escuchábamos a los barogs exponer y debatir un complicado plan.

Solo los dioses sabían si saldríamos de los pantanos con vida.



33 ¡ESTÁN POR TODAS PARTES!
CALLIE

—Si prefieres mi otra forma, solo tienes que pedírmelo, Callie. No me importa transformarme, si eso te hace las cosas más fáciles… al principio —dijo volviendo a besarme, devorando mi lengua con la suya.

—Tu aspecto humano, por muy apuesto que sea, no puede enmascarar al monstruo que llevas dentro. A ese no puedes ocultarlo, no importa la versión externa que me muestres.

Su carcajada resonó sobre mi boca. Me rodeó la base del cuello con los dedos y me acarició el hueco con el pulgar.

—Entonces, hoy te poseeré como barog. A fin de cuentas, es mi forma primigenia. ¿Sabes? Eres la primera que no acepta mi ofrecimiento de transformarme, y eso que llevas solo unas pocas semanas acostumbrándote a nosotros, mientras que ellas llevaban al menos dos siglos follando con barogs. Y por eso me gustas tanto. No te acobardas ante nada.

—Te aseguro que estoy aterrorizada.

Me rodeó la cintura con el brazo y presionó su cuerpo contra el mío para dejar todavía más claras sus intenciones. Hice esfuerzos para no vomitarle encima cuando sentí su erección entre nosotros.

Entonces, me soltó y me empujó hacia la cama. Caí sobre el mullido colchón y contemplé con horror cómo se cernía sobre mí. En cuanto lo tuve encima, supe que estaba muy equivocada. No lo soportaría. No sobreviviría. Aquello me destruiría por completo y se cargaría cualquier posibilidad de estar con Daryos en el futuro. Me cambiaría para siempre. Nunca sería capaz de olvidar lo que estaba a punto de pasar entre esa bestia de los pantanos y yo.

Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas, y por mucho que intenté controlarlas, fue imposible. Todo mi cuerpo temblaba y mi respiración era sonora y entrecortada. No de excitación, sino de miedo visceral. El peso de su enorme cuerpo encima de mí, su olor,

el roce de sus dedos en mi cuello… Lo odiaba. Todo. Y me odiaba a mí misma por tener que soportarlo.

«Quizá sería mejor morir ahora para no pasar por esto. Pero entonces no volvería a ver a Daryos…».

Su cola sinuosa trepó por mi cuerpo y se me enroscó en el cuello. Cuando apretó ligeramente, sentí pavor. Hubiera gritado si su boca no estuviera sobre la mía. Empezó a subirme el vestido, descubriendo mis muslos, despacio, y luego mi intimidad. Quería chillar hasta quedarme afónica. Patearlo hasta que me soltara. Clavarle las uñas en los ojos y salir corriendo de esa maldita choza que se estrechaba a mi alrededor, asfixiándome.

Se irguió de rodillas entre mis muslos, con la vista fija en mi desnudez. Ladeé la cara y presioné la mejilla contra el colchón mientras apretaba los párpados y mis dedos se cerraban con fuerza sobre la colcha.

—Joder. Me estremezco con solo pensar que todo esto ahora es mío —murmuró con voz ronca.

Aborrecí sus palabras, una a una. Y eso fue suficiente para apartar el terror y la vergüenza, y dejar espacio a la rabia y la ira.

—No te confundas, barog. Puede que vayas a poseerme por la fuerza. Pero este cuerpo jamás será tuyo. Es imposible, porque es de otro barog. Mi *hoa uhane*. Y eso no lo podrás cambiar nunca, por muchas veces que me violes.

«¿Te cabrean mis palabras, hijo de puta? Pues te jodes».

—No voy a violarte, Callie. Has accedido a esto, ¿recuerdas? Solo voy a follarte.

—Claro, hombre, porque no me has coaccionado nada.

—La manera la he dejado a tu elección.

Aún de rodillas entre mis piernas y claramente salivando, se quitó el taparrabos, liberando su polla enorme frente a mí.

Enarcó una ceja y se rio. Jamás me había sentido tan humillada. De pronto, comprendí que nadie iba a aparecer en el último segundo para salvarme. Los dioses del manantial no intercederían por mí ni Daryos irrumpiría en ese mismo instante para arrancarle la cabeza con un golpe de garra y cortarle los huevos. Susi y las demás estaban encerradas en la celda, al igual que Lorna. Nadie podía

hacer nada por mí. Me di cuenta de que, hasta ese mismo instante, todavía había albergado esperanzas.

Se habían esfumado por completo. Nunca me había sentido tan sola.

Supongo que él percibió ese momento exacto en que la cruda realidad me golpeaba. No, ¡me noqueaba! El muy cabrón sonrió mientras yo me hundía en las profundidades de ese infierno de dolor y desesperación.

Apoyó la palma de la mano en mi vientre durante unos segundos y me rozó más abajo, despacio. Apreté los dientes mientras él gemía.

Con un movimiento rápido, me dio la vuelta y me puso a cuatro patas ante él. Sus dedos se deslizaron por mi trasero hacia mi cintura y siguió subiéndome el vestido hasta que descubrió la marca de nacimiento. Noté cómo se estremecía a mi espalda y ronroneaba mientras sus dedos recorrían la media espiral.

—Has sido mi mayor golpe de suerte en muchísimo tiempo, Callie. La descendiente de la profecía, aquí mismo, como la mejor de las ofrendas. Un regalo de los dioses que, sin duda, me merezco. Y te aseguro que nada va a impedirme que lo disfrute.

Temblé de la cabeza a los pies.

Su cola tiró de mi cuello y me obligó a arquear un poco la espalda. Me agarró de las caderas y me atrajo hacia las suyas. Sentí su miembro empalmado contra mi entrada, abriendo mis pliegues, a punto de embestirme.

Recé con todas mis fuerzas.

Lloré como nunca había llorado.

Aguardé la primera arremetida, con el estómago revuelto y las costillas oprimiéndome los pulmones, con la imagen de Daryos clavada en mi mente.

No sobreviviría a aquello. Desaparecería para siempre en un mar de vergüenza, tristeza y autocompasión. Al menos, en la cacería había podido hacer algo. Había corrido, lanzándome por una pendiente. Había ayudado a Jenny. Había…

Algo sacudió el suelo y la choza entera crujió. Gritos lejanos llegaron hasta mis oídos, seguidos de otro temblor.

Ux se detuvo a mis espaldas y el agarre de su cola se aflojó en torno a mi cuello y me soltó. Sentí el vaivén en el jergón cuando se levantó. Aproveché para darme la vuelta, tirar del vestido para cubrirme y enjugarme las lágrimas. Me arrastré a un lado, bajé de la cama y me puse en pie, aguzando el oído y conteniendo el aliento.

Los gritos se multiplicaban por momentos y parecían provenir de varias direcciones. El suelo retumbaba como si una estampida de elefantes estuviera a punto de arrasar los pantanos y la aldea con ellos. Ux permanecía inmóvil, con los ojos entornados. Su cuerpo se tensó de pronto y apretó los puños a ambos lados. En cuestión de segundos, tenía el taparrabos puesto y me agarraba del brazo, conduciéndome hacia la puerta.

—Vamos, Callie. Te llevaré con las otras mujeres. Aguardad ahí hasta que el peligro haya pasado.

En cuanto salí, me di cuenta de que el anochecer se nos echaba encima. Ni siquiera era consciente de que había pasado tanto tiempo.

—¿Qué demonios ocurre?

Ux corría por el sendero tirando de mí para que no me rezagara. Las piedrecitas que flanqueaban el camino ahora brillaban. No es que ese detalle me importara lo más mínimo, teniendo en cuenta la situación que acababa de soportar y lo que fuera que estaba sucediendo en la aldea. Pero es que tenía la vista fija en el suelo para evitar que mis pies tropezaran. La velocidad que imprimía ese barog a nuestra carrera no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Además, el muslo todavía me daba algunos problemas y cojeaba ligeramente, aunque cada vez menos.

A medida que nos acercábamos a las chozas, empezamos a distinguir otros sonidos, además de los gritos. Parecía que Lorish vociferaba órdenes a diestro y siniestro, mezcladas con terribles golpes y sacudidas.

Serpenteamos entre las viviendas hasta llegar a la celda de las mujeres. El vigilante apostado allí intercambió una mirada con Ux cargada de temor y abrió la reja.

—Ve al fondo de la celda y no hagas ningún ruido. Díselo a las otras mujeres. Que ninguna se mueva.

—De acuerdo —dije dando un paso para entrar.

Pero él volvió a agarrarme del brazo y tiró de mí hacia su cuerpo.

—Lo digo muy en serio. No hagáis el más mínimo movimiento y manteneos en silencio. Corremos un gran peligro, Callie. No quiero que te ocurra nada.

«Claro, ¡porque te importo tanto, cabrón de mierda!». Debo reconocer que me sorprendió la preocupación que asomó en su rostro. Por un instante, me pareció… sincera.

—¿Vas a decirme lo que ocurre?

Me miró un segundo a los ojos. Algo retumbaba en el suelo en algún punto de la aldea y lo sentíamos bajo nuestros pies como un terremoto. Era como si estuviésemos encima de una maldita estación de metro en hora punta.

—Pulpos.

Abrí los ojos como platos. Una sonrisa arrogante se dibujó en su boca.

—¿Pulpos gigantes?

—¿Los hay de otro tipo? No sufras por mí. No es la primera vez que uno de sus grupos entra aquí. Suelen ser bastante solitarios, pero en los pantanos es habitual que unan fuerzas para atacar un objetivo común.

—Estoy alucinando…

No solo porque parecía que esos monstruos de los que Lansh me había hablado eran reales, sino porque habían irrumpido en la aldea en el momento justo para evitar que Ux me poseyera.

«Si esto no es una maldita señal de los dioses…». Primero, el parto prematuro de Sylvia. Ahora, los pulpos. ¿Qué sería lo siguiente?

—Ve dentro. No te preocupes, mañana continuaremos lo que hemos empezado. ¿No dicen en tu querida Tierra que a la tercera va la vencida?

Dio media vuelta y se marchó corriendo en dirección a la plaza central. El barog vigilante me empujó al interior y cerró la puerta con la llave tras de mí. Las mujeres estaban apelotonadas al fondo, tal como Ux había sugerido, acurrucadas unas con otras. En medio de todas ellas se encontraba Sylvia con el bebé en brazos.

Me negaba a unirme a ellas. No hasta que pudiera ver con mis propios ojos uno de esos pulpos. Me acerqué a los barrotes y barrí con la vista todo lo que se extendía ante mí. Chozas, senderos embarrados, barogs corriendo como locos de un lado a otro, inferiores agarrando hachas y lanzas… La voz gutural de Lorish fue sustituida por la de Ux en cuanto se unió a ellos. Empezó a dar indicaciones entre un estruendo cada vez más estridente.

Chillidos espeluznantes llenaron la atmósfera del anochecer. Me tapé los oídos para amortiguar el sonido procedente de esas criaturas de leyenda.

Y entonces lo vi.

De pronto, por encima de una de las construcciones, se alzó un tentáculo verdoso, largo y grueso, lleno de ventosas enormes y acabado en una especie de pezuña rígida. Ondeó a varios metros por encima del tejado de la choza, iluminado por la leve luz de las antorchas de la aldea, y se desplomó sobre este, hundiendo la mitad de la techumbre.

—¡Eh, ve hacia el fondo! ¿No has oído al jefe? —me gritó el vigilante acercándose a mí desde el otro lado de la puerta.

Una explosión de gritos y temblores lo espoleó a apresurarse hacia la plaza. Otro tentáculo asomó por una esquina, y retrocedí un par de pasos, rezando para que no llegara hasta nuestra celda. En cuestión de segundos, se enroscó en el torso del vigilante, lo alzó por los aires y lo golpeó contra el suelo con fuerza. Después, lo arrastró por el fango y desapareció de mi vista.

—Joder…

Por si aquello no fuera suficiente, truenos apocalípticos rompieron la calma de los cielos, mimetizándose con el caos que reinaba en la tierra. Los nubarrones oscurecieron el resplandor verdoso de las dos lunas, que ya se asomaban tímidamente en el cielo, y una leve llovizna empezó a empaparlo todo. Un relámpago restalló con fuerza, iluminando otros dos tentáculos en la lejanía.

—Mierda, solo nos faltaba la tormenta —murmuré.

—El ataque puede durar horas —dijo Susi a mi lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí.

—¿Esto ocurre muy a menudo?

—Un par de veces al año.

—¡¿En serio?! Pues es terrorífico de cojones. Aunque tengo que confesar que les estoy muy agradecida a esos pulpos.

Susi y yo nos miramos.

—¿Estás bien? —me preguntó ella.

Negué con la cabeza mientras apretaba la mandíbula.

—Si esas criaturas no hubieran entrado en la aldea… —Volví a mirar al frente para que no viera mis lágrimas.

—Entonces, has ganado un día más.

Asentí, aferrando los barrotes hasta que mis nudillos se pusieron blancos.

—Doy gracias a los dioses del manantial. Quizás, en el fondo, sí que se preocupan un poco por mí y…

Me quedé muda de golpe cuando un grupo de *llitops* apareció en mi campo de visión dando saltitos y enseñando los dientes. Estaban mojados e incluso más despeinados que de costumbre. Juraría que eran los mismos a los que había salvado. En cuanto vi al más grande y redondito, lo confirmé. Se me puso la piel de gallina. ¿Qué narices hacían ahí?

—Largaos de aquí o esos pulpos malvados os zamparán de un bocado —dije señalando hacia lo lejos. Me miraron con esos ojos que parecían *kawaii* y no me hicieron ni puto caso.

Resoplé. Estaba a punto de llamar a Artia para que los espantara. Solo me faltaba que ese día de mierda acabara con esos animalillos monísimos devorados por pulpos horripilantes.

Naranjito clavó la mirada en mí, se giró hacia los tentáculos que aparecían intermitentemente sobre las chozas, y volvió a mirarme.

—Ese está tratando de decirte algo —dijo Susi, concentrada tanto como yo en entender lo que estaba sucediendo.

—Claro, porque eso es totalmente normal. ¿Por qué narices han vuelto si…?

Los *llitops* saltaron contra la reja y abrieron la boca para aferrarse. Cada uno cerró sus fauces, afiladas como agujas, en torno a un barrote.

Susi y yo dimos un salto hacia atrás. Un sonido estridente, enmascarado por los truenos, los gritos y los golpes que se sucedían

en la aldea, me puso la carne de gallina.

—¿Qué pretenden? ¿Entrar y devorarnos? —dijo Susi.

Artia se acercó despacio a nosotras con la vista plateada clavada en los *llitops,* que seguían mordiendo los barrotes como posesos.

—Están serrando los barrotes —murmuré sin comprender.

La marca de nacimiento empezó a hormiguearme y me la rasqué por encima del vestido sin prestarle demasiada atención.

Avancé de nuevo hacia ellos. Artia lo hizo a mi lado.

—¡No te acerques, Callie! Tenemos que pensar cómo defendernos cuando entren —dijo Susi, cagada de miedo detrás de nosotras.

La *aninf* y yo intercambiamos una mirada.

—A ver, voy a decir una tontería, pero seguidme la corriente un ratito, ¿de acuerdo?

Susi asintió. Artia se limitó a mirarme. Vale, la expresividad no era su fuerte, pero era… maja. Debía de estar loca por confiar en una de las de su especie, cuando otra me había tirado por un barranco y casi me mata. Pero la vida es así, ¿no? Igual que la maldad de un solo humano o barog no convertía a la especie entera en malvada, una *aninf* chiflada no significaba que todas lo estuvieran. El razonamiento no era muy sólido, tratándose de una especie alienígena, pero, oye, había decidido confiar en ella hasta que me demostrara lo contrario.

—Esos *llitops* están serrando los barrotes con los dientes.

—Eso es una obviedad, Callie. Tenemos un problema y…

—¿Y si no lo están haciendo para entrar, sino para sacarnos de aquí?

Mi marca de la espiral volvió a picarme. Miré directamente al *llitop* jefecillo a los ojos.

«Me he vuelto loca de remate. Lansh se va a descojonar de mí cuando se entere de que un *llitop* me ha devorado una mano por gilipollas».

—¿Queréis romper los barrotes para sacarnos de aquí? —dije sin apartar la mirada de sus ojos redondos, acompañando mis palabras de gestos.

«A ver si ahora te crees que hablas *llitopense*».

—Siento ser yo la que te desilusione, pero ese bicho no va a contestarte —dijo Susi.

La marca de mi espalda volvió a escocerme.

—¡Joder! Espera, espera. Creo que me está entendiendo.

—Callie, acabas de pasar por un gran trauma en el que casi te…

—Shhhh. ¡Esto va en serio, Susi! Sé que no tiene ningún sentido, pero algo muy extraño me está ocurriendo. Creo que puedo sentirlos de algún modo.

—Es definitivo: has perdido el juicio. Voy a armar a todas las mujeres con cacerolas, palos o lo que encontremos. No creo que nos sirva de mucho, pero hemos de intentarlo.

La agarré del brazo.

—No te vayas. Confía en mí.

Los *llitops* estaban consiguiendo serrar los barrotes. No habían escogido uno al azar, sino que se habían colocado de tal modo que, si lo lograban, podrían arrancar un cuadrado de la reja lo bastante grande para que nosotras pudiéramos pasar.

—Están todas aterrorizadas, Susi. ¿Qué haremos si esas cosas entran? —dijo Penny, que se había colocado también junto a nosotras y miraba con suspicacia hacia los animalillos.

—Esperad, dejadme hacer una última prueba. Confiad en mí.

—Callie, confiamos en ti. Pero esto es… raro, como mínimo.

Me giré hacia ellas con los brazos en jarras.

—¿A cuántas mujeres aparte de mí conocéis con la marca de la profecía en su piel?

Susi y Penny me miraron como si tuviera monos en la cara.

—A nadie, Callie. Solo a ti.

Asentí con contundencia.

—El anciano ese del templo me dijo que, cuando llegara el momento, tendría que estar preparada para aprovechar el poder que me confería la espiral.

—Callie…

—Shhh. Puede que Ux me golpeara más fuerte de lo que pensaba y se haya cargado la mitad de mis neuronas. O puede que estos *llitops* en concreto, a los que liberé de la jaula, estén aquí para ayudarnos.

Un murmullo general de protesta se elevó a mis espaldas. Cuando me giré a mirar, me sorprendió ver a todas las mujeres en pie y acercándose a nosotras.

«Vale, esto es una puta locura. Pero si tengo razón… Si tengo razón, igual podamos largarnos de este infierno aprovechando el caos que se ha desatado en la aldea».

—Vamos allá —me dije para animarme. Todas se mantuvieron en silencio—. ¿Tenéis algo que ver con los pulpos que corretean por aquí?

La marca me hormigueó de nuevo, y yo di un saltito de alegría.

—Los *llitops* han atraído hasta aquí a los pulpos para crear una distracción y sacarnos de la celda. No me preguntéis cómo lo sé, pero lo sé.

El silencio que siguió fue sepulcral.

—¿Estás segura de eso? —Susi los observaba con recelo.

—Al cien por cien. Bueno…, al noventa y nueve por ciento.

«Tampoco nos vengamos arriba».

Todas se quedaron ahí muy quietas, como si sopesaran si creer aquella locura que acababa de contarles o no.

«Venga, mujeres, estamos en un planeta alienígena al que llegamos a través de un portal. ¿Existe una locura mayor que esa? ¡Todo es posible!».

Artia se aproximó a los barrotes y clavó sus ojos plateados en el *llitop* naranja. Después, regresó a mi lado y su mano buscó la mía. Me estremecí cuando sus dedos de garras afiladas apretaron los míos.

—*Lli-tups* buenos. *Ami-cos* de Callie —soltó.

Y aquellas palabras, pronunciadas con ese extraño acento, me reconfortaron hasta el tuétano.

Siguieron serrando los barrotes, lanzando virutas y astillas por los aires, hasta que lograron partirlos, y uno de ellos arrastró los restos. Un cuadrado casi perfecto se abría en la parte baja de la reja de madera. Cuando los *llitops* pegaron saltitos y se apartaron a un lado para dejarnos salir, ya no nos quedó ninguna duda.

—Vámonos. Ya mismo —les dije, cruzando el agujero. Una vez fuera, me giré a mirarlas.

Los gritos y las órdenes de Ux seguían resonando desde la plaza. La lluvia se había intensificado. Miré hacia las chozas, donde otro tentáculo se elevaba hacia el cielo cargado de tormenta.

—Callie, ahí fuera hay pulpos asesinos.

—¡Es lo que necesitábamos, Susi! Nuestros captores están demasiado ocupados defendiendo la aldea y matándolos como para preocuparse por nosotras.

—Es peligroso, y los pantanos también lo son.

—¡Por supuesto que lo son! Pero lo lograremos. ¡Vamos!

—Llevamos a un bebé y a su madre convaleciente con nosotras. ¿Cómo se supone que atravesaremos todas las ciénagas con ellos? Podemos morir ahí fuera.

Me acerqué a los barrotes y clavé mi mirada en la suya.

—Sé que tienes miedo. —Hubo un murmullo de asentimiento. Ninguna de ellas iba a moverse si ella no lo hacía—. Yo también, Susi. ¡Estoy aterrada! Es comprensible, lleváis diez años aquí encerradas. Arrastraros a todas a los pantanos no es la mejor idea del mundo y puede que tengamos que afrontar peligros horribles. Pero prefiero mil veces enfrentarme a la posibilidad de morir ahí fuera que quedarme y dejar que me golpeen y me violen hasta anularme por completo.

No me pasó por alto la profunda tristeza que anidaba en sus ojos.

—¿Crees que podremos hacerlo?

—No tengo ni puta idea. Pero de una cosa no me cabe duda: esta es la única oportunidad que tendremos de escapar. La única oportunidad que tienes de volver a ver a Cienc h.

Artia cruzó el hueco de la reja y se situó a mi lado. Susi asintió con los ojos anegados en lágrimas.

—Si lo hacemos, tiene que ser ahora. No hay más tiempo. Pronto los perdidos acabarán con los pulpos o los espantarán. Y si nos pillan intentando escapar…

No hizo falta decir nada más. Todas lo comprendieron.

—Coged lo estrictamente necesario. Las antorchas cubiertas, alguna manta para el bebé, comida y bebida —les indicó Susi a las demás.

En pocos segundos, estaban desfilando hacia el exterior.

En cuanto todas estuvieron fuera, los *llitops* se arremolinaron a mi alrededor, empujándome en una dirección.

—Vale, vale. Hacia allí. Pero antes debo ir a buscar a mi amiga.

—¿A la mujer loca?

—Es mi mejor amiga. Pesada como ninguna otra, pero la quiero mucho. ¡Qué le voy a hacer! ¡Seguidme!

La lluvia seguía precipitándose sobre nuestras cabezas, aunque, por suerte, había vuelto a amainar un poco. Dos descendientes portaban una antorcha cada una en un recipiente de metal que las protegía del agua. No tenía ni idea de lo que aguantarían encendidas.

Penny llevaba una mochila con ungüentos, vendas y cosas así, mientras que otras acarreaban fardos con comida y cantimploras de piel. Dos ayudaban a Sylvia, que se estaba recuperando bien, pero la pobre se movía con dificultad. Hacía solo un par de días que Ux le había rajado el vientre. Susi cargaba al bebé envuelto en una colcha ligera para protegerlo de la lluvia. Hacía un calor infernal, así que las mantas las usaríamos para descansar encima, no para taparnos.

Artia y los *llitops* no se despegaban de mí. Los animalillos avanzaban entre mis piernas todo el tiempo con Naranjito a la cabeza, más listo que el hambre. Los truenos y relámpagos se sucedían sin descanso mientras a unos metros de nosotras, tras las chozas, los barogs perdidos seguían inmersos en una salvaje lucha para proteger su territorio contra varios de esos monstruos.

Ascendimos por el sendero hasta la celda donde mantenían encerrada a Lorna. En cuanto me vio, se puso en pie de un salto. Temblaba de pies a cabeza y tenía los ojos desorbitados. Sí que parecía un poco loca… Había una bandeja de madera con restos de comida en una esquina y, a su lado, una jarra con agua. Al menos parecía que la alimentaban bien.

—Nos vamos, McPhee.

—¿Qué son esas sacudidas? ¿Qué está pasando?

—Pulpos gigantes. Han entrado en la aldea.

Negó con la cabeza enérgicamente.

—Pues yo no salgo de aquí. ¿Y eso qué demonios es? ¡Menudos dientes tienen! —Miró a mis nuevos amiguitos con horror.

—Son *llitops*, luego te los presento. Naranjito es su líder. No les mires la boca. Por lo demás, son monísimos. Imagina que son pollitos alienígenas.

—No sé, Callie. Sabes que te quiero mucho, pero, ahora mismo, no sé si me fío demasiado de ti.

—Ten fe, mujer. ¿Cuándo te he fallado yo?

—Pues ahora que lo mencionas…

—Sal de una vez, Lorna. Nos vamos de aquí cagando leches. Y no pienso dejarte atrás con esas bestias. Así que venga, marchando.

No se lo tuve que repetir. Como no teníamos la llave, cogí una piedra y se la di a Artia. La tía era lista, porque captó el mensaje enseguida. Aporreó la cerradura oxidada y, con un poco de ayudita de uno de los *llitops*, al fin logramos abrir la puerta entre varias de nosotras. Tiramos con todas nuestras fuerzas y la cerradura, ya casi partida, al fin cedió.

Lorna y yo nos abrazamos en cuanto estuvo fuera. Nuestras lágrimas se mezclaron mientras me besuqueaba ambas mejillas.

—¡¡Ay mi Callie!!

—Vale, ya está bien, McPhee. Ya me achucharás después, cuando estemos a salvo. ¡Vámonos!

Descendimos el sendero y salimos de la aldea tras los *llitops*, que, junto a Artia, eran los únicos que parecían conocer el camino. Yo no tenía ni puta idea de qué dirección tomar. Recordaba vagamente el mapa de Xerx, pero ahora mismo no me servía de nada. El cielo estaba encapotado, apenas se vislumbraba el resplandor de las lunas y no podía orientarme.

«No te engañes. No habrías sido capaz de orientarte ni aunque hubiera un sol radiante y una flecha apuntando al norte», me dije.

—Lo más importante ahora es alejarnos el máximo posible de la aldea cuanto antes. Hay que caminar un buen rato sin descanso y sin mirar atrás.

Susi y Lorna asintieron a mi lado. Penny, a pocos pasos, también.

—Necesitaremos tu ayuda, Artia. Habrá que cruzar los pantanos y después la selva hasta llegar a casa. ¿Sabes dónde está la aldea

de los barogs? —pregunté esperanzada—. Puede que tengamos suerte y nos encontremos a los nuestros por el camino —murmuré.

La *aninf*, caminando al frente del grupo junto a los *llitops*, se giró a mirarme:

—Artia ayuda. Artia *ami-ca*.

—Sí, Artia. Eres nuestra amiga —le dije sonriendo.

Y así, nos adentramos en los pantanos.

34 ya ESTAMOS CERCA
tina

Hacía un rato que caía una fina llovizna, que era molesta y entorpecía un poco la visión. Por lo menos no era un nuevo diluvio como el de hacía un rato, que nos complicaba mucho el avance.

Jenny, Emi y yo, tal como Cyrus había ordenado, íbamos a lomos de los felinos, que no se quejaban lo más mínimo de tener que cargar con nosotras. Suponía que, acostumbrados a soportar el peso de los barogs, no éramos más que un pequeño estorbo.

Emi seguía muy pálida. La había obligado a beber y comer varias veces, pero no acababa de recuperarse. Y aunque no había vuelto a vomitar, se encontraba débil. De hecho, ninguna de las tres pasaba por su mejor momento.

Pese a que teníamos fuerza de voluntad y seguíamos adelante sin rechistar, no podíamos olvidar que no estábamos acostumbradas a hacer grandes travesías, mucho menos por la selva, con ese calor y en esas pésimas condiciones. ¡Éramos chicas de ciudad!

En pocas semanas, habíamos tenido que aclimatarnos a altitudes desconocidas, temperaturas extremas, alimentos extraños… y monstruos hijos de puta. El esfuerzo que estaban soportando nuestros cuerpos era titánico.

Tanto Cyrus como Xerx y Axeh se habían acercado en algún momento a comprobar cómo estábamos. No podíamos negar que nuestros fieros barogs se preocupaban mucho por nosotras. Había adoración en los ojos de cada uno de ellos. Daryos se había aproximado también para asegurarse de que tuviéramos agua suficiente y pudiéramos seguir avanzando. Estaba convencida de que ese barog era perfecto para la señorita Dawson. Ojalá pudiéramos rescatarla pronto…

Los barogs charlaban en voz baja y bromeaban de vez en cuando, haciendo honor a su carácter abierto y, generalmente,

desenfadado, pero no por ello dejaban de estar alertas. Miraban a todas partes como si esperaran que, en cualquier momento, se abalanzara sobre nosotros otro grupo de enemigos. Eso era algo que, por cierto, podía ocurrir a cada paso que dábamos.

Cuanto más nos acercábamos al asentamiento de los perdidos, más riesgo había de que nos topásemos con ellos. Y allí no serían solo un puñado… Me aterrorizaba pensar que acabase estallando un enfrentamiento con la aldea entera. En ese caso, no podríamos vencer.

Según Axeh, nos encontrábamos ya en el tramo final y apenas nos quedaba una hora para alcanzar nuestro objetivo. Había visto con mayor claridad el humo de varias hogueras e incluso algo de movimiento en la lejanía.

—Aquí hay huellas —dijo Xerx, que llevaba un buen rato caminando a la cabeza del grupo, rastreando el sendero.

Axeh avanzaba a su altura, pero por los árboles. A veces, no le quedaba más remedio que bajar al barro, cuando aparecía ante él una zona pelada sin vegetación o el siguiente tronco era demasiado endeble para un ser enorme como él.

Daryos se acercó a Xerx y recorrió las profundas huellas con su mirada bicolor.

—Son recientes —añadió el príncipe—. De otro modo, con esta lluvia ya se habrían borrado. —Entonces, miró al rey y propuso—: ¿Quieres que nos adelantemos hasta esa bifurcación de ahí?

Este asintió con un movimiento breve de cabeza. Las trenzas que recogían los mechones frontales de su melena se agitaron.

—Id con cuidado. Si andan todavía por aquí, tendremos problemas. Estamos demasiado cerca de su aldea como para que nos convenga ahora otra escaramuza. Muchos más podrían oírnos.

Daryos, Xerx y Axeh aceleraron el ritmo hasta el punto en que el camino se dividía en dos, unos metros más allá. Minutos después, nos unimos a ellos.

—Por la derecha, hermano —dijo el príncipe—. Hay más huellas en esa dirección. No cabe duda de que son de barogs que acarreaban un gran peso extra, así que seguramente están regresando hacia la aldea después de la caza.

—Las huellas de dos de ellos se hunden en el barro varios centímetros más que las otras. Transportan un animal grande, como ha dicho D —explicó Xerx.

—Pues hacia la derecha. ¿Axeh?

—Seguimos en la dirección correcta. Ya veo algunas techumbres en la lejanía. Bastantes, pero menos de las que pensábamos. No creo que ese asentamiento albergue más de unos cincuenta o sesenta —explicó el barog rubiales.

Casi se me para el corazón. Cincuenta o sesenta… contra ocho, dos leones, una pantera y tres mujeres. No sería una pelea muy equilibrada.

—Eso sin contar que no sabemos si los mestizos duermen en las chozas o a la intemperie. Podrían ser muchos más —dijo Xioh.

—Y también están las *aninfs* —les recordó Lansh mientras afilaba su lanza corta con una piedra.

—Nunca han intervenido en las guerras, siempre se mantienen al margen —dijo Ciench.

—Ya, pero nunca nos hemos topado con las de los pantanos. Estas de aquí conviven con los hermanos perdidos todo el tiempo, no son como las que corren libres por la selva —dijo Daryos—. Quizás tengan alguna lealtad hacia ellos, ¿no?

—Además, están también los machos de su especie, con los que casi nunca hemos interactuado —dijo Cyrus.

—Ciench y yo tratamos con un grupo de ellos hace mucho tiempo y no fueron hostiles en ningún momento, ¿verdad, amigo? —explicó Toruch. Esos dos habían vivido mucho más que si sumábamos los años de todos los demás. O algo así.

Seguimos avanzando por el sendero de la derecha mientras los barogs continuaban hablando de *aninfs*, perdidos, tiempos pasados y lo que pensaban sobre esto o aquello. La llovizna iba y venía, y el cielo se iba oscureciendo para dar paso a las majestuosas lunas. Los nubarrones las ocultaban intermitentemente, y cuando permitían que su resplandor impactara sobre los pantanos, el paisaje era aterrador.

Si aquel lugar ya impresionaba de día, de noche era fantasmagórico. Un leve brillo verde se reflejaba en la bruma que

flotaba sobre la superficie del agua y el lodo, creando una atmósfera de auténtica pesadilla. Aunque encendieron un par de antorchas, imprescindibles para ver por dónde pisábamos, no mejoró demasiado el efecto de túnel del terror. Además, si dábamos un paso en falso, podíamos acabar fácilmente dentro de la ciénaga… o devorados por alimañas.

Cada sonido, cada rama que se agitaba me producía escalofríos por todo el cuerpo. Emi se había doblado hacia adelante y dormitaba agarrada al ancho cuello de Enzo. Jenny se tambaleaba sobre Benju. La miraba de reojo de vez en cuando para comprobar que seguía encima del león. Daba la sensación de que en cualquier momento podría caerse de la montura.

Nos detuvimos apenas unos minutos para hacer nuestras necesidades y estirar las piernas. Llevar tanto rato encima de los felinos nos estaba pasando factura. Me dolía la espalda de un modo atroz, y ya se me había dormido el culo varias veces. Mis amigas no estaban mucho mejor. Además, entre el vapor caliente que desprendían los enormes cuerpos de los felinos y la humedad aplastante de los pantanos, la atmósfera era sofocante.

Montamos de nuevo y enfilamos lo que, según Axeh, era la recta final del camino. Sentía una mezcla de alegría y temor que apenas me dejaba respirar. Quería llegar cuanto antes para sacar de ahí a Callie, pero, al mismo tiempo, me aterrorizaba todo lo que podría salir mal. El plan era bastante sólido, como todo lo que organizaban esa panda de barogs. Pero tenía algunas lagunas. Ellos lo sabían… y yo también.

No teníamos ni idea de cómo era la aldea.

Ni de cuántos enemigos habría en realidad.

Ni de cuántas mujeres descendientes estaban cautivas.

Ni dónde se encontraba Callie… ni si seguía con vida.

Esto último nadie lo pronunció en voz alta, pero podía captarse en las miradas angustiadas de cada uno de nosotros.

«Está viva. Si alguien puede sobrevivir a lo que sea, es esa mujer», me dije, intentando convencerme a mí misma.

Los aromas provenientes del asentamiento de los perdidos se intensificaron. Olía a carne asada, bestias salvajes, especias

intensas… y un sinfín de cosas más que no sabría identificar. Era tan fuerte que tuve que arrugar varias veces la nariz. Emi, a mi derecha, contenía las arcadas.

—Como te pongas a vomitar ahora, te mato, Emi —le susurré.

—No lo hago adrede, Tina. Pero ese olor… —Otra arcada.

Sabía que, si la cabreaba lo suficiente, se olvidaría un poco de lo demás, tal como solía ocurrir, y quizás así no acabaría vomitando. Lo había puesto en práctica muchas veces y casi siempre funcionaba. Valía la pena intentarlo.

—Tampoco a mí me gusta este hedor, pero me aguanto.

Otra arcada.

«Mierda, no está funcionando la maniobra del despiste».

—Ya, pero si vomitas, a Jenny y a mí van a entrarnos arcadas también—seguí pinchándola.

—Jenny está dormida.

—No lo estoy —murmuró la aludida con voz somnolienta.

—Pues lo finges muy bien —le soltó Emi—. Nos has tenido muy preocupadas durante todo el camino. Podrías haberte caído de Benju, ¿sabes? Eso habría sido muy irresponsable por tu parte y…

Emi siguió echándole la bronca, lo cual no dejaba de ser gracioso cuando era ella, y no Jenny, la que se había dormido sobre el león casi todo el rato.

Las arcadas de Emi habían cesado. Sonreí.

«Misión cumplida».

—¡Algo está pasando en la aldea, C! —dijo Axeh de pronto—. De un salto, bajó del árbol y se colocó junto al rey—. Ya hace rato que se ve movimiento. Ahora parece que el alboroto ha aumentado.

—Esperad —dijo el rey.

Nos detuvimos un instante y todos aguzamos el oído. Se oía el murmullo lejano de golpes y gritos. Por un momento, me dio la sensación de que todo a nuestro alrededor se sacudía.

—Tienes razón, parece que haya estallado una revuelta o que algo los esté atacando —comentó Daryos.

—Sube otra vez y dinos lo que ves —pidió Cyrus.

Axeh trepó a un árbol y a los pocos segundos aterrizó en el suelo de nuevo. Tenía el rostro pálido y una expresión de perplejidad.

—Pulpos. Los están atacando.

—Mierda, C. Si los pulpos han entrado… —dijo Xerx. No acabó la frase, pero miró de reojo a Daryos, que ya se había llevado una mano al corazón. Había perdido la cuenta de todas las veces en que lo había visto hacer eso.

Lansh avanzó un par de pasos y se colocó junto a su hermano.

—Los pulpos son peligrosos y… un asco. Pero puede que esta sea la ventaja que necesitamos —dijo Lansh.

Todos intercambiaron miradas.

—Tienes razón. Podemos aprovecharlo para entrar. Si están enfrascados en una lucha contra esos monstruos, ni siquiera notarán nuestra presencia —dijo Ciench.

—Ahora solo nos falta averiguar dónde están Callie, Susi y las demás antes de que los perdidos acaben con los pulpos… o estos arrasen la aldea entera —dijo Daryos.

—Callie estará bien, hermano. No van a dejar que les ocurra nada. Desgraciadamente, las descendientes son su bien más preciado.

El príncipe asintió con una mueca de dolor.

—No hay tiempo que perder —dijo Xioh, ajustándose la correa del zurrón.

—Sigamos hasta la linde del pueblo. Después, valoraremos la situación y entraremos todos, menos las mujeres y los felinos —indicó Cyrus—. Axeh, ve informándonos. Cuántos pulpos hay ahí, dónde se concentran…

—A sus órdenes, *mi rey* —dijo guiñándole un ojo. Cyrus maldijo por lo bajo, pero sonrió.

—C, los pulpos nos están brindando una oportunidad, pero también pueden volverse contra nosotros —dijo Ciench. El rey asintió.

—Lo sé, amigo mío. Esperemos que les guste más la carne de barog perdido que la nuestra, ¿no crees? —Le dio una palmadita en el hombro y ambos sonrieron.

Cyrus se acercó a su hermano y reemprendieron la marcha con paso decidido uno al lado del otro mientras los demás los

seguíamos. Las finas gotas de lluvia nos iban calando lentamente y convirtiendo el sendero en un lodazal aún más resbaladizo.

Axeh fue informando de todo lo que observaba, hasta que, cuando ya quedaban apenas unos minutos para alcanzar la aldea, se unió al grupo y avanzó con nosotros.

De pronto, llegaron hasta nuestros oídos voces y murmullos, y el sonido de pisadas apresuradas chapoteando en el barro.

—Deteneos. Alguien se acerca —dijo el rey.

En apenas unos segundos, dio las indicaciones oportunas y todos los barogs se distribuyeron detrás de los árboles, abarcando toda la zona. A nosotras nos ordenaron quedarnos tras una masa de matorrales que apenas se distinguían, con los leones y la pantera haciendo de muro protector.

La oscuridad se cernía sobre la ciénaga ya casi por completo.

Unas pequeñas luces titilantes brillaron a pocos metros de nuestra posición mientras los murmullos se intensificaban.

Contuvimos el aliento, a la espera del encontronazo.

El corazón me latía a mil por segundo y habría jurado que podía escuchar el de mis amigas. Bazzeila tenía el lomo erizado, y un rugido bajo y vibrante reverberaba en su pecho. Los leones, por el contrario, estaban un poco más tranquilos.

De pronto, Enzo empezó a mover las patas con inquietud y sus ojos dorados brillaron con más fuerza. Nos miró y gruñó con suavidad.

—¿Qué le pasa a Enzo? —preguntó Jenny. Sus ojos relucían como dos faros azules a la tenue luz de las lunas.

—¡Y yo qué sé! Y ahora, silencio —dije.

—Shhh, tranquilo, Enzo. Todo saldrá bien —susurró Emi, acariciándole la melena.

Daryos y Cyrus murmuraban cerca de nosotras.

—Te repito que estoy notando algo, C. La marca de la espiral me está avisando.

—No digas tonterías. No te muevas de aquí.

—Este hormigueo solo ocurre cuando estoy cerca de ella, hermano —insistió el príncipe.

—Ya, y por eso lo notas. La aldea está ahí mismo.

—Algo no cuadra…

—¿Quieres que esos perdidos que se aproximan nos descubran? Harás que el plan se vaya a la mierda.

—C, te digo que no estoy seguro de lo que se está acercando.

Aunque no los veía, habría jurado que mi rey acababa de poner los ojos en blanco. Me lo imaginaba con total claridad. ¿Sería verdad que ya empezábamos a conocernos a fondo?

—De acuerdo, iré a mirar. Tú quédate aquí —dijo el rey.

Oí cómo se agitaban levemente las ramas en esa dirección y los sigilosos pasos de Cyrus, apenas perceptibles, se dirigieron al borde del sendero. Las dos luces seguían aproximándose. Parecían antorchas.

De repente, Enzo se tensó un poco más. Agitó la cabeza y empezó a moverse hacia el camino, en la misma dirección que probablemente había seguido el rey.

—Mierda —murmuré.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nada. Quedarnos muy quietas.

Aunque bastante silencioso para lo enorme que era, el león no pasó desapercibido por completo.

—¡Enzo, vuelve con las mujeres! —susurró Daryos, pero no le hizo el más mínimo caso.

Alguien silbó en la penumbra. Nos guiábamos por los sonidos, pues la visibilidad era escasa ahora que, además, habíamos apagado las antorchas.

Un grito de mujer me puso la piel de gallina. A ese le siguieron más.

Y después, en medio del silencio sepulcral del pantano, una voz conocida pronunció las siguientes palabras:

—Nunca pensé que me alegraría tanto de ver tu careto.

Mi corazón se desbordó de júbilo.

35 REENCUENTROS
callie

Avanzar a oscuras por la ciénaga no había sido la mejor idea del mundo, pero si alguien tenía otra, que la dijera. Aunque nos habría encantado correr, era imposible.

En primer lugar, porque Sylvia estaba muy débil, Lorna se quejaba constantemente, y todas y cada una de nosotras estábamos cagadas de miedo.

En segundo lugar, porque la oscuridad se había apoderado de la ciénaga y no veíamos tres en un burro. Las antorchas apenas alumbraban un poco a nuestro alrededor y un solo paso en falso nos podía mandar a la mierda, o sea, al fondo de un pantano cochambroso, infestado de pulpos, serpientes y otras alimañas desconocidas.

Los únicos que parecían saber por dónde íbamos eran Artia y los *llitops*, aunque estos estaban tan acojonados como nosotras, o incluso más. Caminaban delante, dando saltitos junto a la *aninf,* pero a cada momento proferían gritos. Cualquier crujido o chapoteo, cualquier sombra entre las ramas los hacía brincar de terror. Cuando eso ocurría, los ojos se les desorbitaban y el pelaje se les erizaba hasta ponerse de punta por completo. Aun así, seguían avanzando y guiándonos.

Según me habían contado, los *llitops* solían mantenerse dentro de los límites de la selva frondosa y alejados del cenagal. A esos pobres debían de haberlos cazado entre una zona y otra, tal vez cerca del río donde me encontraron a mí los perdidos.

Si podían evitarlo, no asomaban la cabecita por los pantanos, que eran el hábitat natural de sus depredadores más temibles: los pulpos y las *aninfs*. Era un milagro que, en lugar de huir cuando los liberé, hubieran vuelto a por mí. Y también que se llevaran bien con

Artia. Para ser sinceros, guardaban un poco las distancias con ella, que parecía encantada de tenerlos de compañeros de excursión.

Además de la oscuridad y los peligros acechando por todas partes, la jodida lluvia, aunque suave, empeoraba las condiciones del sendero, si es que se le podía llamar así, que transitábamos. El lodo, ya de por sí resbaladizo, nos llegaba hasta los tobillos cada vez que dábamos un paso. Nos hundíamos una y otra vez, y eso ralentizaba nuestro avance. Habíamos pasado de movernos como tortugas… a hacerlo como tortugas aún más lentas.

Todavía nos llegaban los gritos y ruidos procedentes de la aldea. Los pulpos seguían ahí, pero daba la sensación de que el barullo iba apagándose. En cuanto echaran a los monstruos o los aniquilaran, lo primero que harían sería apostar de nuevo a un vigilante en la celda.

Y entonces estaríamos perdidas.

Cualquiera que pasara por ahí podría ver el estado de la reja y sacar sus propias conclusiones. Solo tenían que asomarse un instante al interior para comprobar que nos las habíamos pirado.

«Deja de preocuparte, joder. Vamos a lograrlo», me dije.

—Callie, los pies me están matando. ¿Podemos parar un momentito? —me pidió Lorna por enésima vez desde que habíamos salido. ¡Y no llevábamos más de unos minutos!

—¿Tú qué crees, McPhee?

—Solo unos segundos. Creo que me he clavado un pincho o algo así.

—Ya. Yo me he clavado unos cuantos. Pero llevamos a una mujer recién parida, a un bebé barog y a puñado de mujeres agotadas que llevan diez años cautivas de esas bestias. ¿Quieres que siga?

—Lo sé, lo sé, pero nosotras también hemos pasado lo nuestro. Tienes heridas terribles en el muslo y el brazo, y…

El pánico me atenazó la garganta. Como si por el mero hecho de mencionar mis lesiones las hubiera conjurado, empecé a cojear de nuevo.

—Sí, Lorna, lo hemos pasado muy mal y estamos hechas una mierda. Pero ellas han vivido un infierno mucho peor que el nuestro, y no descansaré hasta llevarlas sanas y salvas a la aldea y ver que se reúnen con sus seres queridos. Después de eso, me daré un baño

de horas y dormiré una siesta de una semana entera junto a mi barog, pero no antes.

Soltó un bufido.

—Te he pedido unos segundos, no hacía falta que te pusieras tan filosófica.

—Camina, McPhee. ¿No decías en la Tierra que querías hacer más ejercicio? Pues mira por dónde, esto te irá muy bien para los muslos y los glúteos.

—Ahora que lo dices, Callie…

—Yo desde que estoy en este jodido planeta tengo el culo como una piedra.

Estaba exagerando un poco, por supuesto.

«Si no te zamparas tantos panecillos de esos de colores…».

—Callie, Sylvia está exhausta. No sé hasta cuando aguantará. Necesitará descansar dentro de poco —me dijo Susi con voz cansada. Acarreaba al crío en los brazos y lo mecía con suavidad como si llevara toda la vida haciéndolo.

Tenía instinto maternal, no como yo, que cuando lo cogía, no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Lorna me lanzó una miradita como diciendo "¿lo ves?". ¡Como si fuera lo mismo acabar de sufrir una cesárea que clavarse una astilla en un pie! Puse los ojos en blanco.

—Intentemos avanzar lo máximo posible, ¿de acuerdo? Podemos turnarnos de dos en dos para ayudarla. Si nos detenemos ahora, los perdidos nos encontrarán sin problemas en cuanto salgan a buscarnos. No podemos arriesgarnos de esa manera. Si nos cogen, reforzarán la vigilancia y jamás podremos volver a escapar.

—Tienes razón. Intentaremos aguantar.

—Gracias, Susi. Lo conseguiremos, estoy segura.

—Ojalá, Callie. Que los dioses te oigan, porque ahora que hemos recobrado la esperanza, creo que no sería capaz de volver a soportar esa vida con los perdidos. Ni siquiera sé cómo he podido hacerlo todos estos años.

—Porque eres más fuerte de lo que crees… y no te ha quedado más remedio, Susi —dije dándole un pequeño apretón en el hombro

—. Volverás a ver a Ciench, te lo juro. Como que me llamo Calista Dawson que mañana dormirás entre sus brazos.

—¿Mañana? —dijo echando una ojeadita a todo nuestro "séquito". La risa escéptica fluyó entre sus palabras.

—O pasado mañana. Puede que haya sido demasiado optimista —dije, con una sonrisa cansada.

Se unió a Sylvia, Penny y las demás, y yo aceleré el paso y me coloqué a la altura de Artia.

Avanzábamos en silencio, salvo por los gorgoritos del bebé y los ruiditos de los *llitops*, que eran tronchantes. Cuando llegásemos a la aldea, los entrenaría para que le mordieran el culo a Lansh. Ellos tenían leones y panteras; yo tendría a los peluchitos esos, que molaban mucho más. Eran pequeñitos pero matones.

De pronto, escuché murmullos y pisadas. El corazón se me subió a la garganta y a punto estuve de mearme encima. Mis niveles de valentía se habían agotado hacía mucho. No estaba preparada para otro sobresalto. ¿Cómo demonios íbamos a defendernos de los depredadores?

—Parad un momento —dije, alzando la mano. Todas las mujeres se detuvieron detrás de mí—. ¿Alguien ha oído algo?

—Voces.

—Pisadas.

Dijeron algunas.

«Mierda».

Entonces, fui consciente de que con nosotras viajaba alguien que sí podía defendernos en caso de que nos atacara algún animal: Artia.

Por supuesto, no tenía ni idea de si ella sola podría hacer algo contra un pulpo gigante o un rino, pero era mejor eso que nada. Con los *llitops* no sabía si podía contar. Sus dientes eran letales, pero siempre los había visto huir de las situaciones de peligro. ¡Menudos cagados estaban hechos! Si yo tuviera esa dentadura, a mí no me chistaba nadie.

—Artia, ¿has escuchado algo?

Ella se quedó muy quieta, como una estatua, y sus orejas puntiagudas y peludas se agitaron un poco. Arrugó la nariz un

instante y luego ensanchó las fosas nasales, inspirando con fuerza. Los segundos de espera fueron agónicos.

—Barogs.

Una exclamación de pánico se extendió entre las mujeres. Si los perdidos ya nos buscaban, estábamos bien jodidas. Nuestra aventura de huida acabaría antes de empezar. Nos darían caza en cuestión de minutos.

—¿Qué vamos a hacer, Callie? —preguntó Susi. Había pánico crudo en su voz.

Mientras le daba vueltas a la cabeza a toda velocidad sin encontrar una solución, Artia volvió a hacer eso de las orejas y la nariz. No podíamos correr, no había donde esconderse, no podíamos luchar…

—*Lio-nes*.

Susurró Artia con ese acento tan complicado. Me quedé petrificada en el sitio.

—¿Leones? ¿Has dicho leones, Artia?

Ella asintió, a un palmo de mí. Sus ojos brillaban como plata recién bruñida. Apuesto a que eran como gafas de visión nocturna.

—*Lio-nes*, allí —dijo señalando el sendero, delante de nosotras.

—Están aquí —murmuré con la esperanza saliendo a borbotones de mi cuerpo.

—¿Significa eso que…? —empezó Susi, con una ilusión en la voz similar a la mía.

Sabía que Nemea estaba plagada de leones, que no todos vivían en la aldea ni estaban domesticados por los barogs, que…

Una sombra enorme salió de la nada y se abalanzó sobre mí. Las mujeres chillaron y, por un momento, juro que pensé que ese monstruo me devoraría y ahí acabaría mi historia y la de todas.

Entonces, una lengua áspera y enorme me lamió la cara desde la mandíbula hasta el pómulo. La alegría más absoluta se apoderó de mí y las lágrimas empezaron a salir a chorro de mis ojos.

—¡Enzo! ¡Por los dioses, habéis llegado! —dije con un nudo en la garganta, en el estómago y por todas partes. Le rodeé el robusto cuello con los brazos y me restregué contra su pelaje suave.

—¿Lo conoces? —preguntó Susi.

—Es el león de Daryos. Y si él está aquí, los demás también.

Escudriñé la oscuridad mientras murmullos de voces y pisadas se acercaban a nosotros. De pronto, alumbrado por la débil luz de las lunas y de nuestras antorchas, apareció un rostro.

Cyrus.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de ver tu careto —dije esbozando la sonrisa más amplia de toda mi vida.

—¡Callie! —Corrió hacia mí y me abrazó. Juro que ni se me pasó por la cabeza apartarme—. No puedo creer que te hayas escapado —dijo. En sus ojos también había emoción.

«No, si al final nos haremos amigos, ¡no te jode!».

—No solo yo. ¡Todas!

Paseó la mirada por los rostros de las mujeres. Se detuvo en uno.

—¿Susi? ¿Eres tú?

—Hola, Cyrus. Has cambiado desde la última vez que te vi —dijo ella con timidez.

—Joder, Cienchva a ser el barog más feliz del mundo —dijo, echando un rápido vistazo al bebé y abriendo mucho los ojos de golpe.

—¿Está aquí? —Susi temblaba.

Cyrus asintió. Después, reparó en Artia y en los *llitops*, que saltaban a sus pies. Enzo los miraba con aburrimiento, como valorando si chafarlos de un pisotón o dejarlos vivir.

—Mujeres vinculadas, un bebé barog, una *aninf, llitops*… Has montado tu propio ejército, ¿eh, Callie?

—Ahora no tengo tiempo de contártelo. Todos son mis amigos, ¿*capisci*? Tenemos que largarnos de aquí cagando leches, antes de que los pulpos se vayan y los gilipollas esos nos echen en falta.

Algo se removió ante nosotros y otra sombra enorme se aproximó.

—Veo que te has mantenido ocupada, ¿eh, amor? —La voz de Daryos se me metió en el cuerpo y me sacudió hasta el tuétano.

Y antes de que pudiera pronunciar palabra, él ya estaba encima de mí, abrazándome como un oso inmenso y estrujándome contra su pecho.

Fui vagamente consciente de que se acercaban el resto de mis amigos hasta nosotros.

—¡Has venido a por mí, tarado!

—¿Acaso lo dudabas? —Se apartó un poco. Sonreía de felicidad, pero sus ojos estaban anegados de lágrimas.

—¿Te has tomado tu tiempo, eh?

—Por lo que veo, no me necesitabas demasiado. Tú solita te has montado un plan de fuga —me dijo acariciándome el pómulo amoratado y frunciendo el ceño.

Todo su cuerpo se tensó.

—¿Estás bien, amor? ¿Estás… herida?

—Ahora no hay tiempo. Ya te lo contaré todo. Hemos de salir de los pantanos.

Él asintió, mirándome con adoración, pero también dolor. A la escasa luz de las antorchas, se había dado cuenta de que me habían golpeado. Y yo sabía que, tarde o temprano, tendría que explicárselo todo. Había hecho un pacto con Susi, así que no contaría nada de las demás. Cada una de ellas era la única con derecho a revelar su propia historia, sus propias miserias. Pero mi historia… tendría que compartirla con mi barog.

—¡Daryos Barog! —La voz atronadora de Lorna rompió la magia del momento.

Se acercó a Daryos y lo abofeteó en el rostro. Por supuesto, ella se hizo bastante más daño que él, que apenas movió la cabeza un milímetro. Mi amiga un poco más y se parte la muñeca.

—¿¿Lorna??

—La misma en carne y hueso —dije, dándole una palmadita en el brazo para sacarlo de su estupor.

Los demás barogs estaban llegando y ya habían empezado a ayudar a las mujeres.

—¿Estoy alucinando? —dijo Daryos sin comprender.

—Créeme, yo reaccioné igual que tú. Es otra larga historia.

—Tienes mucho que contarme, *hoa uhane*.

—Confié en ti, Daryos, y animé a mi mejor amiga a lanzarse a tus brazos. La traicionaste —le soltó Lorna a bocajarro.

Le rodeé los hombros a mi amiga y la estrujé un poco.

—Daryos y yo hemos superado ya esa parte, McPhee. Y te aseguro que lo hice sufrir mucho para castigarlo por todo lo que me hizo.

Mi barog se tensó.

—Supongo que, si tú lo perdonaste, yo también tendré que hacerlo.

—Vale, Lorna, pero todo eso lo dejamos para otro momento. Hay que marcharse ahora mismo. ¿Habéis traído más leones? Sylvia no va a poder caminar mucho más sin ayuda —dije. Daryos asintió—. Por cierto, ¿dónde demonios está Ciench?

—Toruch y él se encontraban en la retaguardia. No tardarán en llegar.

Como si nos hubieran oído, aparecieron de pronto en el sendero.

—¿¿Susi?? —La voz completamente rota y emocionada de Ciench restalló en medio de los pantanos acallando las demás voces.

Caminó hacia ella lentamente mientras Susi se estremecía y comenzaba a llorar a mares. Cuando él vio el bebé se llevó la mano al corazón. Toruch tuvo que sostenerlo para que no se derrumbara.

—Oh, no es… mío —tartamudeó Susi, con los ojos arrasados por las lágrimas. Penny se apresuró a quitárselo de las manos.

El barog siguió avanzando, mientras ella se retorcía una mano con otra sin pronunciar palabra. Temblaba como una hoja y su rostro era un mezcla de emoción y tristeza, ambas devastadoras.

Hacía diez años que no se veían. Diez largos años en los que ni siquiera sabían si su pareja seguía con vida. Diez años de un sufrimiento horrible. Yo había pasado tan solo seis días sin Daryos y me habían parecido el mismísimo infierno.

No podía ni imaginar lo que aquello había supuesto para ellos ni el tiempo que necesitarían para curar las heridas emocionales.

Cuando Ciench estuvo a tan solo un paso de ella, subió la mano y, con dedos trémulos, le acarició la mejilla. Susi se encogió un poco, pero no se apartó. Alzó el rostro hacia él y lo miró a los ojos.

Juro que jamás me había emocionado tanto como siendo testigo de esa escena. Tenía un nudo en la garganta.

—Estás viva, Susi. Estás aquí —dijo él sin apenas creerlo—. Todas las noches desde que te arrancaron de mi lado he soñado con

este momento. —La voz se le quebraba en cada sílaba.

—Creí que habías muerto, pero rezaba a los dioses para que no fuera así. La última vez que te vi, un machete pendía sobre tu pecho, a punto de atravesarte. Y cuando Callie me dijo que estabas vivo… —Las lágrimas le impidieron seguir. Se llevó las manos al rostro y se lo cubrió para ahogar los sollozos.

Con sumo cuidado, Ciench la tomó entre sus brazos, primero tanteando y, cuando vio que ella no se apartaba, cerrándola en un abrazo más estrecho. Subió la mano hasta su nuca y la dejó ahí, sujetándola con suavidad contra su pecho, mientras ella se agitaba, llorando.

—Jamás he dejado de amarte, Susanne Bell. Soy tuyo para siempre, ¿recuerdas? —Aquellas palabras nos impactaron a todos con fuerza.

Ella logró recobrar la serenidad, al menos la suficiente para levantar la vista hasta los ojos grises de su barog.

—Y yo soy tuya. Yo tampoco he dejado de amarte, Ciench. Ni un solo día.

Ambos parecían completamente en *shock.*

Mientras se fundían en un nuevo abrazo, nos organizamos para reanudar la marcha. Ya habíamos malgastado unos minutos preciosos, y si los perdidos nos encontraban de esta guisa, las cosas se pondrían muy feas.

Tuve que soportar los abrazos y achuchones de Lansh y Axeh. Xerx y Xioh fueron menos empalagosos, pero también me demostraron su cariño y alegría. Por no hablar de Tina, Emi y Jenny, que saltaron sobre mí como garrapatas y me llenaron de besos. En cuanto vieron a Lorna, alucinaron. No dudaron ni un segundo en abrazar a su antigua profesora, que lloró como una magdalena sobre los hombros de sus queridas estudiantes.

En cuestión de segundos, Sylvia montaba sobre Enzo con Xioh, que le rodeaba la cintura para evitar que se cayera. La pobre estaba al borde del desmayo. Lorna montaba en Benju, con Toruch al lado del león por si mi amiga necesitaba ayuda. Y, por último, Penny en Bazzeila, con el bebé barog en brazos.

A las demás no nos quedaría otro remedio que ir caminando.

—Súbete a mi espalda, amor. Te llevaré todo el trayecto hasta la aldea —me dijo Daryos, agarrándome del brazo. Tiré para soltarme. Fue un acto reflejo.

Él se sobresaltó, pero no comentó nada. En su mirada leía miles de preguntas. Por el momento, no me estaba atosigando con ellas. Sin embargo, lo conocía bien, y tarde o temprano querría saber lo ocurrido. Yo no tenía ni idea de cómo ni cuándo contárselo, aunque sí que lo haría.

Por algún motivo, en cuanto me tocaba, el rostro de Ux aparecía en mi mente y se me revolvía el estómago. Antes de volver a tener intimidad con mi barog, necesitaba hablar con él. Por lo visto, mi estancia en Villa Horrores me había afectado mucho más de lo que pensaba, y ahora que me encontraba a salvo, el trauma profundo estaba aflorando. Traté de sonreírle y no darle importancia a lo que sentía en ese momento.

—Estás herida, *hoa uhane*. Ese muslo ha sufrido mucho, no te creas que no me he dado cuenta. Y apuesto a que no es la única herida. —Su voz destilaba dolor.

Recordé la carnicería que Antara me había dejado en el costado, al hundir sus afiladas garras en mi carne. Milagrosamente, casi había cicatrizado por completo y apenas me dolía. Ux era un hijo de puta, pero era un buen sanador. Me había curado bien.

—Cierto, tengo algunas más, pero estoy bien. Cojeo un poco, eso es todo.

—Cuando lleguemos a la aldea, quiero que Xioh te revise de arriba abajo. Bueno, ya me entiendes.

—Me parece bien, aunque los perdidos tenían un buen sanador. Cuando me encontraron, estaba hecha una mierda, amorcito.

Se llevó una mano al pecho.

—Me duele el corazón, amor. No sabes cuánto he sufrido. Si no te hubiese encontrado, si hubieses muerto, me habría tirado por el Acantilado de la Muerte Abismal.

—Mira que eres dramático, chaval —le dije sonriendo. Le acaricié el pecho con los dedos. Una corriente me electrificó de arriba abajo. Por su expresión, apuesto a que a él también.

La marca de la espalda me hormigueó con fuerza. Nos miramos a los ojos a través de la penumbra, los suyos brillando, tan hermosos como los recordaba. Traumatizada o no, ¡cuánto le amaba, joder!

—¿El príncipe ya está llorando? —dijo Lansh, irrumpiendo entre nosotros y pasándonos un brazo a cada uno por encima de los hombros.

—Ya lo conoces —contesté.

—No sabes lo que hemos tenido que aguantar, Calista —dijo el rubiales riendo.

—Eh, que estoy aquí mismo. Ni os imagináis lo que he sufrido —protestó Daryos.

—No me hagas hablar de quién ha sufrido más… —murmuré. En cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que la había cagado.

—Amor, no puedo soportar que hayas tenido que pasar por algo terrible. Cuando volvamos a la aldea, tienes que…

Lansh puso los ojos en blanco y yo suspiré.

—Ya veo que algunas cosas no cambian —dije dándole una palmadita en el brazo a Daryos—. Y me alegro de que sea así, amorcito. No sabes cuánto te he echado de menos.

Noté cómo su cola se acercaba a mí, esquivando a Lansh, que estaba aún en el medio entre nosotros, y me acariciaba el trasero. Fue solo un roce cariñoso, pero di un respingo, confirmándome a mí misma que todavía no estaba preparada para eso.

Como si mi barog lo hubiese notado, retiró la cola al instante.

Lansh se apartó un poco, pero siguió caminando a nuestro lado. Mis amigas andaban cerca, junto a los felinos. Las escuché hablar con Lorna. Estaban haciéndole un resumen de todo lo que había sucedido desde nuestra llegada a Nemea. Por lo que parecía, le estaban ahorrando los detalles más escabrosos. Por supuesto, Lorna me los preguntaría a mí. No había quien le ocultara nada. ¡Como en los viejos tiempos!

—Por cierto, amor, ¿no vas a presentarme a tus nuevas mascotas? —dijo Daryos cogiéndome de la mano y haciendo un gesto con la barbilla hacia Artia, que no se despegaba de mí, y los *llitops*, que seguían correteando a mis pies.

—Eso, ¿te has propuesto abrir un zoo? —bromeó Lansh.

—Ya tardabais en preguntármelo.

—Amor, es que estamos tan alucinados…

—Esta es mi amiga Artia. Estaba encerrada con las descendientes y nos ha ayudado mucho a todas. —Ella se giró a mirarlos, sin cambiar su expresión impasible—. Artia, este es mi barog, mi *hoa uhane*, el príncipe Daryos. Y este tonto del culo graciosillo de aquí es mi amigo Lansh. Es guapetón, pero le van los machotes y está enamoradísimo de Xioh, luego te lo presento. Así que no tienes ninguna posibilidad con él.

—Esa sí que es una buena presentación —dijo Lansh, ahogando una carcajada.

—Artia *ami-ca* de Callie —dijo ella sin más y volvió a clavar la vista al frente.

—Jamás habría dicho que te harías amiga algún día de una *aninf* —soltó Lansh.

—Bueno, no todas tienen que ser unas cabronas psicópatas, ¿no? Y por cierto, ¿qué coño pasó con Antara?

—Me la cargué —dijo Cyrus detrás de nosotros. Ahora caminaba junto a Tina—. Iba a hacerlo mi hermano, pero no pude contener el impulso y le partí el cuello.

Miré a Daryos. Parecía avergonzado.

—Pues gracias, cuñado. Te debo una.

—Creo que sigo debiéndote unas cuantas, pero confío en que algún día estaremos en paz.

—Ya veremos… —bromeé.

—Amor, siento mucho todo lo que pasó con Antara. Debería haberme dado cuenta de lo que ocurría. Tendría que haberte protegido de ella y…

—Shhh, eso es agua pasada. Estamos juntos de nuevo y vamos a casa. Si logramos salir de esta mierda de pantanos, claro. Lo demás, ya no tiene importancia.

Se hizo un pequeño silencio incómodo, que Lansh volvió a llenar enseguida:

—¿Y lo de los *llitops*? No nos arrancarán un dedo del pie, ¿verdad?

—Yo los salvé, ellos nos liberaron, puedo comunicarme con ellos y… ¡Buf! Es una larga historia. Una de esas para contar alrededor de la hoguera. Al fin voy a tener algo que explicar en esas veladas.

Todos me miraron ojipláticos, o eso me pareció. Francamente, cada vez se cerraba más la oscuridad a nuestro alrededor. Si no fuera por las pocas antorchas, ya habría más de uno dentro del pantano.

—Axeh, ¿has visto algo? —preguntó el rey.

El rubiales saltó frente a nosotros y casi me da un ataque al corazón.

—Todavía están batallando para echar al último pulpo, por lo que he podido ver. Deberíamos apresurarnos, C. No creo que tarden mucho en acabar con él.

—Escuchadme todos, hay que acelerar el paso. Sé que estáis exhaustos y que las ciénagas son un infierno. Pero necesitamos alejarnos de aquí antes de que los perdidos se lancen como locos a buscar a las descendientes. Así que en marcha —ordenó el rey. Entonces, se dirigió solo a los barogs—. Ayudad a las mujeres, y si alguna no puede continuar por su propio pie, cargadla a la espalda, ¿de acuerdo? —Todos asintieron.

Encendieron alguna antorcha más y seguimos avanzando, un poco más rápido, intentando no resbalar en el barro ni tropezaros los unos con los otros. El sendero entre los pantanos era estrecho en algunos tramos, aunque en la mayoría podíamos caminar de dos en dos, o incluso tres.

—¿Ves, amor? Hasta el rey ha ordenado que os carguemos —me susurró mi barog.

—Eso no es lo que ha dicho. Yo puedo caminar por mí misma.

—Estás cojeando, y sé que te duele. ¿Por qué no quieres subir a mi espalda?

—Anda, cállate un ratito y no seas pesado.

—Cómo me haces sufrir, *hoa uhane*.

—Ya me había olvidado de lo que era escucharte todo el día dándome la vara…

Lansh se rio detrás de nosotros.

—¡Auch! Seis días sin vernos y me tratas igual que siempre.

—Lo preocupante sería que te tratara diferente, ¿no crees?

Nuestro amigo soltó una carcajada, seguida de otra de Xerx.

—Eh, vosotros, ¿podéis meteros en vuestros asuntos? —dijo Daryos, entre cabreado y en broma.

—Es que sois el único entretenimiento que tenemos en esta mierda de sitio —soltó Xerx.

—Qué bonito. Y estos se supone que son mis amigos. —Se hizo el ofendido, pero sonreía ampliamente.

—Es que eres muy pesadito, amorcito.

—Y tú me quieres de todos modos, preciosa.

—En eso tienes razón. No debo de estar muy bien de la cabeza.

Ahora se escucharon más risas. Daryos me apretó los dedos con los suyos y suspiró.

—Por cierto, amor, ¿hay alguna posibilidad de que tus nuevas minimascotas se vayan a saltar un ratito a otra parte? A ti te querrán mucho, pero a mí ya me han hecho tropezar tres veces.

—Acostúmbrate, amorcito. Tú tienes a Enzo, y yo a Naranjito y su pandilla.

Las carcajadas hicieron eco en la noche mientras Daryos soltaba también una y tiraba de mí hacia su cuerpo.

Y así, tontería tras tontería, seguimos caminando, rezando para salir de los malditos pantanos antes de que Ux iniciara la caza.

El recuerdo de todo lo que me había contado ese monstruo me asaltó de golpe. Pronto tendría que hablarles a Cyrus y Daryos sobre el asesino de sus padres.

36 REGRESO A LAS CUEVAS
callie

Tras mucho discutir, el rey y el príncipe decidieron que haríamos una parada de una noche en las cuevas que habían sido el hogar de los rebeldes.

Tardamos varias jornadas en cruzar los pantanos, puesto que debíamos ajustar el ritmo a Sylvia y su bebé, y algunas de las mujeres se desmayaron de agotamiento. Fueron días duros, calurosos y exasperantes.

Fue un milagro que Ux y los suyos no nos encontraran. Xerx y Axeh se dedicaron a borrar nuestras huellas a medida que avanzábamos y a dejar rastros en otras rutas para despistarlos.

Cesó de llover y, en determinados tramos del trayecto, nos costó encontrar agua potable. Estábamos exhaustos, doloridos y medio deshidratados. A los barogs apenas les afectaba, pero nosotras estábamos hechas una mierda.

Vergonzosamente, tuve que aceptar que Daryos me llevara a cuestas durante una parte del viaje. La pierna me fallaba y, cuando estuve a punto de caerme al pantano por tercera vez, decidió que ya era suficiente. Y yo también, la verdad. Así que dejé que cuidara de mí un poco. Él se moría de ganas y yo lo necesitaba.

Xioh tuvo que suturar de nuevo una parte de la cicatriz de Sylvia. La huida del asentamiento y la travesía por el cenagal la habían sometido a un gran esfuerzo. La pobre hacía lo que podía, y gracias a los cuidados del sanador estaba curando bien. Pero necesitaba descansar de verdad.

Todos los barogs alucinaban con el bebé y, sobre todo, con el hecho de que hubiera nacido en su forma barog, en lugar de la humana. Le reían todas las gracias y se les caía la baba con él, igual que a nosotras. ¡Era una preciosidad! No pude evitar pensar en cómo sería un bebé de Daryos y mío. Me lo imaginaba con sus ojos,

uno de cada color, vivarachos y amables, y mi mala leche. Cuando pensé en ello por segunda vez, aparté esa imagen de un plumazo. ¡Ni loca quería ser madre! Al menos, en los próximos dos o tres siglos.

El niño aún no tenía nombre porque su madre no sabía si ponerle el de su pareja de vida, Sonah, puesto que no era su verdadero padre. Era muy triste que hubiera muerto. Cyrus dijo que, en cuanto llegásemos a la aldea, a Sylvia no le faltarían pretendientes. Harían cola para cuidar de esa humana hermosa, valiente y amable, y de su bebé sano y fuerte. Yo, sin embargo, dudaba que ella quisiera emparejarse con alguien tan pronto, tras el infierno del que tan solo acababa de escapar. Había que darle tiempo. A ella y… a todas.

Según me contaron, el barog de Sylvia tenía un hermano que era guardián en el templo. Me alegraba que todavía le quedara familia.

Ciench y Susi no se habían separado ni un solo instante desde que se reencontraron. No obstante, aunque charlaban a menudo, en los ojos de ella permanecía esa tristeza profunda y desgarradora, mientras que en los de él resplandecía la adoración y el amor desbordante. Parecía un poco confundido, pero se mostraba muy paciente y cariñoso con ella. No la presionaba lo más mínimo y se contentaba con sostenerle la mano, e intercambiar charlas y sonrisas.

Susi había sufrido abusos y vejaciones durante una década, y era imposible borrarlos de un plumazo por mucho que amara a su barog. Si a mí me costaba con solo unos días, no podía ni imaginar lo que había supuesto para ella su cautiverio.

—¿Estás bien, Susi? —le pregunté el día en que al fin logramos salir del cenagal, aprovechando que todos los barogs se encontraban reunidos con el rey y el príncipe para recibir instrucciones.

Estaban preocupados por la inminente guerra, que era más que probable. Sobre todo, ahora que nosotras nos habíamos largado y se habían quedado sin descendientes. Cyrus mencionó algo de las cuevas de las panteras. A saber lo que estaban tramando…

Nos encontrábamos junto al río, aquel en el que casi morí desangrada o ahogada, o ambas cosas. Tras llenar las cantimploras

en el remanso, empezamos a lavarnos. Esperé pacientemente a que Susi respondiera.

—Lo intento, Callie. ¿Y tú? —dijo al fin, echándose agua en la larga melena castaña.

—Pues creo que sí, aunque me siento rara. No puedo quitarme de la cabeza algunas cosas. Ya sabes.

Guardamos silencio unos segundos mientras nos trenzábamos el cabello, ahora húmedo. El calor era peor que nunca y el frescor del agua nos aliviaba un poco.

—Yo no sé si podré volver a ser la misma algún día.

—Con el tiempo, estoy segura de que sí. Ciench te ayudará a conseguirlo.

—Ese es el problema, Callie. Lo amo con locura, pero apenas puedo mirarlo a los ojos.

—Él te ama del mismo modo. No importa lo que haya ocurrido, nada de eso fue culpa tuya, ¿recuerdas?

—Lo sé, pero cuando me coge de la mano o me roza con los dedos, apenas puedo soportarlo. Me gusta y… me aterra. Cada vez que me toca, las imágenes de todo lo que me ocurrió ahí regresan a mi mente.

—Date tiempo, Susi. Eso no se supera en unos días. Él es un buen barog y parece muy comprensivo. Esperará cuanto sea necesario y te apoyará.

—Ese es parte del problema. Es demasiado bueno, y yo he perdido la costumbre. Ya no sé lo que es la bondad. No sé cómo comportarme con él. Y eso me parte el corazón. Apenas recuerdo cuando nosotros…

Se quedó callada y se le empañaron los ojos.

—Pues habladlo, explícale todo lo que necesites.

—Eso lo destrozaría. Y no quiero que tú…

—Tranquila, jamás te traicionaría. Nunca explicaré nada de ti. Pero creo que, llegado el momento, tal vez te sentaría bien contárselo a Ciench para que comprenda todo por lo que has pasado.

—¿Tú le contarás a Daryos lo que sea que pasara entre Ux y tú?

Me quedé un instante pensativa.

—Ux no llegó a violarme. Me hizo… algunas cosas. Pero no me poseyó. Así que para mí es mucho más fácil, aunque sea horrible. No sé si me explico. Y yo apenas pasé una semana cautiva. No puede compararse con lo que tú has vivido.

—Claro, Callie. Sé que tienes razón, pero no sabría ni por dónde empezar. Necesito llegar a la aldea y tomarme un tiempo para pensar si quiero compartirlo con él o no. Quizá lo mejor es que no sepa nada, así no padecerá.

—Pero tú sí.

—Yo ya he sufrido mucho, qué más da un poco más —dijo esbozando una sonrisa triste.

—Mereces ser feliz, Susi. Os amáis con locura y habéis sobrevivido a una década de separación y horror, y vuestro amor sigue intacto.

—Eso es cierto. Lo pensaré. Por el momento, cada vez que se acerca y pienso que va a besarme, me entran ganas de salir corriendo. No porque no lo desee, sino porque ni siquiera sé cómo sentirme. Siento asco de mí misma.

—Tú no le traicionaste ni engañaste. Te raptaron y te violaron, Susi. Eso fue lo que pasó. Todo lo demás, tú me lo dijiste: fue para sobrevivir. Si no lo hubieras hecho, hoy no estarías aquí. Habrías muerto, y Ciench estaría destrozado para siempre.

—Gracias, Callie. Eres una buena amiga.

—Tú también. Jamás olvidaré que me ayudaste en los peores días de toda mi vida.

Nos miramos a los ojos y sonreímos. Sin duda, aquella amistad perduraría para siempre. Nos había unido el peor infierno posible, pero habíamos escapado de él. Y teníamos siglos por delante para sanar y cicatrizar nuestras heridas.



Llegamos a las cuevas por la tarde del día siguiente, agotados pero contentos. Era un maldito milagro que estuviéramos todos allí sanos

y salvos.

En cuanto vislumbré los pequeños lagos en las terrazas naturales y las grutas, me invadió un gran sentimiento de nostalgia. Parecía que hubiesen transcurrido siglos desde la última vez que nos alojamos allí. Se me hizo un nudo en la garganta. Habían pasado muchas cosas horribles desde entonces… y ninguna de ellas podría borrarse jamás.

Daryos estaba eufórico. ¡Todos lo estábamos! Habíamos escapado de los hermanos perdidos sin provocar un baño de sangre. Bueno, según me habían contado ellos durante el trayecto, su expedición por los pantanos había sido de lo más accidentada. Arenas movedizas, pulpos asesinos, barogs perdidos… Sin embargo, habíamos evitado lo que más temíamos: ser descubiertos por los enemigos y tener que pelear contra su aldea entera. Aquello habría sido un suicidio.

Antes de subir a la zona de las cuevas, me despedí de los *llitops.* Me agaché frente a ellos y miré a los ojos al pequeño líder del grupo.

—Muchas gracias, amiguitos. Nos habéis salvado. Nunca lo olvidaré.

La espalda me hormigueó mientras Naranjito me observaba fijamente, embobado.

Como respuesta, dieron algunos saltitos, que podían significar cualquier cosa. Artia los miraba a mi lado.

—A ver, ¡ya sois libres! —dije sonriendo y alzando los brazos, con la esperanza de que me entendieran—. Podéis regresar con vuestras familias y amigos a comer bayas y jugar en la selva.

Les hice un gesto para que se marcharan, pero tan solo se alejaron un par de metros. Se acercaron a un arbusto cargado de bayas púrpuras y empezaron a hincharse a comer. No parecían muy dispuestos a largarse. Suspiré, dejándolos por imposibles. Total, allí tampoco hacían ningún daño.

«Y nunca se sabe cuándo puedes necesitar a una pandilla de *llitops*», me dije sonriendo de nuevo.

Al darme la vuelta, me topé con Artia.

—A ver si lo adivino: tú tampoco vas a marcharte, ¿verdad?

Parpadeó una vez.

—Artia *ami-ca*.

—¡Ay, la hostia! Ya somos una gran familia feliz. Pues estás en tu casa, Artia —le dije, señalando hacia las cuevas con una sonrisa—. Solo un consejito: no te tires a ningún barog emparejado, ¿de acuerdo?

En vez de contestar, hizo un ruidito parecido a una risa, solo que no lo era del todo. La dejé por imposible.

Me uní a mi barog y empezamos a enfilar hacia las cuevas.

Daryos tiró de mi mano hacia los lagos y, nada más llegar, se zambulló en uno de ellos. Al menos, tuvo la decencia de no quitarse el taparrabos. Ninguno de ellos lo había hecho durante el camino. En cuanto emergió, empezó a salpicarme como si tuviera cuatro años.

—Eres un incordio, ¿lo sabías? —le dije.

—Le trae sin cuidado —soltó Lansh, lanzándose al lago a su lado.

Empecé a meterme poco a poco. El agua estaba cristalina y fresca. ¡Magnífica! No podía creer que al fin fuera a sentirme limpia de verdad.

—Un momento… Este no será uno de los lagos que brillan, ¿no?

—Quién sabe, amor. Supongo que esta noche lo descubriremos. ¿A que es emocionante?

—Para más emociones estoy yo… —murmuré.

Los dos se rieron a mi costa.

Acababa de sentarme en el lecho del laguito con los ojos entornados y la cabeza apoyada en el borde, la mar de relajada, cuando un chillido me puso en alerta.

Lorna.

—Tu amiga está a punto de atizar al pobre Toruch, que lleva todo el camino ocupándose de ella. Siempre ha tenido una paciencia infinita, pero me da a mí que se le está acabando —dijo Xioh, uniéndose a nosotros.

Nos repartió trozos de raíz jabonosa a cada uno y se sumergió por completo. Cuando emergió, los reflejos rojizos de su cabello oscuro brillaron con la luz del atardecer. Lansh lo miró embelesado. Le puse la mano bajo la barbilla como si babeara y él se rio.

Tina, Jenny y Emi entraron con sus barogs en el lago contiguo mientras Susi y las demás mujeres lo hacían en otro. Xioh ya se había encargado de dar instrucciones sobre los cuidados que había que dar a Sylvia y el bebé. En ese instante, Penny y Susi la ayudaban a entrar en el agua mientras otra de las descendientes sostenía al pequeño barog en los brazos.

—Voy a ayudar a las mujeres a organizarse y acomodarse en la cueva —dije tras lavarme y aclararme la espuma.

Por más que a partir de ahora estuvieran a salvo, habían pasado por un calvario, y estaban desubicadas y asustadas. Hasta que llegásemos a la aldea y se reunieran con sus parejas y familiares, nosotros debíamos cuidar de ellas de la mejor manera posible. Habían sido arrancadas de su hogar mucho tiempo atrás, mantenidas en cautiverio y maltratadas, y ahora debían adaptarse de nuevo. Las pobres necesitaban ayuda.

Así que empecé a levantarme para salir del lago, aunque me hubiera quedado allí dentro un mes. ¡Se estaba tan a gustito!

—¡¡Calliiiiieeeee!! ¡Baja aquí ahora mismo! —gritó Lorna, aún montada a lomos de Benju.

¿Por qué narices no había bajado aún?

Toruch le tendía la mano para ayudarla a descender, pero ella se apartaba como si quemara.

—Creo que lo mejor será que acudas al rescate de tu amiga la loca —dijo Lansh.

—¡Eh, un respeto, rubiales! ¡Que es mi mejor amiga!

—Los dioses los crían y ellos se juntan —soltó.

—¡Te vas a ganar una hostia! Porque no tengo tiempo, que sino… —murmuré, saliendo del agua.

Daryos le dio una colleja a Lansh.

—¡Eh, cabrón! Que yo sepa, a ti no te he hecho nada —protestó riendo.

—Te la he dado de parte de Callie. Te la merecías. —Me miró con cara de *atontao*—. ¡Qué guapa estás cuando te cabreas, amor!

Me giré y les lancé a ambos una mirada de odio, pero salí del agua ahogando las risas. Volver a estar con mi barog y mis amigos era maravilloso. Los había echado mucho de menos.

—A ver, McPhee, ¿puedes darle la mano a Toruch y bajar de Benju de una vez? —le dije mientras me aproximaba a ellos.

—Dile al barog este que no me toque.

—Pero si llevas todo el camino hablando con él y te ha ayudado a bajar otras tantas veces. Toruch es un gran tipo, Lorna. Acepta su mano y deja ya de tocarle las pelotas al pobre.

—¡¡Ajá!! Ahí está el problema, Callie. ¡Precisamente de pelotas va la cosa!

Abrí los ojos como platos.

—A ver, ¿qué me he perdido?

—Pues nada, que el barog este me ha hecho una proposición indecente.

Miré a Lorna y luego a Toruch, y luego a Lorna otra vez.

—¿Cómo de indecente? Porque, que yo recuerde, tú y…

—Shhh. A callar, Calista. Indecente y punto.

Alcé una ceja, desconcertada.

—A ver, ¿desde cuándo te has convertido tú en una mojigata? Si no te interesa, pues le dices a Toruch educadamente que no y listo. Estoy segura de que él lo entenderá.

Aunque a regañadientes, al fin aceptó la mano de Toruch y desmontó de Benju, que, por algún motivo incomprensible, se había negado a doblar las patas y a colaborar para ponérselo más fácil a Lorna. ¡Pues sí que empezaban bien las cosas!

Nada más alcanzar el suelo, Toruch la sujetó de la cintura contra su cuerpo para equilibrarla... o lo que fuera. El barog tenía una sonrisa canalla en los labios y un brillo inconfundible en sus cálidos ojos marrones.

«Ay, ay, ay».

Ella lo apartó enseguida de un empujón, se agarró a mi brazo y empezamos a caminar.

—El problema, Callie, es que igual sí que me interesa —me susurró al oído.

—¡Ay la hostia, McPhee! Creo que voy a tener que explicarte antes unas cuantas cosas sobre los barogs.

Me giré un momento a mirar a Toruch y le apunté con el dedo.

—Eh, casanova, tú sabes que Lorna no es una descendiente, ¿verdad? No quiero accidentes desagradables, ¿lo pillas?

El tío sonrió tan tranquilo.

—Y tú sabes que también tengo una forma humana, ¿verdad?

«Y muy bonita, por cierto», pensé, recordando lo buenorro que estaba Toruch en su forma humana. Todos los barogs estaban tremendos cuando se transformaban en hombres.

A Lorna se le iban a salir los ojos de las órbitas cuando lo viera.

Le lancé una miradita de advertencia y volví a girarme. Lorna se agarró a mi brazo con más fuerza mientras la conducía hacia las piscinas naturales. Mi amiga necesitaba un bañito con urgencia.

—Y ahora, Calista, desembucha.

Puse los ojos en blanco.

Subimos hasta los lagos mientras me hacía prometerle que le daría todos los detalles escabrosos sobre el sexo con los barogs. Gracias a los dioses, como no era una descendiente, los hermanos perdidos no la habían tocado. Por lo que acababa de ver, a Toruch no le importaba lo más mínimo que fuera una humana normal y corriente. Seguro que el chaval era muy imaginativo…, y Lorna también lo era.

La dejé en el lago con Tina, Emi y Jenny, y yo fui junto a Susi. Ayudé a Sylvia a salir del agua y la acompañé a ella y a las demás a la cueva grande para que se instalaran y tuvieran todo lo necesario. Había un arcón con algunos vestidos viejos pero limpios y los repartimos entre todas. Al parecer, la mayoría eran diseños de Susi. Cuando estuviéramos ya instaladas en la aldea, tendría que hablar seriamente con ella acerca del asunto de la ropa interior. Vaya, que le pediría que diseñara y confeccionara bragas para todas.

Cuando me deshice al fin del vestido mugriento que llevaba desde hacía días, suspiré aliviada. El nuevo era de un color melocotón suave.

Decidimos que las mujeres dormiríamos todas en la cueva grande y los barogs se distribuirían entre las pequeñas. Con todo lo que habían sufrido las descendientes, consideramos que, por esa noche, era la mejor opción. A Daryos y Ciench no les hizo ninguna gracia,

pero no les quedaba más remedio que aguantarse, al igual que Cyrus, Xerx y Axeh.

Una vez limpia y vestida, Daryos me llamó para que pasara a ver a Xioh. El sanador me esperaba en una de las cuevas adyacentes, con todo su material desplegado sobre una mesa de madera improvisada.

Me senté en el borde de la tarima de piedra, donde tiempo atrás Daryos y yo habíamos compartido una sesión de sexo increíble, y me quedé quieta mientras el sanador me examinaba. Siempre era muy respetuoso y cuidadoso, lo cual era de agradecer.

—Su sanador hizo un buen trabajo. El brazo está perfecto, en unos días tan solo verás la línea rosada de la cicatriz. El muslo está curando más despacio, lo cual es normal. Esa herida necesitaba reposo, y tú has cruzado los pantanos y la selva en ese estado. Pero no me preocupa. No parece que haya infección y está cicatrizando bien. Te aplicaré un ungüento que acelerará la sanación.

Daryos, de pie a mi lado, me acarició el cabello. Me estremecí.

—¿Estás seguro de que no está infectada? —preguntó, arrugando el ceño—. Porque todavía cojea un poco.

—Estoy bien, grandullón.

—Ya, pero eso no me tranquiliza. Siempre dices lo mismo, y ese muslo se encuentra bastante lejos de estar bien.

—Si hubiera algo de lo que preocuparse, os lo diría, D. No sufras. En unos días estará como nueva —afirmó Xioh.

—¿Y el costado? —preguntó Daryos arrugando un poco más el ceño.

—No me duele desde hace muchos días.

—Quiero que Xioh lo vea también. Por si acaso.

—Vale, Callie, necesito que te bajes esta parte del vestido, ¿cómo lo ves?

Torcí el gesto.

—Pues que no me apetece.

—Amor, no saldremos de aquí hasta que Xioh examine la última herida.

Puse los ojos en blanco. El problema era que me aterraba desnudarme delante de… quien fuera… otra vez. Sentía el estómago

revuelto con tan solo pensarlo.

—Qué pesadito eres, Daryos. ¿Por qué no te vas a dar una vuelta y me dejas sola con el médico? Me estás poniendo nerviosa.

Me miró con los ojos desorbitados.

—¿Crees que voy a dejarte sola medio desnuda con otro macho? Sin ofender, Xioh.

Este le hizo un gesto para quitarle importancia.

—¡Ay, la hostia! De verdad que a veces pareces tonto.

—¿Volvemos a los insultos, amor? Ya los echaba de menos.

—Xioh es sanador. Y, además, le importa tres pepinos verme desnuda. ¿O has olvidado un pequeño detallito de tu amigo?

Daryos se tensó.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —dijo Xioh, sonriendo.

—Me quedo y punto. Quiero ver la herida y si es grave.

—Lo que tú quieras, hombre. Hay que joderse —resoplé.

«Vamos, tranquila, no pasa nada. Solo son tu médico y amigo, y tu barog. Puedes hacerlo».

Sin mirarlo, me di un poco la vuelta para darles la espalda a ambos, me bajé los tirantes del vestido y los deslicé por mis hombros. Cuando la parte superior de mi cuerpo estuvo desnuda, me tapé los pechos cruzando los brazos delante.

Xioh examinó con cuidado las heridas de garra que Antara me había dejado en un lado, sobre las costillas. Daryos se inclinó un poco para verlas mejor.

—Están casi curadas. Tampoco aquí hay infección. Parecen profundas, pero, milagrosamente, no han dañado nada importante, o te habrías dado cuenta. Has tenido suerte, Callie. Podría haber sido mucho peor.

Daryos suspiró sonoramente.

—¿Ya estás tranquilo, amorcito? —le dije, algo cabreada.

—Pues bastante más, la verdad. —El muy capullo sonrió.

Cuando Xioh acabó de embadurnarme la herida con el ungüento, recogió sus cosas y nos dejó solos. Yo me apresuré a subirme el vestido bajo la mirada atenta de mi barog. Por un instante, me sentí incómoda, y eso me partió el corazón. No quería sentirme así con él. Supongo que aún tenía muy reciente todo lo que me había ocurrido.

—¿Estás bien, *hoa uhane*? —Su voz destilaba preocupación.

—Claro, ya has oído a Xioh.

Deslizó los dedos bajo mi barbilla y me alzó el rostro hacia él. Estaba de pie, frente a mí, y yo todavía sentada, así que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás.

—Eh, estás hablando conmigo. Puedes contarme lo que sea, lo sabes, ¿verdad?

Asentí. Sus ojos angustiados seguían clavados en los míos. Esta vez, no aparté la mirada. No quería preocuparlo más de lo que ya estaba.

Se sentó junto a mí y me acarició el muslo con suavidad, justo al lado de la cicatriz. Su roce me erizó la piel.

—Eso tuvo que doler. ¿Fue en la caída?

—Creo que choqué con algo cuando la corriente me arrastraba. Había un montón de rocas y ramas.

Hizo una mueca de dolor.

—Pensar que tuviste que pasar por todo eso… Que estuviste sola en ese río… Que pasaste una semana con esas bestias… —Se calló en seco y apretó la mandíbula.

Sentí una fuerte presión en el pecho.

—Fue horrible, no voy a decirte lo contrario. Cuando Antara me empujó y caí al río, pensé que moriría. Llegué al último remanso hecha una mierda. Había mucha sangre y… En fin. Eso no fue nada comparado con lo que vino después.

Tembló.

Entrelazó sus dedos con los míos y nos miramos a los ojos. Había lágrimas en los de ambos.

—Debí matar a Antara en cuanto apareció en la cueva aquella noche. Nada de esto habría sucedido.

—Sí, debiste hacerlo. —Hizo una mueca de dolor, como si le hubiera golpeado con fuerza—. Pero eres tan bueno, amor, que quieres creer en la bondad de los demás. Por eso no la mataste, porque no pensaste que fuera realmente malvada.

—Todo lo que te ha sucedido es culpa mía y jamás me lo perdonaré.

Levanté la mano y la posé sobre su mejilla. Él suspiró y la retuvo ahí para que no la apartara.

—Escúchame bien, barog cabezota —mis palabras le arrancaron una sonrisa—, nada de lo que ocurrió fue culpa tuya, ¿te enteras? Ser demasiado bueno no es un delito, al contrario. Yo te amo con locura por ello. Además, si no me hubiera empujado al río, jamás habríamos encontrado la aldea de los perdidos. Susi, Sylvia y las demás seguirían allí cautivas, tal vez de por vida. ¡Y Lorna también!

—Las habríamos encontrado tarde o temprano.

—No lo hicisteis en diez años, Daryos. Lo que me ocurrió, os llevó hasta los pantanos.

—Eso es cierto. Pudimos seguir tu rastro, sabíamos que ellos te habían encontrado. Pero la angustia fue…

—No pienses en ello. Lo único que importa ahora es que sobreviví y estamos juntos de nuevo. Y que todas esas mujeres al fin están a salvo.

Me miró y asintió. Entonces, sus ojos se desviaron hacia mi pómulo. Todavía me dolía un poco, así que probablemente seguía amoratado. El momento en que Ux me golpeó flasheó en mi mente. Me encogí.

Daryos me lo acarició con suavidad con el dorso de los dedos.

—¿Me contarás lo que ocurrió? No quiero presionarte, solo… cuéntame lo que tú quieras —dijo con tristeza.

Tragué saliva.

—Lo haré. Solo dame un poco de tiempo. Esta noche necesito descansar y no pensar en nada.

—Lo que necesites, amor. Cuando quieras hablar, aquí estaré.

«Este barog es simplemente perfecto».

—Hablaremos, te lo prometo, y no solo contigo. Tengo que explicaros a ti y a Cyrus… algunas cosas. Pero eso será mañana, ¿de acuerdo?

Él abrió un poco más los ojos. El movimiento fue casi imperceptible.

—¿A Cyrus? ¿Información sobre los perdidos? Eso, sin duda, nos será muy útil. Nos ayudará a prepararnos mejor contra el enemigo.

—Sí, eso y… otras cosas.

—Me dejas intrigado, amor —dijo, pero no insistió.

Se inclinó sobre mí y me besó la mejilla con suavidad. No intentó besarme de ese modo apasionado y fogoso al que me tenía acostumbrada, ni tampoco agobiarme. Se limitó a abrazarme con suavidad y mimarme.

Al poco, nos levantamos y nos dirigimos a la cueva grande para reunirnos con los demás. Aunque estaba muy a gusto con él, un nubarrón se había instalado entre nosotros y sabía que, hasta que no le contase lo ocurrido, no se disiparía.

Pronto anocheció y nos reunimos todos alrededor del fuego para cenar. Tenía muchas imágenes en la cabeza del infierno que habíamos vivido, pero me esforcé por disfrutar de esa velada de calma junto a mis amigos, la primera que teníamos en muchos días.

Tras la cena, los barogs se fueron a dormir a las otras cuevas y las mujeres nos distribuimos en los jergones de la grande. Yo compartí el mío con Lorna, a la que tuve que mandar callar tres veces antes de que me dejara dormir tranquila. Había olvidado lo mucho que hablaba cuando cogía carrerilla. Me entristecía que la pobre hubiera acabado también en Nemea, pero estaba feliz de tener a mi mejor amiga conmigo. Roncaba a mi lado y apenas podía creerlo.

Traté de reordenar mis pensamientos y decidir qué le contaría a Daryos al día siguiente. Al final, llegué a la conclusión de que se lo explicaría todo, aunque obviando los detalles más desagradables. Tampoco aportaban nada.

En cuanto a lo demás, les hablaría a él y a su hermano de Ux, el barog enamorado de su madre que asesinó a toda su familia. El hijo de puta más grande que existía en Nemea.

37 removiendo el dolor del pasado
callie

Lo primero que vi al despertarme fueron dos ojos plateados mirándome fijamente. Pegué un bote en la cama y me llevé un susto de muerte hasta que procesé que era Artia, y no Antara. Había rechazado un jergón y se había acostado en el suelo a mi lado. Empezaba a pensar que aquello, más que amistad, era un poco de obsesión. Pero, al igual que los *llitops* despeinados, tener una *aninf* de mi parte en ese mundo letal podría ser de gran ayuda. ¡Hay que ser prácticos!

Lorna seguía roncando como si su vida fuera perfecta. Pensar que, en unas décadas, mi amiga moriría y las demás viviríamos muchos siglos sin ella me partía el corazón. Pero no iba a preocuparme por eso por ahora. ¡Todavía teníamos Lorna para rato!

Tina, Jenny, Emi y algunas de las otras mujeres ya se habían levantado, así que preparamos el desayuno entre todas juntas, a base de bayas, panecillos y un caldo un poco sospechoso, y nos lo comimos tranquilamente entre charlas.

Mis tres queridas estudiantes me contaron algunas cosillas más que me había perdido durante mi semanita de vacaciones en Villa Pesadillas, como el problemilla que hubo cuando Axeh y Xerx abordaron a unas *aninfs* para sacarles información, mientras Emi y Jenny sacaban las uñas para defender su territorio.

Tina y yo nos reíamos a gusto a costa de nuestras pobres amigas. Por lo que parecía, el romance de Emi iba viento en popa y, según ella misma nos dijo, muy pronto tendrían fuegos artificiales por todo lo alto. Vaya, que se iba a tirar a su flamante barog en cuanto llegásemos a la aldea. Al pobre se le caía la baba por ella.

Respecto a Jenny y Xerx, el romance se cocía a fuego lento, pero se habían desencallado los obstáculos e iban avanzando. ¡Bien por ellos!

Tras el desayuno, me acerqué a Sylvia y el pequeño, que en ese momento se encontraban con Susi y Penny. Charlamos un rato sobre las amigas con las que se reencontrarían en la aldea, a las que tenían muchas ganas de ver.

Sylvia y Penny habían perdido a sus barogs en la guerra, así que eludimos ese tema. Pero así como Sylvia parecía devastada por la muerte de su *hoa uhane*, Penny apenas hablaba del suyo. Susi me había mencionado que su amiga no tuvo mucha suerte en la cacería y se vio obligada a vincularse a un barog que no la trataba demasiado bien. Me estremecí al pensar en ello, recordando todo lo que había presenciado en mi cacería.

Tras asegurarme de que estaban todas bien, abandoné la cueva en dirección a la gruta en la que habían pasado la noche el rey y el príncipe.

Me encontré a Daryos desperezándose fuera, con los ojos todavía soñolientos, estirando los músculos de ese cuerpazo de infarto. ¡Si es que mi barog estaba buenorro en cualquiera de sus formas!

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? —Se acercó y me besó con suavidad en la mejilla. Supongo que todavía no me veía muy predispuesta a lanzarme a sus brazos.

—Pues teniendo en cuenta que Lorna roncaba a mi izquierda y mi amiga Artia me observaba desde la derecha, bastante bien, la verdad.

Soltó una carcajada que me calentó la sangre.

—Haces amigos muy extraños, amor.

—No me digas —refunfuñé.

—Ves, si hubieras dormido conmigo, eso no te habría pasado.

—Claro, porque tú no roncas en absoluto.

—¡Eh! Eso es un golpe bajo. Pero no pasa nada, te perdono. Cuando pasemos la primera noche en la aldea te demostraré que estás muy equivocada.

Elevó dos veces las cejas mientras sus ojos brillaban. No pude evitar reírme.

—Tu barog es de lo más sutil, Callie, ya lo ves —dijo Xerx saliendo de la cueva. Pasó junto a nosotros en dirección a la gruta grande—. ¿Habéis dejado algo de comer? ¡Me muero de hambre!

Como si Jenny lo hubiera presentido, asomó en ese instante en la entrada y le sonrió tímidamente.

Daryos aprovechó mi momento de despiste para rodearme por la cintura y atraerme hacia su enorme cuerpo.

—Entonces, amor, ¿qué vamos a hacer hoy? ¿Un paseíto romántico por la selva, solos tú y yo? —dijo levantando otra vez las cejas—. ¿O quieres que avise a Cyrus para hablar?

Se me hizo un nudo en la boca del estómago. Lo que iba a explicarles a ambos no iba a ser agradable.

—Por muy tentador que sea el paseíto romántico, lo que tengo que contaros no puede esperar.

—¿Aviso a todos los demás barogs?

Negué con la cabeza.

—Solo el rey, Tina, tú y yo. Después, ya decidiréis vosotros qué parte compartís con vuestros amigos.

—Me estás asustando, amor.

No contesté. Supongo que mi mirada le dijo todo cuanto necesitaba saber, así que no insistió.

—Avisaré a mi hermano enseguida. Podemos reunirnos en nuestra cueva. Los demás van a salir a cazar. Hoy nos quedaremos aquí y mañana reanudaremos el viaje.

—Perfecto. Así Sylvia y las otras mujeres podrán recobrar fuerzas antes de reemprender la marcha.

Me despedí de él y fui a buscar a Tina. Le dije que iba a contarles algo a nuestros barogs que les afectaría mucho; que, tal vez, se quedarían un poco hechos polvo después de eso; y que, a buen seguro, Cyrus la necesitaría para asimilarlo.

—¿Tan terrible es?

—Sí, Tina. Es algo relacionado con la muerte de su familia.

Apretó la mandíbula y asintió. Por instinto, nos cogimos de la mano y nos dirigimos juntas a la cueva donde nuestros barogs nos aguardaban.

Inspiré hondo para reunir valor, y entramos.



Nos sentamos en los jergones que estaban dispuestos en el suelo, Cyrus y Tina juntos, Daryos y yo frente a ellos. Empecé hablándoles de la aldea de los perdidos; de cuántos eran aproximadamente; de la distinción que hacían entre los barogs, medio humanos, y los inferiores, medio *aninf*; de cómo convivían unos con otros, además de con las *aninfs* macho y hembra; de las armas que había visto; de la manera en que se organizaban… Les dije todo lo que recordaba.

En cuanto a las mujeres, solo les hablé de las condiciones en que las tenían y del nacimiento del hijo de Sylvia. No hizo falta que les diera detalles, ellos solitos podían sacar sus propias conclusiones.

Y llegó el momento de hablar de su líder.

—Todo eso nos será de gran ayuda cuando nos enfrentemos a ellos, Callie. Te lo agradezco de veras. Tiene mucho mérito que te fijaras en tantas cosas, considerando la situación terrible en la que te encontrabas —dijo Cyrus con su voz grave. Sus ojos eran sinceros.

—Sí, amor, es una información muy valiosa —añadió Daryos, acariciándome el brazo.

Lo que estaba a punto de decirles no les iba a gustar tanto. Intercambié una mirada con Tina, que me comprendió en el acto. Se acercó un poco más a su barog y le pasó un brazo alrededor del suyo. Él se lo acarició.

—Ahora, os hablaré de su líder —dije, sintiendo cómo se me cerraba la garganta. Pero no podía flaquear—. Su nombre es Uxuer, aunque lo llaman Ux, y su segundo al mando es Lorish. Los dos son unos cabrones de mucho cuidado, sobre todo el líder.

Daryos me observaba con atención, con los hombros tensos y la mandíbula apretada. Todavía no le había contado nada de lo que me había ocurrido a mí. Tuve la sensación de que intuía que estaba relacionado con el líder.

—¿Ux? Nunca he oído hablar de él. ¿Y tú, hermano? —preguntó el rey. Daryos negó con la cabeza.

—Os diré lo que él me contó, ¿de acuerdo? No sé si todo era cierto, pero me dio la impresión de que sí. Estaba convencido de que yo jamás lograría escapar, así que no tenía motivos para mentirme.

—Está bien, Callie. Adelante.

—Ux es sanador, tal como lo fue su padre. Él fue quien curó mis heridas. —Daryos se tensó aún más a mi lado y entrelazó los dedos con los míos. Ese contacto me dio fuerzas para seguir—. Conocía al padre de Xioh y Xerx, el otro sanador de la aldea. Era vuestro tío, ¿verdad?

—Así es. Xarix era hermano de paa. Lástima que no podamos preguntarle, murió en la Gran Guerra —dijo Daryos.

—Lo sé. Ux lo mató.

El rey y el príncipe intercambiaron una mirada.

—¿Te lo dijo él?

Asentí.

—Uxuer no inició la revuelta de los hermanos perdidos. Él solo siguió al barog que decidió separarse del resto de vuestra especie y procrear con las *aninfs*. Transcurrido un tiempo, se dio cuenta de que su descendencia se degradaba y los inferiores cada vez estaban más cerca de ser meros animales. Necesitaban de nuevo humanas descendientes, las únicas con las que podrían engendrar verdaderos barogs, fuertes pero también inteligentes. Bueno, todo eso que ya sabéis. Entonces, decidió traicionar a su líder, matarlo y ocupar su lugar. Y eso hizo.

—Menudo elemento —murmuró Daryos—. Si se unió a los perdidos desde el inicio, es normal que no lo recordemos. Hacía mucho que habían abandonado la aldea cuando nosotros nacimos, C.

—Puede que nuestro padre lo conociera. Sabía los nombres de todos aquellos que se habían rebelado y marchado —dijo el rey.

Tragué saliva.

—Sí, Cyrus. Tu padre lo conocía.

Un silencio amargo se extendió por la cueva.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Daryos. El rey se limitaba a mirarme fijamente a los ojos.

Reuní valor.

—Porque Ux lo mató a él también. Asesinó a toda vuestra familia en la Gran Guerra.

Los rugidos que siguieron hicieron temblar la cueva. Los hermanos se pusieron en pie y continuaron rugiendo, hasta que se acercaron el uno al otro, juntaron las frentes y juraron sobre la tumba de su padre y el honor de su linaje que no descansarían hasta acabar con Ux.

Tina y yo nos mantuvimos inmóviles y en silencio mientras éramos testigos de ese despliegue de rabia y tristeza. Verlos sufrir de ese modo era un espectáculo desolador.

Cuando al fin se calmaron un poco, volvieron a ocupar su lugar a nuestro lado. Daryos se pegó a mi cuerpo y me rodeó la cintura con el brazo. Todo él temblaba. Cyrus cogió la mano de Tina y ya no la soltó.

—Lo siento mucho. Siento ser yo la que os diga todo esto. Pero creo que debíais saberlo.

—Te lo agradecemos, amor. Al menos, ahora ya sabemos lo que pasó —dijo Daryos con la voz rota. Aun así, incluso destrozado, se las arregló para sonreírme y acariciarme la espalda. Su cola se instaló sobre mi muslo y ahí se quedó.

—Gracias, Callie. No te preocupes por nosotros. Aunque todavía duela, hace mucho que ocurrió. Y te aseguro que prefiero saber la identidad del cabrón que asesinó a mis padres y mis hermanos. Algún día le haremos pagar por ello. Y será gracias a ti —dijo Cyrus.

Me hizo una señal para que prosiguiera.

—Me temo que aún hay mucho más…

Les hablé del idilio de Ux con Tatiana, su madre. De todo cuanto ocurrió entre ellos antes y después de su llegada a Nemea. De lo que hizo su padre, Drashir, de la cacería, de la humillación que sufrió Ux y de cómo los asesinó en la Gran Guerra. También les conté sus ansias de poder y lo que pretendía hacer: vencerlos, matarlos y, así, acabar con el linaje de Drashir, e instalarse en el trono de Nemea para disfrutar de todas las mujeres que quisiera y los privilegios de

ser rey. Les mencioné todos los detalles que recordaba, uno a uno, por mucho que dolieran.

Cuando acabé, sus rostros estaban devastados por la pena, y Tina y yo teníamos los ojos anegados en lágrimas. Yo apenas podía respirar. Para mí era muy duro tener que decirles quién había destrozado a su familia y arruinado sus vidas para siempre.

—Todo eso es… Ese Ux es un monstruo peor de lo que imaginábamos. Más allá de que quiere apoderarse de todo y liderar la especie entera bajo su reinado del terror, lo hizo por venganza —dijo el rey, esforzándose por dejar a un lado el dolor y analizar fríamente las cosas.

—Sí, así es. Quería vengarse de vuestros padres con toda su alma. Y ahora quiere mataros a vosotros para acabar con toda su descendencia. Sabe quiénes sois y conoce casi todo de la aldea, así como lo que ha pasado estos años desde la guerra.

—Eso solo sería posible si hubiera un traidor entre nosotros —rugió Cyrus.

—Lo había. Era Yolk.

—¿Yolk? —Daryos abrió mucho los ojos—. Entonces, me alegro de haberlo matado, incluso más de lo que ya me alegraba.

—Cuando mataste a Yolk, Ux ya no recibió más información. Se quedó a ciegas. Por eso no sabe que os habéis reconciliado. Cree que todavía estáis enfrentados y que eso os debilita. Quiere aprovechar el momento porque está convencido de que la situación le otorga ventaja.

—El muy cabrón lo tiene todo pensado. Pues va a llevarse unas cuantas sorpresas —dijo el rey con su tono más gutural. Estaba muy cabreado.

—Creo que, en cuanto pueda, quiere deshacerse también de los ancianos. Pretende arrasar con todo y moldear la especie a su voluntad a partir de ahora. Instaurar sus propias reglas, que, básicamente, consisten en hacer lo que le dé la gana todo el tiempo.

—Ya veo. Pues no se lo vamos a poner nada fácil. No sabe con quién se está enfrentando —rugió Cyrus de nuevo. Entonces, miró a su hermano—. Con mayor razón ahora necesitamos a las panteras.

Tenemos que reclutarlas antes de que sea demasiado tarde y Ux intente ponerlas de su parte.

—Pasaremos por las cuevas de las panteras de camino a la aldea, C. Es muy arriesgado, pero, con Bazzeila, podemos conseguirlo —dijo Daryos. Yo me estremecí. ¿Más panteras? ¿En serio?—. Y necesitamos a los guardianes del templo.

—Enviaremos a alguien a hablar con Sulveh, tal como nos pidió. Él acudirá a nuestra llamada y se traerá a todos los que pueda —dijo el rey.

—Más ahora que Sylvia estará en la aldea —añadió mi barog—. Estoy seguro de que querrá verla lo antes posible. Hay que informarle de todo.

—¿Qué tiene que ver Sylvia con Sulveh? ¿Él es el hermano de su pareja? —pregunté mientras ataba cabos.

Ambos asintieron.

—Sulveh consagró su vida al templo cuando asesinaron a su *hoa uhane*, Elena, a su hermano, Sonah, y al resto de miembros de su familia. Creía que habían matado también a Sylvia. Se llevará una gran sorpresa cuando descubra que ella vive y que, además, acaba de hacerlo tío —dijo Daryos sonriendo.

—Técnicamente, no es el tío del bebé —dije encogiéndome—. Ni siquiera sabe quién es el padre, aunque, según me dijeron, es probable que sea Ux.

—Esos malnacidos… —murmuró el rey con el rostro demudado.

—Los masacraremos a todos, hermano. No dejaremos ni a uno solo con vida. Vengaremos a nuestras mujeres y a toda la especie —rugió Daryos. Entonces, suavizó su mirada al dirigirla hacia mí—. De todos modos, Sulveh es un buen barog. Estoy seguro de que se ocupará de Sylvia y de ese niño sin importarle nada más.

Cyrus asintió.

—Hay… una cosa más —dije. Daryos me miró con suspicacia—. Ux sabe que soy tu pareja. Ya sabía que tú tenías la marca de nacimiento, y ahora también que yo soy la descendiente de la profecía.

Sentí cómo se le aceleraba el pulso.

—Entiendo que sepa lo mío, pero Yolk murió en las mazmorras el día en que llegaste a Nemea. No tuvo tiempo de decirle nada de ti a Ux.

Alcé la mirada y la clavé en la del rey para eludir la de Daryos.

—Yo se lo dije.

—¿Qué? ¡¿Por qué?! Eso es… ¡Querrá recuperarte a toda costa, Callie! ¡Querrá vincularse a ti para convertirse en el rey de la profecía! —exclamó Daryos, alarmado.

—Lo sé. Hasta se hizo grabar una espiral en el pectoral. No tatuar, marcar.

—Esto empeora por momentos… —murmuró desesperado.

—No quería decírselo, me negué durante días a proporcionarle cualquier información, pero me exigió el nombre de mi barog. Traté de resistirme hasta el final, pero me amenazó con… hacerle mucho daño a Susi. No me quedó más remedio que decírselo. —Daryos estaba destrozado—. Pensé en mentirle, pero hacerlo solía tener consecuencias muy desagradables.

—Maldita sea, Callie. ¡Has pasado por un infierno! ¡Mataré a ese cabrón! ¡Lo destriparé con mis propias manos!

—Lo haremos juntos, hermano. Pero deja que tu *hoa uhane* acabe. —Cyrus me animó a continuar.

—Como decía, no me atreví a mentir. No tenía ni idea de si había otros infiltrados suyos en la aldea. Quizá ya sabía que eras mi barog y solo me estaba poniendo a prueba. Así que se lo dije. Por supuesto, su interés por mí aumentó todavía más. Él sabía lo de tu marca de la profecía, así que sumó dos más dos y acabó confirmando sus sospechas cuando vio la mía.

El aire se congeló a nuestro alrededor y Daryos me soltó de golpe.

—¿Vio tu marca? —Estaba muy quieto, con la mirada acerada.

Me limité a asentir. Tina se removió inquieta. Si había visto mi marca y había curado mis heridas, significaba que me había visto, como mínimo, medio desnuda.

—Vamos, hermano, nada de eso fue culpa de Callie. No flaquees ahora.

—¿Te crees que no lo sé, C? Ese monstruo nos las pagará. No descansaré hasta arrancarle el corazón con mis propias garras —dijo Daryos.

Jamás lo había visto tan fuera de sí, ni siquiera cuando destripó a Yolk y el otro barog en las mazmorras. Estaba muy alterado.

—Lo siento mucho, Daryos. —Lo miré cabizbaja—. No le dije nada más. Solo que eras mi barog. No tuve otra opción. Perdóname.

Si inclinó un poco sobre mí y me alzó la barbilla con los dedos.

—Mírame, Callie. Vamos, mírame.

Obedecí. Mis ojos se encontraron con los suyos. Uno, la esmeralda más hermosa y brillante. El otro, un zafiro resplandeciente. Me estremecí. Lo amaba tanto que a veces dolía.

—No tienes que pedirme perdón ni a mí ni a nadie. Por nada. Hiciste cuanto pudiste para sobrevivir. Y pese a todo lo que esa bestia te presionó, lo único que le dijiste fue mi nombre. Eres la mujer más valiente del universo, amor. Lograste liberar a todas las descendientes y escapar de la aldea.

—En realidad, fueron los *llitops* los que abrieron la celda.

—Ya, ¿y por qué lo hicieron? Porque tú los salvaste antes. Tu valor y tu buen corazón salvaron a todas esas pobres humanas —dijo Daryos. Acercó un poco el rostro, pero se detuvo a apenas unos centímetros de mi boca y no me besó.

—Daryos tiene razón, Callie. No podemos más que estarte agradecidos. Y todo lo que nos has contado nos ayudará en la guerra de un modo que no puedes ni imaginar —añadió el rey.

Tina se levantó en silencio, caminó hasta mí y me abrazó. Ese gesto de cariño profundo, sobre todo proveniente de la fría y arrogante Tina Martins, me enterneció.

Tras intercambiar algunas palabras más, Daryos les pidió que nos dejaran a solas. Pero yo necesitaba salir de allí dentro. Me ahogaba.

—Me gustaría hablar un poco más contigo, Callie. ¿Te parece bien?

—Sí, es mejor que te lo cuente todo y acabemos con esto. Pero preferiría hacerlo fuera. Necesito un poco de aire.

—Por supuesto, amor. Podemos sentarnos a la orilla de uno de los lagos. Mis amigos se marchan a cazar, y supongo que las

descendientes estarán en la cueva descansando.

—Buena idea. Me irá bien salir de aquí.

Me cogió de la mano y nos dirigimos al lago más alejado, que quedaba algo apartado de la entrada de las cuevas. Nos acercamos a la orilla y me ayudó a sentarme. Ambos sumergimos los pies dentro.

—Intentaré contártelo todo, Daryos, ¿de acuerdo? Pero ten paciencia si voy despacio o… me atasco. No va a ser fácil.

Se le movió la nuez al tragar saliva.

—Cuéntamelo solo si tú quieres. Aunque no te negaré que estoy muy angustiado, puedo esperar, te lo prometo. De hecho, me refería a charlar un rato para asegurarme de que estás bien.

—Yo estoy bien, sois vosotros los que me preocupáis. Acabo de contaros algo terrible.

Me cogió de la mano, se la llevó a los labios y luego la dejó sobre su regazo y ya no me soltó.

—Fue hace mucho tiempo, amor. Fue espantoso, pero lo superamos. Y ahora tendremos la oportunidad de vengarnos de ese monstruo. Por lo de mi familia. Por lo que le hizo a toda la especie. Por la Gran Guerra. Por las descendientes. Y, sobre todo, por ti, mi hermosa *hoa uhane.*

—Te quiero, Daryos. Muchísimo.

Él esbozó esa sonrisa amplia y luminosa que me robó el corazón desde la primera vez que la vi.

—Te quiero, Callie. Con toda mi alma.

Nos quedamos en silencio unos segundos, contemplando el agua turquesa y deleitándonos con su frescor. Hacía un calor de mil demonios, el sol volvía a brillar en el cielo, tras días de tormentas, y el roce del agua era un alivio.

—No me violó —dije sin más. No quería prolongar su agonía.

Él soltó de golpe el aire de sus pulmones.

—No sabes lo mucho que he sufrido pensando que alguno de ellos lo haría. No por mí… Bueno, sí, ¡también por mí, joder! Me hubiera destrozado. Pero, sobre todo, por ti. Que tuvieras que pasar por algo así me revolvía el estómago. Me dolía tanto el corazón que creía que iba a morirme, amor.

Le acaricié fugazmente la mejilla.

—Ux lo intentó varias veces, pero siempre ocurría algo que lo obligaba a detenerse. El parto de Sylvia, los pulpos… Creo que los dioses me ayudaron un poco —dije, intentando sonreír. Lo conseguí a medias—. Pero sí ocurrieron otras cosas, Daryos. Cosas que no sé si quieres saber ni si deseo contártelas. Pero siento aquí dentro —dije señalándome el corazón— que debo hacerlo.

—Nada de lo que puedas contarme jamás hará que te ame ni una gota menos de lo que te amo ahora.

Lo miré a los ojos y solo vi determinación y franqueza absoluta. Así que se lo conté todo… o casi todo. Todo lo que ocurrió y todas las decisiones que tomé para sobrevivir.



Cuando acabé, los dos estábamos temblando. Él no había abierto la boca en ningún momento. Se masajeó el pecho varias veces, justo encima del corazón, sollozó un poco y rugió como un desesperado. No me interrumpió y no me juzgó.

Aguantó estoicamente hasta que acabé.

Sus ojos estaban vidriosos, los míos derramaban ríos de lágrimas. El pecho me dolía y me costaba respirar. No osaba tocarlo, no sabía si me rechazaría.

«No es culpa tuya. No has hecho nada malo. Todo cuanto hiciste, fue para sobrevivir». Pero, aunque fuera verdad, me repugnaba a mí misma.

Se levantó de un salto y empezó a caminar como un loco de un lado a otro. Tenía el rostro desencajado, las garras extendidas y su pecho subía y bajaba aparatosamente.

«No debería habérselo contado. Soy una idiota».

—Di algo, Daryos. Este silencio me está matando.

Tras unos segundos agónicos más, se detuvo. Se acercó a mí a grandes zancadas, salvando la poca distancia que nos separaba.

Me tendió ambas manos y, cuando se las cogí, tiró de mí para ponerme en pie. Me rodeó con sus brazos musculosos y me sujetó bien pegada a su cuerpo. Temblé.

Clavó sus hermosos ojos en los míos y dijo:

—Como te he dicho, amor, nada de lo que digas o hagas podrá jamás hacer que te quiera menos.

—¿Lo dices en serio? Porque entendería que estuvieras disgustado y enfadado.

—Mataré a ese cabrón por lo que te hizo. Estoy disgustado, por supuesto, pero no por culpa tuya, sino por lo mucho que te amo y lo mucho que me destroza que hayas sufrido tanto. Y estoy cabreado con ese monstruo de mierda. Te juro por los dioses del manantial que tiene los días contados.

—¿Sabes que eres el mejor barog del planeta?

—Lo sé, pero me encanta que te des cuenta —dijo, clavando la mirada en mis labios—. Y ahora, me gustaría borrar a ese cabrón de tus labios para siempre. ¿Me dejas hacerlo, *hoa uhane*?

Asentí.

Y él devoró mi boca.

38 nuestro hogar
callie

Aunque inicialmente el plan era pasar por las cuevas de las panteras de camino a la aldea, puesto que solo había que desviarse un poco, finalmente Cyrus decidió que lo haríamos al revés.

Sylvia, aunque estaba mucho mejor, no podía afrontar de nuevo otro viaje largo, y todas las descendientes rescatadas necesitaban llegar a la aldea para reencontrarse con sus seres queridos y poder descansar al fin en buenas condiciones.

Así que el rey y el príncipe reajustaron el plan a uno más realista. Iríamos solo unos pocos a las cuevas de las panteras y sería un par de días después de nuestra llegada a la aldea. Descansaríamos, repondríamos fuerzas y nos pondríamos de nuevo en marcha.

Si todo salía según lo previsto, la expedición no nos llevaría más de una jornada. Eso sí, desde el amanecer hasta la puesta de sol.

Era mediodía cuando al fin entramos en la aldea ocho barogs, tres felinos, dieciséis mujeres descendientes, un bebé… y una humana corriente. ¡Ah, y Artia! Los *llitops* también nos siguieron, pero no entraron en la aldea. Se quedaron en los frondosos arbustos circundantes, plagados de bayas de todos los colores y tamaños. Por mucho que intenté que se marcharan, no me hicieron ni caso, lo cual tampoco me sorprendió demasiado. Iba a tenerlos pegados al culo por los siglos de los siglos.

Nuestra llegada fue tan emotiva que acabamos casi todas llorando. Las gentes de la aldea recibieron a las mujeres entre besos y abrazos, lloros y risas. Hubo reencuentros de parejas, amigos, familiares… Fue lo más intenso y hermoso que había experimentado en mi vida. Estábamos de nuevo ahí y apenas podía creerlo.

Las descendientes se instalaron en sus antiguas viviendas o con algún familiar, salvo Sylvia y el bebé a los que, por el momento, acomodaron en la casa posada. Así tendría más espacio con el niño,

y sería más cómodo para que Xioh los atendiera y las mujeres nos fuéramos turnando para ayudarlos.

El rey ordenó que le construyeran enseguida una casa para que, en cuanto estuviera recuperada por completo, pudieran instalarse en su propio hogar. Su antigua casa, al igual que la de Susi, había sido pasto de las llamas junto con el resto de la aldea pequeña. Daryos supervisaría las obras en cuanto regresáramos de las cuevas de las panteras.

Emi se las arregló para ofrecerse a cuidar de Sylvia unos días, dados sus conocimientos de enfermera. Ya había ayudado en alguna ocasión a Xioh y dijo que quería seguir aprendiendo de él.

Lo primero que pensé fue que quería escaquearse y evitar tener que alojarse con Axeh. Él torció un poco el gesto pero no protestó. Emi le aseguró que iría a vivir con él en cuanto Sylvia estuviera recuperada del todo. Jenny decidió unirse también a ellas y se alojaría por el momento en la casa posada. Xerx no pareció sorprendido. Tal vez ya lo hubiesen hablado.

Susi y Ciench entraron en una bonita casa no muy lejos de la posada. Ella parecía nerviosa, pero tenía una sonrisa en los labios. Esperaba de corazón que les fueran bien las cosas. Las cicatrices que Susi llevaba en el alma nunca desaparecerían, pero, si algo podía suavizarlas, era el amor inmenso de su barog. Le cedió el paso en la puerta, apoyándole una mano con delicadeza en la parte baja de la espalda, y entró tras ella. Aquella no era la vivienda que habían compartido junto al lago esmeralda. Sin embargo, se convertiría en su nuevo hogar y en el punto de partida de una nueva etapa. Ahí retomaban, al fin, su vida.

Estábamos llegando a casa de Daryos, cuando Lorna se acercó a mí a la carrera y me agarró del brazo.

—Necesito hablar un momento contigo, Callie.

Miré a mi barog y le pedí que me esperara. Él asintió y aprovechó para hablar con Goria y Marla, que estaban felices de que hubiéramos vuelto. Marla me había dado no sé cuántos abrazos, agradeciéndome que hubiera salvado a las otras mujeres. Al parecer, algunas de ellas eran sus mejores amigas, como Susi, que había

tenido un puesto en la plaza al lado del suyo. También Sylvia, cuyo barog estaba emparentado con Goria.

—¿Qué ocurre, McPhee?

—Toruch me ha propuesto que me aloje en su casa.

Abrí los ojos como platos.

—Penny te ha ofrecido un sitio en la suya, tiene un dormitorio extra para ti. Además, su barog murió y está sola. Creía que ibas a quedarte con ella. Y si no, siempre puedes alojarte en la casa posada con Sylvia y el bebé. Emi y Jenny se quedan allí también. Aquello es enorme y bonito.

—Lo sé, pero es que… ¡Ay, Calista! ¡No sé qué hacer!

—Hace poco estabas gritándole al pobre que te dejara en paz porque te había propuesto no sé qué, y ahora resulta que te estás planteando irte a vivir con él. ¡Acabas de conocerle!

—Ya, ya sé que suena a locura.

—Tampoco sería la primera locura que haces.

—Shhh, déjame hablar, Calista. A ver, estoy en este planeta lleno de barogs y descendientes, signifique eso lo que signifique. Y ese hombretón…

—Barog. Ese *barog,* Lorna.

—No me interrumpas. Ese barog parece interesado en mí. Y yo no quiero acabar quedándome sola, ¿sabes? —dijo mirándome en plan perrito abandonado con sus ojitos castaños.

—Oye, si me estás diciendo que no quieres quedarte sola para toda la vida, lo entiendo. Pero ¡acabas de llegar, McPhee! ¿No puedes esperar un poco y ver si realmente quieres estar con Toruch?

—Tengo cuarenta y cinco años, Callie.

—Joven y bella.

—Por ahora. ¿Cuántos años me quedan antes de que sea una vieja pelleja y no me quiera nadie?

—No me llores, Lorna. Falta mucho para eso, eres una mujer de armas tomar.

—Seamos realistas, ¿de acuerdo? Aquí todos son jóvenes y lozanos durante siglos. Tengo que aprovechar para ser feliz mientras pueda. Yo no soy una descendiente de esas —dijo y acabó señalándome.

Me incliné un poco hacia ella y la agarré por los hombros.

—Pues por eso mismo, Lorna. No eres una descendiente. ¿Tú has visto a esos tipos? ¿Has visto lo grande que es Toruch? Cuando veas la polla que tiene vas a alucinar. Y no lo digo en plan positivo.

—Qué bruta eres, Calista.

—¡Lo digo muy en serio! No podrás acostarte con él en su forma barog, te mataría. No estoy exagerando.

—Pero… se pueden hacer muchas otras cosas, Callie.

—¿No te da miedo? Porque a mí, al principio, me aterraba que Daryos me pusiera la mano encima. La primera vez que estuve con él, pensé que me partiría por la mitad.

—No lo hizo, ¿no?

—Porque la anatomía de las mujeres descendientes es un poco distinta a la de las humanas normales y corrientes. Estamos preparadas para recibirlos y acogerlos dentro. Nuestro cuerpo se adapta, pero el tuyo no tiene esa capacidad.

—Me ha dicho que se transformará en humano siempre que…, ya sabes.

—Vale, puede que eso funcione. Pero no podrá tener forma humana cada dos por tres. Lo tienen prohibido por el rey y, además, estamos a las puertas de una guerra, y en cualquier momento puede atacar el enemigo.

—Creo que me gusta Toruch y que vamos a llevarnos muy bien.

Puse los ojos en blanco.

—Ya veo que me escuchas.

—Te escucho, Callie. No tengo ninguna intención de morir, así que no me acostaré con él en su forma barog.

—No podrías ni aunque quisieras, créeme.

Me ignoró por completo y siguió a lo suyo.

—Me quedaré en su casa. Me lo tomaré con calma, nos iremos conociendo…

—Ya. Te doy unas horas.

—¿Por qué me juzgas tanto?

—No te juzgo, constato un hecho. En cuanto entres en esa casa, serás suya para siempre. Así funcionan las cosas aquí.

—Soy una mujer adulta e independiente.

—Claro, lo demuestras de maravilla.

—Oye, que tú también estás emparejada con Daryos y no veo que te quejes demasiado.

—¿Estás comparando mi relación con Daryos con la tuya con un tipo al que acabas de conocer?

—No te enfades, Callie, eres mi mejor amiga. La única que tengo aquí.

—No me enfado, me preocupo. Y ya verás como pronto tendrás muchas amigas.

—Ahora me has hecho dudar.

Suspiré.

—Mira, si quieres vivir con Toruch, yo no soy nadie para impedírtelo. Te apoyaré hagas lo que hagas. Además, es un buen tipo. Solo te digo que tengas cuidado e impongas tu ritmo. No te dejes apabullar.

—¡Claro que no! Me haré respetar y, si no lo hace, me largaré. Solo quiero ir conociéndolo y…

—En cuanto veas a ese hombre en pelotas, perderás la poca cordura que te queda.

—Qué maja eres cuando quieres.

—Lo repito: te doy unas horas. Después, caerás rendida en sus brazos.

—Voy a darme unos días. No pienso entregarme tan rápido, ¿por quién me tomas?

Solté un bufido y tiré la toalla. ¿Quién era yo para amargarle la fiesta a mi pobre amiga? Acababa de salir del cautiverio, un poco de alegría no le haría ningún daño.

—¿Sabes qué te digo? Que hagas lo que te dé la gana. Lo digo en serio, haz lo que te apetezca. Estamos en otro planeta muy lejos de la Tierra, rodeadas de monstruos enormes, medio humanos medio barogs, con miles de peligros acechando a nuestro alrededor. Decidas lo que decidas, nadie va a juzgarte. Y si lo hacen, que les den.

Abrió los ojos como platos y sonrió.

—¡Madre mía, Callie! ¡Este planeta te ha transformado!

—He pasado por mucha mierda desde que llegué aquí. Yo y todas. Estoy agotada, necesito una ducha y meterme en la cama con mi barog. Lo demás, francamente, ahora mismo me importa bien poco. Eso sí, te lo advierto, en cuanto entres en casa de Toruch, serás suya a ojos de todos, principalmente, de él. Así que destina más de tres segundos a reflexionar en ello.

Ensanchó la sonrisa.

—Creo que tu discurso de antes me ha motivado mucho. Iré con él. Total, tampoco tengo nada que perder…

—Mientras no te acuestes con su forma barog…

—¡Ay, no seas pesada, Calista! Ya me lo has repetido mil veces. Estoy mayor, pero no idiota.

Levanté las manos en señal de paz. Me abalancé sobre ella y la abracé.

—Siento mucho que hayas acabado aquí, McPhee, pero estoy feliz de tenerte conmigo.

Cuando me separé, ella estaba emocionada. Se secó una lagrimilla del ojo derecho.

—Yo también, Callie.

—Y ahora, ve a por tu barog. —Entonces, añadí teatralmente—: ¡Rezaré a los dioses por ti!

Nos separamos entre risas y me uní a Daryos.

Ya era hora de entrar en nuestro hogar.



En cuanto puse un pie dentro, me golpeó una mezcla de alegría y tristeza tan grandes que a punto estuve de echarme a llorar. Al fin estábamos en casa.

El aroma a especias y flores exóticas, el modo en que el sol se colaba por los ventanales y se reflejaba sobre los sencillos muebles, el tacto de los tablones de madera del suelo bajo los pies descalzos… Todo me resultaba familiar, aunque apenas había pasado allí unas pocas semanas de mi vida.

Enzo, como era habitual, nos había seguido. Se había echado a los pies de las escaleras de la casa, junto a un cubo de madera que Daryos le había rellenado con agua fresca.

En ese instante, no hubiera querido estar en otro lugar distinto a ese. Ese era el único hogar en el que deseaba quedarme.

Sin previo aviso, Daryos me cogió en volandas, pasándome los brazos esculturales bajo las piernas y la espalda, y empezó a caminar conmigo a cuestas escalera arriba.

—¿Estás bien, *hoa uhane*? —me dijo mirándome. Su cuerpo desprendía esa calidez seca que tanto me gustaba.

Me agarré a su cuello y le sonreí.

—Agotada, pero feliz de estar en casa.

Su sonrisa fue mucho más ancha que la mía.

—Y yo de que al fin hayamos llegado. He soñado con este momento todas las noches que hemos pasado separados. Han sido las peores noches de mi vida.

—Mira que eres dulce, amorcito. Tan grandote y peligroso, y por dentro un algodón de azúcar. —Le agarré las mejillas con una mano, que apenas las abarcaba, y se las estrujé. Él me dejó hacer.

—Sé que te estás cachondeando de mí, pero me da exactamente igual.

—Tú di que sí, chaval. ¡Con lo mucho que te quiero yo, por todos los dioses!

Las carcajadas hicieron vibrar su pecho. Lo sentí por todo mi cuerpo.

—¿Tienes hambre? ¿Te preparo algo, amor? —me dijo, dejándome con delicadeza en el suelo del piso superior.

Ambos miramos la cama de reojo. Fue como un acto reflejo.

—Pues mira, ya que lo mencionas…, si me consigues unos cuantos panecillos de esos de colores que me gustan tanto, te doy un premio.

Él alzó una ceja y puso cara de embobado.

—¿Qué premio? ¿Puedes darme una pista?

Le di una palmadita en el pecho.

—Eres un barog listo, seguro que tú solito lo averiguas.

—No me des falsas ilusiones, amor, que estoy muy sensible… y necesitado.

Ahora la que me reí fui yo.

—Mira, tú dejas que me dé una ducha tranquilita y relajada, y te vas a buscar esos panecillos. Luego…, ya veremos.

—¿Cómo que *ya veremos*? ¡Acabas de decirme que tendré un premio!

—Sí, y yo siempre cumplo mi palabra. Eso sí, como te me pongas demasiado intenso, retiro el premio y me quedo tan ancha.

Se llevó la mano al pecho, esta vez de puro teatro. Sus ojos brillaban traviesos.

—¿Y no puedo meterme contigo en la ducha y luego voy a por los panecillos?

—Va a ser que no, chaval. Quiero ducharme sola y tranquila. ¿Lo pillas? Necesito estar *sola* un rato. Llevo días rodeada de mucha gente y NO PUEDO MÁS.

—Pero si nos duchamos juntos, ahorramos agua y tiempo —dijo conteniendo la risa.

—Claro, seguro que una ducha contigo es superrápida.

—¡Por todos los rinos! Eres tan cruel conmigo, amor. Pero yo te quiero igual.

Se dio media vuelta para ir a cumplir mi recado, y yo aproveché para darle un cachete en ese culo de acero.

—Así me gusta, barog. Vete acostumbrando a aceptar quién manda en casa.

Sus carcajadas retumbaron por las paredes mientras bajaba las escaleras.

Aproveché el momento de soledad para sentarme en la cama. No quería tumbarme porque estaba sucia y sudada. Me quedé un instante ahí, muy quieta, mirándolo todo a mi alrededor. Era como un hermoso espejismo.

Había escapado de Ux.

Había rescatado a todas las descendientes cautivas.

Había sobrevivido.

Y aunque me llevaba algunas cicatrices físicas y emocionales de aquella aventura infernal, saldría adelante. No había ocurrido nada

irreparable. Pese al dolor, seguía siendo yo. Eso era lo más importante.

Me levanté y me dirigí al cuarto de baño. Era verdad que necesitaba unos momentos de paz y soledad antes de que Daryos volviera a revolotear alrededor de mí todo el tiempo. Atravesé la cortina de bambú y entré. Eludí el espejo. No tenía ni ganas ni el valor suficiente de ver mi reflejo. Todavía no.

Quizás algún día, cuando todo estuviera realmente superado y esa pizca de asco y lástima que todavía sentía por mí misma hubiese desaparecido, podría volver a mirarme a los ojos. Hoy aún no era ese día.

Me saqué el vestido y lo dejé caer al suelo. Antes de entrar en el cubículo de la ducha, me agaché a examinar la herida del muslo. Me molestaba un poco, y la cojera no había desaparecido por completo. Pero pronto no quedaría más que una cicatriz como recuerdo. El brazo estaba casi perfecto y el costado, milagrosamente, también.

Tenía que dar gracias por estar viva. Una *aninf* me había clavado las garras y empujado por un barranco; un río furioso me había vapuleado durante un buen rato; unos monstruos infernales me habían metido en una celda, amenazado e, incluso, golpeado. Pero aquí seguía. Viva. Lista para enfrentarme a lo que fuera que el universo, los dioses del manantial o cualquier otra cosa tuvieran preparado para mí.

«No podréis conmigo», dije a nadie en particular.

Me metí en la ducha y tiré de la primera cuerda. El agua fría cayó sobre mi maltrecho cuerpo, aliviándome al acto. Abrí todos los potecitos de madera llenos de jabones aromáticos y probé un poco de cada uno. En unos minutos, aquello parecía un campo de flores de lo bien que olía.

Tiré de la segunda cuerda, y el agua cayó, aclarándome el pelo y el cuerpo. Tras vaciar el tercer cubo, el único con agua templada, me apoyé en la pared de madera y me quedé allí inmóvil, incapaz de moverme.

Entonces, empecé a llorar.



39 PANECILLOS… Y MI BAROG
CALLIE

La voz grave y hermosa de Daryos me sacó de mi letargo.

—¿Estás bien, amor? ¿Necesitas ayuda? —Había preocupación en su tono.

Yo ni siquiera era consciente de cuánto rato llevaba metida ahí dentro. Había estado llorando y desahogándome, y después me había quedado en Babia. Había decidido que quería estar con Daryos y borrar cuanto a antes a Ux de mi mente. No iba a malgastar un segundo más de mi existencia compadeciéndome de lo que me había ocurrido ni pensando en ese hijo de puta. Iba a disfrutar de mi barog. Ambos lo merecíamos.

—¡Sí, ahora salgo! —me apresuré a contestar, antes de que entrara y me viera hundida en la miseria.

Me sequé deprisa y me anudé una toalla de esas coloridas por encima del pecho y otra en el cabello. Sentirme limpia era un lujo.

—¿Puedo entrar?

Aunque me hubiera gustado pasar un poco más de tiempo a solas, Daryos me necesitaba. Y, ¡qué demonios! Yo también a él.

—Pasa.

Cuando apartó la cortina y entró, yo me estaba dando crema por todas partes. Todavía no entendía de dónde narices sacaba esos cosméticos maravillosos, que olían deliciosamente. ¡Lástima que no existiera el maquillaje en Nemea! Tenía que hablar con Marla y las otras mujeres. A veces las había visto con un poco más de colorete de lo normal, o los labios más rosados. Algo debían de estar usando. Había que buscarle solución a ese tema. ¿Toda la vida sin una barra de labios? ¡Ni hablar!

Tenía una pierna un poco levantada y apoyada en el banquito. Me estaba esparciendo la crema por el muslo sano, por el otro ya lo

había hecho, con mucho cuidado de no tocar la herida, que ya tenía mejor pinta.

Me recorrió con la mirada con cara de *atontao*, desde la cabeza hasta los dedos de los pies. Los agité para sacarlo de su trance.

Se aclaró la garganta y yo me reí un poco.

—¿Te ha sentado bien la ducha? Llevas mucho tiempo aquí dentro.

—¡Es que estaba tan a gustito! —Sonreí.

—¿Cómo está tu pierna? ¿Aún te duele?

—Solo un poco. Me molesta al andar, eso es todo. Nada que un par de días de descanso no puedan curar.

—Quizá no deberías venir a las cuevas de las panteras.

—Voy a ir. Eso no es discutible.

Gruñó un poco, pero no insistió. Por nada del mundo iba a dejar que se fueran sin mí. No podía quedarme en la aldea esperando, sufriendo como una condenada a que regresaran salvos y sanos. Eso se acabó. Yo iría a dónde fuesen mi barog y mis amigas, punto.

Bajé la pierna y cerré el bote de crema. Cogí otro que parecía de colonia y empecé a olerlo. ¿Rosas? Todavía no había visto esas flores en Nemea. Tendría que encontrarlas. Tal como iban las cosas en este planeta, seguro que eran gigantes y carnívoras.

—Me alegra que te sientas cómoda aquí. Quiero que sientas que este es tu hogar. Nuestro hogar.

—Tú eres mi hogar, y esta casa es perfecta.

Las comisuras de la boca se le curvaron hacia arriba y sus ojos resplandecieron como dos faros.

—Cuando dices esas cosas tan bonitas me emociono mucho. Como no me tienes acostumbrado a los piropos…

—Es mejor así, ¿no crees? —Dejé el botecito y cogí otro para olerlo—. De este modo, cuando te suelto uno, te sorprende y lo valoras más.

—Pues es verdad, aunque, si te soy sincero, jamás me cansaría de que me dijeras cosas agradables.

—A ver, amorcito, si te estuviera diciendo todo el tiempo lo bueno que estás, lo mucho que me gustas y que tengo unas ganas locas de follarte, ya no le darías tanta importancia, ¿verdad? —solté como si

nada. Por dentro me estaba desternillando. ¡Es que era tan fácil alterar a mi barog grandote!

Se le desencajó la mandíbula. Le eché una miradita de reojo al taparrabos y vi que su erección era ya considerable.

«Ya veo que vamos por buen camino…».

—Si me dices esas cosas, me pones cachondo perdido y solo puedo pensar en arrastrarte ahora mismo a la cama y montarte hasta que tengas agujetas y no puedas andar.

Se me aceleró el corazón y un cosquilleo conocido caracoleó en mi bajo vientre.

—No seas bruto, barog —dije con una sonrisita—. Por cierto, ¿de dónde narices sacas todos estos potingues maravillosos?

—¿Te gustan? Le pedí a Marla que me consiguiera las mejores cremas, fragancias y todo eso. Quería que tuvieras cuanto necesitaras y que te gustara estar aquí. Es obvio que yo no tengo ni idea de estas cosas, pero Marla sabe mucho y me aconsejó bien.

Aquella respuesta me enterneció. Mi barog se preocupaba por mí, desde los detalles más pequeñitos hasta los gestos grandilocuentes.

—Me encantan. Que sepas que he abierto todos los tarros y potecitos y los he probado. Si te mareas por la mezcla de olores, ya sabes: es culpa mía.

Mientras dejaba el último botecito en la repisa, se acercó a mí por detrás y me abrazó.

—Mmmmm… Qué bien hueles. —Inspiró con fuerza—. Aunque ningún aroma, por bueno que sea, puede rivalizar con el tuyo: tarta de manzana caliente y fresas dulces y jugosas. Se me hace la boca agua cada vez que te huelo.

Me dio un beso lento y húmedo en el hombro y yo me derretí. Cogí el cepillo y me escabullí en dirección a la salida.

—Dejaré que te duches tranquilo. Voy a peinarme fuera.

—Puedes quedarte. No quiero que te vayas.

Fue a quitarse el taparrabos, pero yo salí del baño antes de que se desnudara. Lo escuché gruñir.

—¿Acabas de huir de mí, amor?

—Estoy aquí mismo, no seas melodramático. ¿Me has traído panecillos? —Le grité desde el otro lado.

—Una bandeja entera, amor. Los he dejado en la mesilla junto a la cama.

Al salir, me desenrollé la toalla de la cabeza y me desenredé el pelo con el cepillo que milagrosamente había encontrado. Después, me senté en la cama y cogí un panecillo con cada mano. Uno lila y otro calabaza. ¡Estaban deliciosos!

Aún llevaba la toalla colorida y el pelo húmedo sobre la espalda, pero no necesitaba vestirme cuando estaba segura de las intenciones de Daryos.

Tras comer un par más, me tumbé bocarriba en la cama. Era el colchón más cómodo del mundo. Y después de tantos días durmiendo en jergones diversos, aquello me parecía un hotel de cinco estrellas lujo total.

En cuanto Daryos salió del baño, me quedé estupefacta.

Caminaba desnudo hacia mí, con la piel todavía húmeda, reluciente por las gotas de agua sobre la musculatura abultada.

Estaba en su forma humana.

Tragué con dificultad.

—¿No tenías otro aspecto cuando has entrado en el baño? —dije incorporándome sobre los codos y alzando una ceja—. Y no me estoy quejando en absoluto, que conste.

Mi cuerpo entero empezó a temblar. A esas alturas, su forma barog me gustaba casi tanto como la humana. Sin embargo, cuando se transformaba en un hombre, era como si estuviera con alguien nuevo y distinto. Por supuesto, siempre era él, el mismo al que amaba locamente.

Agitó la cabeza y las gotas de agua salieron disparadas de su pelo. Ese cuerpazo era mi perdición. ¡Por los dioses! Cada centímetro de su cuerpo existía para venerarlo y disfrutarlo. Él también tenía algunas cicatrices nuevas, resultado de la última escaramuza en los pantanos. Me estremecí al contemplarlas. Quería besarlas todas y memorizarlas.

—He pensado que quizá te gustaría. Debes de estar harta de tener todo el día monstruos a tu alrededor —sonrió, pero había un

poco de tristeza en sus ojos, en su voz.

—Anda, ven aquí. —Me senté en la cama y él lo hizo a mi lado—. Tú nunca eres un monstruo para mí, lo sabes, ¿verdad?

Le acaricié la mejilla y luego recorrí la línea de su mandíbula, fuerte y bien definida. Su mirada irradiaba fuego, tan hermosa que me encendía el pecho.

—Lo sé, *hoa uhane*. Pero has pasado por mucho. Te lo dije, amor, quiero que te sientas como en casa, y he pensado que esto ayudaría.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Eres un humano muy atractivo. En la Tierra tendrías la carrera de modelo o actor asegurada. O de *influencer,* que ahora da más pasta que todo lo demás. Con esa cara y ese cuerpazo, serías un rompecorazones. ¡Las traerías loquitas a todas! Y esos ojos… Mmmm.

Bajé la mano por su pecho, entre los pectorales, recorrí el abdomen duro como una piedra y, en el último momento, mientras él contenía el aliento, me desvié hacia uno de sus muslos, donde me quedé.

—A la única a la que quiero traer loquita es a ti, amor.

Alzó la mano y me acarició el pelo con suavidad. Después, me pasó el pulgar por el pómulo.

—Eso está hecho. Me vuelves rematadamente loca. No sé qué me has hecho, barog, pero me tienes babeando por ti —dije guiñándole un ojo.

Me pasó un mechón húmedo por detrás de la oreja.

—Si no quieres hacer nada hoy, lo entenderé. Pero tienes que decírmelo ahora para que pueda salir corriendo de casa y zambullirme en el primer lago que encuentre. Estoy ardiendo, amor.

—Pues vamos a arder juntos, barog.

—Ya veo que mi forma humana ha funcionado —dijo soltando una risotada.

—Te hubiera funcionado igual la barog. ¿Por qué te crees que aún no me he vestido?

De reojo, capté cómo crecía aún más su erección. Toda la musculatura del cuerpo se le tensó de golpe.

Se inclinó sobre mí y sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos. Su aliento me hizo cosquillas. Tomó mi rostro entre sus manos y me acarició las comisuras de los labios.

—Entonces, no te importará mover un poco esa mano que tienes apoyada en mi muslo. —Sus ojos chispearon, traviesos.

—¿Te refieres a que la mueva… hacia aquí? —dije bajándola lentamente hasta su rodilla. Solté una risilla.

—Es una caricia agradable, pero te has equivocado de dirección.

—Ya veo, entonces, quizá es hacia aquí. —La deslicé hacia su trasero y lo apreté un poco. Él gimió.

—No está mal, amor, pero has vuelto a equivocarte.

—¿En serio? Y yo que creía que querías que te tocara el culo.

—Puedes tocármelo siempre que quieras, solo que ahora necesito esa mano en un lugar muy específico.

—Pues no sé, ya lo he recorrido casi todo. —Mis dedos se deslizaron hacia la musculatura en uve bajo su ombligo y descendieron por la línea de la ingle. Él se mordió el labio inferior y se movió ligeramente, buscando mi mano.

—Qué mala eres, amor. Siempre tan cruel conmigo. ¿Tengo que suplicarte?

Se inclinó más sobre mí y sus labios volvieron a rozar los míos.

—Mmmm… Veamos… Aunque verte suplicar es tentador, creo que no será necesario.

Mi mano avanzó un poco, esta vez en la dirección correcta, y mis dedos rodearon al fin su polla con fuerza. Gimió sobre mi boca.

—¿Es ahí donde quieres que te toque? —Recorrí la largura desde la base a la punta, una vez y otra. Volvió a gemir, esta vez más fuerte—. Creo que eso es un sí.

Me mordisqueó los labios, mientras yo seguía masturbándolo, y me besó. Un beso profundo, con su lengua deslizándose sobre la mía. Un beso todo labios, dientes y lenguas, tan intenso que me cortó la respiración.

Abrió un poco las piernas y echó la cabeza hacia atrás, moviendo las caderas para deslizarse entre mis dedos, que se la agarraban con fuerza. Me incliné hacia su pene y, sin detener la mano, besé la punta y me la metí en la boca. Mi lengua jugaba con el glande

mientras él adelantaba las caderas entre espasmos para ir a mi encuentro.

Paseé los dedos de la otra mano por toda la zona, explorando la suavidad de sus testículos y aventurándome entre sus muslos. Rugió como un loco. Instintivamente, estuve a punto de buscar su cola de pelaje suave, pero en esa forma no la tenía.

—Amor, si sigues así, voy a correrme en tu mano o en tu boca. Y no es lo que deseo ahora.

Succioné su erección, ávida por darle placer, y le di un lametazo largo y húmedo de abajo arriba. Entonces, me detuve y, sin apartar mis labios de su polla, alcé la vista para encontrarme con sus ojos.

Él jadeó y me acarició la cabeza.

—¿Y qué es lo que quieres, amorcito? —le dije con mi tono más sensual.

—Quiero desnudarte y follarte en nuestra cama. Ahora mismo.

Me incorporé sin dejar de mirarlo a los ojos. Bajé de la cama y me puse de pie entre sus muslos. Desanudé la toalla y la lancé al suelo.

—¿Así de desnuda?

Su boca se cerró sobre uno de mis pechos mientras me aferraba el trasero entre sus manazas para acercarme a él. Acarició mi intimidad desde atrás y hundió un dedo en mi interior. Ahora fui yo la que gemí.

—Exactamente así, sí —dijo con voz áspera. Estaba muy excitado. Yo también.

Retiró el dedo y volvió a meterlo, tan lento y tortuoso que creí que me correría en cuestión de segundos.

Entonces, me agarró y me tumbó de espaldas en la cama y se colocó entre mis piernas. Sentía su pene hirviendo sobre mi intimidad. Movía las caderas en círculos, frotándome con su erección.

Su peso sobre mi cuerpo era delicioso. Le rodeé los hombros y lo atraje hacia mí para besarlo. Le mordí los labios y lo lamí. Él me besó enloquecido mientras seguía restregándose.

Abrí un poco más las piernas y doblé una rodilla, separando los muslos al máximo, invitándolo a poseerme. Se incorporó y clavó la

vista en mi parte más sensible mientras me pasaba un brazo bajo la rodilla alzada.

Su respiración se hizo más pesada. Su pecho subía y bajaba con un ritmo errático. Una gota le perlaba la punta, gruesa y rosada, que poco antes había chupado. Todavía tenía su sabor en mis labios.

—Qué bonita eres, *hoa uhane*. Eres perfecta.

Con la mirada turbia y sin dejar de contemplarme, avanzó las caderas y su polla empezó abrirse camino entre mis pliegues. Jadeamos. Juntos.

Siguió empujando, ensanchándome deliciosamente a su paso. Entró despacio, arrancando descargas eléctricas milímetro tras milímetro, hasta que estuvo todo dentro, nuestras caderas pegadas y su polla latiendo en mi interior.

Con la vista fija en la unión de nuestros cuerpos, me embistió una y otra vez. Se retiraba hasta la punta, jugaba con mi entrada y volvía a empujar fuerte, posesivo, implacable.

Cuando empezamos a gemir más alto, y yo a palpitar y contraerme en torno a él, se tumbó sobre mí, apoyando el peso en los antebrazos, y aceleró el ritmo. Le recorrí la columna con los dedos y clavé las uñas en su trasero.

Los últimos movimientos de sus caderas fueron frenéticos y espasmódicos, entrando y saliendo con fuerza, arremetiendo hasta hundirse en mí entero. Gritamos como poseídos con las últimas sacudidas de su polla.

Y entonces, vino el anclaje.

Su pene se hinchó y se enganchó en mi cuerpo mientras se derramaba dentro de mí entre vaivenes de sus poderosas caderas y rugidos. Su musculatura se puso rígida y todo su cuerpo tembló sobre el mío.

Cuando al fin se vació por completo, y aún en mi interior, me besó la boca, un beso largo y sabroso, y me rodeó con sus brazos enormes.

Se dejó caer a mi lado y me acurrucó contra su pecho mientras yo escuchaba cómo sus latidos se iban estabilizando, poco a poco.

—Eso ha sido espectacular, amor —murmuró con voz ronca, besándome la punta de la nariz.

Me apretujó más contra su cuerpo y pasó una pierna entre las mías, con cuidado de no cargar el peso en mi muslo herido.

—Estoy de acuerdo. Eres un semental, amorcito.

—No me provoques, *hoa uhane*, que en unos segundos estoy listo para otro asalto. Te prometo que ahora mismo te pongo a cuatro patas y…

—Anda, abrázame y durmamos un poco. Si quieres, cuando nos despertemos cumples esa promesa y me follas como un animal.

—Dalo por hecho. —La risa, clara y hermosa, retumbó en su enorme pecho.

Y así, me dormí plácidamente en brazos de mi barog, el mejor de todo el universo.

Atrás quedaba todo el horror que habíamos vivido.

Había regresado a mi hogar.



40 LA REINA
CALLIE

Dos días después, nada más despuntar el alba, emprendimos la excursión hacia las cuevas de las panteras. Con solo escuchar el nombre ya era para echarse a temblar.

Daryos me había contado que la mayor parte de las panteras de ojos rojos y dorados convivían en las cuevas de unas montañas rocosas al oeste de la aldea, a poco más de media jornada de camino. Había otras que habitaban desperdigadas por la selva, pero esa era la comunidad más importante.

Por lo general, las panteras y los barogs no se molestaban entre sí y convivían más o menos pacíficamente, salvo en momentos puntuales en que podía producirse algún altercado aislado con esos felinos fieros y muy peligrosos.

Los barogs solían preferir los leones como monturas. Eran más fáciles de domar, un poco más leales, e igual de fuertes y fieros que las panteras. Sin embargo, había viejas leyendas que hablaban de que, a lo largo de su historia, ellas habían luchado a su lado, e incluso algún barog las había domesticado.

Sin ir más lejos, Cyrus y Bazzeila eran un claro ejemplo de ello. Y no solo eso, sino que el rey, durante su mandato, había incorporado y domesticado más panteras a sus filas. Los barogs las habían domado, al igual que a los leones, a la vieja usanza. Y una vez lo conseguían, tenían su lealtad para siempre.

Mientras cruzábamos la selva, Cyrus nos contó que las líderes eran tradicionalmente las de ojos dorados, pero que el liderazgo de la manada había cambiado en los últimos años a manos de las de ojos rojos, más aguerridas y sanguinarias.

Bazzeila, de ojos como el oro, descendía de la estirpe más fuerte y noble, y entre su linaje había habido varios líderes. Por eso el rey confiaba en que, con ella de nuestra parte, lográsemos una alianza.

Los hermanos perdidos a veces las cazaban por diversión, e incluso habían intentado echarlas de las cuevas. El rey y el príncipe creían que eso jugaría a nuestro favor y que, con la ayuda de Bazzeila, muy respetada entre los suyos, conseguiríamos ponerlas de nuestra parte.

Artia quería acompañarnos, así que tuve que convencerla de que Sylvia y el bebé la necesitaban para que se quedara con ellos. Las panteras y las *aninfs* nunca habían sido especies demasiado amigas, así que Daryos me pidió que hiciera lo necesario para que no nos siguiera. Me dijo que tampoco es que fueran enemigas acérrimas. Las *aninfs* solían llevarse bien con todo el mundo, salvo con los pulpos, los linces y los *llitops*, porque se los zampaban.

Y hablando de *llitops…* Con ellos fue una batalla perdida. De hecho, desde nuestra llegada a la aldea, su grupito había crecido y había todo un campamento de ellos correteando entre los arbustos que rodeaban la aldea. Se comían las bayas, saltaban por ahí y no hacían daño a nadie, salvo a algún que otro pájaro o pequeños reptiles, a los que cazaban y despedazaban con sus dientes afilados como agujas en cuestión de segundos.

Hasta hacía poco, pensaba que eran herbívoros, puesto que los veía todo el tiempo engullendo fruta. Por lo visto, estaba equivocada. Cazaban en grupo y eran muy hábiles organizándose. Tenía la sensación de que los barogs los habían subestimado desde siempre.

Naranjito y unos cuantos más nos seguían hacia las cuevas. Se ocultaban cuando alguien de nuestro grupo los miraba o increpaba, pero no abandonaban. ¡Tenían un tesón admirable! Y su pequeño líder siempre vigilaba mis movimientos, como si se hubiera convertido en mi guardaespaldas particular. ¡Eran adorables!

—¿Es necesario que tus amiguitos nos sigan a todas partes? —me preguntó Lansh para meterse conmigo por enésima vez, y eso que lo había amenazado con retirarle mi amistad.

Por lo visto, mis amenazas no tenían demasiada credibilidad.

—Pero ¿a ti qué te han hecho los pobres animalillos? Son una monada y no molestan a nadie.

—Son ruidosos y no creo que duren demasiado de una pieza cerca de las panteras.

—¿Te crees que son tontos?

—Tampoco los veo muy inteligentes si van detrás de ti todo el tiempo —dijo riendo.

—Te vas a ganar una hostia cualquier día de estos, rubiales.

—No te cabrees conmigo, Calista. He de reconocer que tienes talento. Te has echado un grupo de fans de lo más variopinto.

—Vale, son unos friquis, ¿y qué? Vosotros tenéis leones y panteras, y yo tengo… pollos despeinados. —Me desinflé un poco.

Escuché risillas.

«Menudo glamur».

—Y también tienes una *aninf*, amor. Y Enzo es de los dos y te adora —dijo Daryos rodeándome los hombros con el brazo.

—Tu *hoa uhane* ha formado todo un ejército —soltó Xerx.

Todos se rieron, incluido mi barog, aunque trató de disimular.

Resoplé.

—Vosotros seguid así y les ordenaré que, cuando estéis plácidamente dormidos, vayan y os muerdan las pelotas. A ver si entonces os volvéis a reír.

—No te enfades, amor. Estos idiotas están de guasa. No les hagas ni caso.

—Claro, porque tú no te has reído, ¿verdad?

—¿Ellos se meten contigo y recibo yo?

—Estás bien jodido, D —dijo Axeh.

—Exacto, hermano. Has roto la primera regla de la pareja de vida: siempre tienes que estar del lado de tu *hoa uhane* —dijo Cyrus.

—Tú tampoco alardees mucho, ¿eh, mi rey? Que mis batallas me cuesta hacerte entrar en razón —dijo Tina lanzándole una miradita provocativa.

Él se la devolvió mientras soltaba una risa oscura. Ese barog todavía me causaba escalofríos de vez en cuando.

—Mujer, si todo fuera tan fácil entre nosotros, te aburrirías de mí enseguida.

—Qué bien me conoces —murmuró Tina curvando los labios hacia arriba.

—¿Y tienen nombre tus *llitops*? —preguntó Xioh con aire inocente. No sé me pasó por alto la mirada traviesa que intercambió con Lansh.

—¿Tú también, sanador? Tenía muchas esperanzas de ser grandes amigos, pero ya veo que se te ha pegado la gilipollez de tu novio.

Lansh soltó una carcajada.

—En serio, Callie, ya conocemos a Naranjito, y creo que tendrías que ponerles nombres a los otros —propuso Axeh. Emi le dio una colleja—. ¡Auch! ¿Y yo qué he hecho ahora?

—Dejad ya a Callie en paz. Esos llitops de los que os burláis las liberaron a ella y a las demás. Así que un respeto —dijo Emi.

—Yo creo que son bastante inteligentes. Se coordinan entre sí, se organizan para cazar, entienden instrucciones básicas… —empezó Jenny. «Las entienden, pero hacen lo que les da la gana», pensé yo —. Que no hablen no significa que sean idiotas.

Xerx la miró embobado. Ella no pareció ni darse cuenta. Si lo hizo, lo fingió muy bien.

—Claro, claro, ahora resulta que son los más listos de la selva —dijo Axeh soltando una risotada.

Enzo agitó la cabeza a mi lado y de su garganta emergió un rugido corto. Tuve la sensación de que estaba de mi lado. ¡Menos mal!

Emi alzó el dedo índice y lo meneó delante de la cara de Axeh.

—Si sigues metiéndote con Callie, tú y yo tendremos unas palabritas. Puede que incluso me instale en la posada definitivamente.

El rubiales se puso firme y se le borró la sonrisa de un plumazo.

—Te tiene bien pillado por las pelotas, amigo mío. Igual que Callie a mí —le dijo Daryos por lo bajo.

—Te he oído —le solté, dándole un manotazo en el pecho.

Seguimos discutiendo mientras nos adentrábamos en una zona de vegetación muy espesa y de un color verde oscuro vibrante.

Cyrus había decidido que fuésemos solo los seis barogs, nosotras cuatro, que no habíamos consentido separarnos de ellos, y Enzo y Bazzeila. En su ausencia, el rey había dejado a Ciench y Toruch al mando de la aldea. Después de su hermano, Xioh, Lansh, Xerx y Axeh, esos dos eran los barogs en los que más confiaba.

Además, Ciench no quería apartarse de Susi, tras recuperarla después de una década separados, y ella necesitaba descansar y adaptarse de nuevo a la vida en la aldea. En cuanto a Toruch, su existencia junto a Lorna se había convertido en una montaña rusa. ¡El pobre no sabía dónde se había metido!

A mediodía, nos detuvimos junto a un pequeño lago para comer. Estaba rodeado de juncos verde lima, casi tan brillantes como los ojos de Lansh. Los Barogs nos advirtieron que no nos metiéramos en el agua, pues, por lo visto, estaba plagada de pirañas amarillas.

—¿Las pescáis de ahí? —pregunté señalando el hermoso lago.

Daryos, sentado junto a mí sobre la hierba, me pasó un mechón que se me había escapado de la trenza por detrás de la oreja. Enzo estaba tumbado a pocos metros de nosotros, haciendo el vago.

—De ahí y de otras charcas. Proliferan en muchos lugares de la selva.

—¿Y cómo sé yo cuándo es seguro meterme en el agua y cuándo no? —Engullí un trozo de piña dulce.

—Por lo general, cuando hay este tipo de vegetación alrededor del agua y ese tono dorado en la superficie, suele haber pirañas. —Me pasó la cantimplora llena de agua de coco y bebí un par de tragos.

En la Tierra nunca nadie había cuidado tanto de mí como Daryos. Se me hacía raro, pero me gustaba. Y yo cuidaba de él. Era fácil acostumbrarse a algo tan agradable. Además, parecía que lo hacía con total naturalidad, como si realmente le saliera del corazón y no le costara esfuerzo. Sin duda, me quería mucho, y ese amor me calentaba por dentro.

Eché un vistazo al agua. Tal como Daryos había dicho, tenía una cierta tonalidad dorada. Debía empezar a aprender esas cosas para sobrevivir en Nemea. No podía depender siempre de que hubiera un barog cerca de mí para protegerme de los peligros de la jungla. Ya

estaba harta de eso. Necesitaba volver a ser autosuficiente, al menos la mayor parte del tiempo.

—Eh…, D —dijo Xerx observando algún punto detrás de mí.

Daryos miró en la misma dirección y, sin perder la compostura, me dijo:

—Amor, no te muevas ni un milímetro.

—¿Qué pasa? —pregunté. Me acojoné cuando Emi abrió los ojos como platos y se llevó las manos a la boca.

Tina y Cyrus permanecieron inmóviles, con la vista fija en mí. Un músculo tembló en la barbilla del rey.

Con un movimiento rápido, Daryos se abalanzó hacia delante, atrapó algo sobre mi hombro y lo lanzó al suelo. Acto seguido, Xerx atravesó esa cosa con su machete.

Cuando vi lo que era, casi me da un síncope. Una serpiente gorda, larga y amarillenta se retorcía y enroscaba, clavada al suelo recubierto de hierba.

—¡Joder! ¿Eso estaba…?

—Casi en tu hombro —dijo Lansh.

Me agité para quitarme el miedo y la repugnancia de encima.

—Es enorme —dijo Tina sin más.

—Enorme y venenosa —comentó el rey.

Xerx arrancó el machete del cuerpo del reptil y le cortó la cabeza de un solo golpe.

—Si sobrevivimos a esta selva, será un milagro —dije mirando a Tina. Ella asintió con la cabeza.

—Has sobrevivido a cosas peores, Calista —soltó Lansh, mordiendo una especie de frambuesa inmensa. El jugo le manchaba la barbilla y el pecho, pero a él no parecía importarle en absoluto.

Y en eso tenía razón. Había sobrevivido casi una semana entera en manos de los hermanos perdidos.

Tras unos segundos de silencio, reanudamos la conversación, las bromas y las pullas. Emi había palidecido un poco desde la aparición de la serpiente, pero Axeh la estaba atiborrando de bayas jugosas para que se recuperara del susto. Esos dos eran todo un espectáculo.

Jenny y Xerx habían retomado sus conversaciones, que nadie más parecía entender. Cada una de nosotras había desarrollado una gran complicidad con su barog. ¿Sería posible realmente que empezáramos a ser felices en ese planeta? Tal vez el destino no nos había reservado algo tan malo al fin y al cabo. Quizá… quizá podríamos tener una bonita vida junto a esos alienígenas salvajes y de buen corazón.

Tras la comida, reanudamos la marcha rumbo a las cuevas. A medida que nos acercábamos, los ánimos se fueron apagando y la tensión aumentaba. Hasta ese momento no me había detenido a pensar en lo peligroso que podría ser acercarse al hogar de esos grandes felinos.

Bazzeila, al principio, no había sido agradable con Tina precisamente… ¿Cómo nos recibirían las panteras? Los barogs decían estar seguros de que no nos atacarían. Entonces, ¿por qué había precaución en sus ojos?

Mientras seguíamos avanzando, charlamos un poco entre nosotras para amenizar el rato bajo ese sol de justicia. Casi echaba de menos la lluvia.

—O sea, que a partir de esta noche cuando estemos de vuelta en la aldea, te alojarás con Axeh.

—Así es, Callie. Me lo has preguntado ya tres veces hoy —contestó Emi con paciencia, aunque se notaba que estaba a punto de mandarme a la mierda.

—Ya, pero es que lo mismo dijiste cuando regresábamos de los pantanos y, en lugar de eso, te has quedado dos días en la posada.

—¿Puedes dejarme en paz?

—Sí, claro. Pero, entonces, ¿vas a tirártelo esta noche?

Soltó un bufido.

—El caso es que nuestra dulce Emi le hizo una mamada de campeonato a su barog en los pantanos…

—¡Tina! No sé para qué os cuento nada. Sois lo peor —protestó Emi cruzándose de brazos.

Tina siguió a lo suyo.

—… y le prometió que, en cuanto estuviéramos en la aldea, follarían. Y ahora está cagada de miedo porque ya no puede buscar

más excusas para retrasarlo.

—No busco excusas. Me muero de ganas de estar con él. Es solo que…

—Oye, si no quieres hacerlo, tú díselo. Él lo entenderá —le aconsejé—. No tienes que hacer nada que no quieras.

—Lo sé, lo sé. ¡Si es que quiero hacerlo!

—Total, si al pobre no le han explotado ya las pelotas, no vendrá de unas semanas más.

—¡Callie! Sois terribles. Me tenéis harta. Se acabó, ya no os cuento nada más.

—Pero, mujer, si en cuanto te acuestes con él vas a tener que contarnos todos los detalles. ¡Lo estamos esperando!

—Ni lo sueñes, Callie. —Emi aceleró el paso y se acercó a Jenny, que soltaba alguna risilla que otra, y se agarró a su brazo.

—Qué mala eres —me dijo Tina con una sonrisa.

—¿Mala? ¡Si no hago más que preocuparme por vosotras!

—Menuda profesora estás hecha.

Las tres soltaron una carcajada.

Aceleré un poco y me agarré al otro brazo de Emi. Apoyé la cabeza en su hombro y ronroneé.

—No te cabrees, ricitos de oro. Con lo que yo te quiero.

Al menos la hice reír.

—Eso lo sé. Pero eres muy pesadita.

—Vale, vale. Tú prométenos que solo lo harás si realmente lo deseas. No pasa nada por esperar.

—Te prometo que quiero acostarme con él esta noche. Aunque esté muerta de miedo y muy nerviosa. ¿Y si no le gusto? ¿Y si no lo hago bien?

—Emilia, ese barog está loco por ti. Hagas lo que hagas, vas a triunfar.

Seguimos riendo y charlando de cosas superficiales, como si no estuviéramos a punto de llegar al territorio de unas panteras letales que podrían arrancarnos la cabeza de un zarpazo. Aunque, bien pensado, nuestros barogs eran igual de terroríficos que ellas… o incluso más.

Cruzamos un riachuelo de aguas cristalinas saltando de piedra en piedra, resbaladizas por el musgo. Emi estuvo a punto de caerse al agua, pero, por suerte, Axeh la pescó en el último segundo y evitó el desastre.

Una vez en la otra orilla, se extendía ante nosotros una hermosa llanura de hierba corta y tupida, de un verde rabioso y espolvoreada de florecillas rojas muy chiquititas. Hacía un buen rato que no veía a los *llitops*, aunque tampoco podía asegurar que no nos hubieran seguido. Los muy gamberros se camuflaban bien. La hierba corta dio paso a una larga y tierna, que a nosotras nos llegaba casi al pecho, y a ellos, a la cintura.

Bazzeila gruñó. Enzo se puso en alerta. Los hombros de los barogs se tensaron.

—Están aquí —dijo el rey—. Nada de movimientos bruscos. No desenfundéis las armas bajo ningún concepto.

Todos asentimos.

—Mantente a mi lado, *hoa uhane*. No te alejes —me pidió Daryos, pegándose a mí.

Cada barog hizo lo mismo con su pareja.

Cyrus y Tina caminaban al frente junto a Bazzeila con paso firme. Me pregunté si Tina estaba asustada. No lo parecía en absoluto. La admiraba por ello.

Pronto, a través de los altos tallos, empezamos a vislumbrar grandes sombras negras. Varios pares de ojos como rubíes nos observaban. Empecé a temblar.

—Seguid avanzando. No os detengáis —ordenó el rey.

—Estoy empezando a acojonarme —dijo Lansh, medio en broma, medio en serio. Con él nunca se sabía.

—¿Estás seguro de que esto va a salir bien, C? —preguntó Xioh.

—Eso espero. Bazzeila hará su parte. No os preocupéis —contestó el rey.

—No es que esa pantera tuya nos tenga en gran estima precisamente. Podría aprovechar para deshacerse de todos nosotros de un plumazo —comentó Xerx.

—Mi hermano sabe lo que hace. Callaos y confiad en él —dijo mi barog.

—Te has puesto en modo príncipe mandón, ¿eh, amorcito? —le dije muy bajito, dándole un codazo suave en el estómago.

Él me miró y me guiñó un ojo.

—Mira que eres guapo, barog —le susurré.

Sonrió embobado.

Seguimos avanzando un poco más mientras las hierbas nos dejaban un rastro de savia pegajosa en las piernas y los brazos.

—Ya casi hemos llegado —dijo el rey secamente—. Que nadie diga ni haga nada. Hablo en serio.

Las cuevas se alzaron ante nosotros mientras emergíamos de la hierba. Y de pronto, estábamos rodeados. Panteras de ojos rojos, y algunos dorados, se mantenían inmóviles, con los lomos erizados y las patas preparadas para saltar sobre nosotros. El aire se llenó de un rugido colectivo, bajo y vibrante. El sonido se me metía en el cuerpo y rebotaba en mis huesos.

Bazzeila avanzó hasta situarse frente a la pantera más grande y temible, de fauces fuertes y amenazantes, que nos escrutaba uno a uno de arriba abajo. El rey tomó a Tina de la mano y entrelazaron los dedos. Acto seguido, caminaron hasta situarse junto a Bazzeila.

Y entonces, aquel felino enorme que presidía las cuevas sobre una gran roca, descendió lentamente y empezó a acercarse a ellos. Miró a Bazzeila a los ojos y después a Cyrus. Hasta que, al fin, se fijó en Tina.

Mi estudiante no flaqueó. Apretó la mandíbula y los puños a ambos lados del cuerpo. Alzó la barbilla y le devolvió una mirada desafiante. ¡Esa era mi Tina! No tenía ni idea de si era la táctica correcta, pero era de admirar. Mi estudiante no se acobardaba ante nada, ya fuera el decano de la universidad, un magnate todopoderoso de Manhattan… o una fiera alienígena gigante.

La pantera líder fue directa hacia ella y se acercó lo suficiente para husmearla. El morro húmedo le rozó el brazo y el cuello. Un solo movimiento de sus fauces y Tina estaría muerta. Se me erizó toda la piel.

—No te muevas, mi reina. Nos está midiendo. Pronto decidirá si vale la pena luchar por nosotros o no. Confío en que sí.

Bazzeila agachó la cabeza, pero Tina la mantuvo erguida y no se amilanó. Cyrus, por supuesto, tampoco. Permanecieron muy quietos, uno junto al otro, mientras la líder caminaba a su alrededor y gruñía.

Tras unos segundos angustiosos, se colocó de nuevo frente a ellos, justo delante de Tina, y agachó la cabeza en señal de respeto.

—Creo que acaba de reconocerte como reina —dijo Cyrus.

Los rugidos se extendieron por toda la pradera. Me estremecí y no fui la única.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté a Daryos en un susurro.

—Está comprobando su fortaleza y también la resistencia del vínculo que los une.

—¿Sabe hacer todo eso? —Abrí mucho los ojos, sorprendida. Aquel ritual era muy impactante.

El pelo apretado de la pantera líder brillaba como ónice pulido bajo el sol.

—Los grandes felinos captan todas esas cosas. Jamás se unirían a un bando débil, y la mejor manera de asegurarse es analizando a su rey… y reina, en este caso.

—¿Y cómo demonios sabe cuál es el motivo que nos ha traído hasta aquí?

—Ningún barog se atrevería a acercarse a su territorio más que para dos cosas: elegir a una de ellas como amiga leal y montura…, o pedir ayuda para una guerra. Estamos todos aquí, así que sabe bien a lo que venimos.

—¿Hay panteras macho o solo son hembras?

—Ambas. ¿Cómo te crees que procrean, amor?

—¡Tiene huevos que eso me lo pregunte un barog! ¿No sois vosotros los que vais raptando humanas porque no tenéis hembras de vuestra propia especie?

—No olvides que somos medio humanos, preciosa. Así que eso de que somos de especies distintas no es del todo correcto.

Puse los ojos en blanco y él se limitó a sonreír sin apartar la mirada del frente.

Tina se acercó un poco más a la pantera y agachó la cabeza a su vez. El felino se inclinó y sus frentes casi se rozaron. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, pero tuve la extraña sensación de que,

de reina a reina, acababa de sellarse un pacto entre los barogs de la aldea y las panteras de las cuevas. Sentí un escalofrío por toda la columna.

Habíamos conseguido una alianza decisiva. Ahora solo faltaba estar preparados para cuando llegaran los hermanos perdidos… y para masacrarlos sin piedad.

No podía esperar a ver cómo nuestros barogs se cargaban a esos cabrones que habían abusado de las descendientes durante tanto tiempo.

Ux tenía los días contados. De un modo u otro, ese monstruo pagaría por todo el daño que había hecho.

Y allí, frente a las imponentes cuevas de las panteras, recé a los dioses nemeos para que así fuera.

Continuará…



EL RAPTO DE LAS DESCENDIENTES

GUÍA DE PERSONAJES Y OTRA INFORMACIÓN DE INTERÉS DE NEMEA

BAROGS

Daryos, príncipe de Nemea, pareja de Callie y hermano de Cyrus.
Cyrus, rey de Nemea, pareja de Tina y hermano de Daryos.
Xioh, el sanador de la aldea, pareja de vida de Lansh y hermano de Xerx.
Xerx, pareja de Jenny y hermano de Xioh.
Lansh, pareja de vida de Xioh y hermano de Axeh.
Axeh, pareja de Emi y hermano de Lansh.
Ciench, pareja de Susi y gran guerrero barog de la aldea.
Toruch, gran guerrero barog de la aldea.
Drashir, padre de Cyrus y Daryos, anterior rey de Nemea, asesinado en la Gran Guerra por los hermanos perdidos. Pareja de Tatiana.
Xarix, hermano de Drashir, y padre de Xerx y Xioh. Anterior príncipe y sanador. Asesinado por los hermanos perdidos en la Gran Guerra.
Goria, pareja de Marla. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea.
Yolk, barog al servicio de Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Xahu, barog al servicio de Cyrus, al cargo de las descendientes en la mazmorra. Daryos lo mató en las mazmorras.
Trench, barog al servicio de Cyrus. Fue quien llevó a Tina a través del portal a Nemea.
Cox, barog al servicio de Cyrus. Disparó una flecha a Daryos. Cyrus lo mató.



HERMANOS PERDIDOS

Ux (Uxuer), barog líder de los hermanos perdidos. Inició la Gran Guerra hace diez años.
Lorish, segundo al mando de Ux.
Los inferiores, barogs nacidos de *aninf*, mitad barog mitad *aninf.*



HUMANAS DESCENDIENTES

Callie Dawson (Calista), profesora de biología, pareja de Daryos.
Tina Martins, estudiante, pareja de Cyrus.
Jenny Johnson, estudiante, pareja de Xerx.
Emi Simmons (Emilia), estudiante, pareja de Axeh.
Shauna, estudiante que se suicidó poco después de llegar a Nemea.
Susi Bell (Susanne), pareja de Ciench. Una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra.
Penny (Penélope), una de las descendientes capturadas por los hermanos perdidos durante la Gran Guerra.
Sylvia, una de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos, capturada en la Gran Guerra.
Marla, pareja de Goria. Tienen un puesto de comida en el mercado de la aldea. Era amiga de Susi, Sylvia y otras descendientes.
Tatiana, anterior reina de Nemea, madre de Cyrus y Daryos, pareja de Drashir, el anterior rey de Nemea, asesinada en la Gran Guerra por los hermanos perdidos.



OTRAS HUMANAS NO DESCENDIENTES

Lorna McPhee, profesora de la universidad de Columbia y la mejor amiga de Callie.



ANINFS

Antara, *aninf* relacionada con Daryos en el pasado.
Artia, *aninf* amiga de las descendientes retenidas por los hermanos perdidos.



EL TEMPLO: DIOSES, ANCIANOS Y GUARDIANES

Dioses del manantial, los dioses nemeos de los barogs.
Ooris, anciano mayor del templo.
Umah, anciano del templo.
Irush, anciano del templo.
Joshia, anciano del templo.
Sulveh, guardián del templo. En total hay casi cuarenta guardianes. Perdió a su pareja, Elena, y a toda su familia en la Gran Guerra. Está emparentado con Goria. Era amigo de Drashir, el anterior rey.



FELINOS

Enzo, león de Daryos.
Bazzeila, pantera de Cyrus.
Benju, león de Toruch.
Itzaar, león de Xerx.



FAUNA DE NEMEA

Leones nemeos
Panteras de ojos dorados
Panteras de ojos rojos
***Mo'o* azul**, lagarto azul.
Boa azul, serpiente azulada.
Piraña amarilla, "arrancadedos".
Abejas rojas
Rinos
Anifs
Llitops
Pulpos gigantes, terrestres y acuáticos.
Ratas lilas de ojos rojos
Serpientes negras de los pantanos
Lagartos de los pantanos
Linces de los peñascos

LUGARES DESTACADOS DE NEMEA

Wailele, la cascada, el lugar especial de Daryos.
El lago esmeralda, lago sagrado que bendice las uniones entre barog y descendiente. Sus aguas tienen propiedades curativas.
Las cascadas de la muerte
El acantilado de la muerte abismal
Las cuevas de las panteras, al oeste de la aldea, hogar de las panteras de ojos rojos principalmente, aunque conviven allí con algunas de ojos dorados.
Las pendientes de las rocas, pendientes pronunciadas llenas de grandes piedras donde los barogs jóvenes suelen celebrar carreras montaña abajo.
El templo de los ancianos
La gruta de la profecía, excavada en la montaña del templo.
La gran roca, claro en medio de la selva con una gran roca de cuarzo negro en medio, con extrañas inscripciones y forma de altar primitivo.
Los pantanos, situados al sur de Nemea y que recubren un cuarto del planeta. Es donde viven los hermanos perdidos y muchas *aninfs*, así como pulpos y serpientes negras.
Las cuevas de los rebeldes, situadas al norte.

COMIDA TÍPICA DE LOS BAROGS

Cocido de serpiente azul en salsa de cangrejo picante.
Pulpo asado troceado en salsa de higos y frambuesas.
Serpiente negra de los pantanos troceada y asada.
Lagarto de los pantanos cocido y troceado.
Pirañas asadas.
Panecillos de colores, hechos con harinas de cereales diversos, con o sin frutos secos.
Miel de abejas rojas, el alimento más energético de Nemea.
Rinos asados a fuego lento.
Mangos grandes.
Piñas gigantes.
Bayas diversas.
Dátiles grandes y dorados.
Coco y agua de coco.
Zumos de frutas tropicales diversas.



AROMAS DE LOS BAROGS

Daryos: chocolate caliente, café y coco, con un toque picante.
Cyrus: frutas tropicales, oscuro y especiado.
Axeh: menta picante y cítricos.
Xerx: bayas de saúco, moras y canela.
Ux: olor a cuero, tormenta y especias intensas. Olor a temporal, a mar.

ACERCA DE LA AUTORA

Charlotte T. Loy es una escritora de fantasía y romance cuyos libros te sumergen en mundos plagados de atractivos seres misteriosos, acción trepidante, amores salvajes y fuerzas sobrenaturales, a través de historias tan apasionadas como aterradoras.
Sus personajes son arrastrados hacia destinos oscuros e intensos romances llenos de peligros. Vampiros, licántropos, ángeles, eternos y todo tipo de seres legendarios aparecen en sus adictivas novelas, alterando para siempre la vida de los humanos que viven entre ellos… y también la tuya.

Aunque ha pasado la mayor parte de su vida en España, entre Barcelona y la Costa Brava, actualmente vive en Inglaterra con su familia, donde se dedica exclusivamente a su gran pasión: escribir.

Hasta el momento ha publicado las siguientes sagas completas: *Ocultos en el bosque*, de fantasía y romance paranormal; *Los Guerreros de la Tierra,* de *Romantasy;* y la *Saga Vampiros,* de terror y romance paranormal.
También las novelas autoconclusivas *Bajo las alas de Lucifer*, un thriller romántico sobrenatural, y el romance contemporáneo *La mejor sonrisa del mundo.*

Además, es autora de varios relatos como: *El Cuervo justiciero y el caso número 13*; *La última cacería*; *El accidente; Michael*, *Capitán de los Ejércitos Celestiales*; *Jack Rowan, el ancla*; y *Siete postales* (incluido en la antología de relatos navideños *Navidad con derecho a roce*), entre otros.

Los barogs perdidos es la tercera novela de su nueva saga *El rapto de las descendientes,* de *Alien Romance.* Las novelas anteriores son *En brazos del barog* y *Prisionera del rey barog.*

Puedes seguirla en sus redes (Instagram, Facebook, TikTok y Tumblr): **@charlottetloyauthor**

Club de fans de Telegram: https://t.me/+hgBq-4X7PnoxYzI0
CHARLOTTE T. LOY

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, ¡estoy feliz de estar aquí de nuevo! He disfrutado como loca regresando a Nemea para escribir la tercera entrega de esta saga que ya me ha robado el corazón. Esta historia es para mí una experiencia única, una aventura inolvidable. Y espero que lo sea también para vosotr@s. Aunque debo reconocer que también he sufrido muchísimo… Esta tercera novela es muy intensa, dura e infartante. ¡Mi pobrecita Callie! ¡Y Susi! ¡Y todas las mujeres descendientes!

Pero, como ya me conocéis, sabéis que me encantan los personajes femeninos fuertes y valientes, capaces de superar las adversidades que se van encontrando, que, en este caso, son muchísimas. Esta es una historia que nos mantiene en vilo, con el corazón en un puño y conteniendo el aliento. Pero también es una historia de risas, amistad, valor… y, sobre todo, mucho AMOR. ¡Todos los ingredientes que tanto nos gustan!

Voy a pasar a los agradecimientos, que para eso estamos aquí. Ya sabéis que me enrollo mucho… Jajaja.

En primer lugar, quiero dar las gracias a los tres grandes amores de mi vida, **mi marido, mi hija y mi hijo**. Gracias por apoyarme y, sobre todo, por quererme tal como soy, un poco loquita, ya sabéis. ¡Os adoro! Sois lo mejor de mi vida. ¡Me hacéis muy feliz!

En segundo lugar, gracias a **mis queridas Supernenas, Jessy CM (@jessy_cm_writer) y Deborah P. Gómez (@deborahpgomez)**, mis grandes amigas y compis de aventuras literarias, mis magníficas lectoras cero, que sufren antes que nadie mis locas historias. Gracias por vuestro cariño y apoyo, por vuestra hermosa amistad, por aguantarme día tras día… ¡Soy muy afortunada por teneros en mi vida! Y mil gracias por permitirme

participar también de vuestras historias, que tanto disfruto. Sois unas escritoras magníficas y estoy segura de que llegaréis muy lejos. ¡Hasta el infinito y más allá!

Mil gracias también a mis queridas y maravillosas **Ely (@elypedarc), Gema (@gema_lectora) y Ara (@ara_pasionporloslibros)** por haber creado mi club de Telegram, un lugar en el que compartir mis historias y muchas risas entre amigas. ¡Sois las mejores! Nunca olvidaré vuestro apoyo y cariño constantes. Os agradezco todo lo que hacéis desde lo más hondo de mi corazón. ¡El mundo es un lugar mucho mejor con personas bonitas como vosotras!

Y por supuesto, en estos agradecimientos no podían faltar unas gracias muy especiales a **mis queridas *charlotteras*** del club de fans de Telegram. ¡Mil millones de gracias! Sois las mejores lectoras del mundo mundial, y habéis aportado risas y alegría a mi vida. ¡Sois maravillosas! Estáis llenas de magia, ilusión e ideas. ¡Os adoro! En concreto, mil gracias a: **Inma Pangliani Dorantes; Rocío Pérez, la Cantaleja; Águeda García Gimeno; Maribel RV; Kirian; Carmen D; Rita Vila Conde; Olga Lorenzo; Maleni Sánchez García; Rosi Martín; Sara Sánchez;** y todas las demás *charlotteras* del club. ¡Muchísimas gracias!

Gracias a las maravillosas **Asun (@lalokadeloslibros_84) y Estrella (@leyendoconestrella**), dos bookstagrammers como la copa de un pino y hermosas personas. ¡Mil gracias por vuestro apoyo y amistad!

Mil gracias también a muchos otros **bookstagrammers maravillosos y a magníficos compañeros escritores** que siempre están ahí dando cariño, alegría y apoyo, y con los que compartimos esta gran pasión por la lectura y las buenas historias.

Y, por supuesto, MIL MILLONES DE GRACIAS también **a todas mis lectoras, las mejores del mundo mundial**. Este sueño increíble

no sería posible sin vosotras. ¡Os adoro!

Espero que hayáis disfrutado de esta historia tanto como yo. Y ya sabéis… ¡Muy pronto regresamos a la jungla con la cuarta parte de la saga!

Besos y felices lecturas.

Charlotte T. Loy

NOVELAS DE CHARLOTTE T. LOY

Saga Ocultos en el bosque:

El Padre de Lobos
La cazadora de bestias
El corazón del lobo
El poder del licántropo

Saga Vampiros:

Los hijos del viento del norte
La furia del viento del norte
La alianza del viento del norte

Saga Los Guerreros de la Tierra

Amor eterno
Hielo eterno
Eternos al fin
Fuego eterno
Eternamente tuyo

Saga El rapto de las descendientes

En brazos del barog
Prisionera del rey barog
Los barogs perdidos

Bajo las alas de Lucifer

Bajo las alas de Lucifer (novela)
Michael, el Capitán de los Ejércitos Celestiales (relato corto)
Jack Rowan, el ancla (relato corto)

La mejor sonrisa del mundo


Fantasía y Romance
Charlotte C. Loy
Author

